



SG-3

7-4

B.P. de Soria



61114862
D-1 1582

D-1
1582



LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 à 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

Bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion instructiva.

	Tomos.
<i>La Geografía Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y otros.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio.	1
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Guillemin.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2
<i>Historia de Portugal</i> , por A. Bouchot.	1

Seccion recreativa.

	Tomos.
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Quintín Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Obras selectas, críticas, satíricas y jocosas</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas	1
<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
<i>Lucía Hardinge</i> , por Fenimore Cooper.—Segunda parte de <i>A Bordo y en Tierra</i>	1
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Dumas.	2
<i>Veinte años Despues</i> , por Dumas.	2

EN PREENSA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, traducida al español de la Vulgata latina, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y expositores católicos. Por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de San Miguel. Revisada por el Ilre. Sr. Dr. D. José Palau; 10 tomos.

VAN PUBLICADOS 6.

3
132

HISTORIA
DE LOS
SOBERANOS PONTIFICES
ROMANOS.
—
TOMO IV.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES

ROMANOS.

TOMO IV.

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS.

POR

ARTAUD DE MONTOR,

EX-EMBAJADOR DE FRANCIA EN ROMA.

TRADUCIDA

POR

D. MANUEL ANGELON.

TOMO IV.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

LIBRERIA DE SAN MARTIN,
Victoria 9.

BARCELONA.

EN EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro.

1858.

*Esta obra es propiedad de los Editores
y se perseguirá ante la ley á quien la
reimprima.*

HISTORIA

DE LOS

SOBERANOS PONTIFICES ROMANOS.

231. Sixto V. 1585.

Sixto V, llamado al principio Felix Peretti, nació el día 15 de diciembre de 1521, en *Grotte á Mare*, diócesis de Fermo, en la Marca, lugar casi abandonado, á donde la familia Peretti se retiró despues de haber salido de Montalto para sustraerse, segun dicen , á las persecuciones verificadas con motivo de una deuda civil. La opinion comun supone que Peretto di Peretti, padre de Felix, fué un aldeano de Montalto. Dos autores, Galli y Tempesti, desviándose de esta opinion, suponen que Peretto pertenecié á una familia noble; pero ya se sabe lo que debe pensarse de esas genealogías que acompañan siempre la fama de los grandes hombres.

A la edad de siete años, Felix obtuvo permiso para estudiar en el convento de agustinos de *Grotte á Mare*; á los diez años tomó el hábito de san Francisco en el covento de esta órden, fundado en Montalto, y continuó cultivando las letras con un zelo ejemplar.

En 1538, fué enviado á Pesaro á cursar filosofía; en 1539 fué colocado en el convento de *Jesi*; en 1540, despues de haber permanecido en *Rolla Contrada*, pasó á Ferrara, y de allí á Bolonia,

en donde empezó á profesar en 1543. Al año fué lector de sagrados cánones en el convento de Rimini, y mas tarde en Siena. En 1547, recibió el sacerdocio, y en 26 de julio de 1548 tomó el grado de doctor.

Nombrado regente en Siena, destináronle para sostener tesis públicas, y llegó á ser sucesivamente regente en Nápoles, despues en Venecia, y muchas veces tuvo ocasion de predicar.

Todas estas noticias se encuentran en un manuscrito de la rica biblioteca del príncipe Agustín Chigi, hoy uno de los hombres mas distinguidos de Roma por su talento y conocimientos. El tal manuscrito es de puño del padre Felix, quien declara cuáles son los lugares en donde estudió, en donde enseñó y predicó, explicando todo lo que hizo en la religion de los conventuales.

Mas tarde fué nombrado teólogo del cardenal Rodolfo Pio; despues el papa Pio IV le nombró teólogo del concilio general de Trento, y consejere del Santo Oficio, cargo que entonces por primera vez fué conferido á un franciscano.

A los cuarenta años era procurador general de su órden: en 1565 fué teólogo del cardenal Boncompagni, legado en España: en 1566 eligiéronle vicario general de los conventuales.

El dia 17 de mayo de 1570, Pio V le nombró cardenal.

Mal impresas las obras de San Ambrosio, merecian naturalmente una revision, y el cardenal Montalto emprendió la correccion de las ediciones defectuosas con gran éxito, dedicándose á este trabajo, aun despues de llamado al trono pontificio.

Por los años de 1579 á 1585 apareció la edicion de esta gran obra en cinco volúmenes en fóllo, la cual fué reimpresa en Paris el año 1604, en dos tomos. Tanto éxito tuvo en Francia esta obra, que hasta 1742 se reimprimió cada diez años poco mas ó menos; una de las ediciones mas hermosas es la de los benedictinos, reimpresa en Venecia en 1751, y despues, con nuevos apéndices, el año 1732.

Despues de los funerales de Gregorio XIII, se cantó la misa del Espíritu Santo; Muret pronunció el sermon para la eleccion del nuevo pontífice, y el dia 21 de abril de 1585, cuarenta

y dos cardenales entraron en el cónclave, contándose en este número muchos individuos *papabili*, como suele decirse; esto es, dignos del sumo pontificado.

En el número de las hechuras de Paulo III se hallaban Farnesio y Sabelle; entre las de Pio IV, Sirlet, Paleotto, Saint-Giorge, y Santa-Croce; entre las de Pio V, Montalto, Cesi y San Severino; entre las de Gregorio XIII, Torres, Mondovi, Santi-Quattro y Castagna.

Después de varias tentativas á favor de algunos individuos, las cuales fueron inútiles, se pensó en el cardenal Torres, pues era tan querido del sacro colegio, que á estar presente sin duda le habrían elegido. Sin embargo, algunos electores manifestaron que les sería grato ver este nombre presentado de nuevo, y entonces muchos personajes eminentes pensaron en hacer papa al cardenal Montalto. Este proyecto tuvo buen éxito; cuarenta y un cardenales le nombraron papa en alta voz, el miércoles 24 de abril de 1585. Esta vez se siguió tambien el modo de la adoracion sin escrutinio secreto.

Para ser agradable al cardenal San Sixto, y para honrar la memoria de Sixto IV, que era tambien conventual, y como él pasaba por haber salido del polvo, Montalto tomó el nombre de Sixto V. Este papa observó que los miércoles le habian sido siempre favorables: en miércoles habia tomado el hábito religioso, y habia sido nombrado general, cardenal y papa, y tambien en miércoles fué coronado.

Cuando fué á tomar posesion de San Juan de Letran, un embajador japonés, que á la sazón se hallaba en Roma, tenia cogidas las riendas de su caballo.

Costumbre era entonces componer anagramas sobre los nombres: Sixto V mereció tambien este honor. No citaremos mas que dos anagramas compuestos sobre este papa, no en el instante de su advenimiento, sino durante su pontificado. Guillermo Bianco, de las palabras *Sextus V de Montalto* compuso este anagrama: *Tantos ecules domuit*. «Domó á muchos desterrados.» De estas mismas palabras el cardenal de Vendome formó otro, que dice: *Mons tutus in quo stat lex Dei*. «Monte seguro sobre el cual reina la ley de Dios.» Este anagrama es mejor que el que le antecede.

Para probar su gratitud á los Boncompagni, que en aquella ocasion le habian servido fielmente, Sixto confirmó á Jacobo Boncompagni en el empleo de general de la Iglesia.

Cuando hablaron al Papa de arrojar dinero al pueblo, contestó: « Esto suele producir desgracias; son los mas robustos y no los mas necesitados los que se apoderan de ese dinero. » Mandó distribuir cantidades convenientes á domicilio y á los hospitales. Propusieron al Papa dar el banquete de costumbre á los cardenales, y contestó: « No queremos que se renueve el pasquin que dirigieron á Octavio Augusto cuando, en época de hambre, daba banquetes á los senadores romanos: en la ciudad reina hoy la penuria, y el pueblo no se quejará de una falta de consideracion tan natural delante de su miseria. »

Embajadores venecianos fueron á cumplimentar al Papa, quien concedió á la República varios privilegios, entre otros el de poder aplicar la tercera parte de los beneficios eclesiásticos á los gastos que exigia la guerra contra los turcos.

Sixto fué el primero que introdujo el uso de publicar un jubileo al principio del pontificado, para obtener de Dios un gobierno feliz y saludable á la república cristiana.

Los embajadores japoneses que habian prestado juramento de obediencia en nombre de sus soberanos, se preparaban para regresar á su patria. Sixto celebró la misa particularmente delante de ellos, les dió la comunión, armóles caballeros de la Espuela dorada (1), les hizo inscribir en la lista de patricios romanos, les sentó á su mesa en la hermosa quinta de Montalto, llamada hoy *villa* Negroni, les entregó regalos para sus monarcas, hizo una donacion de tres mil escudos á cada uno de los jóvenes príncipes, y les inspiró tanto cariño por la Santa Sede, que á su llegada á su país tomaron el hábito de religiosos de la compañía y trabajaron valerosamente en la viña del Señor, que Taicosama, emperador del Japon, empezaba ya á perseguir.

La Italia estaba llena de ladrones y bandoleros: malhechores de toda clase afligian la Península. {Despues de haber

(1) Esta órden era á la sazón muy honorífica. Habiéndose multiplicado el número de caballeros, perdió algo de su brillo; pero Gregorio XVI la restauró, dándole su antiguo nombre de *órden de San Silvestre*.

cometido un crimen en un principado, huían á otro, como en tiempo de Gregorio XIII. Sixto confirmó las constituciones dadas por sus predecesores contra todos estos criminales, y particularmente las de Gregorio XIII contra los sicarios, bandidos é incendiarios. Desde el dia en que empezaron las persecuciones severas, en menos de un año la Italia quedó libre de aquella multitud de malvados.

El nombre de Sixto V acabó por inspirar un saludable terror, tanto que aun en el dia se amenaza á los niños con el nombre de Sixto, y callan en cuanto lo oyen pronunciar.

Además de este, otros cuidados ocupaban á Sixto. Creó una comision de tres cardenales que estaban encargados de velar por los intereses de los pupilos, de las jóvenes, de las viudas, y de todos cuantos pudiesen tener queja de una infraccion de ley.

Estos cardenales debían dar al Papa exacta cuenta de sus operaciones.

El trascurso de los tiempos y la invasion de los bárbaros habian destruido los numerosos conductos que llevaban á Roma el agua de las montañas vecinas. Estas prodigiosas obras de la república y de los Césares no existian ya completamente, y el propietario para mejorar sus tierras, el viajero al pasar, todos, cada uno por su lado, habian contribuido á destrozarse, á interrumpirse, á arrancar del suelo, aquellos acueductos tan atrevidos, á los cuales se debía la gran abundancia de agua que tenia la antigua Roma. Algunos autores pretenden que aquellos acueductos eran en número de diez y ocho; pero ha habido confusion en los planos modernos que se han levantado, y es mas seguro afirmar que solo existian nueve. El primero y mas grande, como dice Frontin, citado por Pansa en su librería Vaticana, era el del Nuevo Anieno; el segundo era el de Claudio, perfeccionado por este emperador, que llevaba el agua desde la distancia de cuarenta millas (cerca de trece leguas de nuestros dias), esto es, del manantial *Curzia* y *Cerulea*, en el camino de Subiaco. Durante treinta y cinco millas, esta agua corria límpida en un canal subterráneo, pasaba en un espacio de trece millas debajo de arcos, detenida de tiempo en tiempo en noventa y dos reservatorios, para

que depositase los sedimentos nocivos á la salud. Contenida y purificada así, perdía algunas sustancias deletéreas, y la impetuosidad natural que podía darle tan largo curso. El tercero era el acueducto de Julio, entre la puerta de San Lorenzo y los trofeos de Marte, y llevaba el agua de Frascati, villorrio á doce millas de Roma, durante siete millas y media por debajo de arcos. El cuarto y el quinto acueductos llamábanse *Tepulo* y *Marzio*. El sexto el Viejo Anieno; el séptimo el *Agua virgen* (*Aqua vergine*) de la que hemos hablado, único que en el día queda; el octavo *Appia*; el noveno *Alseatina*.

Hacia mucho tiempo que se vendía el agua en la ciudad de Roma: sacábanla de pozos y fuentes particulares, y llevábanla en barriles cargados en asnos. El famoso tribuno Nicolás de Rienzo, era hijo de una mujer que tenia este oficio. Este uso duró hasta Sixto V que mandó construir el acueducto del *agua*, llamado *Felice*, de su nombre. Fué imitado en esto por Paulo V que llevó á Roma el agua del lago Bracciano, y por Clemente XII que llevó el agua de Trevi, recogida ya con buenos resultados por Nicolas V y Pio IV.

Viendo Sixto que la provision de los barrios del Quirinal dependia absolutamente de aquellos vendedores de agua, dijo que introduciria el agua en los puntos mas altos de Roma, y que no le arredraria la dificultad de la empresa, ni los gastos que fuesen necesarios.

Sábios ingenieros hidráulicos fueron enviados para reconocer manantiales capaces de alimentar aquellos barrios que carecian de agua.

Existia un vasto manantial á veinte millas de Roma, é inmediato á Palestrina, cerca de un antiguo castillo llamado Agro Colonna. Apio Claudio Craso habia ya conducido aquella agua hasta las calles mas bajas de Roma; pero despues, formando un lago, se perdia en el *Teverone*.

Sixto compró por veinte y cinco mil escudos aquel manantial, y reunió otras aguas inmediatas, entre las cuales se contaban las bocas del *agua Marzia*, cuya salubridad elogiaban los antiguos. No contento con este primer cuidado, quiso ir á visitar los lugares, á donde se trasladó acompañado solamente de los cardenales Montalto, Azzolino y Rusticucci,

para que el cortejo de costumbre no fuese una carga para el príncipe Marco Antonio Colonna, que debía dar hospitalidad al Papa. De este modo hacia que se bendijera de antemano un proyecto que únicamente debía ser útil, sin agravar la situación de nadie.

Los romanos, en sus chanzas muy inconvenientes, puesto que se trataba de un bien tan notable para la ciudad, dijeron que sus nietos verían concluida la obra; pero aquellos mismos romanos quedaron confundidos viendo que á los tres años, esto es, en 1588, el proyecto del Papa había sido completa y magníficamente ejecutado. Tan poderosa es la acción del genio constante en su noble y firme voluntad.

El agua fué conducida, durante el espacio de trece millas, por medio de canales subterráneos, como se hacia en tiempo de los Césares, y durante siete millas, sobre arcos iguales en altura á los de pasadas épocas.

El Papa mandó enseguida construir una fuente de travertino (especie de piedra esponjosa y blanda de un blanco amarillento) en la plaza de Santa Susana, en los baños de Diocleciano, en donde el agua cae en tres recipientes de marmol adornados de estatuas, la primera de las cuales representa, á Moisés hiriendo la roca con su vara, de la que saltaron las aguas en presencia de los israelitas. Próspero de Brescia, autor de este Moisés, habiendo tenido la desgracia de no seguir las proporciones convenientes, y viéndose criticado por todos los artistas mejores de Roma, murió de dolor á los veinte y ocho años (1). La otra estatua, debida al cincel de Juan Bautista della Porta, representa á Aaron guiando la muchedumbre á las aguas tan ardientemente deseadas.

(1) Esta estatua no es juzgada favorablemente en el dia. Como ya hemos dicho, una de las primeras cosas que se desea ver al llegar á Roma, es el Moisés de Miguel Angel; y los alumnos de la escuela de Bellas Artes acompañan á los recién llegados, reclutas en la carrera de las artes, para tener un rato de diversion, al Moisés de Próspero de Brescia. Los recién llegados al verlo manifiestan profundo asombro; pero la fama del gran Miguel Angel les hace enmudecer, y no se atreven á criticar, bien que convienen en que no esperaban tan triste desengaño. Insensiblemente se les conduce á *San Pietro in Vincoli*, en donde contemplan con entusiasmo la obra maestra que ha inmortalizado á Buonarroti.

Hay además un bajo relieve de Flaminio Vacca, en el que se vé á Gedeon que conoce á sus mejores soldados en la manera de beber. Por la bula *Suprema cura regiminis*, Sixto mandó que esta agua, tan milagrosamente traída Roma, se llamara *agua Felice*.

En medio de estos pensamientos de su vasta magnificencia, Sixto dirigía su atención hácia la economía de la disciplina y del culto divino.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia se habia introducido una costumbre piadosa: los obispos antes de ser consagrados juraban visitar personalmente, y si así no podian, por medio de procuradores, los sepulcros de san Pedro y san Pablo en Roma, dando cuenta al mismo tiempo al Soberano Pontífice, ó á una congregacion, del estado del rebaño que les estaba confiado, y recibian las convenientes instrucciones para hacer mas eficaz y consolador su ministerio. Esta costumbre habia sido olvidada: pensando Sixto en los perjuicios que la Iglesia reportaba de este olvido, promulgó una bula, confirmada mas tarde por Benedicto XIV, en la que mandaba á todos los obispos que fuesen á Roma á visitar el Santo Sepulcro, y á prestar obediencia al vicario de Jesucristo. El tiempo era determinado en razon de las distancias: los de Italia é islas adyacentes debian ir á Roma á lo menos el tercer año despues de su consagracion; los obispos de Alemania, Francia, España, Hungría, Inglaterra y otras provincias de Europa á la otra parte del mar Germánico, del mar Báltico, y de todas las islas del Mediterráneo, debian ir á lo menos á los cuatro años; los obispos de las regiones europeas mas lejanas, de las orillas del Africa y del nuevo continente, debian ir á lo menos á los cinco años. Los obispos del Asia, de las otras nuevas regiones orientales, meridionales, septentrionales y occidentales, y de todo el resto del universo, debian visitar á Roma á los diez años de su consagracion, y cada uno estaba obligado á renovar la visita en la respectiva proporcion de cada una de estas distancias. Por otra parte, el Papa mandaba que cada obispo, en el acto de su consagracion, jurase esta santa observancia, y que el transgresor no pudiese entrar en su Iglesia, administrarla temporal y espiritualmente, ni recibir los frutos de su obispado.

¡Qué imponente espectáculo el que acababa de ofrecer este gran papa, que con tanta solemnidad toma posesion de todo el universo católico !

Hoy esta bula no obtiene ejecucion en lo relativo al viaje de los obispos ; pero solo el Papa dispensa de ello : esta falta de acuerdo es un mal , y quizá á veces es un bien , á causa de las circunstancias. Con todo , es cierto que un obispo que ha visto Roma posee en alto grado una especie de experiencia episcopal que no puede sino honrar su persona, edificar su rebaño , instruir noblemente su conciencia, y aumentar el poder de su palabra evangélica.

En el mes de setiembre de 1585 , Sixto, tomando parte en los negocios de la liga , excomulgó á Enrique , rey de Navarra, y al príncipe de Condé, y por una bula declaró que habian incurrido en censuras , é inmediatamente dispuso que todos los obispos de Francia y de Navarra promulgaran esta bula.

Enrique III, rey de Francia , no quiso publicarla, y Sixto, de carácter ardiente , y sufriendo con impaciencia las afrentas , se quejó vivamente al príncipe , y aun mas á monseñor Jacobo Ragazzoni , nuncio apostólico. El Papa acusaba á este último de haber obrado con poca energía en este asunto , de modo que le llamó inmediatamente y envió en su lugar á monseñor Fabio Mirto Frangipani , napolitano , arzobispo de Nazareth , que ya en tiempo de Pio V habia sido nuncio en aquel reino. Sixto mandó llamar al embajador francés en Roma , para anunciarle que tratando de relevar á Ragazzoni , para enviar á Frangipani , deseaba que el rey supiese esta determinacion. Habiendo contestado el embajador Pisani , que la Francia se negaria á admitir á Mirto Frangipani por ser partidario de la liga , Sixto replicó con fuerza : «Mientras nos quede aliento , no sufriremos que se nos obligue á enviar nuncios á gusto de otros. Hemos designado á Mirto, y queremos que vaya á París : si no es recibido, en este caso nos , y no otros, le haremos volver á Roma, y luego sabremos lo que hemos de resolver:» Efectivamente , Mirto no fué recibido por el rey, quien mandó á su embajador, que fuese á disculparle con el Papa , alegando que Mirto era súbdito del rey de España. Pidió el embajador una audiencia , y habiéndose presentado

para entrar en palacio, la guardia le negó el paso, y en la misma mañana recibió orden de salir inmediatamente de Roma, y del Estado dentro de pocos días. Estas diferencias duraron hasta que el rey de Francia hubo consentido en admitir á Mirto; entonces Sixto hizo volver á Roma el embajador del rey.

El invierno de 1535 á 1536 era muy crudo; el pueblo experimentaba frío y hambre: Sixto habia mandado vender la harina á un precio barato, pero las prudentes medidas que decretaba no eran ejecutadas, y se podia acusar de descuido á los conservadores del senado de Roma. Cuando estos se presentaron para desear al Papa un año feliz, interrumpió su cumplimiento, diciéndoles: «Observamos que vosotros estais resueltos á perder lo poco que os queda, gracias á la bondad de la Santa Sede, y lo poco que os queda de verdaderos principios administrativos. Cuidais todavía de lo relativo á las carnes y al pan; pero nos poneis en el caso de quitaros este cuidado. para que la pobreza no padezca por culpa vuestra, con gran sentimiento nuestro. ¿Habeis comprendido?» (*Avete capito?*)

Luego, sabiendo que muchos ricos tenian graneros llenos, y no dejaban por esto de comprar pan en el mercado, mandó á los cardenales Cesi, Gaetani y Guastavillani, al senador de Roma Juan Pellicano, á Benito Gustiniani, tesorero general, y á Fabio de la Corgna, procurador de la cámara, que hicieran ejecutar un edicto que obligaba á todos los ciudadanos á declarar la cantidad de trigo que poseian, y á vender en el mercado la porcion indicada por el edicto. Practicadas las visitas, se halló tanto trigo, que la abundancia reinó inmediatamente.

El carnaval en Roma era continúa ocasion de insultos, robos, asesinatos, y hasta incendios: para que los placeres de la ciudad recobraran el orden, Sixto mandó levantar en ambos extremos del *Corso* algunas horcas de las cuales pendia la cuerda, declarando que inmediatamente fuese ajusticiado en ellas cualquiera que habiendo cometido un homicidio lo confesara. Mientras vivió Sixto, los malos temblaron delante de las horcas levantadas durante la época del carnaval, y ya no hubo motivo para amenazar al pueblo con tan terrible justicia.

En el trascurso del mismo año, el Santo Padre aprobó la congregacion de clérigos regulares enfermeros, á la sazón instituida en Roma por san Camilo de Lellis, y les permitió llevar una cruz encarnada en el costado derecho del hábito. Esta misma regla fué aprobada y confirmada por Gregorio XIV, que en 1.º de octubre de 1591 la erigió en *religion*, añadiendo á los tres votos el cuarto que mandaba asistir á los moribundos. Clemente VIII la reformó en el año de 1600.

En 5 de mayo, el Papa aprobó la congregacion de Santa María de los Fuldenses, de la mas rígida observancia del Cister, de la órden de San Benito, fundada cerca de Tolosa, en 1577, por Juan de la Barriere.

Pero nada es comparable á la magnificencia con que Sixto procuraba hermosear las plazas públicas de Roma.

Los obeliscos fueron contruidos por primera vez en Egipto; generalmente son piedras de una sola pieza, cortadas en forma de pirámide, de una altura y espesor maravillosos. Esta grandeza egipcia habia despertado la envidia de los idólatras señores de Roma, y como en la península no se podia formar obeliscos, porque el granito oriental falta en las canteras del país; los Césares lo hicieron trasportar de Egipto á Italia, gastando en ello considerables sumas.

Cuarenta y dos monumentos de esta clase, grandes y pequeños, fueron llevados por los emperadores á la capital del mundo. Nonconeo, hijo de Sesostris, habia mandado levantar uno de ciento cincuenta codos. Un pedazo de este monumento, de setenta y cinco piés de altura, habia sido llevado de Egipto á Roma por órden del emperador Calígula, quien lo dedicó, en la plaza del Vaticano, á la memoria de Augusto y de Tiberio.

En tiempo de Sixto V, este obelisco estaba medio enterrado cerca de la sacristía de la basilica de San Pedro. Cuentan que Nicolás IV habia pensado trasladarlo al mismo sitio donde se levantaba en la antigua Roma, y que habiendo Julio II y Paulo III conferenciado acerca de este proyecto con el célebre Buonarroti, este no quiso emprenderlo, temiendo que el obelisco se rompiera al ser trasladado, y considerando que eran necesarios grandes gastos para conseguirlo.

La gloria de vencer obstáculos estaba reservada á Sixto,

quien no sabía conocer dificultades en los proyectos mas áridos : encontró en efecto obstáculos al parecer invencibles, pero que no lo fueron para él.

Se sabe por Plinio que los emperadores habian empleado veinte mil hombres y máquinas dispendiosas, á causa del peso enorme de aquel monolito. Todo cuanto dice Plinio acerca de este punto debía arredrar al Santo Padre ; pero no fué así, pues declaró públicamente que no renunciaba á su empresa. Apenas fué conocida la intencion pontificia , viéronse llegar á Roma mas de quinientos arquitectos , cada uno de ellos con su proyecto. Uno de ellos , Bartolomé Ammanati, enviado por el gran duque de Toscana , fué presentado al Papa , quien le preguntó cuánto tiempo emplearia en trasladar y levantar el obelisco. El artista contestó que solo para idear y fabricar máquinas y herramientas, necesitaba mas de un año; á lo cual replicó Sixto con su acostumbrada impetuosidad : « Un año, un año ! Vamos , no nos convenis (*non fate per noi*) » Inmediatamente mandó llamar á Domingo Fontana, arquitecto comasco, de mucha habilidad, y le obligó por medio de generosas promesas á emprender el gran transporte ; prometia crecidas recompensas, pero exigia la celeridad en la ejecucion. Este empezó por pesar un palmo cúbico de aquel granito con varios pedazos de algunos otros obeliscos, luego habiendo medido la altura del obelisco que tenia once mil palmos cúbicos romanos (1), calculó el peso , y vió que el obelisco pesaba novecientas sesenta y tres mil quinientás treinta y siete libras. Añadió á este peso el de las máquinas que debian trasladarlo y sostenerlo, y vió que el obelisco y las máquinas pesarian juntos un millon cuarenta y tres mil quinientas treinta y siete libras ; luego calculó el número de hombres y caballos que se necesitaban para mover , trasladar y elevar el obelisco, y con un carácter tan resuelto como podia serlo el del magnánimo Pontífice , puso manos á la obra.

Cuando todos los instrumentos estuvieron colocados, el dia 30 de abril de 1586 , novecientos obreros confesaron y co-

(1) Un palmo cúbico romano tiene de ancho y alto ocho pulgadas tres lineas y media francesas , medida antigua , y unos m. 0,21656 de medida nueva.

mulgaron en la basílica de San Pedro, y luego se dirigieron al sitio que les estaba destinado. El arquitecto subió á un lugar elevado con una bocina para dar la señal á los que debían obrar.

Desenterrado en doce movimientos, el obelisco quedó levantado el mismo día á las tres de la tarde, y conmovido por un sentimiento de alegría universal, el pueblo, llamado á presenciar el espectáculo, no pudo contener las lágrimas y los aplausos. Los obreros, junto con el pueblo, corrieron hácia Fontana, y le llevaron á la presencia del Papa al son de los tambores y de todas las campanas de Roma, como en un día de regocijo público, y al ruido mil veces repetido de la artillería del castillo de San Angelo.

Durante la operacion, habia sucedido un accidente que no es inútil referir. Para que el arquitecto pudiese hacer oír sus voces sin ser interrumpido, dice Novaes, Sixto habia mandado, bajo pena de muerte, que nadie pronunciase una sola palabra, para que no hubiese confusion cuando Fontana diera sus órdenes; pero en un momento en que éste observaba el juego de las máquinas, y en que los miles de espectadores guardaban el silencio mas profundo, un genovés, de la familia Bresca de San Remo, hombre de mar, viendo que los cabrestantes (*argani*) se habian encendido, y que el obelisco podia caer, romperse y dar la muerte á un gran número de espectadores y de obreros, tuvo el valor de gritar: «agua á las cuerdas!» (*Aqua alle corde!*) (1). Fontana vió el peligro, y mandó mojar las cuerdas; pero Bresca habia sido preso inmediatamente por los soldados, y rogaba que le llevaran delante del Papa. Todos temblaban por su vida, pues Sixto nunca perdonaba al infractor de sus órdenes; pero en aquella ocasion, mas grande que él mismo, y reconociendo que Bresca habia evitado la ruina de aquella inmensa operacion, abrazó públicamente al genovés, y le preguntó qué es lo que deseaba en recompensa. Bresca pidió para sí y sus descendientes el privilegio de proveer el palacio apostólico de las palmas necesarias para la ce-

(1) Se ha dicho que en la historia no se hallan huellas de este hecho, pero está pintado en los frescos de la biblioteca del Vaticano.

remonia del día de Ramos, y Sixto se lo concedió inmediatamente; de modo que la familia Bresca de San Remo, país fértil en palmas, envía cada-año á Ripa-Grande las necesarias para el palacio apostólico, con otras ciento veinte que envían además el obispo de Albenga y el capítulo de San Remo.

Después de seis días de descanso, se prosiguió la obra. El obelisco, limpio del barro que había cubierto su base, y que estaba en pié, inclinóse ligeramente. La curiosidad de los espectadores era tan grande, y tan fuertes los calores de la estación, que no se continuó la obra durante los meses de junio, julio y agosto. El día 10 de setiembre, después de las piadosas ceremonias de que hemos hablado, empezaron otra vez los trabajos al salir el sol: á las tres de la tarde, después de cincuenta y dos impulsos dados á los cabrestantes, el obelisco se encontró colocado sobre cuatro leones de bronce dorado; el día 27 del mismo mes se verificó el descimbramiento, y el monumento grandioso de la gloria del Egipto pagano quedó expuesto á las miradas de Roma católica.

El Papa, manteniendo la palabra que había dado á Fontana, le nombró caballero de la Espuela dorada, le concedió una pensión de diez mil escudos de oro, para sí y sus herederos, cinco mil escudos de oro en clase de gratificación, y todo el material empleado en la obra.

Ya que hemos hablado de ese famoso obelisco, haremos mención de otros que Sixto levantó, bien que, siguiendo el orden de los tiempos, solo deberíamos hablar de ellos en otra época de su historia.

Al año siguiente mandó erigir y dedicar á la Santa Cruz, en la plaza detrás de Santa María la Mayor, el obelisco de sesenta palmos de altura, construido por orden de Smarre ó de Efre, ambos reyes de Egipto, trasladado á Roma por el emperador Claudio, y dedicado al mausoleo de Augusto. Los bárbaros lo habían derribado y destrozado; Sixto lo hizo restaurar y poner en el sitio que hemos indicado, por el mismo Domingo Fontana.

Después el Papa mandó elevar y consagrar á la Santa Cruz el obelisco que se vé en la plaza de San Juan de Letran.

Es de granito encarnado, y el tiempo lo había roto en tres

pedazos. Es el mayor de todos. Estaba colocado en Tebas, y dedicado al sol por Ramis, rey de Egipto; y Constantino lo habia hecho trasladar por el Nilo á Alejandría. El emperador lo destinaba á la nueva Roma, esto es, á Constantinopla; pero Constancio, su hijo, lo mandó trasladar á la verdadera Roma en un buque inmenso, puesto en movimiento por trescientos remeros. Se le introdujo por el Tiber hácia la puerta de Ostia, y lo levantaron en el gran Circo, donde los bárbaros lo derribaron.

En 1589, el mismo Papa levantó en la plaza del *Popolo* el cuarto obelisco egipcio, de ciento tres palmos de altura, no comprendidos el pedestal y la cruz. Habia sido formado por Sammesetto, rey de Egipto, quinientos veinte y dos años antes de Jesucristo, y habia sido trasladado desde Heliopolis á Roma por orden de Augusto César, y dedicado al sol en el gran Circo; despues Sixto lo dedicó al leño de la santa cruz.

En medio de estos gloriosos trabajos, el corazon de Sixto estaba desgarrado por agudos dolores. Habia procurado inspirar á Isabel sentimientos mas favorables hácia María Stuart. Todos los soberanos católicos, y hasta los protestantes, se interesaban por esta desgraciada; pero Isabel, ó no contestaba, ó daba á entender, por medio de confidencias vagas, que un partido violento le imponia leyes y pedia la muerte de la reina de Escocia, lo cual en parte era cierto.

En el mes de setiembre de 1585, sabiendo María que iba á ser condenada, escribió á su primo el duque de Guisa la carta siguiente, pensando que este príncipe la haria llegar á Roma.

Era acusada María de haber entrado en una conspiracion contra la vida de Isabel, y con este motivo el nuncio en Paris declaraba que, segun todo lo que sabia de las disposiciones de María Stuart, era esta incapaz de semejante crimen.

La carta secreta que entonces escribia al duque de Guisa prueba con que sentimientos de resignacion arrastraba esta princesa su dolorosa vida.

Copiamos la carta, porque es como el anuncio de las disposiciones en que se hallará María cuando escriba á Sixto V la que transcribiremos mas tarde.

Hé aquí la que dirigió al duque de Guisa, sobrino, como ella, del cardenal Carlos de Lorena :

« Mi buen primo : si Dios, y despues de él vos, no hallais medio de socorrerme esta vez, estoy perdida. El dador os dirá como se me trata á mí y á mis dos secretarios (Nau y Curle). Por Dios socorredles y salvadles, si podeis. Se quiere acusarnos de haber intentado turbar el Estado, y atentar contra la vida de esta reina, ó haber consentido en ello; pero he dicho, como es verdad, que no sé de que se trata. Dicen que han encontrado algunas cartas á un tal Babington, á un tal Carlos Paget y á un hermano suyo, quienes declaran que la conspiracion existe, y que Nau y Curle la han aprobado. Nada de todo esto creo que sepan, como no se les haga decir mas de lo que saben por medio del tormento. Esto es cuanto me han dicho : sé por vía de comunicacion que os amenazan á vos y á vuestra liga, y confian en el auxilio de algunos príncipes que sufrirán su religion. Yo he dicho que estoy resuelta á morir por la mia, como ellos afirman hacerlo por la protestante; y en esto, cualesquiera que sean los rumores falsos que á vuestros oídos se hagan llegar, creed que, Dios mediante, moriré en la fe católica romana y por la conservacion de ella, constantemente y sin deshonorar la casa de Lorena, acostumbrada á morir por la conservacion de la fe. Mandad rogar por mí, y procurad que mi cuerpo sea enterrado en tierra santa, y compadeceos de mis pobres criados, pues todo me lo han quitado aquí, y espero que me matarán por medio del veneno ú otra clase de muerte secreta. Por mas que me hayan reducido á la impotencia, y se me haya hinchado la mano derecha hasta el punto de hacerme tanto daño que apenas puedo sostener la pluma, ni llevar la comida á la boca, no por esto ha de faltar á mi corazon la esperanza de que aquél que me hizo nacer lo que soy, y me concederá la gracia de morir por su causa, única dicha que en este mundo deseo, para obtener por este medio la misericordia de Dios en el otro.»

« Deseo que mi cuerpo descanse en Reims (1), junto al

(1) A donde se habia retirado despues de la muerte de su esposo, Francisco II rey de Francia,

de mi difunta madre, y el corazón junto al difunto rey, mi señor. El dador os dirá otras varias particularidades. Si se quisiera probar que hay quien vela por mí y trata de rescatarme, y vengar una injuria que afecta la causa común (1), sorprendería el saber que aquí todo vacila. A Dios, mi buen primo; participad todo esto á mi embajador; y si mi hijo no hace esfuerzo alguno para vengar á su madre, le abandono, y ruego á mis parientes que hagan otro tanto. Os suplico que me recomendeis á Bernardino (2), diciéndole que cumpliré lo que he prometido á sus amigos, los cuales no deben abandonarme.

«A vos y á él recomiendo nuestros pobres amigos desolados, y particularmente á los tres que él sabe. Dios os preserve para su servicio, á vos y á todos los nuestros, y me dé su gracia en este mundo y su misericordia en el otro.»

«Vuestra buena prima,

«MARÍA R. (Reina).»

(1) Nadie pensaba entonces en esta causa común. Los innovadores han sabido recordar los precedentes, y después del suplicio de María Stuart, se han visto el de Carlos I, el de Luis XVI y el de María Antonieta. Un vecino de Edimburgo que no se atrevía durante el terror á salir de París, donde se hallaba á pesar suyo desde el día 10 de agosto de 1792, pero sin ser conocido, me dijo que se había visto como obligado á presenciar el acto de ser conducida al suplicio María Antonieta. Las lágrimas y sollozos por poco le descubren, y para evitarlo se apresuró á dejar la calle donde se aplaudía aquel horroroso espectáculo. Este hombre era muy instruido, indicóme donde podría hallar las particularidades del suplicio de María Stuart, y me decía: «Entre nosotros, los grandes perseguían á las víctimas reales; entre vosotros las persigue el pueblo; entre nosotros una aristocracia tiesa y pedante, que prohibía que se llamara *Vuestra Magestad* á nuestra reina, y que se empeñaba tontamente en que fuese llamada *Vuestra Gracia*, título de duquesas; entre vosotros, los espectadores, que eran otros tantos verdugos, y que, en caso de necesidad, habrían reemplazado á los verdaderos; entre nosotros, era la parte más civilizada de la nación; entre vosotros, los miserables, que nunca son civilizados. No vacilo, aunque inglés, en decir que nuestros aristócratas en ayunas y tranquilos en su crueldad, fueron peores relativamente que vuestro populacho saturado de licores alcohólicos, grosero y embrutecido en su furor.»

(2) El embajador de España en Francia, D. Bernardo de Mendoza.

El día 25 de setiembre, la reina de Escocia fué trasladada al castillo de Fotheringay, para no volver á salir de él. Este castillo estaba situado á corta distancia de Peterbrough, en el condado de Northampton. Se asegura que está demolido; pero la duquesa de Devonshire me ha dicho que existian aun algunas habitaciones que contenian un hermosísimo cuadro representando á la desgraciada María.

El día 6 de octubre, Isabel nombró para juzgar á María una comision compuesta de cuarenta y seis miembros, elegidos entre los pares del reino y los miembros del consejo.

María no quiso comparecer ante esta comision; pero el día 12 de octubre, despues de una larga resistencia, consintió en lo que de ella se exigia, bien que con la condicion de que su protesta contra los derechos que Isabel se abrogaba sobre ella, quedaria inserta en el acta de la sesion. Luego se defendió enérgicamente de toda participacion en el complot tramado contra la reina; y despues de haber rechazado con mucha fuerza las pruebas que se querian aducir contra ella de su correspondencia con Babington, pidió que le fuesen presentados los originales de sus cartas, y que se la confrontase con sus dos secretarios Nau y Curle. Ambos puntos le fueron negados. En esta misma sesion, María acusó á Walsingham de haber conspirado contra su vida y la de su hijo, y de haber urdido la trama de que se la queria hacer responsable.

El día 25 de octubre, la comision se reúne en Westminster, y pronuncia sentencia de muerte contra la reina de Escocia, declarando que aquella en nada perjudicará el honor y derechos de Jacobo VI. Algunos dias despues, el parlamento de Inglaterra confirmó la sentencia, y presentó una peticion á Isabel para la pronta ejecucion de María Stuart.

El parlamento sabia ya que no conviene tener encarcelados mucho tiempo á los reyes condenados á muerte.

En 14 de noviembre, la reina Isabel mandó preguntar al parlamento si habria medio de poner en seguridad la vida de María Stuart, á fin de no acudir á su suplicio: ambas cámaras reunidas declararon, segun dice Lingard en su *Historia de Inglaterra*, que era imposible.

¡ Oh hipocresía detestable! ¡ oh cobarde precipitacion!

En 19 de noviembre, lord Burckhurst y Beale, escribano del consejo, llegan á Fotingay y notifican á María Stuart la sentencia pronunciada contra ella. Esta princesa la oyó con calma y dignidad, protestando de su inocencia, y enseguida dirigió una carta á Isabel.

María estaba resuelta á no pensar mas que en su salvacion; tenia formado proyecto de escribir al papa Sixto V, por este debía ser su último pensamiento, del cual nada podia ya distraerla; por lo tanto, quiso apartar de sí todos los intereses que la rodeaban aun en la vida, para quedar sola con Dios y su vicario acá abajo.

Hé aquí la carta á Isabel: En el desórden de ideas de María, la carta quedó sin fecha; pero todos los autores están conformes en que fué escrita el día 20 de noviembre.

«Señora, de todo corazon doy gracias á Dios por haberse dignado poner fin, por medio de vuestros decretos, al trabajoso viaje de mi vida. No pido que me sea prolongada, pues no he tenido sino sobrado tiempo para experimentar sus amarguras. Suplico solo á V. M., ya que no debo esperar favor alguno de varios ministros zelosos, que ocupan el primer lugar en el Estado de Inglaterra, que pueda alcanzar de vos, y no de otros, los beneficios siguientes: »

«Primeramente, os pido que, como no me es lícito esperar sepultura en Inglaterra, segun las solemnidades católicas practicadas por los antiguos reyes, vuestros antepasados y míos, y como en Escocia han sido violadas las cenizas de mis abuelos, cuando mis adversarios hayan apagado su sed en mi sangre inocente, mi cuerpo sea trasladado por mis criados á tierra sagrada, y sobre todo á Francia, donde descansan los restos de mi muy amada madre, para que este mi pobre cuerpo, que nunca tuvo reposo mientras estuvo unido á mi alma, lo alcance al fin separado de ella.

«En segundo lugar, ruego á V. M., á causa del recelo que tengo de la tiranía de aquellos en cuyas manos me habeis abandonado, que no se me ajusticie en algun sitio oculto, sino delante de mis criados y otras personas, que puedan declarar de mi fe y de mi obediencia hácia la verdadera Iglesia, y defender lo que me queda de vida y mis últimos sus-

piros de los falsos rumores que mis enemigos pudieran hacer correr.

« En tercer lugar , deseo que mis criados , que me han servido con tanta fidelidad en mis amarguras , se puedan retirar libremente á donde quieran , y disfrutar de lo que mi pobreza les lega en mi testamento.

« Os ruego , señora , por la sangre de Jesucristo , por nuestro parentesco , por la memoria de Enrique VII , nuestro padre comun , y por el título de reina que llevo todavía , que no me negueis estos favores , y que me los asegureis por medio de una palabra escrita de puño vuestro ; y así moriré como he vivido.

«Vuestra afectísima hermana y prisionera,

«MARÍA , reina.»

Isabel no contestó.

María no se sorprendió por esto ; todos sus pensamientos no tenian ya mas que un solo objeto : recojerse en Dios y escribir al papa Sixto V , y para esto era preciso que los criados guardaran asiduamente la puerta de la cámara , en donde la princesa estaba como encerrada. Como no podia escribir mas que de noche , y deseaba redactar una larga carta , nada tenia preparado ; pero consagrando algunas noches á tan religiosa tarea , logró concluir la carta autógrafa que vamos á trasladar , y que he tocado y besado mas de una vez en el Vaticano , despues de haberla leído y releído.

«De Forteringay el 23 de noviembre de 1586.

(Segun el calendario reformado; el 3 de diciembre)

« *Jesus Maria.* (1).

« Padre Santo , como es cierto que plugo á Dios , por su divina Providencia , poner órden en su Iglesia , por lo cual quiso que , en nombre de su hijo Jesucristo crucificado , todos los

(1) *Nota del traductor.* En la difícil traduccion de esta carta , por razones fáciles de comprender , se ha atendido menos á la elegancia de la lengua castellana , que al sentido de la carta.

que creyesen en él y fuesen bautizados en nombre de la Santísima Trinidad y reconociesen una Iglesia universal y católica por madre, cuyos mandamientos debemos guardar con los diez de la ley, es preciso que el que aspire á la vida eterna tenga en ellos fijos los ojos. Y como yo, nacida de reyes y padres bautizados en aquella, como yo misma, é indigna como soy, desde el pecho de mi madre, fui llamada á la dignidad real, ungida y sagrada por la autoridad y ministros de aquella, siendo criada y educada en el regazo suyo, y por ella instruida en la obediencia debida por todos los cristianos á aquél que guiado por el Espíritu Santo, ha sido elevado segun los antiguos decretos y órden de la primitiva Iglesia á la Santa Sede apostólica, como nuestro jefe en la tierra, á quien Jesucristo, en su último testamento, dió poder, hablando á san Pedro de la fundacion de aquella, de atar y desatar de los lazos de Satanás á los pobres pecadores, absolviéndonos por él ó sus ministros de todos los crímenes y pecados por nosotros cometidos y perpetrados, sintiéndonos arrepentidos, y despues de habernos confesado segun los mandatos de la Iglesia; llamo á mi Salvador Jesucristo, á la Santísima Trinidad, á la gloriosa Virgen María, á todos los ángeles y arcángeles, á san Pedro pastor, mi peculiar intercesor y abogado especial; á san Pablo, apóstol de los gentiles, á san Andrés, y á todos los santos y santas del paraíso, como testigos de que he vivido en esta fe, que es la de la Iglesia universal, católica, apostólica y romana, siendo rejenerada en ella, siempre he tenido intencion de cumplir mi deber para con la Santa Sede apostólica; pero no me ha sido posible cumplirlo, con gran sentimiento mio, á causa de mi largo cautiverio y de mi larga enfermedad. Pero ahora que le place á Dios, Santísimo Padre, permitir [para mis pecados y los de esta desdichada isla, que yo (única que queda de la sangre de Inglaterra y de Escocia, que profese la verdadera fe) me vea, despues de veinte años de cautiverio, encerrada en una estrecha cárcel, y condenada al fin á morir por los Estados y asamblea hereje de este país, segun me han significado hoy lord Boukerst, Amias Paulet, mi guardian, un tal Druw Drouri, caballero, y un secretario llamado Beal, en nombre de su reina, mandándome que me prepare á recibir

la muerte, ofreciéndome uno de sus obispos y un dean para mi consuelo, pues un sacerdote que yo tenia me ha sido quitado y no sé dónde para; he pensado que mi primer deber era dirigirme á Dios, y despues firmar de mi propio puño todos mis pensamientos, para que Vuestra Santidad, ya que no puede conocerlos antes de mi muerte, los conozca un día ú otro. El motivo de mi muerte parece que es la subversion de la religion de mis enemigos en esta isla por mí, segun dicen, practicada en mi favor, tanto por sus propios súbditos obedientes á vuestras leyes, á quienes declaran enemigos, como por los extranjeros, especialmente [los príncipes católicos y mis parientes, todos] los cuales (segun se me echa en cara) mantienen mi derecho á la corona de Inglaterra, haciéndome nombrar reina de esta nacion en sus oraciones por las iglesias y ministros, que me profesan sumision y deber. Dejo á Vuestra Santidad el considerar la consecuencia de tal juicio, suplicándoos que mandeis rogar por mi alma y por la de todos los que han muerto ó mueran por la misma causa y juicio, y en honor de Dios, é incitar á los reyes á hacer lo mismo por los que salgan en vida de este naufragio; y siendo mi intencion, segun las constituciones eclesiásticas, confesarme, hacer penitencia tanto como esté en mi mano, y recibir el Viático, si puedo obtener mi capellan ú otro legitimo ministro, que me dé los mencionados sacramentos; para el caso de que estos me falten, contrita y arrepentida me postro á los piés de Vuestra Santidad, confesándome á Dios y á sus santos y á vuestra paternidad, muy indigna pecadora y culpable de condenacion eterna, sino place al buen Dios que murió por los pecadores penitentes, suplicándoos tomar esta mi general sumision como prueba de mi deseo de cumplir lo que falte en la forma ordenada y dispuesta en la Iglesia, y la salvacion de mi pobre alma, entre la cual y la justicia de Dios interpongo la sangre de Jesucristo crucificado por mí y todos los pecadores, uno de los cuales soy, de los mas execrables, vistas las gracias infinitas recibidas de él, por mí mal reconocidas y empleadas, que me hace indigna de perdon, si su promesa hecha á todos aquellos que cargados de pecados y aflicciones espirituales se dirigen á él, si por su causa han sido afligidos; y su misericordia

no me diera valor para seguir su mandamiento , y volverme á él , con mi carga , para ser por él descargada , á imitacion del hijo pródigo , y lo que es mas , ofreciendo voluntariamente al pié de su cruz mi sangre por el sosten de la Iglesia , de la cual soy tan adicta , y sin cuya restauracion no quiero vivir en este mundo desgraciado . Ademas , Santo Padre , no habiendome quedado cosa alguna de que disponer en este mundo , suplico á Vuestra Santidad impetre del rey cristianísimo , que del producto de mi renta de viuda sean pagadas mis deudas y el salario de mis pobres y desconsolados servidores , y sufragio anual por mi alma y de todos aquellos hermanos muertos por esta justa causa ; y no tengo mas disposicion que hacer , como así os lo demostrarán mis pobres servidores , testigos de mi afliccion , como tambien os dirán que he ofrecido la vida voluntariamente á la herética asamblea por la conservacion de la religion católica , apóstolica y romana , y volver á atraer á los descarriados de esta isla ; protestando de que en tal caso , con la mejor voluntad , me despojaré de todo título y dignidad real , honrando y sirviendo á la suya , como ésta quiera dejar de perseguir á los católicos : protesto que este ha sido mi propósito , desde que estoy en este país , y que no tengo ambicion de reinar ó desposeer á otro alguno en provecho mio ; estando tan débil á consecuencia de mis enfermedades y tribulaciones , que ya no quiero en este mundo atormentarme por cosa alguna , como no sea la Iglesia y el aprovechamiento de las almas de estos insulares para con Dios . En prueba de lo cual , y próxima á mi fin , no quiero preferir la salvacion pública á los intereses particulares de la carne y de la sangre , que me hace suplicaros , temiendo mortalmente la perdicion de mi pobre hijo , despues que he intentado rescatarle por todos los medios posibles , para que le hagais verdaderamente de padre , como hizo san Juan Evangelista con el jóven á quien sacó de la compañía de los bandidos ; y á fin de que tengais sobre él toda la autoridad que puedo yo legaros para reprimirle , y , si es de vuestro agrado , solicitando el auxilio del rey Católico en lo que concierna á lo temporal ; y unido con este monarca le caseis á su tiempo ; y si Dios por mis pecados , permite que sea obstinado en el

error, no conociendo en este tiempo ningun príncipe cristiano que trabaje tanto por la fe, ni tenga mas recursos para reducir esta isla, como el rey católico, á quien estoy muy obligada y reconocida, pues es el único que en mis necesidades me ha ayudado con dinero y consejos, salva vuestra voluntad, lego cuanto en derecho ó intereses me corresponda, al gobierno de este reino, si mi hijo se obstina en permanecer fuera de la Iglesia; pero si así no fuere, quiero que por aquél sea aconsejado, ayudado y sustentado, junto con mis parientes de Guisa, encargándole en mi última voluntad que, despues de vos, los tenga por padres, aliándose, con su parecer y consentimiento, á una de sus casas; y si Dios lo quiere, deseo que se manifieste digno de ser hijo del rey Católico. Este es el secreto de mi corazon en el término de mis deseos terrenos, que tienden, como así lo creo, al bienestar de la Iglesia y al descargo de mi conciencia, que pongo á los piés de Vuestra Santidad, besándolos humildemente.

« Recibireis el verdadero relato de mi última prision y de todos los procedimientos que contra mí y en mi causa se han hecho, á fin de que cuantas calumnias me lancen los enemigos de la Iglesia, puedan ser por vos refutadas, y conocida la verdad de todo; y á este efecto os he mandado al portador de la presente, pidiéndoos por último vuestra santa bendicion, y ruego á Dios os mantenga muchos años en su gracia, para bien de su Iglesia y de vuestro desconsolado rebaño, especialmente el de esta isla, el cual dejo bien perdido, si Dios y vuestro paternal cuidado no tienen misericordia de él.

« Fodringay 23 de noviembre de 1586.

« Dispensadme mi escritura, pues mi brazo está muy débil. Con gran sentimiento mio, oigo circular el grave rumor de que alguno que se halla junto á Vuestra Santidad recibe sueldo de esta nacion, para hacer traicion á la causa de Dios, y que en ello hay algunos cardenales comprometidos.

« Dejo á cargo de Vuestra Santidad el averiguarlo, y fijar su atencion en cierto señor de San Juan, muy sospechoso de ser espía del gran tesorero (1). Tened entendido que hay falsos

(1) Lord Burleigh.

hermanos; mas yo os respondo de que cuantos por mí os han sido recomendados, son muy diferentes.

« De Vuestra Santidad humilísima y devota hija

« MARÍA, reyna de Escocia, viuda de Francia. »

Este documento tan importante fué enviado á Roma al príncipe Labanoff por monseñor Marino Marini, el dia 15 de las calendas de enero de 1838, indiccion XI, el año VIII del pontificado de nuestro santísimo padre el papa Gregorio XVI.

Monseñor Marini declara, en su certificado, que hizo copiar la presente del autógrafo en papel, guardado en los archivos del Vaticano (1). Santiago Belton, arzobispo de Glasgow, embajador de Escocia cerca del rey Cristianísimo, envió esta carta á Luis Andouin, obispo de Cassano, que á la sazón residia en Roma y que recibió encargo de entregarla al papa Sixto V. En esta copia, dice monseñor Marini, hemos copiado escrupulosamente la ortografía de la carta, y los acentos puestos en las palabras de la firma.

Añadiré que yo mismo ví esta carta en 1824. Monseñor Marini tuvo la bondad de enseñármela: el papel es comun, de la clase llamada de *estudiante*; la carta tiene cuatro páginas de letra muy apretada: la firma se vé al pié de la cuarta página, que está tambien llena del todo. Mientras yo estaba en Roma se supuso que esta carta encerraba secretos de estado y confesiones; pero puedo asegurar que es tal como acabo de copiarla, y como se encuentra en la magnífica obra del príncipe Labanoff, intitulada *Cartas, instrucciones y memorias de María Stuart, reina de Escocia, acompañadas de un resumen cronológico, por el príncipe Alejandro Labanoff*.

Comparando la ortografía de esta carta con la de las dirigidas al duque de Guisa y á Isabel, se vé una diferencia, cuya causa es la siguiente. Estas dos últimas proceden de colecciones en las que los copistas siguieron la ortografía nueva, al paso que la de Sixto V está copiada del mismo autógrafo de la reina, circunstancia que la hace mas preciosa.

(1) Habiendo sido enviada esta carta desde Roma por el general Radet á los archivos del reino en 1811, donde todos pudieron verla, fué vuelta mas tarde á Roma por monseñor Marini.

Habiendo sabido la corte romana la sentencia recaida contra María, redobló sus esfuerzos para salvar á esta desgraciada. Es probable que sus vivas instancias tuvieron por resultado la suspension de la ejecucion, pues se verificó á principios del año siguiente, el día 8 de febrero, segun el calendario antiguo, y el 18, segun el nuevo (1).

La víspera del suplicio, escribió á Preau, su limosnero: « Se me ha prohibido recibir los consuelos de mi religion; pero los herejes van á oír por el médico de la reina, Bourgois, y los demás, que á lo menos he protestado fielmente de mi fe, en la cual quiero morir. He deseado teneros para que oyerais mi confesion y me dierais los sacramentos; pero me lo han negado cruelmente, así como el escribir, sino por mano suya, y segun el capricho de su soberana, y la traslacion de mi cuerpo y el poder testar libremente. A pesar de esto, confieso la gravedad de mis pecados en general, como habia resuelto hacerlo á vos en particular, rogándoos en nombre de Dios que rogueis y veleis esta noche conmigo, para satisfaccion de mis pecados, y me enviéis vuestra absolucion y perdon de todas las ofensas que os he hecho. Procuraré veros en su presencia, como me han concedido á Andrés Melvil; y si me lo permiten, delante de todos, y de rodillas, pediré la bendicion. Manifestadme cuales son las oraciones mas propias para esta noche y para mañana, pues el tiempo es corto y no tengo ocasion de escribiros. Os recomendaré al rey..... No puedo disponer de mas tiempo para escribir. »

Una copia de esta carta fué enviada á Roma por el limosnero Preau, que la habia recibido. El vicegerente de esta ciudad habia dispuesto rogativas para la reina en todas las iglesias.

Este fiel limosnero tuvo la dicha de penetrar, durante la noche, cerca de los servidores de la reina, quienes le introdujeron un momento en su cuarto, donde le dió la comunión, con una hostia que Pio V, en su piadosa solicitud por María, le habia enviado en otro tiempo.

(1) Acerca de este punto se ha calumniado cobardemente al rey de Francia, Enrique III. Por orden suya la diplomacia francesa hizo esfuerzos sobrenaturales para obtener el perdon de María.

Mas tarde, el mismo Preau dirigió al Papa el relato de la ejecucion, redactado en presencia del protestante Nicolas Andrews, preboste (schériff) del condado de Northampton, presente á dicha ejecucion.

De este relato existen varias copias en diferentes bibliotecas. En la real de Paris, suplemento francés, número 311, fól. 127, se encuentra la siguiente:

«El miércoles dia 8 de febrero (18, segun el nuevo estilo) el preboste fué enviado á ella (la reina) para sacarla de la cámara y llevarla á la sala baja. La dicha reina de Escocia, conducida por dos de los caballeros de sir Amias Paulet, detrás del preboste, salió sin resistencia de su cuarto, hasta una entrada inmediata á la referida sala, donde se detuvo para hablar á M. de Melvil, su mayordomo, que estaba cerca del médico y cirujano, diciendo estas palabras al mencionado Melvil: « Como has sido honrado y fiel servidor para mí, te ruego que sigas siéndolo para mi hijo, y que me recomiendes á él. No he impugnado su religion ni la de los demás: le deseo mucho bien, y como perdono á todos los que me han ofendido en Escocia, tambien quisiera que me perdonaran á mí; y suplico á Dios que le envíe su Espíritu Santo, y que le ilumine. »

« Melvil dijo que lo haria, y rogaba á Dios que en aquel momento se dignara asistirle por medio del Espíritu Santo, y sollozando dijo: « Señora, será el mensaje mas doloroso que pueda encargármese, cuando diga que mi reina y amada señora ha muerto. » Despues la reina de Escocia, llorando á lágrima viva, le respondió: « Antes debieras alegrarte que llorar, pues ha llegado ya el término de las pesadumbres de María Stuart. Tú sabes, Melvil, que este mundo es todo vanidad, tribulacion y miseria; lleva estas noticias de mí, y dí á mis amigos que muero verdadera mujer en mi religion, y como *verdadera mujer escocesa y verdadera mujer francesa*. Dios quiera perdonar á los que han deseado durante mucho tiempo mi muerte. El que juzga, sin engañarse, los secretos pensamientos, sabe que siempre fué mi intencion ver unidas la Escocia y la Inglaterra. Recomiéndame á mi hijo, y dile que no he hecho cosa que pueda perjudicar á su reino de Escocia.

Y así, buen Melvil, hasta la vista.» Y abrazándole, le dijo que rogara por ella.... Despues, dirigiéndose á los señores, dijo: «Tengo que pedir os un favor, y es que permitireis que mis pobres criados me rodeen en mi último momento, para que cuando regresen á su país, puedan decir que he muerto *verdadera mujer* en mi religion.»

«El conde de Kent contestó que estos servidores podian turbar é importunar á *Su Gracia*, ó tratarian de empapar con su sangre sus servilletas ó pañuelos, cosa inconveniente. «Señores, dijo ella, respondo y prometo por ellos, que no harán nada de lo que Vuestros Honores manifiestan. Pobres gentes! por muy felices se dieran si pudiesen despedirse de mí; y yo esperaba que vuestra soberana, siendo doncella y reina, por consideracion al honor de las mujeres, me permitira tener algunas de mi pobre pueblo, ó algunos criados, en torno mio á la hora de mi muerte, y me consta que no os ha dado tan estrictas órdenes que no podais otorgarme mas de lo que me otorgariais, si fuese mucho menos de lo que soy en calidad.» Despues, pareciendo muy afigida, sollozando, profirió estas palabras: «Sabeis que soy prima de vuestra reina, que desciendo de Enrique VII, y soy reina de Francia y de Escocia.»

«Entonces la permitieron que eligiera media docena de sus hombres y mujeres (Preau el limosnero no fué de este número); despues pasó á la gran sala, con ademan sereno, y voluntariamente subió al cadalso que le estaba preparado en dicha sala, el cual tenia dos pies de alto y doce de ancho, y estaba rodeado de una barrera, y tendido de negro. Vefase en el cadalso una silla baja, un largo almohadon, y un tajo cubierto con un paño negro. Presentaron la silla á la reina, quien se sentó..... luego Roberto Beale, notario del consejo, leyó la comision de S. M. Durante la lectura, la reina de Escocia estaba silenciosa, escuchando con tan poca atencion, como si no se refiriese á ella lo que se estaba leyendo, y con tan alegre continente, como si S. M. acabase de perdonarle la vida, ó como si no conociese á ninguno de la asamblea, ó ignorase el idioma inglés.

«Despues, el doctor Flescher, dean de Peterborough, que

se hallaba enfrente de ella en la parte exterior de la barrera, inclinándose, hizo una gran reverencia, y empezó la siguiente exhortacion: «Señora, la muy excelente majestad de la reina de Inglaterra.» Y profiriendo tres ó cuatro veces estas palabras, ella contestó que estaba resuelta á obedecer los mandatos de la religion católica y romana, y que esperaba derramar su sangre en su defensa. Luego el dean replicó: «Señora, mudad de opinion, y creed solamente en Jesucristo, á fin de que él os salve.» A lo cual contestó la reina: «No sigais, señor dean, pues ya he declarado cual es mi religion, y estoy dispuesta á morir en ella.» Los condes que estaban presentes, dijeron que rogarian á Dios para que iluminara á *Su Gracia* en sus últimos momentos, y ella les dijo: «Señores, os agradezco que querais rogar por mí; pero no puedo unir mis oraciones á las vuestras, por cuanto no es una misma vuestra religion y la mia.»

«Entonces el dean empezó á orar, y todos los asistentes, á escepcion de la reina de Escocia y sus criados, le imitaron. La reina empezó á orar en latin, en alta y firme voz, y en medio de sus oraciones, dejóse caer de rodillas, y siguió orando en latin. Al terminar la oracion del dean, la reina que estaba de rodillas, oró en inglés por la Iglesia afligida de Cristo y por la pronta terminacion de sus disturbios, por su hijo y por la majestad de la reina, para que ésta pudiese prosperar y servir rectamente á Dios. Luego besando el crucifijo y abrazándolo, dijo estas palabras: «Recíbeme por favor en tus brazos, y perdóname todos mis pecados.»

«Entonces, sus ejecutores se arrodillaron, rogando á *Su Gracia* que se dignara perdonarles, á lo cual contestó: «Os perdono de todo corazon, pues vais á poner término á mis penas.» En seguida estos, ayudados de dos mujeres, empezaron á quitarle el vestido, desnudándose tambien ella misma con mucha prisa, como si deseara concluir pronto. Mientras la desnudaron no mostró sorpresa alguna, antes bien sonriéndose dijo, que nunca habia tenido semejantes camareras; desnuda al fin, sus dos mujeres prorumpieron en lamentos, ella se persignó, rezando en latin, y dirigiéndose á ellas las abrazó, diciendo estas palabras en francés: «No griteis, pues he pro-

metido que no perturbariais la ejecucion.» Y haciendo la señal de la cruz sobre ellas, las abrazó, diciéndoles que rogaran por ella; despues se dirigió á Melvil y demás criadas suyas, que ora lloraban, ora gritaban, persignándose de continuo y rezando en latin, y haciendo la señal de la cruz sobre ellas, les dijo á Dios. En seguida, una de sus mujeres que tenia un lienzo de *Corpus Christi* (venido de Roma), lo dobló tres veces, lo besó, y vendó con él los ojos de la reina: las dos mujeres se apartaron inmediatamente, y María Stuart arrojándose en el almohadon, muy resueltamente, sin manifestar señal alguna de miedo á la muerte, dijo en alta voz el salmo: *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum.*» Luego, palpando para encontrar el tajo, apoyó en el la cabeza, poniéndose las manos debajo de la barba, en ademan de orar, de suerte que hubo que apartarlas para que no fuesen cortadas. Inclínada así sobre el tajo, sin moverse, uno de los ejecutores le cogió la mano y el otro le dió dos hachazos. Cayósele entonces el gorro que le cubria la cabeza, y esta apareció cana, como si contara setenta años, cuando solo tenia cuarenta y cinco; y sus labios se movieron durante un cuarto de hora despues de separada la cabeza del tronco.»

Se cree que Preau fué invitado á ir á Roma, en donde se tenian preparadas recompensas á su valor y desinterés. Probablemente habria sido elevado á la dignidad de obispo, á petición de la Francia; pero no he hallado huellas de este viaje.

Hemos referido escenas de martirio, hemos pintado, en los primeros siglos, la fuerza de voluntad que sostenia á los confesores de la fe: los tiempos han cambiado, y podia creerse que este vivo ardor del catolicismo se habia alterado; pero el ejemplo que dió María Stuart venga al nuevo siglo, al cual se habria podido creer mas frio y menos generoso que los que le precedieron. Fué en vano que un ministro del culto protestante llamara á la reina á demostraciones herejes, á las que ella siempre tuvo horror; la sublime princesa recibió la muerte, segun habia dicho, *como verdadera mujer escocesa y verdadera mujer francesa*. La heroína de la fe romana no cesa de rogar por sus verdugos, y Sixto que habia cuidado tanto de consolarla y alentarla, no faltará á los deberes de su alto ministerio. Sus

súplicas fueron sin duda las que lograron suspender el suplicio, pues la sentencia pronunciada en 12 de octubre tardó cuatro meses en ser ejecutada. Pero hay en esta vida fatales destinos que es preciso sufrir; y María Stuart, si ha podido reprocharse debilidades inconsecuentes, faltas políticas difíciles de evitar, las ha reparado con una muerte gloriosa.

Ya lo hemos dicho, innumerables son los trabajos impuestos á la Santa Sede. Cada día se ruega en los templos por María Stuart; pero ya se afila el puñal que dos años despues ha de rasgar el corazon del rey de Francia. Roma se vé obligada á dirigir su atencion á aquella desdichada comarca, donde ya no se escucha á razon, y donde la Santa Sede, quizás, no sabe ya qué partido debe tomar.

Inmensas obras de magnificencia, emprendidas con audacia, no pueden quedar interrumpidas durante mucho tiempo. El jefe del Estado, único que conoce las desgracias de la Iglesia, vive en el dolor, y vé todas las noches que ha perdido lo que el papa Paulo IV llamaba *el don de Dios*. El obrero que nada sabe de las cosas de la vida política, pide trabajo con impaciencia, y no concibe cómo se puede vivir sin fabricar, sin construir, sin perfeccionar los monumentos empezados.

En su deseo de proteger y hacer respetar las antigüedades, Sixto mandó restaurar, en 1588, la soberbia columna Trajana, levantada despues de siete años de trabajo por el senado romano, en 106, á la memoria del emperador Trajano. Al rededor de aquella se ven esculturas que representan las acciones de este príncipe, y particularmente los hechos de la guerra contra los dácios.

Habiendo mandado quitar el Santo Padre la urna en que habian sido depositadas las cenizas de Trajano, dispersadas mas tarde por los bárbaros, mandó colocar en lo alto de la columna una grande estatua de bronce dorado, representando al príncipe de los Apóstoles, la cual fué fundida por Sebastian Torresani, llamado el Bolonés, sobre el modelo de Tomas della Porta.

Nada debia escapar al zelo de tan magnífico pontífice. Mandó restaurar la columna Antonina, y colocar en ella la es-

tátua en bronce del apostol san Pablo , de diez y nueve palmos de alto , hecha tambien por Sebastian Torresani , sobre el modelo de Tomas della Porta. La mencionada columna tiene setenta y cinco piés de altura.

Cuando se ven todas estas obras , no se cesa de admirar la grandeza de Sixto V, su amor á las artes, y el atractivo irresistible que le movia á levantar dó quiera suntuosos monumentos á la religion católica.

No hablaremos de las calles abiertas en la ciudad, ni de los innumerables embellecimientos dispuestos por este papa, que se creia obligado á cumplir los deberes de soberano en su ciudad de Roma , colmándola de beneficios , y haciéndola al mismo tiempo una de las mas hermosas ciudades del universo, como ya es la mas santa.

Las reparaciones hechas por órden de este papa en San Juan de Letran, contribuyeron á hacer mas imponente esta basílica llamada *cabeza y madre del mundo*.

Como la mayor parte de los cantones suizos eran calvinistas, los papas habian renunciado al uso de enviarles nuncios, temiendo exponerles á disgustos y persecuciones; pero sabiendo Sixto que los cantones católicos deseaban la presencia de un nuncio apostólico, envió á monseñor Juan Bautista Santorio, que fué recibido con grandes muestras de júbilo en Lucerna, la ciudad de la fe por excelencia entonces y hoy.

A consecuencia de haber perdido el sacro colegio muchos de sus miembros, Sixto resolvió crear dos; pero antes de proceder al nombramiento, publicó una bula, firmada por treinta y siete cardenales, la cual contenia excelentes disposiciones acerca de su creacion, número, cualidades y modo de vivir que les seria impuesto. Entre otras circunstancias, queria que hubiese setenta cardenales, y que toda eleccion que pasase de este número fuese nula. Pueden ser escogidos de todas las naciones cristianas, con tal de que reúnan las virtudes indicadas en la ley, las cuales deben ser conocidas del pontífice y del sacro colegio; es preciso que, para ser nombrados, tengan á lo menos órdenes menores, y que un año antes hayan vestido el hábito clerical y recibido la tonsura.

Deben ser creados en diciembre, en dias de ayuno, segun

la antigua práctica de los pontífices san Anacleto, san Clemente, san Evaristo, san Alejandro y otros, práctica que ha subsistido durante mas de seiscientos años.

La ley habilita para esta dignidad á cualquiera que, despues de haber tenido hijos y nietos de legítimo matrimonio, cuente algun tiempo de viudez. Mientras viva un cardenal no podrá ser nombrado otro que sea su hermano, su tio, su sobrino, ó pariente en primero ó segundo grado.

En los setenta cardenales deben estar comprendidos, á lo menos, cuatro maestros en teología de las órdenes regulares mendicantes.

Para llegar al número de setenta, habrá seis obispos suburbicarios, cincuenta presbíteros, y catorce diáconos. Los diáconos no podrán ser elegidos sino cuentan á lo menos veinte y dos años. En el año de la creacion, deben ser promovidos al diaconato, cuando no lo poseen; de lo contrario, quedan privados de voto activo y pasivo.

Los diáconos promovidos al presbiterato quedan en el orden de diáconos, hasta que el número de catorce haya sido llenado por otras creaciones.

Los hijos ilegítimos son inhábiles para el cardenalato, por mas que hayan sido legitimados por subsiguiente matrimonio, por mas que hayan recibido dispensa de la autoridad apostólica, y por mas que descendan de sangre real.

La ley dispone además que los cardenales alejados de Roma deben visitar esta ciudad en el término de un año, lo cual jurarán antes de recibir el capelo.

Al subir Sixto al trono, habia encontrado el tesoro enteramente exhausto. Los vastos pensamientos de este soberano, los inmensos gastos para el hermoseo de Roma, las actuales necesidades de la Iglesia, todo exigia mucho dinero, y la cámara apostólica carecia de él. Para hacer frente á tantos gastos, Sixto, á imitacion de sus predecesores, comenzó por reformar los oficios vacables (*vacabili*). Llámanse así los oficios que se confieren á algunas personas, las cuales los ejercen en virtud de esta colacion, y como cuando vacan, se pierden por muerte del que gozaba de ellos, se les llama *vacables*. Sixto suprimió los vacables que encontró existentes, y creó otros,

Acercas de este punto se encuentran los datos mas importantes en la *Vida de Sixto*, por Tempesti.

Con ayuda de una buena administracion de los nuevos vacables, Sixto pudo subvenir á todos los gastos sin cargar al pueblo con impuestos, logrando además reunir un tesoro que fué valorado en mas de quince millones de francos; y existen todavía una multitud de fundaciones, beneficios, limosnas reales, capellanías, como la de *Presepio* en Santa María la Mayor, que no podemos mencionar en nuestros reducidos anales. Los vacables eran un manantial de dinero, pues las plazas no se daban, sino que se vendian. Sixto habia introducido un órden admirable en la contabilidad; nada era sustraído, todo llegaba al tesoro, cuando era el tesoro el que tenia derecho á recibir; nada salia de él sin un mandato preciso, especial y razonado. Cada semana se verificaban arqueos; las esperanzas no se convertian en ilusiones ó quiebras. Elogiamos á los grandes administradores de las varias naciones de Europa, cuando quizás no hubo nunca administrador mas íntegro y vigilante que Sixto; pero es tal la fama que por otros muchísimos méritos ha conseguido, que se ha olvidado el que no es menos honroso para un soberano. En esto seguia con noble emulacion el ejemplo de Gregorio XIII.

No es aventurado asegurar que las admirables administraciones de Gregorio y de Sixto V contribuyeron á producir en el espíritu de los romanos un profundo afecto hácia la Santa Sede. Viéndose Roma con un padre tan atento, con un tutor tan solícito, no pudo menos que amar con nueva ternura á tan generosos bienhechores. Y no basta celebrar la dicha á que tan obligada quedó Roma, sino que es preciso hacer constar que esta dicha se extendió al catolicismo entero. El trono de Roma se afirmaba cada vez mas; los súbditos, aun los mas antiguos é indisciplinados, guardaban un ademán de sumision, y la idea de revueltas ó desobediencias, que otras veces partiera de Roma, no venia ya á emponzoñar la confianza y la veneracion debidas á la Santa Sede.

Pero á Sixto V no le bastaba el respeto aislado de Roma.

Juan Pepoli, uno de los mas ricos é ilustres caballeros de Bolonia, tenia preso un sicario en uno de sus castillos. El car-

denal Salviati se lo pidió á Pepoli, quien contestó que relativamente á su feudo, no conocia ni al pontífice ni á otro principe, á cuyas palabras el cardenal mandó prender al insolente feudatario, dando parte de ello á Sixto. Este, quiso que el negocio fuese juzgado en Roma, y se decretó que se habia obrado bien, poniendo en libertad á aquel sicario fatal al sosiego público; pero que Pepoli habia hablado de la Santa Sede y de sus derechos con una altivez que podia originar otras rebeliones. Sixto mandó, pues, que se ejecutara la sentencia pronunciada contra Juan Pepoli, y en seguida, para probar que no era hija de pasion alguna, y que nadie trataba de insultar á una ilustre familia, nombró cardenal á Guido Pepoli, hermano de Juan.

Tantos trabajos no eran motivo para que el Papa descuidara la conservacion de la disciplina eclesiástica, pues en dos años firmó acerca de este punto mas de setenta y dos bulas.

Desde aquel tiempo ha quedado en uso el pago de una pequeña cantidad en algunas secretarías de las congregaciones de cardenales (1), particularmente en la de los *obispos y regulares*, de la *inmunidad*, de la *disciplina*, y de la *fábrica*. Esta cantidad se dá á los copistas, á los traductores, y sirve tambien para gastos de pergamino, sello y papel. En las otras secretarías no se paga derecho alguno, y estas son la de la *penitenciaria*, del *santo Oficio*, de los *memoriales*, del *index* y del *concilio*; y los fieles son servidos gratis en todas estas administraciones, en las que ni siquiera se les exige el reembolso del papel.

No hablamos de la dataría, en la que se pagan derechos por los cuales se obtienen fácilmente importantes gracias.

Como la basílica Vaticana quedaba imperfecta, y esta casa de Dios reclamaba tambien los mas asíduos cuidados de parte del Pontífice, éste confió la continuacion de las obras á Jacobo della Porta y á Domingo Fontana, artista activo y favorito de un papa que conocia el valor del tiempo. Sixto no se ar-

(1) Sixto estableció quince congregaciones de cardenales; despues se crearon otras. La lista completa se encuentra en los *Diari* de Rom.

redraba nunca por las empresas mas difíciles ; su valor gustaba de esta clase de peligros. Mandó llamar dos arquitectos y les dijo que solo tenia que encargarles dos cosas : que no se detuvieran por gastos, y que obraran aprisa ; expresion viva del que sabia llenar tan bien su tesoro y administrarlo con tanto zelo. Este gran pontífice tenia como una mision de Dios el llevar á cabo las obras mas admirables , y llenando esta mision , temia que le faltara tiempo para terminar otras empresas verdaderamente gigantescas y sobrehumanas.

Los arquitectos pusieron manos á la obra el dia 15 de julio de 1588, empleando ochocientos albañiles, y en 14 de mayo de 1590 la vasta cúpula estaba concluida hasta la linterna y el *cupolino* ; empleándose luego siete meses en llegar desde este punto á la cruz.

El Papa , constructor de maravillas , no descansaba ; el Papa , organizador , no dormia durante la noche.

Casi á un tiempo publicó cuatro edictos muy útiles : por el primero prohibió insultar á los judíos , burlarse de ellos , y sobre todo herirles : por el segundo , nadie podia abrir hoyos en Roma ó fuera de ella , en sitios habitados , pues por medio de excavaciones imprudentes se habia causado la ruina de muchos edificios : el tercero , era relativo á las conversaciones ilícitas que se procuraba tener con las religiosas : el cuarto disponia que las calles estuviesen del todo limpias , para que miasmas pútridos y ponzoñosos no infectasen el aire.

A últimos de 1588 , á peticion del padre Juan Bautista de Montegiano , de la Marca , que administraba la *Custodia* de Jerusalem , el Papa le mandó socorros para los peregrinos , y le movió á redoblar su zelo por la mejor guarda de los Santos Lugares (1).

La tolerancia , la prudencia , la disciplina , y el principal

(1) He dicho algunas palabras , en el tomo II , de una obrita sobre Jerusalem , que he publicado hace corto tiempo con el título de *Consideraciones sobre Jerusalem y sobre el sepulcro de Jesucristo , seguidas de informes sobre los hermanos mínimos y la orden de los Caballeros del Santo Sepulcro*. En ella se encuentra una lista de los hermauos mínimos observantes que desde 1226 hasta 1846 han obtenido de los papas la *Custodia* del Santo Sepulcro.

deber de la edilidad , recibian al mismo tiempo un homenaje, una incitacion de parte de este príncipe , á la vez caritativo, previsor, piadoso y conservador de la vida de los ciudadanos.

En 15 de mayo de 1588, y en medio de una gran solemnidad en la iglesia Vaticana , el Papa colocó entre los santos doctores á san Buenaventura , religioso de su órden , como habia hecho san Pio V, que habia concedido el mismo honor á santo Tomas de Aquino.

El dia 2 de julio siguiente , á instancias del rey Católico, Sixto canonizó al bienaventurado Diego de San Nicolás , lego menor observante , nacido de humilde cuna en Puerto , diócesis de Sevilla, muerto en el convento de Alcalá de Henares en 12 de noviembre de 1463.

El altar en el cual el Papa celebró la ceremonia fué declarado pontifical , y enviado á Felipe II con una bula de 20 de agosto de 1588, en la que se prescribian cuáles eran las personas que podian celebrar misa en aquel altar privilegiado.

En épocas anteriores se han reunido libros en la biblioteca de San Juan de Letran , desde donde se les habia trasladado al Vaticano ; y cuya biblioteca se dice que habia sido ya restaurada por san Zacarias I y otros sucesores suyos. Viendo Sixto que el antiguo local no bastaba para contener los libros, resolvió que fuesen trasladados á otro punto del mismo palacio, llamado *Belvedere* , recibiendo Fontana órden de construir salas donde los libros fuesen guardados con particular cuidado.

Creemos que no se calificarán de inútiles algunos datos mas precisos tocante al origen de esta biblioteca , los cuales debemos á monseñor Rocca. Segun este prelado, cualesquiera que hayan sido los cuidados de san Zacarías por la fundacion de este principio de riquezas, que ha llegado á ser un tesoro inestimable, parece (y son de la misma opinion los sábios alemanes) que la biblioteca pontificia del Vaticano se inauguró en tiempo de san Pedro ; creció poco á poco con los manuscritos bíblicos , principalmente los evangelios , las epístolas de san Pedro , de san Pablo , de Santisgo , de san Juan y de san Judas , de los Actos de los Apóstoles y del Apocalipsis , de las decretales , de las constituciones sinodales , de una multitud

de decretos que publicaron pontífices laboriosos, vicarios de Jesucristo, y dignos sucesores del príncipe de los Apóstoles.

Roma apoya su opinion en el testimonio de san Jerónimo, quien afirma que de todos los puntos del mundo cristiano se solia acudir á los archivos romanos, donde se conservaban las actas de los concilios generales. Allí se recurria para decidir cuestiones, aclarar dudas, y conocer si un cánon era corrompido ó alterado.

San Gregorio el Magno, con motivo de una controversia suscitada en el concilio de Efeso, contestó: « Los manuscritos romanos son mas verídicos que los manuscritos griegos. » De esto se infiere que los manuscritos romanos estaban en algun punto, y el sitio que los encerraba, llamábase naturalmente biblioteca.

En el concilio romano celebrado en tiempo de san Gelasio, quincuagésimo papa, elegido en 492, se hace mencion del *archivo* y del *scrinio* romano, del bibliotecario, de los escribas, notarios y *escrinarios*; de lo cual puede deducirse que á últimos del siglo v, la Iglesia romana poseía un gran número de libros que era preciso conservar en una biblioteca.

Pauvino atribuye á san Clemente, papa el año 91, la institucion de esta biblioteca.

San Julio I, trigésimoquinto papa, elegido en 337, mandó que todo lo perteneciente á la conservacion y extension de la fe, fuese recopilado por los notarios de la santa Iglesia romana, y que el primiciario de estos notarios lo depositára en la Iglesia. Tambien quiso este papa que en el mismo *archivo* se reunieran las cauciones, las actas, las donaciones, las tradiciones, las declaraciones, las alegaciones y las *manumisiones* de los clérigos (1).

Cenni ve en esta organizacion el principio formal de la biblioteca de la Santa Sede.

Cualquiera que sea por otra parte este principio, acerca del cual no están conformes los autores, es cierto que se trata de una institucion muy antigua; y es antigua porque no se podia pasar sin ella, y sin una biblioteca no habria habido ad-

(1) La manumision es la accion de libertar á los esclavos.

ministracion eclesiástica. De lo mismo se infiere que desde san Pedro ha existido una admirable administracion eclesiástica mas ó menos universal.

Sabemos por el libro pontifical atribuido á Anastasio, bibliotecario, que san Hilario, cuadragésimoséptimo papa elegido en 461, formó dos bibliotecas en el baptisterio de San Juan de Letran, y que Gregorio III, elegido en 731, fundó otra en el palacio de Letran. Es preciso creer que estarían unidas, pues san Gregorio el Magno habla, sin hacer distincion alguna, de la biblioteca romana, de la cual san Sergio I le habia nombrado guardian.

Mientras los papas vivieron en San Juan de Letran, conservóse allí esta *libreria*.

En el interin sobrevino un grande acontecimiento, la traslacion de la Santa Sede á Aviñon; y la biblioteca fué trasladada á esta ciudad. A últimos del cisma, Martin V mandó devolverla al palacio del Vaticano; pero parte de ella quedó en Aviñon, y Pio V recobró muchos libros de esta. Quedaban todavía algunas actas antiguas y piezas importantes, que Pio VI mandó reintegrar á Roma en 1784, con todos los documentos de la administracion de los papas de Aviñon, con lo cual esta biblioteca se hizo mas y mas célebre.

No hemos querido hablar mas que del estado en que se encontraba en tiempo de Sixto V. Ya hemos visto la acogida dada por Nicolas V á los griegos echados de Constantinopla, el cuidado que tomó de mandar traducir obras antiguas; todos estos trabajos, y otros que siguieron, aumentaron el tesoro. Calixto III y Sixto IV enriquecieron tambien tan precioso depósito. Sixto V encontró todos los libros, todos los manuscritos casi sin órden, y construyó la hermosa fábrica que admiramos en el dia.

Añadiremos algunas palabras para dar á conocer todo lo relativo á este piadoso establecimiento. Paulo V lo enriqueció con manuscritos raros. En 1622, fué considerablemente aumentado por el regalo de la biblioteca de Heidelberg. Habiendo caido esta ciudad en poder del conde de Tilly, el emperador regaló á Urbano VIII la biblioteca del elector palatino, que antes Maximiliano, duque de Baviera, habia ya dado á Grego-

rio XV, y que contenía cuanto poseían los monasterios antes de la herejía de Lutero. Alejandro VII le añadió los libros de los duques de Urbino, y Alejandro VIII mandó colocar en ella los libros que compró al morir la reina Cristina.

Allí fueron á parar los manuscritos del maronita *Ecchelense*, del noble romano Pedro della Valle, de la *librería* privada de Pio II. Clemente XII, fiel al plan adoptado por Sixto V, añadió otro *braccio*; y todos sus sucesores tuvieron el mérito de enriquecer por medio de nuevas adquisiciones aquel depósito de las riquezas literarias del mundo católico.

Sixto puso en el mismo lugar una imprenta, en la que mandó terminar su trabajo sobre san Ambrosio: en ella se imprimieron también las obras de Gregorio el Magno, de san Buenaventura, y otros santos padres, el gran bulario romano de Laercio Cherubini, las dos sagradas escrituras, la versión de los Setenta, y la Vulgata, que fué publicada en 1590.

Esto pone un sello de inmortalidad á aquel gran Sixto, que por sí mismo corregía las pruebas de aquellos monumentos de la bondad divina y de la sabiduría humana. Por desgracia se deslizaron faltas que produjeron un gran rumor en el catolicismo; pero Gregorio XIV las mandó corregir, y la impresión del texto perfeccionado comenzó en tiempo de Clemente VIII.

No es posible enumerar los beneficios debidos á Sixto V. Civita-Vecchia carecía de agua: el Papa mandó construir un acueducto para proporcionársela; comenzó los desagües de las lagunas Pontinas; mandó levantar la hermosa fábrica de la *Scala Santa*, por ser la escalera del palacio de Pilatos que Jesucristo subió y bajó en Jerusalem; empezó el *ponte Felice*, cerca de Otricoli; mandó colocar en el Quirinal los dos magníficos caballos de mármol, y los dos jóvenes que los tienen por las riendas, que Constantino el Grande había hecho trasladar á Roma.

Por aquel entonces llamaban la atención del Papa los negocios de Francia: aquél había excomulgado á Enrique III con motivo del asesinato de los Guisa, que había excitado en Roma una justa indignación. A su vez este monarca murió á manos de un asesino. No conociendo Sixto la verdadera situación de los negocios, acababa de llamar á su nuncio, y pensaba

enviar otro. El cardenal Gaetani recibió encargo de ir á Paris para ver que partido era el mas justo; y nadie pudo penetrar los sentimientos del Pontífice, que parecia no manifestar preferencia alguna.

La Liga habia acogido con entusiasmo á Gaetani, y Enrique IV, de acuerdo con los príncipes de su linaje, juzgó conveniente enviar á Roma un embajador, para dar á Sixto V los convenientes informes. El duque de Luxemburgo habia entrado en Roma; Olivares, embajador de Felipe, corre al palacio del Papa, y le dice vivamente que si Luxemburgo, fautor del príncipe de Navarra, no es despedido, el embajador del rey Católico protestará. Sixto le contestó: «¿Qué protestas, qué protestas quereis hacer? Estais ofendiendo la majestad de vuestro rey, pues conocemos su elevada prudencia. Tambien ofendeis nuestra majestad..... El amor que profesamos al rey católico, es una circunstancia que debeis agradecer: actualmente *ya nos comprendéis.....*» En seguida tocó la campanilla, y mandó salir al embajador, dirigiéndole la palabra siguiente: «Retiraos.»

Entre tanto el rey Enrique, á la cabeza de dos mil caballos y de seis mil infantes, habia ganado en Ivri una importante batalla contra los liguistas, mandados por el duque de Mayenne, que estaba al frente de tres mil hombres de caballería, y de doce mil de infantería.

Llegada apenas á Roma la noticia de este suceso, el embajador de la Liga pidió una audiencia al Papa, y le presentó las súplicas de los liguistas, que imploraban socorro. Sixto respondió: «Bien, bien. Mientras creimos que la Liga trabajaba por la religion, os socorrimos; pero informados ahora de que en vosotros todo es ambicion, fundada en un falso pretexto, no podemos protejerlos ya.» Y le despidió.

Tal era el estado de cosas, cuando este papa infatigable, atormentado excesivamente por acontecimientos tan terribles, vióse atacado de una terciana que descuidó durante algun tiempo, pero que se convirtió en calentura continua, y pronto tomó el carácter de mortal. Sixto, mas enfermo aun por la necesidad de guardar cama, vió acercarse con valor su último momento, y murió el dia 27 de agosto de 1590, á los 69

años de edad, despues de haber gobernado la Iglesia cinco años, cuatro meses y tres dias.

Su cuerpo fué trasladado al Vaticano desde el palacio de Monte-Cavallo.

Olivares quiso promover un tumulto y destrozaron la estátua levantada á Sixto V en el Capitolio; pero los cardenales apaciguaron la sedicion.

Era natural que los romanos amasen á este papa, que, aunque salido de oscura condicion, nunca habia pensado sino en cosas grandes, siendo todo constante en su conducta. Mostrábase liberal, espléndido, magnífico; daba empleos á los hombres de mérito; recompensaba á los buenos ministros, quienes no debian ya pensar en su fortuna. Protector declarado de los huérfanos, de los pobres, de los enfermos, estaba dotado de un tacto penetrante y de una voluntad fervorosa. Emprendia con mas gusto los proyectos dificiles que los fáciles, y allanaba los obstáculos. Su presencia de espíritu no le abandonaba nunca; su memoria era tenaz; declarábase mortal enemigo del vicio, á la par que conversaba sosegadamente y con amenidad, y siempre sin reirse. Cuando hablaba en público, era á veces enfático, pero por esto no dejaba de ser majestuoso y elocuente. Su carácter era fogoso muchas veces, y cuando estaba encolerizado, parecia que lanzaba rayos.

Comia y bebia poco. Sus vestidos eran sencillos, pero los ornamentos de iglesia eran suntuosos. Su tiara sobrepujaba en riqueza á la de todos sus predecesores.

Estaba versado en todas las ciencias filosóficas y teológicas, y no era extraño á la poesia.

Si se considera á este papa en el arreglo de su vida privada, en los cálculos de la administracion pública, ó en la feliz direccion que daba á los negocios mas complicados, será preciso convenir en que fué uno de estos hombres raros, que hacen honor á la humanidad, que casi nada tienen de ella; que hizo olvidar el enorme intervalo que existe entre la humilde cabaña de su padre, y el trono sublime del Vaticano, y que fué, en fin, como dice Bercastel, uno de los soberanos mas dignos de reinar.

Por lo que hace á su retrato físico, era de complexion ro-

busta, de estatura regular, de color trigüño. Solia recibir á las personas con afable grandeza; sus ojos eran pequeños, pero vivos, arqueadas sus cejas, negras sus pestañas, la frente espaciosa bien que arrugada, la nariz y la boca proporcionadas, la barba espesa, blanca y larga, como la llevaban entonces los príncipes.

No conviene leer la *Historia de Sixto*, escrita por Gregorio Leti, autor famélico; pero conviene leer la escrita por Casimiro Tempesti, mínimo conventual.

La coleccion numismática completa del pontificado de Sixto V es un verdadero tesoro. Empezaré por describir las medallas que poseo, cuyos originales pueden verse en mi casa, si alguno quiere formarse una idea del estado de las artes en Roma, que Miguel Angel y Rafael acababan de ilustrar con tanto brillo. El buril tiene ya indudablemente mas fuerza que en tiempo de Martin V, y empieza á dominar la idea de que la reunion de las medallas de un pontificado es la historia de éste.

En todas se lee: SIXTVS V, PONT. MAX. «*Sixto V, soberano pontífice.*» La cabeza del papa está descubierta, con un ancho capillo blanco.

1.^a En el reverso de la primera: PERFECTA SECVRITAS. «*Seguridad perfecta.*» Un árbol cargado de frutos, á cuya sombra descansa profundamente un viajero. Es cierto que Sixto V restableció la seguridad en los caminos públicos, por medios terribles y demasiado prolongados; pero se podia viajar libremente en toda la extension de sus Estados.

2.^a EXALTAVIT HVMILES. «*Elevó á los humildes. 1587.*» Las estátuas de san Pedro y san Pablo, cada una sobre una columna. Medalla acuñada con motivo de la colocacion de las estátuas de san Pedro y san Pablo en la columna Trajana y en la columna Antonina. San Pedro tiene las llaves, y san Pablo la espada.

3.^a MEM. FL. CONSTANT RESTITVTA. «*La memoria de Flavio Constantino honrada.*» Los dos caballos de la plaza de Monte-Cavallo. En el zócalo del primero está escrito: OPVS PHID. «*Obra de Fidias.*» En el zócalo del segundo se lee: «OPVS PRAX. «*Obra de Praxíteles.*» Muchas veces es necesario ver las medallas origi-

nales. De Molinet lee (*in extenso*) *opus Phidiae* (escribe tambien *Fidiae*, que es la denominacion italiana), y *opus Praxitelis*, lo que no es exacto.

Los dos grupos servian de adorno en los baños de Constantino, que no estaban léjos. Sixto V mandó que fuesen colocados en la puerta del palacio de Monte-Cavallo, donde vivia.

Citaré á Fea que dice: « Estos dos monumentos son atribuidos á Fidias y á Praxíteles. Se ha pretendido que ambos representaban á Alejandro domando á Bucéfalo; pero si estas dos estatuas fueron ejecutadas por dichos artistas, no pueden representar á Alejandro, pues vivieron ambos antes de este príncipe. Con posterioridad, y para dar mas mérito á estos grupos, se les hizo pasar por obras de aquellos dos célebres escultores. En el dia no hay hombre instruido que no reconozca á Castor y Pollux; pero hay desacuerdo acerca del nombre de los escultores.

De Molinet describe treinta y una medallas de Sixto. Bonanni describe cuarenta.

Hé aquí las principales que se encuentran en estos dos autores:

1.^a DOMINE IVBE ME AD TE VENIRE. « Señor, mándame ir á tí. » Palabras de san Pedro á Jesucristo. San Pedro en la barca, con dos apóstoles, suplica á Jesucristo que le haga andar sobre las aguas.

2.^a CVRA PONTIFICIA. « El cuidado pontificio. » Cuatro calles abiertas por Sixto V para conducir á Santa María la Mayor y á otras tres iglesias. Lo representado en esta medalla está un poco confuso, y la ejecucion no es muy feliz. La perspectiva lineal, sobre todo, no está bien observada.

3.^a VADE FRAN. REPARA. « Vé, Francisco, repara. » San Francisco, con un escrito en la mano, sostiene un edificio que se derrumba. Se lee en la vida de san Francisco, que sostuvo una parte de la iglesia de San Juan de Letran que se hundia. Sixto V, franciscano, hizo reparar la misma iglesia; de aquí que el artista quiere dar á entender que el Papa imita el ejemplo que le fué dado por el patriarca de la órden seráfica.

4.^a PAVPERIBVS PIE ALENDIS EXT. « Levantó este palacio á los pobres, los cuales deben ser piadosamente mantenidos en él. » Una mu-

jer, sentada en una especie de trono, toma la mano de dos pobres y les consuela. Mas abajo, dos niños tienden los brazos pidiendo tambien socorro.

5.^a FECIT IN MONTE CONVIVIVM PINGVIVM. « *Dió en el monte una comida compuesta de manjares delicados.* » Los tres montes, blason de Sixto V, se ven coronados con la espada de la justicia, cuya balanza está mas arriba, adornada con una cruz. De la montaña de la izquierda sale un cuerno de la abundancia; de la de la derecha, un ramo de olivo. En cuanto á las palabras *convivium pinguium*, están sacadas del cap. XXV de Isaías, vers. 6.^o He traducido así este reverso, porque en el mismo versículo 6.^o de Isaías, se lee: *Pinguium medullatorum*; y he creído que esta última palabra podia servir para la explicacion de este exergo. Se comprende que el artista quiso significar, que Sixto se distinguia por sus sentimientos de justicia y el zelo con que procuraba conservar la paz y la abundancia.

6.^a VIGILAT SACRI THESAVRI CVSTOS. « *El guardian del sagrado tesoro vela.* 1586. » Un leon vela sobre una area de hierro. Junto al leon, los tres montes con una estrella. Cuando Sixto empezó á formar el tesoro que se halló á su muerte, mandó construir una caja de hierro, en la que encerró el oro y la plata, y fué depositada en el castillo de San Angelo. El tesoro tenia seis llaves, confiadas á otros tantos personajes elevados en categoria.

7.^a SACRA PROPHANIS PRAEFEREND. « *Las cosas sagradas deben ser preferidas á las profanas.* » El obelisco levantado en la plaza de San Pedro. La iglesia tiene sus tres cúpulas, pero se parecen poco á las que ya hemos visto; son mas estrechas, y no se presentan con tanta majestad.

8.^a VRBS LAVRETANA. « *La ciudad de Loreto,* 1586. » La ciudad de Loreto está rodeada de fortificaciones. En el centro, en una nube, la casa de la Virgen sostenida por ángeles. De Molinet, en su grabado, se contenta con escribir *urbs Laureta*; se ha engañado. Bonanni ha sido mas exacto.

9.^a FIERI FECIT. « *Mandó hacer.* » En una nube la Virgen rezando; mas léjos, la casa trasportada por los ángeles. Sixto V dió á Loreto el título de *urbs, ciudad*, el mismo que Roma

Llevaba por excelencia, é instituyó en ella un obispado. La inscripcion anuncia que el Papa dió á esta residencia la nueva ilustracion de que goza en el dia, queriendo honrar el sitio en que nació la Virgen, donde fué criada, y donde fué á saludarla el ángel Gabriel.

10. FELIX PRAESIDIVM. «*Dichoso baluarte.* 1588.» Cinco triremes, con sus velas latinas, en el puerto de Civita-Vecchia.

11. POPULI CHRISTIANI TROPHAEVM. «*El trofeo del pueblo cristiano.*» El obelisco levantado delante de la parte posterior de Santa María la Mayor.

12. SACRA OCULO SPECTAT IRRETORTO. «*Mira con ojo vigilante el tesoro sagrado.* 1587.» El leon que se vé en el escudo de Sixto V, está sentado en un arca que contiene el tesoro. El fiel guardian pone una pata sobre los tres montes, y tiene en la otra una estrella con una flor encima. En el arca se ven las seis cerraduras para las seis llaves de que hemos hablado.

13. TERRA MARI QVE SECURITAS. «*Seguridad en tierra y en mar.*» Los triremes como en la medalla número 10.

14. SVPER HANC PETRAM. «*Sobre esta piedra.*» Medalla de Gregorio XIII, restaurada, representando la fachada de San Pedro.

15. ECCE REGNVM DEI: «*Este es el reino de Dios.*» En el aire una tiara coronada con el Espíritu Santo. San Francisco y Sixto V están rezando, uno en frente de otro. Entre ellos, una reduccion del templo de San Pedro. En el exergo, una columna entre un leon y un perro, manifestando ambos la vigilancia.

16. DOMVS MARIAE LAVRETANAE FACTA CIVITAS. «*La casa de María de Loreto elevada al rango de ciudad.*» La casa de Loreto, en la que está sentada la Virgen con el niño Jesús en brazos. El niño tiene un largo rosario. De Molinet y Bonanni no han observado que Loreto habia sido ya elevada al rango de *urbs*. El soberano de Roma dificilmente podia dar á otro lugar el nombre de *urbs*, que solo pertenece á Roma. Entonces, en una medalla de fecha anterior, se dió el nombre de *civitas*, y probablemente los romanos se manifestaron satisfechos de esta condescendencia. Hay usos, derechos, palabras, á los cuales, ni aun llamándose Sixto V, es permitido tocar.

17. PONTINAS PALYDES CONCESS. «*Concedió el derecho de desaguar las lagunas Pontinas. 1588.*» Sixto V había mandado empezar los trabajos necesarios para el desagüe. Veremos mas tarde los prodigios que Pio VI hizo sobre esto mismo. En el campo de la medalla, canales trazados en diferentes sentidos.
18. CUS (sanctus) DIEGO D. ALCALÁ IN SPAGNA. CA. D. P. SIXT. «*San Diego de Alcalá, canonizado por el pontífice Sixto.*» En el fondo, la ciudad de Alcalá. En el centro del campo, Diego, que pertenecía á la orden de mínimos observantes, tiene en la mano una cruz de junco.
19. BEATAE MARIAE D. POP. QUARTVM ANNO QUARTO EREXIT. «*Erigió el cuarto obelisco en honor de la bienaventurada Maria del Pueblo, el año cuarto del pontificado.*» Se trata aquí del obelisco de la puerta del Pueblo, levantado en frente de la calle del Corso.
20. PVB. BENEFICIVM. «*El beneficio público.*» Una mujer tiene en las manos dos urnas, cuya agua corre por una multitud de conductos subterráneos, bastante mal colocados en perspectiva. Es referencia al agua que el Papa mandó llamar Felice, de su nombre de Felice.
21. AD LATERANVM. P CONSISTORIVM CELEBRV. «*Celebró un consistorio público en San Juan de Letran.*» En el campo, la fachada de la iglesia y el obelisco nuevamente levantado.
22. En el exergo: SIC OMNIA TVTA. «*Todo está así en seguridad.*» Esta inscripcion fué grabada en dos medallas distintas. En la primera, dos ciudades, caminos, y el leon teniendo una pica que sale de los tres montes, coronada con las llaves y una estrella. Otra medalla lleva las mismas palabras en la parte superior. Las ciudades son mas distintas, y se ven salir de ellas dardos que ván á herir una multitud de reptiles. A la derecha una torre que recuerda el sepulcro de Cecilia Metella, donde los bandidos se refugiaban durante la noche.
23. Otra medalla acuñada con motivo de la canonizacion de D. Diego de Alcalá: B. DIDACVM HISP. IN. S. S. NVM. RETVLIT. «*Colocó en el número de los santos al bienaventurado Diego. 1858.*» El Papa, sentado en su trono, bendice al cardenal Deza, ministro del rey Católico. Tres cardenales están sentados á la derecha del Papa, y dos á la izquierda.
24. PONS FELIX. «*El puente Felice.*» En el exergo: AU DOM.

MDLXXXIX. El puente, batido por las aguas, está adornado de edificios coronados por una cruz.

25. VINDA SEMPER FELIX. En el campo: SIXT. P. MAX. «*El agua siempre feliz.*» La fuente *Felice*, la que el pueblo llama fuente del mal Moisés.

26. Bonanni habla de una medalla muy hermosa y de un trabajo excelente que de Molinet no conoció. En el reverso del retrato de Sixto V, se lee: IVSTICIA ET CLEMENTIA COMPLE-
XAE SVNT. «*La justicia y la clemencia se han abrazado.*» Las dos mujeres que se abrazan no tienen símbolo alguno que las distinga; ambas están vestidas del mismo modo; ninguna de ellas tiene junto á sí el ramo de olivo ó la balanza. En cuanto al carácter del Papa, es cierto que perdonó al ser promovido al pontificado á algunas personas que le habian ofendido; pero una especie de pasión por la justicia dominaba en él, y no tardó en dar á conocer este sentimiento, cuando en la coronación el maestro de ceremonias le dijo, al quemar la estopa: *Pater sancto, sic transit gloria mundi:* «Santo padre, así pasa la gloria del mundo.» Sixto contestó en voz bastante alta: *Gloria nostra pertransibit nunquam, quia solam justitiam habemus in voto.* «Nuestra gloria no pasará nunca, pues solo atendemos á la justicia.» El valor con que persiguió á los ladrones, á los cuales supo exterminar, como hizo después el gran Leon XII, ilustrará eternamente el pontificado [de Sixto. Los cardenales le pedían, según una antigua costumbre y con motivo de cierta fiesta, la libertad de los prisioneros de Roma, á lo cual contestó: «Bastantes malvados hay en la ciudad; no conviene aumentar su número dando libertad á los que están presos: Nuestro deber es salvar á los inocentes [por medio del suplicio de los malos, y no corromper á los inocentes con la compañía de los perversos.»

27. Bonanni habla de las siguientes medallas:

IN TE SITIO. En el exergo: ROMAE. «*Tengo sed de ti Roma.*» En el campo, san Francisco en el monte de la Alvernia, recibiendo las llagas. En el suelo, delante del santo, un libro abierto.

Bonanni, de la compañía de Jesús, dá una explicación tan piadosa como benévola de esta medalla, en la que está representada la gloria del jefe de otra orden; y recuerda las bulas

de Sixto IV, que consagraron esta tradicion tan querida de todos los buenos católicos.

28. CRUCI FELICIVS CONSECRATA. «*Consagrados tan felizmente á la cruz.*» En el campo cuatro obeliscos. Esta especie de agregacion de los cuatro monumentos de este género, levantados por Sixto V, es una idea feliz, elegante y nueva. Solo á este Papa podia atribuirse este honor. Los obeliscos, que naturalmente no tienen la misma altura, ostentan una cruz en el extremo superior.

29. CAESARIS OBELISCVM MIRAE MAGNITVDINIS ASPORTAVIT ATQVE IN FORO D. PETRI FELICITER EXCIT. AN. D. MDLXXXVI. «*Llevó y levantó felizmente, en la plaza de San Pedro, el obelisco de César, que era de maravillosa altura, el año del Señor 1586.*» Las letras ocupan todo el campo y están cortadas en ocho líneas á cada lado del obelisco que se halla en el centro. Se ven los tres montes, uno encima de otro, en la cumbre de lo que se llama el *pyramidion*.

30. En el campo: ANCONA DORICA CIVITAS FIDEI: «*Ancona Dórica, ciudad de la fé.*» Arriba una gran flor de lis francesa entre dos estrellas; abajo un guerrero á caballo entre dos florecitas de lis.

31. En el exergo: MONTALTO. Lugar donde nació el Papa. En el campo la Virgen coronada, sentada en un trono, rodeada la cabeza de doce estrellas. A la derecha, san Lorenzo con la palma y las parrillas. A la izquierda, santa Apolonia rezando.

32. BIBLIOTHECA VATICANA. «*La biblioteca Vaticana.*» Está representada con sus nueve arcos y sus dos pisos.

La Santa Sede estuvo vacante por espacio de diez y ocho dias.

232. Urbano VII. 1590.

Hemos adelantado con rapidez, puesto que hemos llegado al año 1590. Fieles á nuestra costumbre, vamos á resumir en pocas palabras los hechos consignados desde el pontificado de Leon X.

No podemos menos de recordar al lector lo que hemos dicho. La vida sublime de este pontífice trascurió entre las magnificencias de un reinado de gloria y las tribulaciones de un pontificado sembrado de dolores, de continuos y largos padecimientos para la Iglesia. Entraremos en algunos detalles sobre las costumbres de Leon X.

Un calvinista anglicano le hace mas justicia que sus correligionarios. Roscoë juzga así á este papa, despues de haber comparado los diversos juicios de los historiadores: «Nos queda el testimonio mas satisfactorio sobre la pureza de costumbres que distinguió á este papa, tanto en su juventud, como cuando llegó al supremo pontificado; y el ejemplo de castidad y de decencia que dió, es tanto mas notable, en cuanto era mas raro en el siglo en que vivió.»

Entre los que han impuesto su nombre á su siglo, Leon X fué el único que obtuvo á mas una nombradía de ilustracion que añade gloria á su nombre. No solamente ese siglo fué el de los grandes hombres, si que tambien se distinguieron algunas mujeres, tales como Constanza de Avalos, Tulia de Aragon, Laura Baltivi, Victoria Colonna, Verónica Gambara, Gaspara Strampra.

En cuanto al cariño que este papa profesó á Rafael y á Miguel Angel, en cuanto á la amigable y generosa proteccion que les dispensó con tanta constancia, la posteridad ha ratificado este juicio; tanta ha sido la justicia que ha visto en él. Aun no ha trascurrido un siglo que, en el elogio de Montesquieu, que encabeza el quinto volumen de la *Enciclopedia* (Paris 1755), el mas fogoso de los filósofos se expresaba así:

«Montesquieu fué de Venecia á Roma, á esa antigua capi-

tal del mundo, *que aun hoy dia lo es bajo cierto aspecto*. Se aplicó á examinar lo que mas la distingue hoy, las obras de Rafael y las de Miguel Angel: no habia hecho un estudio particular de las bellas artes; pero la expresion que brilla en las obras maestras de este género, arrebató infaliblemente á todo hombre de genio. Acostumbrado á estudiar la naturaleza, la reconoce cuando se la imita, así como un retrato exacto gusta á todos los que conocen el original. ; Desgraciadas las producciones del arte cuya belleza no reconocen sino los artistas!»

Héos ahí á Diderot que sin querer se encuentra con Leon X, y que justifica el entusiasmo de un papa por los dos genios mas sublimes del siglo décimo sexto. Estos devuelven con ventaja á su protector la inmortalidad que recibieron de él.

Bajo Adriano VI, la poderosa isla de Rodas fué conquistada por los turcos. El zelo del Pontífice no conoció límites para consolar al catolicismo. Se dice que este papa no apreció las artes, pero se dejó instruir por los que sabian cuán deudora es Roma á esos ilustres ornamentos de todos los pontificados: tal vez él tenia sus escrúpulos, pero no los demostró; y no omitió cuidado alguno, ningun hábil cálculo, para contener á Lutero, *ese nuevo forjador de todas las herejias condenadas y sepultadas en los siglos precedentes*.

Clemente VII, preocupado con las acusaciones lanzadas, casi de todas partes, contra el carácter belicoso de Julio II, no tomó quizá todas las medidas convenientes para poner á Roma al abrigo de los ataques de un ejército, cuya mitad á lo menos, parecia estar compuesta de servidores fieles á la Santa Sede. Aquellos declararon tambien á Roma una guerra implacable. Nada se habia preparado para la defensa. Nadie podria obligarme á referir escenas semejantes; pero Dios preparó la venganza que pudo tomar un pontífice. El monarca hipócrita, que rogaba con tanto fervor por un prisionero que él habria podido librar con una sola palabra; ese rey desordenado, fué obligado, aun en medio de las astucias de su política, y precisamente á causa de la fuerza moral que esta política encontraba en el poder de la Santa Sede; fué obligado á arrodillarse delante de su víctima, quien, con magnanimidad, le coronó en la ciudad de Bolonia, haciendo marchar unidos los de-

rechos de la Santa Sede y los sentimientos de perdon que necesariamente animan á todos los pontífices.

Otro rey experimentó el efecto del mismo poder moral. Se separó de Roma ; pero ¿ es cierto que todos sus sucesores persistirán en una resolución desastrosa y sin objeto ? Los pueblos que han sido llamados á profesar ciertas doctrinas , podrían muy bien dejar de ratificar un día , con una completa obediencia , ese abandono de todo espíritu de orden y de verdad. Aquellos á quienes se invita á raciocinar sobre *el mal* en todas sus faces , ¿ no podrían tambien juzgarse llamados á raciocinar sobre *el bien* ? Y como Roma nunca ha sido mas sábia y mas hábil , ¿ quién sabe exactamente si á esta sabiduría y á esta habilidad ha reservado la Providencia la mas brillante de las recompensas , acompañada de un triunfo puro y sin mancha ? El cordero se entregó al suplicio *para todos* , y no solamente *para fragmentos de naciones* , que no bastaban á su inmenso amor.

Un amigo apasionado de la Francia , Paulo III , procura inducir á Enrique VIII por el camino de la dulzura , y de nuevo excomulga al que no sabe ya contener sus espantosos sentimientos de ferocidad. Enrique castiga con el último suplicio á algunas cortesanas que él ha seducido con el incentivo del trono. El vicio sangriento debe dar cuenta á Roma de una conducta alarmante por el espectáculo de un atroz frenesí. Los cadalsos ven caer tambien las cabezas de los mas nobles apoyos del catolicismo. La virtud de la clemencia no se conoce ya en la Gran Bretaña , este país que ha producido y producirá sin cesar tantos talentos , virtudes , valor , y que marcha siempre con las naciones vecinas al frente de la civilización universal.

Instando á Miguel Angel á exponer el Moisés , Clemente VII habia deseado realizar otro pensamiento que turbaba su sueño : el mismo pensamiento turbó tambien el de Paulo III. Creían estos dos pontífices que convenia presentar en Roma , dentro los muros de su grandioso templo , la terrible muestra del juicio final. Con que elocuencia estas líneas trazadas entre el espanto y la felicidad , dicen á los malos : *hé aqui la suerte que has merecido* ; y á los buenos : *elévate hácia esa morada que eres*

digno de contemplar! Todos los preceptos de la Iglesia están allí contenidos. Tal vez han inducido á la fe mas almas de las que podemos saber. Los secretos de Dios son impenetrables: él no castiga siempre; así como solo en la apariencia está alguna vez satisfecho. ¡Oh poderosa inspiracion de Miguel Angel! ¡Oh constante proteccion de los pontífices! ¿Qué es lo que no debemos á hallazgos, que han podido ser tan fecundos para consolar á la Iglesia á causa de los estragos de Lutero?

Julio III, que no siendo mas que cardenal del Monte, habia sido presidente del concilio de Trento, quiso que continuase sus útiles trabajos, y que proveyese á la Iglesia con esa abundancia, esa perfeccion, ese discernimiento casi sobrehumano, cuyos frutos todavía recojemos.

Julio III fundó el colegio germánico, cuya direccion confió á Ignacio de Loyola. Este pontífice ilustrado introdujo reformas en el tribunal de la dataría, é instituyó una congregacion de seis cardenales encargados de examinar las correcciones que debian hacerse en la colacion de los beneficios.

El mismo papa ordenó diversos trabajos para conducir á Roma benéficas aguas que debian mejorar la salubridad de esta capital, destinada á poseer todos los diversos objetos de grandeza, amenidad y verdadera magnificencia.

Una de las medallas de este pontificado parece prometer á la Inglaterra que tendrá la felicidad de ingresar otra vez en la fe.

Admiremos estas palabras de Marcelo II: «Ningun hombre es mas miserable que el pontífice romano.» Este papa no queria admitir suizos en Roma: nosotros creemos que en esta circunstancia no obraba con razon. Cuanto mas *miserable* es el pontífice romano, menos debe entregarse á la primera faccion que quiera perderle. Marcelo II manifestó particular horror al nepotismo.

Paulo IV, Carafa, fué todavía peor aconsejado, pues amó y elevó demasiado á sus sobrinos. Despues quiso reprimir sus faltas; pero, á los ochenta y tres años, ¿puedese fácilmente conservar una fuerza de carácter que una al tino á la prudencia y á la dignidad, esa especie de castigo horroroso que se impone á sí mismo delante de todo un pueblo? Paulo murió en-

tregado á la virtud de la moderacion ; pero no pudo reparar todo el mal que hizo durante algunos momentos de debilidad, en que no escuchaba mas que la voz de la familia.

En cuanto á lo demás , Paulo IV tuvo la gloria de contribuir al restablecimiento de la observancia del ayuno en la santa Iglesia.

Bajo el pontificado de Pio IV se castigó, aunque con demasiada severidad , á los sobrinos de Paulo IV, cuya memoria se rehabilitó bajo el siguiente pontificado.

El concilio de Trento continuó brillando con su acostumbrado esplendor bajo Pio IV, quien ordenó cerrar esta asamblea , que debemos mirar como una imágen fiel y un perfecto complemento de todos los concilios precedentes.

He creido oportuno citar la profesion de fe que un eclesiástico , recibiendo un beneficio, debe pronunciar en alta é inteligible voz , ó bien escribir con su propia mano.

Una promocion de veinte y dos cardenales fué la digna recompensa de tantos trabajos , de tanta paciencia ; y la Europa entera participó de este beneficio.

Pio IV fundó una órden de caballería , á la que dió el nombre de *órden de Pio*. Esta órden , que ya no existia , acaba de ser restablecida por Pio IX.

He tributado elogios al historiador de san Pio V, M. de Falloux , quien no debería haberse detenido en tan honrosa empresa , y quien puede escribir los anales de otro pontífice. No faltan nombres, méritos ni derechos. La política interior es una preocupacion que tiene sus ventajas ; mas , á pesar de tantos individuos como se distinguen en ella , ¿ qué nos resta de tan viva agitacion ? La historia tiene palmas conquistadas muy de otra manera ; el zelo sin capacidad y sin una voluntad fuerte, puede fracasar ; el talento , el estilo , el espíritu de observacion , la ilustrada piedad , tienen deberes indispensables que cumplir. Conjuraré siempre á estos diversos presentes de Dios que no rehusen el combate. El duque de Laval-Montmorency (Adriano) decia que , con respecto á sentimiento de fidelidad, él *tenia deberes en la sangre* : el hombre maduro, experimentado, el hombre de sanas prácticas y de piedad, el hombre que posee en un grado eminente la delicadeza del lenguaje y el arte de

enseñar la verdad, *tiene deberes en su conciencia*. Dios no hace todos los días hombres de genio: ellos han sido arrojados al campo de la lucha, y deben armarse, combatir y vencer. Yo bien sé que de este modo se pueden acarrear penas, pérdidas, contratiempos, insomnios é ingraticudes; pero, ¿qué son todas esas miserias, comparadas con el placer de haber cumplido su deber? Por otra parte, nada de lo que está puramente escrito en francés, muere ni debe morir. Rechazado durante la vida, es recogido despues de la muerte, y á lo menos es copiado, si cae en manos profanas, y por fin se encuentra otro *Clemente de Dijon*, que coloca cada cosa en su sitio, y que venga al talento desconocido, de una oscuridad pasajera que nunca mas debe renovarse.

Creemos haber aclarado algunas de las escenas de San Bartolomé. ¡Qué desgracia habria sido que un pontificado tan feliz como el de Gregorio XIII hubiese empezado bajo tales auspicios, y que se hubiese tenido el derecho de atacar abiertamente los primeros actos de este pontífice! No: como sucede en Roma, y como sucede en todas partes, un príncipe, un monarca, en el acto de su elevacion, no encuentra al lado del trono donde se sienta, toda la autoridad suprema que debiera poseer, ni el cetro moral al que todos deberian obedecer. Particularmente en las circunstancias en que se trata de una eleccion, los espíritus se agitan en medio de las olas que de vez en cuando sacuden la nave, despues que la tempestad ha cesado de rugir. El cielo está despejado y la admósfera serena, y sin embargo las ondas parecen irritadas, y no quieren calmar el movimiento precipitado al que han estado abandonadas durante el huracan. Del mismo modo, despues de la *adoracion* del pontífice, los protectores que obran como á dueños, los opositores que, cansados de una resistencia inútil, al fin se han rendido, aun aquellos que no han dado mas que votos circunspectos, y que tantas veces han dicho: *Cuidado con comprometernos*; todos estos batallones de amigos, de adversarios; toda esta multitud de timoratos, que tantos votos han hecho y que nadie ha oido; estos hombres que han tenido verdaderamente el poder de criticar, de pesar, de rechazar, de proponer hasta capitulaciones, no dejan tan fácilmente el poder que

tan dulce es atribuirse. Hé aquí lo que sucedió cuando la elección de Gregorio XIII, cuya edad era ya de setenta años. Una catástrofe espantosa sumió á la Francia en un profundo estu- por. El cardenal Carlos de Lorena aparecia aun al través de los odios mal comprimidos: como disponia de enormes canti- dades de oro, arrojaba este oro al pueblo de que estaba rodea- do, y logró encerrar al Pontífice en una órbita irregular. Vuélvanse á leer esas página en que he procurado trazar ese estado de cosas, verdadero, sí, pero apenas comprensible. Han existido, pues, dos Gregorio XIII, el que parece haber sido ele- gido papa, desde el 13 de mayo de 1572 hasta á los primeros días de setiembre del mismo año. Pero este soberano no era el verdadero dueño; se gritaba: ¡Viva Gregorio XIII! y Grego- rio XIII no era pontífice. Ese Carlos, creacion de Paulo III, ese Carlos á quien Pio IV habia llamado *segundo papa*, y á quien san Pio V llamaba *el papa de la otra parte de los montes*; ese Car- los mandaba como dictador. En Roma, *el segundo papa* era el primero. El fué quien ordenó á Gregorio XIII á seguirle á San-Luis de los franceses; él fué quien tuvo la audacia de publicar notificaciones en su nombre; él fué quien animó á los artistas, quien encontró natural y sin resultado (no me ade- lanto mas) que se acuñase la medalla que representa al ángel exterminador; él fué, él solo, quien gobernó á Roma y á la Santa Sede durante los últimos meses de 1572. Este otro papa francés habria podido traer á la memoria el recuerdo de Avi- ñon; en fin, el Vaticano estaba á sus piés sin reconocerlo. Solo la tiara faltaba á esa usurpacion.

Contemplemos ahora la autoridad directa de Gregorio. Todo lo que sucede en adelante es noble, grande, sábio, cle- mente, amigo de la concordia. No répetiremos las aclamacio- nes de la Europa para felicitar al autor de la reforma del ca- lendario.

Aparece aquí el reinado de Sixto V, este reinado de fuer- za, de mandato y de respetada voluntad. Un punto tal vez ha podido habérsenos escapado; pero recordando y haciendo conocer, como por la primera vez, la carta de María Stuart á Sixto V, y la relacion del abominable suplicio, habria po- dido quizá hablar detalladamente de las acusaciones contra

la reina. Hé aquí sobre esta cuestion la opinion de Gabriel Enrique Gaillard, autor de la *Historia de la rivalidad de la Francia y de la Inglaterra*. Este historiador, arrastrado por su ardiente amor á la verdad, crítico juicioso, juez íntegro, ha fallado contradictoriamente el proceso, y su conciencia proclama inocente á María Stuart.

No nos cansariamos nunca de ver á Sixto V embelleciéndose á Roma, cubriéndola de magníficos obeliscos, emprendiendo la tarea mas difícil para un soberano de un país limitado; la tarea de reunir un tesoro, y alcanzó juntar sumas tan considerables, que una parte de ellas se encontró aun bajo Pio VI para apaciguar la voracidad del Directorio.

Se ha podido ver el establecimiento de la biblioteca del Vaticano; se habrán notado sin duda las palabras de Sixto V á los embajadores de la Liga, que le habian engañado.

La coleccion numismática de Sixto V, es por sí sola un monumento elevado á la gloria de tan gran pontífice. Algunas lisonjas se han escapado acerca de esos testimonios de grandeza y liberalidad; pero el conjunto ofrece una sucesion admirable de hechos, de fundaciones, de homenajes á la religion, y de pensamientos tan grandes como nuevos.

Alentado mas bien que asustado por tantos hechos como me ha sido preciso referir, voy á continuar mi trabajo. Debe tratar ahora del pontificado de Urbano VII.

Urbano VII, llamado antes Juan Bautista Castagna, nació en Roma el 4 de agosto de 1521, de una noble familia de Génova. En Bolonia fué nombrado doctor en ambos derechos. Su tío, el cardenal Verallo, era legado en Francia, y Juan Bautista llegó á ser su auditor. Julio III le nombró refrendario del registro de justicia, y luego arzobispo de Rossano, hácia el año 1553, y en calidad de tal asistió al concilio de Trento. Por órden de Pio IV, nada se resolvía, en lo que concernía á la autoridad pontificia, sin el permiso de Castagna. Viendo los padres su talento y su disposicion, quisieron que fuese prefecto de las congregaciones. Dió muchos consejos que aseguraron el feliz éxito de las operaciones de esta asamblea. Julio III le habia nombrado gobernador de Fano, y Paulo IV, de Perugia y de Ombria. Por disposicion de Pio IV, acompañó

al cardenal Boncompagni, legado en España, quien fué después Gregorio XIII. Juan Bautista habia sido nombrado nuncio: con este título durante siete años residió en Madrid, y tuvo en las fuentes bautismales á la princesa Isabel, hija mayor de Felipe II. Vuelto á Roma, tuvo bastante desinterés para hacer dimision, sin pension alguna, del arzobispado de Rossano; y Gregorio XIII le envió á Venecia en calidad de nuncio, y de allí le trasladó por un año al gobierno de Bolonia. Pasó después á Colonia, encargado de asistir á un tratado presidido por el obispo de Lieja, á fin de restablecer la paz entre el rey Católico y las Provincias-Unidas. En fin, después de una vida tan activa y llena de actos gloriosos, el mismo papa le creó cardenal el 12 de diciembre de 1583, y le nombró su legado en Bolonia.

Después de los funerales de Sixto V, el 7 de setiembre, cuando se hubo pronunciado el discurso para la eleccion del sucesor, cuyo discurso recitó Antonio Boccapaduli, cincuenta y tres cardenales entraron en cónclave: trataron primeramente de colocar la tiara sobre la cabeza de Marco Antonio Colonna; pero no pudieron entenderse, y entonces eligieron de comun acuerdo al cardenal Castagna, el 15 de setiembre de 1590. Quiso éste llamarse Urbano VII, para no olvidar, decia, la urbanidad que á todos deseaba mostrar. Se decia que Sixto V, quien le amaba mucho, le habia predicho el pontificado. A este objeto se refiere, que estando un dia en el campo comiendo con él, Sixto V (Peretti), encontró malas algunas de las peras que se servian, y exclamó: «Ahora á los romanos no les gustan las peras; pero bien pronto tendrán castañas.»

Deseando probar cuan bien aplicado le estaba su nombre, Urbano mandó hacer un registro de los pobres de Roma, para distribuirles limosnas; y al mismo tiempo, se mostró muy liberal con los cardenales que tenian pocos bienes de fortuna.

En los primeros tiempos de su pontificado, ordenó la reforma de la Dataría, y quiso que se continuasen los edificios empezados por Sixto V, diciendo que cuando estuviesen terminados, se colocasen en ellos inscripciones en honor de Sixto en lugar de las armas del nuevo pontífice.

Algunos de sus parientes habian acudido á Roma, y él los

despidió por el mismo camino, sin que consiguiesen la mas mínima dignidad ni ventaja: hizo comprender á su sobrino Mario Millini, gobernador del castillo de San Angelo, que no debía aceptar el título de excelencia que se acostumbraba dar á los próximos parientes del pontífice; y á todos mandó que no tomasen título alguno superior al que antes tenían.

Sin embargo, concedió un canonicato en San Pedro á Fabricio Verallo, sobrino suyo, exhortándole que se contuviese en su primitiva moderacion, y á ejercer religiosamente el estado de canónigo.

No quiso emplear á ninguno de sus parientes en los cargos de la corte, á fin de poder castigar severamente á los agentes que cometiesen algun delito.

Se esperaba de este pontífice un gobierno correspondiente á sus bellas cualidades, cuando un síntoma de enfermedad, que se habia declarado el dia siguiente de su eleccion, ocasionó alguna inquietud por su vida. Desde aquel momento hasta su muerte, se confesaba todos los dias, tomaba la comunión, y todo el pueblo de Roma no cesaba de rogar á Dios por él. Se hacian procesiones públicas, se exponia el Santo Sacramento, no dejaba de hacerse ejercicio alguno piadoso, para obtener de Dios la salud de un pontífice tan bueno.

Entonces pensó trasladar su residencia á Monte-Cavallo, donde el aire es mas puro, y muchos cardenales se disponian ya á acompañarle; pero la etiqueta, tan austeramente observada por los maestros de ceremonias, no permitia que el Papa se hiciese ver en Roma antes de ser coronado; y en lugar de trasladarle de noche, para que no fuese visto por persona alguna, se renunció á este proyecto.

El Papa continuaba decayendo; confirmó su testamento, en el cual dejaba á la comunidad de la *Annunziata* todo su patrimonio, que se elevaba á treinta mil escudos, para dotar á solteras pobres. Dió en seguida gracias á Dios por llamarle á sí bastante pronto, para que no tuviese que dar cuenta de su pontificado. Ciertamente no habria burlado las mas halagüeñas esperanzas que se habian concebido; y despues de trece dias de reinado, á la edad de 60 años no cumplidos, murió, el dia 27 de setiembre de 1590, antes de ser coronado. Sin embargo, se

había ya acuñado la medalla de la coronacion, la que sirvió para el sucesor, despues de cambiar el nombre y el busto. Urbano fué depositado en el Vaticano, hasta que se le erigió una tumba en la iglesia de la Minerva.

Durante un pontificado tan corto, se tuvo, sin embargo, tiempo suficiente para acuñar algunas medallas. Hé aquí las mías:

1.^a VRBANVS VII. PONT. MAX. ANNO I. En el reverso: SPONSVM MEVM DECORAVIT CORONA. «*La corona ha decorado á mi esposo.*»

Probablemente se habia preparado esta medalla con anticipacion, y no pudo ser distribuida al pueblo, pues Urbano no fué coronado, y murió antes de la ceremonia.

Una matrona sentada, teniendo una cruz en la mano izquierda, presenta una mitra con la derecha.

2.^a SIC LVCEAT LVX VESTRA. «*Brille así vuestra luz!*» (Mat. V, 16).

Un candelabro con siete mecheros.

Es á poca diferencia el que está esculpido bajo el arco de Tito en Roma. La diferencia consiste en que, en el arco de Tito se vé el candelabro tal como fué traído de Jerusalem. Los siete mecheros son distintos; pero no hay sitio destinado para contener el aceite con que debe alumbrarse. En la medalla, el candelabro está compuesto de otra manera: cada mechero tiene su receptáculo con aceite, y la luz se agita en diferentes sentidos.

Se cree que esta medalla fué acuñada durante el cónclave, y que el objeto de la inscripcion era solicitar una eleccion igual á la que acababa de colocar la tiara sobre las sienes de Urbano.

3.^a DEXTERA DOMINI FACIAT VIRTVTEM. «*Que la mano de Dios conceda el valor!* 1591.» El Papa en su trono, entrega un estandarte á un guerrero arrodillado. Se cree que esta medalla pertenece al pontificado de Gregorio XIV, quien concedió el estandarte de la Iglesia al conde Hércules Sfrondati, su sobrino, cuando iba á partir para Francia. En medio del estandarte se ve á Jesucristo en la cruz, y dos santas mujeres.

De Molinet hace la descripcion de otra medalla:

NON POTEST ABSCONDI. « *No puede esconderse.* » El versículo 14 del capítulo V del evangelio de San Matías dice así: *Non potest civitas abscondi super montem.* « *Una ciudad situada sobre una montaña no puede esconderse.* » La medalla representa una ciudad elevada sobre un monte: se distingue una iglesia con una cúpula, y una estatua sobre una columna, que se parece á la columna de Trajano ó de Antonino. El sentido místico de esta medalla es que, la Iglesia no puede ocultarse mas que una ciudad situada en lo alto de un monte.

Bonanni describe estas otras medallas:

1.^a OMNIBVS GRATVS. « *Agradable á todos.* » En la víspera de la muerte del Papa, las iglesias de Roma estaban llenas de sacerdotes y de fieles, que rogaban á Dios por la salud del Santo Padre. Despues de su muerte se acuñó esta medalla, que atestiguaba el amor que todos profesaban al Pontífice.

En el campo de esta medalla se ve la tiara suspendida. Cerca del exergo ó leyenda, el globo terrestre acolado con el báculo y la cruz pontificales. El globo es aquí el símbolo de la universalidad del catolicismo.

2.^a ROMA. La escena de la Anunciación. Este tipo se ve muchas veces repetido en la numismática de los pontífices.

3.^a POPVLI QUIES ET SECVRITAS. « *El reposo y la seguridad del pueblo.* » Un jóven teniendo una pica y una balanza; á la izquierda, y á los piés del jóven, un casco: en el exergo, GEN, P. R.; « *Génio del pueblo romano.* » Entonces, sin duda, fué menos un hecho que un augurio lo que dictó esta medalla al artista.

4.^a IN VERBO TVO. « *En tu palabra.* » San Pedro con aureola, dentro de la barca, sacando las redes llenas de peces. También esto es un homenaje póstumo.

Venuti, en su obra sobre las medallas pontificias (1), atribuye al reinado de Urbano VII otra medalla: IVSTITIA ET CLEMENTIA OSCULATE SVNT. « *La justicia y la clemencia se han abrazado.* » Dos matronas se abrazan. Despues dice el mismo autor que esta medalla pertenece al pontificado de Clemente VIII; y es preciso notar que los que tienen bajo su custodia los cuños de

(1) *Numismata Romanorum pontificum præstantiora, per Rodolphinum Venuti Cortonensem aucta et illustrata; Roma, 1744, en 4.^o*

tantas medallas, confunden á veces expresamente los nombres, los reinados y los mismos cuños. El reverso acuñado bajo un papa anterior, se dá á un papa mas reciente, sobre todo cuando este reverso tiene una significacion importante, y recuerda nobles virtudes, que se pesan con frecuencia sobre el trono pontifical. Ya he tenido cuidado de advertir cuando he sospechado tales errores, y me he abstenido de citar las medallas dudosas.

La Santa Sede estuvo vacante dos meses y siete dias.

233. Gregorio XIV. 1590.

Gregorio XIV, llamado antes Nicolas Sfrondati, pertenecia á una noble familia de Milan. Esta descendia de Conrado, aleman, que en tiempo de Othon IV habia ido á establecerse en Italia. La madre de Nicolas, Ana Visconti, que estaba en cinta solo de siete meses, fué herida de muerte, y, por medio de la operacion cesárea, decidieron extraer á Nicolás, quien de este modo vino al mundo el 11 de febrero de 1565.

El niño, débil por mucho tiempo, adquirió despues un poco de fuerzas. Se le envió á estudiar á Perugia, á Padua y á Pavía, donde recibió el doctorado. Joven aun, fué llamado á formar parte de la casa de Carlos Borromeo. En 12 de marzo de 1560, Pio IV nombró á Nicolás, obispo de Cremona, y despues le mandó á Trento. Él fué quien redactó el célebre decreto que prohíbe la pluralidad de beneficios (1). La Santa Sede se mostró tan satisfecha de los servicios de Nicolás, que, á pesar suyo, fué promovido á la púrpura por Gregorio XIII, el dia 12 de diciembre de 1583, bajo el título de Santa Cecilia.

Habiendo entrado en el cónclave los electores sagrados, en número de cincuenta y dos, el 8 de octubre, nombraron gobernador á Octavio Bandini, que despues fué cardenal. Tenian

(1) Oldoni, en las Adic. á Chacon, tomo IV, col. 217.

fijsa la vista sobre diversos sugetos. El cardenal Montalto queria hacer elegir al cardenal Scipion Gonzaga, quien se opuso á este designio con una insistencia noble y decidida, y obligó á Montalto á abandonar su proyecto.

Llegaron á reunir un gran número de votos para el cardenal Gabriel Paleotto; pero estos votos no eran suficientes. Como habian llegado dos nuevos cardenales, era preciso obtener treinta y seis votos. En fin, el 5 de diciembre de 1590, á la hora décima séptima (medio dia), los cincuenta y seis electores, eligieron á *voti aperti*, á *votos abiertos*, la persona del cardenal Sfrondati, cuya edad era entonces de 55 años. De este modo se encontró honrado con este cargo que no esperaba, y que no deseaba. En este momento quedó tan admirado que, dirigiéndose á los cardenales que le llamaban *santo padre* unanimemente, les dijo: «Dios os lo perdone! pero, ¿qué habeis hecho? (1)»

Sin embargo, rehusaba marchar, derramaba lágrimas, y los sollozos ahogaban su voz. Trajeron la *sedia gestatoria*, y á pesar suyo, se le llevó á la basílica Vaticana, en medio de las aclamaciones del pueblo que le deseaba un largo pontificado.

Se sabe que Gregorio XIII habia concedido la púrpura al cardenal Nicolás, y que él la rehusaba exclamando: «Pero hay una multitud de prelados que son mas dignos de ella que yo!» Notando los cardenales la misma modestia, estaban mas animados á vencer esta nueva resistencia. Se trataba, sin proferrir una palabra, de que consintiera en recibir un nombre. Fué pronunciado el de Gregorio, y un afecto de reconocimiento, que se manifestaba por una ligera sonrisa, fué su única respuesta, y fué tambien un principio tácito de consentimiento. Aprovecharon este ligero signo para atreverse á preparar la ceremonia de la coronacion de Gregorio XIV (2), que se efectuó el 8 de diciembre.

El 13 del mismo mes, Gregorio tomó posesion de San Juan de Letran.

(1) Vitorelli, en Chacon, tom. IV, col. 216.

(2) Aquel tiempo era todavía el de los anagramas: en las palabras *Gregorius decimus quartus*, se encuentra tambien *murus custodiaque gregie* «muro y guarda del rebaño.»

Cuando era cardenal, su modestia, su sabiduría, la pureza de sus costumbres, le habian hecho amar por San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola. Creyendo Gregorio deber ofrecer el capelo á San Felipe, este, sirviéndose de razones que el mismo cardenal Nicolás habia alegado en otro tiempo para rehusar la púrpura, le dió afectuosamente las gracias, sin querer aceptar este honor. Se refiere que cuando Neri fué á presentar sus respetos á Gregorio, este se levantó, corrió hácia el religioso, y le dijo: «Nos somos mas grande que vos en dignidad, pero vos sois mucho mas grande que nos en santidad.» En seguida, le mandó sentarse y aun cubrirse la cabeza.

Para manifestar el respeto que tenia á las virtudes de Ignacio, confirmó, en 1591, el instituto y constitucion de la compañía de Jesus.

Aquí vemos figurar de una manera bastante notable al famoso Arnaldo de Ossat, despues cardenal. Hablaremos de él con mas detalles cuando será honrado con la entera confianza de Enrique IV. Ahora nos limitamos á mencionar las gestiones que hizo en nombre de la reina Luisa de Lorena, que queria que la corte romana hiciese celebrar exéquias solemnes en honor del rey de Francia Enrique III, su esposo. Pero este príncipe habia muerto excomulgado, y era difícil obtener esta condescendencia de Roma, que ni siquiera queria dar respuesta alguna. De Ossat obtuvo al fin un breve; pero este no debió satisfacer á S. M. El Papa, despues de haberle felicitado por haber hecho celebrar misas, y por haberse impuesto ayunos y limosnas para descanso de los difuntos, dice en seguida: *Ornatus sepulturæ, doloris castrum, et funeris pompa, vivorum vivorum solatia sunt, non subsidia mortuorum. Pius certe animabusque nullis jam culpæ obnoxie ad Dominum migrarunt, vilis aut nulla sepultura non nocet, sicut impiis et peccatorum nexibus detentis pretiosa non prodest.* «Los ornamentos de la tumba, un campo de dolor y la pompa funeraria, son consuelos para los vivos, pero no socorros en favor de los muertos. Las almas piadosas que, exentas de culpas, han volado al Señor, no padecen aunque solo tengan una vil tumba, y aunque carezcan de ella, así como un precioso sepulcro no aprovecha para nada á los impíos y pecadores.»

A ejemplo de Gregorio XIII y de Sixto V, el Papa renovó públicamente por la constitución *Romanus pontifex*, la de san Pio V, que prohibía enajenar y conceder en feudo los bienes de la Iglesia romana. Toda la ciudad de Roma aplaudió este acto de justicia y de valor.

En aquella época, Alfonso II, duque de Ferrara, vino á Roma, acompañado de una comitiva de seiscientos gentil-hombres. Gregorio le recibió con magnificencia, le dió alojamiento en su palacio, y le trató del mismo modo que habria tratado al mas poderoso monarca. El fin secreto del viaje de Alfonso era solicitar en favor de otra familia, la de Este, el traspaso del ducado de Ferrara. Alfonso era el último miembro de la casa de Este que disfrutaba este ducado, y antes de morir, queria conceder esta posesion á una casa amiga, en lugar de restituirla á la Santa Sede, que era el señor feudal del país. Gregorio confió el cuidado de examinar esta demanda á trece cardenales, y decidió, segun su informe, que no podia conceder este favor, sin faltar á la constitucion *Romanus Pontifex* (1).

Accesible desgraciadamente al nepotismo, Gregorio nombró cardenal á su sobrino Pablo Emilio Sfrondati, que no tenia mas que treinta y un años.

Con una nueva constitucion, Gregorio confirmó la que habia dado Pio IV, relativa á apuestas sobre la duracion de la vida y sobre la muerte de los pontífices, y la creacion de los cardenales. Empeñados algunos personajes en esos juegos ilícitos, para no perder, embrollaban las elecciones; y otros, para ganar, se atrevian á divulgar calumnias contra las dignas personas que se queria elevar á la púrpura.

Prohibió á los capuchinos administrar el sacramento de la penitencia, para que tuviesen mas tiempo para dedicarse á la contemplacion de las cosas divinas. Pero Clemente VIII, en 1598, les permitió otra vez que confesasen á los fieles.

Publicó una ley sobre la inmunidad de las iglesias, y dió

(1) Se encuentra en el Bulario, tomo V, part. I, p. 246. En la respuesta oficial se habian escogido expresiones que parecian suavizar la severidad de la denegacion.

algunos decretos concernientes á las promociones á los obis-
pados y otras dignidades consistoriales.

El día 6 de marzo de 1591, Gregorio hizo su segunda pro-
moción de cardenales. Comprendió entre otros á Octavio Pa-
llavicini, noble romano; á Odoardo Farnesio, uno de los du-
ques de Parma, sobrino del cardenal Alejandro Farnesio.
Odoardo fué declarado protector de las coronas de Aragon, de
Portugal, de Inglaterra y de Escocia.

Despues de haber pedido el parecer de los cardenales, el
Papa publicó una bula á instancias del cardenal Bonelli,
dominico, sobrino de san Pio V. Esta bula concedía á los
cardenales que pertenecian á una orden religiosa, la facul-
tad de llevar el birrete encarnado. Hasta entonces lo llevaron
del color del hábito de su orden; y el 9 de junio, el mismo
Papa, antes de bajar del palacio Quirinal á la iglesia de los
Santos Apóstoles, para celebrar capilla papal, puso este birrete
á los cardenales Bonelli y Berner, dominicos; á Boccafuoco,
menor conventual, y á Petrocchini, eremita de San Agustin.

Gregorio erigió en *religion* la congregacion de los *clérigos re-
gulares, ministros de los enfermos*, fundada en Roma por san Ca-
milo de Lelis, clérigo de Buclano, diócesis de Chieti. Six-
to V la habia aprobado en 18 de marzo de 1586, por la cons-
titucion *Ex omnibus*, declarando que era preciso que *los votos
fuesen espontáneos*.

En el castillo de Zagarolo, situado á veinte millas de Ro-
ma, propiedad primeramente de la casa de Colonna, luego
de la de Ludovisi, y despues de la de Rospigliosi, se perfec-
cionó la correccion definitiva de la Biblia. Se habia encar-
gado este trabajo á seis hábiles teólogos, presididos por el
cardenal Marco Antonio Colonna.

Pocas personas habian notado la disposicion al nepotismo
á que Gregorio no habia podido escapar. Esta enfermedad de
las cortes pontificias no tardó en declararse de una manera
mas fatal. El Papa nombró á su sobrino, Hércules Sfrondati,
general de la santa Iglesia (1), y le envió á Francia, al frente

(1) Véase mas arriba la medalla atribuida á Urbano VII, pero que
evidentemente pertenece á Gregorio XIV.

de un ejército de seis mil suizos, dos mil infantes italianos y mil caballos. Estas tropas debían apoyar los esfuerzos de la Liga, que combatía contra Enrique IV. Mas tarde, el Pontífice envió á Francia, como á nuncio, á Marsilio Landriani, portador de dos monitorios. Uno de estos documentos concernía á cualesquier persona que siguiese el partido de Enrique, y el otro particularmente á los grandes del Estado que no se abstuviesen de fomentar la herejía.

De Esponde (1) asegura que á mas de estos monitorios, Hércules Sfrondati se había hecho dar una bula, que excomulgaba directamente á Enrique de Navarra.

Este fué el último esfuerzo del poder del Pontífice. Súbitamente se puso malo, se le trasladó al palacio de san Marcos, que la república de Venecia había restituido momentáneamente, y circuyeron de póstigos (2) esta habitacion, para impedir su acceso. Pero el estado del Papa no pudo mejorarse; él mismo creyó que estaba en grave peligro, é hizo llamar á los cardenales. Les representó su incapacidad para el gobierno, aumentada con sus enfermedades, y les rogó que eligiesen un sucesor, aun durante su vida. Esta demanda estaba en oposicion con un gran número de constituciones que siempre se habían respetado. Los cardenales declararon unánimemente que no consentirían en hacerse culpables de tal acto. Entonces se contentó con exhortarles á que despues de su muerte escogiesen un sucesor digno del pontificado, que le eligiesen inmediatamente, sin bandos ni disputas (3).

A los dolores que sentía Gregorio se unían los de la enfermedad vulgarmente llamada *la piedra*. La vida solo era para él un largo suplicio.

(1) De Sponde, *Annal eccles.*, año 1591, n. 4.

(2) Novaes, XIII, p. 243, cita con este objeto una pasquinada cruel é injusta que entonces se divulgó; Pasquin, que en semejantes ocasiones está pronto á publicar los sentimientos de la gente ociosa, dijo á los Romanos: *Mors intravit per cancellos*. «La muerte entró por los póstigos».

(3) El cardenal Agustin Valeris ha escrito un opúsculo sobre esta última alocucion de Gregorio: esta respiraba los mas piadosos sentimientos, y contenía una invitacion á la concordia, que hizo derramar lágrimas á todos los asistentes.

Campana refiere que se administró al enfermo, para suavizar sus sufrimientos, hasta oro y piedras preciosas pulverizadas. Muratori dice á este intento: «Al rededor de este buen papa no habia sino médicos inertes ó ministros culpables.» El Papa sucumbió á la violencia del mal, y murió el 15 de octubre de 1591, á la edad de cincuenta y seis años. Habia gobernado diez meses y diez dias. Se le enterró en el Vaticano, hácia el centro de la capilla Gregoriana, cerca de Gregorio XIII, en una tumba casi desprovista de ornamentos.

Aunque este pontifice se habia abandonado al nepotismo, se distinguia por sus nobles virtudes; durante su corto pontificado gastó sumas considerables en favor de los pobres. Algunos de sus ministros dejaron de servirle con aquel sentimiento de obediencia que ningun ministro debe olvidar: durante un tiempo de carestía, fué preciso que el mismo pontifice tuviese cuidado de hacer venir granos. Sin embargo, á consecuencia de esta carestía, murieron muchos habitantes de Roma y de sus contornos. Gregorio iba á visitar á los enfermos, y no queria tomar alimento alguno hasta que hubiese asistido á los que estaban á punto de sucumbir á tantos sufrimientos.

En fin, todos admiraban su constancia, su piedad, su templanza, y un fondo de pureza de costumbres que, sobre todo, le hacia objeto de admiracion, desde la época en que fué nombrado obispo. Poco inclinado á ocuparse de intereses políticos, tuvo la desgracia de escuchar alguna vez demasiado á Felipe II, enemigo declarado del rey Enrique IV. La bula lanzada contra este príncipe, pronto ya á hacerse instruir y á profesar nuestra santa religion, impidió llevar á cabo esta negociacion difícil. Las amenazas eran el medio que menos efecto debia causar al soberano francés.

Poseo tres medallas de Gregorio XIV:

1.^a GREGORIVS XIII PONT. MAX. «Gregorio XIV, soberano pontifice.» En el reverso, la misma inscripcion; en el campo, las llaves entrelazadas, con la tiara sobrepuesta. En un escudo de cuatro cuarteles, las armas de la familia Sfrondati: 1 y 4, una rama sin hojas; 2 y 3. un laurel. Se atribuye al siguiente suceso el origen del nombre de esta casa. Combatiendo un dia

Conrado, el primero de esta familia, rompió su espada: en seguida arrancó una rama de un árbol, le quitó las hojas, y la volvió así *sfrondata*, es decir *despojada de sus hojas*, y se sirvió de esta nueva arma para entrar otra vez en combate. Habiendo salido victorioso, colocó esta rama dos veces en su blason; y en cuanto á los otros cuarteles, recibió del emperador Enrique III el permiso de colocar en ellos un laurel. En cada uno de los cuarteles 1 y 3 se distinguen tambien algunas estrellas. Esta medalla está grabada con mucha perfeccion, y con un buril firme y atrevido.

2.º CONSECRATIO. «*Consagracion.*» Esta medalla no se encuentra en de Molinet ni en Bonanni; pero se encuentra en Venuti, página 181. El Pontífice consagra á un obispo. Dos cardenales y algunos otros asistentes llevan cirios.

3.º DIEBVS FAMIS SATVRAB. «*En los dias de hambre se saciarán.*» De Molinet ha dado regularmente la inscripcion. Bonanni supone sin razon que se lee en ella SATVRABVNTVR. La Abundancia tiene el cuerno en la mano izquierda y en la derecha una espiga. Esta medalla fué acuñada con ocasion de la escasez de que hemos hablado antes. La extrema miseria á que el pueblo se veia reducido en esta circunstancia fué tal, que se encontraron en el campo algunos romanos muertos de hambre, con la boca llena de yerbas.

En estas tres medallas, la cabeza del Papa está adornada con un largo birrete blanco, que la cubre casi enteramente.

En de Molinet encuentro la medalla que se ha atribuido antes á Urbano VII.

1.ª DEXTERA DOMINI FACIAT VIRTVTEM. Hemos explicado ya su significado.

2.ª A TEMPORALI AD ÆTERNVM. «*Del tiempo á la eternidad.*» En el exergo, ROMA. De Molinet no da explicacion alguna. La Virgen, sentada en un trono, tiene en sus brazos al niño Jesús, que coloca la tiara sobre la cabeza de un pontífice arrodillado. El artista ha colocado detrás del pontífice al primer cardenal diácono, que dá la bendicion, como para probar que otro, y no el primer cardenal diácono, pone la tiara sobre la cabeza de un papa. Parece que, como se trata aquí de cosas santas, la alegoría en este último punto no debía

usar sino un lenguaje grave. ¿Qué significa el consentimiento dado por un ministro del santuario, puesto que Jesucristo llena las funciones de este ministro? Todos los poderes de la tierra deben humillarse ante el Señor. En lo alto, sobre una nube, otra tiara suspendida parece subir al cielo. Debíó ser en Roma un suceso bastante extraño esta susceptibilidad del primer cardenal diácono, que daba aquí un asentimiento del todo inútil. Dejemos á parte el genio festivo de algunos artistas para decir que el pensamiento de esta escena, relativamente á la intervencion de la Virgen y de Jesucristo, pudo haberse suscitado en la mente de Gregorio, que habia sido elegido el dia de la *Concepcion*.

4.^a IN GRAM (*gratiam*) PHILIPPINARVM. ROMÆ. 1591. «*En conmemoracion de las Filipinas.*» Jesucristo y la santa Virgen; entre ellos el Espíritu Santo con sus rayos de luz. En medio de las innumerables islas de las Indias, se distinguen las Filipinas, vecinas al imperio de la China. Manila es una de sus principales ciudades. Descubiertas en 1521, fueron ocupadas por los españoles en 1542, bajo el reinado de Carlos V, y no de Felipe II, como equivocadamente dice Bonanni. Los religiosos de San Agustin y los menores observantes introdujeron en ellas la fe. El primer obispo de Manila fué Domingo de Salazar, quien de la órden dominicana habia pasado á la de los jesuitas. Urbano VII y Gregorio XIV habian concedido muchos privilegios á estas islas. Esta medalla fué acuñada por órden del cardenal Pablo Sfrondati, sobrino de este último papa. Se enviaron á las Filipinas diez mil ejemplares, á los que estaban concedidas muchas indulgencias.

En sus explicaciones, que saca del libro en que Federico, arzobispo de Utrecht, trata de las santas imágenes, Bonanni dice que aquellas fueron enviadas á fin de que los que no podian ser instruidos por medio de la lectura, pudiesen aprender en estos grabados los deberes del cristiano. Los griegos dieron á la pintura el nombre de *escritura viviente*. Los habitantes de esas islas estaban poco civilizados, y las imágenes les daban con mas eficacia una idea de los caracteres de nuestro Salvador y de su Madre.

La cabeza de Jesucristo está cubierta de la aureola, lo mis-

mo que la de la Virgen. La madre de Dios está adornada con un velo semejante al que llevaba la reina de Siracusa, llamada Philistis, que reinaba en una época incierta, según Mionnet (1).

4.^a GREGEM NE DESERAS. «No abandones tu rebaño.» El pontífice arrodillado, con el báculo en la mano izquierda, dirige sus ruegos á Dios. A la derecha, tres ovejas echadas, y á la izquierda, sobre un monte, la tiara. Bonanni cree que esta medalla no pertenece á este reinado.

Bonanni da noticia de otra medalla:

IUPITER PLVE MEL. «Júpiter, haz llover miel.» Tres árboles sobre los que cae una lluvia de miel. Según Jaime Tipotius, Gregorio pidió á Dios que enviase un maná celeste sobre los árboles que se ven en las armas de Sfrondati. En cuanto á la palabra *Júpiter*, Bonanni no quiere que se acuse al artista por haber usado el lenguaje de los paganos, y dice que es preciso reconocer la verdad bajo la máscara de la poesía. *Sicuti religio olim fuit figura Jovis exhibere Deum.* «La religion en otro tiempo representó á Dios bajo la figura de Júpiter.»

Otros autores, no queriendo acusar á los Sfrondati de un sentimiento de orgullo, piensan que los tres árboles mencionados representan á la Iglesia universal.

La lluvia de miel está mal representada por el artista: son como rayos de luz que se escapan del cielo en líneas perpendiculares. Una lluvia de miel debe estar figurada por alguna cosa mas espesa y menos distinta. ¡Ah! la lluvia de miel invocada con tanta solemnidad, no cayó sobre el reinado de Gregorio XIV.

La Santa Sede estuvo vacante trece dias.

(1) *Descripcion de las medallas antiguas griegas y romanas*; Paris, en 8.^o, 1806, pág. 337.

234. Inocencio IX. 1591.

Inocencio IX, llamado antes Juan Antonio Facchinetti, nació el día 20 de julio de 1517, en Bolonia, de una familia senatorial, oriunda de Novara. Después de haber recibido el grado de doctor, Juan Antonio partió para Roma, en donde fué nombrado secretario del cardenal Ardinghelli. Fué después gobernador de Parma, obispo de Nicastro en Calabria, y en 1561, asistió al concilio tridentino. Gregorio XIV le nombró cardenal en 12 de diciembre de 1583. Luego de los funerales del papa Gregorio XIV, cincuenta y seis cardenales entraron en el cónclave, y en 29 de octubre de 1571, eligieron al cardenal Facchinetti, de edad de 62 años, el cual tomó el nombre de Inocencio IX, en memoria de Inocencio III, famoso jurisconsulto, y fué coronado en 3 de noviembre del mismo año, habiendo ido, el día 8 del propio mes, montado en una mula blanca, á tomar posesion de San Juan de Letran.

Fiel al uso antiguo, el Papa anunció su exaltacion á los patriarcas, arzobispos y obispos.

Confirmó inmediatamente la bula de san Pio V, que prohibe enajenar las tierras de la Iglesia romana.

Reinaba entonces el hambre, y la peste, si bien debilitada, continuaba haciendo estragos: el Pontífice rebajó el precio del pan, y repartió socorros á los pobres. Con este motivo, prefirió pedir un préstamo de 40,000 escudos á tocar al tesoro dejado por Sixto V en el castillo de San Angelo. Inocencio decia que era útil que Roma tuviese un tesoro á disposicion de la república cristiana.

El cardenal Gaetani pidió al Papa una gracia para Juan Antonio Orsini, prometiendo pagarla con dinero, á lo cual indignado el Papa contestó: «No queremos dinero, sino obediencia.»

Dedúcese de todas estas circunstancias, que si el pontificado de Inocencio hubiese sido mas largo, habria sido feliz. Los romanos ponderaban en el Pontífice una sábia madurez,

una vida pura, liberalidad, magnificencia, y experiencia en los negocios.

Por desgracia, cayó peligrosamente enfermo en 30 de diciembre de 1531, y murió, no habiendo gobernado la Iglesia mas que dos meses y algunos dias.

Roma se vió, pues, obligada á llorar á tres papas en menos de diez y seis meses, despues de muerto Sixto V.

Inocencio IX fué trasladado desde Monte Cavallo al Vaticano, donde sus cenizas descansan en la iglesia subterránea.

Era de rostro hermoso y estatura alta. Los ayunos alteraban su salud, pues no comia mas que una vez al dia llegada la noche. Entre sus efectos se encontró un espejito dividido en dos partes; en la una habia pintado un cráneo, y en la otra unos funerales. De este modo mantenía vivo el recuerdo de la muerte, á la cual se disponia todos los dias mirando aquel espejo.

No poseemos mas que dos medallas de este papa.

1.^a INOCENTIVS IX PONT. MAX. El retrato de Inocencio IX. En el reverso: ROMA RESVRGENS «*Roma resucitando.*» Este mismo tipo se encuentra en el reinado de Paulo IV.

2.^a RECTIS CORDE. «*A los rectos de corazon.*» 1591. Un ángel alado presenta la tiara.

Se encuentran en de Molinet:

1.^o PRO PHILIPPINIS ET ALIIS. «*Para las Filipinas y otras islas.*»

La figura de Jesucristo.

2.^o IN VERBO TVO LAXABO RETE. «*Contando con tu palabra, echaré la red.*» San Pedro, rodeado de aureola, echa la red; Jesucristo tiene extendida la mano izquierda.

Se encuentra en Bonanni:

INOCENCIO IX PONT. MAX. «*A Inocencio IX, soberano pontífice.*» Una encina verde en campo de plata, blason de Facchinetti.

Encima las llaves entrelazadas y la tiara. Un cuño parecido hemos visto en tiempo de Julio II.

Casi todas las demás medallas son copias, á menudo sin diferencia en el tipo.

La Santa Sede estuvo vacante un mes.

225. Clemente VIII, 1592.

Clemente VIII, llamado antes Hipólito Aldobrandini, pertenecía á una familia muy ilustre de Florencia. Nació, en 24 de febrero de 1535, en la ciudad de Fano, donde residia su padre Silvestre Aldobrandini, en calidad de gobernador pontificio. Silvestre tenia por enemigo al duque Alejandro de Médicis, que persistia en desterrarle de Florencia, donde ejercia las funciones de secretario de Estado de la república.

Hipólito estudió jurisprudencia, y tomó el grado de doctor. Muy precozmente sobresalió en la poesía griega y latina. En Roma llegó á ser auditor consistorial: Sixto V le nombró datario en 17 de mayo de 1585, lo cual revela una gran confianza de parte de este papa. En 18 de diciembre del propio año, el mismo Sixto V le creó cardenal, mandándole como legado á Polonia. Allí este ministro del Papa debia pedir la libertad de Maximiliano, archiduque de Austria, prisionero de los polacos. Nunca la Santa Sede cesa de interesarse por los males de los desgraciados. El nuncio fué bien recibido, salió con bien de su mision, y restableció la paz entre los austriacos y Segismundo, que habia sucedido á Estéban Battori.

Después de los funerales de Inocencio IX, cincuenta y dos electores sagrados entraron en el cónclave el día 10 de enero de 1592.

Al principio de la eleccion, por un lado los montaltistas (partidarios de Sixto V.), cuyo jefe era el cardenal Montalto, sobrino del Papa, y por otro el jefe del partido español, se manifestaron tan favorables al cardenal Santorio, que en 11 de dicho mes, estuvo á punto de ser elegido por *adoracion*. Treinta y cinco electores daban sus votos; pero los cardenales Altamps, Gesualdi, y Colonna, detuvieron aquella especie de tumulto que duró siete horas, en la capilla, y obligaron á los que deseaba la *adoracion* á consenir en el escrutinio. Entonces Santorio, partidario fanático de la faccion española, no obtuvo mas que treinta votos, y le faltaron cinco. Pero la

Providencia habia destinado la tiara á Aldobrandini. Allí se vió una especie de exclusion dada por un simple cardenal. Hé aquí como Cancellieri refiere este hecho : Los cardenales estaban divididos en dos bandos. Ascanio Colonna deseaba que se nombrara á Santorio, llamado de San Severino , y que se procediera por adoracion ; los otros trataban de excluirlo. A tal punto habia llegado el ardor de los partidos, que los primeros que se reunieron en la sala del escrutinio, se encerraron en ella ; los segundos se retiraron á la capilla Paulina, y se empezó á temer que estallaran escenas desagradables. El cardenal decano, á causa del ruido que hacian los disidentes, no podia contar los votos que en aquel momento eran ya suficientes (35). Entonces Ascanio recibió un billete de su pariente Marco Antonio Colonna, lo leyó, y dijo : *Ascanio no quiere por papa á San Severino, porque no es dado por Dios ;* y dejó la capilla á pesar de impedirselo los demás cardenales. El objeto de esta especie de renuncia fué tan rápido, que Santorio se vió excluido inmediatamente por un gran número de votos. Propusieronse otros candidatos ; pero fueron rechazados. Un cardenal nombró de improviso á Aldobrandini, que fué aceptado por aclamacion , y quedó elegido á las doce del dia 15 de enero de 1592.

Los electores habian sido movidos á esta eleccion, no solo por el aprecio en que tenian al cardenal, sino tambien á causa de su edad de 56 años, pues todos los cardenales no cesaban de repetir que era preciso deplorar la muerte de tres papas, que juntos solo habian reinado diez y seis meses. Novaes confirma todas estas observaciones de Cancellieri.

Antes de aceptar la dignidad, en la que no pensaba, Aldobrandini pidió permiso para acercarse al altar.

Con un movimiento de humildad sublime, dijo con tal efusion de alma, que promovió un entusiasmo universal : « Dios mio, séquese mi lengua y no pueda dar mi consentimiento á esta eleccion, si no ha de ser ventajosa á la Iglesia, á la que amo con todo mi corazon, y á la república cristiana, cuya gloria y prosperidad deseo ! » Este arranque admirable de modestia, conmovió vivamente á los cardenales ; mandóse á buscar las vestiduras pontificias, apoderáronse casi á la fuerza

de la persona de este cardenal, y se le revistió con las insignias. Mantenfiase silencioso ; pero cuando vió que le quitaban la sotana encarnada que no debía volver á ver: «Que se nos devuelvan *nuestro* rosario y el oficio de la Virgen, testimonios de *nuestra* devocion. » Aldobrandini no podia negar su consentimiento , pues acababa de hablar como papa (1), y declaró que queria llamarse Clemente VIII, nombre que le habia dado san Felipe Neri, que le predijo cierto dia el pontificado. El 2 de febrero, el Papa fué ordenado obispo por el cardenal Alfonso Gesualdi, decano del sacro colegio, y luego coronado por el cardenal Sforza, primer diácono, y en 12 de abril tomó solemnemente posesion de San Juan de Letran. Clemente distribuyó monedas de oro y plata, distribucion que no habia tenido lugar hacia mucho tiempo.

En cuanto el Papa hubo puesto en órden algunos negocios urgentes, estableció una congregacion llamada de *la Visita*, la cual debia examinar minuciosamente todas las iglesias, monasterios, colegios, hospitales y *confraternidades* de Roma. Se empezó por la visita de San Juan de Letran, como para que sirviera de ejemplo á todos los administradores, y les dispusiera de antemano á arreglar los negocios que les estaban confiados.

Resultó de esta medida que el culto divino se restauró en todas partes, se consiguió una decencia severa, corrigiéronse los abusos, y se echó de ver el ojo del guardian que queria restablecer el órden. Además, cada uno pudo exponer sus quejas: jefes y subalternos. Hay muchos países en que visitas semejantes serian siempre útiles. Es imposible contar todo lo que se debe á Roma en punto á miras ventajosas y usos saludables.

La constitucion *Graves et diuturnas*, del 25 de noviembre de 1592, instituyó la exposicion llamada de las *Cuarenta horas* en todas las iglesias de Roma, de modo que el Santísimo Sacramento estaba expuesto dia y noche todos los dias del año sucesivamente.

Esta piadosa institucion, que Paulo V estableció de nuevo, concediéndola gran número de indulgencias, en 10 de mayo

(1) Usando la primera persona del plural: Que se *nos* etc.

de 1606, fué adoptada en muchas ciudades, no solo de Italia, sino de otras naciones, además de que ya era conocida en varias iglesias de primer orden de la cristiandad.

Dos hijos del elector de Baviera llegaron entonces á Roma para ofrecer, en nombre de su padre, su veneracion al papa Clemente. Este les recibió con tierna afeccion, y en un consistorio les hizo sentar junto á los cardenales.

Murió en aquel momento Alejandro Farnesio, duque de Parma, uno de los mas famosos capitanes de su tiempo, que habia mandado varios ejércitos contra Enrique IV, rey de Francia. Clemente lloró á Farnesio, y dispuso que se le celebrasen magníficos funerales en la basílica del Vaticano.

Tambien sintió gran dolor por la muerte de Alfonso de Gonzaga, señor de Castelgiufredo, que estaba bajo la proteccion pontificia.

Una costumbre fatal llamaba la atencion del Pontífice. El furor de los desafios, algo debilitado desde el concilio de Trento, empezaba á excitar nuevas reclamaciones. Clemente prohibió estos combates bajo las penas mas severas, por su constitucion del 17 de agosto de 1592. Los duelistas y sus testigos debian ser perseguidos; amenazó con el entredicho los lugares donde los duelos fuesen autorizados por las leyes, ó á lo menos tolerados. Exhortaba á los príncipes á vigilar por la ejecucion de las medidas prescritas en esta bula, y á castigar severamente á los criminales. Muchos soberanos prometieron poner en práctica, en lo que pudiesen, estos sábios consejos, pues entonces se encontraban en los hábitos de los pueblos y en ciertos restos del derecho feudal, obstáculos que solo la religion podia vencer.

Hácia 1586, Sixto V habia erigido en *religion* la órden hospitalaria de *Fate bene fratelli*. Clemente, en 1592, restableció esta órden al estado en que se hallaba en tiempo de Pio V, de modo que ya no fué *religion*.

El breve de Clemente acerca de esta supresion fué aceptado en Italia, pero no en España, donde Felipe II no quiso darle el *regium exequetur*. Lo mismo sucedió en Rusia en 1773 relativamente á los jesuitas, cuando la supresion mandada por un breve de Clemente XIV.

Pero este estado de cosas para los *Fate bene fratelli* no duró. Paulo V, por dos breves, en 1611 y en 1617, les volvió la dignidad de *religiosos*, y supuso que los hermanos españoles de esta orden no habian cesado de ser religiosos, por mas que el breve de Clemente VIII no hubiese sido admitido en España.

Entre tanto el Papa, por cartas de 15 de abril de 1532, habia mandado á su legado cerca de la Liga de Paris, el cardenal Felipe Segá, que velara para que la fe no padeciese en Francia, donde se queria reconocer por rey á un príncipe que era todavía calvinista. Por otro lado, estrechado Enrique suavemente por la corte de Roma con todo el tino que reclamaban circunstancias tan delicadas, y viendo que no le seria fácil quedarse pacíficamente dueño del trono, si persistia en los errores del calvinismo, preguntó á sus ministros hugonotes si podria salvarse abrazando la religion romana. Respondieronle afirmativamente, y entonces les dijo: «Será, pues, mejor que vaya al cielo rey de Francia, que rey de Navarra no mas.» Desde aquel momento se hizo instruir en los dogmas de nuestra religion por Davy de Perron, calvinista, pero convertido de buena fe á la verdad.

Este es naturalmente el lugar oportuno para hablar de las negociaciones practicadas para que Enrique volviera al seno de la Iglesia.

Ya hemos visto á un agente francés, Arnaldo de Ossat, empleado en la diplomacia del rey en Roma, solicitar de Gregorio XIV, en nombre de Luisa de Lorena, viuda de Enrique III, que se celebraran solemnes exéquias en honor de este príncipe, revocándose de este modo la excomunion lanzada contra él por Sixto V. De Ossat va á ser casi el único hombre de confianza de Enrique IV, y no será inútil exponer quien era este personaje, que tanto éxito debia obtener en esta difícil negociacion.

Hemos visto una coleccion casi completa de los despachos de Ossat, y él mismo ha proporcionado los documentos mas importantes para esta parte de la historia de Clemente VIII.

Arnaldo de Ossat murió en 22 de Agosto de 1536 en Casagnabere, lugar de la diócesis de Auch. Su padre murió tan pobre, que para los gastos de los funerales fué preciso acudir

á la caridad de las almas piadosas. El hijo que dejó solo contaba nueve años. Tomas de Marca, caballero de una ciudad vecina, le cobró cariño, y le puso cerca de su sobrino y pupilo el jóven señor de Castelnau de Magnoac, para que estudiasen juntos. Los dos huérfanos, tan desiguales en bienes, no lo fueron menos en talento. El pobre (como sucede comunemente en materia de estudios) avanzó mucho mas que el rico, y llegó á ser tan grande la diferencia, que tres ó cuatro años despues, Arnaldo se halló en estado de servir de maestro á su jóven amo.

Por el mes de mayo llegaron ambos á Paris, en 1559, y contento el tutor de la sábia conducta del maestro, le mandó otros dos sobrinos, primos hermanos del primero, los cuales estuvieron bajo la direccion de Ossat hasta mayo de 1562.

Por aquel tiempo fué á Bourges para oír al célebre Cuyacio, que enseñaba allí el derecho con tanta concurrencia de oyentes de todas las naciones de Europa, que aquella ciudad parecia ser á la Francia lo que Atenas fué un dia á la Grecia.

De vuelta de Bourges, donde tomó el grado de licenciado, Arnaldo se recibió de abogado en el parlamento de Paris, y decidióse á seguir la carrera del foro, con la esperanza de encontrar en ella una honrosa subsistencia, si se entregaba á un trabajo asiduo.

En 1564 imprimió una pequeña disertacion titulada, *Expositio Arnaldi Ossati in disputationem Jacobi Carpentarii de methodo*. Era esta una defensa de la dialéctica de Pedro de la Ramée contra Jacobo Charpentier, doctor en medicina. La Ramée no era conocido todavía por sus violencias en favor del partido protestante, y la *Expositio* solo trataba de disputas gramaticales. Charpentier respondió á de Ossat con injurias, le llamó *magistellus trium litterarum*, lo cual equivale á *tonto en letras*. Se verá cuan mal juzgó Charpentier á su adversario.

El caballero Pablo de Foix, habiendo hecho un viaje á Roma en 1574, se llevó consigo á de Ossat como compañero de buena sociedad, y este mismo Foix, procurador consejero en el parlamento de Paris y abad de Aurillac, habiendo sido nombrado, en 1580, embajador de Enrique III cerca de la Santa Sede, se llevó á de Ossat en calidad de secretario particular. En aque-

lla ocasion de Ossat empezó la carrera diplomática , en la cual continuó sirviendo hasta el fin de su vida. Leyendo las cartas de M. de Foix , despues arzobispo de Auch , se ve que de Ossat las enriqueció con una multitud de rasgos atrevidos , espirituales, y que pertenecen á un sistema de observacion grave y reflexivo.

Habiendo muerto en Roma á fines de 1582, M. de Foix , el cardenal de Este , *protector* de los negocios de Francia, como se decia entonces , ofreció su casa á de Ossat , á quien amaba como su diocesano y como hombre de mérito, del cual M. de Foix hacia caso, y á quien habia distinguido honrosamente en público. M. de Villeroy dió á conocer que deseaba que de Ossat fuese empleado en los negocios del rey. En el palacio del cardenal de Este , Ossat empezó á presentarse en el gran mundo, y á desenvolver el talento que el estudio le habia dado para las negociaciones. Entonces fué cuando tuvo las mas bellas ocasiones de relacionarse con los cardenales. Dichoso testigo, veía reinar á Sixto V; y en la escuela de éste aprendió con fruto el oficio tan difícil de la política y de la ciencia del gobierno.

El cardenal de Este, sintiéndose gravemente enfermo, hizo un testamento por el cual , entre otras disposiciones, declaraba dejar á de Ossat una suma de cuatro mil escudos romanos. El cardenal bienhechor , desconfiando del zelo y de la celeridad de los que debian ejecutar el testamento , mandó que se entregara inmediatamente á de Ossat un diamante que valia veinte mil escudos , en garantia del pago de su legado. De Ossat no tenia mas que los mezquinos emolumentos de un destino de consejero en el presidial de Melun. Carecia de todo beneficio, y se negó á admitir la prenda que el cardenal le entregaba de antemano.

El cardenal de Joyeuse sucedió al cardenal de Este como *protector* , acogió con bondad á de Ossat , y le concedió un priorato.

Enrique III pensaba confiar el empleo de secretario de Estado al digno súbdito que todos, al volver de Roma, alababan en presencia de Su Majestad : de Ossat rehusó tan eminente destino, tan poderoso es el atractivo con que Roma seduce á

los que han tenido la dicha de apreciar aquella noble y sábia capital del orbe cristiano. Por otra parte, de Ossat, que siempre habia sido hombre de honor y de delicadeza, temia que la plaza que se le ofrecia fuese la de M. Villeroy, que, como hemos visto, habia hecho mas segura y provechosa su residencia en Roma, pues nunca hubiera sido capaz de admitir los despojos de un bienhechor. De esta determinacion de Ossat, nació en el espíritu de M. Villeroy una necesidad de cariño y gratitud que no le abandonó nunca, en medio de todas las relaciones que tuvo luego con el *secretario de la proteccion de Francia*.

Se dice que hay ingratitudes que procuran la fortuna y las dignidades; pero no se dice que hay actos de grandeza de alma que mas tarde son á veces magníficamente recompensados.

Hemos dicho que de Ossat hizo vanos esfuerzos para obtener que se celebráran obsequios á Enrique III, á petición de su viuda Luisa de Lorena; sin embargo, en Paris no ocurrió la idea de que el negociador hubiese obrado sin zelo y talento, pues fué nombrado ministro del rey Enrique IV, para solicitar su absolucion. Atravesábanse en este negocio, decia de Ossat, el duque de Sessa, embajador español, y los príncipes loreneses. Los mismos hugonotes franceses, tan adictos á Enrique IV, á quien habian ayudado con la bolsa y la espada, no deseaban su reconciliacion con el Papa, prefiriendo su pasion particular á la seguridad de la persona real y á la pacificacion del reino, que dependian de la absolucion romana.

De Ossat declaraba cuáles eran las dificultades. Enrique IV, cuya sinceridad estaba al abrigo de toda sospecha, leia con atencion la correspondencia relativa á esta demanda, y la encontró tan juiciosa y prudente, que resolvió escribir de puño propio á de Ossat. Hé aquí la carta del rey:

« Señor de Ossat, la seguridad que tengo de que empleareis el conocimiento que de los negocios teneis, y el crédito de que gozais, en bien de mi servicio y de este reino, me mueven á escribiros la presente, con motivo del viaje que, de mi parte, mi primo el duque de Nevers va á hacer á Roma, y á rogaros que veais á dicho mi primo las mas veces posibles

para emplearos en mi servicio, según veais por él que convenga; dándole los consejos que conozcáis que puedan ayudarle, prometiéndoles que vuestros esfuerzos serán una adquisición de nuevo mérito hácia mí, y os valdrá una buena gratificación, y toda la gratitud de parte mía. Ruego á Dios, señor de Ossat, que os mantenga en su santa guarda. En Melun el último día de agosto de 1593.

«ENRIQUE.

Y mas abajo: *Revol.*»

Habiendo tenido conocimiento de esta carta Clemente VIII, felicitó á de Ossat, y le dijo que gustaria de tratar con él, y que la eleccion de semejante funcionario no podia menos que disponer favorablemente á la corte romana.

Sin embargo, el ministerio del rey en Paris consideraba, bastante imprudentemente, que los prelados franceses podian dar en Paris una absolucion al rey, *salvo la autoridad de la Sede apostólica.*

El cardenal de Plasencia, legado en Francia, habia querido impedir esta primera absolucion por medio de una carta que dirigia á todos los católicos del reino. Ya hemos dicho que Enrique de Borbon al declararse rey de Francia y de Navarra, buscó prelados que le absolvieran. El legado cree que es de su deber anunciar que la excomunion pronunciada por Sixto V contra Enrique IV, es válida aun, y que solo el Papa debe conocer de ella.

A pesar de este mandamiento, Enrique IV se dejó persuadir de que podia abjurar en manos del arzobispo de Bourges, en presencia del cardenal de Borbon-Vendome y de siete ú ocho obispos. El canciller de Chiverny dice que el rey quiso abjurar en la iglesia de San Dionisio, para demostrar que deseaba vivir y morir, como los reyes enterrados en ella, en el seno de la Iglesia romana. En cuanto á la absolucion, el arzobispo se la dió en los siguientes términos: *Ego te, salva Sanctæ sedis apostolicæ auctoritate, a crimine hæresis et apostasiæ absolvo; S. R. Ecclesiæ restituo, et ad sacramenta ejus admitto. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* Salvando la autoridad de la Santa Sede, os absuelvo del crimen de heregía y de apostasia.

sía; os devuelvo á la Santa Iglesia romana, y os admito á la participacion de los sacramentos. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La insercion de la palabra *salva*, ponia al rey en el caso de solicitar la absolucion del Papa, ó al menos que confirmara la de los obispos; y con este motivo escribió á Clemente VIII la siguiente carta autógrafa:

«Santísimo Padre:

«Gracias á la inspiracion con que á Dios le plugo favorecerme, he reconocido que la Iglesia apostólica romana es la verdadera Iglesia, llena de verdad, en la cual reposa la salvacion de los hombres; fortalecido además en esta fe por las luminosas explicaciones que me han hecho los prelados y doctores en la santa facultad de teología, que he reunido con este objeto, esclareciéndome algunos puntos en que anteriormente no estuve conforme, he resuelto unirme á esta santa Iglesia, viviendo y muriendo en ella, con la ayuda de aquél que me ha dispensado la gracia de llamarme á ella; y para dar comienzo á esta buena obra, prévias las formalidades y ceremonias que dichos prelados han juzgado necesarias, y á las cuales voluntariamente me he sometido, el domingo 25 de julio he oido misa, uniendo mis oraciones á las de otros buenos católicos, como incorporado que estoy en dicha Iglesia, con la firme intencion de perseverar en ella toda la vida, profesando á Vuestra Santidad y á la Santa Sede la obediencia y respeto debidos, tal cual se la han profesado los reyes cristianísimos mis predecesores: y estando seguro de que Vuestra Santidad experimentará la mayor alegría por esta santa accion, muy propia del sitio en que á Dios plugo colocarle, he querido, ínterin cumplo mas ampliamente por medio de una solemne embajada, compuesta de personajes excelentes y de grande importancia, significarle, por medio de estos renglones trazados de mi mano, el primer testimonio de mi amor filial para con Vuestra Santidad; suplicándole encarecidamente le sea grato y le reciba como procedente de un corazon sincero y lleno de afecto, prometiéndome con mis actos merecer la santa bendicion de Vuestra Santidad. En cuyo concepto ruego á Dios, Santísimo

Padre, conserve muchos años la salud de Vuestra Santidad para el buen gobierno de su santa Iglesia.

«Fechado en San Dionisio á los 18 de agosto de 1593,

«Enrique.»

Háse dicho, con el apoyo de una carta escrita por este príncipe á la duquesa de Beaufort, que Enrique habia manifestado sentimientos menos explicitos, hasta el punto de que le harian odiar á San Dionisio. A esto es preciso responder que Enrique, no dueño aun de Paris, se encontraba en una situacion bien apurada: jefe de un ejército mixto, compuesto de católicos y de protestantes, tenia como centinelas de vista puestos por dos, y aun por tres, partidos. Al pasar por delante de sus guardias, echaba de ver á una multitud de protestantes mutilados en servicio suyo, que le contemplaban con un respeto mezclado de dulzura, de compasion quizás, y hasta de amenaza. Cuando se reunia con su consejo, se encontraba con el severo aspecto de Rosny, y los católicos furibundos, que no querian ser defraudados en su esperanza, y á quienes nada hubiera costado abandonar á un soberano á quien suponian incierto en sus proyectos; pues aun cuando el rey les habia prometido profesar iguales creencias que ellos, estaban aguardando, sin grande confianza, á que aquél cumpliera su palabra. El tercer partido, compuesto de los amigos de la duquesa de Beaufort, católicos ó protestantes, se hallaba indeciso respecto del consejo que debia dar; unas veces aplaudia, otras veces reprobaba; y su única mira era favorecer la pasion que el rey sentia por una mujer, que aspiraba ya á la participacion del trono. En tales circunstancias, era muy difícil armonizar tres existencias reunidas en una sola persona, atendiendo á que Enrique era un guerrero á quien le constaba la buena voluntad con que los calvinistas derramaron por él su sangre; un príncipe cuya rama habia esperado durante mucho tiempo la herencia ó el cetro francés, y veia que llegado el dia de recoger este cetro por su derecho propio, de llevar una corona que le pertenecia, é ingresar en la verdadera religion, en la cual habia sido criado y educado, de la cual le habian sepa-

rado por fuerza en la edad aquella en que la razon y el valor del hombre no se hallan desarrollados todavía; un hombre, porque aquí no hay mas que un hombre á quien compadecer, entregado á un amor frenético, que no sabia dominar; temeroso de la austeridad de Roma, á la cual debia dirigirse, solicitando un divorcio, que una alianza intentada secretamente hacia mas difícil. De manera que, no pudiendo cabernos duda alguna acerca de la pureza de las intenciones del gran rey de Francia, como tampoco tendremos por qué desconfiar del noble y fiel monarca cristianísimo, hijo primogénito de la Iglesia, no titubeamos en publicar la carta en la cual se apoyan las sospechas de falsedad, disimulo y carencia de determinación. Jamás Enrique IV fué, como dice de Ossat, un *prometidor franco y leal*, por mas que hubiese dirigido las siguientes líneas á una mujer, que por otra parte no merecia morir de la espantosa muerte á que sucumbió seis años despues.

Hé aquí las palabras escritas por el rey, dos dias antes de su abjuracion, y que muy desgraciadamente son autógrafas:

«He llegado por la tarde temprano, y hasta que me he acostado me han estado importunando los que Dios os guarde (1). Creemos en la tregua que hoy mismo debe concluirse (2). En cuanto á mí, me hallo con los de la liga de Santo Tomas (3): esta mañana comenzaré á hablar con los obispos.

«Además de la escolta que ayer os mandé, os envio cincuenta arcabuceros que bien merecen la coraza (4). Cuento veros mañana, y por lo tanto me abstengo de ser mas largo. Para el domingo (5) me toca dar los *saltos peligro-*

(1) Es como si dijera: por personas de quienes Dios os guarde.

(2) En Paris debia firmarse una tregua.

(3) Me hallo con los de la liga de Santo Tomas, quiere decir: estoy en relaciones con los de la liga de Santo Tomas del Louvre. Eran los mas encarnizados en contra de Enrique IV, hasta el punto de exigirle condiciones que Roma no le habia impuesto. Despues que hubo hablado con varios sacerdotes, debia Enrique avistarse al dia siguiente con los obispos, á quienes se prometia encontrar menos exigentes. Este pasaje y muchos de la carta son de inteligencia bastante oscura.

(4) Esto es, soldados de á caballo armados con coraza. La duquesa debía salir de Mantes y trasladarse al campamento cerca de Paris.

(5) El domingo 25 de julio de 1595 festividad de Santiago, pa-

sos (1). A la hora en que os escribo tengo cien importunos colgados á la espalda, los cuales acabarán por hacerme aborrecer (2) á San Dionisio, como vos á Mantes (3). Buenos dias. Hoy 23 de julio.»

Esto dice la carta, que nada prueba si se compara con la que mas tarde dirigió el rey al Santo Padre (4).

En esta carta, el cristiano sumiso se humilla ante el jefe del catolicismo. Nunca se elogiará bastante este documento, sino es diciendo que parece remitido en proyecto por de O-sat desde Roma misma.

Clemente VIII conocia de antemano, sin que por esto la aprobara, la conducta que debian seguir el arzobispo y obispos reunidos en San Dionisio, los cuales no titubearon por lo mismo en dar cuenta de ella al Santo Padre.

Su carta se halla concebida en estos términos:

« Santísimo Padre :

« *Post humillima beatorum pedum oscula.* » Despues de besar humildemente los piés de Vuestra Beatitud.

« Nos, el arzobispo, obispos y eclesiásticos, unidos á vos por los vínculos de nuestro zelo y ternura, que hemos trabajado en

tron de España; lo cual dió origen á que circulara la voz de que esto era un augurio de paz.

(1) Habian circulado varios rumores siniestros que afligian sobre manera al buen rey: decíase que como retrocediera, se levantarían contra él los puñales de 1572; y que si proseguia adelante, darian cuenta de él los puñales genoveses. Si estos rumores eran fundados, la situacion del rey era bien peligrosa.

(2) Otras veces se ha impreso, *que me hacen*. En el original dice, *que me harán*, equivalente al condicional *que me harían*.

(3) Esto no pasa de ser una pulla del rey. Gabriela, duquesa de Beaufort, acostumbraba á decir que aborrecia á Mantes, poblacion distante del campamento del rey.

(4) Para dar á conocer á fondo los sentimientos de Enrique IV, sus angustias entre los católicos y los protestantes, y finalmente la preferencia que dió á los católicos, citaré un pasaje de las *Memorias de Sully*. Léese en el tomo 1.º página 17: « El reyde Navarra se hallaba dificultado en gran manera para conciliar tantas exigencias y caprichos diversos; y algunas veces se le escapó decir, que, á su parecer, estaba mas obligado con los católicos que con los hugonotes, por la razon de que estos últimos le servian para defender los intereses de sus personas y religion, mientras que los católicos le auxiliaban, interesándose en en su grandeza y fortuna, aun con perjuicio de sus creencias religiosas. »

el acta concerniente á Enrique nuestro rey, cuando ha ingresado en la santa Iglesia católica romana, os rogamos no veis en esta acta, dictada por la urgencia imperiosa del estado de nuestros negocios, cosa alguna que os induzca á creer que con temeridad y arrogancia hayamos delinquido por presunción ó usurpacion. Vuestra Santidad juzgará y se convencerá ampliamente de que todas las determinaciones y providencias han sido adoptadas sin herir en lo mas mínimo á la Santa Sede y al respeto debido á Vuestra Santidad. Muy pronto uno de nosotros pasará junto á Vuestra Santidad, con encargo de exponer y dar explicaciones ámplias de cuanto se ha practicado. Sin embargo, suplicamos encarecidamente á Vuestra Santidad, se sirva considerarnos como á unos hijos de la Iglesia, llenos de afecto y veneracion por Vuestra Santidad. Dios todopoderoso conserve muchos años á Vuestra Santidad en su Iglesia. Dado en san Dionisio el dia 8 de los idus de agosto (6 de agosto) de 1593.»

Esta carta estaba firmada por el cardenal Carlos de Borbon, un arzobispo, siete obispos, y once abades y doctores; total veinte firmas.

La tregua de que antes hemos hablado ordenaba la suspension de hostilidades; sin embargo, los españoles y los de la Liga quisieron impedir que el pueblo saliera de Paris y se trasladara á San Dionisio, á pesar de cuya prohibicion, un gran número de menestrales ablandaron la guardia con sus súplicas y respetuoso proceder, y vióse llegar á un gran número de parisienses que victoreaban al rey á su paso. Sully, en el tomo I, página 115, de su antes citada obra, dá sobre este particular los siguientes detalles:

« No os fatigaremos con la relacion de las magníficas ceremonias que tuvieron lugar cuando la profesion del rey en la religion católica, y las particularidades de las pompas y otras bagatelas y mímicas que dejamos para los historiadores.»

En la página 119, dice :

« Finalmente acordóse una tregua que debia durar tres meses, y desde el dia siguiente llegó á San Dionisio tal muchedumbre de gente, de nobles y otras personas de distincion de la Liga, que casi no se podia circular por las calles. Extraños

sino increíbles parecían á aquella multitud los rumores que sobre la conversion del rey se hacian correr, de suerte que todos buscaban un rincon en la iglesia y en las calles de la carrera donde le pudieran ver durante la misa, ó al tiempo de pasar. Al verle fué casi unánime el grito de « viva el rey! » Las mujeres en particular lloraban de júbilo y exclamaban : «Cólmele Dios de bendiciones, y quiera que venga á hacer lo mismo en nuestra iglesia de Nuestra Señora. » Victoreábanle por todas partes, y se hacian vetos por su prosperidad y por la conservacion de sus dias. En vista de esto, vos que íbais delante del rey (adviértase que los secretarios hablan á Rosny) os parásteis y le digísteis : «¿Qué os parece, señor, ese pueblo, que, segun se ha dicho, no queria concederos el título de rey ? ¿ No veis ahora cuán distante estaba de ello, puesto que tan libremente os lo ha otorgado con aclamaciones públicas, bendiciones y lágrimas de placer ? » Mientras esto decia, sus ojos tambien las vertian de puro contento. Los parisienses siguieron afluyendo á San Dionisio, en tanto que el rey permaneció en esta poblacion.

Como de Ossat participara todos estos hechos al papa Clemente VIII, entablóse otra negociacion mas importante que la primera. Aquel hizo presente que la reduccion de Paris se hacia ya mas fácil y probable ; que los obispos franceses parecian haber hecho un servicio al reino y al rey, sin ofender al Papa su soberano y señor, por la absolucion. Al mismo tiempo España se mostraba contraria con sus negativas, y su embajador las apoyaba con mucha energía.

Clemente no se negaba á dar audiencia á de Ossat, á quien los italianos apreciaban particularmente, por lo *ricco di partiti*, por lo fecundo que era en expedientes, segun ellos mismos decian. La negociacion hacia algunos meses que duraba.

No obstante, Paris habia reconocido al rey de Francia. El 22 de marzo era un dia de fiesta para casi todo el reino, y á causa de una singular disposicion de los ánimos, el consejo del rey no se mostraba ya tan tenaz en la demanda que hacia tanto tiempo habia presentado á Roma. Algunos ministros habian emitido un dictámen peligroso al decir : « ¡ Temporice-mos ! España puede mucho en el Vaticano : esperemos á que otro reine en Roma. »

El sacro colegio tuvo conocimiento de esta opinion. De Ossat creyó que debia combatirla, y hasta tuvo la audacia de escribir al rey en 23 de diciembre del mismo año. Hé aquí en resúmen el contenido del despacho.

Empieza por abundar en las ideas de los que pensaban en la muerte eventual del Papa, declarando en seguida que tan larga espera no es útil ni ventajosa á los intereses del rey.

« En el actual estado de cosas, decia, este papa podria muy bien morir, en cuyo caso opino que V. M. perdería, y que ningun otro pontífice despacharia tan pronto y favorablemente vuestros asuntos. Este papa se ha valido ya de cuantas larguezas, gracias, desprecios y rigores ha podido, satisfaciendo con esto, no solo á su dignidad y á la majestad de la Santa Sede, sino tambien una necesidad de su corazon y aun su ambicion tan detestada de los españoles; de suerte que, sea cual fuere su conducta en lo venidero, estos no podrán quejarse de él, y con mas justicia y atrevimiento podrá hacer lo que le toca, ya, que segun parece, reconociendo Su Santidad haber hecho demasiado, teme ahora, recela y hace cuanto puede para modificar y excusar ciertas cosas pasadas. Así es que de antemano se halla dispuesto y como *cultivado* por las gestiones que se han hecho en favor de vuestra expedicion, como tambien por el informe que se le ha pasado acerca de lo que puede hacer ó dejar de hacer por V. M., y tengo para mí que viendo, que no le queda otro recurso que acceder, va á preparar á los cardenales en sentido favorable á dicha expedicion, en cuanto supo que V. M. no queria enviarle á M. Per-ron.

« Si el Papa llegara á morir, bien que las prosperidades de V. M. y el vivo interés de la Santa Sede sean siempre suficientes para llevar á cabo este asunto (1), podria tardar algun tiempo en realizarse, á causa del que se emplearia en nombrarle sucesor, y porque la eleccion podria muy bien recaer en alguno de sus enemigos, como los españoles que son muy poderosos, y que harian cuantos esfuerzos estuvieran en su mano

(1) ¡ Cuánta gracia é inocente lisonja! ¡ Cuán profundo conocimiento de lo que debe evitar el bando opuesto!

para conseguirlo, y por último, sea cual fuere el nuevo papa, nunca sería condecorado tan experimentado de los artificios de los españoles y de los de la Liga como el actual. Por otra parte, como todas las gestiones que hasta aquí se han hecho, fueran tiempo perdido y de nada servirían con un nuevo papa, el cual por no haber usado aun de gracia ni de rigor con V. M., no se cuidaría más que de recordar lo pasado, ni tuviera tantas ocasiones ni diligencia en despachar los asuntos, sino que aun los consideraría de gravedad, y trataría el nuestro con pausa y cautela, á fin de aparentar mucho zelo por la religion y la dignidad de la Santa Sede. Es de creer que no habiendo dado por su parte ninguna satisfaccion al rey de España, esperaría aun algun tiempo para dar alguna muestra de respeto á S. M. Católica y *Omnipotente*, hasta que habiéndose V. M. Cristianísima reconciliado con la Santa Sede, y con su fortaleza y fortuna reducido á ese coloso, haciendo que los ojos y las esperanzas de aquella corte se vuelvan á la Francia, como en otro tiempo, de la que España ha recibido siempre el más firme apoyo para su prosperidad. Con esta, señor, etc. Roma y viernes 23 de diciembre de 1594.»

La correspondencia seguía sin interrupcion entre el rey y de Ossat. Este no cesaba de ver al cardenal Aldobrandini, sobrino del Papa, y hombre tan distinguido por su talento, que á los 24 años de edad ya merecía toda la confianza de su tío. Habiendo de Ossat pedido permiso á Clemente VIII para hacer una reseña general del estado de los negocios á ese sobrino, el Papa le respondió: «Decídselo todo, sin omitir lo que hemos contestado en nuestra audiencia.» Esto proporcionaba al ministro francés una ocasion para repetir y apoyar lo que habia dicho una vez, y recogía respuestas que en sustancia eran las mismas, pero que á menudo dejaban entrever ciertas reticencias y omisiones, de que el negociador francés podía aprovecharse.

El cardenal Delfino, embajador de Venecia en Roma, en 1596, 1597 y 1598, hablaba del cardenal Aldobrandini en estos términos: «Su natural es noble, amable y gracioso en extremo.» Era además muy hábil, y de toda confianza (1).

(1) Advértase, dice Comines, que los grandes hombres empiezan á

Una cosa habia no obstante con la que no podia contar Aldobrandini á pesar de su elegancia, ni de Ossat á pesar de su zelo. Clemente expresaba en términos mesurados y paternales su opinion acerca de la absolucion pronunciada en Paris; Aldobrandini con las formas de la mas exquisita finura, explicaba las consecuencias de este acto del obispado francés. El Papa no debia hacer caso alguno de la absolucion dada por los obispos de Francia (1), los que, segun los derechos de Roma, no estaban autorizados para revocar, moderar ni interpretar los juicios y censuras de la Santa Sede. En Roma se decia que ese proceso no tenia ejemplar, pues en una sola mañana se habian reunido las piezas de la instruccion, la conversion, la satisfaccion (2), la penitencia y la absolucion. Hé aquí, porque el Papa y Aldobrandini no dieron contestacion á lo que de Ossat, buen servidor y francés algun tanto exigente, decia del catolicismo del rey y del incontrastable propósito en que estaba de morir en la religion católica, apostólica y romana (3).

serlo desde muy jóvenes.

*Scilicet ingenium et rerum prudentia velox
Ante pilos venit, dicenda tacendaque calles.*

(Perio, sát. 4).

« El talento, la prudencia, precoz en las empresas, y el discernimiento para saber lo qué conviene decir y callar, aparecen antes que la barba ».

(1) Amelot de la Houssaye, Cartas de Ossat, XI, p. 353.

(2) Hemos mencionado el símbolo del *Credo* prescrito por el concilio de Trento. Como Rosny nos ha dejado la profesion de fe pronunciada por Enrique IV, en San Dionisio, el año 1595, ante el arzobispo de Bourges y otros prelados, he podido comparar ambos documentos, y hé aquí sus principales diferencias:

Enrique IV dice: « *Yo profeso un bautismo;* » el concilio dice: « *un solo bautismo.* » Enrique IV dice: « *La futura resurreccion;* » el concilio dice: « *La resurreccion.* » Enrique IV dice: « *Apruebo lo que se ha decidido por los santos cánones y concilios generales.* » Ninguna mención se hace del concilio de Trento. Se ve, pues, que la profesion de fe del rey no podia satisfacer á Roma, que, con razon, queria que se hiciera mención de dicho concilio.

(3) Sea de esta absolucion lo que se quiera, añade Amelot de la

Sin embargo, el auditor de la Rota, llamado Serafin, hombre hábil y esforzado (1), dijo un día en tono bastante brusco al Papa: Nuestro muy Santo Padre, permitid que os diga que Clemente VII perdió la Inglaterra por haber querido complacer á Carlos V, y que Clemente VIII perderá la Francia si persiste en querer complacer á Felipe II.»

Esto no era del todo exacto, y dejando aparte la indecision de Carlos V, la Inglaterra estaba destinada á recibir el yugo de Calvino; además que ya llevamos dicho lo que Clemente VII habia hecho para conjurar esta desgracia. Aquellas palabras de monseñor Serafin impresionaron profundamente el espíritu de Su Santidad.

Prevenido de este incidente, de Ossat insistió con mayor empeño, fué mas bien recibido y escribió al rey:

«Por mi carta de ayer, V. M. habrá visto que el Papa ha querido, de suyo, disipar los escrúpulos y temores que á su entender abrigabais; y confesando ingénuamente que su voluntad seria poner de acuerdo á V. M. con el rey de España y los restos de la Liga, ha declarado al propio tiempo que esto no se haria por via de exhortacion y recomendacion, que V. M. podria obrar como mejor le pareciese, y que Su Santidad no dejaria de pasar por alto lo que un buen Papa deberia hacer. A lo que él ha dicho acerca de esto, añado lo siguiente respecto á otras cosas que los españoles podrán hacer ó decir en la negociacion de que se trata: Su Santidad no puede ignorar

Houssaye, comentador de las cartas de Ossat, Pablo Piasieski, obispo polaco, declaró en su *Historia*, que, cuando esta primera absolucion, el rey Enrique IV dió un ejemplo de penitencia comparable á la que hizo Teodosio en presencia de san Ambrosio: «*Rarum pœnitentis exemplum posteris non minus quam Theodosii a sancto Ambrosio reprehensi memorandum.*» Si, fué un acto notable de penitencia, que habia de haber sido tomado en alta consideracion por Roma, pero como no fué una absolucion regular, no importan las formas de sumision y reserva que la acompañaran.

(1) Serafin Olivier nació en Lyon y fué educado en Bolonia, patria de su madre. Pertenecia á la familia Olivier que tantos cancilleres ha dado á Francia. San Pio V le nombró auditor de la Rota por recomendacion de Carlos IX, y por antonomasia le llamaban el *oráculo de la jurisprudencia*. Su conversacion era libre y festiva, gustando mucho sus bromas ingeniosas.

los intereses propios y particulares que mueven al rey de España: que el Papa se ama mas á sí mismo y á la Santa Sede que á cualquier otro príncipe ó Estado, y que para servir á la codicia agena no querrá arruinarse á sí y á sus sucesores. Se me hace por cierto muy extraño que habiendo visto Su Santidad que el expresado rey de España, que nada tiene en Francia, que ha querido invadirla con sus armas, su política, y bajo el nombre de su infanta, se me hace extraño, digo, que Su Santidad, á quien se brinda (1) con ese reino para gobernarlo, se niegue á la reintegracion de su autoridad en él, temeroso de disgustar á quien ningun legítimo interés tiene en el mismo.»

M. de Villeroy escribió á de Ossat que el consejo real habia concebido alguna desconfianza. De Ossat contesta que nada le place tanto como tomar las cosas por el lado feo (2), y no confiar nada á la fortuna mientras alcance la prudencia; luego combate esa desconfianza, que no debe ser mas que momentánea y de circunstancias. Combátela con un cúmulo de razones mas lucidas y convincentes las unas que las otras, sacadas todas del conocimiento que tenia de los negocios, de las necesidades de Roma, y sobre todo de las preguntas católicas que con respecto al Turco habia de dirigir á la Francia, y que se habian tenido que suspender hasta llegar á una perfecta reconciliacion.

La desconfianza del consejo de Paris dimanaba de haber querido persuadir al rey de que se le obligaria á concesiones humillantes y bochornosas.

Con referencia á esto, de Ossat se expresa en estos términos en una carta dirigida al rey: «Digo al Papa que os han ase-

(1) Nos hemos guardado bien de cambiar nada al estilo de Ossat. El giro de su frase estaria en desuso aplicado á nuestras obras modernas.

(2) Hé aquí una excelente nota de Amelot de la Houssaye, que todo hombre de estado debiera leer á menudo: «La desconfianza continua es un gran defecto en el hombre privado, porque le hace incómodo é intratable á sus iguales. Será al contrario, laudable y provechosa en el que maneja los asuntos públicos, porque los particulares que tratan con él estudian para engañarle y lograr sus fines. En materia de negociaciones, es de todo punto útil creer que tratamos con personas mal intencionadas y mas hábiles que nosotros mismos. Este es el medio para no ser nunca engañado, ó de serlo muy pocas veces.

gurado que él queria obligar á V. M. á tomar una rehabilitacion; que por respeto á vuestra propia persona, no os opondríais á recibir absolucion y rehabilitacion, y mucho mas si hubiera alguna cosa superior á esto; pero que la dignidad del rey de Francia, que vos reasumis en vuestra persona y que os ha sido concedida por la ley sálica, sin tomarla de ninguno de vuestros predecesores (1), asi como la preeminencia de esa corona y la voz y el consentimiento universal de toda la Francia, tienen reparo en la aplicacion de ese remedio, y buscan algun otro expediente.»

Esto es lo que de Ossat debia buscar y lo que halló, porque el rey, á fuer de sábio y perspicaz, dejó obrar al hombre *ricco di partiti*.

Verdad es que trataba con dos hombres de singular probidad en los negocios, y no desmintieron en toda su vida esta buena reputacion. M. de Bethune, hermano de Rosny, y mas tarde embajador en Roma, escribia con referencia á Clemente VIII y á su sobrino Aldobrandini, en el mismo sentido que el ministro veneciano Delfino:

«Desde que estoy aquí (en Roma) nunca se ha desmentido la palabra del Papa ni de su sobrino el cardenal; no son hombres de dos palabras, ni puedo decir que lo que ellos me han dado por cierto, haya salido falso. Los dos son muy prudentes y amantes de la verdad.»

¡Loor al soberano que durante todo su reinado se hace acreedor á tales alabanzas, y al pariente que con tanta nobleza secunda las intenciones del que tanta confianza habia depositado en él! ¿Por qué los servicios que alguna vez pueden esperarse del nepotismo no han sido siempre tan dignamente interpretados?

Jacobo Davy de Perron, lector de Enrique III, nació el 25 de noviembre de 1556, en el seno de la religion protestante. Su

(1) La Houssaye apoya en estos términos las razones de Ossat: «En Francia el rey no es heredero de su padre, sino de la corona, cuya sucesion le pertenece desde que nace, por derecho de primogenitura, llamado por los jurisconsultos *jus instantaneum et momentaneum*, como queriendo decir que el derecho se adquiere en un instante y no con el trascurso del tiempo, y que no está sujeto al poder paternal.

padre se llamaba Julian Davy, y ejercia las funciones de ministro. Jacobo se mostró desde los primeros años dotado de las mas felices disposiciones (1). Poseia el gérmen de todos los talentos, que desarrollaron una buena educacion y la aficion al estudio. Su memoria era prodigiosa; sus progresos sorprendentes en todos los ramos, sobre todo en la dialéctica, ciencia en aquel entonces muy solicitada. Su genio era dúctil y divertido, y se grangeó un gran número de protectores. Llamado por su fortuna á la corte, renunció acto continuo al protestantismo y fué uno de los mas zelosos defensores de la religion católica. Tenia solo veinte años (1576) y daba ya lecciones públicas en la sala de los agustinos, sobre filosofia paripatética y matemáticas, y salia vencedor en todas las disputas con los autores protestantes que se atrevian á atacarle.

Después de la muerte de Enrique III, pasó al servicio del cardenal de Borbon (Carlos). Entonces fué cuando Perron formó el tercer partido en favor del cardenal, y le hizo dar ese nombre de *Carolus decimus*, que después se ha llevado de una manera mas honrosa. El obispo llamado de Evreux habia tomado una parte muy activa en la conversion, y el dia de la absolucion del rey, celebrada en San Dionisio, estaba al lado de ese príncipe, triunfante por haberle vuelto al pié del altar. Durante la tregua de que hablamos en la página 51, Perron alcanzó una nueva victoria en la asamblea de Mantes, el dia 7 de diciembre; en la discusion habia aterrado á catorce ministros, entre otros los famosos Berau y Rotan (2).

A eso del mes de abril de 1595, Enrique IV condecoró á Perron con el título de consejero de Estado y primer limosnero, á fin de poderle enviar á Roma: la proteccion de Rosny y de Bellegarde le facilitó este honor. De Ossat que al principio habia emprendido solo esta importante negociacion, supo llevarla con tanta habilidad, que cuando llegó Perron, el nuevo ministro no tuvo mas que recojer los frutos que él habia sembrado.

(1) Vida del cardenal de Ossat, por la señora de Franconville, 2 tomos en 8.º; Paris, 1771, tomo I, pág. 593.

(2) Vida del cardenal de Ossat, 1771, t. I., p. 373.

Despues de varias gestiones de conciliacion aprobadas por el Papa, de Perron y de Ossat, en 30 de julio, presentaron la siguiente solicitud á Su Santidad.

«Santísimo Padre :

«Exponen á Vuestra Santidad, de parte de Enrique IV, rey de Francia y de Navarra; y en nombre de su majestad, Jacobo Davy, señor de Perron, su consejero en el Consejo de Estado y su primer limosnero, y Arnaldo de Ossat, dean de Varen, diócesis de Rhodes, procuradores de Su Majestad, á propósito delegados, que habiendo querido Dios tocar, de algunos años á esta parte el corazon del nombrado señor rey, é inspirarle que se uniera á la Iglesia católica, apostólica romana, hizo cuanto estuvo á su alcance para ser recibido é incorporado en ella por autorizacion de esta Santa Sede; á cuyo efecto, ya en tiempo de Sixto V, envió al señor de Luxemburgo á Roma. Habiéndose despues enterado, en diez y ocho meses de los puntos contenciosos entre los católicos y los herejes, mandó á Roma, al principio de vuestro pontificado, al señor cardenal de Gondi, y despues al marqués de Pisany, encargados de suplicar á Vuestra Santidad determinara las formas y los medios á que en su conversion debia ceñirse, á fin de que todo fuera con el beneplácito y la autorizacion de Vuestra Beatitud, y no se omitiera nada que estimara conveniente. Pero Vuestra Santidad no hubo de considerarle digno de sus mandatos, y él, viéndose de continuo en peligro de muerte, ya por las hazañas con que ilustra cada dia su nombre en la guerra, ya por las frecuentes conspiraciones y emboscadas que se forman contra su persona (1), se vió en la dura necesidad de dirigirse á los prelados de Francia para realizar su piadosa y santa aspiracion (2). Bastantemente instruido por estos prelados y varios doctores en teología, en la fe católica y

(1) Clemente VIII, de corazón bueno, tierno y compasivo, hablaba con dolor de las tentativas de asesinato de que era objeto Enrique IV.

(2) Es sabido que de Perron habia sido uno de estos prelados

apostólica romana, hizo las sumisiones en tales casos prescritas y requeridas; la abjuracion de sus pasados errores, la profesion de fe que quiere guardar y observar de un modo inviolable, recibiendo de uno de los referidos prelados, y con la asistencia y los consejos de otros, la absolucion de las censuras y excomuniones incurridas por él á causa de los sobredichos errores. Pero no contentos con esto, los mismos prelados se remitieron á Vuestra Santidad, pontífice, pastor y cabeza de la Iglesia, para suplicarle se dignara abonar su proceder en aquel caso de urgentísima necesidad. Deseoso el rey de satisfacer sin tardanza los deseos y las indicaciones emitidas por estos prelados, y no pudiendo ir en persona á ver á Vuestra Santidad, á quien él reconoce como soberano y pastor de la Iglesia, delegó al señor duque de Nevers, acompañado del obispo de Mans y otros prelados, encargándole suplicara á Vuestra Santidad que le concediera aquello que, en su juicio, pudiera convenirle. Como quiera, dicho señor duque no pudo traer ninguno de los consuelos que Su Majestad aguardaba de este viaje, no por eso dejo de confiar en la bondad paternal de Vuestra Santidad, y acude de nuevo á los piés de Vuestra Beatitud, suplicándole humildemente por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo, que tengais á bien conceder vuestra absolucion soberana y santa bendicion á las censuras por él incurridas y contra él formuladas, á causa de los consabidos errores, para seguridad y sosiego de su alma, en bien de todo su reino, y para la reconciliacion y union de éste con la Santa Sede, sometiéndose Su Majestad á los mandamientos de Vuestra Beatitud y de la santa madre la Iglesia, en la forma en tales casos requerida, y suplicándoos dichos procuradores tengais á bien considerar que, el divorcio que de siete años acá hay entre esta Santa Sede y aquella corona, ha puesto en gran confusion y peligro las cosas de la religion, del orden eclesiástico, y en evidente ruina á la Francia, por la cesacion de muchos obispos, abadías y parroquias, por los *diarios atentados de que es blanco el poder espiritual de parte de los magistrados y tribunales seculares*, por las heregías, el ateismo, la barbárie y el paganismo que de dia en dia van apoderándose de los pueblos destituidos de pastores y privados de toda cura y direccion espiritual, y

por el horrible cisma que penetra por todas partes en Francia, con gravísimo peligro y exposicion casi cierta de condenarse millones y millones de almas que en este siglo y en los venideros pertenecerán á dicho reino; consideraciones todas que deben mover á compasion, no solo á un padre piadoso, generoso y vicario de Jesucristo, que con su preciosísima sangre ha rescatado su rebaño, sino á toda persona por poco inspirada que esté de sentimientos cristianos. Si se considera bien, el único remedio para atajar tan grande ruina de la religion católica y la perdicion de tantas almas, es la absolucion que se pide, y la reconciliacion y reunion de la corona muy cristiana con la Santa Sede apostólica, á la que debe seguir necesariamente la rehabilitacion de la autoridad de Vuestra Beatitud en aquel reino, la provision de iglesias, la ordenacion de curas y curatos, la devolucion de los bienes eclesiásticos, la restauracion del servicio divino, de la religion, del órden y disciplina eclesiástica, y por fin, la desaparicion de infinitos desórdenes, abusos y maldades. El resultado de esa reconciliacion será el acrecentamiento de grandeza, poder y gloria para la Santa Sede, facultad y medios con que apaciguar á los príncipes cristianos (1) y llenar los altos y saludables deberes de papa (2) en pro de toda la cristiandad, y en todos tiempos y ocasiones recibir de la Francia los mas grandes socorros, tanto temporales como espirituales, que jamás haya recibido la Santa Sede de aquel cristianísimo y devotísimo reino.

«Roma, 3 de las calendas de agosto (30 de julio) 1595.»

Siguióse la negociacion durante todo el mes de agosto.

En un despacho del 30 de aquel mismo mes, dirigido á Villeroy por de Ossat, leemos lo siguiente:

«Su Santidad convocó el miercoles 2 de agosto á todos los cardenales en congregacion general, proponiéndoles el consabido asunto. Expúsoles lo que desde el principio de su pontificado habia ocurrido, y dijo que, en vista de la inutilidad de sus

(1) Este es uno de los argumentos mas poderosos para el papa Clemente.

(2) Expresion magnífica de estilo y habilidad política. Estas palabras son dignas de Enrique IV.

figores , puesto que el rey seguia prosperando y consolidándose en el poder , á pesar de todos sus esfuerzos , habia dado á entender al cardenal de Gondi que recibiria á un nuevo enviado , en vista de lo cual el rey delegó á de Perron , portador de las cartas de S. M. , una de ellas autógrafa , recibiendo de este modo la peticion por escrito ; *que era el negocio mas grande de que se hubiese ocupado la Santa Sede desde muchos siglos hacia ; que les rogaba , exhortaba y conjuraba á que lo pensasen con madurez y prescindieran de intereses y pasiones humanas , para no pensar mas que en el honor de la Iglesia y la conservacion y engrandecimiento de la religion católica , y en el bien comun de la cristiandad ; que tuviesen presente que no se trataba de un particular fallo de accion , sino de un príncipe poderosísimo que tiene á sus órdenes varios pueblos y aguerridos ejércitos , y que no debia atenderse tanto á su persona como al pueblo que le seguia y dependia de él , ni mostrarse tan severos en la absolucion de las censuras como en la absolucion de los pecados . Por último , el Papa añadió que , dentro de cuatro ó cinco dias , haria llamar uno por uno á los cardenales , segun su órden y categoría , para saber el dictámen de cada uno en particular , y que por consiguiente se preparasen . Dicho esto hizo leer á la asamblea las dos cartas del rey y la solicitud manuscrita que le habíamos presentado (1). »*

Un analista de aquella época (Amelot repite este hecho, *Cartas de Ossat*, I, p. 563) pretende que el Papa pronunció en aquella ocasion las palabras de Nestor , con motivo de la division de Agamemnon y Aquiles(2) y que en seguida exclamó: ¡Cuánto no se alegrarán los herejes de la discordia que reina entre

(1) *Cartas de Ossat*, t. I, p. 562.

(2) Es sabido que Clemente VIII se distinguia por sus talentos literarios. Hé aqui los versos de Homero que recordó el Santo Padre: son del primer canto de la *Iliada*, ver. 254-257:

« O dioses, la tristeza invade la tierra de Achaia: no hay duda que Priamo y los hijos de Priamo se alegrarán, y que el corazon de los demás troyanos palpitará de placer, si llegan á ver las disensiones que reinan entre vosotros. »

Priamo, sus hijos y los troyanos, segun Clemente VIII, son los protestantes separados de la Iglesia; admitimos que Felipe II sea otro Agamemnon, en tal caso Enrique IV podria ser Aquiles.

el padre y el primogénito de la Iglesia! ¡Qué dirán cuando vean que la Iglesia, en vez de conservar la paz, fomenta discordias contra sus mismos intereses!

Pero oigamos á de Ossat :

« El lunes próximo , 7 de agosto, el Papa empezó á oír la opinion de los señores cardenales , á quienes por sus muchas ocupaciones no pudo acabar de escuchar hasta el miércoles 23 del mismo mes. Las tres cuartas partes estuvieron por la absolucion. En los ocho días que han trascurrido desde que el Papa hubo oído los dictámenes expresados , hemos procurado arreglar las condiciones de la futura absolucion , quedando acordados sobre el particular. Nosotros les hemos dicho y repetido por escrito lo que podíamos concederles , sin reservarnos , ni añadir nada; y al parecer querrán otras cosas , dado caso que nada mas obtengan de nosotros (1) , y no dejarán de continuar la expedicion del asunto , como así lo suplicamos á nuestro Santísimo Padre en la tercera audiencia que nos dió Su Santidad el lunes 28 de este mes , haciendo á su propia persona la susodicha declaracion (2) de no poder añadir otra cosa á las condiciones antes acordadas por nosotros (3) .

Así es que en el día de hoy (30 de agosto) Su Santidad ha reunido el consistorio, y en él ha declarado á los cardenales, que habiendo recogido sus votos , vé que casi todos están en sentido favorable á la absolucion , y que por consiguiente estaba resuelto á darla , para lo cual habia concertado con los procuradores las mas importantes y principales condiciones, añadiendo que procuraria obtener mas si pudiese , y que lo que no pudiera alcanzarse ahora , veria de obtenerlo despues por medio de un legado que él le enviaria , de nuncios que tendria cerca del rey , y de embajadores que S. M. enviaria y tendria en este reino. Ahora , falta que firmemos las sobredichas con-

(1) Aquí se trata de los cardenales contrarios que siempre querian dictar condiciones nuevas, y particularmente del cardenal Santorio, ó San Severino, amigo ardiente de España.

(2) Hay que observar que de Ossat ya no escribe solo, y que de Perron emite tambien su opinion, algo menos benévola para Roma en toda este asunto.

(3) La palabra *acordadas* debe ser de Perron y tal vez se debe á Rosny, protector de este último.

diciones y promesas concertadas y convenidas, y que Su Santidad dé y promulgue el decreto de la absolución.

« No obstante, se están ocupando actualmente en fijar la forma de la abjuración y profesión de fe, que tendremos que hacer en nombre del rey, y la forma de la bula de absolución, de la cual se nos pasará copia y quedará convenido antes de pasar adelante. Hecho esto, Su Santidad fijará el día en que deba celebrarse públicamente la solemnidad de dicha abjuración y profesión de fe, y de la absolución que se dará, cómo y cuando y del mismo tenor; esperando confiadamente que será el día de la Natividad de la Virgen, 8 del mes próximo (1), día en que dicha bula será firmada y sellada con plomo, para ser presentada al rey y promulgada en Francia y por toda la cristiandad.

« No os particularizaré aquí las expresadas condiciones ni las negociaciones que se han hecho á causa de la inseguridad de los caminos por que ha de pasar el correo ordinario de Lion, portador de la presente, remitiéndome para mas amplios detalles á cuando despachemos correo extraordinario. No obstante, podeis creer y asegurar al rey, que no hemos traspasado ni traspasaremos los límites de nuestro poder, y que todo se ha hecho y hará en lo sucesivo cual cumple á la dignidad de S. M. y de su cristianísima corona; así como tampoco hemos pensado nunca negar nada que pudiera redundar en bien de la Santa Sede y del que la ocupa.

« Hé aquí, monseñor, el estado actual de nuestro negocio. Respecto de lo venidero, creo que no faltarán aquellas intrigas y manejos que los españoles, y otros enemigos del rey y de la Francia, han puesto siempre en juego de diferentes maneras.

« El embajador de España, duque de Sessa, ha insistido siempre en que el rey es impenitente y en que no debe absolversele, valiéndose de agentes secretos para hacer que bajo ningún concepto se dé la absolución, y que si se ha de dar, sea lo mas tarde posible. Unos procuraban ponderar las condiciones de la absolución, so pretexto de afianzar la religión

(1) La absolución no tuvo lugar hasta el 17 de setiembre.

católica en Francia y la dignidad de la Santa Sede; otros presentaban demandas que jamás podían ver atendidas. No obstante, contra su conciencia, aseguraban al Papa que el rey necesitaba tanto de la absolución para sus fines ó intereses temporales, que por poco tenaz que fuese Su Santidad y no se dejase intimidar por lo que él había dado en llamar cisma, se sometería á todas las condiciones que le impusiera para obtenerla. Viendo otros la fuerza de la necesidad y el conocimiento que el Papa puede tener sobre lo que es posible obtenerse ó dejar de obtenerse, servían al embajador español de otra manera, alegando que, por ciertas consideraciones, el Papa no debía dar la absolución en Roma, sino mandarla dar en Francia por un legado nombrado al efecto, confiando en encontrar medios para que el legado dejara pasar algún tiempo antes de partir, ó se prolongara mucho su viaje; pues opinaban que antes de llegar á Francia podían surgir grandes acontecimientos (1) que hiciesen que la absolución no llegase á darse jamás.

«Estas últimas suposiciones nos han dado mucho que hacer para defenderos; pero al fin hemos salido con la nuestra y obtenido que la absolución se dé en Roma, en los términos que acabo de expresar.

«Cuanto mas se han esforzado los espíritus malignos en impedir ó retardar un bien tan grande, tanto mas ha insistido nuestro Soberano Pontífice para que continuaran las preces públicas y privadas de las personas bondadosas, y él no ha cesado nunca de implorar la gracia del Espíritu Santo. Además de las funciones religiosas ordinarias, tan solemnes siempre en la ciudad de Roma, al rayar el alba del sábado 5 de este mes, fiesta de la Dedicación de Santa María de las Nieves, Su Santidad, descalzo y acompañado de algunos de sus servidores, fué desde su palacio de Monte Cavallo hasta Santa María Mayor (2), donde oró largo tiempo, y volviéndose des-

(1) Por ejemplo, la muerte de Enrique IV. Mas adelante se verá que esta hipótesis ocupará por mucho tiempo á los subalternos del gabinete de España, aun despues de la muerte de Enrique IV.

(2) Quiere decir Santa María la Mayor, una de las cuatro basílicas patriarcales mas hermosas de Roma, construída en 555, por Juan Pa-

pues tambien descalzo, llorando y cabizbajo á su morada, sin echar la bendicion ni mirar á nadie. El dia de la Asuncion de Nuestra Señora, el 15 de este mes, volvió á la misma hora y descalzo (1), como la otra vez hizo una larga oracion y celebró el santo sacrificio de la misa, asistido de los cardenales, permaneciendo mas de dos horas al concluir las indicadas ceremonias. No pasándose dia sin que hiciese alguna nueva demostracion de su devocion y piedad hácia Dios, en la audiencia que nos concedió el lunes 28 de este mes, nos dió una prueba evidentísima del cariño y paternal afeccion que profesa al rey y á la Francia, segun os será declarado á su debido tiempo y lugar.

«Despues de haber hablado de Su Santidad, no debo ni puedo pasar en silencio los favores que en todas ocasiones ha prestado al rey y á la Francia, ó por mejor decir, á la religion, á la cristiandad, y en particular á la Santa Sede, el cardenal Toledo, por los buenos consejos, instrucciones y el constante ánimo que ha dado por mucho tiempo á Su Santidad; de manera que puede decirse con toda verdad, que despues de Dios, que ha hecho prosperar al rey é inspirado al Papa, el expresado señor cardenal (2) ha hecho y podido mas con nuestro Santo Padre que los demás hombres reunidos, por la con-

trizi, romane, uno de los antepasados de la familia Patrici, y por el papa Liberio. El plan fué milagrosamente indicado á este Papa por una nevada que el 5 de agosto cubrió el monte Esquilino, por cuyo motivo se llamó iglesia *Sancta Maria ad Nives*, y *basilica Liberiana*. (Fea, 1821, t. II, p. 82). En el retablo del hermoso altar mayor de Nuestra Señora de la capilla Borghèse, que se admira en Santa Maria la Mayor, hay un bajo relieve de bronce dorado que representa el milagro de la nieve. El dia 5 de agosto, dia de la fiesta, se echan de lo alto de la capilla puñados de flores de jazmin-imitando la nieve flovida del cielo.

(1) Es de advertir que padecia de gota.

(2) Francisco Toledo, llamado por nuestros historiadores *Toletus*, *Tolet*, nació de una familia pobre é ignorante, el año 1552, en la ciudad de Córdoba, célebre por el nacimiento de los dos Sénecas. Estudió en la universidad de Salamanca; su catedrático de filosofia no le llamaba nunca sino *Mónstruo de talento*. (*Vida del cardenal de Ossat*, t. I, pág. 368). Su buena reputacion le valió á la edad de quince años una cátedra de filosofia, y entró mas tarde á estudiar con los jesuitas. Sus superiores le enviaron á Roma, como á un punto á propósito y digno

fianza que tiene en su doctrina, en su prudencia, integridad, y fidelidad.

«Es maravilloso, por no decir obra de Dios, que del seno de España, centro de las contradicciones que ha suscitado una obra tan santa y necesaria para la cristiandad, haya salido un personaje de tamaña autoridad, para procurar, solicitar, encaminar, avanzar y perfeccionar aquello que mas detestaban los españoles (1). No falta quien opina que irá delegado á Francia, y aun cuando así fuera, los asuntos irian mejor, pues siendo persona de grandes talentos, recto criterio é insigne

de sus talentos. Los papas san Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII le honraron con su aprecio y confianza. Los cuatro primeros le escogieron por su predicador, y los tres restantes le nombraron su teólogo ordinario. Recibió tambien el encargo de acompañar al cardenal Juan Francisco Comendon, en su legacion á Alemania. Es sabido que se trataba de formar con el emperador Maximiliano y Segismundo Augusto, rey de Polonia, una liga contra el turco. Toledo dió muestras de tan buen negociador como buen teólogo. En 1595, Clemente VIII recompensó sus servicios elevándole al cardenalato. M. de Thou hace observar que los jesuitas se oponian á esta eleccion. Es el primero de su órden que haya sido elevado á esa dignidad.

Amante de la justicia y de la verdad, el cardenal Toledo no secundó, aunque español, las miras ambiciosas del rey de España, y trabajó constantemente en la reconciliacion de Enrique IV con la Santa Sede. Toledo replicó un dia al duque de Sessa, que le decia: *Si fuerais tan buen español como sois buen teólogo, no opinariais por la absolucion de Enrique IV.*—*Y vos, si fueseis tan buen teólogo como sois buen embajador, opinariais como yo.*

Enrique IV se le mostró en todas ocasiones agradecido, y cuando recibió la noticia de su muerte, en 1596, dió muestras públicas de afliccion, honrando la memoria de tan grande hombre con solemnnes funciones, que mandó celebrar en Paris y en Roma.

El cardenal Toledo ha dejado varias obras de teología dignas de su reputacion; pero lo que mas prueba su profunda sabiduria, es el breve que Gregorio XIII le dirigió en 1584, nombrándole juez y censor de sus obras.

Véase la *Historia universal* de M. de Thou, y las *Cartas del cardenal de Ossat*, quien profesaba particular cariño al cardenal Toledo.

(1) M. de Thou dice que Enrique IV contaba este acontecimiento entre las prosperidades de su vida: *«Jam tum rex gloriabatur ac inter fatales sibi felicitates memorabat, quod ex gente adeo infesta, unum causæ suæ apud pontificem defensorem, ac assertorem habuisset.»* Historia, lib. 115. El rey se gloriaba y contaba entre las prosperidades de su vida, el haber encontrado en una nacion tan enemiga un defensor y un apoyo cerca del pontifice.

prudencia conocerá inmediatamente la razon, obrará con arreglo á ella, y pasará por alto ciertas fruslerías que para otro de menos capacidad fueran obstáculos y continuas dificultades. Por su calidad de español y de antiguo jesuita, algunos podrán pensar que querrá hacer algo para el rey de España y los jesuitas; pero á fuer de hombre de bien y de recto discurso, no traspasará los límites de las instrucciones que reciba, ni puede ilusionar ni forzar al rey ni á su consejo, ni aconsejará cosa alguna que no sea justa y plausible; de modo que otro enviado cualquiera, con las mismas instrucciones que el cardenal Toledo, de seguro no las desempeñaria con tanta discrecion y dignidad, no entraría tan pronto en la razon, ni diera un dictámen tan favorable de las cosas de ese reino, como él, que ya se ha grangeado en él muchas amistades por los buenos oficios que ha empleado en favor de la expedicion de este asunto.»

Damos á continuacion la carta dirigida por de Ossat á M. de Villeroy, anunciándole la terminacion del negocio de la absolucion.

« Monseñor.

« No tan pronto como se os ha dicho, sino esta mañana, el Papa ha dado la absolucion al rey, con la solemnidad posible y en medio del regocijo público. Os mandamos á Bautista Mancini, portador de esta nueva, encargándole que vaya por los caminos mas seguros, y que no se apresure tanto en llegar pronto, como en que efectúe el viaje con toda seguridad. Junto con las cartas, os entregará por duplicado los dos anteriores despachos, la copia de la solicitud escrita que presentamos á Su Santidad, los artículos acordados para obtener la absolucion, y los que no hemos querido aceptar. Si Mancini tarda en llegar, no le hagais ningun cargo por ello.

« Desde mis anteriores de 30 de agosto y 1.º de setiembre, no hemos cesado de trabajar para convenir en la forma de una demanda mas breve, conforme se deseaba del decreto de absolucion de nuestro Santo Padre y de la abjuracion y profesion de fe que hemos tenido que hacer esta mañana antes de

la absolucion. Finalmente todo ha quedado bien en pro de la dignidad de la corona cristianísima y de la paz tan necesaria á la Francia, afligida aun por las pasadas guerras civiles; tales son los fines que nos hemos propuesto durante esta negociacion, despues del honor y la gloria de Dios.

« Ahora falta poner en debida forma las actas y expedir la bula de la absolucion, en lo cual trabajaremos sin descanso, á fin de que el rey lo reciba todo lo mas pronto posible, y recoja junto con la Francia el apetecido fruto de nuestras negociaciones.

« Los españoles por su parte no han cedido nunca por mas que el Papa se haya declarado en pleno consistorio resuelto á dar la absolucion, y viendo que sus esfuerzos eran inútiles para hacerle cejar, se han valido de todos los medios para retardarla y hacer que no la diese en público ni disparase salva el castillo de San Angel, ni hubiese regocijos públicos, hasta haberse ratificado en Francia las condiciones y mandado esta nacion un embajador á Roma en cuyo tiempo, decian ellos, podrá disparar aquel castillo (1). Pero el castillo ha hecho los disparos esta mañana, lo que les habrá dañado los oidos; esta noche hay otras señales de público regocijo que les han de dañar la vista (2).»

« En mi carta de 30 de agosto os decia que en la audiencia que tuvimos con el Papa el dia 28 del mismo mes, Su Santidad nos manifestó el alto aprecio que le merecian el rey y la Francia; de modo que sin atender á su persona, ni á los crecidos gastos del viaje, ni á que tendria que ausentarse de sus Estados de Italia, se ofrecia á ir en persona á Aviñon (3)

(1) Censura franca y animosa de esa obstinacion por mezclarse en los asuntos particulares del Papa, por insultar su conciencia, y desconocer su autoridad. De seguro que si el español Toledo hubiese empleado su saber, su energía, su zelo religioso y su espíritu de concordia en favor de los contrarios, los ministros franceses hubieran tropezado con obstáculos casi insuperables. »

(2) De Ossat emplea muy raras veces este tono zumbon. Quizás sea de su colega, á quien era mas familiar el estilo burlesco, impropio en asuntos diplomáticos, particularmente en el que acababa de tratarse en Roma.

(3) En la carta de 30 de agosto, que cita, de Ossat no dice tanto, y si solo dá una prueba insigne del aprecio que el Papa dispensa á Su Majestad; luego añade: « Como se os manifestará en tiempo y lugar oportuno »

donde se reuniría el rey , si este tuviera confianza en él (1), para darle la absolucion; y en el supuesto caso de que S. M. no quisiese ir á dicha ciudad , que *él iria donde el rey creyese conveniente*, y le daría asimismo la absolucion. Nosotros le damos las mas rendidas y afectuosas gracias por el honor que queria dispensar á S. M., diciéndole al propio tiempo que, en atencion á la gran distancia , á los infinitos accidentes del camino, y á las sospechas que lo pasado ha promovido y que esta circunstancia podía reproducir en algunos ánimos, le suplicábamos se dignase desistir ahora de tan plausible idea, aplazando el viaje para otra ocasion que el tiempo le deparara de hacer otro bien general á la cristiandad , y que diese lo mas pronto posible la absolucion que en Francia se pensaba haberse dado ya á S. M. (2).

«Me parece que cuando el rey escriba á Su Santidad para darle las gracias , será bueno que S. M. haga particular mencion del ofrecimiento de Su Santidad.

«No se sabe todavía á punto fijo quien será el legado. Se ha hablado mucho del cardenal Toledo. Pero sea quien fuera, convendria que cuando el rey escriba al Papa, escribiera tambien al cardenal Toledo, diciéndole, entre otras cosas, que despues de Dios y del Papa, reconoce deberle su absolucion. Puedo aseguraros, monseñor, que con esto no escribirá el rey nada que se aparte un punto de la verdad, y que por grande que sea el agradecimiento de Su Majestad , será siempre infe-

tino.» Mancini escribe estos pormenores, ignorados aun en París. El papa, el noble, el grande y generoso Clemente VIII, ha propuesto que iria en persona á dar la absolucion al rey a Aviñon, y lo que es mas, que Su Santidad iria á dársela en el punto que se dignase designar Su Majestad. Comparemos estos hechos poco conocidos con esos llamamientos imperiosos y esas órdenes militares que en nuestros tiempos se han dirigido á otro pontifice. No hay duda que con esta proposicion, Clemente hizo mas por Enrique IV, que Pio VII condescendiendo á un capricho violento que de nada sirvió, al que sin derecho alguno exigia una traslacion pesada, y un homenaje que Carlomagno habia ido á buscar en persona.

(1) Es sabido que Clemente no alteraba nunca la verdad.

(2) Desde el reinado de Clemente VII, ningun papa habia ido á Francia. En 1555, este pontifice fué á Marsella para ver á Francisco I, y tratar del casamiento de Catalina de Médicis con el duque de Orleans, despues Enrique II.

rior á los servicios del bondadoso cardenal. Los señores sobrinos de Su Santidad nos han prestado tambien muy buenos servicios, así como el señor cardenal Aldobrandini, que es el mas querido de todos, y el que mas probabilidades tiene de ser enviado al rey.

Con esta oportunidad, monseñor, etc. Roma, domingo 17 de setiembre de 1595.»

Creemos oportuno dar aquí algunos pormenores sobre la absolucion.

Construyóse en la plaza de San Pedro un estrado con un trono destinado al Papa: los cardenales estaban colocados á sus piés. Dióse principio á la ceremonia con la lectura de un decreto de Su Santidad en el que éste aprobaba y confirmaba todos los actos religiosos posteriores á la absolucion de San Dionisio. En seguida se leyó la solicitud del rey presentada por los señores Perron y de Ossat, á quienes se hizo entrar. Estos se arrodillaron y abjuraron los errores del calvinismo, segun la fórmula ordinaria: leyéronse asimismo las condiciones de la absolucion, en las que se hacia particular mencion de un tratado de paz que debia ajustarse con España; despues de lo cual los señores Perron y de Ossat juraron en nombre del rey, sobre los santos Evangelios, que perseverarian siempre en la religion católica, apostólica, romana. Luego fueron conducidos al pié del trono de Su Santidad, donde puestos por segunda vez de rodillas y con los ojos y la cabeza inclinada al suelo, recitóse el salmo *Miserere*. A cada versículo, el Papa, con la larga varilla que tenia en la mano, á imitacion de aquella llamada *vindicta* por los romanos, y de la que se servian para libertar á los esclavos, tocaba ligeramente con ella á los ministros del rey, segun práctica de la Iglesia, para significar que se *devuelve la libertad cristiana á aquellos sobre quienes posan censuras* (1). Acto continuo el Papa se levantó, y despues de recitar con la cabeza descubierta las plegarias de costumbre, volvió á ponerse la tiara, y sentándose en su trono, declaró en alta voz que con autorizacion del Todopoderoso, de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, y

(1) Véase la *Hist. univ.* de M. de Thou, t. XII, lib. CXIII, p. 477.

la suya propia, absolvía todas las censuras eclesiásticas en que habia incurrido Enrique de Borbon, rey de Francia, á causa de heregía. Entonces el Papa bendijo á los ministros del rey, y les dijo: «Decid al rey vuestro señor que le hemos abierto la puerta de la Iglesia militante en la tierra; tócale ahora hacerse digno, por sus merecimientos y virtudes, de entrar algun dia en la Iglesia triunfante del cielo.»

En seguida el Papa mandó abrir las puertas de la iglesia de San Pedro, que estaban cerradas; el cardenal de San Severino, gran penitenciario, acompañó los ministros á la Iglesia, donde se cantó un *Te Deum* por un numeroso concurso de todas las órdenes religiosas de la poblacion. El cardenal de Joyeuse acompañó despues á estos mismos ministros á la iglesia de San Luis (iglesia nacional de los franceses), donde se cantó otro *Te Deum* con no menos concurso que en aquella. Guillermo de Avanson, arzobispo de Embrun, celebró la misa. Por la tarde cantaron un tercer *Te Deum* en la Trinidad del Monte, convento de mínimos franceses, oficiando el obispo de Lisieux (1). Los preladós y los gentiles hombres súbditos del rey, y romanos, acompañados de un gran concurso de fieles, asistieron á todos los actos religiosos de aquella jornada, y se hicieron rogativas por el rey en las iglesias donde se habia cantado el *Te Deum*.

En Roma hubo tres dias de fuegos artificiales é iluminaciones en señal de regocijo: solo los españoles no participaron de la alegría general. La que con este motivo mostró el pueblo romano fué tanto mas humillante para los enemigos del rey, quanto que con sentimiento veían que provenia del particular afecto que el pueblo profesaba á Enrique IV, al *Aquiles* de aquellos tiempos. No solo aparecieron las armas de Francia en los portales de varias casas, sino que hasta los pobres compraban un retrato del rey, recién grabado, y lo pegaban en las paredes, gaitando con sincera satisfacción: «¡Viva el rey de Francia, que nos ha sido devuelto!» En una palabra, todos se apresuraban á dar muestras del buen afecto

(1) Ana de Cars de Givry, nombrado cardenal por el Papa, *proprio motu*, en 1596.

que Enrique IV les merecía, y de su alegría al verle reconciliado con la Santa Sede.

Escritores injustos de varios países, al hablar de algunas circunstancias de la absolución de Enrique IV, han pretendido que el Papa había *dado con un palo* á los dos ministros del rey. ¿Puede darse mas mala fe?

Preciso es pues presentar informes mas positivos á esos escritores. Segun hemos indicado en breves palabras, los romanos solian usar de la *vindicta* para libertar á los esclavos, costumbre introducida en Roma por P. Valerio Publicola el año despues de la expulsion de los reyes, cuando para recompensar al esclavo que descubrió la conspiracion de la juventud romana á favor de los Tarquinos, le dió la libertad. Ese esclavo se llamaba *Vindex* ó *Vindicus* (1), de cuyo nombre recibió el de *vindicta* la ceremonia de que se trata. Despues de hacer cortar raso el cabello del esclavo, su amo le acompañaba ante el pretor, diciéndole al presentárselo: *Quiero que ese hombre sea libre*; el pretor respondia: *Digote que eres libre, siguiendo el uso de los romanos* (Persio, sat. 5). Al pronunciar estas palabras, le daba un ligero golpe con la varilla en la cabeza, y desde entonces el esclavo quedaba libre y dueño de su voluntad.

Hoy dia, particularmente por las mañanas, en las basílicas que tienen penitenciarios, los peregrinos se arrodillan á tres ó cuatro metros del confesionario, bajan la vista, y se les baja un instante sobre la cabeza la varilla que sienten apenas.

A propósito de las medallas pontificales de aquel reinado, Bonanni nos proporciona los siguientes pormenores relativos á la ceremonia de la absolución (2):

« Sixto V no aprobaba la conducta de Enrique, rey de Navarra. Como este pontífice era de carácter irritable y no temia las ofensas, hizo uso de su autoridad apostólica, y lanzó,

(1) *Nueva coleccion histórica de antigüedades griegas (sic) y romanas, en forma de diccionario*, por Forgault, en 8.^o; Paris, 1768, p. 11.

(2) *Numismata pontificum*, t. II, p. 485.

en 1575, un anatema contra Enrique, hereje y patron de los herejes. Gregorio XIV ordenó, en 1591, á todos los arzobispos y obispos de Francia, y á los miembros del clero, que suspendieran sus relaciones con el espresado Enrique. Luego Clemente VIII encaminó todos sus esfuerzos á la salvacion de la Iglesia de Francia, Iglesia á la que profesaba particular cariño por su antigüedad, santidad y sabiduría; Clemente VIII rogaba sin cesar por ella. Segun Baronio (tom. 6), este papa lloraba de continuo dirigiendo súplicas á Dios en favor de dicha Iglesia; por lo que el universo vió á esa Francia, hija de las *lágrimas Clementinas*, florecer en ternura, piedad y verdadero amor, bajo Enrique IV y su hijo. Clemente habia advertido á los confederados que solo un personaje católico tenia derecho á la corona de Francia.

En medio de tales perturbaciones, Enrique, penetrado de luz divina y de las razones de la Iglesia apostólica, aprende los dogmas, abjura sus errores, y profesa en San Dionisio la religion romana, que fué la de los santos reyes de Francia, mandando sucesivamente para pedir la absolucion en su nombre á Pedro de Gondi, y mas tarde al marqués de Pisani. Clemente no quiso oír á ninguno de estos enviados. Luego mandó al duque de Nevers, quien logró descubrir una disposicion conciliadora en Su Santidad. Mas tarde de Perron y de Ossat volvieron á continuar las oportunas diligencias; estos afirmaron que Enrique habia renunciado, de lo mas íntimo de su alma, á todos sus anteriores errores; San Felipe Neri intervino y apoyó con zelo las gestiones del rey. El 25 de diciembre de 1591 (1), Clemente declaró en un consistorio que habia consultado la opinion de todos los cardenales, y que los mas de ellos se inclinaban por la reconciliacion. Tratóse con los delegados del rey, y en consecuencia declaróse nula la absolucion de San Dionisio. El rey tenia que volver á abjurar en manos de un legado. El príncipe de Condé habia de ser llamado de la Rochela y educado en Paris como heredero pre-

(1) Bonanni se equivoca, dice el 20 de diciembre de 1595; pero la ceremonia de la absolucion tuvo lugar en 17 de setiembre del mismo año.

sunto de la corona. La religion católica habia de restablecerse en el Bearn. El concilio de Trento habia de ser publicado y observado, y finalmente el rey tenia que participar á todos los príncipes católicos su conversion (1).

Bonanni añade que los delegados fueron conducidos ante el Papa (2), donde Perron en alta voz y de Ossat con voz mas baja, pronunciaron la abjuracion, y prestaron juramento sobre los santos Evangelios que les habian presentado: D. Cosme de Angelis leyó el decreto absolutorio.

Luego el Papa, con la mitra en la sien, recitó el salmo *Miserere*, y á cada versículo tocaba la cabeza de los legados, (no se hace aquí mención de la vara) todo con arreglo á la fórmula del pontifical (en esta fórmula se habla de la varilla llamada *vindicta*).

Cuando las puertas de San Pedro se hubieron abierto, el cardenal de San Severino dijo á los dos enviados del príncipe: « ¡ Ó vosotros que llevais poderes de vuestro rey, entrad, entrad en la Iglesia del Señor; reconoced que vuestro rey se habia separado incautamente de ella, y que acaba de librarse de los lazos de la muerte; detestad la depravacion herética y adorad al Dios todopoderoso! »

Bonanni nos dice tambien que el Papa recibió algunas cartas de Enrique, en las que este le mostraba toda su gratitud, llegando hasta á hablar de ir á Roma á darle las gracias en persona.

Para perpetuar el recuerdo de estos acontecimientos, erigióse una columna de granito, frente la iglesia de San Antonio Abad, cerca de Santa María la Mayor.

La inscripcion citada por Bonanni dice así:

(1) Estos detalles están sacados de Bonanni, que escribia en Roma en el año 1699. Tales son las condiciones en que Roma insistia con empeño, y por motivos muy plausibles. Obsérvese, no obstante, que Bonanni no ha insertado la cláusula relativa á la guerra del Turco; pero era una exigencia del tiempo, que nada importaba ya bajo el pontificado de Inocencio XII y el reinado de Luis XIV.

(2) Refiere los hechos arriba mencionados. No nos detendremos, pues, sino en los que pueden ofrecer alguna novedad á nuestros lectores.

D. O. M.
 CLEMENTE OCTAVO PONT. MAX.
 AD MEMORIAM
 ABSOLVTIONIS HENRICI QVARTI
 FRANCIE ET NAVARRÆ
 REGIS CHRISTIANISSIMI
 Q. F. A. D. VXXAL CCTOBR. MDXCV.

« Erigida por Clemente VIII, soberano pontífice, á la memoria de la absolucion de Enrique IV, rey cristianísimo de Francia y de Navarra, el quince de las catendas de octubre ». (17 de setiembre de 1596).

Se ha dicho que esta inscripcion contenia injurias: juzgue el lector el poco fundamento de las quejas de los descontentos. (1)

Entre estos insensatos vemos con harto sentimiento nuestro figurar un acusador, M. de Sully (2), que no siempre se mostraba favorable á de Ossat. Quejóse entre otras cosas de las condiciones concernientes á los herejes, y pretendia que de Ossat era quien las habia promovido (3); que este en el fondo era un ultramontano; que no pensaba mas que en introducir sus máximas en Francia; que habia engañado al rey, y que en vez de recibir castigo, habia sido recompensado. El autor de la vida del cardenal de Ossat contesta victoriosamente á esta acusacion, rebatida por otra parte por los hechos expuestos de una manera tan categórica en las cartas del negociador. Concluimos con la siguiente reflexion del mismo autor (4). « Las acusaciones de que han sido objeto los plenipotenciarios en lo concerniente á la varilla, carecen tanto mas de fundamento, quanto que usándose esta formalidad eclesiástica para eximir á los penitentes de las censuras en que les hiciera incurrir la herejía, no podia de ninguna manera

(1) « Entre los descontentos de todas épocas, hay novadores consumados en dialéctica, pero novicios y catecúmenos en punto á experiencia. » Cartas de Ossat.

(2) Vida del cardenal de Ossat, t. I, p. 249.

(3) ¿Por qué no decir lo mismo de Perron? Porque Perron era amigo íntimo de Sully.

(4) Vida del cardenal de Ossat, t. I, p. 257.

envilecer ni rebajar á Enrique IV. Antes bien hubiera podido quejarse de sus ministros si estos hubieran quebrantado lo pactado con la Santa Sede, negándose á someterse á una ceremonia establecida de muy antiguo en la iglesia, cuyas leyes acababa de jurar que observaría á los piés del papa por boca de sus ministros.

En fin, Juan Pablo Mucante, maestro de ceremonias pontificales, y Mucio Piacentini han escrito la relacion de esa *benedicta absolucion* dada por el papa Clemente VIII á Enrique IV, rey de Francia (1).

Además de las demostraciones de jubilo que se concedieron á los habitantes de Roma, el Papa hizo acuñar una medalla con su efigie en una cara y la de Enrique IV en la otra (2).

En esta ocasion fué cuando el rey concedió el título de *primo* á los cardenales, hasta entonces no les habia dado mas que el de querido amigo (3).

La liga quedó desde este momento destruida, y no se habló de ella mas que para detestarla, y dar á conocer que so pretexto de religion, algunos franceses se habian aliado con los enemigos de la misma Francia; y que á consecuencia de esta desavenencia, tan bella comarca habia sido por espacio de cuarenta años teatro de abominables furores y desastres, de que tardaria mucho en reponerse.

Considerando al propio tiempo el Papa que Enrique no tenia hijos de Margarita de Valois (hija de Enrique II y hermana de los tres últimos reyes de Francia, Francisco II, Carlos IX y Enrique III) con quien habian casado por fuerza al jóven rey de Navarra, mandó examinar cuidadosamente circunstancias tan delicadas, y acabó por ceder á las instancias del rey, que mas tarde pidió el divorcio para casar con María de Médicis, hija del gran duque de Toscana.

(1) La primera de estas relaciones se imprimió en 1595 en Viterbo: la segunda en Ferrara, 1595.

(2) Mas adelante describiremos esta medalla.

(3) Enrique dió tambien entonces al capitulo de San Juan de Le-tran, la abadia de Clairac, diócesis de Agen. El capitulo ha disfrutado de las rentas de esta abadia hasta principios de la revolucion de 1789.

Mas adelante daremos ámplios detalles de esa separacion, debiendo añadir de paso que antes de la absolucion, dos fanáticos, Pedro Bardiere y Juan Chatel, habian atentado contra la vida del rey. Los enemigos de los jesuitas aprovecharon esta ocasion para decir al príncipe, que estos religiosos habian armado la mano de aquellos asesinos, educados en las escuelas de la sociedad. Los jesuitas fueron en consecuencia proscritos del reino; pero Clemente que no cedia á nadie en estima y benevolencia hácia la Compañía (segun él mismo lo habia escrito al obispo de Lima) reiteró de tal suerte sus instancias cerca del monarca, que por otra parte no participaba de los errores de una parte de su consejo, que aquellos religiosos fueron restablecidos en sus conventos; y no contento con eso, algunos años despues, 1604, el príncipe les cedió, no obstante las representaciones del parlamento, el magnífico colegio de la Fleche, donde, en prueba de afecto, quiso por testamento que su corazon fuese depositado.

Hablando de los jesuitas, el rey solia decir: « Observo que dos clases de personas se oponen á su regreso; en primer lugar, los partidarios de la pretendida reforma, es decir los herejes, y luego los eclesiásticos poco edificativos. »

Los carmelitas descalzos fueron instituidos en 1562 por santa Teresa, secundada por san Juan de la Cruz, y Gregorio XIII les dió su aprobacion el 22 de junio de 1580; al propio tiempo este papa habia empezado á separarles de los grandes carmelitas, de los que aquellos eran una reforma. Clemente acabó de dividirles definitivamente, é incluyó la órden de carmelitas descalzos entre las órdenes mendicantes.

En una promocion de cardenales, Clemente dió la púrpura á dos de sus sobrinos.

Las misiones enviadas á paises lejanos no cesaban en sus santas tareas. El patriarca de Alejandría, excitado por las exhortaciones de los religiosos, mandó dos embajadores egipcios á Roma, que fueron muy bien recibidos por el Papa, á cuyas plantas hicieron su profesion de fe, abjurando los errores de la secta griega para entrar en el gremio de los fieles de Jesucristo, y para la reiteracion del bautismo. Confesaron que los sacramentos son siete; declararon admitir el primer concii-

lio de Nicea, el primero y segundo de Constantinopla, los de Efeso y de Calcedonia; reprobaron la herejía eutiguiana, y por último, aceptaron el primado de la Iglesia romana, reconocieron los concilios de Florencia y de Trento, y rogaron encarecidamente al Papa que uniera las Iglesias de Egipto y la Apostólica. El Santo Padre despidió á los embajadores contentos y satisfechos, y les hizo distribuir ricos presentes y sagradas reliquias.

Los sufrimientos de los católicos del monte Líbano llegaban de cuando en cuando á Roma por boca de algunos frailes que iban á visitarle. Clemente pensaba confiar una mision importante á los jesuitas Dandini y Bruno. En efecto, estos religiosos fueron expedidos para ir á ver á los católicos que en aquellas remotas comarcas reconocian la Santa Sede, y presentarles varios regalos de oro y plata, cálices preciosos, libros de piedad, adornos sagrados y un *pontifical* destinado al patriarca. La llegada de los jesuitas proporcionó dias de júbilo á aquellos montañeses, *y los seculares cedros se estremecieron de alegría.*

En 1596, hubo una promocion considerable de cardenales. Eran del número de los nuevos dignatarios: 1.^o Anne des Cars de Givry, de los condes de Limoges, pariente de la real casa de Francia; habia sido varias veces embajador de los príncipes de la rama de Valois en Roma; Saussay le incluye en el martirologio galicano. 2.^o Camilo Borghése, pontifice en 1605, con el nombre de Paulo V. 3.^o César Baronio, nació en Sora, de una familia muy distinguida. Enviáronle siendo aun jóven á Roma, donde se puso bajo la direccion de san Felipe Neri, en su congregacion del Oratorio. Aquí fué, donde por órden de ese santo, escribió la obra inmortal de los *Anales eclesiásticos*, que le mereció el nombre de *Padre de la historia eclesiástica*. Ese noble y santo varon, que con tanta elocuencia predicaba en las iglesias de los *Florentinos*, de la *Caridad* y de la *Vallicella*, en Roma, fué nombrado bibliotecario de la Santa Iglesia. En el cónclave de 1605, en el que fué electo Paulo V, Baronio hubiera sido papa, pues obtuvo treinta y dos votos, si su humildad y su elocuencia no hubiesen hecho desistir á los electores de su determinacion; habló tanto y tan bien contra su propia persona, que no fué elegido.

Una de las operaciones mas gloriosas del pontificado de Clemente VIII fué sin duda la anexion del ducado de Ferrara á los Estados de la Santa Sede. No teniendo el duque Alfonso II de Este heredero legítimo, habia pedido autorizacion á Gregorio XIV para legar este principado á alguno de la familia de la casa de Este; á lo cual segun dicen, no se opuso mucho el Pontífice. A la muerte de Alfonso, ocurrida el 27 de octubre de 1597, se encontró un testamento en el que nombraba heredero á César de Este, pariente lejano; éste, secundado por el emperador, se hizo coronar duque de Ferrara. Se confiaba en el consentimiento de Gregorio; pero ya cuando cardenal, este se habia opuesto, en cuanto el respeto se lo permitia, á la concesion que se solicitaba de Gregorio. Una vez papa, Clemente obró de concierto con Enrique IV. Este príncipe declaraba que Ferrara dependia del exarcado de Ravena, que en otro tiempo concedieron á los papas, Pepino, Carlomagno y Luis el Piadoso; por último, el Papa, seguro de su derecho y de un apoyo poderoso, no quiso reconocer á César de Este: en virtud de tres consideraciones comprendidas en el Bulario romano, páginas 175, 176 y 181, el Papa lo declaró ducado donado á la Santa Sede; fulminó graves penas contra el usurpador para que este no acabara de posesionarse de él, y levantando un ejército, lo envió á las órdenes del cardenal Pedro Aldobrandini, su sobrino, para que se opusiera á las pretensiones de César. Este que ya era duque de Módena y de Reggio, y no dudando obtener de Roma las prerogativas de que Alfonso gozaba, renunció públicamente á sus pretensiones, y el ejército pontificio ocupó á Ferrara el 24 de enero 1598. Clemente, por la bula *Sanctissimus*, declaró al ducado de Ferrara recuperado por la Santa Sede, cuyos bienes eran por otra parte inalienables en virtud de una constitucion de san Pio V. El ducado fué perpétuamente atribuido al patronato de los apóstoles san Pedro y san Pablo. No obstante, el Papa concedió al ducado de Ferrara el derecho de mandar un embajador á Roma, con los mismos privilegios que los demás miembros del cuerpo diplomático.

Con este motivo surgió una diferencia entre el embajador ferrarés y el de la ciudad de Bolonia, que disfrutaba de igual

derecho. El uno quería preceder al otro en las ceremonias de la capilla pontifical; Clemente dispuso que se presentasen por turno, de modo que no se encontrasen juntos; así quedó en lo sucesivo allanada la querrela relativa á la cuestion de *precedencia*.

Clemente quiso que sus vasallos disfrutaran del beneficio de su presencia; dejando en Roma, como legado y vice-pontífice, al cardenal Iñigo Avalos de Aragon, púsose en viaje para tomar posesion del ducado, acompañándole veinte y siete cardenales y gran multitud de prelados.

Segun el uso antiguo, un cura iba delante del Papa con el Santísimo Sacramento colocado en una caja preciosa bajo un rico palio de oro.

Los ferrareses recibieron algunos privilegios. Construyeron una imponente ciudadela; y el Papa regresó á Roma colmado de las bendiciones de todos sus súbditos.

A los tres dias de su entrada en la ciudad, el 23 de diciembre desbordó el Tiber (1), pereciendo mucha gente en la campiña de Roma. Para prevenir en lo sucesivo desbordamientos tan

(1) El famoso jesuita Riccioli que, con su exactitud ordinaria, recogió las fechas de las inundaciones del Tiber (t. III Ind. III de su cronología, Bologna, 1651, en fól.), dá los siguientes pormenores acerca de las mismas: Antes de la venida de J. C., hubo inundaciones el año 564, 214, 206, 195, 105 y 10. Despues de aquella era hubo el año 5 una inundacion que arruinó el puente Publicio, otra el año 14 que hizo estremecer el mismo puente (véase Suetonio y Tácito). Hasta el año 85 no hubo que deplorar ningun estrago ocasionado por las inundaciones. Hubo una en 152 (véase Sparciano en Adriano), en 141 bajo el reinado de Antonino. Este emperador costeó de su propio peculio la edificacion de los edificios públicos destruidos por las aguas. Diez años mas tarde, en 151, el Tiber repitió sus estragos, que se renovaron en 161. Hubo asimismo inundaciones en 222, 411, 555, 570, 685, 717. En las de este año las aguas cubrieron la ciudad por espacio de siete dias. Platino refiere que se navegaba en grandes barcos desde Pontemolle hasta San-Pedro. Repitióse el azote en 778, 791 y 860. El Tiber estuvo cuatro siglos sin mostrarse tan peligroso vecino. Hasta 1260 no volvió á visitar el Panteon, que es el punto que primero queda siempre sumergido. En 1250 se elevó mas de cuatro piés sobre el altar mayor del mismo edificio. El 8 de noviembre de 1579, el rio se elevó á diez palmos (estos palmos son de cerca 22 centímetros cada uno) conforme puede leerse en la columna de la Minerva. En el siglo xv hubo tres inundaciones, una en 1412, otra en 1476 y la tercera en 1495, que se repitieron en 1514 y 1550. Esta excedió de ocho palmos á las anteriores. Siguiéron las

peligrosos para la ciudad, construyóse entre Rieti y Terni un dique que impidiera la acumulacion de las aguas.

Aquel año fué célebre en la historia. Felipe II, el perseguidor de la Francia, murió el 13 de setiembre. En octubre del mismo año, un agente de Rosny pudo proporcionarse el testamento de ese príncipe, ó mas bien la copia del discurso dirigido á su hijo antes de morir.

Rosny lo ha insertado por completo en sus *Memorias*. (I, 409).

Damos á continuacion este documento, porque interesa á menudo á la política de Roma en aquellos tiempos, y es una confesion de todos los sentimientos que animaron al hijo de Carlos V durante su largo reinado.

El rey de España se dirige á su hijo que iba á llamarse Felipe III:

«Príncipe, llegado al término de los dias que el cielo ordenó para dominar en la tierra (1), como vos al principio de los vuestros (2), he creído que podia exponerme á ser censurado y aun acusado de incauto ó de poco cuidadoso y afecto á vuestra persona, si os dejara tan jóven é inesperto tantos y tan grandes reinos, estados, tierras y señoríos en herencia, sin daros al mismo tiempo los preceptos y consejos, que tras una larga série de desengaños, penas, trabajos, designios y pretensiones (la mayor parte inútiles) he llegado á adquirir, aunque hartó tarde para mi propio bien y sosiego y el de mis pueblos y vecinos, y que creo necesarios para administracion tan importante como va á ser la vuestra, que se entenderá sobre tantos pueblos, lenguas y naciones tan distan-

de 1547, 1571, 1589 y 1598. Cuéntanse además las de 1606, 1657, 1647 y 1660. Nosotros hemos sido testigos de la de 1803, bajo Pio VII. Este pontífice se hallaba entonces en París; pero su digno ministro Consalvi tranquilizó al pueblo, yendo en persona y vestido de cardenal, á socorrer y dar pan á los habitantes refugiados en los tejados.

(1) Nació en Valladolid en 1527, año del saqueo de Roma, de Carlos V y de Isabel de Portugal, siendo rey á los 29 años por abdicacion de su padre.

(2) Felipe III, hijo de Felipe II y de Isabel de Francia, nació en Madrid á 14 de abril de 1578. A los 20 años tuvo en su poder las principales riquezas de ambos mundos.

tes y separadas por tan vastos mares y continentes, sábia, equitativa y prudente, y en otros términos blanda, próspera feliz y acompañada de menores pesares, cuidados é inquietudes que la mía, de la cual os vereis algun dia obligado, como yo dentro de poco, á dar cuenta al rey de los reyes, ante quien son vanos los subterfugios y disfraces, puesto que conoce las inclinaciones, los designios y secretos mas recónditos del corazon, antes de concebirse, y sabe ejercer sobre los mas grandes y mas poderosos de la tierra, de lo que yo mismo, sin necesidad de registrar las historias antiguas, soy actualmente una prueba, por la extremada languidez en que tantos meses he caí, con dolores y accidentes tan extraños que me hallo en un verdadero suplicio; y suplico al Dios de bondad que se digne terminarlos pronto, llamándome de la tierra al cielo, usando mas favorablemente de la compasion y misericordia que yo y los míos hemos aun tenido por una infinidad de pueblos que nos las demandaban, y ojalá se contente con mis crueles penas y penetrantes dolores presentes para expiacion y satisfaccion de mis faltas pasadas. Así pues, para que los ejemplos y las experiencias ajenas, y principalmente de aquellos á quienes honramos, respetamos y son nuestros ascendientes en proximidad de linaje, nos conmuevan mas vivamente los sentidos, y se hagan mas eficaces al espíritu, á fin de prepararle para las cosas excelentes, sobre todo en los tiempos en que hierven las pasiones de una primera juventud, que no pueden sujetarse á las meditaciones y condiciones requeridas, no gastaré el tiempo en largas discusiones y amonestaciones para persuadiros, sino que me limitaré á describiros muy sumariamente (porque ya escribo este discurso y hablo con mucha pena) lo que considero haber habido de mas notable é instructivo en la vida del emperador mi padre, y mía, lo cual os ofreceré un cuadro en que vereis de cerca los rasgos perfectos, las líneas naturales y las huellas seguras que habeis de seguir, y sobre las cuales tendreis que formar vuestros designios y conducir vuestra vida, con objeto de que puedan ser honrados y útiles, así para vos como para vuestro Estado, vuestros pueblos y sucesores. En este excelente espejo aprendereis que nada hay tan difícil de regir como las ca-

lurosas afecciones de una juventud ambiciosa y ávida de honores, ni de domar como el orgullo de una alta dominacion que la fortuna acaricia y favorece con su feliz proteccion; y como el emperador mi padre, cuando en edad aun mas tierna que la vuestra, heredó como vos tantas coronas, tierras y señoríos, y en seguida, á despecho de todos los manejos é intrigas de los mas grandes reyes y potentados de la cristianidad, vióse elegido y proclamado emperador entre los cristianos, acogió con gran placer ese admirable y generoso espíritu de entrar en una especiosa esperanza de hacerse, no solamente monarca de Europa, sino tambien, por la reunion de sus Estados, ir mas allá (como tal era su divisa), y emprender la destruccion de los infieles.

«Aprendereis tambien que aquel gran príncipe encontró al fin tales contrariedades para sus altos y magníficos designios, que se mezclaron con ellos tantas confusiones (1) y perjuicios, como glorias y ventajas obtuvieron al principio; de lo cual concibió tal pesadumbre y despecho, que resolvió buscar fuera de las dominaciones terrenas, empresas y dificultades del mundo, el descanso del cuerpo y tranquilidad de espíritu que no habia podido encontrar en ellas. Abdicó, estando aun fuerte, sano y vigoroso, todos estos estados en favor de mi persona, y me dió muy buenas y saludables enseñanzas, si yo hubiese sabido meditarlas bien, ponerlas en uso y practicarlas en tiempo y lugar; pero la audacia ambiciosa de un jóven rey, á quien todo el mundo halagaba (2), y henchia con el viento de mil bellas esperanzas, rey á quien nadie se habria atrevido á decir una verdad desagradable; la gloriosa proteccion de una favorable fortuna, y dos batallas ganadas (3) en

(1) Esta es una expresion singular en la boca de un hijo que habla de su padre. Por otra parte es menester decir que este hijo va á morir.

(2) El rey no era tan jóven, puesto que tenia 29 años. Es verdad que á los 27, en 1554, su padre le habia hecho reconocer rey de Nápoles.

(3) La primera de estas dos batallas es la de San Quintín, ganada en 40 de agosto de 1557, á los franceses: mandaba el ejército español Filiberto Manuel, duque de Saboya. La segunda batalla fué la de Grave-lines, ganada tambien á los franceses, la cual les obligó á firmar la paz Cateau-Cambresis en 15 de Abril de 1559.

los dos primeros años de mi reinado, me enajenaron no solamente el espíritu de los consejos del emperador mi padre (los cuales me predecían que sobre todo nunca aspirase á la monarquía de la cristiandad, como cosa que la experiencia le habia probado ser imposible á cualquiera rey), á causa de la diferencia de religion que hace á los pueblos harto obstinados contra un príncipe de creencia contraria á la suya; las ligerezas é inconsecuencias de aquellos, que les hacen desear las cosas nuevas y cansarse de las presentes; el número infinito de las grandes y fuertes plazas, y el estado aguerrido en que se encuentran todas las naciones europeas, sino todos los pensamientos y especulaciones pacíficas y tranquilas: de suerte que me lancé de pronto en los altos mares de todo linaje de extravagancias y ambiciosos proyectos y designios, entre cuyas ondas impetuosas me ha sido luego imposible poder hallar puerto alguno, abra y abrigo seguro, sucediéndose y ocasionándose unas á otras en mi espíritu las altas empresas, penas é inquietudes, como se suceden las olas estrepitosas del Océano, agitadas por vientos contrarios; viéndome ahora reducido á confesar por la verdad de las cosas, por sus resultados, muy diferentes de los que yo me proponia, que despues de envidiar el imperio á mi tío Fernando, de dar vanamente toda suerte de pasos para lograr que, á ejemplo del emperador mi padre, me hiciese nombrar rey de los romanos, en lugar de su hijo Maximiliano; de aspirar á hacerme declarar emperador del Nuevo mundo, á apropiarme la Italia, á sujetar á mis súbditos rebeldes de los Países Bajos, á hacerme elegir rey de Irlanda, á conquistar la Inglaterra por medio de la mas grande y formidable armada naval que jamás se ha visto, en cuya composicion he empleado mas de diez años seguidos y consagrado mas de veinte millones de ducados, y hacer lo propio con el reino de Francia, mediante mis inteligencias, muy caramente compradas, con los mas grandes y ambiciosos personajes del mismo, que contaban con la pereza del rey entonces reinante y las cuestiones religiosas, que yo habia suscitado, valiéndome de los eclesiásticos mis pensionarios; y despues de haber empleado en todos estos designios treinta y dos años de mi vida, consumido mas de seiscientos

millones de ducados en gastos extraordinarios de que he tenido particular noticia, y cuyos estados escritos de mi mano encontrareis en mi gabinete secreto, sido la causa de la muerte ó matanza de mas de veinte millones de hombres, y de la destruccion y despoblacion de mas provincias y mas extension de país de lo que yo poseo en Europa; me encuentro con no haber reportado nada de tantos y tan magníficos proyectos, gastos, fatigas y ruinas, á no ser el pequeño reino de Portugal, habiéndolo alcanzado el de Irlanda, por la poca fe que hay en aquellos salvajes, por la inaccesibilidad de la isla y penosa residencia en ella; el de Inglaterra por una furiosa tempestad, y el de Francia por la ligereza natural del francés, la incompatibilidad de esa nacion con las demás, y la admirable virtud y fortuna del nuevo rey, con quien en esta ocasion he querido dejaros en paz; la Alemania, por la envidia de mis propios parientes; y todo en general, por la voluntad absoluta de Dios, que habia dispuesto otra cosa: sobre todo lo cual os prevengo que mediteis detenidamente, pasando ahora á lo mejor que juzgo para vos mas necesario, y empezando por daros á conocer mis intenciones acerca de las cosas domésticas que mas hieren mi ánimo. Primeramente, en cuanto á vuestro matrimonio, he dejado la memoria escrita de mi puño, y bien cerrada, en manos de Loo, la cual seguireis si quereis complacerme. Amad tiernamente á vuestra hermana como yo, guardad lealmente vuestra fe jurada sobre los Santos Evangelios en favor de las mercedes que la he concedido á ella y á su marido. Haced bien á los doctores Ollias y Wergeais, que me asistían cuidadosamente en mis males. Amad á Cristobal de Mora, que me ha sido siempre muy leal y muy útil servidor, habiendo continuamente preferido el bien de mis negocios á los suyos, cosa rara en los servidores. Si os servís de él, como lo deseo y os lo ruego, aunque no lo espero, ya que es uno de los defectos mas grandes y ordinarios de los reyes tener poco afecto á los confidentes de sus antecesores, obrareis cuerda y no os pesará de ello. Conservad á Garcia Loyola en el arzobispado de Toledo, y no le molesteis con exacciones, si los negocios de la guerra á ello no os obligan. Atended á mis demás servidores, á quienes he manifestado amistad ó confianza, y

guardaos de disminuir en nada los bienes, cargos, honores y oficios que les he conferido, pues su daño redundaría en vilipendio mio. Procurad reconciliaros con Antonio Perez, pero no permitais que resida en España, en Francia, ni en los Países Bajos: estará mejor en Italia que en cualquier otro país. No perdais de vista á los confidentes, consejeros y secretarios que os elijais. Instruios en las cifras: ved todos los despachos mas importantes, y las respuestas á ellos, y no os remitais jamás á uno solo, por negligencia en leer los demás. Nunca ofendais el honor de los varones nobles y valientes, *lo que perjudicó á vuestro hermano mayor* (1).

« Agasajad y pagad bien la virtud y los servicios prestados, cualquiera que sea la persona en quien concurren. No mezcleis ni confundais la nueva é imaginaria nobleza con la nobleza verdadera y antigua. Servios de los de esta última, remunerad en ella la lealtad, el honor y la modestia, y distribuid entre ellos los bienes, cargos, oficios y dignidades que podais conferir; pues aun cuando los bienes y los honores, unidos á una ilustre cuna, estimulan las pretensiones y alguna vez hacen nacer ambiciosos deseos; la verdad es que las cobardías, las deslealtades y las traiciones, son mas raras entre estas gentes que entre oriundos de vil y plebeya raza. Socorred de las exclusivas rentas de los eclesiásticos en caso de urgente necesidad, pues las muchas riquezas les precipitan en delicias y voluptuosidades, y á menudo en la impiedad. Disminuid cuanto podais el número de la gente de iglesia, oficiales domésticos, de magistratura y hacienda, por cuanto estas gentes consumen lo mejor de nuestros Estados y en nada los engrandecen; y multiplicad cuanto podais los mercaderes, artesanos, pastores y soldadesca, en la cual comprendo á la nobleza, por cuanto los primeros hacen poco gasto y enriquecen las provincias (2), y los últimos, por su valor y disciplina militar, os harán temible en vuestros reinos, defenderán vuestros dominios, mantendrán en ellos la paz, mediante la cual flore-

(1) Aquí se trata del infortunado Don Carlos, de quien hemos hablado en otra parte de esta obra.

(2) Este es un principio de sistema de centralizacion que se ha extendido por toda la Europa.

cerá el comercio y la industria, y abundarán los tesoros y los víveres. Hé aquí el resúmen por lo que toca al interior de nuestros Estados; y en cuanto al exterior, *manteneos en buena armonia con el Papa y los cardenales*; tened votos en el cónclave; haced pagar largamente á vuestros pensionarios, valiéndoos de personas secretas y fieles, manejad con buena táctica y diligencia á los obispos y prelados de Alemania, y sobre todo á los que son electores.

«Mandad pagarles vuestras gratificaciones por vuestros propios ministros, y que no pasen por las manos del Emperador ni de las suyas. Manteneos, empero, en amistad con él y los de nuestra casa, y tenedle siempre bajo vuestra proteccion. Conservaos cuidadosamente la entera y absoluta navegacion de ambas Indias, en la cual no teneis que temer á la Francia ni á otro reino cristiano, mayormente cuando se curan poco del mar, ó bien son débiles; pero temed á la Inglaterra y á los rebeldes de los Países Bajos, que tienen muchísimos medios para perjudicaros. Cambiad con frecuencia de ministros y oficiales principales en aquellos lugares, temeroso de que las riquezas, la autoridad y su lejanía, les infundan pensamientos ambiciosos de establecerse por sí mismos. No negueis condicion alguna á los rebeldes de los Países Bajos, con tal que consientan en reconocer por príncipe; pero en todo caso no dejéis de estar en paz con ellos, si es posible, á fin de apartarles de las estrechas y para ellos necesarias alianzas de Francia é Inglaterra, pues la virtud y la generosidad de los soberanos que dominan en esos reinos son de temer estando unidos con ellos. No temais ningun ataque por parte de Alemania ni de Italia: estos países los poseen un gran número de príncipes diversos, que no quieren guardarse consideraciones mútuas, siendo casi todos diferentes de carácter, afecciones é intereses (1), ni por parte de la Polonia, por vasta que sea la dominacion de su rey, pues se halla harto léjos de vuestros Estados, tiene vecinos asaz poderosos que le inquietan, y es antes oficial que señor de sus pueblos; ni probablemente por parte de los reyes de Dinamarca y Suecia,

(1) Esto es tambien muy cierto en la actualidad.

pues están demasiado lejanos é internados en los mares glaciales, pantanos, lagos, boscajes y desiertos, son sobrado avaros, y su gente está mal aguerrida y aun peor disciplinada; pero tened siempre fijos los ojos y los pensamientos en las islas y mares británicos, principalmente si, según todas las apariencias, llegan á unirse aquellos tres reinos bajo una misma corona, y dominados por un príncipe turbulento y belicoso se confederan sinceramente con la Francia y vuestros rebeldes para ponerse de acuerdo contra vos: pues de estos teneis que temer toda suerte de peligros si se adunan para atacaros por mar y por tierra; que estas tres potencias unidas abundan en buenos soldados, buques, dinero, municiones y víveres; y por consiguiente no ahorreis dinero, ofertas ni instigaciones para separarles y destruir su amistad, sirviéndoos de los intereses de Estado que fundareis en las pretensiones de los ingleses en la Francia (1), y en las diferencias de religión. No dejéis con todo eso de despedir á los antiguos espías ingleses, los cuales, por infundir ya muchas sospechas, no pueden servirnos muy bien, y valeos de otros en su lugar.

« Suprimid las pensiones francesas, ya del todo inútiles por los cambios de la disposición de los pueblos, cuya benevolencia se ha granjeado el rey, y por la paz en que he querido dejaros con ellos. Si, no obstante, despreciando estos mis consejos dirigidos mas bien á conservar y afianzar lo que poseéis que á aumentarlo, caéis por las inquietudes de vuestro espíritu en la vanidad de las conquistas de Estados ajenos, y quereis probar si sereis mas feliz que el emperador, mi padre, y que yo; tened en cuenta sobre todo las mudanzas, malos gobernadores, y la grande necesidad de estos, por temor de que si no aprovechais el tiempo de las divisiones ó debilidades de los príncipes, trabajéis sin fruto y no sin riesgo. Leed á menudo estas memorias é instrucciones, como tambien las que me dejó el Emperador, mi padre, que juntas he plegado y cerrado, para que nadie las vea sino vos y aquellos á quie-

(1) Notemos esta tea encendida por los dos cabos, y arrojada entre nosotros y la Gran Bretaña.

nes queráis comunicarlas, que deben ser pocos en número. Comparadlas unas con otras, y examinad sus diferencias y conformidades para utilizarlas según la prudencia que los casos requieran. Esto es, lo que los sufrimientos de las manos y las inquietudes del ánimo, á causa de las afecciones del cuerpo, me han podido permitir dejaros por escrito, rogandoos, hijo mio, que améis y sirvais á Dios, seais discreto, y no despreciéis mis preceptos.

«YO EL REY.»

Rosny asegura que recibió este documento de Bongars, agente del rey en Alemania, y los secretarios de Rosny afirman que la carta de Bongars existe, ignorando, empero, si el documento es exacto en todas sus partes. Verdad es que contiene hechos que probablemente solo conoció Felipe; sin embargo, se encuentran pocas imágenes, pocos rasgos de aquella grandeza española tan propios de Castilla. En algunos puntos, y particularmente en ciertas aglomeraciones de sustantivos de igual significado, se reconoce el francés de la época y aun algo del de Rosny. Por lo demás, el documento lo enviaron seguramente á Bongars desde los Estados de Hesse y Génova: esta última ciudad, como Venecia, era verdaderamente la que estaba mejor informada en los asuntos de Europa. Así sucedió hasta el año 1792.

Como quiera que sea, en este testamento se refiere toda la vida del rey. Dícese que cuando Felipe lo leyó á su sucesor estaba presente la princesa Isabel, hija del rey, lo cual no es muy probable, pues Isabel estaba desposada con Alberto de Austria, y semejantes secretos no debían *viajar* por Alemania. Respecto de los hechos pasados, no habia inconveniente alguno; pero en cuanto á las instrucciones relativas á lo venidero, dejarlas salir para atravesar los Alpes era una grave falta en un monarca á quien se ha dado el renombre de *Prudente*.

En este documento se ofende un poco á Roma. Felipe dice, como María Stuart, que muchos votos en la deliberacion se deben á los extranjeros. Eso no se concibe fácilmente tratándose de prelados romanos. En seguida la Santa Sede debe

complacerse en ver que Felipe aconseja, recomienda y exige una alianza constante con los pontífices.

Finalmente, como Roma intervenia en todos los asuntos del universo, me ha parecido oportuno citar uno de los documentos mas importantes del reinado de Felipe II, un documento emanado, á lo menos en gran parte, de su propio genio; una de las concepciones que mas pertenecen á esa ambicion insaciable que no se contentaba de haber conquistado el solo pequeño reino de Portugal, y echaba de menos la Inglaterra, como si fuera permitido echar de menos lo que nunca podria conservarse.

Este documento contiene el elogio de Enrique IV. No nos mostremos incrédulos ante ese homenaje tributado á tan gran rey; además, la verdad sale fácilmente de los labios del hombre mas disimulado é injusto cuando vé que se acerca al sepulcro. Los franceses, aquí como á menudo en la historia, pecan de *ligeros* (1).

Un hecho que quedó en secreto demuestra la profunda circunspeccion de Roma bajo los papas precedentes. Felipe habia querido ser rey de los romanos, para sentarse luego en el trono imperial. No hubo solamente entonces la mala voluntad de su tío Fernando, sino la prevision de la Santa Sede, que libró á la Italia de semejante peligro. El lector apreciará por sí mismo varios rasgos notables de este discurso, como el que sigue: *el rey de Polonia es antes oficial que señor de sus pueblos*.

Al concluir este exámen, deploremos ese sistema de espionaje, de corrupcion, de salarios vergonzosos, de bajas traiciones, de todos esos lazos infernales tendidos por Felipe II á la miseria, á la codicia y sórdida avaricia de todo país en que él no dominaba; y felicitémonos porque hoy la prensa combatiría con éxito esos abominables tráficos, esas deserciones infames, uno de los venenos mas funestos que pueden romper la sociedad.

Cuando se publicó aquella confesion, tan poco prevista, la Francia empezaba á ser fuerte, y fué para ella una série de

(1) Esta ligereza no ha impedido las conquistas de Luis XIV, ni las de Napoleon.

datos históricos, y un aviso mas ó menos esencial de las medidas que la España iba á tomar por su interés; pero Roma encontró en esta comunicacion advertencias muy importantes: pudo prevenirse, sin lanzarse á investigaciones de incierto resultado; pudo dedicarse á reconocer su posicion para saber en lo sucesivo los peligros que la amenazaban, y los conatos de ataques é *ingerencias* con que se iba á tratar de atormentar á Clemente VIII, y de robarle en su propia capital, asociando la politica romana á violencias útiles para otros países, aquella paz que deseaba dar á todo el mundo (1).

Digo y repetiré siempre que para Roma no hay descanso posible: sus miradas deben abarcar á la vez el campo enemigo y aquel en que cree haber restablecido la concordia necesaria.

Los protestantes acababan de quejarse á Enrique IV con motivo de habérseles suscitado algunas dificultades administrativas que este príncipe no habia sabido ver.

Publicado el edicto de Nantes (2), el Padre Santo se aprovechó de esta ocasion para publicar y dirigir á todos los obispos de aquel país la constitucion *Dives in misericordia sua Deus*. En ella les exhortaba á que propagaran el acrecentamiento de la fe católica, la observancia de la disciplina eclesiástica, la extirpacion de los vicios, especialmente en aquellas poblaciones en que habia sido restablecido el culto de la religion cató-

(1) Razon tenia Bellarmino, que decia: una onza de pan vale mas que una libra de victorias.

He consultado á de Thou para saber si habia tenido noticia de este documento. El célebre historiador dice: «dió á su hijo algunos consejos que él mismo habia escrito y tenia entre sus secretos. Despues hizo gracia de la vida á los condenados á muerte. Recomendó á Cristobal Mora.»

Dice tambien de Thou: «Redactó un testamento que la gravedad de los preceptos, el peso de las sentencias, y la prudencia de las deducciones no permiten comparar con el de su padre.»

Finalmente, el historiador francés añade: «Recomienda la obediencia á la Iglesia romana.»

Todo eso lo hemos visto en la exposicion de las últimas voluntades de Felipe II; y en fin, Rosny puede equivocarse al suponer que Bongars fué engañado, y que trasmitió á Enrique IV unos documentos que los españoles considerarían apócrifos.

(2) En todo lo concerniente al edicto de Nantes, véase á Sponde, Anales eclesiásticos, 1599, núm. X.

lica. Con este motivo el cardenal Valerio publicó un opúsculo titulado : *De la paternal caridad del soberano pontífice Clemente para con el muy vasto reino de Francia.*

El 3 de marzo de 1599, en una numerosa promocion de cardenales , el Papa concedió la púrpura á Arnaldo de Ossat. Todo aquel que haya leído la presente obra , estará plenamente convencido de los derechos que este negociador tenia para obtener esta recompensa. De Perron no obtuvo el capelo sino hasta el año 1604. De Ossat lo habia merecido mucho mas que él ; pero Enrique IV habia querido mostrarse agrado á los dos negociadores.

En la vida de Ossat, por Amelot, se lee lo siguiente :

« El miércoles de las cuatro Témperas , hizo Clemente VIII una promocion de trece cardenales , en la cual comprendió á dos franceses, de Ossat y el conde de la Capelle, á quien luego se llamó el cardenal de Sourdis, nombre señorial de su casa ; en el uno solo deseaba el Papa la *extraccion de casa mas noble* , por que encontraba en él todo lo demás ; al otro le faltaba todo, excepto el nacimiento (1). El sábado siguiente, los nuevos cardenales que estaban presentes recibieron el capelo, y en 18 del mismo mes su título, recayendo el de San Eusebio en nuestro cardenal, quien, habiendo preguntado al Papa el nombre que tomaría, si el de su obispado ó el de su título, se le aconsejó que se quedara con el nombre de su familia , con lo cual creyó el Papa honrar mas su persona y mérito , toda vez que este nombre era célebre por sus negociaciones. »

Amelot añade :

« El cardenal de Ossat se portó en su nueva dignidad como un hombre que nunca la habia deseado. Al dar cuenta á M. de Villeroy de todas las visitas que de los cardenales y embajadores habia recibido : « Os he escrito todo eso , dice, no por haberme halagado estas grandezas , asegurándoos que no me estimo en mas que antes , sino para daros noticia de lo que ha pasado , como cumple á mi cargo , y particularmente al honor y respeto que se ha tributado al rey. »

(1) Este hecho algo dudoso se consigna en una carta de uno de los embajadores franceses á la sazón residente en Roma.

En la misma promocion confirióse la púrpura á Roberto Bellarmino , noble toscano de Montepulciano , sobrino de Marcelo II por su madre Cintia Cervini. Este jesuita , famoso por sus lecciones en las escuelas y sus predicaciones en latin contra los errores del luteranismo , mereció que los protestantes de Inglaterra y Holanda fuesen á Italia para oír sus predicaciones. Se le nombró miembro del colegio romano , fundado por Gregorio XIII. Sixto V le dió por teólogo al cardenal Gaetani , legado en Francia; y Gregorio XIV le nombró , con otras siete personas doctas , para revisar la edicion de la Vulgata , publicada en tiempo de Sixto V , y corregida en el de Clemente VIII. A la muerte del jesuita cardenal Toledo , el Papa nombró á Bellarmino teólogo suyo , consultor del Santo Oficio , examinador de obispos , y finalmente , como ya lo hemos visto , le confirió la púrpura. En la alocucion al consistorio , Clemente se expresaba así : « Elegimos al padre Belarmino , *por que no tiene rival en la Iglesia tocante á la ciencia.* »

Bellarmino murió en Roma en el noviciado de los jesuitas á donde fué á visitarle Gregorio XV. Al fallecimiento de Leon XI , Bellarmino hubiera sido papa á no oponerse él á la eleccion con sincera energía. Los cardenales no intentaron resistir á una abnegacion tan formal y sublime de la mas alta dignidad que á un mortal le es dado obtener.

Bajo Clemente VIII , en 1599 , instruyóse el proceso de la célebre Beatriz Cenci , acusada de haber hecho asesinar á su padre , de acuerdo con su suegra Lucrecia. Toda la ciudad de Roma , á causa de la belleza de esta jóven romana , de algunas incertidumbres descubiertas en los procedimientos , y de algunas razones gravísimas que inculpaban al padre , estaba para conceder la gracia , cuando un señor romano tuvo la indignidad de cometer un *matricidio*. Esta nueva abominacion indignó al Papa. Llamó á monseñor Taverna , gobernador de Roma , y le confió la continuacion del proceso de Cenci. Este , despues de examinarlo con grande atencion , pronunció la pena de muerte contra todos los cómplices , la cual se ejecutó en 11 de setiembre de 1599 en la plaza del palacio de San Angelo. Los detalles de este terrible proceso han sido referidos por una multitud de autores.

El señor romano, cuyo crimen había interrumpido el curso de la clemencia del Papa, fué luego castigado con la misma severidad.

De Ossat, nombrado cardenal á petición expresa de Enrique IV, se desvelaba para manejar los negocios siempre difíciles de su señor, y pronto tuvo ocasion para manifestar su gran zelo. Los intereses de Francia, de Roma, y sin duda los de toda Europa, exigian que el rey Enrique IV pudiese afianzar su gloriosa dinastía con un matrimonio que asegurara á esta familia la sucesion al trono en la persona de un hijo legítimo. En 1572, y en la época del degüello de San Bartolomé, Enrique había casado por fuerza con Margarita de Valois, porque su hermano Carlos IX, y su madre Catalina de Médicis, lo habían considerado útil para su causa.

Margarita de Francia, reina de Francia y de Navarra (1), había puesto obstáculos á toda negociacion para un divorcio, mientras la duquesa de Beaufort conservaba la esperanza de casarse con el rey: muerta la duquesa en 1599, de un modo imprevisto y terrible, que la historia no ha podido explicar aun bastante, instóse de nuevo á Margarita para que consintiese en el divorcio.

Clemente VIII, por su parte, hacia que hablasen con la princesa personas piadosas y adictas; y Sully, sin ocultar nada á Enrique IV, se había encargado de diversos pasos encaminados á conocer las disposiciones de la esposa del rey. Este mismo ministro traslada en sus memorias una carta que dirigió á Margarita:

« SEÑORA :

« Al ver que los extravagantes caprichos de la fortuna, por que el rey, mi único señor, había pasado, no solamente desde

(1) En la *Biografía universal*, la señora Bolly llama siempre reina de Navarra á esta princesa. Cualquiera que fuese el desacuerdo que reinó entre ambos esposos, lo cierto es que cuando Enrique fué rey de Francia y de Navarra, su mujer, no separada, podia y debia llevar los mismos títulos: la esposa sigue la condicion del marido; para el trono no existen reglas especiales. Es posible que despues del divorcio se dijera solamente *la reina Margarita*; pero hasta la época del divorcio, pronunciado en 17 de diciembre de 1599, Margarita era reina de Francia y de Navarra.

su infancia hasta ahora, sino que tambien habian perjudicado á sus antecesores, empezaban á moderarse, y en cierto modo á templarse, he creido que todo eso venia de los favores y bendiciones de Dios, que, como infinitamente bueno y omnipotente, no dejaría imperfecta una obra tan grande y tan necesaria á la cristiandad: esta dulce esperanza me ha traído á la memoria, no solamente los tiempos de las grandes aflicciones que hubo cuando entró en vuestra alianza (1), y yo á su servicio, sino tambien que entre los jóvenes que tenia á su lado, era yo uno de los que se mostraban mas afanosos en el servicio y obediencia de Vuestra Magestad. Paréceme asimismo que yo era uno de aquellos á quienes su bondad manifestaba mas afecto, y se complacia en emplearle y á veces en hablar con él, por lo cual he anhelado siempre verla en una fortuna mas augusta que la que le he visto poseer por tantos años. Pero como la de mi señor me parecia casi peor que la vuestra, puesto que muchos potentados de la cristiandad conspiraban contra su dignidad, su vida y hasta su alma, creí que por mas deseos que me animaran de servirlos y contentarlos á entrambos, me seria imposible, mientras os fuese á los dos contraria la fortuna, y abrigaseis tambien contrarios designios, conciliar jamás intenciones, voluntades y proyectos tan encontrados; de forma que entonces no me quedaban mas que deseos, sin ninguna esperanza de verlos jamás realizados. Os digo todo esto, señora, (mi querida reina) (2), á fin de que no desprecieis el proyecto que tengo de probar á reconciliaros sinceramente y de buena fe, uno con otro; y aun que veo muy bien que las cosas que tanto necesita la Francia no pueden hallarse todas en la reunion de vuestras personas, que es una sucesion legítima á esta corona, he creido que vuestro espíritu tan excelente, vuestra prudencia y gran juicio, serian capaces de recibir bien los preliminares que yo le propusiese para haceros vivir y hablar juntos, con tales disposiciones y circunstancias que ambos hallariais con que ra-

(1) El degüello de san Bartolomé.

(2) Este es el verdadero Rosny, el publicista exacto y claro en sus expresiones.

zonablemente contentaros, puesto que nada hay que deba seros ahora tan agradable como poderos ver continuamente con toda confianza y sinceridad, de la misma manera que un buen hermano y una buena hermana deben hacerlo; cosa que es muy fácil, os lo aseguro, si me manifestais que es de vuestro agrado mi mediacion. Entre tanto quedo á vuestras órdenes, y rogando al Criador, etc. En Rennes 13 de abril de 1598.»

La reina de Francia, Margarita, contestó en los siguientes términos:

«Primo mio: he recibido una carta vuestra que contiene varias cosas de consideracion, de alguna de las cuales me habia acordado muchas veces; vuestra carta me ha refrescado la memoria de las otras, y todas me inclinan á estimar el afecto que me mostrais deseando mi reposo, cuyas felicidades me son aun desconocidas. La peregrinacion de mis dias ha sido siempre triste y penosa, y por lo tanto creed que he recibido vuestras proposiciones de una esperanza de alivio del modo que merecen; no será pues culpa mia si el resultado no correspondiere á vuestro deseo, apreciando tan altamente las heróicas virtudes del rey, y los medios que se me ofrecieren para congraciarme con él me serán muy gratos bajo todos conceptos, ya que sois vos quien me habla de él con tanto cariño; reputándoos tan virtuoso, que jamás recibiré consejo vuestro que no me sea honroso y útil, ni ley de un rey tan prudente y generoso como el nuestro, que no sea equitativa y justa; y por lo mismo, podeis dar principio á tan buena obra siempre que lo juzgueis oportuno. Dejo, pues, la direccion á vuestra prudencia y afecto, cuyos efectos aguardaré con impaciencia, así como las ocasiones de manifestaros que soy, primo mio, vuestra afectísima y leal prima.

«MARGARITA.

«En Usson á 20 de setiembre de 1598.»

Estas dos cartas se comunicaron á Roma, y en ellas vió el papa Clemente un agüero favorable; de Ossat negoció, y en 17 de diciembre de 1599 fué pronunciada la sentencia de dissolution.

Las primeras noticias de la bondad inagotable del Papa dirigiólas al rey el cardenal, que con fecha 26 de setiembre escribió á S. M.

« Señor :

« Dios ha bendecido los trabajos de M. Sillery y los míos, de modo que hemos obtenido, y os enviamos, el rescripto de nuestro Santo Padre el papa, el cual necesitaba Vuestra Majestad para hacer declarar nulo su matrimonio. Su Santidad ha demostrado toda la buena disposición que Vuestra Majestad mismo habría deseado, y nosotros toda la fidelidad, solicitud, afán é industria que nos ha sido posible; de suerte que espero que los medios de nulidad y hechos que se han empleado, y los puntos, razones y autoridades de derecho que se han alegado, y el manejo y conducta que se ha observado tanto con el Papa como con los cardenales y otros, y los comisarios que se han diputado, y el tenor de los rescriptos y memorias que se os han enviado; probarán que Vuestra Majestad ha sido fiel y diligentemente servido, como estoy seguro que aun lo será mejor, y que dentro poco tiempo os veremos libre por este lado, para que pronto tengais descendencia natural y legítima á vuestro placer, y para bien y dicha de vuestro reino. Esto es lo único que os falta para el colmo de la prosperidad que habeis dado á la Francia, y de las bendiciones que Dios ha enviado á Vuestra Majestad, las cuales ruego á su divina Bondad que se digne continuar, acrecer y prodigaros.—Soy, señor, etc.

« Roma 26 de setiembre de 1599.

« EL CARDENAL DE OSSAT. »

En el año 1600, celebró Clemente el undécimo jubileo del año Santo, mandado publicar por él en 19 de mayo del anterior.

Independientemente de los peregrinos recibidos en casas particulares, entraron quinientos mil en el hospital de la *Trinidad de los peregrinos*. Cálculóse que en el curso del año se contaron tres millones doscientos mil: el día de Pascua estaban presentes doscientos mil; y llegaron sucesivamente de Francia trescientos mil, lo que llenó al Papa de inmensa alegría, y de

gran confusion á los enemigos de Francia, que se empeñaban de continuo en hacer aparecer enteramente herética á esta nacion. Esta acusacion no era entonces mas fundada que hoy dia.

Entre los personajes distinguidos que fueron á Roma, citaremos al duque de Baviera, vestido de simple peregrino; á los duques de Bar y de Parma, y al cardenal Andrés de Austria, que empezó de incógnito la visita de las iglesias.

A pesar de su edad y achaques, el Papa habia visitado las iglesias mas de setenta veces, aunque el número de las visitas prescrito para los romanos fuese de treinta, y de quince para los extranjeros. Clemente subia de rodillas la *Scala Santa*, acompañaba descalzo las procesiones, lavaba los piés de los peregrinos con una sola mano, porque la otra estaba atacada de la gota, servíales á la mesa, oia su confesion, y les distribuyó limosnas por mas de trescientos mil escudos.

Habia preparado un palacio en el *Borgo de San Pedro*, donde se recibia á todos los obispos, prelados y clérigos que podian pasar allí diez dias. Al ver practicada allí tan tierna piedad, á ejemplo del Pontífice, por cardenales y prelados que parecian no tener otra ambicion que sobrepujarse unos á otros en obras piadosas, algunos turcos pidieron y recibieron el bautismo; muchos protestantes, indignados de las calumniosas calificaciones de Antecristo y de Babilonia, lanzadas insolentemente contra el Papa y contra Roma, detestaron su pasada ceguedad, abjuraron con execracion la herejía que inspiraba tan inícuo furor, y en adelante se distinguieron entre los hijos mas dóciles y mas ejemplares de la Iglesia romana. Fué de este número Estéban Calvino, pariente del heresiarca; el Papa quiso darle la confirmacion, tratóle como á hijo suyo, y subvino magníficamente á los gastos de su permanencia en Roma, hasta el momento de su admision en la órden de los carmelitas descalzos, en la que murió santamente.

En el mismo año, á petición del cardenal Baronio y de la piadosa Fulvia Sforza, el Santo Padre instituyó las religiosas de Santa Clara, llamadas de San Urbano, nombre de su iglesia. Eranse unas pobres monjas llamadas las *Dispersas*, porque no tenian lugar de reposo fijo en la ciudad, y entonces se reunie-

ron en el conservatorio de Santa Eufemia, bajo la direccion del cardenal vicario.

Cuatro años antes el Papa habia expedido una constitucion en favor de muchachos pobres tambien *dispersos*, que reunidos por un *letrado pobre*, eran llamados *poveri letterati*.

No podemos menos de hablar del colegio de escoceses, en el que se instruia á jóvenes de aquel país para que llevasen á su patria el amor á la fe y el deseo de restablecer la antigua religion cristiana.

Abrióse tambien en Roma otro colegio para la juventud italiana: llamóse *Clementino*, nombre glorioso que todavía conserva. En 1604, el Papa lo confió al cuidado de los padres somascos, que cumplen su deber con un zelo digno de altos elogios, llenando de piedad y ciencia á la flor de la nobleza italiana. El colegio Iliriano, agregado al principio al colegio Clementino, trasladóse despues á la ciudad de Loreto por orden de Urbano VIII.

Gregorio XIII habia prescrito que solo los jesuitas podian propagar la fe en la China y el Japon: este papa sabia que ellos eran los primeros que llevaron allá con éxito la religion católica. Clemente extendió este privilegio á todas las órdenes religiosas, principalmente á las mendicantes, tan ilustres por la pureza de su doctrina y de su piedad; privilegio que se concedió con la condicion de que Portugal enviase los misioneros á sus respectivos superiores en la parte de las Indias orientales, perteneciente á ese reino, que aunque á la sazón unido con España, queria ver separadas las conquistas portuguesas de las españolas.

A principios del año 1600, ocurrió un hecho inútil para la religion, que dió pruebas de una como sujecion á la política maligna y cruel del ministerio de Felipe III; hecho que parece justificar los excesos cometidos antes por los serviles agentes de Isabel contra los católicos. Me refiero al suplicio del napolitano Jordano Bruno, que pereció en Roma en el campo de Flora, á consecuencia de un proceso, incoado tiempo hacia en Venecia y continuado en Roma mismo. El Escorial, dice Bartholomes, imponia la ley en Italia, pues Felipe II, como se ha podido ver en su testamento, no hubiera exigido tal obediencia.

cia de Clemente VIII. Bastábale al hijo de Carlos V que el Santo Oficio extendiera el terror del nombre de la Inquisicion á las vastas provincias sometidas á España, á cualquier hora que el sol las iluminase. Seguramente Felipe II habia oprimido ó querido oprimir á Roma, cuando se demandó una absolucion para Enrique IV; pero esta oposicion, por violenta y amarga que fuese, segun la describe de Ossat, tuvo empero un término, y la exigencia del Escorial cedió á la cordura del Vaticano.

Veamos ahora el interés que podia tener el gabinete de Madrid en perseguir á un fraile napolitano, antiguamente miembro de la escuela de hermanos predicadores, y convertido, hay tambien que confesarlo, en hereje implacable.

Para Madrid se trataba mucho menos del religioso culpable ante los dogmas de nuestro santo culto, que del mismo religioso que adulaba á una reina odiosa para los que manejaban la política ibérica.

He consultado el libro de M. Bartholomes, y voy á exponer sus principios para que no se desconfie demasiado de este inteligente escritor, tan sábio como poco conocido todavía.

Al publicar la vida de *Jordano Bruno*, M. Bartholomes quiere explicar los motivos de su publicacion :

«Tal vez se considere este libro como un panegírico de la víctima. Créanse mis sinceras y enérgicas protestas. No, esta obra no es un escrito de circunstancias, ni un deseo de polémica; al componerla solo me ha animado un puro amor á la verdad histórica; siempre me he esmerado en no exajerar los méritos, ó en no aminorar las faltas, sean del hombre, sean de la época. En ninguna parte he tratado de atenuar las palabras con que el siglo xvi expresaba sus afectos exaltados y sus rencores profundos. Me atrevo pues á pensar que seria desatentado buscar bajo las solas expresiones de un Bruno, no sé que insinuaciones malignas, ni que pusilánimes alusiones á las personas y cosas del tiempo en que vivimos. Por que repito las quejas de un contemporáneo de Paulo IV, y de Felipe II, contra el despotismo sentado sobre el curso del Tíber, *Tiberina tyrannidis*, se sospecharia que pretendo aplicar tales palabras á los pontífices de nuestra época! Los que guian las almas y gobiernan los ánimos con dulzura y moderacion, se distin-

guen muy claramente de los que quieren hacerlos felices á fuerza de rigidez y dureza (1), para que pueda ocurrir la idea de asimilarlos unos á otros. El historiador que se respeta á sí mismo, narra y juzga siempre con fidelidad, con integridad;

(1) Bartholomes se olvida de que los papas del siglo xvi tenían que combatir á Lutero y Calvino, que ponian maliciosamente las insignias de un sacerdocio intruso á los piés de un rey lego, y aun de una mujer que no brillaba siempre por las virtudes de su sexo. Sin tener apego á la *ley sálica* (pues no hay que desgarrar la historia de ningun país para ser fiel á las doctrinas del propio), puede decirse que las cualidades necesarias para empuñar un cetro, concurren mas fácilmente en el hombre que en la mujer.

Hay momentos en un reinado en que, guardada siempre proporcion respecto de los talentos relativos, puede el hombre encontrar en su fuero interno una energía secreta, una paciencia dulce, una esperanza misteriosa, cuyo secreto se guarda á sí mismo, sin descubrir nada á ningun servidor, á ningun favorito, á ningun ministro (clasifico aquí á los que rodean á un príncipe en el órden que necesariamente toman en torno suyo, en virtud de la ley de los humanos achaques, de las necesidades de amar, y de la curiosidad que excitan los negocios). Ese monarca, que por tan breves momentos reina por sí solo, es capaz de prestar á su causa y á sus vasallos inmensos servicios que tan solo él conoce. Los grandes reyes legítimos, y los grandes hombres puestos por un instante en lugar de los verdaderos señores, por ejemplo Luis XIV y Napoleon, debieron saber y llevarse consigo algo de lo que aquí quiero decir. Pero ¿puede una mujer atribuirse tales ventajas? Sea cual fuere la generosidad de la naturaleza en colmar con sus dones á una reina absoluta, tales como la belleza, la gracia, *mas bella que la belleza*, los talentos, las prendas del corazon; hay un tiempo en que es inútil agradar y supérfluos todos los géneros de seducción: es preciso gobernar. Pues bien, la ciencia del gobierno no está en todos esos diamantes de la grandeza. Para las cosas serias de los *partiti*, como decia de Ossat, para la precision de la mirada, el alcance del golpe, la medida de la decision, hay que recurrir á la inteligencia mas desarrollada, mas libre ó menos supeditada. Así ya son dos los que dirigen el mismo negocio, y esa inteligencia propia de los hombres, se fija en él debilitada, escrupulosa, bastarda, casi adúltera, humillada sin que lo parezca, pues solo se ha de engañar á una vanidad siempre en accion. Finalmente, la historia de la autoridad de las reinas es con frecuencia un gabinete de cristal. Si actualmente, como lo han querido Lutero y Calvino, el poder religioso vá unido al político ya tan comprometido, se presenta un espectáculo triste (no voy mas léjos); al paso que nosotros los católicos con nuestros pontífices electos, podemos esperar y casi siempre encontramos la experiencia, la instruccion profunda, dignidad y majestad de esas canas, que la otra situacion oculta debajo de las mentiras. Por último, politicamente, el Vaticano trata con las reinas; pero, religiosamente, debe negarles aun mas que á los legos toda parte en un poder que solo á él en la tierra es debido.

y cesaria de ser historiador si infringiera por un momento esta ley fundamental. El filósofo del siglo XIX no puede parecerse al del XVI. Este combatia á Aristóteles, y á veces al cristianismo. ¿Dónde está en nuestros días el filósofo digno de este título que no respete y consulte á Aristóteles, ni venerar y ame el cristianismo (1)?»

Me place consignar aquí esa declaracion de un filósofo de nuestra época.

Mas no perdamos de vista el episodio que es indispensable introducir en este momento.

Bruno nació en Nola, reino de Nápoles, por los años de 1550, y recibió muy esmerada educacion. Con las ciencias matemáticas ó mas bien filosóficas, juntó el estudio de las letras y de la teología, prometiéndole en su juventud una memoria feliz, una concepcion fácil, una imaginacion ardiente y naturalmente propensa al entusiasmo. El deseo de aumentar sus conocimientos le hizo entrar en la órden de los dominicos; por desgracia estas ventajas, imprudentemente dirigidas, pueden conducir á los errores. Bruno manifestaba sus opiniones particulares sobre la *Inmaculada Concepcion*, cuestion tratada ya por otros, y algunos de sus superiores las desaprobaron. Entonces Bruno dejó su convento, y en 1580 se retiró á Ginebra, donde abrazó el calvinismo, y dedicó á la defensa de esta secta el talento que hubiera debido emplear en combatirla. Este sectario se hallaba en Paris en 1582, y allí se hizo profesor de su propia autoridad, atacando en la cátedra la doctrina de Aristóteles. Rechazado por los partidarios del filósofo de Stagire, Bruno se refugió en Inglaterra. Era la época en que Gregorio XIII enviaba una hostia consagrada á María Stuart, amenazada cada dia con la muerte por Isabel.

Allí, casi en el momento en que Sixto V recibia la carta sublime de María Stuart, Bruno despreciaba á la corte romana y la bula de san Pio V, y se dirigia á todas las divinidades paganas, suplicándoles que le ayudasen á cantar los elogios de Isabel.

(1) Bartholomes se expresaria con mas claridad y pureza, con decir *el catolicismo*.

El historiador puede á veces hallarse en un embarazo que intimide su amor á la unidad de miras y al espíritu de consecuencia en los principios.

Hemos citado diversos documentos que acusan fuertemente á Isabel, y no hemos tratado de atenuar las acusaciones acumuladas contra su espíritu de persecucion. Ahí viene un malvado lleno de audacia, á quien el hambre y la penuria arrojan á la Inglaterra: la reina le dá pan y vestidos (1) y hasta le concede honores.

Bruno agradecido, escribe, con el título de *Canto del Cisne*, una apoteosis á la gloria de su bienhechora. Para él es Isabel tan grande, que su reino en nada se parece á los Estados del continente, y que bajo su reinado, sobre todo, es una verdad el verso de Virgilio:

Et penitus toto divisos orbe Britannos.

Cumple á mi deber mencionar este documento, ya que fué el arma de que se valió el gabinete de Madrid para perder á Bruno. Felipe II casó en Inglaterra con María, hermana de Isabel. Felipe perdió el trono por la muerte de María; bajo Isabel, sucesora de María, burla Inglaterra las esperanzas de España; preséntase un italiano á elogiar á Isabel, como á quema ropa, y á irritar el despecho de Madrid. Este italiano se verá desde luego preso por mucho tiempo, si se apoderan de su persona: le preguntarán si ha compuesto aquel pane-

(1) El antiguo consul de Francia en Civita-Vecchia, que nació súbdito de la Puerta, en Jassy, y habia vivido mucho tiempo en Constantinopla, llegando á ser luego en su cargo uno de los mejores servidores de Francia, me refirió que cuando debia presentarse al Gran Señor un embajador extranjero, al llegar éste, uno de los ministros de S. A., le decia: « Poderoso sultan, en tu antecámara hay un infiel (*un perro*) que está desnudo, tiene hambre y desea hablar contigo. » El sultan contestaba: « Vistan al perro, denle de comer; y luego háganle entrar. » Entonces se ponía un gaban al enviado, se le ofrecian refrescos, y se le introducía en el salón del trono. Caritativa como el sultan, Isabel habia dado á Bruno pan y vestidos, y le concedía frecuentes audiencias, en las que siempre recibía con amabilidad á este desertor de la fe católica, de la fe en que naciera. Así es que de la boca del refugiado manaba á torrentes la adulacion.

górico ; se lo leerán, y él reconocerá todas las exajeraciones de su rencorosa inspiracion. Esta composicion viene á ser una de las piezas del proceso ; y puesto que se trata de explicar en un punto importante una accion de Clemente VIII, es documento que debe figurar en esta historia.

El napolitano se expresaba así :

«Dotada, elevada, favorecida, sostenida por el cielo, ni discurso ni fuerza lograrían vencer á la divina Isabel. Ningun noble de su imperio la iguala en dignidad, en heroismo; nadie, entre las personas de toga, tiene tanta sabiduría; ningun hombre de estado tiene tanta circunspeccion (1). Con respecto á la belleza, á la intelijencia de las lenguas vulgares y sábias (2), al conocimiento de las ciencias y artes, al talento de gobernar, y á los frutos de una autoridad dilatada y fuerte; con respeto á las demas prendas naturales y *sociales*, ¿qué son á su lado las Sofonisbes, las Faustinas, las Semirámides, las Didos, las Cleopatras, y todas aquellas maravillas de la antigüedad de que se glorian la Italia, la Grecia y el Egipto? Tengo para mí que las pruebas de genio, son los actos, *el éxito*.

«Nuestro siglo pone los ojos en esta princesa con asombro, con admiracion. Mientras las tempestades trastornan la faz de Europa, la reina, con la majestad de su centellante mirada, impone al grande Océano una paz que dura hace ya mas de cinco lustros (3). Ella le obliga en medio de sus perpétuos flujos y reflujos á recibir en su vasto seno, con serenidad, á este Támesis querido que corre serpenteando sin temor ni fatiga, tranquila y alegremente, á lo largo de sus márgenes

(1) Insisto en las opiniones que he manifestado anteriormente, con especialidad en lo que concierne á las cualidades necesarias para comprender el gobierno religioso.

(2) El talento de Maria Stuart era, bajo este concepto, mucho mas distinguido: esta reina hablaba latin con grande afluencia y elegancia, y conversaba noblemente en esta lengua con los embajadores polacos, acreditados en la corte de su esposo el rey de Francia. Isabel no poseía tal ventaja en igual grado, si bien es cierto que Isabel estaba muy instruida en los idiomas extranjeros.

(3) Esto nos suministra la fecha de esta especie de poema, el cual debió de escribirse por los años de 1584, pues Isabel subió al trono en 1558.

floridos... Esta señora extraordinaria se eleva como una luz brillante para derramarse sobre todo el globo por su título y real dignidad; no es inferior á ningun monarca del mundo. En juicio, prudencia y reflexion en el gobierno, es difícil descubrir una reina que se le parezca. Ciertamente, si el imperio que dá la fortuna fuese proporcionado al imperio que merece el genio mas bello y generoso, sería preciso que esta nueva Amfitrite ensanchara su seno hasta el punto de contener en él, no solamente la Inglaterra y la Irlanda, sino el globo entero (1); sería preciso que abarcando el universo, su poderosa mano sostuviera una monarquía universal (2). Mas no soy yo quien debe hablar de unos designios de tan profunda madurez (3), con los cuales esta alma heroica ha hecho triunfar la paz y el reposo, como con el simple movimiento de sus ojos (4), durante mas de veinte y cinco años, en medio de un mar de adversidades.»

Después de este elogio, Bruno publicó en Londres su famoso libro de la *Expulsion de la bestia triunfante*. Se ha creído que Bruno aludia con esto al poder pontificio; pero Bartholomes y otros no creen fundada tal acusacion, y hasta parece que los tribunales de Roma no la pusieron entre el número de las que debian pesar sobre Bruno.

«Observemos, dice Bartholomes, que este título tantas veces mal interpretado tiene mas de un sentido, como el mismo

(1) La manía de enseñorearse del globo no tiene su origen en nuestros tiempos, Carlos V, Felipe II, Enrique IV, en parte por el consejo harto impetuoso de Rosny, sin contar á tantos insensatos de Oriente y al que de Alejandria trajo semejantes ideas á Paris, abrigaron los mismos proyectos: añadamos que los ingleses de nuestros dias tienen trazas de haber leído los devaneos de Bruno. En cuanto á los pontífices, siempre han combatido estos pensamientos *desnaturalizados*, y en su discrecion no cesarán de hablar hábil y valerosamente contra ellos.

(2) Concedamos, para no ser siempre tan graves, esta monarquía universal; pero hay que convenir en que el gobernalle del Estado en manos de una mujer necesitaria indispensablemente la ayuda de un hombre poco preocupado de algunos miserables intereses de la vida.

(3) En todo tiempo, y con toda reina, este es un elogio descabellado.

(4) Homero nos dá la idea del poder de Júpiter, cuando dice que con fruncir el entrecejo este señor de los dioses hace temblar el Olimpo. Los cortesanos llamaban Juno á Isabel; y cuando no estaba de buen humor, decian: «Hoy el sol no luce.»

libro. Propiamente, se trata de la bestia (1), es decir, de los animales que la mitología y la astronomía antiguas pusieron en el cielo; y figuradamente, se hace referencia á la creencia popular de que los astros influyen en el destino y voluntad del hombre. Llámase *triumfante* á la bestia, porque los signos del Zodíaco y las nociones de influencia sideral, con el cúmulo de preocupaciones sobre la misma, eran cosas de que casi nadie dudaba.»

Por otra parte el momento no era oportuno para llamar *triumfante* la autoridad de Roma, á quien negaban todo *triunfo* los pretendidos reformadores y los soberanos de ambos sexos que les protegían. A juzgarlo bien, en aquel libro se declaraba una guerra implacable, exagerada y á veces mal fundada en la razón, á los humanistas de todos los países. Atacando con violencia á los humanistas, y tildándoles de ignorantes, suscitábanse odios casi feroces; y esta nueva falta la cometía el que aconsejaba á una mujer la *monarquía universal*: esto bastaba para compeler á la España al campo de batalla, y hacerla contraer una alianza con los humanistas tan cruelmente tratados. Estoy íntimamente convencido de que si Roma (Clemente VIII), debía quejarse de alguna injuria, la Santa Sedé, por lo que la incumbía, había perdonado al ofensor, opinion que puede apoyarse en la lentitud del proceso.

Bruno mantenía, sin embargo, algunas correspondencias con Roma; y los amigos que tal vez tenía en ella solo veían en aquellos libelos lo que concernía á los humanistas. España quizás no pensaba entonces sériamente en armarse de sus pensiones, de sus seides, de su cólera, que, segun ella decía, tenía *derecho de ciudadanía en Roma*. El Papa había manifestado con tanta habilidad como generosidad, sentimientos de clemencia en la cuestion de Enrique IV. Bruno se permitió también decir que el cardenal Aldobrandini poseía las virtudes de su tío. La nostalgia (la invencible enfermedad del regreso) engañó á Bruno. El desterrado se equivocó: dó quiera que derramó su hiel y dió á conocer sus desordenadas extrava-

(1) La voz *bestia* está tomada colectivamente por todo el reino animal en abstracto, por toda la especie de brutos.

gancias, fué recibido con poco agrado. De Wittemberg, primera patria del protestantismo, para quien el inquieto dominico habia sin duda aparecido demasiado católico, pasó á Praga; de Praga, donde la aureola de Nepomuceno (1) despedía aun esplendentes rayos á orillas del Moldau, á Brunswick y luego á Helmstadt; en 1591, se hallaba en Francfort, ciudad aun *algo mixta*. Finalmente creyó poder ir á Venecia que parecia mantenerse en una juiciosa obediencia á Su Santidad; pero allí fué preso, encerrado en un calabozo, y luego trasladado á Roma.

En esta ciudad mas de un humanista, en vez de observar con la dulzura de un cristiano que en los pasados hechos podia recaer alguna sentencia terrible, se unió con los pensionarios de Madrid. No debe dudarse de que toda la vida de Bruno se gastó en trabajos poco dignos de un hijo de Domingo; pero el *misérable* habia obrado peor; habia dicho á los profesores de Europa que eran unos ignorantes, y elogiado al adversario de Madrid en la gran pretension de un cetro tan pesado, que ninguna mano humana habria podido sostenerlo. Bruno habia acumulado faltas sobre faltas; pero podia cambiar de conducta. Amaba á la patria: súbdito leal de la monarquía de España, ¿por qué no aspiraba el desterrado á volver á Nápoles ó á Nola? proponíale que abandonara sus errores, y aquí empezaba otra clase de falta. El *Canto del Cisne*, en favor de Isabel lo disculpaban el *hambre y la penuria*, al paso que las injurias á los humanistas eran casi todas dictadas por el orgullo del que las lanzara. Bruno ignoraba que con el insulto no se reforman las ciencias y las artes, ni con las *contumelias* é imputaciones groseras.

(1) San Juan Nepomuceno, llamado así por el lugar de su nacimiento, Nepomuck, era confesor de la emperatriz Juana, mujer de Wenceslao, rey de Bohemia. Quiso éste forzarle á que le revelara la confesion de la reina Juana: negóse Juan, y el rey le mandó arrojar, atado de piés y manos, en el Moldau, rio que atraviesa á Praga. Cuando se llega á Roma por el camino de Toscana, se debe llamar la atencion del viajero, mucho mas de lo que se hace, hácia uno de los extremos de *Pontemolle*, donde se vé la estatua de San Juan Neponuceno, admirablemente colocada á la entrada de la augusta capital donde reside la alta penitenciaria católica.

Reinaban en Roma Clemente VIII y el cardenal Aldobrandini, á quienes conocemos bastante. Lo único atacable era la doctrina astronómica de Bruno, porque la experiencia no nos habia dado el triunfo de lo que hoy es incuestionable en Roma, Londres, Estocolmo y Madrid; pero las exigencias de venganzas mezquinas y despreciables, y el pesado cetro dejado por Carlos V y Felipe á un príncipe inexperto, que confiaba el gobierno á subalternos mas imbéciles que enérgicos, decidían de otro modo la cuestion.

En sus apuros, no solicitaba Bruno, ni aceptaba ningun perdon, ni sufría ninguna explicacion, sino que obstinadamente dedicado á sus libros, parecia desconocer la clemencia de los reyes. Fué sentenciado á la hoguera y entregado á las llamas en 17 de febrero de 1600, en el campo de Flora, en Roma. Recordemos aquí que, segun Voltaire, los cristianos inventaron el suplicio del fuego contra los herejes: esto no es cierto de ningun modo. La hoguera era el suplicio que los legos hacian sufrir con mas frecuencia á cualquier reo, á los ladrones, á los traidores al rey ó la patria, ó á los que pasaban por tales (1). Esto es tan cierto, que Calvino tuvo buen cuidado de valerse de la hoguera cuando quiso desembarazar su dominacion de la presencia de Servet. En efecto, Servet pereció en las llamas en Ginebra, en 27 de octubre de 1553.

Ahora, con la franqueza del historiador, examinemos si Felipe II, tan zeloso de su autoridad, habria exigido tal venganza. Yo no lo creo. Felipe hubiera pronto conocido, en su altivez de monarca, que no era preciso satisfacer el rencor y la indignacion de algunos humanistas insultados en sus tra-

(1) Dante fué condenado por los güelfos, así como otros muchos florentinos, por un pretendido crimen de *baratteria*. La sentencia contiene estas palabras: «Si uno de los susodichos cae algun dia en poder de la fuerza de este comun, sea el tal quemado por el fuego hasta que muera.»—La *baratteria* no es la *herejia*.

Hé aquí otro hecho que prueba que los cristianos no inventaron el suplicio del fuego para vengarse de los herejes. En el primer tomo de la presente historia se lee: «El martirio de san Fructuoso, obispo de Tarragona, tuvo lugar en el año 259. El gobernador Emilio le dijo: *¿Eres obispo?* y Fructuoso respondió: *Sí*. Emilio continuó: *Ya no lo eres*; y mandó que fuese *quemado vivo*.»

bajos. Si Felipe hubiese aun vivido en 1600, no se hubiera acordado del *Canto del Cisne*, y la satisfaccion de hacer morir á un súbdito rebelde habria sido vana para el que en 1598 decia á su hijo: «Seguid bien con el Papa y los cardenales.»

El suplicio de Bruno, esta exigencia fatal, humilló y lastimó profundamente á Clemente VIII, mayormente debiéndose á la viva obstinacion de Santorio de San Severino, rival d' Aldobrandini en el cónclave de 1592.

En esta circunstancia puramente española, casi pued decirse que nadie cumplió su deber: habia un suplicio natural y conveniente para el *Nolano*, quien se habia hecho arrojar de todos los paises en que difundiera sus teorías absurdas. Venecia habria debido echarle en una góndola, y desde el pueblo de *Mestre* conducirle á Alemania, aunque allí no contase con ninguna simpatía. A no tomar los *Diez* esta resolucioin, debian exigir que se instruyera el proceso en Venecia, para que España no pronunciase el fallo.

Nos detenemos, pues, que al continuar refiriendo hechos de otros siglos, no nos cumple llenarnos de aquella indignacion fingida de que dejan poseerse ciertos ánimos inquietos que creen posible la vuelta de semejantes tiempos. Tales juicios pertenecen á aquellos dias, y á nadie es permitido añadir al horror que inspiran (1) el pretendido temor de que se renueven mañana: son unos tiempos que, lo proclamamos muy alto, no volverán jamás.

Aquí nos creemos obligados á consignar un hecho histórico muy extraordinario: la escena pasa entre Rosny y el cardenal Aldobrandini, que á la sazón se encontraba en Chambery, al lado del ejército francés.—Era difícil ajustar la paz entre Enrique IV y el duque de Saboya; paz que se hizo en pocas horas, por circunstancias memorables.

(1) Todavía se hablaba del sectario Paleario, que pereció en Roma en la horca y en las llamas (año 1570); el napolitano Vanini murió también en la horca para ser en seguida entregado á las llamas, en Tolosa, (1619). Se le acusaba de haber compuesto un libro intitulado: *De los admirables arcanos—de la naturaleza, reina y diosa de los mortales*. Era una como imitacion del poema de Lucrecio, sin que eso perjudicara al santo é inalterable catolicismo. La *diosa naturaleza*, como tampoco la *diosa razon*, no conseguirá nunca apagar nuestra fe en Jesucristo.

Los que hablan son siempre los secretarios de Rosny. En cuanto á éste trataba de ir á Paris por dinero para continuar la guerra. Dicen sus *Economías*.

« Vos fuisteis una mañana á despediros del rey , que os abrazó diciendo en alta voz : « Animo , diligencia , dinero y municiones , amigo mio , y á Dios ! » Entonces le digisteis : « Señor , llevariais á mal que yo fuese á saludar al legado (el cardenal Aldobrandini) ?—Sí , os contestó , hariais bien ; pues os ama y os aprecia mucho.—Decidme : si me habla de la paz , ¿ qué quereis que le responda ?—Ya sabeis mis negocios y mi voluntad , tan bien como yo , dijo el rey ; haced lo que estiméis mas conveniente.

« A todo esto , pasasteis el rio para trasladaros al alojamiento del legado , y enviasteis á su encuentro vuestros caballos de posta , para montar allí á caballo en su presencia. Sabiendo , pues , que ibais á visitarle , os dispensó toda suerte de honores y deferencias , y al veros con botas os preguntó á dónde ibais.—Monseñor , le digisteis , me voy á Paris para que traigan dinero y municiones á fin de pasar los Alpes é ir á Italia ; y con esta ocasion iré con buena compañía á besar los piés al Papa (1). Pero no he querido marchar sin venir á despedirme de vos y ofreceros mis muy humildes servicios , rogándoos que digais al Papa que soy su muy humilde servidor. — ¿ Cómo , respondió el señor legado , á Italia ? Pero , señor , eso no es preciso. Os ruego que me ayudeis á reanudar esta paz , pues conviene hacerla á toda costa. — Yo lo quiero , digisteis , monseñor ; bien sabeis que no soy falso ni disimulado : por lo tanto he de decir libremente los artículos de que depende la paz y lo que podeis hacer ; pues por mi parte os diré con franqueza mi opinion acerca de lo que podrá el rey negar ó conceder —Entonces , habiéndoos hecho cargo de los siete puntos en cuestion , le digisteis : — Monseñor , ¿ dareis crédito á lo que os diré ?—Sí , respondió.—Pues bien , os declaro que los puntos á orillas del rio Rosno , de los pueblos veci-

(1) Aquí Rosny se chanceaba , pues á lo mas el ejército del rey debia ocupar el marquesado de Saluces ; y de Saluces á Roma hay todavia gran distancia.

nos de Ginebra, Chateau-Dauphin y Besche-Dauphin, no los obtendreis nunca.—¿Y por qué? respondió.—Monseñor, hay tantas buenas razones, que serian hasta prolijas de deducir, y por eso, sin insistir mas sobre el páticular, creed que no se hará sino lo que he dicho.»—Entonces dió con vos dos ó tres vueltas á la estancia sin decir palabra; y luego repuso de pronto:—«Pero, señor, si yo dejara aquellos cuatro puntos ¿me concederiais los demás?—Monseñor, digisteis, no tengo encargo expreso, y en nada pensaba menos que en tener que tratar de la paz con vos; y con todo casi me atreveria á asegurar que el rey cederá á vuestros ruegos.—Caballero, dijo él entonces, hagamos por fin entrambos esta buena obra, é id á ver al rey para disponerle á aprobar lo que hemos proyectado.—Voy, monseñor, digisteis, y os aseguro que traeré una confirmacion de todo.»—Al mismo tiempo volvisteis al rey, que os dijo: «Cómo ¿vos por aquí aun? ¿no marchais?—Creo que no, señor, digisteis, pues hay otras noticias; la paz está ajustada, si quereis.»—Entonces le constasteis cuanto habia pasado, y él os mandó que volvieseis á ver al legado para darle palabra en su nombre. De suerte que despues de varias idas y venidas que hicisteis del legado al rey y del rey al legado, vosotros dos solos convenisteis y acordasteis los artículos de la paz.»

Esta relacion rápida es un modelo de concision, de claridad; las historias serian breves á poderse contar todas así.

Hé aquí lo que son dos hombres hábiles y probos, que poseen toda la confianza de sus amos. El uno solo necesita dar tres vueltas á una estancia para saber lo que puede conceder; el otro persuade al rey con cuatro ó cinco palabras; y así se ajustó el difícil tratado de Saluces, sobre el cual se ha dicho que el rey de Francia obró como mercader, y el duque de Saboya como rey.

No creo razonable esta opinion. El reducido marquesado de Saluces embarazaba la marcha habitual de la política francesa (1). Era menester por esa *frusleria* (el secretario florentino

(1) El marquesado de Saluces era antiguamente un feudo del Delfinado, de pendiente de los delfines de Viennois: lo prueban los pleitos

dice *rognure*), conducir tropas por mar y reducirse á ver aquel suelo casi inútil y sin rentas considerables, trocarse como en un campo de batalla en que el honor francés sufriría menoscabo. Enrique IV recibía en cambio la Brescia, rico país que ensanchaba varios puntos del Este de Francia y nuestra Borgoña. Por lo que hace al duque de Saboya, consintió en enormes sacrificios para poseer un país como enclavado en sus Estados, desde el cual se le podía hacer daño, y adivinar la larga série de tentativas, cuyo resultado final fué dar bastante poder á un duque sucesor para alzarse rey en una porcion muy importante de Italia.

Cuando se piensa en que el Estado de Génova acabó por caer en 1815 en la red tendida por los años de 1600, hay que notar la prevision de la casa de Saboya, cuyos príncipes, con los Borbones y las familias de Lorena y Sajonia, pertenecen á las

prestados á nombre de los marqueses de Saluces á estos príncipes, y á los reyes de Francia, herederos de sus derechos.

Los cõdes ó duques de Saboya han disputado á veces este derecho á los reyes de Francia, so pretexto de que algunos marqueses de Saluces, que tuvieron cuestiones con aquellos delfines, habian solicitado la proteccion de Saboya. Esta disputa se orilló por un decreto del parlamento de Paris, en 10 de mayo de 1370; habíala motivado la cuestion que se promovió por la movilidad del marquesado, entre el rey Carlos V, el conde Amadeo de Saboya y el marqués Federico de Saluces. Por este decreto conservó el rey su derecho de soberanía, y Federico la posesion de su marquesado, con la condicion de prestar pleito homenaje al rey de Francia, á causa del Delfinado que le pertenecia. Tras varias vicisitudes, el marqués Juan Luis de Saluces murió sin hijos, dejando por testamento su marquesado á Carlos IX. El rey no quiso aprovecharse de este legado, y dió su investidura á Gabriel, hermano de Juan Luis. Muerto Gabriel, sin hijos, el Estado fué reunido á la corona de Francia.

Carlos Manuel de Saboya, hijo de Filiberto, prevaliéndose de las alteraciones de la Liga, invadió el marquesado en 1588. Desde entonces Francia reclamaba siempre Saluces, y el duque de Saboya no queria devolverlo.

Tal era la cuestion que Rosny y el cardenal Aldobrandini terminaron tan hábilmente, y que permitió ajustar una paz duradera.

El marquesado quedó en poder del duque, que en cambio dió ricos paisés de la Brescia.

Ahora notamos la falta de un ignorante en geografia que inculpa á Enrique IV por haber tenido pretensiones sobre un principado sito en el corazon de Italia; es un error: del monte Delfin á Saluces hay pocas horas de distancia, y si los delfines de Viennois tenian relaciones con el marquesado, era á causa de la vecindad.

primeras casas de Europa. La Brescia no conducía á Génova; Saluces abría con el tiempo los puertos de los Estados de esta antigua república, que, destinada á perecer sin haber cometido faltas, murió tan solo á causa de esa tendencia actual á borrar las naciones. Respecto de Francia, conviene observar ante el peligro que aquí indicamos, que conoció temprano el precio de aquellas partes que al cabo forman un todo formidable, en el que los vecinos no pueden hincar los dientes para morderlo ó despedazarlo.

En cuanto al negociador Aldobrandini, este varon prudente, y que sin embargo tomaba tan pronto su partido, prefería ver en Italia á un duque de Saboya todavía débil, á ver en ella una hueste francesa situada, aunque á ochenta leguas de distancia, bastante cerca de Roma para que un general de esta nación pudiese ir de allí, *en buena compañía, á besar los piés del Papa.*

En 1601, Clemente fué el primero que estableció el uso de enviar pañales á los hijos de los príncipes católicos. El Papa encargó á Maffeo Barberini que llevara esos pañales á Francia para el Delfin, despues Luis XIII, hijo de Enrique IV y de María de Médicis, nacido en 27 de setiembre (1).

(1) Aquí transcribiré la carta que Enrique IV escribió á de Ossat para darle esta noticia, y en ella se verá la disposicion alegre y solícita de un rey de Francia cuando le nace un delfin.

«Primo mio: esta carta sirve para participaros que actualmente mi esposa ha dado á luz con felicidad un delfin, lo que no he querido tardar mas en avisaros, á fin de que lo hagais saber á nuestro Santo Padre el papa y á los cardenales del santo colegio, á quienes creyereis que agrada-
rá la noticia, dando para ello los pasos convenientes, y asegurándoles que la madre y el niño siguen bien (*se portent bien*. Se vé que esta fórmula, que aun está en uso hoy día, data del tiempo de Enrique IV). Y sin otro particular, ruego á Dios, primo mio, que os tenga en su santa y digna guarda.

«Escrito en Fontainebleau á 27 de setiembre de 1601, á las diez y media de la noche.

« ENRIQUE.

«Y mas abajo,

« De Neuville. »

De Ossat experimentó una alegría; pero no pudo disponer regocijos, ni distribuir particularmente limosnas. Sully casi nunca le daba dinero,

En dicho año, Clemente canonizó solemnemente á Raimundo de Peñafort, tercer general de la órden dominicana, capellán de Gregorio IX, y muerto centenario en 6 de enero de 1275.

En 1583, se imprimió en Lisboa un libro titulado *De la concordia de la gracia y del libre albedrío*, por Luis de Molina, jesuita español: libro que corrió por toda Europa sin ninguna resistencia y con éxito, y fué denunciado á la Inquisicion de Roma. Clemente quiso que esta causa se examinase con gran rigor, y en 1602 nombró ocho teólogos que, á los tres meses de deliberacion, declararon erróneas y temerarias sesenta proposiciones de Molina. Los jesuitas contestaron, y en la segunda congregacion, mas numerosa, se redujo dichas sesenta proposiciones á veinte solamente.

Entonces el Santo Padre mandó que, con asistencia de los cardenales de la suprema Inquisicion, de los examinadores diputados y de los dos generales de las dos órdenes disidentes

á pesar de que se lo debian; Sully evitaba hasta contestar las cartas del cardenal, por no darle el título de *monseñor*, no considerándole sino por su nacimiento. Sully no hubiera pues llamado *Vuestra Santidad* á un papa francés como Urbano IV, que reinaba en 1261, porque este papa era hijo de un *sutor veteramentarius*. ¡Oh debilidad de un grande hombre! Y sin embargo, el rey de Francia y de Navarra llamaba entonces *primo* al obispo cardenal que para Rosny no era un *monseñor*.

Mas no debemos reprender á Rosny, que mostraba consigo mismo una profunda indiferencia ante esta especie de insulto que hacia á de Ossat; Rosny nos dice que Catalina de Navarra le reprochaba por hacer el *bon valet*; y mas lèjos pone en boca de la misma princesa estas palabras que ella le dirigió: «Señor de Rosny, os despacho ahora como vos sabeis despachar á un cualquiera!.... No hay nadie que no se haya maravillado de vuestra imprudencia en haber obrado tan ligeramente (se trata de una reconciliacion entre Catalina y su hermano Enrique IV), emprendido negocios tan espinosos y dificiles que deben arreglarse entre personas de tan eminente cualidad, que deberian tratarse por gente de otra condicion que unos hidalgüelos como vos, cuyo honor mas grande es haber sido *alimentado* desde jóven en nuestra casa, de la que todos los vuestros han sido siempre *servidores*.»

La célebre duquesa de Beaufort escribió á Enrique: «Me engolosináis y me amenazáis con abandonarme, para mantener á un *criado* vuestro que me ha ofendido muchas veces.»

Por lo demás, esto prueba que el que muestra un orgullo excesivo, puede encontrar á otro de mas encumbrada posicion que, sin que se le pueda imponer silencio, humille la presuncion mas inveterada.

en este punto, dominicos y jesuitas, propusieran ambas partes ante la Santa Sede sus respectivas razones.

Para esta causa se reunieron cuarenta y siete congregaciones, del 20 de marzo de 1602 al 22 de febrero de 1606. Se denominaban *de auxiliis*, y el Papa presidió treinta y siete, enfermando antes de pronunciar ninguna sentencia. Paulo V asistió á las diez últimas congregaciones, en las que el exámen estuvo sometido solo á los cardenales, y en 27 de abril de 1606, falló que se permitiría á las dos órdenes enseñar en sus escuelas el uno y el otro sistema *encontrado* sobre la gracia, con tal que lo hiciesen con la prudente y respetuosa moderacion que conviene á los teólogos católicos y particularmente á los religiosos.

En abril de 1603 falleció la reina Isabel de Inglaterra, mujer superior bajo algunos conceptos, pero que bajo el religioso, fué el azote de la fe romana, aborreciéndola y persiguiéndola con el encarnizamiento de los primeros tiranos de la Iglesia.

Por su testamento dejó el trono á Jacobo, rey de Escocia, cuya madre, María Stuart, pereciera en el cadalso, así de órden del parlamento como de Isabel, que la perseguia por que profesaba la religion católica. El Papa creia que con Jacobo subiria la fe al sólio inglés; pero los afanes del Pontífice fueron luego infructuosos: el rey profesó la religion anglicana, y en breve injurió por escrito la católica; fué el primero que tomó el título de rey de la Gran Bretaña, y que ejerció inícuamente los derechos pertenecientes tan solo al vicario de Jesucristo. Así es que entonces se perdió toda esperanza de ver la verdadera fe enteramente restablecida en aquel reino (1).

(1) En esta obra hemos hablado varias veces de Isabel, y las circunstancias de los hechos á que nos referiamos no nos permitian tributar grandes elogios á esta reina. El amor á la verdad reclama ahora que consideremos á Isabel bajo diferentes conceptos que no ofrecen motivos para afeár su conducta; y es preciso que uno sea bastante fuerte consigo mismo para saber decir el bien despues del mal.

Bajo su reinado disfrutó Inglaterra de una situacion que podia hacerla floreciente, consideradas sus relaciones con los demás Estados europeos. Su comercio extendió sus ramificaciones á las cuatro partes del mundo, y se establecieron sus principales manufacturas. Isabel desterró el lujo, el enemigo mas cruel de un estado.

Vamos á consignar un rasgo que honra á Isabel. La arbitrariedad y

El Papa sintió vivamente un acontecimiento desagradable que consternó á toda la ciudad de Roma. Un hombre perseguido por los esbirros, ó agentes de justicia, se refugió en el palacio del cardenal Odoardo Farnesio. Los esbirros penetraron en el palacio, y fueron tan mal tratados por los criados del car-

la excesiva severidad de su justicia no la impidieron mostrar un día la clemencia mas generosa. Una escocesa agregada al servicio de María Stuart (Margarita Lambrun), tuvo noticia de que su esposo habia muerto de dolor al saber la cruel muerte que sufrió aquella princesa. Determinada á vengar la muerte de la una y del otro, Margarita regresó á la corte, se disfrazó de hombre, y armada con dos pistolas acechó la ocasion de asesinar á la reina y suicidarse en seguida para evitar el suplicio. Mas penetrando desatentada por en medio de la muchedumbre, dejó caer una de sus pistolas, y acto continuo fué reducida á prision. Quiso Isabel interrogarla por sí misma, y conmovida por la audacia de sus respuestas, la dijo friamente: «Puesto que con vuestra conducta habeis creído cumplir con vuestro deber y satisfacer á cuanto exigía de vos el amor que sentísteis por vuestra señora y por vuestro marido, ¿cuál pensais que en este momento sea mi deber relativamente á vos?—Con la mayor franqueza responderé á V. M.; pero antes debo saber si respondo á una reina ó á un juez.—A una reina.—En tal caso debeis perdonarme.—¿Y qué garantía me dareis de que no abusareis de este perdón para atentar otra vez á mi existencia?—Señora, un perdón concedido con tantas precauciones, deja de ser perdón; y á V. M. le queda el derecho de obrar como juez.—Isabel se dirigió á los cortesanos de su comitiva, diciéndoles:—Treinta años hace que soy reina, y nunca habia encontrado quien me diera una leccion semejante.—En seguida la hizo gracia sin condicion de ninguna especie, á pesar de la oposicion del presidente de su consejo. El consejo de los reyes suele decirles lo que á poca diferencia deben practicar para vivir tranquilos, mas no lo que deben hacer para inmortalizar su nombre.

Isabel tenia por costumbre no permitir que el odio echara profundas raíces en su corazón, procurando reconciliarse con aquellos á quienes tenia ofendidos, en lo cual sabia muy bien lo que se hacia, pues el captarse la voluntad de aquellos de quienes es de temer el odio, es una gran máxima en el arte de reinar.

Asegúrase que hablando de esta reina, dijo en cierta ocasion Sixto V: *Fu un gran cervello di principessa.* «Fué una gran cabeza para princesa.» Quizás nó sea cierto que Sixto V hubiese proferido estas palabras: siendo como era un juez tan severo, hubiera tenido que olvidar muy pronto la carta de María Stuart. Con todo, si este pontífice las proferió realmente en uno de esos momentos en que la accion política habia obtenido, al parecer, triunfos tan rápidos como prósperos, *tales como él los deseaba*, preciso es confesar que en aquel momento se dejó llevar de una vivacidad, que de ninguna manera se puede aplaudir. Un soberano seglar puede sin peligro proferir palabras de aquel género; pero un pontífice nunca debe apartarse de su objeto, de su deber, de su dere-

denal, que en medio de la confusion, el perseguido emprendió la fuga.

Al saber este hecho, el Papa se irritó y mandó al gobernador de Roma que procediese con rigor contra los criados del cardenal, á quien dirigió fuertes reprensiones, exigiendo la entrega de los culpables.

Varios príncipes romanos y el embajador del rey católico se presentaron al Papa para aplacarle, y el cardenal salió de Roma, pero acompañado de tantos partidarios, que no podia temer ninguna violencia; circunstancia que aumentó la indignacion del Papa, el cual ya no quiso perdonar.

Ranucio Farnesio, duque de Parma, se presentó luego en Roma para ayudar al cardenal su hermano á recobrar la gracia del Papa, á quien calmó con tan buenas maneras y tan respetuosamente, que Clemente perdonó á los delincuentes. El cardenal indultado no quiso empero regresar demasiado pronto. En esta ocasion el Papa tomó á su servicio seiscientos corsos y doscientos arcabuceros de á caballo para la guardia del palacio pontificio y de otros puntos importantes de la capital.

En su sexta promocion, Clemente dió la púrpura á Serafin Olivier, á quien habia preguntado lo que en Roma se pensaba acerca de los disturbios de Francia (1). Jacobo Davi de Peron, amigo de Rosny, recibió tambien la púrpura en la misma promocion.

En 1604, Francia y Roma hubieron de llorar la muerte del cardenal de Ossat. Este fidelísimo servidor del rey Enrique IV no tenia mas que sesenta y ocho años de edad, y se esperaba

clto; y si el *gran cervello* no retrocedió ante el crimen, Roma no puede aprobar sin reserva tales actos, por mucha celebridad que se les suponga, por mucho ruido que deban hacer en la historia. El Salvador no instituyó á sus vicarios en la tierra para que aplaudieran hazañas de esta naturaleza. Juzgo inútil hacer constar que en esta cuestion no se trataba de dogma alguno, y sí solamente de una apreciacion, no religiosa, mas ó menos favorable, de aquello á que los hombres han dado el dictado de glorioso y memorable.

(1) Monseñor Serafin tenia 71 años cuando ascendió á cardenal, era uno de los mejores amigos del cardenal de Ossat, que murió antes de ver la promocion de una persona á quien tanto apreciaba.

que su salud continuaria sin quebranto en un país en que los aires son templados y la temperatura favorable á los ancianos; pero Enrique IV debia sufrir un dolor que no ocultó cuando supo esta noticia.

Se ha visto que de Ossat, dedicado en su juventud á profundos estudios, conocia á fondo á los clásicos mas sábios. Tácito, Plinio y Ciceron formaron particularmente sus delicias. A nuestro negociador se le ocurrían con frecuencia pensamientos sacados especialmente de Tácito. Se reconocen las huellas del analista romano, sobre todo en algunos retratos de la misma Roma, que no estarán aqui fuera de lugar, y que el enviado francés trazaba en sus cartas á Enrique y á Villeroi.

De Ossat cita, á proposito de la ciudad de Roma, estos pensamientos de Tácito: «En una ciudad que lo sabe todo y no calla nada. En una ciudad ávida de hablar. En una ciudad que todo lo interpreta.»

He aquí un recuerdo severo: «Agitando las cosas privadas sin curarse de los intereses públicos.» Otro pasaje de Tácito es casi cruel, y de Ossat no se olvida de dulcificarlo. Dice el historiador: «Como en las familias hay un estímulo privado, que no hace ningun caso de la honra pública.»

Leyendo algunos otros despachos de Ossat, se vé la huella brillante de sus lecturas. «Aquel sabrá perder, que no sabrá dar. Es preciso aprovechar los sucesos.»

El padre Tarquino Galluzzi, de la compañía de Jesus, pronunció la oracion fúnebre de Ossat, en Roma, á 18 de marzo de 1604. La coleccion de sus cartas la contiene íntegra, y en ella se lee:

«En el muy noble reino de las Gálias, Arnaldo de Ossat no hubo un origen ilustre, no tuvo ningun blason, ningun titulo, ningun ascendiente.» Mas abajo se lee: «En su negociacion satisfizo al Pontífice y agradó al rey; y pacificando el gran reino, restableció la tranquilidad en la república cristiana... Todas las órdenes religiosas sin escepcion le han hecho justicia; lo que yo quiero decir, lo comprende la familia de San Bernardo. Tambien me comprenden las familias franciscana y dominica; nosotros lo comprendemos sin duda; nosotros, particular-

mente, que hemos asociado nuestro nombre á la compañía de Jesucristo.»

Aquí se encuentra un elogio del belicoso y religioso rey Enrique IV.

« Tu has hecho tanto , ó príncipe , por tu liberalidad y tu clemencia, que nosotros hubiéramos deseado ser lanzados con infamia de tus reinos, el mas antiguo asilo de la religion, antes que no haber obtenido tu honroso sufragio y reconocido la gloria de las recomendaciones públicas acordadas á tu virtud.»

El orador cree que de Ossat es llorado por el Papa , justo apreciador de los grandes talentos ; por el sacro colegio , que aplaudia los trabajos de su hermano ; por los tribunales, que no recurrieron en vano á su mejor juez ; por los sábios, que encontraron en él su maestro ; por los literatos, que lo reconocieron como indulgente protector ; en fin , la Francia recibió una honda herida por la deplorable muerte de este que supo conservar en medio de tiempos calamitosos, toda su sabiduría, y que entre tantas opiniones y sectas pérdidas, jamás dejó de pertenecer al antiguo oficio , es decir , al imperio del pontífice romano (1).

Nosotros no nos detendremos en espresar el dolor que experimentó el Santo Padre. Cuando un hombre político tiene la dicha de inspirar confianza á un soberano pontífice, no solamente Su Santidad procura hacer todo lo que es agradable y útil, sino que , le consulta y le interroga , para tomar su parecer como cristiano é hijo de la iglesia , sobre todos los negocios de la Santa Sede.

Tal es el amigo que acababa de perder Clemente VIII sintiéndolo hasta el extremo de que su muerte le produjese una enfermedad.

Al año siguiente, fué atacado de una violenta fiebre intermitente , acompañada de accesos de delirio : al poco tiempo perdió la memoria y la inteligencia tan superior de que estaba dotado ; murió á los sesenta y nueve años , el 3 de marzo

(1) Puede leerse el elogio de Ossat hecho por de Thou (*Historia*. Libro CXXXI). El cardenal Pallavicini, llama á de Ossat , uno de los principales y mas sábios ministros que ha tenido la corona de Francia. (Cap. X del libro XXIV de la *Historia del Concilio de Trento*).

de 1605, despues de haber gobernado la Iglesia trece años, un mes y cuatro dias. Fué enterrado en el Vaticano y trasladado, el 26 de abril de 1646, á un magnífico sepulcro erigido en la capilla Borghese, en Santa María La Mayor.

Clemente estaba dotado de muchas virtudes; se mostró zeloso por la propagacion del Evangelio, por la extirpacion de las muchas herejías que inundaban la Europa, por la conversion de los cismáticos de Oriente, y por el restablecimiento de las costumbres y de la disciplina.

Se le encontraba infatigable en el cumplimiento de sus deberes; ni los años ni las enfermedades fueron bastantes á rebajar su constancia y su valor. Humilde de corazon, se distinguió, sin embargo, por la energía de su carácter y por la fuerza de su voluntad; cuando tuvo conocimiento del negocio del cardenal Farnesio, á pesar de su bondad angelical, supo conservar sus derechos sin exagerarlos, evitando los lazos en que algunos de sus antecesores habian caido. Mas de una vez se le vió en el tribunal de la penitencia recibir, como un buen sacerdote, á todos aquellos que se presentaban, para lisonjearse de haber recibido su absolucion de la boca de un papa. Todos los dias celebraba el sacrificio de la misa, y solia vérselo entonces con los ojos bañados en lágrimas. Muchos pretenden que Enrique IV se prevaleió de esta circunstancia para preguntarle al Nuncio, si el Papa «lloraba todavía.» Nosotros creemos que semejantes palabras querian decir que la vuelta de este rey al seno de la Iglesia debia haber aminorado las penas del Santo Padre. Todos los dias se confesaba con el cardenal Baronio; ayunaba los miércoles, y á pan y agua todos los sábados. Un cilicio, que rodeaba su cuerpo, probaba que hacia penitencia; durante las ceremonias se le veia con los piés desnudos, principalmente en el tiempo en que procuraba atraer á Enrique al seno de la Iglesia. Todos los dias, durante su frugal comida, estaba rodeado de pobres, los lavaba, bendecia su mesa, y les enviaba platos de la suya; visitaba á los desgraciados, consolaba á los afligidos y empleó sumas considerables para rescatar de la esclavitud á los católicos que se encontraban en poder de los infieles. Tal fué el papa que las diferentes sectas quisieron hacer mirar como un Antecristo.

Colmó de gracias á los escritores , y tenia á gloria el contarse en su número. Concedió la púrpura á Baronio , Bellarmino , de Ossat , Perron y Merzali , el primero de los capuchinos que recibió el capelo , y Toledo , jesuita. Toledo y Bellarmino fueron los primeros de esta órden que recibieron este honor.

Además de todas estas mercedes que hizo el Papa en favor de la religion , nosotros citaremos algunas otras todavía , aunque sin seguir el órden cronológico de los tiempos. Impidió á los italianos habitar en ningun país en donde no se permitiese el ejercicio de la religion católica , lo cual fué confirmado por Gregorio XV. Declaró que no estaba permitido confesar por medio de cartas , de comunicaciones , con el confesor ausente , ni recibir de este modo la absolucion.

A pesar de lo que dispone el concilio de Trento , resolvió que todos aquellos que despues del bautismo hubieran pecado , debian presentarse en el tribunal de la penitencia para ser absueltos por el ministro competente ; sin embargo , los escolásticos , fértiles en argucias , habian inventado un método que no podia ser mejor imaginado , para comodidad de los penitentes y la mayor parte de los pecadores poco dispuestos á la penitencia : estos hombres astutos enseñaban que se podia hacer la confesion y recibir la absolucion por cartas , ó por medio de un tercero.

Todos comprenden que no hay nada mas cómodo que confiar la historia de sus propios pecados á un papel , que no les hace ruborizar , ó confesarse (como los sacramentarios) (1) con el Padre Eterno.

Asi se quitaba á la confesion lo que tiene de mas riguroso , por que es conveniente que cada cual haga de viva voz la relacion de sus propias faltas. Se arrebatava así á este tribunal sagrado lo que tiene de mas saludable , pues la confesion es una parte de la penitencia por lo pasado y uno de los preservativos mas eficaces para la recaida.

Por estos motivos , Clemente se vió obligado á condenar

(1) Nota del traductor. (Secta hereje que niega el sacramento de la Eucaristía).

esta nueva opinion como falsa, errónea y temeraria, impidiendo que la sostuvieran en público y en particular, ni aun como simplemente probable, bajo pena de excomunion reservada al Papa.

Reprobó la opinion que tenian algunos, quienes afirmaban que estaba prohibido á los cristianos oír misa en otra iglesia que no fuese su parroquia, y de confesarse con otro que no fuera su propio cura: el Papa declaró lícita una y otra cosa, advirtiendo que por Pascuas cada uno recibiese la Eucaristía en su propia parroquia.

Impidió que en las oraciones se cantasen otras letanías que las de los santos, ó la de la bienaventurada Virgen de Loreto (1).

Corrigió y aprobó el pontifical romano, y el breviario y ceremonial de los obispos. M. Bartholomes, tomo I. página 220, donde hace su juicio sobre el pontificado de Aldobrandini, dice: «Este papa fué uno de los mas recomendables de los tiempos modernos; estaba dotado de un talento prodigioso; activo, infatigable en la administracion, era zeloso de gobernar por sí mismo; político perseverante, circunspecto hasta rayar en taciturno, sumamente sencillo y enemigo de la España tanto como de los Médicis.

La coleccion numismática de Clemente VIII, es una verdadera mina de diamantes y oro. Tantos fueron los hechos importantes que tuvieron lugar durante su pontificado, que los artistas pudieron hacer un gran acopio de ellos.

Empezaré por la descripcion de las medallas que conocemos:

1.^a CLEMENS VIII PONT. MAXIMVS. «*Clemente VIII, soberano pontífice.*» El grabado representa la cabeza desnuda de Clemente VIII. En el anverso: SALVA NOS DOMINE. «*Señor; sálvanos.*» El grabado representa la barca en peligro de perecer; los discípulos invocan el poder de Jesucristo. El artista ha representado una barca tal, que puede confundirse con las que hay

(1) Véase la disertacion del abate Mondille sobre las letanías Lauretanas; es la 44 en el tomo XIV de las disertaciones eclesiásticas recopiladas por Zaccaria. Roma 1795, en octavo.

hoy en el puerto de Civita-Vechia; no tiene nada de antiguo, todos sus aparejos son modernos, parece montada con doce cañones; esta es una inconveniencia histórica difícil de explicar. Molinet, Bonanni y Venuti no han hecho sobre esto ninguna observacion. Como es de suponer, Jesucristo lleva el timon.

2.^a IVBILEI INDICTIO. «*La indiccion del jubileo.*» Al reverso, AN. MDC. El Santo Padre, sobre su trono, con la tiara en la cabeza, á derecha é izquierda un cardenal; sobre un púlpito un prelado que lee el decreto; mas adelante dos heraldos que se cubren la cabeza con una especie de bonete frigio, tocando al propio tiempo la trompeta.

3.^a FERRARIA RECUPERATA, «*Ferrara recobrada.*» La ciudad de Ferrara con sus tierras, y sus iglesias con gran número de torres; mas adelante tres puertas almenadas.

Molinet, independientemente de las tres medallas precedentes, dice que existen treinta y ocho; nosotros no citaremos mas que algunas importantes:

1.^a FVNDATA SVpra FIRMAM PETRAM. «*Fundada sobre una piedra sólida.*» La Iglesia sentada, tiene en la mano una cruz y en la otra una tiara; encima la figura del Espíritu Santo; esta pieza se asemeja á una medalla de Urbano VII de que no hemos hecho mencion.

2.^a FORTITVDO MEA ET REFVGIVM MEVM. «*Mi fortaleza y mi refugio.*» Clemente, con la cabeza desnuda, haciendo oracion delante de Jesucristo crucificado: entre la cruz y el Pontífice la tiara puesta en tierra. Esta pieza fué acuñada durante las plegarias que el Papa dirigia á Jesucristo por la conversion del rey de Francia Enrique IV.

3.^a DOMINE IVBE AD TE VENIRE. «*Señor, ordena llevarme hácia ti.*» San Pedro sobre la barca dirige estas palabras á Jesucristo que está en la ribera. Clemente ruega á Jesucristo que le asista y le conduzca al puerto, á pesar de los huracanes suscitados por la tempestad.

4.^a IN VERBO TVO. «*Sobre tu palabra.*» Pieza igual á otra de que nosotros hemos hecho mencion en el reinado de Inocencio IX.

5.^a CONSECRATIO «*Consagracion.*» Igual á otra del reinado de Gregorio XIV.

6.^a ET NON PŒNITEBIT EVM. «*El no se arrepentirá.*» En el anverso CIOICXCHIII (1594). El Pontífice, figurado con la fisonomía y las vestiduras de Melchisedech, pone el pan y el vino sobre el caliz. Andrés de Nevers de rodillas; este embajador de Enrique IV había venido á Roma para recibir á nombre de su soberano la primera absolución. El pan y el caliz significan aquí el gran sacramento de la Eucaristía combatido por Calvino, del cual Enrique IV había seguido las doctrinas. Entre el Santo Padre y el embajador, que lleva la daga en la cintura, se vé un altar antiguo, sobre el cual brillan vivas llamas.

7.^a HENRICVS IIII D. G. FRANC. NAV. REX. CHRISTIA. (Aquí una flor de lis, que Bonanni ha olvidado.) «*Enrique IV, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, cristianísimo.*» El retrato de Enrique IV muy parecido hecho por el célebre Florentin, pintor muy conocido en aquella época.

8.^a RVTHENIS RECEPŒTIS. «*A los rusos acogidos.*» Al anverso, 1596. El Papa con la tiara puesta, sentado en su trono, bendiciendo los obispos rusos que están de rodillas. Muchos obispos rusos, queriendo volver á la fe romana, enviaron dos compañeros como diputados para manifestarlo así al papa Clemente; los dos enviados fueron Hypalius de Wolodimir, obispo de Bresta, y Cyrilo Terleciski, encargado de la metropolitana de Kiow. El Papa ordena que lean en voz alta las cartas de que son portadores; estas estaban escritas en ruso y en latin. Los obispos no querian abandonar los ritos no reprobados por la corte romana; pedian que Clemente les permitiera conservar los ritos tales como los celebraban antes de la última separacion; estos fueron sus propios términos: «Si nosotros obtenemos de V. S. lo que demandamos ahora, para nosotros y nuestros sucesores, prometemos á V. S. continuar bajo su gobierno.»

Sylviano Antoniano, prefecto de la cámara pontifical y secretario de Clemente, respondió: «Completad la alegría del Santo Padre y la de este sagrado y muy alto colegio; haced vuestra profesion de fe católica: el Santo Padre, en su benignidad paternal, está pronto á abrirnos el seno de su caridad y admitiros en la comunión, recibiendo delante de sus hermanos, los cardenales, la obediencia de vuestro metropolitano, de los demás obispos de vuestra religion, y de toda la nacion

rusa.» Los enviados hicieron la profesion por escrito y besaron los piés al Santo Padre; seguidamente demandaron para sus conciudadanos esta misma gracia.

9.^a TV SCIS DOMINE. «*Tú sabes, Señor.*» Jesucristo, San Pedro y otro discípulo. Jesucristo habia dicho á San Pedro. *¿Pedro, tú me amas?* y Pedro respondió: *Tu scis, domine, quia amo te.* «*Tú sabes, Señor, que yo te amo.*» Aquí el Papa, que es el sucesor de san Pedro, dá á Dios este testimonio de su sincero amor.

10. VENI DILECTA MEA. «*Ven, mi bien amada.*» Hé aquí la explicacion que dá Molinet y Bonanni. El Santo Padre, sobre su trono, acoje á Margarita de Austria, que le presenta una flor. Margarita, desposada con Felipe III, rey de España, pasa por Ferrara para ir á Madrid, donde debia ser coronada. El Papa dirige á la princesa estas palabras del Cántico de los cánticos (IV. 3.) *Ven, mi bien amada, tú serás coronada.* Además de estas dos figuras, las llaves de la Iglesia bajo el sombrero pontifical. Veamos ahora la explicacion dada por Venuti: la figura que está sentada sobre el trono no le parece que pueda ser la figura de Clemente; y en efecto mas se parece á una figura de mujer; nada caracteriza á la otra figura para que parezca una reina; en su consecuencia Venuti piensa que la figura sentada representa la Iglesia, y que la otra es la ciudad de Ferrara. La reconquista de Ferrara ocupaba entonces todos los ánimos, por lo que creemos aceptable el parecer de Venuti.

11. CHRISTIANÆ PAX REIPUBLICÆ. «*La paz de la república cristiana.*» Los retratos de perfil de Enrique IV y de Felipe II. Una espiga de trigo, símbolo de la paz, entre las dos cabezas, esta medalla fué acuñada con motivo de la paz de Vervins en 1598.

12. REMIGAVIT ERIDANUS. «*El rio Eridano navegable.*» Los trabajos hechos en el rio Pó le habian hecho navegable por muchos puntos, y pasaba como un torrente por donde antes estaba seco. El rio está representado, coronado, recostado entre dos pinos. Tiene una urna por la cual se escapan las aguas; muchos pájaros acuáticos se acercan á ellas. Despues de haber recobrado la ciudad de Ferrara, Clemente hizo construir los diques á aquel rio, que ha fecundizado todo el territorio de este principado.

13. HINC PAX HINC VICTORIA. « *De un lado la paz, del otro la victoria.* » La cruz plantada sobre un cerro. Tiene á un lado una rama de olivo, al otro una palma. Una nu eva alusion, segun Venuti, á la recuperacion de Ferrara. Bon anni dice que esta inscripcion es de san Crisóstomo, quien, en su homilia cincuenta y cinco sobre san Mateo, exhorta á tener siempre presente la cruz hasta en los sitios mas retirados de la casa, sobre los muros, en las ventanas, en todas partes; llevando además su imágen en nuestra imaginacion y en nuestro espíritu: *Unde pax et victoria. « A un lado la paz, al otro la victoria. »*

14. IVSTITIA ET CLEMENTIA COMPLEXÆ SUNT SE. « *La justicia y la clemencia deben ir unidas.* » En los grabados de Molinet y de Bonanni, el artista añade, despues de la palabra *complexæ*, la palabra *se*. Estos dos autores, al dar sus explicaciones, no mencionaron sino las cinco palabras que mas arriba se leen, sin la palabra *se*; esta pueda ser necesaria ó puede ser una falta. Estas dos virtudes deben estar tan íntimamente unidas, que no pueden ni deben separarse nunca. La justicia sin la clemencia, dejenera en crueldad. La clemencia sin la justicia, desciende hasta la cobardía. Estas dos virtudes brillaron á la vez en Clemente VIII. Por un sentimiento de clemencia fué por lo que dió su absolucion á Enrique IV, y por un sentimiento de justicia por lo que resistió á Felipe II, que no queria que perdonase al bearnés.

15. EXVRGAT. D. ET DISSIP. INIM. EIVS. « *Que Dios se levante y sus enemigos serán destruidos.* » El papa, sentado sobre su trono, dáel estandarte de la Iglesia, sobre el que está pintada una cruz, á Juan Francisco Aldobrandini, que parte para ir á socorrer á Rodolfo, que sostiene una larga guerra con los turcos. Juan Francisco está de rodillas, y tiene en la mano el estandarte.

16. LILIA PROPAGANTVR IN ORBE. « *Las lises son propagadas en el universo.* » Enrique IV y María de Médicis de perfil; entre los dos, por encima de la cabeza, una rosa: esta fué la rosa de oro enviada á María antes de su marcha de Florencia á Paris. Esta medalla no se encuentra mas que en Molinet.

17. MAGNVM GRATIA SACRAMENTVM. Al exergo LATERANI.

«*El gran sacramento de la gracia en Letran.*» El tabernáculo, en el cual se expone el Santísimo Sacramento. «En los otros sacramentos, dice Bonanni, Dios nos ha acordado dos gracias divinas; mas en el de la Eucaristía, nos comunica este mismo manantial de gracia.» Así es que san Pablo (I. á Timoteo capítulo III, pag. 16) llama á la Eucaristía *magnum pietatis sacramentum*. «*El gran sacramento de piedad.*» Esta medalla fué acuñada con motivo de los embellecimientos hechos en la iglesia de San Juan de Letran, por Clemente VIII. Hay otra medalla que tiene esta misma inscripcion, pero representa la cena de Jesucristo.

18. IVSTI INTRABUNT PER EAM. MDC. «*Los justos entrarán por esta puerta. 1600.*» La puerta santa á la derecha, á la izquierda, dos ángeles entre nubes. Encima de la puerta, en pequeños caracteres: *Clemens pont. max.* Esta medalla fué acuñada para invitar á los fieles á venir al jubileo.

19. ABSOLUTO. A. IVBILEI. «*El año del jubileo ha concluido.*» El Padre santo trae un ladrillo para tapiar la puerta santa.

20. PORTAM SANCTAM APERTIT CLAUSIT ANNO IVB. IMDC. «*El ha abierto y cerrado la puerta santa en el año 1600.*» La puerta santa, en medio de la cual esta esculpida una cruz.

21. LAVDATE NOMEN DOMINI. MDC. «*Atabad el nombre del Señor. 1600.*» Una procesion que entra en una iglesia. Un ángel en el aire llevando una rama de olivo. Segun de Molinet son los benedictinos que vinieron de Florencia á Roma en peregrinacion durante el año del jubileo. Esta medalla fué grabada para perpetuar este recuerdo. Segun Bonanni, cree que no son benedictinos, y sí una reunion de peregrinos heresiarcas, vueltos nuevamente al catolicismo, que habian venido á admirar las fiestas del jubileo, en medio de las cuales se encontraba un pariente de Calvino. Venuti cree que es una procesion de peregrinos, mas no dá pormenores sobre ella, como los otros.

22. EGO VOS REFICIAM. «*Yo os alimentaré.*» Molinet cree que se trata aquí todavía de los benedictinos florentinos; asegura que Clemente les dió una comunión particular en el Vaticano, y que, en seguida, les sirvió una comida á la que él mismo asistió. Bonanni no habla mas que de unos peregrinos, y Venuti no vé en esta medalla sino á los mismos. La medalla

representa nueve personas, en medio de las cuales hay alguna mujer. Van á entrar por la puerta santa. El Salvador, sostenido por unas nubes que llevan unos querubines, bendice á estos peregrinos; aquellos que están mas atrás por ver mejor al Salvador, no están arrodillados.

23. INTROITE IN EXULTATIONE. AN. MDC. « *Entrad llenos de alegría, 1600.* » (S. 99). El Santo Padre, puesto de rodillas, vé entrar un rebaño de ovejas por la puerta santa.

24. REGNIS NATVS ET ORBI. « *Nacido para los reinos y para el universo.* » Un niño corriendo, lleva en la mano derecha un cetro terminado por una flor de lis, y en la otra tiene otra flor de lis muy grande; delante de él hay un gallo que lleva una corona. El niño es Luis, delfín de Francia, nacido el 27 de setiembre de 1601, para ocupar los tronos de Francia y Navarra; de Molinet y Bonanni añaden: « y á mas los tronos de todo el universo. » Este prurito de adulaciones es siempre vituperable. Venuti vé que el gallo pisa, ú oprime, bajo sus piés, el universo: el gallo lleva una corona, tiene una pata en el aire y la otra no la ocupa mas que en sostenerse en su actitud, que denota la calma. Por otra parte, el autor de la inscripcion fué quien tuvo la culpa de toda esta adulacion, fuera de conveniencia. La Francia es un bello y fuerte país, que resistirá al universo, mas que no tiene designio de someterle.

25. VNVS DEVS VNA FIDES. MDCI. « *Un solo Dios y una sola fe, 1601.* » La religion de pié, rodeada de una aureola esparciendo los rayos de su luz. Tiene la cruz y el caliz de la eucaristía. Tertuliano dice: « *Si hay mas de un Dios, no hay ninguno.* » El doctor angélico dice: *Multitudo numinum, nullitas numinum;* « *La multitud de los dioses es la nulidad de los dioses.* » En san Cipriano se lee: *Unus Dominus, una fides, unum baptisma;* « *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo.* »

26. PAX ET SALVS A DOMINO. MDCI. « *La paz y la salud vienen del Señor, 1601.* » Una mujer coronada, tiene la cruz con la mano derecha, y con la izquierda quema unos escudos con una antorcha. Es una alusion á la paz entre el rey cristianísimo y el duque de Saboya. De Molinet piensa que la palabra *Salus* está puesta, como una indirecta al marquesado de Saluces, que habia sido el objeto por el cual habian surgido las diferen-

cias entre los dos príncipes. Bonanni cita este juego de palabras, y se contenta con añadir: « El lector juzgue.»

A propósito de la cruz, Bonanni cita con razon este pasaje de san Leon (Sermon 8.º de Pasion): « La cruz es el origen de todas las bendiciones, la causa de todas las gracias; es la que dá á los creyentes fuerza en la debilidad, gloria en el oprobio y vida en la muerte.»

Venuti adopta en algun modo este juego de palabras, y dice: « El Saboyano tuvo á Saluces (*Salutium*), con el título de marqués; el francés tuvo algunas villas y aldeas fronterizas.» Esta paz habia sido negociada por el cardenal Aldobrandini, sobrino del Pontífice.

27. VELLINO EMISSO. AN. MDC. «*El Velino despeñado. 1600.*» La cascada de Terni es uno de los mas bellos espectáculos que pueden verse en un viaje á Roma. Está formada por la caída del Velino, que se precipita en el Nera desde una altura de 1063 piés romanos, por un canal que Marco Antonio Dentato mandó construir en la roca, en el año de Roma 480, para dar una salida á las aguas del lago *Lucus*, que inundaban frecuentemente el valle de Rieti.

Puede decirse que esta cascada es una de las mas bellas de Europa. Ofrece un golpe de vista admirable y pintoresco, sobre todo mirada desde abajo. Sin embargo, la mayor parte de los viajeros van á verla desde arriba, porque el camino es mas cómodo. El ruido que forma el choque de sus aguas, anuncia la cascada á una gran distancia. Se compone de tres caídas consecutivas: la primera tiene 300 piés romanos de altura, y el agua cae con tanta violencia sobre las rocas, que una gran parte de ella se reduce á vapor y vuelve á subir á lo alto de la cascada. El resto forma una segunda caída y despues una tercera.

En fin estas aguas se reúnen al Nera, corren en remolinos, y blanquean con su espuma este profundo valle. El agua del Velino, que atraviesa el lago *Lucus* antes de llegar á la cascada, es fangosa y forma un depósito, no solo sobre las rocas en que cae, sino tambien en el mismo lecho del Nera. Estos admirables trabajos de los romanos, largo tiempo descuidados, entretenidos algun tiempo por Paulo III, necesitaban urgentes re-

paraciones. Clemente VIII se las confió al marqués Juan Bautista Castelli de San Eustaquio. S. S. tuvo pues el derecho de transmitir á la posteridad el recuerdo de una empresa tan memorable. La medalla representa la caída atravesada en su mitad por un puente, que el arquitecto Juan Fontana echó sobre el rio antes de su caída, por orden del mismo papa Clemente.

28. DA QVOD IVBES. MDCIII. «*Dá lo que dispongas. 1603.*» El Santo Padre de rodillas ante Jesucristo, le dirige las palabras de san Agustin: *Da, Christe, quod jubes, et jube quod vis.* «O Cristo, dá lo que mandas, y manda lo que quieras.» Entre el Papa y el Señor, ovejas que pacen; á los piés del Papa, la tiara, la cual está siempre del mismo modo cuando está delante Jesucristo. El Salvador dijo á san Pedro; «*Apacienta mis ovejas.*» Clemente teme no tener la fuerza suficiente para obedecer, y suplica á Jesucristo le dé la que le exige para llenar dignamente su mision.

29. S. P. Q. R. MDCIII. «*El senado y el pueblo romano. 1604.*» La fachada meridional del palacio del Capitolio; esto quiere decir que Clemente VIII puso la primera piedra. Los dibujos de esta fachada fueron hechos por el gran Miguel Angel.

30. AB ORIGINE MVNDI. «*Desde el origen del mundo.*» El papa Clemente, bajo la figura de Abel, de rodillas ante el altar, ofrece á Dios en sacrificio un carnero, al que están consumiendo las llamas.

31. PORTV CENTVM CELLARVM INSTAVRATO. «*El puerto de Civita-Vecchia restaurado. 1604.*» En 1604, Clemente VIII hizo aumentar las fortificaciones del puerto de esta ciudad. Los principales trabajos fueron consagrados al restablecimiento de la ante-muralla destruida por Trajano; á mas el Papa hizo construir dos faros, de los cuales uno ha sido reducido á ruinas por inútil, y el otro ha impedido é impedirá muchos naufragios.

32. SEQVERE ME. «*Seguidme á mí.*» Palabras de Jesucristo á san Mateo. San Pedro vá detras de Jesucristo; otros tres discipulos les siguen.

33. CONFREGISTI DRACONVM CAPITA. «*Tú has destrozado las cabezas á los dragones.*» (S. 73. v. 13). Una cruz, á la cual está en-

trelazada una serpiente. En el campo, á la derecha, una iglesia y una torre. De Molinet cree que el dragon es el calvinismo; Bonanni piensa que es el turco. Venuti adopta el parecer de Bonanni.

34. ANNONA PVBLICA. «*La anona pública.*» Una mujer corriendo; en una mano lleva espigas y en la otra el cuerno de la abundancia. Los pontífices imitaron en esto frecuentemente á los antiguos emperadores romanos.

Hasta aquí hemos descrito todas las medallas dadas por de Molinet, que Bonanni y Venuti describieron mas tarde; ahora vamos á hacerlo de aquellas que Bonanni reunió en su bella obra.

1.^a SINE CLADE. «*Sin verter sangre.*» Esta medalla fué acuñada con motivo de la reconquista de Ferrara, por la cual no se derramó una gota de sangre. En el campo dos llaves entrelazadas, encima una corona, y mas abajo una cruz con este monograma: G. I. 1598. Creemos que Venuti hizo mal en no reproducir esta medalla, que es verdadera, y que Fea ha visto en la magnífica coleccion de medallas pontificales del príncipe Agustin Chigi, célebre literato, que aun vive en Roma.

2.^a PORTA CÆLI. «*La puerta del Cielo.*» Al anverso: DOMVS DEL. «*La casa del Señor.* 1600.» Clemente derriba la puerta santa; á derecha é izquierda dos cardenales y dos obispos

3.^a La figura de Clemente VIII.

Al reverso, sin inscripcion, un circo parecido á la columnata de la plaza de San Pedro; en medio una fuente, que debe ser indudablemente el ante-jardin de la villa Belvedere, en Frascati, edificada por el cardenal Pedro Aldobrandini bajo el reinado de su tio Clemente VIII. Sin duda no se atrevió á poner inscripcion, porque el suceso no formaba parte de los trabajos monumentales del Papa.

4.^a PHILIPPVS III HISPANIARVM REX CATHOLICVS ARCH. AVSTRIÆ. ETC. «*Felipe III, rey católico de las Españas, archiduque de Austria, etc.*» El retrato del rey Felipe, decorado con el toison de oro: esta medalla fué acuñada con motivo del restablecimiento de la buena inteligencia entre Enrique IV y Felipe III.

5.^a El escudo de armas de la familia Aldobrandini, sin

inscripcion; sobre el campo, detrás de las armas, las llaves debajo de la tiara; mas abajo la cabeza de dos querubines.

Esta familia, originaria de Florencia, lleva en sus armas una faja azul, con dientes de plata; los dientes miran á lo alto del escudo, y encima de la faja tres estrellas de oro con otras tantas debajo.

La medalla de que vamos hablando es toda de oro, por lo que suponemos debió pertenecer á algun servidor distinguido de la familia Aldobrandini, el cual debia llevarla al cuello suspendida por un collar de oro.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de veinte y ocho dias.

236. Leon XI. 1605.

Leon XI, llamado anteriormente Alejandro Octavio de Médicis, nació en Florencia, en 1535, de Octavio de Médicis y de Francisca Salviati, hija de Jacobo Salviati y de Lucrecia de Médicis, hermana de Leon X.

Desde sus primeros años manifestó Alejandro gran vocacion por la carrera eclesiástica; pero su madre, que se oponia á que la abrazase, le introdujo en la corte de Cosme, gran duque de Toscana, que le nombró caballero de la orden de San Estéban, papa y mártir.

Despues de la muerte de su madre, Alejandro manifestó nuevamente el deseo de abrazar la carrera de la Iglesia. Cosme lo envió de embajador á Pio V, y residió cerca de este papa durante muchos años en calidad de embajador.

En 1573 fué nombrado obispo de Pistoie, pero en 1574 se le trasladó al arzobispado de Florencia. Gregorio XIII en 1583 le nombró cardenal con el título de San Quirico y Giulita, título que abandonó para tomar el de *San Pedro ad Vincula*, el que dejó para tomar los de Santa Praxedes y por los de San Juan y San Pablo.

Asistió á los cónclaves en que fueron elegidos papas Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII.

Este último le envió, en 1596, como legado á *latere* á Francia, donde estuvo dos años, con gran satisfaccion de Enrique IV, que dió las gracias por ello al Santo Padre en una carta autógrafa, la cual dice así: «Os doy las gracias por haberme enviado un sugeto tan prudente como bondadoso, y estoy sumamente reconocido á la *propension* extraordinaria que demuestra por mi persona y mis reinos (1).

(1) Chacon y de Sponde hablan de la conducta que el cardenal de Florencia observó en Francia. Estaba encargado de demandar el cumplimiento de los puntos prometidos para obtener la reconciliacion entre Francia y España. El negociador obtuvo con buen éxito lo que reclamaba. Cuando un hombre político está encargado de una mision importante, debe tener á gran honor el conseguir lo que reclama. Tuvo asimismo el honor de suministrar la Eucaristía á Enrique IV, y el de admitir en el seno de la religion católica á la princesa Carlota de la Trimouille, y á su hijo el príncipe de Condé.

En la bella obra de Rosny, (las *Economias reales*, tomo I, página 407), á propósito del cardenal de Florencia, se lee lo que sigue: «El cardenal de Florencia, legado del Papa, que despues lo fué él con el nombre de Leon XI, viniendo de las fronteras de Picardia para regresar á Roma, y teniendo que pasar por Paris para saludar al rey, S. M., que estaba en Monceaux, á donde vos le habiais venido á buscar en posta, os envió apresuradamente para recibirle y tributarle los honores debidos á su rango. El legado quiso ver á San German, y vos, queriéndole hacer todos los honores, (son siempre los secretarios los que hablan á Rosny), digisteis al guarda-muebles Momier que hiciera tapizar las salas y los cuartos con las mas ricas tapicerías; así se hizo, y entre otras eligió una que la difunta reina de Navarra habia mandado hacer, la cual estaba toda guarnecida de motes ó divisas, de los que muchos de ellos eran alusiones al Papa y á los eclesiásticos: esta tapicería, siendo una de las mas ricas, fué puesta impensadamente en el cuarto del legado.

«Este quiso que fuerais con él en su carroza, mas vos le suplicasteis que os escusara ir con él, y preferisteis marchar aceleradamente para persuadiros de si se hallaba todo bien acondicionado, lo cual fué muy á propósito para vos, pues, de lo contrario hubiera encontrado esta tapicería en su cuarto y hubiera creído y publicado que se habia hecho expresamente esto para burlarse de él y del papa Clemente VIII. Cuando la encontrasteis colocada, os encolerizasteis contra Momier, é hicisteis que la quitara y que en su lugar pusiera otra inmediatamente.»

Este hecho prueba que el rey queria que se tratara al legado del Papa con todas las consideraciones debidas, y que Sully secundó en esta ocasion, de una manera cumplida, los deseos manifestados por el rey.

Clemente VIII nombró, en 1600, al arzobispo de Florencia, obispo subvicario de Albano y de Palestina, en 1602.

Después de la ceremonia de los funerales de Clemente VIII, setenta y dos cardenales entraron en cónclave, el 14 de marzo de 1605.

Se había convenido en elegir como candidatos los cardenales Zacchia, Blandrata y de Médicis. Otro partido muy numeroso se hallaba dispuesto á elegir al cardenal Baronio. La España se oponía á esta elección, porque, en los Anales de la historia eclesiástica, Baronio había combatido las pretensiones de los reyes españoles sobre la monarquía de Sicilia, y además se había mostrado partidario de la reconciliación con Enrique IV. Incomodados algunos cardenales se habían salido del cónclave; no se necesitaban mas que cuarenta votos para que la elección fuese canónica. Baronio había obtenido veinte, y después treinta y siete, y solo necesitaba tres para que sus amigos pudiesen felicitarlo públicamente. Pero Baronio, este historiador de buena fe, este analizador sin pasión, que nunca decía mas que lo que creía verdad, exento de toda adulación, sin disposición alguna para proferir palabras de doble sentido, no se ayudaba ni con una sonrisa ó cortesía propia del caso. Atravesaba con gravedad por entre sus compañeros, sincero, sin ver nada, sin hablar sino consigo mismo, en medio de ellos con la pluma en mano, como si estuviera en su mismo despacho. Así es como debe obrar todo historiador. Cuando un hombre honrado se ha procurado voluntariamente un género de estudio de su gusto, y al que se cree llamado, no debe ambicionar ni gloria ni posición, ni la menor de las recompensas que pueden darle los hombres; prosigue modestamente su carrera, alentado por su conciencia, sin dejarse abatir por la calumnia. Hé aquí como pensaba y obraba Baronio. No obstante, á pesar suyo acaso (no es mi ánimo el decir que al obrar de otro modo no hubiera hecho su deber), dejaba tranquilos á los electores amigos suyos, á los hombres imparciales, mezclarse en el asunto según su impulso particular, conspirando así contra el reposo y libertad del historiador. Nada pedía, nada rechazaba. Expliquemos esta situación que no existe sino en Roma.

Allí es donde se confiere al hombre la mas alta, imponente y temible dignidad que existe sobre la tierra. No puedo decir que algunas veces miras de ambicion personal no hayan guiado á hombres, que con mas ó menos éxito, hayan conseguido el objeto que se propusieron con sus tentativas. Añadiria, para que no se crea que quiero herir con un anatema moral indirecto á personas que, aunque han solicitado mucho, despues han hecho mucho bien en el trono; diria que un sentimiento muy noble, muy respetable, aunque muy próximo acaso de cierto deseo de poder, deseo que anteriormente he dicho que podia ser reprehensible, yo diria pues, que un sentimiento que nunca dejaríamos de admirar, un sentimiento de resignacion, de obediencia precisa, emanada de arriba, anima tambien á muchos miembros del sacro colegio.

En general, los bellos dias del pontificado son los del primer año, luego vienen los disgustos, los embarazos sin salida, los partidos que quieren concesiones imposibles, los que creen en la inmovilidad como un medio seguro de gobierno, los que quieren desembarazarse de algunas trabas, nada mas que para inventar otras. Tantos hombres animosos y de ciencia, tantos observadores experimentados, no pueden echar esto en olvido en víspera de una eleccion. La corona colocada sobre la cabeza del elegido anuncia un gran favor de Dios; pero bajo esta corona el hombre de imaginacion vé las grandes tormentas que seguirán al brillo de la fiesta. En tal momento, despues de haber separado lo que el triunfo, las adoraciones, la *sedia gestatoria*, el canto *Ecce sacerdos magnus*, pueden tener de embriagador, y despues de haber considerado con calma lo que sucederá en la vida de los negocios, se puede concebir una justa idea de lo que hay en el fondo de la púrpura pontifical. En ese momento, pues, ¿qué otro sentimiento nace, no en la imaginacion, sino en el corazon de un honrado sacerdote? ¿No se parece al guerrero, que nombrado para el puesto de mas peligro, no quiere ceder su sitio porque se creeria deshonorado si dijese que estaba ocupado en otra parte? Creo adivinar que Baronio podria pensar que sería un papa distinguido (todo hombre tiene un valor y debe conocerlo); despues podria decirse á sí mismo que tenia peli-

gros que correr , para ofrecérselos á Dios. ¿ No habia peligros entre España y Francia , pacíficas al parecer , pero ambas dispuestas á la pelea ? ¿ Y el pueblo turco , sin historia , y cuyos soldados podian volver amenazadores , porque ni aun saben la leccion dada por Martel , ni su expulsion de la Península ibérica , ni Malta libertada , ni Lepanto ilustrado por la derrota de los islamitas ? ¿ Y la América , manantial de trabajos y deberes , superiores á las fuerzas humanas ? Baronio veia lo que habia llegado á ser el pontificado ; no daba un solo paso para solicitar su elevacion , ni dejaba escapar una señal que probase que queria sustraerse á ella.

Pero la España se agitaba para alejar al amigo del órden , al amigo de la verdad , ó al que enseñaba á los poderosos del mundo que un dia serian tambien juzgados , aun en esta tierra , la cual habian devastado con tantas guerras inútiles ; y Baronio fué alejado.

Otro cardenal habia sido tambien designado. Bellarmino obtuvo diez votos ; pero la eleccion debia recaer al fin en Alejandro de Médicis , que fué nombrado en votacion abierta , es decir , por adoracion.

Movido por el sentimiento de honor que creemos haber descubierto en Baronio , el cardenal Alejandro admitió la tiara , bajo el nombre de Leon XI.

El 10 de junio de 1605 , fué coronado en el Vaticano , y el domingo *in Albis* , tomó posesion de San Juan de Letran.

Habiéndole pedido el cardenal Gallo la supresion de ciertos impuestos , no tardó en concederlo , y le agradeció la ocasion de haberle proporcionado el hacer un bien general.

El marqués de Villena , embajador de España , habiendo manifestado algun disgusto por esta eleccion , le contestó el Papa : « Nos han tratado bien en vuestro país ; cuando escribais á vuestra corte , decid que seremos aquí sus amigos en cuanto dependa de nosotros. »

Pasado algun tiempo , Leon nombró penitenciario mayor al cardenal Aldobrandini , y ofreció generosos socorros á los cardenales pobres. A su vuelta de la toma de posesion de San Juan de Letran , el Papa fué atacado de una ligera indisposicion , aumentada por lo avanzado de su edad de 70 años ; al

poco tiempo le sobrevino una fiebre, y se vió precisado á guardar cama. La enfermedad siguió tomando creces, y por último llegó á tener un carácter grave y alarmante. La corte toda rogaba al Papa nombrase cardenal á un sobrino suyo de costumbres puras, y al cual profesaba gran afecto; pero se resistió aun á su mismo confesor que quiso sugerirle los mismos pensamientos de que la corte se encontraba animada para que nombrase cardenal á su sobrino: el Papa contestó á su confesor con motivo de sus pretensiones, en los siguientes términos: No es conveniente que vos me sugirais cuidados sobre intereses humanos; lo que conviene es que al presente no me habéis sino de las cosas eternas.

Leon murió el 29 de abril, cuando apenas llevaba veinte y seis dias de pontificado. Era un príncipe de continente grave, pero agradable; liberal, magnánimo, afable; un verdadero retrato de los buenos Médicis, lleno de candor y enemigo de la doblez, tanto en sus palabras como en sus obras. Se le enterró en la basílica del Vaticano; seguidamente el cardenal Pompeyo Ugoni, su sobrino por parte de una hermana, le hizo trasladar á una magnífica tumba, erigida á la izquierda en esta basílica, por el célebre Algardi.

No tenemos mas que una sola medalla de Leon XI.

LEO XI PONT. MAX. ANNO I. «*Leon XI, soberano pontífice, primer año.*» En el anverso: DE FORTI DVLCED. MDCV. «*Del fuerte salió la dulzura. 1605.*» Un leon muerto, de cuya boca sale miel, por haberse formado en ella un enjambre de abejas. Debajo, en caracteres pequeños, *Giov. PA.* Regularmente será el nombre del artista. Se lee en ella: (De los Jueces, cap. XIV; v. 5, 6, 8 y 14): «Apareció de repente un leon jóven, furioso y rugiendo, que salió al encuentro de Sanson....»

«Pero el espíritu del Señor se apoderó de Sanson, y no teniendo nada en la mano, desgarró al leon, como si hubiera sido un cabrito.

«Y algunos dias despues, se separó del camino para ver el cuerpo del leon, y vió allí un enjambre de abejas en la boca del leon, y miel, etc.»

Todo esto es una alusion al nombre y carácter del Papa. En nuestros dias se ha hecho en Paris una medalla en honor

del ilustre arzobispo de Quelen, y se ha puesto en ella esta inscripcion: *Et de forti egressa est dulcedo*. Para monseñor Quelen, era esto tambien una alusion á su carácter, mezcla de fuerza y dulzura.

De Molinet deseride otra medalla: en una corona de laurel se vé un ramo de rosas atado con una cinta elegantemente plegada, en la que se lee: SIC FLORVI: «*Así es como yo he florecido.*» Esta medalla no puede haberse hecho sino despues de la muerte del Papa; quiere significar la poca duracion del pontificado, comparada con la corta existencia de las rosas.

Ausone dice, hablando de estas flores:

Una dies aperit, conficit una dies.

«Un solo dia las abre, uno solo las marchita.»

Algunos autores, seducidos por la gracia de este verso, le atribuyen á Virgilio.

Job dice (cap. XIV, lib. 2): *Homo quasi flos egreditur et conteritur*. «*El hombre nace y muere como una flor.*»

Bonanni dá otra medalla con las mismas palabras, pero escritas al rededor: SIC FLORVI. «*Así es como floreci.*» En la corona de laurel no se ven mas que tres rosas, pero enteramente marchitas.

La Santa Sede estuvo vacante diez y ocho dias.

237. Paulo V. 1605.

Paulo V, llamado Camilo Borghese, nació en Roma el 17 de setiembre de 1552: era hijo de una familia ilustre de Siena.

Camilo, despues de haber hecho sus estudios de filosofia, en Perugia, y cursado el derecho, en Padua, fué nombrado abogado consistorial, despues prelado abreviador, refrenda-

rio de ambas firmas, y luego vicario de Santa María la Mayor (1).

En 1588 fué enviado por Sixto á Bolonia, en calidad de vice-legado. Gregorio XIV le llamó para darle la auditoria de cámara vacante por muerte de Horacio Borghese, su hermano.

Clemente VIII envió á Camilo á España, con poderes extraordinarios para tratar asuntos de fe, y le nombró cardenal de San Eusebio el 15 de junio de 1596. Ya se le anunciaba su ascenso al pontificado, y le llamaban: «el excelente cardenal.»

El 8 de mayo, los cardenales, reunidos en cónclave, se ocuparon de los méritos del cardenal Toschi de Módena, y algunos llegaron hasta proponer ir á la capilla á adorarlo; pero el cardenal Baronio tomó la palabra y declaró que la elección de Toschi no era útil á la república cristiana. Toschi segun Tiraboschi, tanto por la educacion que habia recibido en sus primeros años, como por la sociedad que frecuentaba, habia contraido el hábito de ciertas expresiones y de ciertas maneras de decir que son familiares á gentes de baja clase.

El severo Baronio veia que esto no convenia á un vicario de Jesucristo. Por las inesperadas palabras de Baronio, los partidarios de Toschi se sorprendieron, hasta el punto de mudar de parecer y darle á él mismo sus votos en número de treinta y dos.

Baronio tenia razon en excluir á Toschi, que habia sido criado de Juan Bautista Brugnolo, auditor de monseñor Archiato, vicario del Papa.

Además, el ascenso de Toschi habia sido muy rápido, pues que se vió gobernador de Roma muy jóven, y si se olvidaba su mala disposicion en elegir un buen estilo, era preciso reconocer en él un hombre de corazon, y un hábil jurisconsulto, que habia publicado obras útiles.

Pero Baronio, al excluir á un cólega por razones que debían aprobarse, no esperaba verse proclamado papa. Que-

(1) Ambas firmas, es decir, la firma de gracia y la de justicia, son dos clases de tribunales de revision de alta importancia, que se reúnen ó ante el Papa ó ante un cardenal.

El nombre de dichos tribunales explica sus atribuciones.

ria que se eligiera á uno que supiese gobernar la Iglesia , pero no ambicionaba ser él.

El gran cardenal no creyó á propósito dejar obrar , como parecia dispuesto en el cónclave en que se nombró á Leon XI; por lo que se vió obligado á combatir á sus nuevos amigos , é indicó á Bellarmino, que empleó igual elocuencia para probar que era necesaria otra eleccion.

Es preciso convenir en que estas dos raras y sublimes modestias merecen cumplidamente las alabanzas de la historia.

Un Baronio y un Bellarmino, dos hombres tan eminentes, dan en este acto un testimonio de su admirable magnanimidad , y mientras ellos se rebajan , mas debe honrarse su inefable grandeza.

Entonces se habló de los cardenales Montalto y Aldobrandini , jefes de los dos partidos que se dividian el poder en el cónclave. Los cardenales franceses no habian aun emitido su opinion ; mas viendo que Montalto apoyaba sinceramente á Borghese, se unieron á los montaltistas , y este fué proclamado papa, el 16 de mayo de 1605, á la edad de 55 años , representando apenas 40. El 29 de mayo fué coronado bajo el nombre de Paulo V, y el 6 de noviembre tomó posesion de San Juan de Letran.

Antes de esta última época, habia ya creado cardenales, expedido bulas, y ejercido todos los actos de la autoridad suprema ; de esto se deduce la falsedad y poco valor de las opiniones de aquellos que creen que el Papa , hasta que no recibe las llaves de San Juan de Letran , no toma posesion de su autoridad.

Uno de los primeros actos de Paulo V fué publicar un jubileo particular , para obtener de la divina clemencia un dichoso gobierno para la Iglesia universal.

Seguidamente ordenó al cardenal Pamfili , su vicario, diera la órden á todos los obispos que se encontraban en Roma para que se trasladasen á sus respectivas diócesis.

En los primeros momentos, ó sea al principio de su eleccion al pontificado, se abstuvo de distribuir gracias , porque decia, en tales circunstancias, era muy posible mandar y acordar inconsideradamente.

Los primeros meses del reinado de Gregorio XIII prueban lo que tienen de juiciosas estas palabras.

En el mes de agosto de este año, Enrique IV tuvo el pensamiento de enviar á Roma un embajador extraordinario para cumplimentar al papa Paulo V. «De Ossat no habitaba ya la ciudad eterna.» Bethune, hermano de Sully, que estaba de embajador ordinario, fué llamado á Paris; y Neufville-Villeroy, primer ministro del príncipe, fué el encargado de dar un sucesor á Bethune.

Villeroy era el primero en vituperar el nepotismo ministerial de las demás cortes, pero en la suya se creyó con derecho á ejercerlo en aquella circunstancia.

Propuso, pues, al rey enviar á Roma á su propio hijo, Harlincourt, marqués de Villeroy. Este jóven habia estado ya en otra época con poderes al lado de Clemente VIII, en 1600, para apoyar las pretensiones del rey solicitando en matrimonio á María de Médicis; hijo de un hombre tan hábil, demostró en esta ocasion que lo era tanto como su padre. Hemos visto ya como se verificó este matrimonio, el nacimiento del Delán y la alegría de Enrique IV. En el Louvre se acogieron con júbilo indecible todos estos favores de la fortuna, y las bendiciones que Dios se complacia en derramar sobre la Francia.

Mr. de Harlincourt experimentó una dicha que no le era dado expresar, con este nuevo testimonio de la confianza de S. M., que su primer ministro no habia temido solicitar.

En el acto se pensó en las instrucciones de que seria portador el nuevo enviado, que fueron redactadas con gran cuidado y de órden del rey, abrazando diversos puntos de su política con el universo.

Estos documentos prueban que Roma está incesantemente mezclada en todos los asuntos del mundo; establecian las doctrinas de la época y tendian á persuadir al Papa de que debia tener interés en secundar las miras del rey, ó al menos en no contrariarlas con ningun sentimiento marcado de oposicion. Estas instrucciones eran tan precisas, que prevenian todas las eventualidades; son aquí el complemento de una parte de la historia, y podian muy bien servir de auxilio á Borghese para gobernar sábiamente la Iglesia.

La copia emanada de las oficinas de aquella época que tengo á la vista, está escrita en junio de 1605; mas el marqués de Villeroy no se las llevó á su nueva residencia hasta el mes de agosto siguiente.

En Roma, como en los demás países en donde se entienden habilmente los negocios, hácese lo posible por averiguar el contenido de las instrucciones de un embajador; y por esta y otras muchas razones, todo diplomático hábil y experimentado, debe ser muy riguroso en este punto; por otro lado, en todas las relaciones nace un espíritu de buena inteligencia en que, después que se ha dicho todo, no se emplean mas astucias para engañarse, y se sigue estrictamente el espíritu de las comunicaciones que se reciben. En gracia á la importancia de este documento, nos permitiremos reproducirlo, pues creemos que debe haberse extraviado en la mudanza de los archivos de Roma á Paris y de Paris á Roma, que acabó por tener noticia de él.

Nosotros conocemos las últimas voluntades de Felipe II, sus recuerdos y su vuelta al camino de los pensamientos generosos; conocemos el secreto de la paz que, aunque algo tarde, quería hacer con su conciencia antes de comparecer ante el juez de reyes y papas.

Vamos á examinar lo que Enrique IV, feliz y bendecido por el cielo, buen padre con dos hijos legítimos, que hacían de él su caballo (1), rodeado de ministros experimentados, económico, en tal grado, que hacía componer sus jubones agujereados, teniendo un tesoro encerrado en la Bastilla; vamos, pues, á poner de manifiesto algunas disposiciones que tomó para ventura doméstica y gloria suya.

Permitiendo que todos los partidos pesasen igualmente en la balanza, sin inclinarse á un lado mas que á otro; sosteniendo este casi perpétuo equilibrio, aseguraba á Roma, como digno rey de Francia, y probaba que profesaba los senti-

(1) M. Ingres ha hecho para el duque de Blacas un cuadro delicioso, que representa á Enrique IV marchando, como vulgarmente se dice, en cuatro patas, llevando en sus espaldas á sus dos hijos, y diciendo al embajador de España, que le sorprendió en este juego.— Señor embajador, ¿sois padre? El embajador respondió, si señor.— Pues bien, le dijo el rey, entonces concluiré de dar una vuelta por la sala.

mientos de un católico , y de un verdadero hijo mayor de la Iglesia.

Paulo V, aunque podia disponer de la inteligencia de la Francia , no por esto queria exponer los intereses de la Santa Sede al dirigir su política ; entretanto el lector juzgará este documento , como la opinion que he emitido sobre él.

«Instrucciones á M. de Harlincourt (Carlos de Neuville, marqués de Villeroy) al ir de embajador á Roma, en el mes de junio de 1605.

(7 de agosto de 1605).

«El Sr. Bethune , consejero del rey y embajador ordinario en Roma, ha cumplido con contento y beneplácito de S. M. el tiempo ordinario de su residencia en Roma ; pero queriendo el rey servirse nuevamente de otra persona, se ha dignado elegir para que lo represente al Sr. de Harlincourt , consejero, caballero y capitan , el cual para corresponder á la distincion de S. M., pondrá de su parte y lo esperamos, su afeccion , vigilancia y actividad ; esperamos , pues , que responderá con honor á todo aquello que se le confie ; y á fin , pues , de que conozca mejor nuestras intenciones y sepa á qué atenerse, S. M. ha ordenado que sea instruido de todas ellas en general por la presente memoria , esperando saber despues las particulares por medio de despachos ordinarios y á medida que la ocasion se presente.

«Habiendo S. M. permitido partir de Roma al dicho señor Bethune , antes de la llegada del Sr. de Harlincourt , quiere que este señor se apresure á ponerse en camino, á fin de llegar á la referida ciudad para encargarse de la mision que el Sr. Bethune dejó confiada , segun órden de S. M., á los cardenales franceses residentes en dicha corte , y especialmente á los Sres. Joyeuse y de Perron.

«Tan luego como parta, leerá la presente instruccion para enterarse de los officios y cumplimientos que debe hacer á su llegada , así como para su introduccion cerca del Papa y los cardenales del sacro colegio, y particularmente con los hermanos y parientes de S. S., para que enterado de ellas , pueda seguir y dirigir las negociaciones y asuntos que dejó pen-

dientes el mencionado Sr. Bethune, ó lo que pueda sobrevenir despues.

«S. M. entiende que si sigue estrictamente los sábios consejos que se le dan para este fin , se hará acreedor á su benevolencia, y le autorizará nuevamente con cartas libradas al efecto, para que pueda desempeñar mas dignamente su cargo, y tener la alta satisfaccion de cumplir con su deber ; S. M. quedará sumamente reconocido y obligado siempre que él por su parte coopere con sus esfuerzos á seguir y ejecutar con cuidado y exactitud lo que por esta instruccion se le confia.

«Hará saber á los cardenales de Givri y Serafin , al hacerles la entrega de las cartas que S. M. les ha escrito, que este se encuentra muy satisfecho de la conducta que han observado, especialmente de la manera de conducirse , segun sus intenciones y mandatos , en los dos últimos cónclaves , en que se han mantenido unidos en buena inteligencia con el cardenal Joyeuse, habiendo coadyuvado á los santos deseos del rey, que no son otros , como habrán comprendido, que los de exaltar la gloria de Dios y el bien de toda la cristiandad : deseos por otra parte muy naturales en un rey cristiano ; por lo que la divina Providencia ha bendecido sus pensamientos mas felizmente que él podia esperar, favoreciendo con su bondad manifiesta y milagrosa el resultado de las dos elecciones que han sido hechas últimamente , hasta el extremo de recaer sucesivamente en dos sugetos bien dignos de la Iglesia y de la gloria de S. M. y la nacion francesa , los cuales han quedado eternamente reconocidos.

«El Sr. de Harlincourt debe dar las gracias á los cardenales en nombre de S. M.

«Dirá tambien al cardenal de Sourdis que S. M. estaria mas satisfecho de él , si , como le sirvió en el primer cónclave, hubiera continuado haciéndolo en el segundo, sin separarse del cardenal Joyeuse , segun le habia mandado y él habia prometido ; y que por lo tanto lo que ha hecho no tiene excusa justificable á los ojos de la cristiandad ; que esta es la opinion de S. M. por mas que él quiera darle otro colorido á fin de paliar en lo posible la falta que ha cometido : su honor y su deber le ordenaban seguir con su amo y los cardenales franceses, aun-

que estuviesen en un error, y no el de desobedecer sus órdenes para separarse de ellos, indicando así que desaprobaba las intenciones de S. M. y el proceder de aquellos á quienes estaban confiadas: habiendo siempre obrado bien, ¿ cómo se explica que haya hecho ahora todo lo contrario?

«No teniendo S. M. en ninguna parte personas que no sean dignas de su agrado, y sabiendo que se está descontento por todo lo que acaba de hacer, S. M. espera que elegirá el medio de trasladarse á Francia, para lo cual ha obtenido ya el permiso, á fin de que pueda aprender mejor á conocer y obedecer á su rey.

«Todo esto se lo hará presente el Sr. de Harlincourt particularmente, á fin de que conozca y sienta mejor la falta que ha cometido, y para que, no habiendo manifestaciones ostensibles públicamente, no tenga que devorar su falta en presencia de nadie (1).»

Aquí las instrucciones recomiendan al embajador que advierta á los cardenales franceses su llegada á Civita-Vechia, y probablemente instrucciones para marchar en una galera real, segun era entonces uso.

«Despues que haya llegado á Roma el embajador, pedirá una audiencia; obtenida esta y admitido, despues de besar los piés de S. S. en nombre de S. M., con el respeto debido, le presentará la carta autógrafa de S. M., de la que será portador, reservándose la que hace mencion de la legacion para la audiencia pública; le dirá que S. M. le ha recomendado haga presente su satisfaccion por su feliz elevacion al pontificado, la cual es debida en parte á la providencia de Dios, que velando por los peligros de que está rodeada su Iglesia, ha querido darla un pastor y un gobernante dotado de suma piedad, prudencia y singular bondad, no menos que de vigorosa complexion y perfecta salud para poder, sábia y valerosamente, resistir á las necesidades y enemigos.

«Asegurará á S. S. que siempre será fielmente secundado

(1) Véase en la *Historia de Leon XII.* (tom. I, pág. 145), un despacho del duque de Laval, dos siglos y un cuarto de distancia, el que manifiesta el mismo sentimiento y se expresa en los mismos términos, respecto de un cardenal que no votó siguiendo las instrucciones de Luis XVIII.

y asistido por S. M., á ejemplo de los reyes sus antecesores, de feliz memoria, como que está exclusivamente dedicado con su cetro y corona al servicio de la Santa Sede, despues de haber recibido la bendicion del difunto papa Clemente VIII, y que está reconocido por él como el primer hijo de su Iglesia; y que si S. M. se ha esforzado en dar pruebas durante el reinado de su antecesor en las ocasiones que se le han presentado, le dirá que S. M. irá al encuentro de cuantas se ofrezcan en lo sucesivo, para ejecutarlas á gusto de S. S., prometiéndose que sus buenas y rectas intenciones y acciones serán siempre reconocidas por S. S. segun su valor y mérito, sin estar sujetas á las detracciones y suposiciones de sus envidiosos, y dicho señor de Harlincourt rogará á S. S. de parte de S. M. para que nunca eche esto en olvido.

«Le dirá tambien que S. M. se encuentra muy satisfecho del comportamiento de los cardenales súbditos suyos que han contribuido á favorecer su elevacion al pontificado, habiendo servido en esto al bien público y á S. M. mismo, conforme se lo habia encargado, y que espera continuen en honrar y reverenciar á S. S. como á su propia persona; así espera se lo hará entender á S. S.

«S. M. le recomienda muy especialmente que durante su residencia cerca de S. S. cumpla fielmente con sus deberes en todo cuanto le sea posible, y que se esfuerze en hacerse digno de su estimacion, obedeciendo en un todo sus mandatos.

«Presentará á S. S. la carta autógrafa de la reina, y le hará muy presente el honor y afecto sincero que dicha señora le profesa, recomendándole su persona, la de monseñor el delfin y la de madama su hija, rogando á S. S. les tenga en su santa gracia y les conserve su paternal solicitud.

«Si dicho Sr. de Harlincourt á su llegada supiese que alguno de los hermanos ó parientes de Su Santidad intervienne en el manejo de los negocios públicos, debe con tal motivo visitarlos despues de haber saludado á S. S., previo aviso al cardenal de Perron, para cuyo fin se valdrá de las cartas de que será portador (1).

(1) Hé aquí el nepotismo reconocido, justificado y casi aconsejado.

«Después, en otra visita, reiterará á S. S. las protetas y cumplimientos en nombre de la reina y del delfin, lo cual habrá hecho ya en la primera, todo con el fin de asegurarle mas el afecto que tiene hácia él dicha señora, y para recomendarle la persona de su hijo el delfin; manifestándole que, así como el difunto papa Clemente favoreció el matrimonio de la reina, el rey abriga la persuasión de que continuará otorgando su gracia en favor de la jóven flor que Dios ha hecho nacer de este matrimonio, no solamente para dicha y ventura de S. M. y personas que le son afectas, sino para bien de todos los cristianos que tienen un gran interés en la conservacion de este noble y elevado reino, y particularmente para honrar y servir á la Santa Sede con la afeccion y respeto de que verá ejemplo en SS. MM., los cuales procuran inculcarle estos principios.»

Aquí S. M. ordena una nueva visita á los sobrinos y parientes del Papa.

«A los miembros del sacro colegio les serán de nuevo dadas las gracias por su acierto en la eleccion de dos papas tan bondadosos el uno como el otro (1), pues con ello han demostrado estar animados de cristiano zelo y ser unos *verdaderos amantes del nombre de Dios, de la autoridad de la Santa Sede y de la libertad pública.*»

Después de estas instrucciones, Villeroy padre, que es el autor de este documento, explica la situacion del reino en todos los asuntos que le conciernen; pero esto no es mas que la parte menos importante de estas instrucciones tan francas como verdaderas, y muy dignas por cierto de un gran rey.

«Para mejor comprender y delinear el estado de los negocios del reino de S. M., es preciso dividirlos y separarlos, á saber: 1.º Los interiores y civiles, 2.º Los extranjeros.

«Por lo que toca á los primeros, dicen las instrucciones, el Sr. de Harlincourt dirá á S. S. que se encuentran, gracias á Dios, tan prósperos y florecientes como no se habian visto ha-

(1) El recuerdo de las excelentes y finas maneras del legado, cerca del rey, que fué luego papa bajo el nombre de Luis XI, está profundamente grabado en la mente de Enrique IV.

ce ya cuarenta años ; que el rey es amado y obedecido de todos sus súbditos , tanto por su persona , como por su bondad y virtud , asistido de la singular gracia de Dios, que le llamó á su seno y le salvó milagrosamente para gloria y fortuna de los franceses, á los cuales el rigor y la duracion de las intestinas guerras civiles habian últimamente abatido; por lo cual, y gracias á la paz perfecta que reina, S. M. es obedecido de sus súbditos como debe ser , y estos se reponen y se repondrán mas aun cada dia de las pérdidas pasadas ; la religion católica , secundada con la autoridad y solicitud de S. M. , se eleva y fructifica mas cada día.

« La prueba de la verdad de lo manifestado es que despues de seis ó siete años, la paz mantenida por los medios que S. M. ha empleado, continúa inalterable , sin haber sido necesario apelar á medios violentos , como durante el reinado de los dos últimos reyes Carlos y Enrique. La Francia experimentó duramente los males que nacen de la diversidad de opiniones en religion , y cuando estos han echado raices en un país , debe este ser tratado, mas con dulzura y prudencia, que con violencia y rigor.

« Una guerra civil corrompe y aniquila las buenas costumbres , destruye el culto divino, enjendra y multiplica las facciones, hace impotente la autoridad del príncipe y de las leyes, y en vez de la concordia pública se entroniza la anarquía. Hé aquí por que S. M. , prudentísima y experimentada en los negocios públicos, ha querido pacificar su reino, dando motivo á sus vasallos para que vivan en reposo todo el tiempo que sea posible ; haciendo que religiosamente se observasen, y pretendiendo que se observen todavía , los edictos y leyes que se habian hecho precisas como fundamento necesario para sostener y aumentar la felicidad de todos sus vasallos ; único medio por el cual pueden esperar la *restauracion de la religion católica en su antiguo estado* : para ello S. M. trabaja sin descanso , lo cual es notoriamente reconocido por todos los jefes de los partidos , de los que no quedan mas que algunos fragmentos, que solo sirven para demostrar su envidia : tanto los unos como los otros son vijilados de cerca por disposicion de S. M., y les es imposible , aunque lo pretendan , turbar el reposo público,

del que eran *enemigos mortales*; por lo que en la actualidad se encuentra el reino tan unido, compacto y floreciente como no lo ha estado nunca hace ya cincuenta años; y puede ser útil á sus aliados y buenos vecinos, y mas particularmente á la Santa Sede, como lo ha sido en tiempo de los reyes sus antecesores: esperamos que esta felicidad irá en aumento de dia en dia, conservando Dios la salud y la persona de S. M. y la de monseñor el delfin, el cual promete ser un buen hijo y un digno sucesor de la magnanimidad y talento de su padre.

«Este es el estado presente de la Francia, el cual el Sr. de Harlincourt no solamente hará conocer, sino que se lo ofrecerá de parte de S. M. á su S. S. y á la Santa Sede para socorrerlos, tanto al uno como á la otra, en todos los peligros que se presenten.

«Si S. M. cree conveniente y ve que es necesario conservar en su reino la paz y la concordia por las razones expresadas, no estima menos, antes bien pone en ello toda su atencion, en mantener la que Dios le ha dado con los reyes y príncipes vecinos, por la mediacion y prudencia del papa Clemente, de feliz memoria.

«Este es el segundo punto de los negocios que conciernen á S. M. y al Estado, que va comprendido en la presente memoria, como instruccion de dicho Sr. de Arlincourt.

«Han pasado demasiadas cosas, despues del tratado de la paz de Vervins, en 1598 (1), entre los dos reyes que dieron ocasion á él. Estas diferencias es muy posible no puedan ser arregladas, si por dicho tratado los españoles y saboyanos rehusasen hacer cesion del marquesado de Saluces, usurpado injustamente, como hicieron con otras plazas durante las guerras civiles; como el cumplimiento de esto se ha dejado indeciso con mas artificio que razon (2), resulta que ello ha sido la causa y manantial de donde han surgido los accidentes é inci-

(1) Enrique IV reconoce al Papa como uno de los reguladores el mas constante de la dicha de Europa, por lo que no tiene inconveniente en instruirle de estos diversos detalles, para que continúe el sistema de conciliacion que siguió el soberano Pontífice.

(2) Como Enrique IV es sincero en todo lo que dice, deja aquí conocer su disgusto; y en medio de su buena expresion y dignidad de

dentés que han puesto en alteracion las dos cortes, lo cual ha dado lugar á la desconfianza mútua de las mismas, reconociéndose al presente que se procura tenga efecto un rompimiento.

«S. M. se esfuerza lo posible en que esto no suceda, por que estima mucho al rey de España, y aunque no sea mas que por ahogar las esperanzas de algunos vecinos maliciosos que esperan sacar partido de esta division.

«Como S. M. reconoce que no está bien á él ni á su reino como á toda la cristiandad (1), el que este estado de cosas continúe largo tiempo, dá el encargo al Sr. de Harlincourt para que declare á S. S. que no retrocederá ante ningun medio que él proponga, siempre que sea justo y equitativo, para arreglarse: él se obliga por su parte á contribuir con toda la espontáneidad que depende de él, y la cual debe ofrecer todo príncipe que sea amante de la paz pública; pero que él no lo hará por temor ó necesidad como los otros, sino por prudencia y bondad.

«S. M. no cree del caso que, por justificar sus acciones, se haga presente á S. S. las ocasiones en que ha sido ofendido por los ministros del rey de España; puesto que esto no solo le seria enojoso y desagradable á S. S. el escucharlo, sino que á S. M. le seria poco agradable el referirlo; S. M. cree suficiente que sepa S. S. que los dichos ministros han adquirido poco honor y ventajas en concepto del rey, pero que éste se halla dispuesto á olvidar sus faltas, sin resentirse jamás ni acordarse de las muchas veces que le han dado ocasion de hacerlo; pero S. M. cree que compete á S. S. y á su autoridad el contener las usurpaciones, movimientos é innovaciones que tienen lugar en Italia, por las instigaciones de los ministros

lenguaje, revela la injusticia de sus adversarios, que no temian las turbulencias á que podian dar lugar las exigencias que no tenian derecho á hacer.

(1) Hé aquí porque estos detalles deben ser expuestos ante la vista del jefe moral y único de la cristiandad en el universo: el universo era entonces la Europa. La América no consistia mas que en una aglomeración de vasallos sometidos á un violento despotismo, aun de parte de los gobiernos que se apellidaban repúblicas. El Africa y el Asia sé encontraban gobernadas por bárbaros indigenas.

del rey de España ; créese S. M. que estos casos importan grandemente á la Santa Sede y á la autoridad pública, y que producen accidentes irreparables; y de todo esto se deduce que los referidos españoles se han apoderado y usurpado en Italia mas plazas, despues de la paz de Vervins, que habian tomado en tiempo del rey de España (1) muerto últimamente:

«Esto no solamente ofende á la Italia y aquellos á quienes se oprime, sino que siembra la alarma y la discordia entre los príncipes y grandes, que ven en esto el ejemplo de codicia de la nacion española; de Harlincourt al hacer presente esto á S. S. le dirá lo siguiente: «S. M. expuso esto mismo al difunto papa Clemente VIII, apercibiéndole para que interpusiese su autoridad, y no pudo hacer nada para este objeto, como si Dios hubiera querido con ello reservar esta gloria á la digna persona de S. S.; todo lo cual será dicho por el Sr. de de Harlincourt en el momento que juzgue mas oportuno, para evitar llegue un dia en que esto no tenga remedio.

«En cuanto á los medios que deban ser aplicados para remediarlo, S. M. los deja enteramente á la eleccion de S. S., por lo que el Sr. de Harlincourt declarará que S. M. no pretende imponer consejos que puedan ser perjudiciales al reposo público, y desagradables á S. S.: se contenta únicamente con hacerle ver lo que cree que alimenta el desvío entre los dos reyes y lo que les impide vivir unidos y en buena inteligencia para el bien de la cristiandad.

«El mismo Sr. de Harlincourt no hablará á S. S. de las revueltas y negocios de la alta Hungría, ni de los paises circunvecinos; pero si fuese interpelado sobre esto para que emitiese opinion, contestará que pensamos mal de este desgraciado negocio en que el turco llevará la mejor parte, pues que ha tomado bajo su proteccion á los revoltosos, con su jefe nombrado Bisto-Kay, el cual ha tomado el título de príncipe de Transilvania, acompañándole las tropas turcas y sus adeptos.

(1) Se echa de menos á Felipe II, porque Felipe III era débil, se le dominaba con facilidad y hacia muy poco de su propia cuenta. Los ministros no llegaban á poseer el tacto de Felipe II, ni su buen golpe de vista, lo cual le dejaba apercibirse de los peligros, cuando no veia esperanza de beneficio.

«Que estos desórdenes proceden del gran rigor empleado por el emperador y sus oficiales contra los herejes del país, y de la insolencia de los soldados de que se ha valido, á la cual le será muy difícil calmar; creyendo por el contrario que estos conflictos pueden ser contagiosos y echar raíces en las provincias vecinas, tan afligidas y atacadas del mismo mal, mal que creemos está fundado en la diversidad de religion, lo cual es y será siempre favorecido por todos aquellos que tengan una misma profesion de fe, pues que S. S. sabe ya que en Germania, estas divergencias son numerosas y considerables.

«Por lo tanto S. M. piensa que lo mas prudente seria el extinguir este fuego por medio de un arreglo, antes que hacer uso de la fuerza.

«Estando el emperador mal preparado, cree S. M. que S. S. debe elegir el medio de fortificarlo, pues muchos salen de Alemania para socorrer á los revoltosos contra las armas imperiales, por su odio á la religion, sin considerar que van á *hilar la cuerda con la cual al fin los turcos los extrangularán, como han hecho con otros.*

«El imperio turco sin esta fermentacion, se encontraba reducido á un estado miserable en todas sus partes, y próximo á dividirse y ser presa de sus vecinos: el Asia está en plena revolucion, maltratada por las armas persas, y regida y gobernada por un príncipe jóven (1) y violento, que no piensa mas que en placeres voluptuosos, como sus antecesores, y el cual es gobernado por malos ministros y peores servidores.

«La severidad y violencia empleada con respecto á cuestiones religiosas, privó no hace mucho tiempo al rey de Polonia del reino de Suecia (2), y ha formado en los Países Bajos un Estado poderoso y formidable para sus vecinos (3), que arruinó y juró perder la Francia, que llenó la Europa de facciones y divi-

(1) Achmet I. que contaba entonces 17 años.

(2) Por esto se ve que Enrique IV establecia en esta memoria las bases de una estadística completa en su tiempo, en todo lo que tenia relacion con sus intereses ó los secretos de su política.

(3) Los holandeses.

siones peligrosas, las cuales merecen ser consideradas con suma prudencia por S. S., á fin de dedicarse, por los medios que crea mas á propósito, á la extirpacion de todas estas turbulencias, antes que se aumenten.

«Asimismo si S. S. le pidiese su consejo sobre lo que debe hacer con respecto al rey de Inglaterra (Jacobo I, hijo de María Stuardo) (1) por sus rigores extraordinarios á causa de la religion, le aconsejará lo contrario de lo que hizo el difunto papa Clemente; pues aquello ocasionó la precipitacion de unas resoluciones que serán muy perjudiciales á los católicos, muy numerosos en este país, y favorables á los herejes calvinistas que son los que irritan á este rey contra los católicos, y se empeñan y maquinan contra ellos, para lo cual se encuentra dispuesto y muy inclinado en la actualidad este rey; por todas estas consideraciones cree S. M. que S. S. debe tratarle con dulzura, sin forzarlo á que favorezca mas á los católicos de dichos países, á los cuales por el contrario conviene amonestar para que se contengan y esperen con paciencia de la gracia de Dios y de la justicia de su causa el consuelo que necesitan. Unase á esto que conduciéndose de este modo, hay lugar á esperar que los puritanos de dicho país, que son calvinistas, y que no están mas contentos de dicho rey de Inglaterra que los católicos, por haber dictado disposiciones contra ellos, cuando vean que no pueden irritar mas al rey contra los católicos, impacientes por la inaccion é incertidumbre en que viven, podrán tramar algun atentado, que dé lugar á que el rey de Inglaterra se irrite contra ellos y se manifieste propicio á los católicos, á quienes no faltan amigos ni apoyo junto al rey.

S. M. piensa que el mejor consejo que se le puede dar á S. S. con respecto á los negocios de Inglaterra en la actualidad, es el que se abstenga de decir nada á dicho rey sobre cambio de leyes, ni de su manera de vivir con respecto á religion, guardando hacerlo en tiempo mas oportuno; creyendo S. M. que si sigue otra senda, obligará al rey á que se una á los calvinistas

(1) Enrique IV hablaba con desprecio de este rey, y le llamaba el maestro Jacobo.

y protestantes, enemigos declarados del Papa, los cuales trabajan incesantemente para que tenga lugar esta union, union que reforzaria su partido, con gran detrimento para los católicos.

«Despues de todo esto será muy conveniente y oportuno que el Sr. de Harlincourt se presente á S. S. para decirle, bien en forma de discurso, ó como si saliera de él mismo, que si S. M. no ha conservado el crédito para con los Estados unidos de los Países Bajos, ha sido porque no podia pasar por otro punto y particularmente despues de haber conocido los designios de los españoles contra él y sus Estados; que si este país es acogido y agregado á los ingleses, vendrá á hacerse jefe de la faccion herética, por lo que cree S. M. mas oportuno que se mantenga independiente, porque de esta manera queda aun la esperanza de disponerlos y obligarlos á un acuerdo, que es á lo que se debe aspirar, á fin de librar á la cristiandad de la afliccion y debilidades continuas á que está sometida por la larga y continua duracion de la guerra de dichos paises.

«Dicho señor de Harlincourt dirá tambien á Su Santidad cuando lo crea oportuno, que S. M. no se negará jamás á interponer su mediacion, cuando aquellos que tienen interés en ello se porten de manera respecto á S. M. que buenamente le dén ocasion para hacerlo; sin embargo de que S. M. empeña su palabra de que en esto no lleva otras miras que representar á Su Santidad, que S. M. abunda en deseos de buena voluntad, como rey cristianísimo, obrando siempre con prudencia y con piedad.

«El último rey difunto habia decidido tomar bajo su proteccion la ciudad de Ginebra y algunos cantones católicos y otros que no lo eran, no para favorecer el error que en ellos reina, lo cual detestaba S. M., sino para impedir que el duque de Saboya se apoderase de dicha ciudad, con el pretexto de ciertos derechos que pretendia tener; importando al servicio de S. M. que la citada ciudad continúe libre á causa de la situacion que ocupa, lo cual la hace muy necesaria para el comercio y paso de la Francia para la Suiza y Alemania, por esto S. M., siguiendo la marcha y el ejemplo de su antecesor, ha confir-

mado despues el mismo tratado que se habia hecho para conservacion y defensa de la citada poblacion ; por lo cual se ha obligado, con las otras consideraciones anteriormente dichas, á oponerse á los que pretendan algo contrario á lo establecido, sea bajo la forma que quiera (1).

«Siendo esto una cosa que no puede hacerse sin violar los tratados últimos de paz , pues que esta ciudad fué comprendida en ellos por parte de S. M. bajo el nombre general de sus aliados y confederados los cantones suizos , S. M. quiere y encuentra bien que se haga particular mencion de la ciudad de Ginebra, como con otras se ha hecho, á instancias del difunto cardenal de Florencia, legado del Papa y despues papa con el nombre de Leon XI, por complacer al difunto Clemente. Siendo esto así, S. M. suplica á Su Santidad, no solo que no favorezca y apruebe los designios que dicho señor duque de Saboya pueda tener sobre dicha ciudad para apoderarse de ella, sino que se lo impida, siempre que desee mantener la paz pública, porque S. M. está interesado en su honor para oponerse á cualquier atentado de ese género, y para defender la libertad de la mencionada ciudad, no escaserá ningun medio ni le detendrá ninguna consideracion.

«Esto se lo hará presente el señor de Harlincourt á S. M. en términos claros y expresivos tan luego como conozca que es tiempo de hacerlo , procurando no demorar en este asunto la voluntad de S. M., y haciendo de modo que Su Santidad sirva y favorezca estos designios y todo lo que S. M. haga en beneficio de dicha ciudad, advirtiendo que en ello no se mezcla nin-

(1) Todo esto es muy delicado de decir. Es muy probable que el jóven Villeroy se contentara con hacer ver sencillamente que Ginebra en manos del duque de Saboya no convenia á la Francia, y que el Papa tendria una gran responsabilidad en este caso. Era muy cierto que el calvinismo amenazaba desde aquella ciudad á la Italia y á la Francia misma; este mal antes podia haber sido grande, pero bajo el reinado de Enrique IV venia á ser muy poca cosa; pues Ginebra, vertiendo sus ideas liberales era menos peligrosa que Ginebra protegiendo al calvinismo, que hacia en aquellos momentos pocos progresos. En cuanto á las ideas liberales, tan inexplicables como son, y empeñándose en ser precedidas de la bandera roja, que han tomado por enseña los que las profesan, era entonces todavia un flujo y reflujo que se retiraba, quedando la ribera seca.

guna cuestion religiosa, y si solo altas consideraciones del Estado (1).

Tambien dirá á Su Santidad que no es el ánimo de S. M. impedir que el duque de Saboya prosiga en justicia los derechos que pretende tener sobre dicha ciudad, siguiendo la forma comun y prescrita por nuestros tratados; antes por el

(1) Tememos que Villeroy no se haya engañado y no haya exagerado el deseo que los papas pudieran tener de intervenir en este asunto; los papas jamás han tenido interés en dejar que se engrandezca un príncipe de Italia. Villeroy no queria que el duque fuese dueño de Ginebra, hubiera preferido mejor que la Francia se hubiese apoderado de ella. A esta rivalidad, y no al calvinismo, es á lo que Ginebra debe su independencia. Finalmente, en cuanto á la politica de los papas, pues que de esto solamente hablamos ahora, un engrandecimiento para la Francia les convendria mucho mas que el de un príncipe de Italia. Los franceses caen frecuentemente sobre Italia pero son rechazados otras tantas veces: un príncipe de Italia siempre queda en el país. Despues de Ginebra se podría volver á tomar Saluces; y Sully habia dicho que en Saluces estaba el camino para llegar hasta los muros de Roma, y Roma no quiere á los saboyanos, como tampoco ha querido nunca á los franceses.

Acaso se me reconvendria el no haber tratado aqui la cuestion particular y absolutamente cristiana del restablecimiento de la misa en Ginebra. No creo que se pueda acusar de esto á los papas; no dudo ni un instante de que uno de sus constantes pensamientos ha sido dirigir mil preces á Dios para que el culto herético fuese abolido. Siempre han hecho esto los papas desde la muerte de San Pedro; pero al mismo tiempo su razon, de la que les es permitido servirse, como á todos, cuando se trata de consideraciones personales, su razon y su buena sentido, han podido hacerles prever que esta ocupacion de Ginebra no se aplazaria á los tiempos del poder de Napoleon.

El sistema de connexion, de acumulacion de los reyes de Francia, estaba suficientemente conocido: la Provenza, la Bretaña, sin hablar de otros países que habian sido tomados á la quieta, habian llegado á completar el continente francés. Este sistema ha sido seguido despues por todos nuestros ministros. Mazarino fundó su colegio de las Cuatro naciones en memoria de cuatro gloriosas conquistas; en el reinado de Luis XIV, á pesar de su indolencia, un cardenal aseguró la Lorena. ¿Y por qué los papas no habian de decir: «opongámonos á la posesion saboyarda, y dejemos marchar la codicia francesa, menos amenazadora en este caso? Así los papas, sin faltará un deber religioso, han hecho un cálculo político, razonable, que no carece de tacto ni prevision. Solamente se puede decir que en tantas ocasiones favorables, jamás ha pasado por la mente de uno de nuestros directores políticos, extender un poco mas el *arrabal* de Lyon, y de ir á ver mas de cerca los manantiales del Ródano, que, ayudado del Saona, este vecino coronado de espigas y flores, han hecho de Lyon uno de los principales puntos comerciales del mundo.

contrario le será siempre favorable, como frecuentemente se lo ha manifestado, y está pronto á darle una prueba cuando quiera entrar en este camino (1).

«Pues que no permitió Dios que el papa Clemente que fué invitado y suplicado por S. M. para que fuese el padrino en el acto solemne del bautizo, celebrara en esta ceremonia, el señor de Harlincourt, de órden de S. M., requerirá á S. S. por si puede y quiere hacerle este señalado favor, al cual le quedarán eternamente obligados tanto los reyes como monseñor, reverenciando mas cada dia su persona y su memoria; pero si S. S. quisiera saber si llevaria á bien S. M. que en vez de él personalmente fuese algun cardenal á representarle, le hará presente, que S. M. deja al arbitrio de S. S. la manera de ejecutarlo, asegurándole que, sea bajo la forma que quiera, á S. M. le será muy grato le conceda semejante honor. Añadirá tambien que S. M. ha resuelto que despues de recibir la contestacion de S. S., este bautismo se verifique lo mas pronto posible (2).

«El Sr. de Harlincourt no expondrá de una vez á S. S. todas las cuestiones que abraza esta instruccion, ni por consiguiente en la primera audiencia, sino que las hará presentes á medida que se lo vaya indicando el cardenal de Perрон, y cuando lo juzgue mas conveniente, todo con el fin de obtener el fruto que S. M. desea para el buen éxito de sus negocios.

«El Sr. de Harlincourt dará cuenta detalladamente de todos los negocios que ocurran, y para aquellos cuya índole lo

(1) Para el que conoce estos asuntos, Villeroy despliega aquí la mas admirable habilidad. ¿Qué significan estas negociaciones para el que estudia el secreto del engrandecimiento de los pueblos? Se desea que el duque haga valer sus derechos; pero un dia ó un siglo despues el duque es desgraciado en la guerra, y de sus resultados cede sus derechos sobre Ginebra. Solo faltaron en aquella ocasion 50,000 hombres y un mariscal, y Ginebra habria sido reunida á la Francia. Se protesta contra los usurpadores, y en la primera ocasion se les imita.

(2) Esta invitacion á que fuese el Papa á bautizar el delfin, no fué hecha en este tiempo: así lo tengo yo entendido, fué simplemente un acto de devocion y respeto. Enrique IV sabia además que en aquellos tiempos de política, de conveniencia y de fina educacion, no obtendria mas que el envio de un cardenal.

requiera, se valdrá del alfabeto de cifras que S. M. ha ordenado entregarle.

« Hecho en Paris el..... de junio de 1605.»

Hemos dado este importante documento en extracto, abrazando los puntos mas interesantes.

Hoy pertenece á la biblioteca del rey.

Volvamos á los trabajos directos del pontificado.

Para que tuviera un fin la controversia sobre la gracia, agitada entre los dominicos y los jesuitas, el Papa renovó las congregaciones de *Auxiliis*, instituidas por Clemente VIII, autorizando de nuevo á las dos partes, para que pudieran sostener cada una su opinion.

El 18 de julio del mismo año, Paulo habia creado cardenal á Escipion Caffarelli Borghese, sobrino materno suyo, noble romano, el cual le habia quitado el nombre de Caffarelli, quedándose solo con el de Borghese. Este hecho fué muy aplaudido en Roma. Escipion se distinguia tanto por sus dulces y finas maneras, que le valió ser llamado *delicia de Roma*. El fué quien mandó construir la magnífica villa Pinciana Borghese, en la que todavia se admira, á pesar de sus pérdidas y la venta de muchas estátuas, gran cantidad de objetos de inestimable precio. Rosny se ocupaba con zelo de los grandes intereses militares y financieros del reino. Se ocupaba y se mezclaba al mismo tiempo en los debates de los negocios de la política exterior. Leyendo atentamente las instrucciones dadas á Harlincourt, casi se puede reconocer que Sully tomó parte en esta memoria, y pudo introducir algunas frases en el párrafo, un poco duro para Roma, en que se trataba la cuestion de Ginebra: esta puede ser la causa de los dos diversos colores que presenta este documento.

Ya sabemos que Bethune, hermano de Sully, habia perdido su embajada.

El Papa no podia permanecer indiferente á la opinion de Sully, despues de haber consultado con el cardenal de Perron, que estaba en correspondencia con el ministro. S. S. manifestó el deseo de asegurar á este último sus sentimientos de benevolencia. En marzo de 1605, de Perron habia escrito á Rosny estas propias palabras: « El cardenal del Búfalo tiene siempre

vuestro nombre en la boca, estando muy satisfecho de vos por mas de un motivo, entre ellos, por una bella y elocuente carta que le habeis escrito de vuestra mano, la que conserva como un caro y estimado tesoro: de ello se gloria y se lisonjea con sus amigos particulares. Todos los demás cardenales hablan igualmente de vos con grandes alabanzas, y no desean mas que una sola para colmo de todas ellas; confesando que en cuanto á los negocios del rey y del Estado, habia hecho maravillas, y que con respecto á aquellos de la Iglesia y de los eclesiásticos, conocidos con el nombre de asuntos de Roma, vos los gobernais increíblemente bien; todo esto es grandemente útil al servicio del rey, pues que la reputacion que vos y vuestro hermano el embajador habeis adquirido en esta corte con respecto á eso, favorece indudablemente los negocios del rey. Lo pongo en vuestro conocimiento, no por adularos, sino porque esto es la pura verdad.»

Rosny, recibió con júbilo esta carta, y se la mostró al rey. El ministro no podia quedarse atrás en cuanto á cumplimiento al cardenal, y entre otros le escribió los siguientes: «Continuad, yo os lo suplico, haciendo valer vuestra mediacion, y permitidme atribuir á ella la relacion honrosa que habeis hecho de mi persona y de mis acciones; al mismo tiempo debo á vuestra amistad toda la gran reputacion que me quereis persuadir he adquirido en Roma, la cual me esforzaré en merecer á fin de evitaros que me aduleis y os honreis con mi amistad, sin sufrir la vergüenza de que me encontreis indigno de vuestros cumplimientos y de vuestra benevolencia.»

Rosny experimenta una gran satisfaccion al dar estos testimonios de amistad, y se explica en unos términos que fueron agradables á Roma.

Entonces el papa Paulo V juzgó á propósito escribirle de su propia mano, la carta siguiente:

«Paulo, papa V, á vos, hombre ilustre, salud, gracia y luz divina (1).

(1) Los protestantes no hacian ningun caso de la bendicion pontificia; mas su orgullo está por tierra, cuando han deseado verse inspirados por la *luz divina*. Nada tienen que oponer á esta *luz*. Este

«Estamos aficionados de tal modo á nuestro amado hijo M. Bethune, vuestro hermano, por su rara prudencia y piedad y por la cortesía y respeto con que nos ha tratado, durante el tiempo en que éramos todavía del número de los cardenales, que sus acciones y su persona nos proporcionan un agradable recuerdo : ved aquí porque, considerando los estrechos lazos que nos unen con vuestra sangre y la naturaleza, conociendo vuestra grande experiencia y fuerza de voluntad, las cuales se nos representan tales como son, y singularmente tanto en los casos de guerra como en los negocios de paz, hemos anhelado siempre encontrar una ocasion para poder demostraros los deseos que tenemos de abrazaros con afecto ante Dios, mas nos queda esta pena en nuestra caridad, y esto que nos debía servir de consuelo, nos sirve de disgusto, estando como estamos cuidadosos por vuestra salud, reconociendo como reconocemos los infinitos dones de espíritu de que la naturaleza os ha dotado; y como, á la verdad, es cosa imposible poder hacerse agradable á Dios sin la confesion de la fe ortodoxa, es decir, sin creer en la religion católica, de la cual ha hecho profesion la iglesia romana, madre y maestra de todas las otras; pues no debe presumirse nada por verse colmado de favores por la bondad divina; todos los servidores pueden tener el talento de padre de familia, mas no todos están llamados á formar parte de la joya del Señor.

«Por el contrario, las riquezas adquiridas en este mundo por los pecadores, se parecen á los sueños que se desvanecen al despertar; tan necesario es, pues, que todo el mundo se rodee de la inteligencia divina.

«Por eso pues, deseamos que todas vuestras gracias temporales estén acompañadas de la bendicion espiritual (1), y para este fin, nosotros rogamos incesantemente al Eterno para que ilumine vuestro entendimiento con la claridad de su santo Espíritu, á fin de que mas fácilmente podais venir al conocimiento de la verdad de la fe católica. Ciertamente, pues, que

principio de la carta del Papa, está lleno de buen gusto, de un rasgo de dignidad que no permite ningun insulto.

(1) El Papa muestra aquí á Rosny la bendicion expiritual, mas no se la dá. Pablo deseaba que Rosny se hiciese digno de ella.

entre las grandes ocupaciones de nuestro Pontificado, nos está permitido aumentar nuestra Iglesia, para la cual nos proponemos trabajar con nuestras oraciones, sin omitir nada de aquello que pueda servir á vuestra conversion; tanto es lo que la deseamos.

«Nos obraríamos ahora como aquel buen pastor evangélico que abandona las noventa y nueve ovejas de su rebaño, por ir en busca de aquella que se habia descarriado. Así nosotros nos desentenderemos voluntariamente todos los otros cuidados solo para atraer vuestra alma, que deseamos ver en el número de las bienaventuradas.

«Como quiera que esto sea, y cualesquiera que sean las cosas que á este trabajo se opongán, hemos querido consignar con esto el ardiente zelo que tenemos por vuestra salud, en el cual perseveramos, tanto mas constantemente, cuanto que nosotros sabemos la generosidad de vuestro corazón, que fácilmente lo hemos creído grande. Vuestros antepasados, y vos, descendéis de una casa mas ilustre que la de los antiguos *condes de Flandes*, calidades que nos hacen creer todavía que recibireis, como es debido, estos efectos de nuestra sincera voluntad, y que bien pronto nos dareis pruebas de que este aviso os ha sido agradable (1).

«Todo esto es de muy fácil ejecución, con tal que solamente permitais ser instruido en la verdad de la religion católica; sobre esto interrogad á vuestros padres, y ellos os dirán lo que eran vuestros antecesores. Sabed lo que enseñan san Dionisio, san Remigio, san Hilario, san Martín, y san Bernardo, que han predicado el cristianismo en Francia, y vos juzgareis si hay alguna diferencia entre su doctrina y la que profesa la santa Iglesia romana. Sabreis tambien aquello en que han creído Clodoveo, Carlomagno, san Luis, y en fin, todos los demás reyes de Francia, y entonces reconocereis que jamás dejaron de estar intimamente unidos, en cuanto á la fe, con los sumos pontífices nuestros antecesores; pero sobre todo, interro-

(1) Con que delicadeza esta indicado aquí, sin nombrarle, Godofredo de Bouillon. Se habia hecho una alianza entre la casa de la baja Lorena, á la cual pertenecia Godofredo, y la familia de Bethune.

gad á nuestro muy querido hijo en J. C. , el rey Enrique IV, que reina en la actualidad, y él mismo os enseñará cuál es su creencia con respecto á su queridísima madre la Iglesia romana. Verdaderamente vos hariais en esto una accion que le sería muy agradable ; y por ello es por lo qué nosotros os exhortamos mas ardientemente á que accedais á nuestro deseo en esta ocasion, en lo cual con un solo efecto y en un mismo instante podeis dar un gran contento á nos , á vuestro rey , y remediar con ello el restablecimiento de vuestra alma.

« Nos tenemos presente que en muchas ocasiones, asuntos que concernian á la Santa Sede , habeis siempre obedecido las instrucciones de nuestro predecesor, de feliz memoria, Clemente VIII; sabemos tambien que habeis hecho importantes servicios á los legados y nuncios apostólicos, y todo esto nos hace indudablemente esperar, el cumplimiento de nuestros deseos, y principalmente este, pues que se trata de vuestra propia salud.

« Por lo cual no deseamos menos que el santo pontífice Clemente, recibiros con los brazos abiertos, á fin de decidiros á formar parte del templo de Jesucristo nuestro redentor, es decir, de la Iglesia católica.

Sin embargo, nuestra esperanza ha sido aumentada despues de saber que teneis á mucho honor la santidad de san Alpino de Bethune, cosa muy natural, habiendo salido de vuestra familia; porque seguramente este personaje bienaventurado hizo profesion de la fe católica apostólica de la Iglesia romana, tanto que se mantuvo en ella; y vos debeis por lo mismo seguir su ejemplo ó cesar de apropiaros la gloria de su vida por haber sido de vuestra familia; porque si vos ensalzais su santidad persistiendo siempre en vuestra misma religion, os vereis sin duda alguna en contradiccion con vos mismo, y por lo tanto no podeis conservar unidos vuestras creencias y el hacer un buen juicio de su doctrina y acciones.

« Me parece oportuno terminar la carta en este lugar. Aquí la concluiremos; mas no cesará la inquietud que tenemos por vos , ni las devotas plegarias que hacemos á Dios por la salvacion de vuestra alma, las cuales al contrario redoblabamos incesantemente á fin de que el Eterno, por un efecto de

su misericordia, disipe las tinieblas de vuestro entendimiento y no permita un momento que, siendo solicitado por nuestra piedad, rehuséis la claridad de la luz divina. Dado en Roma, en San Marcos, sellado con el anillo del pescador, el 5 de octubre del año de 1605, 1.º de nuestro pontificado.

«PAULO, PP. V.»

A esta carta llena de paternidad, de sabiduría y de confianza en un poder verdadero, Rosny contestó en los siguientes términos:

«Santísimo Padre:

«Las bendiciones y gracias infinitas, tanto espirituales como temporales, con que el Dios eterno con sus liberalidades y con toda su plenitud ha favorecido á Vuestra Santidad, y los señalados testimonios de afeccion paternal con que ha querido continuamente gratificar á mi rey y á mi patria, habian ya adquirido tal predominio sobre mi voluntad y dispuesto mi corazon á ser uno de sus mas humildísimos y fieles servidores, que ya no tengo nada que añadir á los grandes deseos que he sentido de ser honrado con sus mandatos, á los que yo debo perpétua obediencia. Mas viendo en este momento, por el breve con que S. S. se ha dignado honrarme, sobrepujados todos mis designios y esperanzas, con mucho exceso de bondad, piedad y cortesía, no intentaré expresar por mis palabras el sentimiento que hay en mi alma, haciéndole ver que ciertos vínculos y una gracia especial, me tienen sujeto á su fiel servicio; contentándome con admirarlo como efecto proveniente del cielo y de una virtud que no tiene igual, y sin la creencia que tengo de ser acusado de ingratitude, estimaria mas callar que hablar, confesando por mi silencio lleno de humildad, mis defectos y vuestros méritos infinitos, los cuales me hacen esperar que, á imitacion de Dios que ha estado con vos liberal en sus gracias, y el cual, sin excepcion de personas, se complace y se deleita por las alabanzas y ofrendas que recibe de las mas ínfimas criaturas,

cuando ellas proceden de corazones sencillos, vuestra piedad y clemencia me hará agradable el que acepteis los votos de vuestro humildísimo siervo, pues dedico mis días y mi vida á que sean empleados en servicio vuestro, tan inútiles como puedan ser; protestando (1), sin embargo, que si por desgracia alguna vez me hallase privado del medio de cumplir con mi deber y devoción, mis deseos de llegar á esta felicidad serían eternos, y haría notorio en todas partes vuestra gloria y alabanzas inmortales, rindiendo mil gracias á Vuestra Santidad por las sábias amonestaciones que se ha servido hacerme; suplicándole humildemente no me encuentre malo si, deseando hacer alguna acción loable que pueda imitar las vuestras, yo dirijo mis ardientísimas oraciones á ese gran Dios, criador de todas las cosas, á fin de que si á él le place, siendo como es el padre de las refulgentes luces, asista é ilumine con su Santo Espíritu vuestro zelo y beatitud, y os dé cada vez mas entero conocimiento de su verdad y buena voluntad, en la cual consiste la salud y felicidad eterna de todas las criaturas; besando con devoción humildemente los piés de vuestra grandeza y santidad, como aquel que ha adquirido sobre mí toda clase de derechos y obligaciones, y que desea conservar tanto como su vida, la calidad de

«Vuestro humilde, obediente y fidelísimo servidor,

«BETHUNE DE SULLY.

«París, 17 de noviembre de 1605.»

Ahora haremos algunas reflexiones sobre estas dos cartas. Cuanto la del Papa es tierna, generosa y paternal, la respuesta de Rosny es muy oscura. En ella hay un párrafo en el que da á entender que sus deseos son dedicar sus días y su vida á la obediencia del Papa; luego añade: «*Protestant*, sin embargo, etc.» Esta palabra *protestant* está habilmente puesta de manera que pueda caber duda sobre ella: segun la continuación del escrito, no se puede tomar sino *atestiguando, declarando*,

(1) En el original hay un juego de palabras imposible de traducir: introduce la palabra *protestant*, que quiere significar protestando y protestante.

La cita de San Alpino de Bethune hecha con tanta habilidad por Paulo V, parece no haber sido observada; el orgullo de Rosny ¿incurre aquí en falta? Pero en fin, en esta lucha cortés, la ventaja es del Papa, pues Rosny se elude despues de haber vertido algunas frases que hacen conocer su calvinismo. Pero dejemos esta vanidad que combatimos, y reconozcamos que en él hay el mérito de habernos instruido de todos estos hechos, que nos han sido trasmitidos solamente por sus *Economías reales*.

Sully habia visto que no se ignoraba que hubiera existido un santo ilustre en su familia, y obtenida esta pequeña ventaja, le contentó tanto como si fuera una victoria.

Hablemos de los trabajos ejecutados por Paulo V.

En este momento surgia una diferencia entre el Pontífice y la república de Venecia. Se asignaban dos causas á esta grave querrela. Dos eclesiásticos habian sido acusados, ante el consejo de los Diez, de crímenes, de rapiñas y de homicidios. Estos dos acusados, llamados el uno Escipion Saraceni, canónigo de Vicenza, y el otro Brandolino Valmarino, nacido en Forti, y abad de Narvesa, habian sido hechos prisioneros y enjuiciados, en 1606, sin que se diera de ello parte alguna á la corte romana.

La otra causa eran dos decretos del senado: el uno prohibia fundar hospitales y monasterios, instituir nuevas órdenes religiosas, levantar iglesias y establecer nuevas cofradías sin permiso del senado. El segundo decreto prohibia en todas las ciudades y en todo el Estado de la república (este estaba ya publicado en 1563 para la ciudad de Venecia, en tiempo de Paulo III) el legar á titulo de venta, de testamento ó por otro medio; vender ó enagenar los bienes inmuebles de la Iglesia por mas de dos años; y prohibia á todos el adquirir estos bienes sin consentimiento del senado.

Paulo V, zeloso defensor de las inmunidades eclesiásticas, viendo que estos decretos las atacaban para destruirlas, escribió á su sobrino, Horacio Mattis, para que pidiese fuesen puestos en libertad los prisioneros y derogados los decretos. Por otro lado, el Papa se quejaba de la conducta del caballero Nani, embajador de la república, cerca de la Santa Sed e.

Paulo esperaba conseguir la concordia y obediencia del senado de Venecia, como lo habia conseguido, en circunstancias parecidas, del de Génova.

Mas la república de Venecia no quiso ceder. El Santo Padre convocó un consistorio el 12 de abril de 1606, al cual asistieron cuarenta cardenales que estaban en Roma, excepto uno que estaba supeditado á la república, y por lo cual se abstuvo de votar. Estos cardenales dieron su voto favorable á todo lo que propuso el Santo Padre. Se decidió que se lanzaria un monitorio contra el Estado de la república, y que si pasados veinticuatro dias el dux y la república no obedecian al Santo Padre, el dux y la república serian excomulgados, y que tres dias despues la misma pena seria impuesta á todos los súbditos de la república.

Venecia ordenó que nadie obedeciese el entredicho, bajo la pena de destierro. El nuncio abandonó á Venecia, los jesuitas sometieron inmediatamente á las órdenes del pontificado y salieron procesionalmente, por lo cual fueron declarados desterrados perpétuamente del Estado. Los teatinos y los capuchinos representaron al gobierno que ellos estaban prontos á conservar abiertas sus iglesias para los sacerdotes extrangeros, pero que al mismo tiempo suplicaban se les dejara celebrar sus oficios en particular. Les fué denegado este permiso, y partieron asimismo para el destierro. Los capuchinos, en el territorio de Brescia y de Bérgamo continuaron habitando sus conventos, porque no observaron este entredicho (1).

De un lado y de otro se publicaron muchos escritos que anunciaban la voluntad de los dos partidos (2).

Unos decian que la causa de los venecianos debia ser la de todos los príncipes, y que seria útil que los venecianos consiguiesen la victoria. Entre el número de escritores que defendieron á los venecianos, se contaban fray Paulo Sarpi y su hermano Fulgencio, su digno émulo, los cuales lanzaron una porcion de invectivas audaces contra la corte romana. Pero la

(1) Muratori, *Anales de Italia*; año 1606 y siguientes.

(2) Novaes, tom. IX, p. 92.

causa de la corte fué defendida elocuentemente por Baronio y Bellarmino, estos dos hombres, llenos de gloria y de génio, á los que nó se les pudo hacer aceptar la tiara y que no cesaron de mostrarse los mas ardientes defensores de la Iglesia (1).

Habia llegado el caso de estallar una guerra entre Venecia y la Santa Sede, cuando el rey católico Felipe III ofreció al Papa el socorro de sus tropas estacionadas en el Milanésado, prometiéndole reducir los venecianos á una pronta obediencia. Al mismo tiempo que este príncipe hacia estas ofertas, los venecianos se aprestaban á hacer una vigorosa resistencia. Enrique IV, aliado sincero de la Santa Sede, ofreció su mediacion entre las dos potencias, prometiendo francamente volver la paz á la Italia, que creia muy necesaria. El cardenal de Joyeuse, Francisco, recibe órden de marchar á Venecia para tratar á nombre del Papa y del rey: vuelve á Roma el 22 de marzo de 1607, y obtiene del Papa plena autorizacion para absolver á los venecianos de las censuras lanzadas, el levantar el entredicho, y el concluir una paz definitiva con la república. Las dos partes debian cesar de continuar las hostilidades empezadas. El entredicho fué revocado, y los dos decretos declarados como no publicados. El cardenal Joyeuse desplegó en esta ocasion un zelo que debe ser apreciado. El 21 de abril los venecianos remitieron los prisioneros Escipion Saraceni y Brandolino Valmarino, y la concordia fué restablecida.

Los venecianos prometieron enviar á Roma un embajador encargado de dar las gracias al Papa por haberles devuelto su gracia; pero prohibiéndole hablase nada de absolucion. En esta ocasion se conoció el alma grande de Paulo V: despues de haber mostrado una firmeza justa, volvió á los sentimientos de conciliacion, como habian hecho tantas veces sus augustos predecesores, que habian creído perder demasiado, por sostener un falso punto de honor.

El Santo Padre y la república dirigiéronse mútuos cumplidos, y despues muchas cartas atestiguando su reconocimiento al rey Enrique IV.

Sin embargo, hubo un punto sobre el cual los venecianos

(1) De Sponde, *Anal. ecl.*; año 1606.

no quisieron cumplir el tratado, ni tampoco ceder. Los religiosos desterrados volvieron á sus conventos, mas no los jesuitas, los cuales lo verificaron en 1657, en tiempo de Alejandro VII.

Por aquel entonces tuvo lugar una nueva promocion de cardenales: Paulo concedió la púrpura á Marcelo Lante, su pariente, que era uno de los mas ricos y bienhechores prelados de Roma. A causa de sus liberalidades se le llamaba *Juan el limosnero* de su tiempo.

El 29 de marzo de 1608, el Papa terminó todos los trabajos relativos á la canonizacion de Santa Francisca, romana, nacida en 1384, fundadora de los inválidos de San Benito y de la congregacion del *Monte Olivete*, llamados comunmente de las damas de *Tort ' de specchi*.

Enrique IV habia instituido, contra los herejes, la órden militar de Santa María del Carmelo. El Papa la aprobó, y el 31 de octubre de 1608 unió esta órden á la de los caballeros de San Lázaro. En lo sucesivo la órden debia llevar estos dos nombres para los franceses, pues que la de San Mauricio y San Lázaro estaba reservada para los saboyanos y los italianos.

El número de estos caballeros, que podían ser casados, no pudo exceder posteriormente, de órden de Luis XV, de ciento: ocho podian ser eclesiásticos, debian tener todos 30 años y probar cuatro grados de nobleza paternal.

Las armas del rey de España, mandadas por el archiduque Alberto, en Flandes, habian sido vencidas por las de las dos Provincias-Unidas (Paises Bajos), que no querian oír hablar de paz: no consentian en deponer las armas sino con unas condiciones de independenciamuy fuertes y duras para la España, y á las cuales convenia ceder.

Sabiendo el Papa que en Madrid tenian lugar frecuentes consejos de Estado para llegar á concluir el acomodamiento deseado, exhortó al rey Felipe, sin perdida de tiempo, para que pidiese en el tratado el libre ejercicio de la religion católica en Holanda. Las provincias protestantes lo repugnaron constantemente, y entonces los españoles, no pudiendo continuar la guerra, celebraron unatregua de doce años, y abandonaron los intereses de la religion. El Papa se quejó amargamente al rey y al archiduque.

Sin embargo, Felipe, que no habia podido mostrarse agradable al Papa en esta circunstancia, pues con las exigencias de la política habia herido los derechos de la religion, buscaba los medios de no perder la estimacion de la Santa Sede.

Los moros continuaban habitando los reinos de Valencia y de Granada, conspiraban contra el rey, y se movian sin descanso para solicitar toda clase de apoyo. Enviaron agentes á Francia para obtener alianzas; inquietando al rey en su trono y en su villa de Madrid, próxima á los sitios en donde se tramaban todas estas conspiraciones. Estas tentativas de trastornos habian sido la causa que impidiera al rey continuar la guerra en Holanda. El rey, despues de una madura deliberacion, ordenó que los moros fuéran expulsados simultáneamente de los reinos que habitaban. Tenemos que alabar á la España por su zelo en favor de la religion. Muratori y Sponde atribuyen este edicto á fines solamente políticos.

En esta misma época, el duque de Saboya, Carlos-Manuel, ensayaba de nuevo sorprender á Ginebra; pero la trama fué descubierta y los partidarios del príncipe tuvieron que fugarse.

El Papa se afligió vivamente de la muerte de Enrique IV. El crimen cometido en su persona, sumió al Pontífice en un profundo dolor: reunió un consistorio, y en él expresó el dolor que habia experimentado á la noticia de esta nueva tan fatal para el catolicismo. Seguidamente dirigió á la reina regente cartas en que, despues de haber expuesto las penas y amarguras que habia sentido, la exhortaba á defender la fe, y á inculcar á su hijo Luis XIII pensamientos de amor por la religion, que con la muerte de Enrique perdía un poderoso protector.

Se han escrito una porcion de memorias sobre la causa del asesinato de Enrique IV. Una obra del conde Tiepolo, que abraza diversas fases de la historia veneciana, me ha hecho conocer suposiciones y hechos que me parecen poco conocidos. El autor cita pasajes de un *Ensayo sobre la historia de la casa de Austria*, que atribuye á M. de Girecourt.

En el tomo II de esta obra, p. 176, se lee, despues de los detalles del sitio de Ostende, en 1604 :

«A fin de año, Spinola fué á España para conseguir de Fe-

lipo el permiso de levantar nuevos regimientos italianos, con el objeto de adoptar el proyecto concebido de llevar el teatro de la guerra, á la primavera siguiente, al otro lado del Rhin. El consejo de Madrid se hallaba ocupado sèriamente por este tiempo en buscar los medios de excitar nuevos levantamientos en Francia. Habia sido el instigador de dos conspiraciones contra la persona de Enrique IV, por el mariscal de Biron, por el conde de Auvernia y el marqués de Verneuil. Se sabia que el rey de Francia disimulaba estos ultrajes, bien resuelto, en el fondo de su corazon, á tomar venganza tan pronto como él pusiera en buen estado sus negocios y hubiese reparado las pérdidas que las guerras civiles habian causado en sus reinos.

«Parece muy probable que estos complots se tramaran sin el conocimiento de Felipe III, príncipe naturalmente piadoso y equitativo. Tambien se pretende que el duque de Lerma, á pesar de sus funciones de primer ministro, no fué instruido de ellos, lo cual parece increíble; Calderon (1) y aquellos con los cuales dividia las riendas del Estado, fueron los autores de estos conciertos con el príncipe mas enredador de su siglo, y desde mucho tiempo enemigo declarado del rey de Francia.»

Mr. de Girecourt habla así del asesinato de Enrique IV (2):

«Enrique se preparaba á atacar la casa de Austria por el lado de Alemania, de los Países Bajos y de la Italia: aseguróse con los holandeses y los príncipes de la Union Evangélica, y acababa de concluir un tratado de alianza con el duque de Saboya, en que se dejaba entrever la esperanza de conquistar el Milanésado. La corte de Madrid no se encontraba en estado de resistir el huracan, cuando un acontecimiento trágico la sacó de este embarazo. Enrique fué asesinado en su capital, el 14 de mayo de 1610. El malvado que dió el golpe se llamaba

(1) D. Rodrigo de Calderon, conde de la Oliva, marqués de *Siete iglesias*, superintendente de Estado bajo Felipe III, nació en Amberes, y era hijo de un pobre soldado de Valladolid, que se encontraba allí de guaracion. Se habia hecho notable por su inteligencia, y entró al servicio del duque de Lerma, que le proporcionó honores y cien mil ducados de renta. Jamás favorito de otro favorito ha sido tan rico y poderoso. Acusado por otros crímenes, quizás, que los que habia cometido, fué decapitado en 24 de octubre de 1621.

(2) Tom. II. p. 202.

Ravaillac, y habia nacido en Angulema. Los que han acusado á Felipe de haber preparado aquel golpe, lo dicen sin prueba alguna. Los proyectos que el monarca francés habia formado para abatir á la casa de Austria, desaparecieron con él. Bien pronto María de Médicis, regente del reino durante la minoría de su hijo Luis XIII, se arregló con la corte de España, y algun tiempo despues estipuló una doble alianza con esta córte.»

Al advenimiento de Felipe IV al trono, Calderon fué condenado. Las alianzas con la Francia imprimieron en los negocios otra direccion distinta: la misma corte ¿podia ver á la vez sobre el trono de Felipe IV, sentada á su lado á la excelente y noble Isabel, hija de Enrique IV, y al secretario político Calderon, que tantos males habia causado á la Francia?

Paulo V atento y vigilante, no cesaba de mantener á María de Médicis en los sentimientos religiosos favorables á la Santa Sede, y aun que él no reconociese la insaciable ambicion doméstica de esta princesa, tenia lugar de esperar que se mostraria amiga fiel de los intereses de la corte romana. Por otro lado, el obispo de Luzon (Richelieu), adicto á esta princesa, y que habia recibido en 1607 una acogida favorable en Roma, mantenia en el corazon apasionado de María, acostumbrado ya á honrar respetuosamente á Roma y sus ministros, disposiciones de benevolencia que no se extinguieron jamás, y de los cuales encontraremos los efectos en 1625, cuando esta reina casó á su hija Enriqueta con el príncipe de Galles, despues Carlos I.

El 1.º de noviembre de 1610, el Papa canonizó á san Carlos Borromeo, nacido en Arma, feudo de su casa, el 2 de octubre de 1538, de Filiberto Borromeo y de Margarita de Médicis, hermana de Pio IV. Clemente VIII, en 1601, habia empezado la causa de esta canonizacion, y en 1604 habia beatificado á Carlos. Benedicto XIII, en 14 de julio de 1704, concedió una indulgencia plenaria á aquellos que el dia de la fiesta de este santo visitaran una iglesia de religiosos de San Juan de los.

Entre tanto el Papa habia conseguido que la paz fuese concluida entre la Francia y la España. Se publicó el tratado en Roma, y se hicieron fiestas que probaban la alegría del Santo

Padre, á quien debía la Europa una parte de este beneficio. Todavía tuvo Paulo la satisfaccion de arreglar las diferencias que se habian suscitado entre el emperador Rodolfo y el archiduque Matias, que fué coronado rey de Bohemia en Praga, haciendo florecer una concordia sincera entre estos dos paises assolados por la guerra. El cardenal Mellini, legado de Paulo, obtuvo de los contendientes todo lo que solicitaba el Papa.

El 24 de setiembre, Paulo aprobó la orden de las ursulinas, instituida en Paris por María l' Huiller, señora de *Sainte Beuve*. Esta orden seguia la regla de san Agustin y de otros estatutos particulares, y tenia por objeto principal el educar á las jóvenes, haciéndolas aprender todos los trabajos propios de su sexo.

Este instituto tuvo su nacimiento en Brescia, en el año 1527. Gregorio XIII lo habia aprobado el 24 de noviembre de 1572. En seguida la orden de las ursulinas se propagó en Francia, en Flandes y en Alemania, en donde estas religiosas fueron llamadas por la emperatriz Eleonor, madre de Leopoldo I: despues lo fué en la América, en el Canadá, en la Hungría y finalmente en Roma.

Paulo V debía tambien mostrar su amor á las artes y su deseo de embellecer la capital del mundo cristiano.

La basílica del Vaticano, empezada por Julio II, continuada por sus sucesores, y mas notablemente por Gregorio XIII y Sixto V, no se habia aun terminado. Paulo trató de continuar esta basílica, y continuó las construcciones desde la capilla gregoriana hasta la fachada; hizo las capillas, el coro y el pórtico superior para la bendicion pontificia. En el interior del primer pórtico están representadas escenas de san Pedro, y en el pórtico superior hizo poner trece estatuas que representan al Redentor y sus doce Apóstoles.

En medio de este templo augusto, Paulo abrió la Confesion sagrada, en la cual reposan los cuerpos de san Pedro y san Pablo (1). Su Santidad se ocupó algun tiempo despues de la iglesia subterránea.

(1) Se puede leer la descripcion de la fachada y de los pórticos en Chatard, tom. I, cap. 2.º y 3.º

El palacio del Vaticano fué seguidamente aumentado y construido aun con mas magnificencia. La biblioteca y la secretaría Vaticana se montó entonces como hoy se encuentra.

No menos enbellecimientos fueron hechos en Santa María la Mayor, en la cual es preciso ver y admirar la capilla Borghése.

A fin de huir del aire del Vaticano, que se tiene por insano en el verano, los pontífices acostumbran á fijar su residencia en el Quirinal; pero este palacio no ofrecia las comodidades convenientes para el servicio del Papa, para el tribunal de la Rota y demás tribunales. Paulo comprendió las exigencias del servicio público, é hizo del Quirinal un palacio elegante, tal como se halla en nuestros dias.

El Papa pasó á habitarlo el 14 de enero de 1614, y cuando expedia bulas las daba desde Santa María la Mayor, que es la basílica mas próxima á este palacio: algunas veces solia darlas desde San Marcos, pero San Marcos no es basílica.

Paulo hizo construir un faro en Civita-Vecchia, y añadir nuevas obras á su fortaleza. Trajo á Roma el agua que se llama *Paola*. Esta misma agua se llamó otra vez en tiempo de Trajano, el agua *Atsietina*. El *agua Paola* fué entonces uno de los grandes beneficios que recibió Roma.

Es imposible enumerar las obras de Paulo, quien siguió el ejemplo de Sixto V, imitándole asimismo cuando despues de tanta empresa gigantesca, dejó en el castillo de San Angelo un tesoro que no permitió tocar hasta mucho mas tarde que el que dejó Sixto.

A instancias de María de Médicis, reina de Francia, el Santo Padre aprobó el 10 de mayo de 1610, la congregacion del Oratorio de Jesucristo, instituida en Francia el 4 de noviembre de 1611, por Pedro de Berulle, presbítero de Paris, que fué creado cardenal por Urbano VIII, en memoria de las oraciones hechas por Jesucristo durante el tiempo que se dignó vivir entre los hombres, revestido de nuestra carne. Esta congregacion fué formada en medio de las continuas revoluciones de la Francia, por un cuerpo de sacerdotes, bajo la jurisdiccion de los obispos, y no habia sido consentida sino con esta condicion; era en un todo diferente de la congregacion del Oratorio fundada por san Felipe Neri, y aprobada por Gregorio XIII.

Los cuidados de Paulo se extendian por el universo, abrazando todas las cuestiones que se hallaban pendientes en estos versos paises.

En el imperio de la China se cree ser indecoroso é irreverente el tener la cabeza descubierta: Paulo acordó que los misioneros de este imperio pudiesen usar un bonete, (*berrettino*) cuando estuvieran celebrando la misa, con tal que este no fuera como el de que se servian en otra ocasion. A consecuencia de esto, los neófitos chinos se hicieron un nuevo *berrettino* propio para la misa, y diferente del que usaban ordinariamente.

Los mismos misioneros pidieron otra gracia, que les fué concedida por el Santo Padre. Les concedió un decreto por el que permitia celebrar el oficio divino y celebrar la misa en lengua china; pero el decreto no fué enviado á los misioneros que lo habian solicitado. En el año 1658 fué reproducida la misma demanda cerca de Alejandro VII, se reunió una congregacion con este objeto, y nada se decidió. En 1681, se envió á Inocencio XI un misal traducido en chino; y el padre Couplet, procurador general de estos misioneros, fué á Roma á solicitar la aprobacion y el uso; pero nada consiguió (1).

Por una bula del 30 de agosto de 1617, Paulo V renovó la constitucion de Sixto IV sobre la *Concepcion immaculada* de la madre de Dios, para terminar la controversia palpitante que sostenian los dominicos y franciscanos de España. Pensó entonces el Santo Padre hacer del misterio de la *Concepcion* un artículo de fe; pero se contentó con prohibir que en público se enseñara lo contrario.

El mismo Papa aprobó, en 1618, la *orden de la Visitacion*, instituida en 1610, en la vila de Ancecy, en Saboya, por santa Juana Francisca Fremyot, viuda de Cristóbal de Rabutin, baron de Chantal. Se le atribuye este nombre á causa de las visitas que, antes de su clausura, tenian que hacer las religiosas á los pobres y enfermos, en memoria de la *visitacion* de la

(1) Véase á Papebrock, en la vida de Nicolás I, de Adriano II y de Juan VIII; Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, lib. XVIII, cap. 10; y á Natal, Alejandro, *Hist. ecl.*, sig. xv y xvi, disertacion XII, art. 12.

santísima Virgen á santa Isabel. San Francisco de Sales, que habia contribuido principalmente á la fundacion de este instituto, le dió los reglamentos conformes á los de San Agustin, que fueron en seguida confirmados, en 1626, por Urbano VIII.

Para formar los estatutos de la órden, el santo obispo de Ginebra hizo un estudio profundo de los de todos los religiosos, y aceptó definitivamente los de la Compañía de Jesus, de los cuales admiró la sabiduría y exactitud: hizo justicia sobre todo á las previsiones admirables en las cuales no se omite nada de aquello que pueda mantener la piedad en el seno de una órden, que se ocupa de la salud del prójimo en todas sus diversas funciones.

La congregacion de la *Visitacion*, erigida en órden religiosa por Paulo V, comenzó á propagarse de tal modo, que la santa fundadora tuvo el gusto de ver ochenta y siete casas fundadas en Francia y en Saboya, y penetrar asimismo en Alemania y en Polonia. Existian al fin del siglo xviii seis mil seiscientas religiosas, repartidas en ciento cincuenta monasterios, que nada habian perdido de su primitivo fervor. A estas religiosas, que estaban bajo la direccion de los obispos, confió el rey de España, en 1757, una comunidad bajo el modelo de la ilustre casa de San Cyr en Francia. Han de recitar todos los días el oficio de la Virgen, y como despues de haber entrado en clausura no pueden continuar prestando á los pobres los oficios que les prestaban durante sus visitas, permiten entrar en sus conventos á las jóvenes enfermas, á las débiles, á las viudas, á las pobres, á las ancianas y á las que están inhabilitadas de entrar en otras religiones.

En 1520 tuvo lugar la fundacion de la *Congregacion reformada de ermitaños camaldulenses*, llamada *Monte-Corona*, por el venerable Pablo Giustiniani, veneciano, muerto á la edad de 52 años, en 1528. El Santo Padre concedió á estos religiosos un extenso terreno sobre el territorio de Frascati, para construir el monasterio que poseen aun. Esta congregacion es una reforma de los *camaldulenses*, así llamados del primer monasterio fundado, en 1022, por san Romualdo, noble de Ravena, en el despoblado de Campo Madolo, situado en los Apeninos, cerca de Arezzo, insiguiendo la regla de San Benito. A esta órden,

confirmada por los pontífices Leon IX, Nicolas II y Alejandro II, se unió otra congregacion de eremitas de *Fontevellana*, fundada en la misma época en la Umbría; esta última debe una parte de su renombre á san Pedro Damian, que fué su abad.

El 16 de marzo de 1618, el Papa hizo una promocion de dos cardenales, uno francés y otro español. El francés fué el cardenal Enrique de Gondi, tio del famoso cardenal de Retz, Pablo de Gondi.

El segundo cardenal de esta promocion fué Francisco Rojas de Sandoval, de los duques de Lerma, el famoso ministro de Felipe III.

Con esta promocion quiso Paulo demostrar que queria honrar al mismo tiempo á la Francia y á la España.

El emperador Matías habia muerto, quedando por sucesor de sus estados de Austria y los reinos de Hungría y de Bohemia, Fernando II, su sobrino. Entonces los rebeldes bohemios ensayaron arrebatarse el imperio á la augusta familia de Austria, prometiendo al duque de Saboya la corona imperial, si se comprometia á apoyar su rebelion: mientras tanto Fernando II fué coronado emperador; pero bien pronto, el 29 de agosto, los bohemios le declararon indigno del trono, que ellos ofrecian á diversos príncipes. Ninguno de estos quiso aceptarle, excepto Federico, elector palatino, jóven ambicioso, excitado por su mujer, que era la hija de Jacobo, rey de Inglaterra, la cual veia con pena que no tenia una corona real. Este príncipe fué proclamado solemnemente rey de Bohemia.

El Papa se mostró contrario á las miras de Federico, príncipe protestante, y ordenó á su nuncio reconocer á Fernando II, emperador, como legítimo sucesor de los Estados del difunto Matías. Dios bendice las armas de Fernando, y la célebre victoria de Praga le hizo dueño de la Bohemia, que entonces pudo volver libremente al catolicismo. Mas el término designado por Dios para poner fin á la vida de Paulo V habia ya llegado, y el 28 de enero de 1621 murió, despues de haber recitado el símbolo de la fe, á la edad de 79 años. Habia gobernado la Iglesia por espacio de quince años, siete meses y un dia.

Fué enterrado en el Vaticano.

La estatura de Paulo V era alta y majestuosa; su continente, sus maneras y su trato prevenian en su favor; mas sus virtudes le recomendaban sobre todo á aquellos que podian tener relaciones cerca de él. Pobló de obreros evangélicos todas las comarcas idólatras que solicitaban el envío de misioneros.

Paulo tenia la costumbre de decir que alcanzaba dos ventajas al embellecer á Roma: primero que conseguia hacer mas majestuosa la ciudad santa, y segundo el proporcionar pan de este modo á un inmenso número de obreros que se encontraban miserables.

Este papa manifestó siempre gran inclinacion á los jesuitas. Reclamó contra la condenacion del libro de Suarez, pronunciada por el parlamento de Paris, y la sentencia fué suspendida despues de largos debates; por el contrario, reclamó contra el libro de Richer, doctor en la Sorbona, que habla irrespetuosamente de los derechos de la Santa Sede. La obra fué condenada, y el Pontífice recobró su tranquilidad.

En cuanto á lo que concierne sobre las opiniones de Galileo, que empezaban á aparecer en tiempo de Paulo V, véase lo que Guichardini, embajador del gran duque de Toscana, escribia á un príncipe, en un despacho de 4 de marzo de 1616:

«Galileo exige que el Papa y el Santo Oficio declaren el sistema de Copérnico fundado sobre la Biblia: asedia sin cesar las antecámaras de la corte y las de los palacios de los cardenales, y compone memoria sobre memoria (1). Galileo hace mas caso de su opinion que de la de sus amigos. Despues de haber molestado y cansado á muchos cardenales, consiguió que le escuchase el cardenal Orsini, el cual, con muy poca prudencia, ha aconsejado vivamente á Su Santidad que se adhiera á los deseos de Galileo. El Papa, fatigado, ha puesto término á la conversacion. Galileo mostró un ardor extraordinario en esto, sin tener la fuerza ni la sabiduría suficiente para dominarse. Es muy posible nos ponga á todos en gran embarazo; yo no veo la gloria que le pueda caer de esto en los tiempos venideros (2).

(1) Feller, tom. IV, p. 729.

(2) Mas adelante tendremos ocasion de hablar de Galileo.

Feller dice despues, segun relacion de un historiador moderno:

«Jamás papa alguno aprobó tantas órdenes religiosas y congregaciones diferentes, persuadido de que por muchas que hubiera, nunca serian demasiados asilos para la piedad; y comprendiendo que Dios no conduce siempre á todos los hombres por la misma vía, veía que era muy á propósito abrir diferentes caminos por donde pudieran dirigirse á él.» De todo esto se deduce que Paulo V fué un grande y generoso pontífice.

Poseemos tres medallas de Paulo V.

1.^a PAVL PONT. MAX. ANN. VI. «*Paulo V, soberano pontífice, año VI.*» La cabeza del Papa descubierta.

En el anverso: COMPLEAT GLORIA MARIE DOMVM ISTAM. «*Que la gloria de María termine esta casa.*» La capilla dedicada á María por Paulo V, en la iglesia de Santa María la Mayor, próxima á acabarse. En esta capilla fué donde ordenó poner la imájen de Nuestra Señora la Virgen, pintada por San Lucas, que está ornada con muchas piedras preciosas.

2.^a PAVLVV PONT. MAX. A. XIII. «*Paulo V, soberano pontífice, año XIV.*» La cabeza de Paulo V vista de frente. En general, los papas no son representados mas que de perfil.

En el anverso, se lee en el exergo: TV DOMINVS ETM AGISTER. «*Tú eres el señor y el maestro.*» Nuestro Señor, aureolado, lava los piés de los Apóstoles, de los cuales no se ven mas que cinco. Esta medalla es un pequeño modelo.

3.^a PAVLVV BVRGHESIVS RO. P. MÁX. AN. XVI. «*Paulo V Borghése, romano, soberano pontífice, año XVI.*»

En el reverso. SACELLVM IN PALATIO QVIRIN. AN MDCXIX. «*Santuario en el palacio del Quirinal, 1619.*» La fachada de la capilla del Quirinal. Sobre la puerta se vé el bajo relieve de que está ornada. Encima de una de las dos puertas se lee: PAVLVV V.

De Molinet describe las piezas siguientes:

1.^a SPIRAT VBI VVLT. «*Sopla donde quiere.*» El Espíritu Santo sobre rayos luminosos. Quiere decir que en el cónclave donde hubo tantos cardenales diversos, el Espíritu Santo inspiró á todos al cardenal Borghése.

2.^a DEI GENITRICI SEMPER VIRGINI. MDCXII. «*A la madre de*

Dios siempre Virgen, 1612.» Medalla acuñada con motivo de la construcción de la capilla Borghése, en Santa María la Mayor. Se ve la fachada de este admirable monumento.

3.^a Otra medalla casi semejante á la anterior, acuñada á propósito del mismo asunto. Se nota alguna diferencia en el orden de las columnas de la fachada.

4.^a APERIT ET CLAVDIT. MDCVII. «*Ella abre y ella cierra.*» San Pedro que tiene las llaves pontificales.

5.^a IN HONOREM PRINCIPIS APOST. AN. MDXIII. «*En honor del príncipe de los apóstoles*, 1613.» La fachada de San Pedro en que no hay todavía mas que una sola cúpula.

6.^a TEM. D. PETRI IN VATICANO. «*El templo de San Pedro en el Vaticano.*» En el exergo: ET PORTÆ INFERN. NON PRÆVALEBUNT. «*Y las puertas del infierno no prevalecerán.*» La fachada de San Pedro con su gran cúpula, y las dos cúpulas laterales que existen hoy.

7.^a ET CONGV ADGNOSCIT PASTOREM SVVM. «*Y el Congo reconoce su pastor.*» El rey de Congo en Africa, despues de haberse hecho bautizar, habia enviado un embajador para reconocer á Paulo V como jefe de la Iglesia. El Papa sobre su trono, bendice al embajador, que está de rodillas.

Esta conquista moral fué debida á una mision compuesta de doce padres de la órden de los capuchinos. Aprendieron suficientemente la lengua del país, y con su zelo y su valor triunfaron de todos los obstáculos.

El Congo es un reino de la Guinea inferior, que se extiende entre 2° 40' y 8° 25' de latitud Sud, y en entre 10° 30' y 17° 30' de longitud Este. Tiene doscientas leguas de longitud sobre ochenta de latitud. Dos rios caudalosos fecundan este país; el Zaira, que forma muchas caidas durante su curso, es el mas considerable. San Salvador es la capital de este reino.

El embajador del rey era un negro de aventajada estatura; pero llegó tan malo, que murió antes de asistir á la audiencia. Ya estaba acuñada la medalla, y Bonanni dice, que se creyó no debia añadirsele y quitarle nada; además añade que otro negro inmediato en categoría, que acompañaba al embajador, tuvo el honor de ser recibido por el Santo Padre.

8.^a ET TV FRANCISCA. S. VOCABERIS. AN. 1608. «*Y tú te llama-*

rás santa Francisca.» El Papa, con la tiara puesta, sentado sobre su trono, pronuncia el decreto de canonización de santa Francisca, en presencia de seis cardenales mitrados.

Santa Francisca, romana, viuda de Lorenzo Pontiani, fué propuesta para la beatificación, y después para la canonización, en tiempo de Eugenio IV, Nicolás V, Julio II y Clemente VIII; finalmente Paulo V la colocó en la categoría de las Santas el 4 de las calendas de junio (29 de mayo) de 1608. Francisca pertenecía á la familia Borghése, y fué la fundadora de la congregación de *Tor' de' Specchi*, convento de mujeres en donde se dá la educación á las hijas de las familias nobles de Roma.

9.^a PVLICÆ COMMODITATI RESTITVIT. AN. 1609. «*Construyó los acueductos para la comodidad pública.*» Paulo hizo venir del lago Bracciano, sobre acueductos, una gran cantidad de agua suficiente para surtir hermosas fuentes. Se vé en esta medalla una série de acueductos que conducen esta agua á Roma.

10. SECVRITAS POPVLI: «*La seguridad del pueblo.*» En el exergo: FERRARIA. «*La ciudad de Ferrara,*» empezada por Clemente VIII y acabada por Paulo V.

11. INTER SANCTOS REFERT. En el exergo: CARD. BORROMEVM. «*Colocó en medio de los santos al cardenal Borromeo.*»

El Papa, con la tiara puesta, pronuncia la canonización de san Carlos Borromeo (véase lo que se ha dicho de este cardenal en este tomo). Ya hemos visto que poco tiempo después el Papa hizo construir una iglesia en honor de este santo.

12. DEI ÆDIFICATIO EST. En el exergo: SAN CAROLVS. «*San Carlos es el edificio que Dios edificó.*» San Pablo había dicho á los Corintios (I, Cor., 3, 9): *Dei ædificatio estis.* Esta medalla significa que este santo había sido formado por efecto de una providencia particular de Dios. Se vé la iglesia de san Carlos, tal como está hoy día sobre la vía Flaminia (en una plaza de la calle del Corso de Roma). A la derecha del templo, en una nube, san Carlos en oración.

13. PALATII VATICANI PORTA RESTITVTA. «*La puerta del palacio del Vaticano restaurada.*» Era de una forma antigua y estaba construida en una pared divisoria. En tiempo de Alejan-

dro VII, fué derribada, para darle una forma mas elegante y grandiosa.

14. Otra medalla mas complicada sobre el mismo asunto de la puerta del Vaticano, con la misma inscripcion.

15. FVNDANOS IN PACE. «*Fúndanos en la paz.*» En el exergo: AN. MDCXIII. Una columna en lo alto de la cual se vé la estatua de bronce de la Virgen con su hijo en los brazos.

Leemos en Féa, tomo II, pag. 82, en 12º, 1821 :

«Se observa en la plaza de Santa María la Mayor, delante de la fachada de la iglesia, una fuente y una magnífica columna estriada de marmol de Paros, de orden corintio, que es una de las ocho que estaban en el templo de la Paz. Paulo V la hizo poner y elevar, bajo la direccion de su arquitecto Carlos Maderno, en 1613, colocando en la cima de esta columna la estatua en bronce de la Virgen con el niño Jesus. Esta columna produce un efecto admirable vista de léjos; pero no es proporcionada á su pedestal; mide cincuenta y ocho piés de altura, por cinco piés y ocho pulgadas de diámetro; y desde el suelo á la cúspide se cuentan ciento treinta piés.»

16. PRO TUI NOMINIS GLORIA. «*Por la gloria de tu nombre.*» La misma columna estriada del templo de la Paz que acabamos de describir; en segundo término, la fachada de Santa María la Mayor. En uno de sus dos lados, á la derecha, se lee :

IMPVRA FALSI TEMPLA
QVONDAM NVMINIS
IVBENTE MÆSTA
SVSTINEBAM CÆSARE.
NVNC LÆTA VERI
PERFERENS MATREM DEI.
TE PAVLE NVLLIS
OBTICEBO SÆCVLIS.

Es la columna la que habla aquí: «*En otro tiempo, por orden del César, yo sostenia los templos impuros de un falso Dios: al presente sostengo con alegría la madre del Dios verdadero. ¡oh Paulo!, yo no olvidaré tu nombre en ningun siglo.*» Hago esta relacion doscientos treinta años despues que esta inscripcion fué grabada, para no dejar por embustera la columna.

A la izquierda se lee esta otra inscripcion que atestigua la antigüedad de la columna. No es la inscripcion quien habla.

VASTA COLVMNAM MOLE
 QVÆ STETIT DIV
 PACIS PROPHANA IN ÆDE
 PAVLVS TRANSTVLIT
 IN EXQUILINVM QVINTVS
 PAX VÑDE VERA EST
 DEDICAVIT VIRGINI.

«La columna de una estension vasta que decoró largo tiempo el templo profano de la Paz, Paulo V la transporta sobre el Esquilino, y la dedica á la Virgen, de la cual proviene la paz verdadera.»

Trasladamos con viva satisfacion estos testimonios de la grandeza de Paulo V.

17. PORTV BVRGESIO A FVNDAMENTIS EXTRVCTO COLONIA IVLIA FANESTRIS. «La colonia Juliana de Fano en recuerdo del puerto Borghése y erigida con motivo de su fundacion.» El Papa hizo abrir un puerto en Fano, en Umbría, entre Pesaro y Sinigaglia; se llamó á Fano *colonia Juliana*, porque Julio César envió allí una colonia.

Se ve el circuito del puerto y las puertas que á él conducen.

18. SS. AGNETIS ET EMERENTIANÆ OSSA. En el exergo: HONORIFICATA. «Las osamentas de santa Ana y de santa Emerenciana reverenciadas.» Paulo habia elevado un altar á las vírgenes y mártires Ana y Emerenciana, en un templo fuera de la ciudad; en él hizo poner sus osamentas dentro de un relicario de plata de gran precio, el año 1615. Se vé el altar, el Papa que tiene el relicario, y en torno de él los cardenales y obispos. Se distingue al porta-cruz que precede siempre al Papa.

19. PONTIFICVM COMMODITATI. AN. MDCXVI. «Para la comodidad de los pontífices romanos. 1616.»

El palacio de Monte-Cavallo, poco mas ó menos como se encuentra hoy.

20. SACRA PETRI CONFESSIO EXORNATA. «La santa confesion de San Pedro revestida de ornamentos.» Esta es una de las mas

bellas maravillas de San Pedro. En esta época se hicieron algunos embellecimientos que la dieron otra forma; en el subterráneo situado en medio de la iglesia, están enterrados los dos apóstoles, donde se ven sus estatuas doradas. Vittorelli dice de la *confesion*: «Cuando no se la ha visto, es imposible formarse una idea de su magnificencia.»

21. CEPERANI PONS SVPER LIRIM. En el exergo: RESTITVTVS. «*El puente de Ceperano, sobre el Liris, restaurado.*» Paulo hizo reconstruir en Ceperano un puente sobre el rio Liris, llamado vulgarmente el Garigliano. Este puente separa la Campania del país de los samnitas. El Liris, despues de haber bañado por puntos diferentes la isla de Sora, desemboca en el Mediterráneo, cerca de Gaeta. La cabeza del puente á la derecha, fortificado por bastiones y torres. Bonanni describe estas otras medallas, que Molinet no ha conocido.

1.^a DOMINE I. M. A. T. VENIRE. En el exergo, ROMA. «*Señor, ordename ir contigo.*» La barca; san Pedro con las manos sobre el corazon. Dos apóstoles.

2.^a En el centro, ECLESIAM S. MARIE. IN CAMPITELLO CONGREG. MATRIS DEI VNIVIT. ANNO MDCXIX. «*Reunió la iglesia de Santa Maria en Campitelli á la congregacion de la Madre de Dios. 1619.*» Esta iglesia habia sido otra vez consagrada por el papa Honorio III, en 1217. Estaba abandonada, pero como contenia las reliquias de muchos mártires, Paulo V se la concedió á los clerigos de dicha congregacion de la Madre de Dios. Entonces se despertó la atencion sobre esta iglesia, y el cardenal Mellini, vicario de Paulo, la consagró de nuevo.

3.^a HVMILES EXALTAVIT. «*El exalta á los humildes.*» Los Borromeos tenian por divisa en sus escudos el mote *Humilitas*, escrito en caracteres lombardos.

Se acuñó esta medalla con motivo de la canonizacion de san Carlos. Representa dos ángeles alados, sosteniendo una corona de oro, encima de la cual se lee este mote: *Humilitas*.

4.^a TALES AMBIO FVNDATORES. «*Yo deseo tales fundadores.*» En el exergo, FUNDAMENTUM. Encima de la corona de oro acompañada del mote *HUMILITAS*, de que acabamos de hacer mencion, un templo con tres puertas; en medio san Carlos orando; á la derecha, la estatua de san Pablo, á la izquierda la de san Blas,

en la cima una cruz entre las letras A y Ω , y debajo, el águila y el dragon, armas de la familia Borghése.

5.^a En el centro, sin figuras, se leen las palabras siguientes:

D. O. M.
 PAVLO V P M FAVENTE
 AD AMPLIANDAM ÆDEM
 S. CAROLI NOMINE
 ROME PRIMO DEDICATAM
 LAPIDEM FVNDAMENTALEM
 PER ARCHIP. S. PETRI
 CLERICI REGVL. S. PAVLI
 PONI CVRARVNT
 ANNO MDCXII.

«Bajo los auspicios de Paulo V, soberano pontífice, para aumentar la iglesia consagrada en Roma con el nombre de San Carlos, los clérigos regulares de San Pablo han hecho poner la piedra fundamental por el archipreste de san Pedro.»

Aquí no se trata de la iglesia de san Carlos situada en el Corso, y sí de la de san Carlos en *Catenari*.

En 1612 se empezó á construir esta iglesia, que fué acabada á expensas del cardenal Juan Bautista Leni, segun los planos de Rosat Bosati, excepto la fachada, que fué construida bajo los planos de Soria. Este local habia sido ocupado antes por los fabricantes de toneles llamados *catini*; fué presa de un incendio, y desde entonces se le conoce con el nombre que tiene hoy de *Catenari*, nombre que se conserva para designar el sitio en donde está situada la iglesia dedicada á san Carlos. El servicio de esta iglesia está hecho por los padres bernabitas, que es una de las congregaciones que mas se aprecian en Roma, la cual se ha hecho muy recomendable por su ciencia y su piedad. Estos padres fueron los que mas vivamente solicitaron los honores de la canonizacion para san Carlos Borromeo.

6.^a PVBLICÆ COMMODITATI RESTITVTA. «Restaurada para la comodidad pública.» Una larga série de acueductos, terminados en una especie de arco de triunfo y dispuestos en forma espi-

ral (véase la medalla 9.^a tratada por de Molinet.) conducen á Roma aguas abundantes que alimentan sobre todo las dos magníficas fuentes de la plaza de San Pedro.

7.^a PVBLICÆ COMMODITATI ANNO MDCX. «*A la comodidad pública, 1610.*» Una de las mas bellas fuentes de Roma, que es llamada *San Pietro in Montorio*.

Las aguas se escapan por tres aberturas con la rapidez de un torrente. Está colocada sobre el monte Janiculo, desde donde se vé á Roma entera, con sus colinas, sus templos, sus torres, sus coliseos, sus calles y sus teatros. Es uno de los golpes de vista mas magníficos que se pueden ofrecer á las miradas de los mortales.

Todos estos monumentos, por los cuales se han acuñado tantas medallas, recuerdan la gloria del gran Paulo V. Bonanni dá un bello grabado de esta fuente, que es conocida por el pueblo con el nombre de Paulina. El edificio está terminado con el águila y el grifo de los Borgheses, en un escudo sostenido por dos angeles.

8.^a ANGLARIS FVNDAMENTVM LAPIS CHRISTVS MISSVS EST. «*Cristo fué enviado para ser la piedra angular sobre la cual está fundada la Iglesia.*» En el centro, VT PRO PECCATIS POPVLI ORET SACERDOS. VIRGO CVIVS VTERVS TEMPLVM DEI FACTVS EST. S. P. Q. BONONIENSIS TEMPLVM HOC TVO NOMINI EXTRV. «*A fin de que el sacerdote ruegue por los pecados del pueblo, ¡oh Virgen! en cuyo seno se formó el templo de Dios, el senado y el pueblo boloñés dedican este templo á tu nombre.*»

Esta medalla no ofrece ninguna otra figura. El centro está completamente lleno con esta inscripcion.

Las carmelitas descalzas habian otra vez elevado en Bolo-
nia una pequeña iglesia dedicada á la Virgen á *lacrymis*, la Virgen de las lágrimas, donde se veneraba una antigua estatua de la Virgen. La piedad del pueblo que frecuentaba este oratorio, que atraía á un gran número de habitantes de la ciudad, hizo que el cardenal Capponi, legado de Paulo V, mandara construir una iglesia mas grande, cuya primera piedra puso en 1619.

9.^a CVIVS REGNI NON ERIT FINIS. «*Aquel cuyo reino no tendrá fin.*» El escudo conteniendo las armas de los Borghese (el

águila en lo alto del campo y el grifo debajo,) rematadas con las llaves y la tiara.

10. VAS ELECTIONIS. «*El vaso de eleccion.*» San Pablo cayendo del caballo; brilla el rayo en el cielo. Cerca de san Pablo tres soldados romanos, uno solo ha reparado en la desgracia y sostiene á san Pablo en sus brazos.

11. MORTIFERA NON NOCEBUNT. «*Esto, que lleva consigo la muerte, no me dañará.*» San Pablo tiene en la mano una víbora; á derecha é izquierda, de cada lado, tres figuras que escuchan á san Pablo; otra figura mucho mas jóven asida á sus piés. (Véanse, para este hecho, los Actos de los Apóstoles, cap. 28, versículo 3 y 5). San Pablo en la isla de Malta, habia reunido sarmientos para hacer fuego. Una víbora dormida y despertada por el calor, se lanzó sobre la mano del santo; éste sacudióla mano, y no fué dañado por el venenoso reptil. Los habitantes de la isla, viendo que no habia sufrido ninguna lesion, convertentes se, diceban esse deum; «*se convirtieron, diciendo que él era un Dios.*»

12. JUSTITIA ET CLEMENTIA COMPLEXÆ SVNT. «*La clemencia y la justicia deben ir unidas.*» Dos figuras de mujer abrazadas. El anverso es igual á la medalla descrita en el reinado de Clemente VIII. En la medalla de Clemente VIII hay además la palabra se.

No podemos menos de decir algunas palabras sobre el palacio Borghése, que existe aun en Roma. Es una de las mas magníficas y espléndidas habitaciones de esta ciudad. El edificio fué empezado con la intencion de un cálculo de nepotismo cardenalicio. El cardenal Deza fué quien emprendió su construccion en 1590. Este noble español, nacido en Toro, en la diócesis de Zamora, el 24 de febrero de 1523, creado cardenal por Gregorio XIII en 1578, concibió la idea de trasladar su familia á Roma, y dejarla un palacio digno de su ilustracion; mas habiendo muerto en 1600, siendo obispo de Albano, no pudo ser continuada esta obra. Paulo V la tomó bajo su cargo. Desseando ofrecer un presente al cardenal Escipion Caffarelli, su sobrino materno, el Papa le habia hecho quitar el nombre de Caffarelli, para darle el de Borghése. No repetiremos aquí las observaciones ordinarias contra las costumbres de un tiempo

que aconsejaba obstinadamente el nepotismo. Si de alguna manera puede ser excusable, debe serlo aquí que se trata del cardenal Escipion Borghése. Era bello, cortés y generoso: se le habia dado el nombre de *Delizia di Roma*. El Papa adquirió el edificio empezado junto con el terreno, pagándoselo á los herederos del cardenal Deza. Bien pronto fué acabado bajo los planos de Martin Longhi el mayor, que le dió la forma de un clavicordio.

El patio del palacio está adornado de dos órdenes de arcos, encima de los cuales domina el ático corintio. El conjunto de él se encuentra apoyado sobre noventa y seis columnas de granito, que forman dos pórticos abiertos, colocados el uno sobre el otro. El pórtico inferior está ornado con tres estatuas colosales: la una representa á *Julia Pia*, bajo la figura de la musa Talía; la otra es una Musa y la tercera, que es la mayor, un Apolo con su *citara*, al cual le pusieron la cabeza de la Musa, mientras que aplicaron á la Musa, la cabeza de Apolo; cambio singular que no habia sido todavía notado. Los anticuarios empleados por el cardenal Escipion Borghése no tenian el ojo tan ejercitado como los anticuarios de hoy día. Las doce cámaras del departamento bajo, estaban adornadas con cuadros de gran precio.

Este mismo cardenal hizo construir la villa *Pinciana* ó *Borghése*, que tiene tres millas de circuito y que ha sido despues singularmente embellecida por el príncipe Marco-Antonio, por su hijo Camilo y por el príncipe actual, hijo del príncipe Aldobrandini y sobrino del príncipe Camilo (1).

Se vé en esta villa un retrato del papa Paulo V, hecho por el Caravagio.

Despues de la muerte de este papa, la Santa Sede estuvo vacante once dias.

(1) Para conocer lo que esta villa ha perdido durante las vicisitudes del principio de este siglo, es preciso consultar los catálogos del museo de Paris.

238. Gregorio XV. 1621.

Gregorio XV, llamado anteriormente Alejandro Ludovisi (1), nació en Bolonia el 15 de enero de 1554, de Pompeyo Ludovisi y de Camila Bianchini. Alejandro había estudiado en Roma humanidades y filosofía, en el colegio Germánico y en el seminario Romano, en donde se hizo uno de los alumnos mas sobresalientes de la Compañía de Jesús. Ya se admiraba entonces su talento, su prudencia, y su modestia, y sus maestros le predecían una elevación que sería admirada por todos. De vuelta á Bolonia, á donde su familia le había hecho llamar, Alejandro tomó la borla de doctor en ambos derechos. Fijada mas tarde su residencia en Roma, mereció la estimación de tres pontífices. Gregorio XIII le nombró primer juez del Capi-

(1) La familia Ludovisi fué elevada á grandes honores bajo el reinado de este pontífice, á pesar de que ya gozaba prerogativas distinguidas. En el año 1520, Juana II, reina de Nápoles, la había agregado á la nobleza napolitana. En el de 1560, el cardenal Albornoz, legado del Papa en Italia, había nombrado á Ligo Ludovisi prior de Bolonia; mas tarde Juan Ludovisi, conde de Aigremont, fué elegido senador de Roma, dignidad que no estaba entonces reservada sino á la primera nobleza. De Horacio, hermano de Gregorio XII, que se había desposado con Lavinia Albergati, nació Nicolás Ludovisi, que despues fué nombrado por su tío general de la Iglesia y luego duque de Fiano. Nicolás, habiéndose desposado en primeras nupcias con Isabel Gesualdi, recibió por dote grandes riquezas en Nápoles, y el principado de Venosa, de que era heredera. Viudo de Isabel, se casó con Polyxénes Mendoza, que le llevó el principado de Piombino, con cuarenta mil ducados de renta. Rico y con una fortuna tan brillante, pudo adquirir la isla de Elba, del rey Felipe IV, que le hizo grande de España, caballero del Toison de oro, y virey de Aragon y Cerdeña. Viudo otra vez, Nicolás se casó en terceras nupcias con Costanza Camila Pamphili, sobrina del papa Inocencio X, por lo que fué nombrado *príncipe asistente al sôlo*. Habiendo muerto Nicolás en 1665, dejó por su heredero á Juan Bautista Ludovisi, que pasó á mejor vida en 1699, muriendo sin heredero varon. Su hija Olímpia Ludovisi, casada con Gregorio Buoncompagni, duque de Sora, dió á luz María Ludovisi. Esta última se desposó, en 1702, con Antonio Buoncompagni, su tío, por lo que pasó á esta familia el ducado de Piombino y las otras posesiones de la casa Ludovisi.

tolio, diciéndole: «*Este será el primer paso por el cual os elevaremos al pontificado.*» Clemente VIII lo creó refrendatario de la signatura, teniente del cardenal vicario, y sucesivamente vicerreyente, auditor de la Rota y clérigo de la cámara. Finalmente, Paulo V, el 12 de marzo de 1612, le concedió el arzobispado de Bolonia, y después lo envió de nuncio á Saboya.

Alegra el considerar tantos conocimientos útiles como había acumulado sobre sí en tantos empleos eminentes como había desempeñado, una persona que se vió precisada á emprender unos estudios fuertes para seguir una tan laboriosa carrera.

En su nunciatura de Chambery, Alejandro conoció al condestable duque de Lesdiguières, que el rey de Francia había enviado á esta villa para apoyar las demandas de la Santa Sede, que se mostraba conciliadora constante entre los intereses opuestos de los príncipes. Cuando terminaron los trabajos de la nunciatura, el duque al despedirse de Ludovisi, le dijo riendo: «Puedo aseguraros que tengo un presentimiento que me anuncia que vos sereis papa.—Lo creo posible, respondió Ludovisi; yo acepto este feliz augurio, pero á condicion de que mi pontificado se hará célebre por vuestra conversion, y que vos renunciareis al calvinismo.» Sea por efecto de esos cumplimientos generales que se hacen á un amigo, ó por un sentimiento de sinceridad, el duque le dió su promesa de hacerse católico tan luego como monseñor Alejandro Ludovisi, arzobispo de Bolonia, fuese Papa. Hay puerilidades en el gran mundo que no tardan en convertirse en hechos serios. Ludovisi, creado pontífice, recuerda su palabra al duque, y éste, á pesar de tener ochenta y cuatro años, se hizo instruir, y abrazó nuestra santa religion.

Alejandro obtuvo la púrpura el 19 de setiembre de 1616, y su vida de cardenal no fué sino una larga serie de acciones sábias y útiles, siempre agradables al Papa reinante.

Después de los funerales de Paulo V, los electores sagrados extendieron el discurso de *eligendo pontífice*, que fué pronunciado por el célebre Agustín Mascardi, y entraron en el cónclave el 8 de febrero de 1621. El gobernador, monseñor Varése, no pudo cerrarlo sino á las dos de la mañana, á causa de la re-

sistencia que hizo el embajador de Francia, Francisco Anibal de Estrées, marqués de Cœvres, que quería continuar y redoblar sus visitas á los cardenales sus adherentes con los cuales hablaba de la próxima eleccion.

Los electores ascendian al número cincuenta y dos. Los cardenales afectos al cardenal Borghése, apoyados por los Bentivoglio, que esperaban indirectamente entrar en posesion de Bolonia, se declararon en favor del cardenal Campori; pero este partido tuvo que ceder á dos acusaciones que se elevaron contra este personaje. Probablemente, como sucede siempre, la mayor parte de estas acusaciones debia ser me nospreciada; mas la causa de esta resistencia fué tan súbita como injusta. Campori, que habia entrado en el cónclave con evidentes probabilidades de ser elegido Papa, al dia siguiente, en el escrutinio, no tenia ni un solo voto, pues todos los electores dieron sus votos á Bellarmino. Nosotros conocemos á este gran cardenal, como igualmente los tesoros de ciencia que ha deramado, sin olvidar sus magníficas denegaciones: no será infiel á su gloria ordinaria, y, si es preciso, trabajará para otros cardenales.

No le faltaba mas que este medio para asegurar por completo su modestia. Bellarmino sin hacer caso de estos signos de voluntad que siempre es dulce dirigir al hombre á quien se admira; Bellarmino, sin escuchar su nombre, repetido durante el extracto del escrutinio, presentó al cardenal de la Rochefoucauld, francés; y le designó como el mas digno de la tiara (1). Mas por venganza cortés contra Bellarmino, que por desafecto contra Rochefoucault, los cardenales no hicieron caso de este aviso. Se ofreció la tiara al cardenal Federico Borromeo, que era un perfecto modelo de la santidad de su tio Carlos Borromeo; mas rehusó vivamente.

El 8 de febrero, el cardenal Ludovisi llegó de Bolonia. Apenas entró, recibió los cumplimientos de aquellos que pensa-

(1) Consigno aquí con alegría, y expresamente, este testimonio del espíritu de justicia de Bellarmino, para abatir esos rumores calumniosos que quieren hacernos creer que jamás ningun francés obtuvo un solo voto en los cónclaves. El cardenal de la Rochefoucauld, en 1621, obtuvo el de un Bellarmino.

ban como "el duque de Lesdiguières, y el 9 fué elegido Papa, á la edad de sesenta años.

Alejandro tomó el nombre de Gregorio, en memoria de su conciudadano Gregorio XIII, y fué coronado el 14 de febrero.

El 9 de mayo, dia dedicado á san Gregorio Nazianceno, fué en litera descubierta á tomar posesion de San Juan de Letran. (1).

Despues de haber publicado un jubileo para pedir á Dios un feliz gobierno para la Iglesia, Gregorio se apresuró á organizar una liga de príncipes cristianos contra los turcos, y atraer á la fe á los príncipes protestantes por todos los medios de dulzura posibles y decorosos. A este efecto, el Papa envió dinero y tropas al emperador Fernando II. Este monarca, en guerra con los herejes, debió á estos socorros un enardecimiento inesperado. Propuso á aquellos príncipes condiciones honrosas, que rehusaron; y viniendo á las manos, ganó la batalla de Praga, despues de la cual recobró la Bohemia, la Silesia y la Moravia. El palatino del Rhin, Federico, á la vez hereje y rebelde, fué despojado de su propio electorado (2).

Al mismo tiempo, Gregorio envió tambien socorros á Segismundo, rey de Polonia, que de este modo consiguió ventajas sobre los turcos.

En este mismo año el Santo Padre aprobó la congregacion de la *Bienaventurada Virgen del Calvario*; llamada así porque los religiosos que siguen esta regla pasan las horas de sus oraciones delante del altar de la Santa Virgen, que está llorando á su hijo al pié de la cruz. Esta institucion fué reconocida en 1617, bajo la regla de san Benito, por Antonieta de Orleans, hija de Luis, duque de Longueville, bajo la direccion del padre Trem-

(1) Estas ceremonias se hallan descritas ampliamente en la *Relacion del cónclave en que fué elegido el cardenal Ludovisi, formando parte de las Memorias de la regencia de la reina Maria de Médicis*: Paris, 1660, y pág. 297. Novaes (tomo IX pág. 63), cita otras obras en que se hace mencion de aquellas.

(2) Entre los productos notables de esta victoria, se cuentan los libros de la famosa biblioteca de Heidelberg. Habian sido tomados de las bibliotecas de los monasterios por los protestantes. Gregorio mandó se entregasen á la del Vaticano; pero no se recibieron hasta el reinado de Urbano VIII.

blay, de la órden de capuchinos. Habiendo muerto esta princesa, la reina madre fundó en Paris un edificio que se constituyó en residencia de la superiora general.

El 18 de noviembre de 1621, el Padre Santo aprobó la congregacion de los *Clérigos regulares de las escuelas pías*, hoy de los *Pobres de la Madre de Dios*, instituida por José Calasanz, noble aragonés. Esta congregacion debia enseñar á los pobres el primer rudimento de las artes liberales, é inculcar á la juventud principios de buenas costumbres. El 6 de marzo de 1617, Paulo V la habia aprobado, imponiéndole votos muy sencillos; al mismo tiempo la habia separado de la congregacion de la Madre de Dios y de la union prescrita el 14 de enero de 1614. Inocencio X la redujo en seguida al estado de simple congregacion, como la de San Felipe Neri, sin ningun voto. Posteriormente Alejandro VII permitió á los que la componian pronunciar tres votos solemnes, prometiendo perseverar en ellos perpétuamente; en fin, Clemente IX, en 1669, le concedió el estado religioso con los dichos votos solemnes. Así es como existe hoy con ventaja de los fieles indigentes. En este momento cuenta con un sinnúmero de individuos recomendables, tan distinguidos, como que se les juzga generalmente dignos de la púrpura. El 3 de noviembre, Su Santidad aprobó dicha congregacion de los *Clérigos regulares de la Madre de Dios*, aprobada ya con votos sencillos, el 13 de octubre de 1595, por Clemente VIII.

Aprobó tambien, sin sujetarla á ningun voto, la congregacion de los *Piadosos misioneros*, fundada para hacer misiones y otros ejercicios apostólicos, por Carlos Carafa, noble napolitano. Es gobernada por un preboste nombrado por tres años. Algunos miembros de esta institucion se entregan á una vida austera. El lino les está prohibido, y no pueden llevar mas que lana: no pueden tampoco dormir sino con sábanas de lana.

Por la constitucion X (1), el Papa aprobó la congregacion de San Mauro en Francia (2).

Cerca del monasterio de Santa Cecilia, el Papa hizo cons-

(1) Véase el *Bulario romano*, tom. V, par. V, pág. 545.

(2) Novaes, tom. IX, pág. 165.

truir un colegio, al que dió el nombre de Gregoriano, donde los benedictinos podian recibir aquellos de sus hermanos que iban á Roma por sus estudios ó por otros motivos piadosos. Concedió tambien á los franciscanos observantes de España y de las Indias, un hospicio que obtuvo muchos privilegios; fundó al mismo tiempo en Praga un colegio llamado de San Buenaventura, en el convento de los menores conventuales.

Gregorio publicó dos constituciones, que fueron aprobadas por Urbano VIII, sobre la forma, los reglamentos y las ceremonias de la eleccion de los pontífices. He aquí, tomado de Novaes (1), un extracto de las principales disposiciones:

«Unicamente en el cónclave puede elegirse el pontífice. La eleccion se hace de tres modos: por escrutinio, por compromiso y por aclamacion (2).

«El número de votos para la eleccion debe ser de las dos terceras partes de los electores encerrados en el cónclave. En este número no se cuenta el voto propio emitido por un elector (3).

«Ninguna eleccion puede ser consumada si no se han publicado todos los votos. Antes de poner las cédulas en el caliz, todos deben jurar, uno despues de otro, que no han nombrado sino al que creen mejor entre todos.

«El elector debe escribir su propio nombre y el del cardenal á quien da su voto. Estas cédulas se doblan y se cierran de modo que por el cierre se vea que no hay dos cédulas del mismo elector. La cédula del escrutinio es conforme á la del *acceso*. En cada escrutinio no se podrá acceder mas que una sola vez (4).»

Antes de abrir los votos del escrutinio y del *acceso*, se cuentan para ver si hay tantos como cardenales presentes. El cardenal que no observe estas leyes será excomulgado. En cuanto á los cardenales impedidos por achaques, tres cardenales se presentarán para recibir los votos de mano de los en-

(1) Novaes, *Dissertazioni*, tom. I, pág. 110.

(2) La palabra *aclamacion* ha sido sustituida por la de *adoracion*.

(3) El voto que un cardenal se dá á sí mismo.

(4) Acceder es declarar que se conviene en la eleccion de un sugeto propuesto en el escrutinio precedente al *acceso*.

fermos. El escrutinio se hace dos veces todos los dias ; por la mañana despues de la misa , y por la noche á una hora oportuna. Los cardenales bajo pena de excomunion , deben abstenerse de toda convencion , señal ó amenaza relativamente á la eleccion. Los electores y los elegidos que no lo sean de la manera aquí prescrita, están castigados con excomunion mayor. Los tres cardenales jefes de las órdenes, el cardenal jefe del orden de los obispos y vicarios, el cardenal jefe del orden de los sacerdotes, el cardenal jefe del orden de los diáconos, á su vez respectiva, y el camarlengo, están encargados de la ejecucion de esta bula. Todos los cardenales deben jurar conformarse á las presentes el dia en que son promovidos á la púrpura, y el primer dia que sigue á la muerte del Papa.

Cuando Gregorio hubo publicado esta bula, nombró una congregacion encargada de arreglar un ceremonial directo resultante de las disposiciones de la presente y de las bulas de sus predecesores sobre el objeto de la nueva; y por una constitucion de 16 de marzo de 1622, confirmó plenamente este ceremonial, en virtud de autoridad pontificia.

Una circunstancia importante anudó los lazos de union que estrechaba tan íntimamente á los papas y al rey de Francia, union que María de Médicis y Richelieu, obispo de Luzon, trataban de sostener con toda la destreza de que eran capaces.

Othman II, décimosexto sultan otomano, é hijo de Achmet I, acababa de morir violentamente en las Siete Torres, á la edad de diez y siete años. Gregorio negociaba con este príncipe para hacer proteger las misiones católicas de la Berbería y temía que los negocios sufriesen algun retardo despues de la catástrofe que habia ensangrentado el trono de Constantinopla. Las relaciones diplomáticas entre la Puerta y la Francia eran entonces muy satisfactorias para ambas cortes. Gregorio, reconociendo que era necesario recurrir á un apoyo respetable, y no encontrando mas que á la Francia que pudiera asegurarle este apoyo, recordó á M. Natal Brulart, comendador de Sillery, embajador de Luis XIII en Roma, que en circunstancias en que las mismas regencias de Berbería, y sobre todo la de Argel, habian insultado á los personajes y los prote-

gidos del rey, (estos protegidos eran entonces los daneses, los suecos, los moscovitas, los polacos, los suizos y algunas veces los holandeses) religiosos enviados por Paulo V, provistos de instrucciones suyas, habian ayudado en Argel mismo á terminar aquellas diferencias; y rogaba al hijo de Enrique IV que devolviera á su vez favor por favor, puesto que era el Papa el que en este momento tenia necesidad del rey. En efecto, por consecuencia de una intervencion indirecta, pero muy constante, de Paulo V, habia sido escrita anteriormente por Othman II á Luis XIII una carta de la cual no será inútil hacer aquí mencion. La índole de las declaraciones hechas por Mehemet, bajá-kaïmacan del gran Señor, arroja una claridad grande sobre las relaciones que existian entre Constantinopla y aquellas regencias, y anuncia para esta época la grandeza de la Francia por los títulos solamente que la Puerta concede á Luis XIII (1).

Habia resultado de la política previsora de Paulo V, continuada por Gregorio XV, que la Francia habia cesado de

(1) Hé aquí la carta que Othman escribió al rey de Francia relativamente á los armamentos que disponia el monarca para obtener satisfaccion de los corsarios de Berbería, que habian infringido las capitulaciones concluidas entre ellos y los ministros de S. M.

«Al glorioso entre los grandes señores de la fe de Jesucristo, elegido entre los mas grandes de la nacion del Mesías, jefe de la grandeza y de la dignidad, señor de la altura y de la majestad, Luis, emperador de las provincias de Francia, cuyo fin sea feliz.

«Se os hace saber, por esta alta é imperial corte, que vuestros padres y ascendientes del tiempo de los nuestros y hasta ahora, estando en buena y sincera amistad con nuestra alta é imperial Puerta, nuestros súbditos de Argel, Tunez, Trípoli y Berbería, yendo y pasando á los paises que están bajo vuestro dominio, estaban tan en seguridad como en su propia tierra, y se les suministraba cuanto les era necesario; y en cambio no era dado impedimento sin motivo de queja á vuestros súbditos, en cualquier lugar de nuestro imperio en que se encontrasen, sea en mar ó en tierra; no eran molestados contra la sagrada imperial capitulacion, y se les suministraba cuanto deseaban, tanto para sus personas cuanto para sus buques y mercancías; y de una parte y de otra eran honrados y respetados los artículos de las capitulaciones, y se hacia honor y respeto á las cartas, embajadas y embajadores que iban y venian de una parte á otra. Pero desde algun tiempo acá, habiendo sido cometidas por los de Berbería algunas contravenciones á la buena inteligencia, desde que ha sido dado á entender á nuestra alta Puerta, de parte de vuestro padre (Enrique IV) al nuestro (Achmet I) y á nuestro abuelo

hacer armamentos ruinosos, y que habia obtenido plena y entera satisfaccion. La Francia queria obstinadamente ayudar á estos, sin comprometerse sin embargo á quedar obligada á una guerra eterna con los bárbaros sin fe, que en aquella

(Mahomet III), cuyos lechos de reposo sean puros y limpios, fué incontinentemente expedido mandato con hombres expresos, de que se guardasen de hacer daño, reprendiéndolos á griamente por semejantes acciones; y habiendo desde hace algun tiempo, vuelto de nuevo á molestar, habeis dado orden de remediar tales catástrofes; los dichos de Berbería enviaron delegados ante vos, requiriendo que en el porvenir la paz fuese sostenida, y que no se cometiera mas ningun acto de hostilidad ni de una parte ni de la otra, y que los autores de ambas fuesen puestos en libertad, á cuyo efecto se hizo el tratado entre vosotros, despues del cual, habiendo sido hechos libres los musulmanes que estaban en vuestro país y enviándoos, con hombres expresos, á Argel, y los de Argel haberlos recibido sin tener en cuenta el poner en libertad los esclavos franceses que estaban en sus manos, tenemos entendido que, sintiéndooos ofendido y queriendo obtener satisfaccion por su falta de palabra, *poneis en movimiento un ejército y buques contra ellos*. Pero atendido que por otra parte el país de Argel, desde hace muchos años, pertenece á los musulmanes, ya desde el tiempo de vuestros abuelos y bisabuelos, encerrados en las tierras y países de nuestra salvaguardia y jurisdiccion, no hemos querido creer de ningun modo que hayais podido consentir é inclinar á la voluntad de los que son en todo tiempos enemigos de nuestra casa y de nuestro imperio, y que uniéndooos á ellos (se trata de los españoles), querais enviar reunidas vuestras fuerzas para procurar que se hagan catástrofes en un país que nos pertenece por herencia.

« Los dichos habitantes de Berbería obedecian antes de esto todas las órdenes que se les enviaban de aquí; pero, por el presente, varios franceses, ingleses y flamencos, hechos nuevamente musulmanes y corsarios, no reconocen aun el respeto que deben á su príncipe. Habiéndose mezclado entre aquellos, estos extranjeros, han hecho perder á los argelinos la obediencia que deben, y es la causa de que no se conforman á los decretos que se les envian, y de la falta de caso que se hace allí de los artículos de nuestras reciprocas capitulaciones, y no es razonable que su ignorancia é ilícito comportamiento sea alegado como argumento. Nos, os escribimos esta carta imperial, que enviamos por Mustapha Chaons, el elegido, el mas estimado y mas apreciado entre sus iguales, á fin de que á la llegada de éste, sepais que con la gracia de Dios, la antigua amistad y buena inteligencia contratada desde el tiempo de vuestros antecesores y de los nuestros, y conservada hasta ahora, con reposo de los súbditos de una y otra parte, será honrada y respetada durante nuestra justicia mas que por el pasado, y no consentiremos que sea de ningun modo contravenida la alianza y amistad jurada, y haremos venir á buen camino esta clase de gente, y no se omitirá nada para traerlos á la obediencia. Tambien parece que es mejor y mas honroso el no dejaros engañar por palabras de enemigos, sino seguir la recta y larga senda de

época acababa siempre con dolorosos sacrificios de dinero ofrecidos en presentes, por *clemencias obligadas*, sin contar los gastos considerables del armamento. Gregorio no repetía en vano cuan útil había sido Paulo V al rey cristianísimo, y era justo, como se le pedía en Roma, que nuestro gabinete devolviese favor por favor: la política de Gregorio, sostenida por nosotros, no hubiera dado nada que perder cerca de la Puerta.

Examinando las circunstancias de esa época, y las que bajo la de Carlos X han traído el castigo de la mas insolente de esas regencias, se convencerá fácilmente de que se han tolerado demasiado tiempo esos salteadores, que bajo el pretexto de pertenecer á la Puerta, trataban de no respetar ninguna autoridad, ni la Turquía, ni sus aliados, ni las suyas propias. Una horda infame de renegados, segun lo que vemos en la carta de Othman, acababa de alentar las rapiñas de esos miserables que la Europa entera hubiera debido perseguir, en lugar de consolidar su poder con una vil y páfida complicidad. Se sabe que dejaron en paz á Luiz XIII por la fuerza del brazo de Richelieu, pero que fué preciso que Luis XIV los castigára ejemplarmente. La última hora de estos asesinos llegó bajo Carlos X; y la Francia deberá eternamente bendecir la memoria de un príncipe tan gloriosamente zeloso de los intereses de su nacion.

El Papa se creyó entonces en el deber de conceder el capelo de cardenal á su sobrino Luis Ludovisi, quien, sin em-

honor por vuestra parte á la buena inteligencia y perfecta correspondencia que existe entre nosotros.

«En tiempo del sultan Mustapha, nuestro tio, hubo por maldad y falsía de gentes maliciosas, algun mal tratamiento á la persona de vuestro embajador, que en la actualidad reside en nuestra muy alta Puerta, de que hemos tenido un gran sentimiento, unido á que su inocencia ha sido reconocida en lo que se le imputaba (aquí se trata del baron de Sancy, sospechoso de haber favorecido la evasion del príncipe polaco Coreski, hecho prisionero en las guerras de Moldavia). Es ahora y será en nuestra dichosa época, honrado y visto con agrado de nuestra buena gracia, y no se faltará al respeto ya de nuestra parte, ni á ningun buen afecto en lo que concierne á la proteccion respecto de vuestros súbditos, y de ello debeis estar seguro.

«Escrito al fin de la luna de Legap, el año de 1027, que corresponde al de Jesucristo 1618, en la residencia de Constantinopla.»

nuestros predecesores, y tener cuidado de atestiguar la estimacion y el bargo de no tener mas que 26 años, fué tambien nombrado arzobispo de Bolonia; despues pasó á ser legado de Aviñon, camarlengo y vice-canciller.

Este cardenal dejó á los jesuitas un testimonio de su vivo afecto, consagrando 200,000 escudos para edificar la famosa iglesia de San Ignacio. El mismo cardenal dió á los escoce-ses pruebas de su munificencia, abriéndoles un colegio cuyos profesores pertenecian á la compañía de Jesus.

En el mismo año de 1662, el Papa publicó una bula, por la cual prohibia á todos los eclesiásticos regulares y seculares exentos y ño exentos, confesar y predicar sin la aprobacion y permiso del ordinario. De este modo se terminaron las antiguas disputas suscitadas por escritores, que pretendian que la aprobacion una vez dada por un obispo podia ser revocada por su sucesor, pero no por aquel que la habia concedido; como si los obispos despues de haber comunicado á alguno su poder, no tuviesen derecho de retirárselo cuando lo juzguen oportuno!

Llegamos ahora á la época en que fué instituida la congregacion de los cardenales llamada de *Propaganda fide* (1).

Esta es la que envia misioneros para propagar la fe entre los infieles. El mismo dia Gregorio destinó á esta congregacion el precio del anillo que se da á cada cardenal en el acto de su promocion, es decir, el valor del anillo que la cámara envia á un cardenal pobre, ó el del anillo que un cardenal rico se procura por sí mismo, y que se le pone en el dedo en la ceremonia de su recepcion.

El primer pensamiento de establecer la propaganda pertenece á Gregorio XIII: despues Clemente VIII examinó este negocio con una escrupulosa atencion, y Gregorio XV perfeccionó el trabajo empezado sobre este asunto.

Animado de un zelo tal, el Pontífice apagó la herejía de los *iluminados* esparcidos por España. Habian cometido excesos que Novaes (IX, 171) llama *una espiritualidad excesiva*.

(1) Const. 26, *Bulario romano*, tomo III, página 425, en Cherubini.

Concedian mas eficacia á las plegarias que á los sacramentos. Negaban la obediencia á los superiores eclesiásticos, si estos no eran *iluminados*, y decian que el hombre, llegado al grado de perfeccion, no debia obedecer los mandatos de la Iglesia. Así por una devocion mal entendida, mas pronto *ciegos* que *iluminados*, destruian los preceptos y la economía de toda la religion.

En recompensa de sus vigiliass, el Santo Padre tuvo el consuelo de recibir una carta de Rodolfo Maximiliano, duque de Sajonia, en la que le anunciaba su conversion á la fe católica.

Sin embargo, los españoles se habian apoderado de la Valtelina, señorío del país de los Grisones, á la entrada de la Italia, bajo pretesto de proteger á los católicos contra los protestantes; pero esta medida recaia en perjuicio de todos los grisones, que, católicos ó calvinistas, habian quedado esclavos del gabinete de España, de los venecianos y de otros príncipes italianos. Entonces las provincias interesadas se unieron á la Francia y resultó una guerra ardiente. Para acordar las diversas pretensiones, Gregorio pidió que se le dejara en depósito toda la Valtelina, las potencias consintieron, y se trabajó pacíficamente por medio de explicaciones y palabras de conciliacion.

Hacia largo tiempo que se preparaba una ceremonia de canonizacion. Gregorio, en una sola solemnidad, canonizó cinco ilustres personajes, recomendables por su mérito y su piedad.

El primero fué san Isidro Labrador, llamado así por la profesion que ejerció durante su vida. Habia visto la luz en Madrid á fines del siglo xi, y habia muerto el 30 de noviembre de 1130. Leon X habia permitido al doctor Francisco de Vargas que se construyese una capilla en honor de este santo, todavia sin beatificar (1). Se habia depositado su cuerpo en una tumba magnífica que conservaban aun, pero en un lugar poco honroso, dependiente de *San Andres*, en Madrid, como así se ve en los Bollandistas (2). Paulo V habia beatifica-

(1) Novaes, tom. IX, pág. 175.

(2) *Act. Sanct., maii*, tom. III, pág. 527.

do á Isidro por demanda del rey Felipe II, encargando á la congregacion de los ritos el cuidado del exámen para la canonizacion. Habiendo sido favorable el voto, Isidro habia sido declarado santo, y su fiesta debia ser celebrada el 15 de mayo. Despues Urbano VIII la ha trasladado al 10 de dicho mes.

El segundo santo proclamado en esta solemnidad fué Felipe Neri, florentino, fundador de la congregacion del Oratorio (1), nacido el 22 de julio de 1515, de Francisco Neri y de Lucrecia Solli, muerto en Roma á la edad de 84 años, el 26 de mayo de 1595. Veinte años despues de la muerte de Felipe Neri, Paulo V, en 23 de abril de 1615, lo beatificó, y permitió que se recitase el oficio y la misa en honor suyo. Clemente IX mandó, el 8 de junio de 1669, que en toda la Iglesia se honrase esta memoria con rito doble (2) (*con rito doppio*): hasta entonces no se habia honrado mas que con el rito semidoble (*semi doppio*). Benedicto XIII, habiendo sido salvado en Benevento, de un temblor de tierra, por la intercesion de san Felipe Neri, mandó que su fiesta fuera en Roma de *precepto* (3) con ayuno, *nella sua vigilia*. La primera iglesia que se edificó en honor de san Felipe Neri fué en Carbogna no, por Horacio Guistiniani, cardenal, que habia sido sacerdote del Oratorio.

El tercer santo fué san Ignacio de Loyola (4) noble español de Guipúzcoa, en Vizcaya, fundador de la compañía de Je-

(1) San Felipe Neri es llamado el *apóstol de Roma*.

(2) Llámense *fiestas dobles* aquellas cuyo oficio es mas solemne que el de las otras, y *semi-dobles* á las que son término medio entre aquellas y las *fiestas sencillas*.

(3) Fiesta durante la cual se prohíbe el trabajar.

(4) El padre Luis Gonzalez de Camera ha publicado los *Actos de san Ignacio*, parte en castellano, parte en italiano, segun el secretario que tenia cuando dictaba esta obra. El original se encontró en los archivos de la compañía de Jesus. El padre Rivadeneira escribió en latin la vida de aquel santo, cuya obra fué impresa en Nápoles, en 1572; despues fué aumentada y vuelta á reimprimir en Amberes en 1587; en Ingolstad en 1590; en Colonia en 1702. Traducida al español por dicho Rivadeneira, se encuentra en Madrid en la coleccion de este padre, en 1605; y vuelta á traducir al italiano, se publicó en Venecia en 1587.

El padre Maffei la escribió tambien bajo el título de *De vita et moribus Ignatii Loyola libri tres*; Roma, Zanetti, 1585. Los Bolandistas

sus. Se sabe que esta compañía, aprobada por Paulo III en 1540, y confirmada por el concilio de Trento, fué suprimida, en 1773, por Clemente XIV, y restablecida, en 1814, por Pío VII.

Ignacio era el menor de ocho hermanos: nació en 1491, de Beltrando Janez de Oñez y de Marina Sanchez de Licona Balda; murió en Roma el 31 de julio de 1556, de edad de 75 años.

Paulo V, por un decreto de 27 de julio de 1609, y por un despacho de 3 de diciembre del mismo año, lo habia inscrito en el número de los bienaventurados. Clemente IX, por un despacho de 11 de octubre de 1667, habia mandado que se celebrase la memoria de este santo con oficio y misa de rito doble (anteriormente no se celebraba sino con rito semi-doble). Inocente X, por un despacho de 7 de setiembre de 1682, le declaró protector del reino de Vizcaya. Alejandro VII, por despacho de 18 de julio de 1669, confirmó la indulgencia plenaria concedida por Gregorio XI á los que, despues de confesar y comulgar el dia de san Ignacio y el dia de san Francisco Javier, visitaren una iglesia de jesuitas. El mismo despacho mandaba que la fiesta de este último santo fuera trasladada del 2 al 3 de diciembre.

El cuarto santo canonizado en esta ceremonia fué san Francisco Javier, hijo de Juan Glasco y de María Saveria, nacido en 7 de abril de 1506. Su familia pertenecia á los señores del castillo Saverio, situado al pié de los Pirineos, en la diócesis de Pamplona, reino de Navarra. De este santo hay publicada la vida en varios idiomas, francés, italiano y portugués. Fué

recomendaban esta última por la fidelidad de su narracion. Se ha reimpresso varias veces por su mérito. Existen además varias obras sobre la vida de este santo por diferentes autores, como son las siguientes y algunas otras que omitimos: Por el padre Eusebio Nieremberg, por el padre Laca de Arcones, por el padre Luis Carnoli, por Pablo Bombini, la mayor parte en latin y traducidas al italiano.

Se debe á Antonio-Francisco Mariani la obra intitulada *Della vita di san Ignazio, fondatore della compagnia di Gesù*.

Existen aun algunas otras historias de este santo fundador de la compañía de Jesus, mas para su nomenclatura fuera preciso una obra especial.

compañero de san Ignacio de Loyola en el establecimiento de los jesuitas, y despues de haber sufrido mil trabajos en sus excursiones á las Indias Orientales y al Japon, en donde convirtió las gentes á millones, lo que le valió el renombre de *Apóstol del Oriente*, murió en la isla de Sanciago, cerca de la China, el 2 de diciembre de 1552 á la edad de 46 años. De sus resultas alcanzó de Paulo V el título de bienaventurado en 25 de octubre de 1619; Alejandro VIII, en 24 abril de 1657, ordenó á los fieles del reino de Navarra, que en todo el reino celebrasen la fiesta de los santos Firman y Javier, en donde eran tenidos como especiales protectores, y que el oficio de san Javier fuese puesto en el calendario romano con rito semidoble, extendiendo despues el papa Clemente X esta ordenacion para toda la Iglesia con rito doble.

Gregorio XV concedió indulgencia plenaria á todos los que en la festividad de aquel santo visitasen alguna iglesia de Jesuitas, é Inocencio X introdujo una modificacion, que fué trasladar al lunes siguiente del primer domingo de Adviento la fiesta de este santo, segun consta en su breve de 27 de octubre de 1561. Por último, el pontífice Benedicto XIV á instancia de Juan V, rey de Portugal, ordenó en su bula de 24 de febrero de 1748, que se considerase á san Francisco Javier como especial protector de las Indias Orientales, desde el cabo de Buena Esperanza hasta los reinos de la China y del Japon.

La quinta canonizacion tuvo lugar en honor de santa Teresa, fundadora de la órden de los carmelitas descalzos. Esta santa que era hija de Alfonso Sanchez de Cepeda y de Beatrix de Humada, nació en 12 de marzo de 1515, y falleció en Alba en 2 de octubre de 1582. Al cabo de tres años su cuerpo fué trasladado al monasterio de Avila su patria; pero el duque de Alba se empeñó con Sixto V para que fuese devuelto al monasterio en que acabó sus dias, en cuyo sitio se conserva entero, á excepcion de la mano derecha que fué remitida al monasterio de Avila, y un pié que en 1615 se mandó á Roma al convento de Santa Maria.

La reina María de Médicis, madre de la reina Isabel de Castilla, regaló un dedo á las hermanas carmelitas de Paris, dedo que habia obtenido de su hija. Felipe III habia logrado del

papa Paulo V la canonizacion de santa Teresa, beatificada por este pontífice, la cual no tuvo lugar segun vemos hasta el pontificado de Gregorio XV. Posteriormente Urbano VIII permitió que se celebrase el oficio de dicha santa en todos los dominios de España y Portugal, lo cual fué en 23 de julio de 1636, y luego despues, en 22 de julio de 1668, lo hizo extensivo á toda la Iglesia con rito doble en vez del semidoble con que se celebraba anteriormente. Teresa fué una santa ilustre, no tan solo por sus virtudes, sí que tambien por sus escritos, los cuales aun en vida le valieron una grande reputacion, por ser uno de los mas ricos tesoros que posee la Iglesia católica. La vida de esta santa se publicó en español, en italiano y en francés, pregonando la fama sus virtudes por todos los confines de la tierra.

En el año 1622, el papa Gregorio declaró bienaventurado á Alberto el Magno, de la órden de predicadores, el cual habia ejercido los cargos de maestro del sacro palacio y mas tarde de obispo de Ratisbona. Alberto nació en Lawingen y falleció el 15 de noviembre de 1280. Urbano VIII, en 1635, concedió á los dominicos de Alemania la facultad de celebrar el oficio y misa del bienaventurado varon; Clemente X otorgó idéntico permiso á los de Venecia, y posteriormente con decreto de 27 de abril de 1670, concedió á toda la órden de Santo Domingo el que pudiese celebrar la fiesta de aquel santo el 15 de noviembre.

El propio pontífice Gregorio XV, por su decision *propia voce* comunicada al cardenal Scipion Borghese, protector de la órden dominicana, hizo extensivo á toda ella el culto del bienaventurado dominico Ambrosio Sansedoni, nacido en Siena el año 1220 y que falleció el 23 de marzo de 1286.

En 12 de marzo de 1622, Gregorio accedió á la peticion del rey de Francia Luis XIII para erigir en catedral la diócesis de Paris, para lo cual mediaban poderosas razones. Además poseia una renta de setecientas ochenta mil libras tornesas. Contaba entre sus obispos á san Dionisio, que fué el primero, y otros ciento y siete, de los cuales siete eran venerados por santos, nueve habian obtenido la púrpura, diez habian sido arzobispos en otras diócesis, y seis se habian sentado en el

trono de san Pedro. A la sazón tuvo el arzobispo de Paris por sufragáneos á los obispos de Orleans, de Meaux y de Chartres, á los cuales se añadió el de Blois al ser creado por Luis XIV en 1697.

Llega el 5 de setiembre de 1622, y Gregorio hace una cuarta promoción de cardenales.

El primero fué Cosme de Torres, de origen español, canceller del Sello y mas tarde nuncio de Su Santidad en Cracovia, á cuya dignidad reunió la de cardenal del título de San Pancracio y protector del reino de Polonia, debido á las gestiones de aquel rey.

El segundo fué Armando Juan de Plessis de Richelieu, nacido en el castillo de este nombre, segun unos, ó en Paris, segun otros, el 5 de setiembre de 1586. Apenas contaba veinte y dos años cuando ya fué nombrado obispo de Luzon por renuncia de su hermano Alfonso, desterrado. A los treinta años reunia los empleos de limosnero de la reina María de Médicis y de intendente superior de su real casa, cuando por razon de las vicisitudes políticas de aquellos tiempos, tuvo que retirarse á Aviñon, en los Estados del Papa. El legado de Su Santidad, á tenor de las órdenes que tenia, le trató con todo miramiento, lo que dió lugar á Richelieu á escribir el libro titulado *La perfeccion del cristiano*. Y no solo en Aviñon, si que en todas partes, los agentes del Papa trataban al obispo de Luzon con atenciones tales, que daban bien á entender que en Roma se sospechaban no solo sus talentos y maestría, si que tambien su porvenir. Efectivamente, muerto el condestable de Luynes, favorito de Luis XIII, la reina María de Médicis obtuvo para Richelieu el capelo de cardenal. Cuenta el conde de Choiseul d'Aillecourt, que cuando el obispo recibió el birrete de manos del rey, dirigióse en seguida á ofrecerle á los piés de María de Médicis, diciendo entre otras cosas: « Esta púrpura, que debo á la bondad de V. M., me recordará siempre el voto solemne que hice de derramar mi sangre en obsequio vuestro.»

Aquí se echa de ver una preocupacion singular en el ánimo de un personaje de su categoría. El juramento que presta un cardenal al recibir las insignias de la púrpura es, que su

color le recuerde sin cesar la obligacion que contrae de derramar su sangre en caso necesario en defensa de la Iglesia, juramento que hubiese prestado á haber recibido la investidura, lo que no tuvo lugar, porque de vuelta de Roma en 1607, no volvió jamás á poner los piés en ella. Pero un cardenal que rinde tales homenajes á una reina, á pesar de ser su bienhechora, no es lo que debe ser un personaje que por su clase no debe dudar en ofrecer su cabeza al hacha del verdugo por la gloria de Dios y de su Iglesia.

Este mismo sentimiento de gratitud condujo á Richelieu á producir un escrito, en 1625, en que, manifestando las piadosas voluntades de su reina, daba muy sábios consejos, lisonjeaba á Roma y ponía en boca de su soberana tales sentimientos, que si nunca hubiesen sido otros, María de Médicis, á quien la historia censura á veces merecidamente, estaria registrada en nuestros anales como una de las reinas mas grandes de la Francia.

Pero dejemos á Richelieu dueño ya del gobierno de la Francia y haciendo pesar su balanza en los destinos de Europa, para volver á tratar de él cuando nos ocupemos de Roma, la cual, no por efecto de circunstancias casuales, ni de su ascendiente natural con los caracteres místicos, sino en virtud de un poder sobrenatural incontestable, ha ejercido constantemente el derecho de la sabiduría y de la conciliacion, sobre cuyas bases ha fundado una autoridad que cuenta las fechas por siglos y que no se destruirá jamás. La verdad de esta afirmacion queda probada en lo que vá dicho; y en lo que sigue tendré ocasion de manifestar que no he hecho servir á mi propósito una autoridad ficticia ni fantástica; y sin pararme demasiado en las señales que ha dado de un poder nunca interrumpido, me contentaré con indicar los fenómenos mas palpables de una influencia que parecia adormecida, ostentando rayos de luz en medio de las tinieblas, y serenando con su soplo vivificador los celajes de la atmósfera política. Una palabra mas y voy á concluir esta digresion, que tiene varios puntos de contacto con el asunto en cuestion. No voy á establecer paralelos entre los hechos de Richelieu y los de la corte de Roma; solo he querido singularizar

ciertas épocas de la historia en que un poder inmenso ha estado concentrado en manos fuertes, ni tampoco ha sido mi objeto ocuparme del cómo han empleado su autoridad; únicamente me limito á decir, que si algunos hombres por circunstancias especiales han ejercido semejante poder, sus resultados no son de mucho comparables con los de la corte romana, á pesar de muchos eclipses parciales que solo han sido en apariencia, lo cual justifica aquel dicho de san Pedro, primer pontífice de la Iglesia: « Hay una verdad, amados míos, que no debeis ignorar, y es que á los ojos del Señor un día vale por mil años, y mil años por un día. » Volvamos empero á la promocion de Gregorio XV.

El tercer cardenal promovido fué Octavio Ridolfi, noble florentino y vice-legendado en Ferrara.

El cuarto y último fué Alfonso de la Cueva, noble español de la familia de los Alburquerque, religioso de la orden militar de Alcántara, embajador de España en diversas cortes, el cual fué creado cardenal diácono durante su permanencia en Venecia, y posteriormente cardenal presbítero de santa Balbina y obispo de Palestina. A la edad de 83 años falleció en Málaga de donde era obispo, sin que por eso perdiese sus derechos á la sede de Palestina, que es un obispado suburbicario de Roma. Dicho cardenal es mas conocido en la historia con el nombre de marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia.

Gregorio se entregaba á sus ocupaciones ordinarias siempre con el mismo ardor, cuando en el invierno de 1623 se agravaron sus dolencias que ya le atormentaban desde el otoño anterior. El mal de piedra afligia á tan buen papa, quien suportábalo con toda la resignacion que permite tan funesta enfermedad. Como los remedios con que hoy dia se la combate eran desconocidos, en vano pretendieron dar á su salud tan deteriorada una distraccion poderosa, conjurándole á completar por medio de una nueva promocion el colegio de cardenales, interesando en su creacion su conciencia pontifical; de todo se desentendió, contestando que en él ya no existia el pontífice, ni un apreciador exacto de los méritos de tantos candidatos, y que solo queria ocuparse de la salvacion de

su alma. En seguida quiso confesarse, y luego despues recibió el Viático. Al día siguiente hizo celebrar dos misas en su presencia, comulgó de nuevo, y concluido recibió la extrema-uncion. Al otro día oyó misa, conjurando con fervor á todos los presentes á que le ayudasen con sus oraciones. Entonces dirigiéndose á los cardenales, que estaban agrupados á su alrededor, les dijo : «Muero consolado. Nuestro sucesor podrá corregir algunos errores en la administracion de la república cristiana, y cualquiera que sea, caros hermanos, siempre será mas digno que nos en el desempeño del elevado cargo pontificio.» Animado de semejantes sentimientos expiró el día 8 de julio de 1623, á la edad de 70 años y á los dos años y dos meses de reinado, habiéndosele dado sepultura en el Vaticano. El jesuita Famiano Strada, reputado por su elocuencia y erudicion, pronunció su oracion fúnebre; y sus despojos mortales fueron trasladados á una rica tumba erigida por el escultor francés Legros en la iglesia de San Ignacio, todo á costas de su sobrino el cardenal Luis Ludovisi.

Gregorio era bajo de estatura; la palidez de su rostro y su mirada lánguida atestiguaban la frecuencia de sus ayunos.

La voz de este pontífice era noble, fuerte y profundamente animada. Sobresalía en el estudio de la jurisprudencia (1) y siempre que su salud se lo permitia, asistía, aunque oculto detrás de una cortina, á las reuniones científicas que presidia su sobrino en el Vaticano y en el Quirinal.

Voy á describir de paso tres medallas de Gregorio XV, que tengo á la vista.

1.^a GREGORIVS XV PONT. MAX. ANN. III. «Gregorio XV, soberano pontífice, el año III.» Representa al Papa con la cabeza descubierta y la barba larga.

R. QUINQUE BEATIS COELSTES HONORES, y en el anverso : DECERNIT. «Dispensa los honores celestes á cinco bienaventurados.» Figura el Papa sentado en su trono y rodeado de cardenales y obispos; delante de Su Santidad los cardenales que habian *expostulado* la canonizacion. Se ha de tener presente que en

(1) Sus decisiones rotales de mucho mérito, fueron publicadas con notas por el jurisconsulto Oliverio Beltramini.

esta ceremonia se canonizó á cuatro españoles , á saber : san Ignacio , san Francisco Javier , san Isidro y santa Teresa ; el quinto, san Felipe Neri, era florentino. En la parte superior del fondo se ve el descenso del Espíritu Santo. Existe una relacion de la procesion que se hizo para trasladar el estandarte de san Ignacio y de san Javier desde la iglesia de Jesus al colegio romano.

2.^a CAUSA NOSTRÆ LÆTITIE. « *La causa de nuestra alegría.* » Se ve á la Virgen y al niño Jesus con aureolas sobre una nube. Esta medalla fué acuñada con motivo de una victoria alcanzada por Maximiliano , duque de Baviera , sobre el palatino del Rhin y los luteranos, en el año 1623, cuyo fausto suceso atribuyó el vencedor á la Santísima Virgen , y por esta razon mandó á Roma todas las banderas cogidas al enemigo, las cuales, por órden del Papa, fueron depositadas en la iglesia de Santa Maria de la Victoria.

3.^a PACIS ET RELIGIONIS AMOR. « *El amor de la paz y de la religion.* » En esta medalla la Religion, sentada, sostiene con la mano izquierda la cruz y con la derecha la tiara. La Paz, sentada igualmente , tiene un ramo de olivo en la mano derecha y en la izquierda el cuerno de la abundancia. Junto á la Paz y á sus piés hay un casco y la parte superior de una alabarda.

Esta medalla se acuñó á consecuencia de las negociaciones de la Valtelina.

De Molinet, que tambien hizo la descripcion de las tres medallas mencionadas, tuvo conocimiento de otra que contiene estas palabras : ASSAGIVM GENERALE. « *Ensayo general* » y despues *el tentorium*, especie de pabellon que precede á los canónigos en las basílicas, está sostenido por llaves entrelazadas. Esta palabra *assagium* no se encuentra en los autores latinos de la antigüedad, pero sí se lee en una bula que publicó Alejandro IV, en 1255. Ménage está en la creencia que dicha palabra deriva de las latinas *ad* y *sapor*, de las cuales se formó *sapaggiare*, *asaggiare*. Este último término introducido en el lenguaje vulgar, fué convertido en latin dándole una terminacion latina. De Molinet es de distinto parecer y cree , que *assagium* viene de *as*, moneda romana, la que circulando por todas partes significaría toda especie de moneda legal. Pero lo cierto es

que este género de inscripcion es muy usado en las medallas romanas modernas, que su significado ha sido tergiversado y que en este punto significa ensayo de una moneda que sirve para conocer si tiene el peso y el alisaje que previene la ley.

Además de las medallas descritas, Bonanni nos dá á conocer las siguientes:

1.^a CAUSA NOSTRÆ LÆTITIÆ. En el anverso: S. MARIA DELLA VITA. BOLONNA. « *Causa de nuestra alegría. Santa Maria de la vida. — Bolonia.* » La Virgen, con el niño en brazos, está sentada en un trono adornado de columnas. En una pequeña iglesia de Bolonia se venera una imágen de la Virgen, que los enfermos invocan para recobrar la salud, y por esta razon es conocida bajo el nombre de *Santa Maria de la vida*. Era tal la multitud de enfermos que acudian á esta iglesia para impetrar de la Virgen el remedio de sus males, que reparándolo el papa Gregorio en una de sus muchas visitas á Bolonia, le sugirió la idea de hacer acuñar una medalla con el emblema mencionado.

2.^a BEATI QVI CVSTODIVNT VIAS MEAS. « *Felices los que siguen mi camino.* » (Prob. VIII, 32). La figura de Jesucristo aparece de perfil y con los rasgos que consagró la tradicion, cuando dice: « *Felices los que siguen mis preceptos por el sendero de la fe.* » Esta medalla está grabada con exquisito gusto, lo que hace sospechar que tal vez estaria destinada á las Indias ó á la América.

3.^a ALTER IGNATIVM ARIS ADMOVIT: ALTER ARAS IGNATIO. « *El uno puso á Ignacio en los altares; y el otro levantó altares á Ignacio.* » En el exergo: GREG. XV. P. M. L. CARD. LVDO. « *Gregorio XV, soberano pontífice; Luis, cardenal Ludovisi.* » A la derecha el busto de Gregorio XV, á la izquierda el de su sobrino, el cardenal Ludovisi, mirándose uno á otro. Es sabido que el papa Gregorio canonizó á san Ignacio, y que mas adelante su sobrino levantó un templo á dicho santo. Por esto el autor ha querido explicar en términos concisos, que el Papa, con el acto de la canonizacion, colocó al santo en los altares del universo, y que su sobrino, con la creacion del templo, mereció bien del santo y de la Compañía. Un defecto se observa en las fisonomías, y es que el sobrino parece de mas edad que el tio. Esta medalla es de un trabajo exquisito y muy buscada, lo que su-

cede con todas las que tienen dos ó mas bustos. Descrito el lado de la cara pasemos al reverso: LVDOVICVS CARD. LVDOVICVS S. R. E. VICECANCELL. S. IGNATHI TEMPLE VBI PATRVVS GREGORIVS AD SAPIENTIAM ADOLEVERAT DESIGNATO ILLI EX HOC GLORIAM HVIC EX ILLO SVFFRAGIVM QVÆSIVIT. «Luis, cardenal Ludovisi, vice-canciller de la Iglesia romana, habiendo levantado un templo á San Ignacio en el sitio en que su tio habia adelantado en las ciencias, procuró gloria al primero y aseguró á éste la proteccion de aquel.» Parte del templo fué edificado sobre el mismo terreno que ocupaba el gimnasio en que Gregorio habia hecho sus estudios. Como la primera piedra no se colocó hasta el 2 de agosto de 1626, esta medalla no fué acuñada hasta el pontificado de Urbano VIII.

4.^a QVIA DOMIN. SVSCEPIT ME. «Porque el Señor me levantó.» Estas son palabras del tercer salmo de David: «Resucité, porque Dios me levantó.» La medalla representa á Jesucristo subiendo á los cielos, dando la bendicion y llevando un estandarte en la mano izquierda, lo que, segun Gregorio XV, quiere decir: «He sido elevado á la dignidad pontifical, debido tan solo al favor de Dios y de ningun modo á mis merecimientos.» Bonanni y otros han dado esta explicacion.

5.^a GLORIA DOMINI PLENVM EST OPVS. «Su obra está llena de la gloria del Señor.» El sol, reflejando en un globo de cristal, exparte sus rayos, é ilumina si cabe con luz mas viva una especie de altar de poca elevacion, en que se distinguen un corazon inflamado, una flecha, un lirio, un libro y una hoz, alusion que personifica los santos canonizados á la vez por Gregorio. El corazon inflamado caracteriza á san Felipe Neri; la tradicion dice que el calor del Espíritu Santo abrió los costados del santo. La flecha de santa Teresa indica que un ángel le atravesó el corazon con un dardo de fuego. El libro es de las constituciones de san Ignacio; el lirio manifiesta la pureza de san Francisco Javier, y la hoz es el instrumento de que se servia san Isidro Labrador.

Dios está simbolizado por el sol; el globo es el Pontífice que, siendo vicario de Jesucristo inspirado por Dios, ha hecho ilustres á los que en este mundo se han distinguido por sus virtudes y fervorosa piedad. Todos estos símbolos están repre-

sentados con mucha claridad. Esta medalla es muy solicitada en España y en Toscana.

Bonanni hizo investigaciones tan completas sobre el particular, que Venuti que le sucedió, no halló sino una que hubiese escapado á la penetracion del erudito historiador de esta clase de monumentos, creados por un aventajado miembro de la compañía de Jesus.

La sede apostólica estuvo vacante veinte y ocho dias.

239. Urbano VIII. 1623.

Vamos á emprender con satisfaccion la relacion de los anales del largo pontificado de Urbano VIII. Antes de su elevacion al pontificado, llamábase Maffeo Barberini, y era hijo de Florencia, en donde vió la luz primera en 1568. Sus padres eran Antonio Barberini y Camila Bartadori, ambos de familias muy distinguidas por su nobleza y elevado parentesco. Habiendo Maffeo perdido á su padre cuando apenas contaba la tierna edad de tres años, Camila, su madre, despues de haberle enseñado los primeros elementos de su lengua, le hizo pasar á Roma para estudiar filosofía, bajo la direccion de su tío Francisco Barberini, protonotario apostólico.

A la edad de veinte años, se recibió de doctor en Pisa y regresó á Roma. Sixto V le nombró canciller de justicia. Gregorio XIV le ascendió á la dignidad de gobernador de Fano, nombrándole despues otro de los diez y siete protonotarios apostólicos. En calidad de tal extendió el acta de los dos matrimonios célebres que presenció Clemente VIII, á saber: el del rey de España, Felipe III, con Margarita de Austria, y el del archiduque de Austria, Alberto, con Isabel-Clara-Eugenia, infanta de España.

En 1601, Clemente le envió á Francia en clase de nuncio

extraordinario, con la mision de llevar las mantillas del del-fin, despues Luis XIII, hijo de Enrique IV.

De vuelta á Italia desempeñó otros varios cargos, hasta que nombrado arzobispo de Nazaret *in partibus*, volvió á Francia en calidad de nuncio ordinario, logrando que se volviese á llamar á los jesuitas que habian sido desterrados, y que se destruyese una columna que se habia levantado para perpetuar la memoria de su extrañamiento.

Por último, el 11 de setiembre de 1606, Paulo V le creó cardenal arzobispo de Espoleto.

Al cabo de once dias del fallecimiento de Gregorio XV, cincuenta y cinco cardenales se reunieron en cónclave, teniendo lugar este acto el 19 de julio de 1623, cumpliéndose con todo rigor las formalidades prescritas por el difunto Papa para la eleccion de pontífice. Los muchos pretendientes á esta dignidad y la gran diversidad de pareceres de los cardenales, daban á entender que el cónclave seria de larga duracion; de pronto creyóse que la eleccion recaeria en el cardenal Octavio Bandini; pero despues resultó en el escrutinio con escaso número de votos, pues en estas reuniones siempre hay muchos votos que se prometen por mera cortesania, pero la verdad nunca se sabe sino despues del escrutinio, porque cada uno se vale de inocentes artificios para hacer triunfar su candidato.

El cardenal francés Ana de Cars de Givry, conocido por su piedad, fué otro de los que se creyeron elegidos. El cardenal Juan Garcia Mellini obtuvo veinte y dos votos, entre los cuales figuraba como principal el de Escipion Borghese, sobrino del último papa y personaje de mucha influencia.

Por fin, el 6 de agosto se juntaron cincuenta y cuatro electores purpurados, á pesar de la oposicion de los cardenales Scaglia, dominico, y Bandini, para nombrar al cardenal Barberini, cuya eleccion fué manejada por el cardenal Mauricio de Saboya, patrocinador de los intereses de la Francia, por cuyo motivo mas adelante Barberini dió las gracias á Luis XIII. Al hacer el escrutinio, se observó que faltaba una cédula, sin saber porqué, y era que el cardenal Andrés Peretti se vió acometido de calentura y tuvo que retirarse á su palacio. A pesar

de esto, el número de votos era mas que suficiente, porque habia mas de los necesarios. El pontífice estaba nombrado, pero existia una irregularidad en la eleccion: Maffeo rehusó la tiara y quiso que volviese á procederse al escrutinio, cumpliendo con la ley gregoriana. Entonces el cardenal Farnesio le dijo: «Ya sois el elegido y teneis mas votos de los que son menester. Aun quando la cédula que se ha extraviado os fuese contraria, no por eso dejariais de ser papa; y considerad que los electores en un nuevo escrutinio pueden mudar de opinion.» A pesar de esto, el cardenal Barberini insistió en su demanda, y volviéndose á repetir el escrutinio, obtuvo el premio debido á su delicadeza. Dicen que en Roma se observó que un enjambre de abejas, viniendo del lado de Toscana, habia ido á refugiarse en uno de los aposentos del cardenal, de cuyo suceso se habia formado un feliz augurio, porque su familia tenia en su escudo tres abejas (1).

Barberini tomó el nombre de Urbano VIII al subir al sόlio pontificio. A la sazón reinaba en Roma una enfermedad contagiosa, de que tampoco se libró Urbano, lo que hizo diferir su coronacion hasta el 29 de setiembre, no queriendo retardarla un dia mas, á pesar de estar convaleciente, por ser la fiesta de san Miguel arcángel, al cual tenia particular devocion, en términos que en honra suya le erigió un altar en el Vaticano, y en muchas medallas de este Papa se le vé de rodillas delante del arcángel, con estas palabras en el anverso: «*Te mane, te vespere.*»

El 19 de noviembre, Urbano tomó posesion de la iglesia de San Juan de Letran.

El 2 de octubre, habia nombrado cardenal á su sobrino Francisco Barberini, sujeto muy distinguido y que murió siendo dean del sacro colegio, el cual nunca tuvo otro defecto

(1) El padre Juan Bautista Spada, dominico, habia anunciado segun dicen, el pontificado á Maffeo por medio del siguiente anagrama, suponiendo que en las dos palabras *Maphæus Barberinus*, se encuentran estas otras, *Phæbus romanæ urbis*. Hé aquí los dos versos compuestos al intento por Spada.

*Ut sol regali celo micat igneus ore
Sic romanæ urbis Phæbus et orbis eris.*

que el de dejarse llevar de la cólera, aunque en honor suyo es preciso confesar que nunca dejó desatendidos á aquellos contra quienes se encolerizaba.

No tardó el Santo Padre en poner todo su conato en deterrar los abusos que reinaban por aquellos tiempos. Sucedia á menudo que por zelo interesado ó por simpleza, se exponian á la veneracion pública los retratos de personajes reputados por santos, pero el Papa mandó que en adelante no se tributase un culto que no era merecido. Este abuso se habia introducido en Venecia, con respeto á Fra. Paulo Sarpi (1), que murió excomulgado y acusado de haber acabado sus días como protestante, segun lo asegura Bossuet. Habiendo una mujer empezado á darle culto, Urbano llevó sus quejas al senado

(1) Pedro Pablo Sarpi, nació en Venecia en 1552. Un religioso servita le hizo entrar en su órden, en la cual no tardó en ser promovido á los principales empleos. Los altercados que mediaron entre Paulo V y la república de Venecia, dieron ocasion al padre Sarpi á hacer ostentacion de sus principios calvinistas, por cuyo motivo habiale mandado el Papa presentarse en Roma, y habiéndose denegado, le excomulgó. Este acto no desconcertó al monje, quien empezó á creerse hombre de importancia solo porque los grandes se ocupaban de él, no impidiendo esto el que con su insolencia y vanidad irritase á toda clase de personas en Venecia. Esta conducta, mas bien que el resentimiento de la corte de Roma, fué causa de que un dia en el puente de San Marcos, cinco asesinos le acometieran á puñaladas. Los autores, que sin fundamento, atribuyen este acto de venganza á Roma, no consideran que sus muchos enemigos personales tenian á su disposicion una porcion de hombres perversos procedentes de Levante, los cuales por unos cuantos ducados vendian su brazo á cualquiera. Sarpi dejó de existir en 1623. El populacho hizo votos sobre su tumba como pudiera hacerlo con un santo, lo que estaba muy distante de ser, pues que ni siquiera era católico cristiano. Enrique IV fué quien, por medio de sus embajadores, descubrió los torpes enredos de Sarpi, poniéndolos en conocimiento del Senado; pero éste, á causa de las cuestiones con Roma, echó tierra á tal negocio; mas á pesar de esto se le habia prohibido el predicar.

Pallavicini, hablando de la *Historia del concilio de Trento*, por Sarpi, le echa en cara mas de trescientos errores en las fechas, en los nombres y en los hechos. En el *Tratado de los Beneficios*, por Sarpi, que fué traducido al francés, se lee la siguiente proposicion, en que el republicano toma un aire fingido de religion: «Las mayores persecuciones que ha sufrido la Iglesia se las han suscitado los príncipes, que ansiosos de dinero, pretendieron apoderarse de sus bienes.» Máxima puesta en práctica por la asamblea nacional, en 1789, y que acreditó en esta parte el hecho histórico mencionado por Sarpi.

veneciano, y el nuncio de S. S. Zacchia, obtuvo una completa satisfaccion.

En 1624, Su Santidad quiso que ningun religioso, exceptuando los de la compañía de Jesus, pudiese ser despedido de su orden á menos de ser reputado incorregible. Asimismo publicó una ley que obligaba á los obispos á residir en sus diócesis, sin exceptuar á los cardenales. Sobre el particular decia el Papa á estos últimos: «Hasta ahora habeis podido excusaros diciendo que el Papa lo sabia y lo consentia; pues bien, no lo consentimos, ni lo permitimos.»

En enero de 1624, Urbano hizo otro nombramiento de cardenales, promoviendo á esta dignidad á su hermano Antonio Barberini, religioso capuchino; á Lorenzo Magalotti, noble florentino, y á Pedro María Saracini, conocido mas adelante por Borghese, resobrino materno de Paulo V, honrando de este modo con gratitud la memoria de este papa, á quien debia el capelo.

Al año siguiente, el Santo Padre celebró el duodécimo jubileo del año santo.

En 25 de mayo del propio año, á solicitud de Felipe III, rey de España y de Portugal, Urbano canonizó á santa Isabel, reina de Portugal, resobrino de santa Isabel, princesa de Hungría, nacida en 1271 de Pedro III, rey de Aragon, y de Constanca, hija de Manfredo, rey de Sicilia. Despues de la muerte del rey Dionisio su marido, se habia encerrado en el convento de religiosas franciscanas de Coimbra.

El Santo Padre, habiendo recibido embajadores del patriarca griego de Constantinopla para reanudar las relaciones entre las dos cortes, les habló en su lengua nativa, que poseia con toda perfeccion, de suerte que de allí, y por alusion á las armas de su blason, le dieron el nombre de *Abeja atica*.

Urbano, gozoso de la terminacion de la guerra de la Valtellina, no cesaba de conceder privilegios á las órdenes religiosas y mantenia con Francia las mas amistosas relaciones. En medio de todas estas tareas, preparaba de antemano un decreto con el cual trataba de ilustrar todo lo posible al sacro colegio de los cardenales, pero este decreto no vió la luz pública hasta el año 1630.

La Inglaterra y España mantenian negociaciones secretas, las cuales eran activamente expiadas por la Francia, en donde el cardenal de Richelieu, bien quisto con la reina María, daba un impulso enérgico á los negocios. Reinaba á la sazón en la Gran Bretaña, Jacobo I, príncipe débil y vano, y que carecia del carácter y penetracion de María Estuart, su madre. Era tan jactancioso, que Rosny, embajador de Enrique IV, le habia oido decir que mucho antes de morir la reina Isabel, era él quien gobernaba en Londres, siendo lo cierto que ni en Escocia, que le pertenecia, siquiera gobernaba, cuanto mas en Inglaterra, que por fortuna se hallaba en otras manos. Poco trabajo le costó á Rosny calcular la fuerza de genio de que tanto se glorificaba el monarca, y como la mision del embajador consistia en hacer entrar al rey en el vasto plan que concibiera Enrique el Grande, ó mejor dicho, Rosny, para abatir el poder colosal de la casa de Austria, atacándola en todos los puntos á la vez, y siendo tales concepciones superiores á la comprension de su espíritu tímido y apocado, Jacobo no solo no quiso acceder á semejantes propuestas, sino que no hizo nada para impedir el vuelo de la casa de Austria, que tendia á la monarquia universal, ni para estar siquiera prevenido para un caso semejante. Sin embargo, en su reinado tuvo algunos arranques de audacia. En 1605, pidió la reunion de las dos coronas, y en su alocucion al parlamento, se expresó con un lenguaje demasiado familiar y casi indecoroso: « La Inglaterra y la Escocia son dos reinos situados en una misma isla; ¿ creo que no podeis permitir que, siendo yo un príncipe cristiano, vaya á caer en pecado de bigamia, viviendo con dos mujeres, y que, no teniendo mas que una sola cabeza, tenga que unirme á un doble cuerpo, y que siendo un solo pastor, tenga que cuidar dos rebaños diferentes (1). » El proyecto en sí no podia ser mas sabio, pero no tuvo efecto.

Jacobo dió un triste ejemplo cuando en época posterior dijo en pleno parlamento que la religion de los papas era un verdadero misterio de iniquidad. Mas adelante solicitó y obtuvo el

(1) El pensamiento era bueno, pero faltaba dignidad y conveniencia en la comparacion.

famoso juramento de pleito homenaje. Los ingleses quedaron muy ufanos, y lo están aun hoy dia (dice M. de Sevelinges), de la noble arrogancia con que declararon en la fórmula de este juramento, que el Papa no tiene el derecho de deponer á su monarca, de relevar á los súbditos de la fidelidad y de disponer de su corona en favor de un príncipe extranjero; doctrina que en nada difiere de la de los católicos mas afectos á sus principios. Las exigencias de las situaciones modernas, la profunda sabiduría de la Santa Sede, y los actos repetidos y espontáneos de los papas de dos siglos á esta parte, introdujeron útiles modificaciones en este sentido en favor de los príncipes católicos, de suerte, que llegó á conseguirse idéntico resultado sin pasar por tantos crímenes.

Pero lo que preocupa á Jacobo en el exterior era la preponderancia de la nacion española.

El príncipe de Gales habia muerto envenenado, segun atestigua Fox, y su hermano y sucesor, nacido en 1600, fué propuesto por esposo de María, hija segunda de Felipe III, porque la mayor, despues de haber estado prometida con el primer príncipe de Gales, casó con Luis XIII. La diferencia de religion parece debia ser un obstáculo no pequeño para esta union; pero Jacobo sacrificó á la política su odio al catolicismo. En su consecuencia, el rey, para llevar á cabo su idea, mandó á su hijo Carlos, de incógnito á Madrid, pero de un modo ridículo y artero. Con este motivo Felipe III afeó la etiqueta española, dando la derecha á un jóven que no ceñia la corona; pero ¡vanos esfuerzos! la Francia estaba alerta y al momento se apresuró á entablar negociaciones con el débil Jacobo, y á pesar de lo prometido á España, se convino entre los gabinetes de Londres y Paris, que el príncipe hijo del rey de Inglaterra, se desposaria con María Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y hermana de Luis XIII. En el propio año en que se terminaron las negociaciones, murió Jacobo, y Carlos subió al trono.

A buen seguro que Roma no habria visto con satisfaccion que el hijo de un rey enemigo y protestante como Jacobo, hubiese contraido una alianza íntima con España, la cual tenia ya bastante oprimida á la corte romana. Además era de

temer que la infanta cediese á las ardorosas instancias que se la harían, para abandonar la fe católica. Estos peligros no se presentaban tratando con la Francia; por el contrario, era muy probable que el rey Carlos se dejase arrastrar por el buen ejemplo de Enriqueta. Así que fué un pensamiento de los mas acertados que tuvo Urbano VIII, el de prestar toda su influencia al proyecto, ó si se quiere, á los zelos ambiciosos de la Francia. El talento y la perspicacia de Urbano nunca querían que los sucesos dependiesen de los azares de la casualidad; así es que instó, suplicó y no dejó piedra por mover, para que Enriqueta pasase prontamente á reunirse con su esposo. María de Médicis habia criado á su hija en medio de los mas vivos sentimientos de piedad y de zelo por la prosperidad y gloria de la Santa Sede. Richelieu tenia aun presentes los honores y favores que se le dispensaron en Roma, y la afectuosa acogida que se le habia hecho en Aviñon, en donde halló generosa hospitalidad; y como la reina María le diese cuenta de los consejos que pretendia dar á su hija, el cardenal satisfecho del buen éxito de su política y determinado á dar una alegría á Roma por el beneficio que habia hecho á la Francia, solicitó de la reina, su protectora, que le permitiese redactar en forma de instruccion, los consejos que habian de ser leidos á Enriqueta, de los cuales guardaria una copia en su mejor cofrecito, á fin de tener siempre á la vista las recomendaciones de su madre en la situacion en que iba á encontrarse la hija de Enrique IV y la hermana del rey de Francia, á la tierna edad de diez y seis años.

Estas instrucciones tienen la fecha de junio de 1625, y han sido extraidas de una coleccion perteneciente á la biblioteca del Instituto, las cuales no se han publicado sino en un catálogo literario que no se ha continuado. María de Médicis fué quien dictó su sentido, pero su consejero íntimo Richelieu las puso en la forma elocuente en que están escritas. Ahora, cualquiera diga al ver el espíritu eminentemente cristiano de piedad y de tolerancia con que están expuestas y comparándolo con los sufrimientos é insultos que sufrió Enriqueta, antes y despues del indigno suplicio de su infortunado marido Carlos I, sino era digna de mejor suerte y acreedora á mas justi-

cia la que siguió al pié de la letra, obedeciendo con resignación, todas sus prescripciones, en las cuales se explican con toda claridad y precision los deberes de una reina para con su esposo, sus súbditos, sus domésticos y consigo misma.

Hélas aquí:

«Hija mía, al separaros de mí, no puedo separarme de vos. Os conservo en mi corazon, en mi seno y en mi memoria, y quiero que guardéis este escrito como un recuerdo perpétuo de mi cariño. En mi ausencia él suplirá mi falta; él os hablará por mí cuando yo ya no pueda hacerlo. Os lo doy en esta última entrevista para que le imprimáis mejor en vuestra mente, y os le entrego escrito de mi propio puño para que os sea mas querido y hagáis mas caso de su contenido en vuestro modo de conducirlos para con Dios, con el rey vuestro marido, vuestros vasallos, vuestros domésticos y vos misma. Os digo aquí á la última hora de nuestra entrevista lo que os diría á la hora de mi muerte, si os tuviese junto á mí.

«Dios es el único padre que teneis en la tierra, el cual no os abandonará jamás puesto que es eterno, y el que os ha dado el sér y la vida. A él debeis el ser hija de un gran rey, y el veros ceñida con la corona de Inglaterra, á donde os destina para que le sirvais y procureis vuestra salvacion eterna.

«Tened presente, hija mía, todos los dias de la vida, que es vuestro Dios y que os ha hecho venir al mundo para que ganeis el cielo y os hagáis digna de su eternidad y de su gloria. El rey vuestro padre ya no existe y solo queda de él un poco de polvo y de ceniza encubierto á nuestra vista. El duque de Orleans, vuestro hermano, tuvo la misma suerte en su infancia; y Dios al arrebatarle tan temprano á la vida, os ha reservado á vos para colmaros de beneficios; pero así como os ha dispensado sus favores, es preciso le esteis plenamente reconocida, pues es justo que los deberes aumenten á proporcion que las gracias son mas relevantes. Guardaos de abusar de ellas, y ya que la grandeza, la bondad y la justicia de Dios son infinitas, emplead toda vuestra alma en adorar su poder supremo, en invocar su infinita bondad y en temer su indeclinable y rigurosa justicia, la que aplica á todos aquellos que se hacen indignos de su gracia. Recibid, hija mia estas ins

trucciones de mi boca. Cada dia en vuestro oratorio empezad y acabad con estos buenos pensamientos, y, en medio de vuestras oraciones, tomad la firme resolucion de conducirnos en el decurso de vuestra vida segun manda la ley de Dios y no como lo exige la vanidad de este mundo, que no es relativamente á nosotros mas que un momento del cual depende una eternidad, que gozareis en el cielo con los justos si obráis bien, ó sufrireis una condenacion eterna con los réprobos si obráis mal.

«Acordaos de que sois hija de la Iglesia, y que es la primera y principal calidad que teneis y debeis tener para entrar en el cielo. Las demás dignidades provenientes de la tierra son perecederas, pero esta vuelve á su origen, que está en el cielo. Dad gracias á Dios todos los dias de haberos hecho cristiana y católica; apreciad este beneficio cual se merece, y considerad que así como esta gracia nos fué otorgada á costa de la sangre y méritos de Ntro. Sr. Jesucristo, así tambien debemos nosotros conservarla aunque sea á trueque de la nuestra.

«Ofreced vuestra alma y vuestra vida al que con su omnipotencia os creó de la nada y os rescató con su bondad y misericordia. Rogadle sin cesar que os conserve siempre el don inestimable de la fe y de la gracia, y que antes que perder estas dos joyas permita que perdais la vida.

«Sois nieta de san Luis, y en este concepto quiero daros las mismas instrucciones que el santo recibiera de su madre, en las cuales le decia que mil veces preferia verle morir antes que ofender á Dios, que es nuestro todo y nuestra vida. Con estas instrucciones empezó á hacerle santo, empleando su vida y su corona en el fomento de la fe y exaltacion de la Iglesia. Manteneos pues imitando su constancia y zelo en la religion que os han enseñado, en cuya defensa vuestro santo bisabuelo espuso su vida y murió santo y fiel entre los infieles y perversos. No deis jamás oidos, ni permitais que en vuestra presencia se diga mal de la religion ó de la fe. El difunto rey Jacobo y vuestro esposo Carlos, nos tienen dadas todas las seguridades en este punto; pero es necesario que por vuestra parte no escaseeis la resolucion ni la severidad, en el caso de que alguno fuese bastante osado en hacerlo, de modo que

sienta que no estais en ánimo de tolerar semejante licencia. En este caso todo el zelo y vigor que empleareis, no estará de mas por el conocimiento que teneis de lo que es necesario para vuestra salvacion. Cuando os hablen de asuntos de religion, remitid su solucion á la Iglesia, y de este modo apreciarán vuestra humildad.

«En cuanto á vos, perseverad en la fe, y para fortaleceros mas en ella, frecuentad la penitencia y con ella el sacramento de la Eucaristía que es el verdadero alimento de las almas justas, principalmente todos los primeros domingos de mes, en las fiestas de nuestro señor Jesucristo y de su santísima Madre, á la que os suplico tengais particular devocion. Viviendo así, obrareis como Dios manda y la fe que llevais impresa, cuya conservacion debeis procurar con mas ahinco que la vida.

«Interesaos con vuestro marido en la proteccion de vuestros súbditos católicos, á fin de que no vuelvan á caer en el triste y lastimoso estado de que han salido, merced á vuestro matrimonio. Sed para con ellos otra Esther, á quien Dios concedió la gracia de ser la defensora y libertadora de su pueblo para con su marido Assuero. Por ello Dios os bendecirá en este mundo, y tomará como á propios vuestros los favores y gracias que hagais recaer en sus personas. No les tengais en olvido, hija mia, porque Dios os envia á una parte de su pueblo que hace años está sufriendo (1). Acojedles con caridad, atendedles y protejedles con eficacia, porque os obliga no solo la recomendacion de las aflicciones que han estado sufriendo, sino la causa de la religion por la que han padecido. De esta recomendacion no es mi ánimo excluir á los que profesan diferente religion, pues basta que sufran para que los alivieis y consoleis en sus infortunios, siendo como sois su reina, y debeis hacerlo en cuanto por este medio les edificaréis, disponiéndolos favorablemente con vuestra caridad á salir del error en que viven, mas por las desgracias del siglo que

(1) ¿Quién habia de decir al final del reinado de Isabel, que tan santas doctrinas serian importadas en Inglaterra de un manera tan solemne, por una princesa destinada á reinar en aquel país?

por su propia voluntad , y dándoles ocasion de convertirse á Dios , de suerte que un dia tal vez os precedan en el reino de los cielos.

«Despues de Dios y de la religion que estableció en el mundo para servirle y operar nuestra salvacion , vuestro primer deber es para con el rey á quien Dios os ha unido con el sagrado lazo del matrimonio. Amadle como á esposo y honradle como rey , sin que el amor disminuya el respeto , ni el respeto el amor que le debeis. Usad con él una familiaridad respetuosa , considerándole como á jefe vuestro , y tratadle con dulzura , humildad y paciencia , haciendo consistir vuestros deseos en los suyos , pues haciéndolo así , Dios os bendecirá en el cielo y en la tierra.

«No debeis abusar del ascendiente que su bondad os otorgue , porque vuestro anhelo debe ser amarle y honrarle , y de ningun modo el *reinar* (1). No hagais nada absolutamente que juzgueis pueda desagradarle , y procurad que vea en vuestros actos un testimonio vivo del deseo que teneis de complacerle. Guardad fidelidad y secreto en los asuntos que guste comunicaros ; así es como debeis portaros con él , con amor sincero , humilde y fiel ; con amor honesto y respetuoso. Pero aun debeis profesarle otro amor , es á saber : un amor cristiano , un amor *de su alma y de su salvacion* , amándole *para el cielo y no para la tierra*. Poseida de tan santo afecto , rogad y haced rogar cada dia para que Dios le ilumine con su gracia y le haga reconocer la verdadera religion , en la que y por la que murió su abuela , cuyos votos son en el cielo lo que ha de ser vuestro mas ardiente deseo en la tierra. Es un designio de la Providencia , que quiere hacer de vos otra Berta (2), hija tambien

(1) ;Admirable y sublime precepto expresado en pocas palabras!

(2) Uno de los sucesos mas faustos y memorables , y que hará época en el reinado de Etelberto , rey de Inglaterra , fué la introduccion del cristianismo entre los anglo-sajones. Dicho príncipe , en vida de su padre Hermenrico , habia casado con Berta , hija única de Cariberto , rey de Paris. Berta trajo consigo un obispo francés á Cantorbery , y poniendo exquisito cuidado en acreditar con su irrepreensible conducta la santidad de su religion , se valió de toda suavidad y dulzura para decidir á su esposo á abrazar el cristianismo ; de modo , que San Agustin , á su llegada al reino de Kent , encontró al rey muy dispuesto á entrar en el gremio

de Francia, y como vos reina de Inglaterra, la que, en fuerza de la santidad de su vida y oraciones, alcanzó el don de la fe para su marido y para la ciudad que pronto os cobijará en su seno; este santo deseo os dará fuerzas para sufrir las impertinencias que se opongan á vuestros goces, porque debéis olvidaros de vos misma para dedicaros enteramente á complacer al dueño á que Dios os entrega; se entiende hija mía en lo que no sea tocante á la religion, porque en este punto debéis ser inexorable, no temiendo decirle que preferís morir antes que variar en nada de la fe católica. Esta firmeza os hará mas apreciable á sus ojos, siendo cierto que si reparase que no temiais en ofender á Dios, fácilmente se persuadiría que con mas razon podeis faltarle á él, que no es mas que su sombra é imágen en la tierra.

«Meditadlo bien, hija mía, y tened presente que de ahí depende vuestra salvacion por una eternidad. El temor de semejante peligro, es el que, lo confieso, me ha hecho temblar al dejaros, y el que á menudo me ha hecho vacilar en la adopcion de esta alianza; pero confio en Dios, á quien ruego os libre de tal riesgo, y no permita que deis oidos á la voz de la serpiente que sedujo á Eva, si intentase seduciros. Confio en su bondad suprema que así será; pero si tal desgracia debiese sucederos, me horrorizo de pensar que tendria que maldecir al fruto de mis entrañas, no pudiendo reconocer por hija á la que no lo fuese de Jesucristo y de su santa Iglesia, fuera de los que no es posible hallar la salvacion y la gracia.

«El amor que profeséis á vuestro marido, os obliga tambien con sus súbditos y con todo el reino; no pongais pues la menor dificultad en hacerles todo el bien posible, mediando en su favor con vuestro marido si necesario fuere, y ya que Dios se digna haceros su reina, por vuestra parte debéis procurar que encuentren en vos una madre. La primera cualidad, os

de la Iglesia. La union de Etelberto con Berta, y principalmente la conversion del rey al cristianismo, fué causa de que se estableciesen las mejores relaciones entre sus súbditos y los franceses, italianos y otras naciones del continente, las cuales sacaron á los ingleses de la grosera ignorancia y de la barbarie en que vivia la raza sajona. El reinado de Etelberto, bendecido de Dios, fué glorioso para él y provechoso á su pueblo.

la dá vuestro himeneo; pero la segunda, debeis adquirirla con vuestra bondad y virtudes. Vuestra nueva posicion os liga á la Inglaterra, por cuyos intereses debeis procurar incesantemente; y como uno de los mas principalés es el estar inseparablemente unida con este reino de Francia, para el que igualmente es de mucha importancia esta union, debeis constituirós en lazo de las dos naciones, contribuyendo en todo cuanto pueda aprovecharles mútuamente. Esta mision os será tanto mas fácil de cumplir, en cuanto no teneis mas que ir continuando la inclinacion y buena inteligencia que felizmente reina entre los dos monarcas, de los cuales, uno es vuestro hermano, y el otro vuestro esposo.

«Lo dicho hasta aquí se refiere á vuestros deberes para con Dios y la religion, para con el rey y el reino, pero falta deciros cuatro palabras sobre las obligaciones con vuestros domésticos y vos misma. Procurad ante todo darles buen ejemplo, para que, movidos por él, no descuiden á Dios y la religion, y que sean de buenas costumbres, porque es muy cierto que si sirven bien á Dios, os servirán á vos del mismo modo, siendo bueno que sepan que vivis en esta creencia, y que no siendo así, no podeis tener confianza en ellos. No tolereis entre ellos individuo alguno vicioso, porque su mal ejemplo os acarrearía la cólera del cielo y el desprecio de los hombres. Tratad bien á vuestros servidores, y no hagais entre ellos otras diferencias que las que se merezcan por su virtud; de este modo os servirán como señora, y os honrarán y querrán como madre.

«En cuanto á vos, hija mia, sed un modelo de honor, de virtud y de modestia, no falteis en vuestro porte á lo que exige el decoro y el pudor, y por fin, que vuestra persona lleve impresa la dignidad de vuestro nacimiento y del rango que ocupais.

«Emplead mucha discrecion en la licencia que el uso ha introducido en el modo de vivir de las damas de Inglaterra, que les sobra de libertad lo que tienen de recogimiento en otros paises. La condicion de vuestro nacimiento debe aumentar vuestro recato en el modo de vivir, haciendo de modo que parezca natural y no forzado. Mostraos oficiosa y, por de-

cirlo así, respetuosa con todos, sin ofender jamás á nadie, procurando darles á entender que la autoridad que teneis sobre ellos es para hacerles bien, y de ningun modo para deprimirlos ni agraviarlos. Desterrad de vuestro lado la murmuracion y las burlas que suelen usarse en la corte de los grandes, porque son dos cosas que amenguan el cariño de los vasallos para con sus príncipes.

«Seria nunca acabar, si quisiese dar rienda suelta á todos los sentimientos que llenan mi corazon y á todas las ideas que bullen en mi mente; pero es preciso que os deje partir para dar lugar á mi llanto, rogando á Dios os inspire supliendo cuanto podria deciros.

«Adios, hija mia, os dejo encomendada á la guarda de Dios y de su ángel, dándoos por protector á Jesucristo, su hijo único, Salvador y Redentor.

«Suplico á la Virgen, cuyo nombre llevais, se digne ser la madre de vuestra alma, en honor de haber sido la madre del Salvador. Adios una y mil veces; sois de Dios y quedad con él, que es el voto mas sincero que hace vuestra madre que os quiere de todo corazon.

«Amiens á 15 de junio de 1625.»

«MARIA.»

Hé aquí el escrito que María Enriqueta llevó consigo á Inglaterra. Roma y Francia hacian votos por el feliz éxito de una mision á la vez santa y política. La prueba de la satisfaccion de Roma se encuentra en el regalo que se hizo á la jóven reina de la *rosa de oro*, perfumada con almizcle, y que el legado Barberini puso en sus reales manos antes de salir de Paris, como una relevante prueba de estimacion y de confianza en las piadosas disposiciones de esta cuerda paloma, encargada de llevar á Londres el olivo de la paz, despues de tantos desastres. ¡Cuán mal informados han andado los historiadores al asegurar que Roma no aprobaba semejante matrimonio! Esta rosa de oro por su perfume y su riqueza, ¿no era, por ventura, el emblema de la dulce alegría y de la prosperidad que se prometia la Iglesia? En el curso de estos anales volveremos á encontrar á la noble Enriqueta, y tendremos ocasion de admirar

su firmeza y la fidelidad y deferencia que siempre guardó á los consejos de su madre.

El Louvre y el Vaticano marchaban á la sazón en tan perfecto acuerdo, que el clero de Francia en una de sus asambleas, en 1626, hizo colocar á la cabeza de una de sus deliberaciones la declaracion que sigue :

«El Papa es el jefe visible de la Iglesia universal, vicario de Dios en la tierra, obispo de los obispos y de los patriarcas y sucesor de san Pedro, en quien el apostolado y el episcopado tuvieron principio, y sobre quien Jesucristo fundó su Iglesia, dándole las llaves del cielo con la infalibilidad de la fe, que sin interrupcion ha pasado á sus sucesores hasta nuestros días.»

Aunque Roma hubiese pensado en refrenar los deseos ambiciosos de Richelieu, las instrucciones dadas á María Enriqueta y la declaracion del clero francés, eran mas que suficientes para tranquilizar á la Santa Sede; y por mas que se haya pretendido suponer en aquel cardenal intenciones de erlgir un patriarcado independiente, del cual se hablará mas adelante, Roma nada tenia que temer del lado de Francia, á no ser bajo el punto de vista de la monarquía universal que Richelieu pretendia realizar, aunque no fué mas afortunado que los insensatos que le han precedido en la concepcion de este proyecto imaginario. Este fantasma suele inquietar de vez en cuando á las naciones, aunque felizmente en comarcas diferentes, y aunque la caída de uno de estos gigantes no intimide á los demás, no obstante siempre les queda un obstáculo que vencer, y este obstáculo es una ciudad con sus murallas casi derruidas, guardada tan solo por ancianos venerables que hablan con calma y con dulzura, y que, por mas que se les veje y atropelle, nunca están separados de una cátedra pequeña desde donde hacen resonar su voz por el universo entero.

En el mismo año de 1626, Urbano confirmó algunas bulas de sus predecesores Pio V y otros, que prohibian enajenar ó dar en feudo cualquier territorio que perteneciese ó debiese reincorporarse á la Santa Sede.

Por este tiempo, Urbano tuvo noticia de que el duque de Urbino, Francisco II de la Róvere, enfermizo, octogenario, en el

que quedaba extinguida su casa, por muerte de su único hijo Federico Ubaldo, habia manifestado intenciones de restituir á la Santa Sede, por medio de una donacion *inter vivos*, el dicho ducado de Urbino, que su casa venia poseyendo durante ciento cuarenta años en feudo tributario de la Iglesia, así que, al momento mandó el Papa se trasladase á dicho punto el cardenal Berlinghieri Gessi, á fin de tomar posesion del principado que comprendia las ciudades de Urbino, Pésaro, Gubbio, Sinigaglia, Fossombrone, San Leo y Cagli, lo que así se verificó. El duque, despues de este acto generoso, del cual parecia arrepentirse, se retiró al castillo de Duranto, que el Papa elevó á la dignidad de ciudad, llamándola Urbania.

El anciano duque no sobrevivió largo tiempo á la consumacion de este acto, que en el fondo no podia ser mas justo, y al morir dejó vacante la plaza de *prefecto de Roma*.

No será por demás dar alguna noticia de esta dignidad, que fundada en tiempo de Rómulo, existió primero que el senado y los comicios, y subsiste hasta nuestros dias. El que estaba revestido de esta dignidad, se llamaba senador ó prefecto, y gobernaba la ciudad, cuando el rey Rómulo salia para la guerra. Bajo el cetro de los reyes, su autoridad fué muy limitada, pero bajo los césares y los reyes de Italia, se hizo temible; y mas adelante la prefectura aumentó tanto en poder y esplendor, que prescindiendo del consentimiento formal de algunos papas, el titular en las ceremonias, tomaba la preferencia no solamente sobre todos los magistrados de la ciudad, sí que tambien sobre los embajadores de las potencias extranjeras. En la época de los viajes de Carlo-Magno, la ciudad quedó sin prefecto durante buen número de años, que fué hasta el de 928. Una sedicion restableció este empleo modificándolo con la adiccion de dos cónsules y dos tribunos del pueblo. Ya hemos visto las deplorables consecuencias de este sistema de administracion municipal que arruinó á Roma por mucho tiempo. Sin disminuir el poder, se trató de cambiar el nombre, como sucede en las revoluciones, y el prefecto se llamó Patricio, nombre de una dignidad del bajo imperio en Constantinopla.

Clemente III restableció el cargo de *prefecto*. Inocencio III, á

pesar de su valor, se vió obligado á nombrar cincuenta senadores; el pueblo cansado de sus cincuenta tiranos, pidió que no hubiera mas que un solo senador. Gregorio XI, á su regreso de Aviñon á Roma, se encontró con que esta última habia restablecido á un *prefecto* que se llamaba Francisco de Vico. La familia de este último conservó este cargo, por usurpacion, hasta 1435. Eugenio IV, por un decreto fechado en Florencia, invistió con este empleo á Francisco Orsini, que, como es sabido, pertenecia á una de las mas principales familias de Roma. Despues, y en beneficio de sus sobrinos, se unió á la *prefectura* el título de general de la Iglesia, como lo habia hecho Calixto III, que dió al prefecto el derecho de llevar una corona; y finalmente, el título de senador fué restablecido (1).

Despues de la muerte del duque de Urbino, el Papa confirió este cargo á Tadeo Barberini, su sobrino, general de la Iglesia.

En estas circunstancias, el papa Urbano pudo felicitarse por un nuevo triunfo de la religion católica. En tanto que los misioneros llevaban á la Abisinia los beneficios de la civilizacion cristiana, Alfonso Mendez, jesuita portugués, último patriarca que penetró en la Etiopía, tuvo la ventura de hacer entrar en la santa Iglesia al emperador Seltan, Sequed Lucinos. Este príncipe convocó, en 1626, á todos los grandes de su corte y á su hijo heredero del trono, y les hizo prometer, en nombre de toda la Etiopía, una firme é inalterable obediencia al papa Urbano VIII.

Inmediatamente Su Santidad escribió á este soberano para felicitarle y decirle mandara de aquella comarca algunos súbditos suyos para entrar en el colegio de la propaganda é instruirlos en las lenguas de Europa, para que luego pudieran regresar á su país, investidos con el cargo de ministros de la religion, destinados á aquellos pueblos abandonados de Dios. Desgraciadamente esta mision fué atacada por los re-

(1) El senador de hoy dia (1847) es el príncipe don Domingo Orsini, nacido en Nápoles, en 25 de noviembre de 1790. Es jefe y presidente del tribunal senatorial, y protege noblemente las artes.

voltosos; el hijo del rey Fuciladaz hizo perseguir los misioneros, y restableció por algun tiempo los antiguos errores. Entonces nuestros religiosos padecieron diferentes veces el martirio, mas no por eso se debilitó su valor.

Hemos visto, anteriormente, que bajo el reinado de Paulo V, los reyes del Congo le enviaron un embajador, que murió en Roma antes de poder prestar obediencia á Su Santidad.

Urbano recibió del mismo país un embajador, Juan Bautista Vives, que fué recibido con la mas cordial benevolencia, y colmado de honores. Este embajador, originario de Lisboa, hablaba con facilidad la lengua portuguesa.

Por este mismo tiempo, Partémio, patriarca de Constantinopla, envió dos diputados, encargados de reconocer la superioridad de la Santa Sede, y de escogitar los medios para establecer una reconciliacion definitiva y estable, entre los latinos y los griegos. Urbano conocia muy á fondo la lengua griega, de manera que sin necesidad de intérprete, pudo por sí solo conducir esta negociacion. Los diputados escucharon con respeto al jefe del catolicismo, que se expresaba con pureza y elegancia en la lengua de Homero, haciéndoles, cuando era del caso, citas de los primeros escritores de la antigua Grecia.

Por un breve de 14 de setiembre del año 1627 (1), el Papa concedió á los mínimos observantes la facultad de celebrar el oficio y la misa de veinte y tres mártires de su orden, degollados en el Japon, á saber: seis padres y diez y siete legos. Seguidamente, por un breve de 15 de setiembre, concedió el Papa á los padres jesuitas (2) permiso de celebrar el oficio y la misa de tres de sus mártires, Pablo Miki, Juan de Goto y Jacobo ó Diego Kizai, martirizados, como los precedentes, en el Japon, por el emperador Taicosima, el 6 de febrero de 1597.

La paz de Italia, tan de corazon amada por Urbano, habia sido alterada con motivo de algunas cuestiones á que dió lugar la sucesion de Vicente, duque de Mántua. Entre los pre-

(1) Constitucion *Salvatoris*.

(2) La misma constitucion *Salvatoris*.

tendientes se contaba Carlos Gonzaga, hijo del duque de Nevers, en Francia, muy favorecido por Richelieu, y aun mas todavía por el papa Urbano. Este pontífice, por ayudar á Carlos, le acordó dispensas que le permitieron desposarse con María, hija del duque Fernando de Mántua, muerto antes que el duque Vicente su hermano. Por esta época precisamente, el gran duque de Toscana, Fernando II, fué á Roma. El santo padre le trató con magnificencia, y le hizo don de la *rosa de oro*.

En 1627, el Papa hizo una numerosa promocion de cardenales, entre los cuales se contaban Pedro de Bérulle, uno de los fundadores del *Oratorio de Jesus*, y Juan Bautista Pamphili, que fué despues pontífice en 1644, bajo el nombre de Inocencio X.

En el año 1628, Urbano concedió á todo el dominio del ducado de Módena facultad para celebrar el oficio de san Conrado Pellegrino, príncipe de la familia de Este, muerto en 1249. Las lecciones de este oficio fueron compuestas por el canónigo de Plasencia, Pedro María Campi; los bollandistas que habian sido aprobados en 1609 por la congregacion de ritos, á propuesta del cardenal Bellarmino, obtuvieron igual facultad.

El Papa, en el mismo año, no perdiendo de vista los intereses de las naciones, y procurando siempre mantener la paz universal, como es deber de un buen pontífice, publicó un jubileo extraordinario con oraciones de *cuarenta horas*, en las tres primeras basílicas de Roma, y en dos iglesias de todas las órdenes religiosas, durante tres dias escogidos de las dos semanas siguientes.

Su Santidad misma, para dar ejemplo, visitó con una gran procesion, la iglesia de *Santa Maria in Trastevere*. Algun tiempo despues, Dios concedió aquella paz que el Papa le habia pedido con tanto fervor.

Los romanos leerán con placer el origen de un hecho que tiene lugar en San Pedro, durante los últimos dias de la semana santa.

Se conservan en la iglesia de Santa Anastasia, y en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, unos pedazos de la verdadera

cruz; Urbano pidió extraer unas partículas bastante considerables, que hizo engastar en una cruz de plata, ornada de piedras preciosas, y en seguida mandó este rico presente á la iglesia de San Pedro, ordenando que esta reliquia fuese puesta en medio de las *reliquias mejores*, y se mostrase al pueblo durante los días prescritos por los breves, despues de la *Santa lanza* y antes de la *verónica sagrada*, con indulgencia plenaria todas las veces que se mostraran las tres desde lo alto de una tribuna interior de la iglesia, que está cerca de la derecha de la silla del primer vicario de Jesucristo.

En 22 de abril de 1629, Urbano canonizó solemnemente á San Andrés Corsini, noble florentino, que tomó el hábito de los carmelitas en el año 1316. Fué despues consagrado obispo de Fiesole en 1360, y acaeció su muerte el 6 de enero de 1373. Eugenio IV, durante su residencia en Florencia en 1440, sorprendido por un célebre milagro que refiere Brocchi (1), y que habia sido obrado por la intercesion de este santo, acordó su culto público, ordenando que se hiciera una procesion á su tumba, en la que se celebraria la misa de la *Santísima Trinidad*. Los bollandistas dicen que entonces tuvo lugar la beatificacion del obispo Andrés. La ceremonia se celebró con tanta magnificencia, que los cardenales presentes opinaron que equivalia á una canonizacion.

Gregorio XIII, en 1583, permitió de *viva voz* que la órden de los carmelitas celebrara la misa y el oficio de este santo, habiendo sido extendido despues este permiso á toda la Iglesia con el rito semidoble; pero, en 1731, Clemente XII, de la familia Corsini, permitió que se celebrara la fiesta con rito doble (2).

En esta época el crédito del cardenal de Richelieu cerca

(1) *Vidas de los santos florentinos*, p. 357 y siguientes.

(2) La vida de San Andrés Corsini, escrita por su sucesor en el obispado de Fiesole, y traducida por el jesuita Juan Pedro Maffei, se encuentra entre las *vidas de los diez y siete confesores de Cristo*, p. 484. En el año 1460, se escribió otra por Pedro Andrés Castagna, carmelita florentino, publicada con notas por el padre Domingo de Jesus, de la misma órden, en el libro de la Actas de la canonizacion de San Andrés. Otra tercera vida ha sido dada por Andres Venturi, y publicada con motivo de la solemne beatificacion de San Andrés Corsini; Roma, 1629.

de Urbano era tal, que el gran ministro osó pedir el capelo de cardenal para su hermano Alfonso, de la órden de los cartujos. A su despecho, y no obstante las instancias sin cuento que procuró hacer apoyado por su hermano, Alfonso Luis du Plessis Richelieu fué relevado de su voto de silencio, y nombrado arzobispo de Aix; dos años despues de Lion; y en seguida creado cardenal con el título de la *Santísima Trinidad del Monte Pincio*. Al nombrarle Urbano declaró que habia acogido con satisfaccion este sujeto para hacerle cardenal, porque tenia la reputacion de ser un hombre muy zeloso por la religion, lleno de ciencia profunda, modelo de pureza en sus costumbres, y mas afecto á los negocios de su diócesis que á todas las intrigas de la corte.

Mateo Flach, que se hacia llamar el *Illyricus* porque era natural de Albona, en Istria, provincia de la antigua Iliria, que Novaes designa como el primer móvil de los centuriatos de Magdeburgo (1), habia publicado en 1557 una misa latina, que él creyó contraria á la doctrina católica; los luteranos la encontraban por otro lado favorable á los católicos, y procuraban hacerla suprimir (2).

En esta misa se encuentra una oracion, de la cual Urbano, variando la forma, hizo la otra célebre *Ante oculos tuos, Domine*; y por la constitucion *Inter primarios*, acordó una indulgencia plenaria á todos los que rezaran esta oracion, visitando la *confesion de San Pedro*, en los dias de la fiesta de la Santísima Trinidad, del Santísimo Sacramento, de la Santísima Virgen, de san Pedro y san Pablo, de otros Apóstoles y de otros santos, todos los viernes de marzo; y para los otros dias del año acordó una indulgencia de siete años, y muchas cuarentenas.

En 10 de junio de 1630, Urbano publicó el decreto que antes hemos indicado, y por el cual quiso elevar aun mas la dignidad de príncipe de la Iglesia: ordenó que los cardenales usaran perpétuamente el título de *eminencia*. Concedió igualmente este título á los tres electores eclesiásticos del Imperio, los electores de Colonia, de Maguncia y de Tréveris, y el

(1) Tom. IX, p. 229.

(2) El cardenal Bona la publicó al fin de su libro *Rerum liturg.*

gran maestro de la orden de San Juan de Jerusalem. Hay quien cree que el cardenal Richelieu tuvo una gran parte en este acto, y que solicitó para sus cólegas este título de *eminentísimo*, que aumenta aun lo ilustre de los electores del soberano pontífice.

En cierta ocasion los cardenales volvieron á ser tratados de *ilustrísimos*, lo cual fué causa de diferencias suscitadas por el dux de Venecia y el duque de Saboya, que no era todavía rey de Cerdeña; porque con motivo del reino de Chipre, sobre el cual ambos pretendian tener derechos, querian ser calificados con el título de *reyes*. Con esta condicion acordaban á los cardenales el título de *eminencia*. Este negocio no tuvo por entonces consecuencias graves, porque Richelieu, que estaba interesado en la cuestion, intervino poderosamente en aquellas circunstancias.

Cuando tuvo lugar la peste de 1630, Urbano expidió varios decretos sobre policía y administracion, contribuyendo con ellos á mitigar los efectos de este azote en la ciudad de Roma; la cual, atendida su poblacion, sufrió menos que la mayor parte de los pueblos de Italia. Por una bula expedida el 25 de enero de 1631, el Papa declaró que habia purgado de muchos errores el breviario romano publicado por san Pio V, y reformado por orden de Clemente VIII; que habia restablecido en los himnos las reglas de la poesía y de la pura latinidad; que habia introducido en los salmos y en los cánticos la puntuacion de la edicion de la Vulgata, distinguiéndose por los asteriscos ó pequeñas estrellas, la pausa que deben observar aquellos que cantan los salmos y los cánticos; que habia hecho coleccionar los sermones, las homilias y las historias sobre los antiguos manuscritos; ordenando que el breviario fuese reimpresso en Roma con aquellas correcciones, con la circunstancia de que Su Santidad estaba pronto á enviar un ejemplar á todo el que quisiera hacer su reimpression.

En el mismo año, Urbano, por consejo del padre Valeriano Magni, célebre capuchino milanés, suprimió las religiosas jesuitas.

Por la misma época, se descubrió en Roma un proyecto atentatorio contra la persona de Su Santidad, urdido por Ja-

cinto Centini, sobrino del piadoso cardenal Felix Centini de Ascoli; acto de locura, seguido de una tenacidad perversa para llevarle á cabo. Jacinto queria ver á su tio sobre la silla de san Pedro. Para esto se dedico á los estudios insensatos de la mágia, resolviendo en su necia maldad, atentar contra la vida del Papa, fabricando una estátua de cera, cuya destruccion debia ser la señal de la muerte del Papa. Todos los cómplices del nigromántico fueron perseguidos y castigados con severidad.

El 12 de enero de 1632, el Papa aprobó la congregacion de las Misiones, instituida el 25 de enero de 1617 por san Vicente de Paul, francés. Su objeto era formar individuos encargados de ir por las aldeas y por los pueblos, para enseñar é instruir en la doctrina cristiana á los aldeanos, á los niños y á los ignorantes. Para este ministerio, los hermanos hacen un voto simple, pero perpétuo.

Esta zelosa congregacion, de la cual el general ha sido siempre francés y ha residido en Paris, calle de San Lázaro, dirigia en Francia gran número de seminarios; sirve la capilla real de Versalles y provee de curas á dos ciudades de que el rey hace su residencia habitual, Versalles y Fontainebleau; y asimismo gobierna espiritualmente la casa de Saint-Cyr y los Inválidos (1).

Estos misioneros no son llamados padres, y sí señores de la Mision: hecho el cuarto voto de permanencia en la congregacion, no pueden ser dispensados de él sino por el Papa ó por el superior general.

El mismo santo habia instituido en Francia, con la señora de Gras, piadosa viuda, la congregacion de las *Hermanas de la Caridad*, cuidadoras de los ancianos, de los niños, de los pobres y de toda clase de enfermos, á quienes el rubor ó cualquiera otra causa impida presentarse en los hospitales.

La religion católica debia temer los progresos guerreros de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, unido al elector de Sajonia y otros príncipes. Su poder inquietaba al emperador, y hasta se

(1) Muchas de sus atribuciones han sido limitadas; sin embargo, la congregacion de misioneros goza de una inmensa consideracion, y presta al Estado, dentro y fuera, los mas importantes servicios.

hizo circular la noticia de que Gustavo entraria con sus armas en Italia.

Durante estas circunstancias, algunos enemigos de la corte romana acusaron á Urbano de tibieza; pero con solo consultar el Bulario romano, se ve que el Papa cumplió noblemente sus deberes. Por la constitucion 354, *suprema*, firmada por treinta y dos cardenales, establece un impuesto sobre todas las rentas eclesiásticas de Italia: las sumas que se recaudaran en tal concepto, debian ser enviadas al emperador para ayudarle en su empresa contra los enemigos de la religion en Italia. Ordenó que iguales impuestos fueran establecidos en Alemania, con el mismo objeto. Es cuanto puede hacer un pontífice para reprimir los proyectos de los perversos.

Entre tanto, los descontentos continuaban acusando al Papa en sus mismos Estados.

El cardenal Gaspar Borgia, encargado de los negocios del rey católico en Roma, con mas intrepidez que respeto, osó en un consistorio, en presencia de todos los cardenales, reprochar á Urbano por su molicie y lentitud, diciéndole que las desgracias que sobrevinieran á la religion católica, debian ser imputadas al Papa: el Pontífice ordenó al cardenal que se reportase, y, por la constitucion 403, *Cum nuper*, declaró que su tolerancia para con Borgia no habia impedido que éste incurriera en las censuras que habia merecido por su temeridad. Estas diferencias afligieron singularmente al sacro colegio.

La posicion de Urbano era muy delicada. Habia recibido de la Francia servicios y muestras de proteccion. Desgraciadamente la Francia, que en su país perseguia á los protestantes, los protegía en los demás reinos. Esta complicacion de intereses habia producido embarazos difíciles de conjurar. El emperador y el rey de España atacaban á Urbano porque tenia mala voluntad contra la Francia: Urbano trataba de conciliar los intereses de la religion con los de un aliado á quien amaba, aunque éste vituperase su doble política. Se podia no querer bien á los hugonotes de Paris, mas no por esto, podia faltarse á sí mismo, siendo amigo de los luteranos de Dresde.

Poco tiempo despues las cosas cambiaron de aspecto.

El 19 de noviembre de 1632, los ejércitos imperial y sueco

vinieron á las manos en Lützen : Gustavo Adolfo fué muerto por una bala de cañon : no existia ya el monarca terror de la Alemania , que meditaba la conquista de la Germania , y que tal vez despues de imponer un yugo formidable á la Iglesia , no hubiera sido ageno al de Francia misma , sueño de ingratitude inexplicable en Richelieu , y la casa de Austria podia confiar en el restablecimiento de su poder. Pero otros príncipes , siempre secundados por la Francia , continuaron la guerra , esperando oprimir á la casa de Austria. Fernando reclamó socorros , y Urbano le mandó una suma considerable de dinero , que fué muy á propósito para atender á las necesidades de la guerra.

La paz de Italia no podia ser duradera mientras existiesen los zelos de dos rivales tan formidables como eran Richelieu en Francia y Olivares en España. Pero el francés fué mas hábil que el español. En esta época (1633) tuvo lugar el proceso de Galileo. Ya , bajo muchos pontífices , habia sido esta cuestion causa de controversia. Tomaremos de M. Leon Desdouits , profesor de física del colegio Estanislao , diversos informes que están consignados en un periódico religioso (1).

Este sábio , tan recomendable por su piedad como por su buena fe , examina un artículo de la *Revista de Dublin* sobre tres obras inglesas : la *Historia de las ciencias especulativas* (2) ; la *Vida de Galileo* (3) y la *Historia de la filosofía* (4).

M. Desdouits no sigue en sus consideraciones al autor del artículo , contentándose con decir algo sobre el examen considerado en sí mismo.

Empieza por establecer que en 1835 , en la lista reimpressa en Roma de las obras prohibidas , no se encontraban ya las que lo habian estado tocante á la opinion de Copérnico sobre el movimiento de la tierra ; á saber : *Copernic , Astunica*

(1) *El universo católico*, tom. XI, número 63, marzo de 1841. Este excelente periódico estaba dirigido por M. Bonnetty, caballero de la orden de San Gregorio el Grande.

(2) Por el R. Win, Worewel; Lóndres, 1837.

(3) Despues el libro de la *Ciencia útil*.

(4) Por el R. Raden Powen, profesor de geometría de la universidad de Oxford; Lóndres, 1857.

y Foscarini, por decreto de 5 de marzo de 1616, bajo Paulo V; mas Copérnico y Astúncia lo estaban solamente, *donec corrigantur* (hasta que sean corregidas). Las correcciones de Copérnico habian sido publicadas en otro decreto de 13 de marzo de 1620, bajo el mismo Paulo V, reduciendo á una simple hipótesis el movimiento de la tierra: no se ha vuelto á hacer ninguna otra edicion con las tales correcciones. Despues de este decreto y de uno anterior de 1619, habia sido incluida igualmente en aquella lista Képler, por su *Epítome Astronomiæ copernicanæ*. Finalmente, en la sentencia pronunciada contra Galileo el 22 de junio de 1633, bajo Urbano VIII, le dió la órden de inscribir igualmente el famoso *Diálogo* del mismo Galileo. Estos cinco libros han sido, sin embargo, borrados de la lista en 1835: los eruditos que tengan las obras de Galileo impresas en Padua en 1744 pueden leer en el tomo IV, publicado con las aprobaciones que entonces se usaban, el *Diálogo entero* con el resto perfectamente intacto, y á mas con algunas adiciones hechas por mano del mismo Galileo, sobre un ejemplar impreso que posee la biblioteca del famoso seminario de aquella ciudad, contentándose á lo sumo con enmendar ó suprimir algunas indicaciones puestas al márgen.

El decreto por el cual habian sido prohibidos ó *suspendus donec corrigantur*, Copernico (1), Astúncia y Foscarini, comprendia igualmente todos los demás libros que enseñaban la misma doctrina (*omnes alios libros pariter idem docentes*); pero cuando se renovó el índice en tiempo de Benedicto XIV en 1578, prescindieron en el decreto de la aprobacion pontificia. De modo que la dificultad está tan poco resuelta, que algunos son de parecer que la enseñanza del movimiento de la tierra debe ser hipotética (2); pero la sagrada congregacion del Santo Oficio, en su asamblea del 16 de agosto de 1820, (hemos sido testigos de estos debates) permitió emplear la opinion afirmativa. El asunto fué examinado nuevamente, y juzgado en la

(1) Las opiniones de Copérnico eran en parte las mismas que las del cardenal de Cusa, que habia expuesto anteriormente el mismo sistema en un libro titulado *De docta ignorantia*.

(2) El cardenal de Cusa y Copérnico habian presentado su doctrina como una *hipótesis*; y despues la habian querido hacer una *tésis*. Permi-

asamblea del 17 de diciembre de 1822, apareciendo un decreto aprobado por el papa Pio VII á tiempo que el conde de Chateaubriand era entonces ministro de negocios extranjeros, por cuyo decreto, los eminentísimos inquisidores generales se conformaban expresamente con el decreto de la sagrada congregacion del *Índice* de 1577, y con el suyo propio de 1820, declarando permitida en Roma la impresion y publicacion de las obras en que se tratára del movimiento de la tierra y de la inmovilidad del sol, segun la opinion comun de los astrónomos modernos, *operum tractantium de mobilitate terræ et immobilitate solis, juxta communem modernorum astronomorum opinionem.*

En el estado actual de la enseñanza de la astronomía no se encuentra contradiccion alguna, segun es tambien opinion del citado M. Desdouits, entre los decretos de Roma y esta doctrina sobre el movimiento de la tierra, lo cual muchas personas parecen ignorar. El autor irlandés, á quien M. Desdouits refuta en este punto, parecia que no habia tenido conocimiento del *decreto de correccion de Copérnico*, decreto por el cual era lícito tratar del movimiento de la tierra como una *hipótesis* que explica el movimiento de los astros de una manera mucho mas acertada que todas las otras opiniones. Hemos creido de nuestro deber dar estos detalles para hacer constar cuán equivocados están aquellos que pretenden que la Roma de Gregorio XVI y de Pio IX persiste en las doctrinas que fueron aplicadas á Galileo en 1633. Gregorio XVI y Pio IX no han alterado en nada el decreto de 1822, aprobados por Pio VII, de manera que al presente ya no cabe discusion en este punto. Las frases que daban un carácter terrible á los acontecimientos de épocas remotas, no son ya para empleadas en nuestros tiempos. Este hecho no puede causar alarma alguna en nuestros dias, ni ofrecer peligro; los astrónomos romanos viven en paz con todos los del universo, de tal

tiendo la *hipótesis* (folletin del *Universo*, 12 de enero de 1847), Roma hacia todo aquello que reclamaban las necesidades de la ciencia, todo lo que podia facilitar su progreso. La trasformacion de la *hipótesis* en *tésis* era entonces completamente inútil á la ciencia, y no la hacia por eso avanzar ni un paso. Ochenta años despues de la muerte de Copérnico, Galileo pretendia hacer esta transformacion.

manera, que sin reparo se pueden discutir los acontecimientos históricos de aquellos tiempos en que no existía la misma concordia entre los sábios.

Hoy dia, con satisfaccion lo repito, reina perfecto acuerdo en el estudio exacto de los hechos, lo cual quiere decir, que se va en busca de la verdad, únicamente de la verdad, rechazando todo aquello que pueda alterar el culto de esta gran reina de la historia.

M. Desdoutis es un hombre que buscaba la verdad, y la encontró. Hablando de aquel autor cuyo trabajo examina, se expresa así: «La página 72 comienza por esta excelente observacion: *Hay pocos sucesos que hayan sido peor tratados y mas mal comprendidos que la historia de Galileo y de su famosa persecucion, no solamente por los escritores enemigos de la religion, sino tambien por aquellos que parecian ser menos hostiles al catolicismo.* »

El crítico irlandés cita por ejemplo á Bernini, que pretende, en su *Historia de las heregias*, que Galileo estuvo cinco años en prision; y á los que, insiguiendo á Montucla, afirman que le sacaron los ojos: la verdad del caso es que al fin de su vida tuvo la desgracia de perder la vista, que no recobró, muriendo á los 78 años de edad. Cita tambien al mismo Montucla quien supone que Galileo estuvo prisionero un año, y á Pontecoulant, el cual refiere que Galileo sustuvo la doctrina de la rotacion de la tierra al rededor de su eje, hasta en las prisiones de la inquisicion, en las cuales jamás estuvo; al inglés Brewster que escribió que Galileo estuvo prisionero durante un año; pero que mas tarde ha reconocido haber sido inducido á error por muchos escritores distinguidos, anteriores á él.

Sin embargo, es evidente que Galileo no fué jamás encarcelado, ni puesto en el tormento, ni sus miembros fueron heridos, y mucho menos sus ojos; mentiras á que no debe darse el mas mínimo crédito.

Cuantos tengan deseos de conocer por documentos originales la verdadera historia de Galileo, no tienen mas que consultar entre otros las *Memorias y cartas que hasta el presente han sido inéditas y esparcidas de Galileo Galilei*, puestas en orden y enriquecidas con notas por el caballero Juan Bautista Ven-

turi, en dos partes, la primera comprensiva desde antes del año 1587 hasta fines de 1616, y la segunda desde 1616 hasta su muerte, ocurrida en 1642 (1). En las treinta y una cartas escritas por Francisco Niccolini, embajador de Toscana en Roma, al baile Andres Cioli, secretario de Estado del gran duque, desde el 16 de agosto de 1632, hasta el 3 de diciembre de 1633, se encuentra asimismo la historia diplomática, día por día, de Galileo en Roma, durante su proceso. Proveniente de Florencia, llegó el 16 de febrero de 1633, y se alojó en la casa del mencionado embajador. A mediados de abril se puso á disposición del comisario del Santo Oficio, quien segun Niccolini, *le hizo una acogida muy benévola, y le designó la propia cámara del fiscal de este tribunal. Se le permite, añade, que su mismo criado le sirva, (Galileo tenia entonces 69 años) y duerma á su lado, que mis servidores le lleven de comer á su habitacion, que pueda venir á mi casa por la mañana y por la noche. El señor Galileo habia vuelto ayer por la noche á mi casa* (2).

Recayó sin embargo una sentencia que condenó á prision á Galileo; pero esta prision era una pura fórmula de palabra, y la pena fué conmutada, en una relegacion al jardin de la Trinidad del Monte, á donde Niccolini le condujo el 21 de junio, tres dias despues de proferida la sentencia.

Seguidamente pasó Galileo de Roma á Siena, hospedándose en el palacio del arzobispo Piccolomini. Finalmente cuando cesó la peste que habia desolado á Florencia, pudo, despues de transcurridos tres meses, volver á su villa de Arcetri, donde le sorprendió la muerte el 8 de enero de 1642. Atiéndase á que damos alguna importancia á esta fecha, 1642. La gravedad del aire no fué descubierta en Florencia por Evangelis-

(1) Modena 1821. En 1807, estando encargado de los negocios de Francia en Florencia, deseé adquirir un retrato de Galileo. Un dia en que me hallaba satisfecho por haber encontrado lo que buscaba, un descendiente de su familia me entregó una cantidad considerable de papeles escritos de mano de Galileo. Quería vendérmelos, no por una suma inmensa, pero sí por una cantidad que yo no poseía. Ojeé estos manuscritos; la escritura era muy menuda y un poco difícil de leer. No dudo que estos manuscritos sean los que el caballero Venturi ha hecho imprimir en Modena.

(2) El 1.º de mayo. Venturi, pág. 174.

ta Torricelli, discípulo de Galileo, hasta 1645, tres años después de la muerte de su maestro. Torricelli observó que el agua no se elevaba en el espacio mas allá de treinta y dos piés, y le ocurrió la feliz idea de que sino ascendia mas (1) era por causa del peso del aire que gravitaba sobre ella. Una vez reconocido el peso del aire, nada mas fácil que calcular que el agua no hace mas que un solo cuerpo con la tierra, rodeada de aire por todos lados, y por esto, puesta en movimiento en un espacio de cielo, lleva adherente consigo al mismo tiempo la masa del aire que la envuelve exteriormente. Nada impide que este aire no siga á la tierra como una cosa que forma un solo cuerpo con ella. Nada de esto es nuevo para nosotros, familiarizados como estamos con el barómetro, en cuyas variaciones vemos todos los dias los efectos de la gravedad.

He resuelto tratar esta cuestion tan completamente como podamos hacerlo en esta sucinta obra, donde tenemos aun mucho espacio que recorrer; sin embargo, continuaremos nuestros razonamientos, con ayuda de los sábios que hemos consultado hasta aquí.

Antes del conocimiento de la *gravedad del aire*, ¿ cómo pudo Galileo conocer el movimiento de la tierra? Si consultamos el único *tratado de astronomia* que la Grecia antigua nos ha legado; si leemos al antiguo Ptolomeo, que floreció en Alejandría en el décimo siglo de nuestra era, encontramos, en el capítulo VII del libro primero de su *Grande sintaxis*, que él consideraba como una cosa ridícula hacer mover la tierra á través de los aires; contra todos los fenómenos que vemos existen en torno nuestro; á pesar de convenir en que, segun el cálculo mas sencillo *κατά την ἀπλούστεραν ἐπιβουλὴν*, los fenómenos celestes se explican por el movimiento de la tierra. Ni Copérnico, ni Galileo, ni persona alguna hasta entonces, podian realmente responder de las innumerables confusiones é inconvenientes con que se objetaba y sostenia que por fuerza debia venirse al suelo, la tierra que se moviera en el aire. Tal era la opinion demostrada por muchos grandes hombres, en el número de los cuales citaremos á Bacon de Verulam, que dice, en el li-

(1) Desdovits, pag. 221.

bro IV, capítulo primero, *De dignitate et augmentis scientiarum* «El movimiento de la tierra de Copérnico, que ha triunfado por que no era contrario á los fenómenos, no puede ser rechazado por los principios astronómicos; pero sí puede serlo por los principios de la filosofía natural, justamente aplicados.

Para probar la validez de la censura lanzada contra Galileo en 1616, es suficiente echar una ojeada sobre el estado de las doctrinas astronómicas de aquella época. Hacer mover, antes del descubrimiento de la gravedad del aire, la tierra á través de los aires, era ciertamente incurrir en un absurdo el mas falso en filosofía, absurdo que entrañaba una porcion de otros absurdos y de falsedades filosóficas. En lo que concernia á la fe, era tambien en este sentido una doctrina contraria á las Santas Escrituras, y formalmente herética y errónea en la fe. Sin embargo, los cardenales se contentaron con calificar estas proposiciones de contrarias á la Sagrada Escritura, y esto lo hicieron solamente con Copérnico, Galileo y sus adictos, porque verdaderamente no pudieron dar una respuesta satisfactoria, ni admitian ciertamente tales consecuencias.

Pero volviendo á Galileo, hay que notar, dice M. Desdovits, que en 1632, ó 1633, despues de la impresion de su famoso *Diálogo*, todas estas falsedades y absurdos adquirieron mucha mas consistencia, pues Galileo, en vez de corregirlos; los acrecentó con su jactancia, vertiendo, con motivo de los fenómenos terrestres, unas explicaciones reconocidamente falsas, que han sido corregidas por los astrónomos contemporáneos. En efecto, para dar un ejemplo, veamos lo que dice en su jornada, IV, pág. 311, edicion de Padua.

«El aire, dice Galileo, como cuerpo desprendido y flúido, no está sólidamente unido á la tierra, ni parece estar en la necesidad de obedecer á su movimiento, á menos que las arrugas de la superficie terrestre no le atraigan, y lleven con ellas una porcion que le es contigua, la cual no pasa mucho la cima de las mas altas montañas; esta cantidad de aire, debe oponer muy poca resistencia á la revolucion terrestre, llena como está de vapores, humos y exhalaciones, materias todas que participan de las cualidades de la tierra, y por consecuencia adaptadas á sus movimientos mismos.»

De aquí viene luego Galileo á la formacion del viento, que hace soplar sin cesar de los trópicos con direccion al Occidente, en tanto que el viento no es en realidad sino la alteracion de la atmósfera, penetrada por los rayos del sol, que la rarifican con su calor, al mismo tiempo que otros aires menos calientes concurren, en sentido contrario, á la rotacion diurna; así es como lo explican hoy dia los astrónomos y los físicos, acordes todos sobre un punto tan importante.

Venturi, ese rayo de luz, heraldo del buen sentido y de la lógica, escritor de Módena, habla de la explicacion dada por Galileo, del flujo y reflujo del mar, por medio de las *oscilaciones que, segun él, debe hacer nacer en las aguas la rotacion diurna de la tierra sobre su eje*, haciendo notar que, *por otro lado los físicos están de acuerdo hoy dia en reconocer que Galileo, en esta parte de sus teorías, estaba completamente equivocado.*

Además de esto, Laplace dice que los descubrimientos ulteriores han confirmado el parecer de Képler y destruido la explicacion de Galileo, que repugnaba á las leyes del equilibrio y del movimiento de los flúidos.

Galileo pretende criticar á Képler, y éste último es quien tiene razon. El mismo Laplace nos da otra prueba de ello, diciéndonos que Galileo, que podia haber adoptado la parte mas ventajosa de las opiniones de Képler, parece que no cenoció su importancia.

Despues de haber examinado cuidadosamente estos hechos, con algunos otros mas, que nosotros podríamos añadir, hemos adquirido la conviccion de que Galileo, en 1632, año de la impresion de su *Diálogo*, no habia encontrado las razones concluyentes para impedir que su doctrina sobre el movimiento de la tierra dejase de ser juzgada absurda y falsa en filosofía y contraria á la Sagrada Escritura, cuya guarda á Roma está confiada. Como quiera que sea, lo cierto es, que no habiendo adelantado su talento hasta concebir el movimiento de la tierra, no á través del aire, sino con el aire, creemos que no era él quien estaba llamado á proponer este sistema astronómico que habria excluido las objeciones terrestres, con lo que era permitido abrazar el suyo, no solo como hipótesis que explicaba los movimientos celestes (cosa que estaba ya decidida

por el decreto dado en Roma en 1620), sino como sistema que, al paso que explica los movimientos de los astros, no arrastra ningun inconveniente terrestre.

A mas, Galileo estaba ligado por una órden de prision, fecha del 26 de febrero de 1616, á la *cual habia prometido obedecer*. A pesar de esto, habiendo dejado de dar noticia de la impresion de su *Didlogo* á aquellos que le habian de aprobar, este olvido le fué justamente imputado como una falta.

Hé aquí ciertamente la verdadera explicacion del proceso de Galileo.

No cabe duda de que estamos particularmente obligados al soberano y grandes dignatarios de Roma, por el sistema de Copérnico: nadie pueda actualmente abrogarse el derecho de negarlo. El empeño de los papas para la reforma del calendario hizo que Copérnico les colmase de alabanzas, y que no se decidiera á publicar su libro sino al cabo de treinta y seis años, en 1643, dedicándolo al papa Paulo III.

Hé aquí pues el verdadero espíritu de esta cuestion. El decreto no fué dado á causa de un orgullo herido, ni por un papa directamente insultado, á quien se llamaba *Simplicio*. Este nombre, aplicado á Urbano VIII, era mas bien una muestra de locura que una sátira. En definitiva, hablando en sentido puramente científico, podíase admitir el movimiento de la tierra tal como Copérnico y Galileo lo afirmaban, es decir, haciéndola marchar á través de los aires, lo cual constituye necesariamente un sistema de falsedades y absurdos terrestres, y además está en oposicion con la Escritura, que ciertamente enseña que la tierra es *estable en su conjunto*, sin que pueda desordenarla el *curso de las revoluciones cotidianas* que se operan encima de ella. Basta examinar el decreto de 1620, para convencerse de que no fué dado por odio á la ciencia en general ni á la movilidad de la tierra en particular, pues en él se permitía adoptarle puramente como una hipótesis, para venir en conocimiento del movimiento celeste.

Es preciso proceder de buena fe, sean cuales fuesen las ocurrencias de los tiempos sobre los cuales se discute.

En aquella época de la fermentacion de las ideas y en que casi en una noche se construyó un cadalso para hacer subir á

él á un rey , hijo de una reina católica , Roma trataba de arreglar con el mayor cuidado las ideas, á fin de que los pensamientos criminales no se propagasen en Italia. No fué pues el orgullo herido el que animó á Roma, fué mas bien el zelo para hacer respetar la autoridad en un asunto que interesaba á la religion. Esta sola mira determinó al Soberano Pontífice á tomar contra Galileo medidas de precaucion, que la dulzura y la *doctrina de perdon*, sin embargo, han templado siempre.

Finalmente, en un punto importante de su *Diálogo*, Galileo estaba verdaderamente unido al partido del error, y el *personaje muy docto y eminentísimo*, es decir, Urbano VIII, ó sea aquél de quien Simplicio reproducia los argumentos, estaba del lado de la razon; pues que la explicacion del flujo y reflujo del mar, dada por Galileo, era falsa, y contraria á la que Képler habia dado, explicando la accion que ejercen sobre el mar las fases de la luna, como lo manifiestan en el mar los movimientos de aquella, correspondiendo á las diferentes posiciones lunares, la cual era única ecsacta.

Veamos ahora como terminó este juicio, segun M. Desdoutits:

«Finalmente, además del descubrimiento de la gravedad del aire, con el cual se han podido resolver las mas grandes dificultades con respecto á los movimientos de la tierra, Venturi hace observar, que, en nuestros tiempos, las cosas han cambiado completamente de faz; que sucesivamente y á un tiempo han sido hechos los descubrimientos de la aberracion de las estrellas, de la perturbacion recíproca del movimiento planetario por Leverrier, de la gravedad debilitada bajo el ecuador, y de la verdadera causa del flujo y reflujo del mar, todas las otras leyes que estan reconocidas acerca de la gravedad universal, y finalmente la velocidad que adquieren los cuerpos graves encima de la perpendicular, hácia el Oriente, y cayendo de lo alto. A estas razones añadiremos nosotros la *paralaxis* (1) anual de las estrellas fijas.»

(1) Paralaxis es el ángulo formado en el centro de un astro por dos líneas rectas vertientes de este punto, la una hácia el centro de la tierra y la otra al punto de la superficie terrestre desde el cual se hace la observacion.

Hé aquí ahora el final del sábio autor del artículo del *Universo*, que antes hemos citado.

«Concluyo diciendo que el sistema de Galileo, sobre el movimiento de la tierra á través de los aires, era á la vez contrario á la sana razon y á la Santa Escritura. La opinion mas comun de los modernos astrólogos sobre el movimiento de la tierra con el aire que la rodea, está justificada por los descubrimientos de la ciencia, y se concilia perfectamente con la Escritura. El Santo Oficio ha podido muy bien, sin contradecirse, condenar el sistema de Galileo, y permitir la enseñanza del sistema moderno.

«Para todo aquél que discurra razonablemente, la conducta de la Iglesia, en este negocio, reveló una sabiduría verdaderamente sobrehumana.

«Pocas religiones sobre la tierra hubieran resistido á la tentacion de condenar y de proscribir absolutamente un sistema que daba un mentís formal al texto sagrado, y que además la razon y la ciencia repulsaban tambien. La Iglesia romana no hizo nada censurable; léjos de eso. Se contentó con advertir á los sábios que el sistema no tenía aun entera certitud, que se encontraba sujeto á mil objeciones, que encerraba mil dificultades capitales, de la cual la mas grave consistia en su oposicion á la Santa Escritura; la Iglesia se defendia, y afirmaba que la verdad no era positiva y absoluta; pero exhortaba á que le estudiasen con avidez, y le adoptasen como hipótesis, á fin de que un dia las dificultades fuesen destruidas y las objeciones resueltas; con objeto de que la hipótesis, constatada por la experiencia, libre y descartada de todo error, de toda duda contra la fe, adquisiese tersura, y despues, en vista de los progresos de la ciencia, la certitud que esta podia darle.

Resumamos esta discusion :

«1.º Roma jamás condenó el sistema del movimiento de la tierra, tal como lo entienden y lo exponen los astrónomos de nuestros dias.

«2.º Lo que fué condenado, fué el sistema de Galileo que era condenable, é igualmente contrario á la fe y á la razon.

«3.º Como hipótesis, la Iglesia lo permitió siempre.

«4.º Hizo mas la Iglesia : patrocinó la *hipótesis*, y á ella debe la ciencia el libro de Copérnico.

«5.º Galileo se permitió imputar los mayores agravios al Soberano Pontífice.

«6.º Galileo fué tratado por el Soberano Pontífice con las mayores atenciones y la mas magnánima clemencia.

«7.º Se ha procurado hacer ver lo contrario. Se ha representado á Galileo como una víctima, como un mártir de la ciencia y de la verdad ; siendo así que cuantos hablan de este modo, no favorecen en nada ni á la una ni á la otra.»

Terminaré con una reflexion, dirigida á los ingleses que me han hecho una objecion, á la cual me suplican que responda. Dicen : « Se ha hecho un doble juego de palabras para alterar el verdadero sentido de este negocio ; Galileo no fué encarcelado, pero sí detenido en una *quinta* ; nosotros creemos que á esto se llama ser prisionero. » No, la quinta de Medicis, sin ser una de las mas grandes de Roma, tiene habitaciones magníficas, situadas en los cuatro puntos cardinales. Se puede habitar sucesivamente en el mediodía, el norte, el levante, y el poniente ; goza y disfruta de tres grandes jardines, como asimismo de un bosque muy espeso. En el año 1633 las dependencias de la quinta eran aun mas considerables.

Cuando los franceses ocuparon á Roma en tiempo del imperio, militar y administrativamente, obtuvieron de la reina de Etruria el cambio del palacio de la Academia en el *Corso*. Entonces sus autoridades civiles hicieron trazar un paseo sobre los terrenos que pertenecian á la quinta, y vendieron sus viñas que se prolongaban hasta la *Puerta del Popolo*, viñas á donde Galileo se marchaba de paseo cuando queria. No se puede juzgar la extension antigua de esta quinta por la que tiene actualmente ; pero sí fuera de desearse que todos los detenidos, excepto los asesinos y ladrones, tuvieran una prision semejante. En definitiva, Urbano VIII, insultado como hombre, en todo este negocio usó de una noble y generosa bondad, imposible de negarse ; á pesar del ridículo, olvidó la injuria, y este género de perdon anunciaba un alma elevada y admirablemente cristiana.

En toda esta cuestion de Galileo, Richelieu guardó un silencio profundo: solamente cuando tuvieron lugar las reclamaciones de la corte de Toscana, pronunció algunas palabras con esta indiferencia, que empleaba en cuanto concernia á una corte gobernada por un próximo pariente de la reina María, errante ya por Europa, y á la cual el cardenal, sin acordarse de sus beneficios, queria hacer conducir á Florencia. Por esto el conde de Avaux, embajador residente en 1632, y el duque de Crequy, que fué enviado con una embajada de obediencia, no figuran en los debates de esta causa.

Richelieu, como todos los grandes políticos, tenia por costumbre no ocupar la atencion de los gobiernos extranjeros, mas que con sus propios negocios; á mas de que, como hemos visto, el clero francés no manifestaba sino disposiciones favorables al Papa. A mayor abundamiento el conde de Olivares no perdía jamás de vista las acciones de Richelieu; y ya veremos mas tarde como el cardenal, por su cuenta, no dejaba de obrar con una prevision mas feliz. Podemos empero asegurar que un solo documento, compuesto por Richelieu, nos enseñará, no solo lo que en estos momentos hizo, sino todo cuanto hizo durante su reinado.

Reducidos á presentar los simples detalles de la historia, diremos que Urbano estaba sumido como nunca en el dolor. La Francia dirigia sus armas contra Flandes para ir en socorro de los holandeses; y no contenta con esta amenaza, que entrañaba un ataque directo contra las posesiones flamencas de Felipe III, se aseguró en Italia de la alianza de los duques de Saboya y Parma, y quiso volver á encender el fuego de la guerra en la Península. Por este tiempo Urbano envió á Paris á Julio Mazarino, ya conocido de Richelieu, que le habia tomado afecto. Las dos cortes de la casa de Austria reclamaron que Mazarino fuese llamado, asegurando que Julio, de concierto con Armando, trataban de encender una guerra universal. En este estado, los gabinetes de la casa de Austria, pretestando hallarse en el último apuro, encargaron al embajador de España, que reclamára en Roma contra el duque de Parma que habia tomado las armas y queria invadir las poblaciones del ducado de Milan. El embajador, con este motivo,

habló al Papa, diciéndole: «*El duque de Parma es feudatario nuestro; y tenéis el derecho, segun nuestra demanda, de privarle de su ducado.*»

Hé aquí las disposiciones que amenazaban á los príncipes soberanos, y lo que es peor, esta vez no eran obra de la cancillería romana; muy al contrario, vemos que eran solicitadas por los monarcas mas poderosos de Europa, el emperador y el rey de España. ¿Hemos de repetir hasta qué punto este derecho de intervencion, que privaba á un príncipe de sus Estados, formaba parte de la jurisprudencia política de aquellos tiempos, es decir, del año 1636?

Urbano no tenia siempre la enérgica decision de Pio V, de Sixto V y de tantos otros pontífices animosos, sus predecesores. Se contentó por tanto con enviar al duque de Parma el vice-legado de Bolonia, encargado de rogar al duque que depusiera las armas. A ruegos de este príncipe, la Francia encargó á su embajador, el conde de Noailles, que se opusiera á todo acto político ó religioso que pudiera inquietar al duque de Parma.

Entonces, ¿quién fué el que suscitó nuevas dificultades al Papa?

Mas adelante lo veremos.

Diferentes causas de discordia habian surgido entre el gobierno pontificio y la república de Venecia, con motivo de los confines de Ferrara. Algunos consejeros imprudentes agriaron á Urbano, con cuyo consentimiento, bajo pretesto de continuar los embellecimientos en la *sala regia*, al lado de la capilla Sixtina, se hicieron desaparecer los ornamentos y las inscripciones que se pusieron con motivo de la paz celebrada en Venecia, entre el papa Alejandro III y el emperador Federico I.

Todos esperaban el rompimiento de las hostiidades contra Ferrara. Pero si alguna vez el gran consejo de Venecia tomó impetuosamente resoluciones prontas y severas, tambien sucedió á menudo que un número considerable de nobles se oponian á estos proyectos violentos, aconsejando con empeño la paciencia y la confianza en la accion del tiempo. El partido de la moderacion prevaleció, y se creyó suficiente declarar que se renunciaba á persistir en toda idea de acomodamiento.

Así fué que, sin estallar la guerra, se suspendieron las operaciones del comercio, ordenando al embajador veneciano, cerca de la Santa Sede, que se abstuviese de toda comunicacion con sus ministros.

Bajo el reinado de Inocencio X, veremos como aquella inscripcion fué colocada donde se encontraba anteriormente. La sagacidad de Venecia habia previsto esta prudente y necesaria reparacion.

El duque de Parma, obrando con menos premeditacion y sin aguardar la llegada del ejército de Luis XIII, que se encontraba á la sazón empeñado en el dificultoso paso de los Alpes, atacó á los españoles. Estos, que tenian en campaña todas sus fuerzas estacionadas en el ducado de Milan, hubieran lanzado, quizá para siempre, al duque de sus Estados, si Urbano no hubiera entonces enviado al campamento español el arzobispo de Imola, con órden de conjurar al duque de Módena, general del ejército español, para que concediese una tregua y en seguida la paz al duque de Parma.

Mientras tenian lugar estas negociaciones, el duque de Crequy, el mismo que hemos visto estar encargado de una embajada de obediencia, y que habia vuelto á Francia despues de haber cumplido su mision; este mismo duque de Crequy, que nosotros encontraremos mas tarde en Roma, en situacion bien distinta, trajo un socorro al duque de Parma, le reprochó por que no le habia esperado, y le obligó á apoderarse de Cremona y del territorio de Lodi. El mariscal de Estrées, embajador de Francia en Roma, quiso intervenir en este negocio. Crequy excitó á de Estrées para que hablase enérgicamente al Papa, bajo un pretexto cualquiera. Estrées no habia aun cumplido todavia con todas las ceremonias, harto largas, que constituyen la existencia oficial de un embajador en Roma. El Papa, no queriendo escuchar palabras harto vivas que pudiesen ofenderle, rehusó recibir á de Estrées en la audiencia que solicitó; y el mariscal, que sin duda no obraba por sus propios impulsos, se quejó á Richelieu, y le pidió su apoyo. No queriendo el cardenal emplear como de Estrées la fuerza, que habia sido rechazada, ni ceder tampoco llamando al embajador, juzgó á propósito tratar directamente este negocio

con el Papa mismo, á cuyo efecto le escribió la notable carta que vamos á reproducir :

«Santísimo Padre :

«No tomo la pluma como una persona que forma parte de los consejos del mas grande rey entre todos aquellos que tienen la ventura y el honor de estar *bajo las ordenes de Vuestra Santidad* ; antes bien, al permitirme dirigiros estas líneas , lo hago como *cardenal de la Santa Sede*, como apasionado por los intereses de la Iglesia , y por todo lo que sea concerniente á la persona y á la casa de Vuestra Beatitud.

«Lo que pasa respecto del mariscal de Estrées, puede traer consigo muy graves consecuencias , y yo faltaria abiertamente á mi deber si no le suplicara muy humildemente, que obre con prudencia , pues de Estrées no ha hecho jamás cosa alguna que no haya sido mandada por el rey. Si sus acciones han sido desagradables á Vuestra Santidad, de S. M., no de él, debe quejarse. Sin embargo, yo creo que su voluntad y su equidad son tales , que darán á conocer que jamás este gran príncipe ha tenido intencion de disgustarle en cuanto sucede , y que, por el contrario, ha tratado mas bien de servirle é impedir que aquellos que en otras ocasiones han ejecutado designios malvados contra la Santa Sede , puedan, durante su reinado, ejecutar proyectos semejantes á los de otros tiempos.

«Vuestra Santidad envió hace dos años á Francia un nuncio extraordinario, con un objeto tan contrario á los intereses de S. M. como favorable á los de los españoles, y habiéndole retirado despues que hicieron público no ser su persona agradable , porque parecia favorecer á la paz pesar suyo ; si Vuestra Santidad persistiera en oponerse á recibir al mariscal de Estrées , en la persona del cual concurren muchas cualidades del todo contrarias á los resultados que la corona de España podia desear ; no habrá persona que no crea, aunque falsamente , que la España conduce artificiosa é insensiblemente vuestra bondad á favorecer los planes en que cada dia se fortifica mas. Aunque yo no pueda dar ascenso á esta suposicion, sin embargo, es de todo punto importante que se sir-

va Vuestra Santidad impedir que se inmiscuya en este negocio, como en tantos otros en que le hubiera costado trabajo dar garantías, dignándose tratar al rey, en esta ocasion, como trata á los demás príncipes que tienen embajadores cerca de Vuestra Santidad. Vuestra Santidad querrá, yo lo aseguro, atestiguar la diferencia que hace entre aquellos que le honran con una veneracion cordial y continua, y los que le tributan solamente testimonios exteriores, cuando sus negocios lo requieren así.

«La piedad del rey invita á V. S. á tal proceder; *su persona os lo suplica*; las circunstancias presentes parecen obligar á Vuestra Santidad, pues que nada puede ser mas contrario á la paz, como el hacer mostrar la division que existe entre su persona y la de todos aquellos reyes que no han tenido nunca mas deseo que el de una estrecha union con la Santa Sede.

«Siendo esto fácil á Vuestra Santidad, tambien le será así mismo glorioso el *conservar poder absoluto que tiene sobre el gran rey*; yo me atrevo á prometerle que el mariscal de Estrées emplearía gran cuidado en servirle y en atender á los intereses de su casa, para ser útil á Vuestra Santidad, en nombre de su señor. Si lo contrario sucediese, yo consiento en que Vuestra Santidad me dé á mí la culpa, á mí, que recibiré otro nuevo motivo de estarle obligado, si se digna admitir esta mi humildísima súplica, sin que sea por consideracion á mi persona, sino por lo que tiene de justa, y por los ruegos de S. M., que no tienen otro fin, ni se dirigen á otro objeto, que á procurar cuanto sea mas ventajoso á Vuestra Santidad y á *toda su casa*. Yo le suplico humildemente que crea en la verdad de cuanto le ha manifestado,

«Santísimo Padre, de Vuestra Santidad, el muy humilde y muy obediente servidor é hijo,

«ARMANDO, cardenal *de Richetieu*.»

Esta vez el cardenal fué vencido, á pesar de su humilde carta. D' Estrées fué en efecto recibido; pero en seguida se vió obligado á partir sin mas satisfaccion.

El 30 de setiembre de 1636, el cardenal Bentivoglio, adicto de todo corazon á la Francia (*geniale francese*), fué admitido co-

mo protector de los negocios de Francia, y en 1637, Mazarino volvió á Roma encargado de una mision. La sola venganza que tomó Richelieu por este disgusto, fué dejar la embajada vacante durante cuatro años.

Durante este tiempo aconteció un hecho que me ha sido revelado por uno de los maestros de ceremonias de Roma. Los embajadores de España buscaban siempre la manera de aumentar sus privilegios, esperando que, de algunos abusos ó *precedentes* reconocidos, sacarian si era menester, muchas ventajas. Existia en Roma una ley llamada *di precedenza*, cuyo uso se remontaba al año 1504, en tiempo de Julio II, por la cual los embajadores de Europa eran llamados para ser colocados en las ceremonias, por el órden siguiente:

El embajador del emperador, rey de los romanos.

El de Francia.

El de España.

El de Aragon.

El de Portugal.

El de Inglaterra.

El de Sicilia.

El de Hungría.

El de Chipre.

El de Bohemia.

El de Polonia.

El de Dacia.

En 1637, los reinos de Aragon, de Portugal y de Sicilia, pertenecian á la España; el reino de Inglaterra no tenia representante; el reino de Hungría habia reunido la Bohemia y la Dacia; el reino de Chipre era reclamado por Venecia. Así es que los doce reinos existentes en 1504 estaban reducidos nada mas que á cuatro. Un embajador de España pretendió cuatro preeminencias; mas no explicando bien su pensamiento, no se comprendia como un individuo habia de querer cuatro banquetas para sentarse él solo. ¿Querian en Madrid tener cuatro embajadores para una misma nacion? En cuanto al de Chipre, reconocer á su embajador como un embajador real, equivalia á dar al dux el título de rey; diósele el título de *secretario regio*, mas de aquí no pasó.

En fin , pusiéronse de acuerdo , y ya que la religion habia tenido pérdidas dolorosas despues de la separacion de Inglaterra , los agentes diplomáticos superiores fueron clasificados del modo siguiente :

Primero el embajador del emperador , despues el de Francia , luego el de España y en seguida el de Polonia (1).

Todas estas consideraciones de preeminencias , cuando son absolutamente dictadas por pequenezes , no pasan de ser una miseria ; pero cuando un espíritu de rectitud , un sentimiento por conservar los derechos , un grave respeto por la historia , dictan un orden y establecen una situacion irrevocable , entonces son útiles , dignas de atencion , y economizan á las cortes que reciben habitualmente un considerable número de representantes , una porcion de embarazos , de disgustos y de minuciosas nimiedades , que siempre dan motivo de discordia , de falsas pretensiones , y de querellas frecuentemente funestas.

Abandonemos la escena política , y volvamos á la religiosa.

Entretanto un padre que estaba en China para aumentar y propagar la religion cristiana , sometió á la Santa Sede , en 1637 , la cuestion de saber , si en caso de necesidad , los legos podrian recibir las confesiones sacramentales. Decia que en caso de responderse afirmativamente con respecto al permiso que solicitaba , no seria aplicado sino en la China , porque esto facilitaria las confesiones de las mujeres , que en el imperio son gobernadas por un régimen rigurosísimo.

No dudando Urbano un momento de la respuesta que darian los teólogos romanos , les sometió esta consulta , que resolvieron diciendo , que el poder y la facultad de oír y absolver los pecados , no ha sido acordado por Jesucristo mas que á los sacerdotes de la Iglesia , en cuya opinion no adoptaron los pasajes del derecho canónico , invocados en favor de la confesion , lícita en parecidos casos (2).

(1) Despues de un sábio artículo del tratado de Viena , los embajadores son considerados por su derecho de antigüedad , esto es , empezando á contarse desde el dia que tiene lugar la recepcion.

(2) Novaes , tom. IX , pág. 248.

Duraban aun en algunos puntos de la cristiandad los altercados sobre la cuestion de la gracia, excitados por Bayo en 1560, y á la sazón renovados por Cornelio Jansenio, obispo de Ipres, nacido el 28 de octubre de 1585, y muerto en 1638.

Urbano renovó las bulas de san Pio V, de 1567, y de Gregorio XIII, de 1579, y condenó, por una bula del 6 de marzo de 1641, el libro intitulado *Augustinus Cornelii Jansenii*, cuyo autor habia empleado veinte y dos años en componerlo, no tanto, decia él, por resucitar la doctrina de san Agustin, desterrada hacia ya quinientos años de las escuelas católicas, cuanto para explicar las opiniones de Bayo y para establecer el sistema que declara, que despues de la caída de Adán, estamos en la necesidad de practicar el bien y el mal; el bien, cuando la gracia es en nosotros predominante, y el mal, cuando la concupiscencia domina en nosotros. Así, siguiendo la doctrina del nuevo teólogo, nuestra voluntad es esclava ó de la gracia ó de la concupiscencia (1), sin que podamos resistir, sino en caso de que la una sobrepuje á la otra, y esto dependeria de la mas ó menos fuerza de la que nos dominara.

Por otro lado, Jansenio establece que Dios ha impuesto al hombre muchos pecados, que no le son posible evitar, pues carece de la gracia suficiente, con la cual podria no sucumbir. Con este motivo, el regente duque de Orleans decia bromeando, que si Dios le hubiera hecho nacer sobre el trono de san Luis, de quien era descendiente, no hubiera permitido entre sus súbditos hombres que, al otro día de una revolucion ó de un atentado, pudieran darle por excusa, siguiendo la doctrina de los jansenistas, que la gracia les habia faltado.

Jansenio, atormentado por los remordimientos de su conciencia, no habia publicado su obra; antes al contrario, muchas veces trató de enviarla á Roma, para someterla al juicio de la Santa Sede. En efecto, escribió á Urbano VIII una carta respetuosa y sumisa; pero antes que mandara esta carta, sucumbió á la enfermedad de la peste; y creyendo que sus partidarios la romperian, declaró en su testamento, que si Roma creia deber hacer algunas alteraciones en el libro sometido á

(1) Novaes, tom. IX, pág. 252.

su exámen, él se prestaba á ello con respeto, protestando que moria como habia vivido, hijo obediente de la Iglesia romana.

Despues de la muerte de Jansenio, algunos de sus partidarios suprimieron la carta (1), sin hablar de la sumision prometida por el autor, y publicaron el libro, que fué impreso la primera vez en Lovaina, en 1640, á cuya edicion siguiéronse otras dos, la una publicada en Paris, y la otra en Roma.

En el mismo año 1640, el libro de Jansenio fué prohibido por el Santo Oficio en Roma; y los jesuitas de Anveres fueron los primeros que declararon la guerra á la doctrina contenida en él, publicando una obra titulada: *Tesis teológica sobre la gracia*.

A pesar de la condenacion de esta obra, hecha por Urbano VIII en una bula publicada en 1642, el autor encontró defensores en la universidad de Lovaina, de la cual Bayo habia sido decano, y Jansenio profesor de Sagrada Escritura. La resistencia de esta academia duró por espacio de ocho ó nueve años. La universidad envió á Roma dos diputados para reclamar contra la bula pontificia, y á Madrid para impedir la publicacion inmediata en la Flandes española.

El rey católico, no obstante estos manejos, ordenó que la bula fuese publicada en el Brabante, y prohibió, bajo penas graves, es decir, bajo la pena de una multa de quinientos florines, por la primera vez, y bajo la de seis años de destierro por la segunda, atacar la bula ú oponerse á su publicacion. Algun tiempo despues se apaciguó la resistencia en los Paisos-Bajos; y sus mismos doctores se hicieron notables en seguida contra el jansenismo, por un gran número de decretos, que demostraron la pureza de sus doctrinas.

Sin embargo, el partido del libro de Jansenio fué defendido por Duvergier de Hauranne, su mejor amigo, conocido comunmente con el nombre de abad de San-Cyran, que murió en 1643, habiendo sufrido diversas y funestas vicisitudes. A este sucedió Antonio Arnauld. Estas doctrinas que habian seducido miserablemente á un gran número de comunidades

(1) Esta carta fué publicada por el príncipe de Condé, despues de la toma de Iprés.

religiosas, de obispos y de personas de todas condiciones, se propagaron en el reino de Francia. Para remediar estos males, de los cuales veremos los efectos bajo los reinados de los pontífices siguientes, Urbano, el 2 de enero de 1644, envió su bula *In eminenti*, que habia publicado el 6 de marzo de 1641, á la facultad de teología de Paris, agregada á la Soborna, ordenando á sus miembros que no aprobasen las doctrinas condenadas en dicha bula.

Esto bastó para que Arnauld defendiera en público el libro de Jansenio, cuya apología escribió, siendo refutada por Hebert, obispo mas adelante de Vabres; y Arnauld quiso justificarse de aquella apología mediante escribir otra, que fué prohibida, en 1647, por el arzobispo de Besanzon, y por el parlamento de Borgoña, en 1648. En fin, Arnauld, hombre, á pesar de todo, de gran mérito, fué hasta su muerte defensor acérrimo de Jansenio. Hablaremos del curso de esta fatal discordia en el reinado siguiente.

El largo pontificado de Urbano proporcionó á sus sobrinos la ocasion de adquirir inmensas riquezas; á medida que aumentaba en edad, aumentaba asimismo el poder del cardenal Francisco Barberini, que con tono imperioso mandaba á su alvedrfo.

Sin embargo, Ranucio y Odoardo Farnesio habian contraído en Roma deudas enormes. De aquí tuvieron origen nuevas diferencias entre Roma y estos príncipes, que sufrieron grandes pérdidas á consecuencia de aquella guerra que ellos habian suscitado.

El 16 de diciembre de 1641, Urbano hizo una promocion de cardenales, entre los cuales se distinguia, sobre todo á causa de su nombre, Francisco María Maquiavelo, noble florentino, primo de los cardenales Barberini, sobrinos del Papa. En cuanto á éste, no parece haber sido pariente del secretario florentino. A esta promocion perteneció Julio Mazarino, nacido el 14 de julio de 1602, que habia sido capitán de infantería, despues empleado en Milan, en ausencia del comisario pontificio, Francisco Sacchetti, y al poco tiempo acompañó al cardenal Antonio Barberini, legado en Lombardía, quien hizo resaltar la prodigiosa habilidad de Julio en

el arte de conducir los negocios. De regreso á Roma, fué canónigo de San Juan de Letran, *vice-notario* del cardenal Barberini, que era vice-canciller, enviándosele mas tarde como nuncio extraordinario á Francia, en donde estuvo dos años.

Siendo vice-legado en Aviñon, se hizo notable por su talento: Luis XIII, que le profesaba gran afecto, le llamó nuevamente á Francia, y bajo la proteccion de este príncipe, Mazarino fué creado cardenal. Cuando ocurrió la muerte del cardenal Richelieu, Mazarino fué nombrado primer ministro de Francia. Los demás detalles sobre su notable vida son ajenos á esta parte de nuestros anales.

Una promocion de cardenales da fácilmente á conocer dos hechos importantes: 1.º, la situacion de los negocios políticos de la Santa Sede, relativamente á algunas potencias, y los grados de favor que obtienen en la distribucion de las grandes recompensas cristianas; 2.º, el espíritu de justicia ó de nepotismo que anima á los pontífices; y que, ó les hace ir en busca de reputaciones bien sentadas, ó prepara á sus parientes refuerzos para el cónclave próximo.

En la lista de los cardenales promovidos, se leia á Ascanio Filomarino, hombre de quien todos los partidos debian aprobar el nombramiento. Despues venian Marco Antonio Bragadino, personaje de una probidad singular, que llevaba un nombre célebre en Venecia. Esta eleccion no solicitada, estaba hecha para mantener las buenas disposiciones del gran consejo.

Octavio Raggi, genovés; porque debia irse con gran tiento en honrar á Venecia y pasar en olvido á su rival.

Raggi era un gran protector de los literatos italianos.

Pedro Donato Cesi, de los duques de Aquasparta. Llegó á la púrpura siguiendo los cargos de la curia romana. Si un ministro pontificio quisiera descartar los prelados que seguian esta vía de penas, de trabajos, y de sacrificios, mereceria mil reproches: esto es precisamente lo que raramente acontece á los secretarios de Estado de nuestros dias.

Jerónimo Verospi, romano, hombre de talento y animoso, que debia ser uno de los soldados de Barberini en el cónclave siguiente.

Vicente Marcelani, hijo de un albañil lombardo. Entró en la órden de los dominicos, donde á impulso de sus jefes y del recuerdo de la profesion de su padre, seguia á un tiempo mismo, los estudios de las ciencias teológicas y los del arte arquitectónico. Era una notabilidad en el trazado de planos, y antes de dársele la púrpura, fué enviado á Malta para inspeccionar los trabajos de las fortificaciones que la Santa Sede hacia construir en esta isla. La órden debe á Marcelani una parte de los bastiones formidables que defienden hoy dia á Malta por otra causa diferente de la religion. La elevacion de Marcelani era un homenaje público que se tributaba á los hombres de talento.

No se diga por lo tanto que si Rafael hubiera sobrevivido, no habria sido nombrado nunca cardenal. ¿Y por qué no, cuando un religioso arquitecto ha obtenido este honor ciento veinte años despues?

Francisco Peretti Montalto, último vástago de la familia de Sixto V. Este nombramiento era equivalente á un acto de gratitud pontificia por la gloria adquirida por este gran papa.

Virginio Orsini, señor romano, hombre sensato, amigo de los pobres, de la célebre familia de aquel nombre y designado como persona apta hasta para el pontificado. Tenia ese instinto ingenioso, que caracteriza á los papas, sobre las reputaciones de virtud, de habilidad, y de una prudente conducta; ese instinto que puede secundar una prevision bien calculada y un género de sagacidad frecuentemente comun en Roma, en donde ha tomado un asiento *como fruto que es del país*.

Julio Gabrielli, noble romano, que disfrutó cuarenta años del capelo. Novaes hace observar que este cardenal era dado con exceso á la economía.

Renaud de Este, de los duques de Módena. Habia seguido la carrera de las armas, de la cual pasó á la milicia eclesiástica (dice Novaes), á instancias de la casa de Austria.

Ningun francés fué promovido á la púrpura en esta creacion. Las diferencias promovidas con motivo del envío del mariscal de Estrées, no estaban aun aparentemente apaciguadas. Pero esto era una gran falta de abandono y negligencia

por los intereses de un gran reino, aunque Richelieu estuviera gravemente enfermo, y se ocupara, según de público se decía, en redactar su testamento, del cual circulaban ya algunas copias más ó menos auténticas. La sagacidad romana dió á todo esto una solución, nombrando al cardenal de Este, el cual fué presentado á la Francia como quien debía ser protector de esta corona: lo fué en efecto, y se le concedieron abadías, grandes pensiones que su noble eminencia convirtió en lluvia de oro, para sostener los intereses y el honor de la regencia de Ana de Austria, y el principio del reinado de Luis XIV.

Un atractivo irresistible ha enlazado á menudo, con los vínculos del amor y de los servicios, la casa de Este y la casa de Francia.

Poco tiempo antes de esta promoción, Urbano había publicado una constitución, que Novaes no menciona, pero que merece sin embargo, ser citada como uno de los actos más enérgicos de este pontificado.

Este acto tendía á preservar de todo perjuicio los derechos de la Santa Sede y de las iglesias inferiores. El Papa restableció en todo su vigor las bulas publicadas bajo Alejandro III, Inocencio III, Clemente VII y Leon X; las cuales debían ser puestas en ejecución desde aquel mismo momento, no obstante la resistencia que quisiera oponer todo emperador, rey, república, ó soberano cualquiera. Si han existido tal vez legados *à latere*, vice cancilleres ó nuncios que hayan autorizado estos perjuicios, cualquiera de estas autoridades han incurrido en faltas, puesto que no podían autorizar ninguna expropiación de bienes de la Iglesia, ni encarcelación alguna de súbditos eclesiásticos. En fin, todo derecho ejercido en nombre de la Santa Sede, es declarado válido, sin ninguna excepción. Esta constitución fué dada en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el año de Nuestro Señor 1641, en 7 de junio, y del pontificado el 18, firmada por M. A. Maraldi.

Nos aproximamos á un acontecimiento que resonará en todas las capitales. En enero de 1642, toda la Europa tenía fija su atención sobre la Francia. La salud de Richelieu declinaba notablemente: ocupábase, según se decía, de redactar su úl-

tima voluntad. Voltaire ha negado la autenticidad del testamento del cardenal, y está completamente equivocado. Fonce-magne le ha contestado victoriosamente en este punto; y el testamento de su eminencia, que este último ha publicado, es auténtico, sin que exista ninguna duda sobre este hecho histórico.

Tuve noticia en Roma de que se conservaba, aunque no fuera fácil dar con ella, una dedicatoria de este testamento, hecha en latin al rey Luis XIII, por el cardenal mismo, que debe existir en las cancillerías de otros países, supuesto que habia sido enviado á Roma por el nuncio monseñor Bagni, arzobispo de Atenas.

Pero, despues de vanas diligencias para hallar este misterioso documento, se ha venido á parar siempre al libro impreso por Fonce-magne, titulado: *Máximas de Estado y testamento político de Armando de Plessis, cardenal duque de Richelieu*, precedidas de una introduccion.

Nos parece muy justo que despues de haber dado al lector el testamento de Felipe II, rival de la Francia, traslademos el testamento de Richelieu, que procuraba amenguar la influencia que la casa de Austria pudiera conservar cerca de los príncipes, y sobre todo en Roma.

Extractaremos únicamente lo que mas interesaba á las relaciones de la Francia con la Santa Sede.

Una de las principales preocupaciones de Roma era vigilar por todas partes en la cristiandad y fuera de ella, á esos autores de *proyectos de monarquía universal*, que mas ó menos no podian llegar al logro de sus miras sin destruir el poder pontificio y su influencia; poder que se mezclaba en todo, porque era impetrado de todas partes. Sin entrar en todos esos milés de detalles, que no olvidaremos tampoco antes de trazar las últimas líneas de esta obra, nos limitaremos por ahora á trasladar algunos hechos del fin del siglo xv y de la primera mitad del siguiente. Roma hacia ya algunos años que no tenia que velar sobre los turcos vencidos en Malta; mas sí sobre Isabel de Inglaterra que, en una mano tenia el *balancin* que la dejó Enrique VIII, y en la otra los deseos ambiciosos de Bruno; y tambien á Enrique IV, excitado por Sully á establecer poco á

poco en Europa un solo estado independiente, el de la Francia; al mismo tiempo debía fijar su atencion en línea paralela (felizmente las líneas paralelas no se encuentran nunca) á saber: en Felipe II, soñando sus falsas glorias, y descubriendo sus grandes faltas y su ambicion insaciable, que fué justamente castigada; y mas tarde, Richelieu, cuyo solo nombre anuncia un brazo de hierro, una voluntad inflexible como una roca, y una série de ideas no interrumpidas, marchando recto á su objeto, siquiera este objeto fuera el mas cruel.

Todos estos avisos, todas estas amenazas, y despues las sumisiones que no inspiraban menos cuidado que la cólera misma, tenian en suspenso la atencion de los pontífices. No era ya el imperio turco el que queria destruir el *don de Dios*, eran sí los emperadores que *ayudaban la misa*, como Carlos V; los reyes que pretendian encargarse de las funciones del Santo Oficio; un protestante (Sully) contaminado aun por una mala semilla, aunque amando y secundando con fidelidad á un príncipe vuelto católico de todo corazon; en fin, un prelado, un *cardenal de la Santa Sede*, como decia él mismo, aspirando á la dominacion del mundo, en nombre de un rey incapacitado. ¿Qué mas faltaba para sembrar la consternacion en Roma? Pero especifiquemos los proyectos de este cardenal, y aunque le disculparemos de todo designio atentatorio á la autoridad de la ciudad santa; á pesar de esto, trataremos de averiguar qué disculpas podria alegar con respecto á los peligros que hubiese suscitado al catolicismo, por haber aspirado á ser el solo árbitro del mundo entero. Creo posible que un gran político emprenda una guerra gigantesca, y tambien le concedo que pueda salir vencedor en ella; pero ¿qué harán de esta gloria los sucesores de este Júpiter terrible? ¿No es muy posible que dejen escapar lo que el inventor de ese solo poder hubiera querido conservar? Bien puede llamarse escribir la historia de Roma, al escribir la parte de aquella en que se encuentra cualquiera individuo que quiso destruirla, como, v. g. Carlos V, ó dejarla indefensa á merced del enemigo mas encarnizado ó atrevido, como á pesar suyo pudo haberlo hecho Richelieu. Las revelaciones que vamos á publicar por la primera vez probablemente, harán ver desde luego á los católicos de todos

los países, que han hecho bien contentándose con admirar á Richelieu pacificando la Francia y la Europa; pero tambien estos actos demostrarán á los ojos del gobierno pontificio los peligros que corre á cada coloso que se eleva para amenazar la Europa. Porque es preciso confesar, que el dia en que no hubiera mas que uno ó dos soberanos, las naciones serian divididas, el Papa seria despojado de sus ciudades, y se diria por todas partes que cada uno *es libre* de tener su patriarca, y de arreglar sus doctrinas canónicas, sin necesidad de salir de su país.

En cuanto al documento que hemos prometido, hé aquí una parte de lo que Richelieu decia en el *testamento político* publicado por Foncemagne:

DEDICATORIA AL REY.

«Tan luego como se dignó V. M. darme parte en el manejo de los negocios públicos, me propuse no olvidar cosa alguna que pudiera depender de mi habilidad para facilitar los grandes designios que abrigaba, tan útiles al Estado como gloriosos á su persona.

«Dios ha bendecido mis intenciones, hasta tal punto que la virtud y la felicidad de V. M. que asombran al siglo presente, serán la admiracion de los venideros; yo creí que los gloriosos sucesos que han acontecido, me obligarian á hacer su historia, tanto para impedir que muchas circunstancias dignas de no perderse jamás en la memoria de los hombres, no fuesen echadas en el olvido, por la ignorancia de aquellos que no pueden saberlas como yo, cuanto con el fin de que el pasado pueda servirles de norma para el porvenir. Poco tiempo despues de haber tenido este pensamiento, me puse á trabajar, creyendo que no era empezar demasiado pronto lo que no debia concluir sino con mi vida. Hé acumulado con cuidado, no solamente la materia de esta obra, sino que á mas he puesto en orden una parte de ella en el curso de algunos años y casi en el estado, en el cual pretendo darla á luz. Reconozco que es todavía aun mas satisfactorio el suministrar materi

para la historia, que no el darle forma; pero no es para mí poco placer representar una parte de aquello que con tanta pena se trabaja. Aunque gustaba de la dulzura de este trabajo, los males y las continuas incomodidades á las cuales la debilidad de mi complexion se encuentra sujeta, junto con el cuidado de los negocios, me obligaron á abandonarlo, por lo muy pesado y largo que se me estaba haciendo.

«Estando reducido forzosamente á no poder hacer en este caso lo que deseo con tanta pasion por la gloria de vuestra persona y la ventaja de vuestro Estado, creo que al menos no podia dispensarme de dejar á V. M. algunas memorias en que aprecio lo mas importante para el gobierno de este reino, haciéndome de lo contrario responsable delante de Dios.

«Dos cosas me obligan á emprender este trabajo. La primera es la creencia y el deseo que tengo de acabar mis dias antes que el curso de los vuestros se termine; la segunda es la fiel pasion que tengo por los intereses de Vuestra Majestad, la cual me hace no solamente desear verle colmado de prosperidad durante mi vida, sino que me impulsa á solicitar ardentemente el tener espacio para ver la continuacion, aunque el tributo inevitable que cada uno debe pagar á la naturaleza me impedirá poder ser testigo de ello.

«Este documento verá la luz bajo el título de *Mi testamento político*, porque está hecho para servir, despues de mi muerte, á la política y á la marcha de vuestro reino, si Vuestra Majestad lo juzga digno, porque contiene mis últimos deseos á este fin, dejando consignado á Vuestra Majestad todo lo mas útil que le pudiera legar, cuando le plazca á Dios el quitarme de esta vida. Estará concebido en los términos mas cortos y concretos que me sea posible, tanto por seguir mi estilo y mi manera de escribir ordinaria, cuanto por acomodarme al carácter de Vuestra Majestad, que siempre ha gustado de que se diga mucho en pocas palabras, haciendo tanto caso de la sustancia de las cosas, que se disgusta de los largos discursos que emplean la mayor parte de los hombres para expresarla. Si me sembra, que aparecerá en estas memorias, puede, despues de mi muerte, contribuir en algo al régimen de este gran Estado, en el manejo del cual vos os dignasteis darme mas parte de la

que yo merecia, me juzgaré en este instante completamente recompensado. Para llegar á este fin , juzgando con razon que el modo con que Dios se ha dignado recibir en lo pasado las resoluciones que S. M. ha tomado con sus mas fieles criaturas, es un poderoso motivo que convida á seguir los avisos que voy á daros para lo sucesivo, empezaré esta obra exponiendo ante sus ojos un cuadro suscinto de todas las grandes acciones pasadas, que le han colmado de gloria , y pueden ser llamadas, con justo título , el fundamento sólido de la felicidad futura de su reino.

«Esta relacion será hecha con tanta sinceridad , á juicio de todos aquellos que sean testigos fieles de la historia de vuestro reinado , que por ella se dará lugar á creer que los consejos que doy á V. M. no reconocerán otro motivo que los intereses del Estado y la gloria de vuestra persona, de la cual será eternamente ,

«Señor ,

«Su muy humilde, muy fiel, muy obediente, muy apasionado y muy obligado súbdito y servidor.

«Armando, cardenal duque de Richelieu.»

Nos contentaremos con presentar un extracto del cuerpo de la obra en los pasajes siguientes :

En el tomo I de la edicion citada, pág. 8, se leen diversos detalles que confirman lo que hemos dicho anteriormente, con respecto al casamiento de Euriqueta María. Las personas de quien habíamos tomado estos datos, habian casi copiado al cardenal.

«El príncipe de Gales se somete á la discrecion de un príncipe que, siendo dueño de su persona , pudo imponerle leyes tales, que no hiciera mas que su sola voluntad , y pasó de incógnito por Francia para ir á desposarse con la infanta de España.

«El rey Felipe III dió la derecha al príncipe aunque no tenia una corona sobre la cabeza. El matrimonio se deshizo, y poco tiempo despues el de la Francia se trató, se concluyó y llevó á cabo, con condiciones *tres veces mas ventajosas para la re-*

ligion, que las que se *proyectaron* proponer en tiempo del difunto rey (1).»

Pasemos á la pág. 105 (Roma habia notado este pasaje), en la que se trata de la capacidad y de la conducta presunta de los obispos nombrados por el rey.

«He visto frecuentemente que las personas mejor nacidas se contienen mas difícilmente en el círculo de sus deberes y tienen menos arreglada su conducta que las demás. Muchos, abrigando este temor, opinan que los doctores de buena conducta, aunque de bajo nacimiento, son mas propios para tales empleos que aquellos que son de mas elevada cuna; pero hay mucho que decir en este punto.»

Hé aquí otras palabras que prueban que Richelieu trataba de buscar un medio conciliatorio entre su doctrina de ministro absoluto y el respeto debido á la corte romana.

«El órden que Dios mandó se observara en todas las cosas, no deja lugar á decir aquí á V. M., que así como los príncipes están obligados á reconocer la autoridad de la Iglesia, á someterse á sus santos decretos y á rendirle entera obediencia en todo lo que concierne al poder espiritual que Dios ha puesto en su mano para la salvacion de los hombres, y aunque así es como debemos honrar á los papas como sucesores de san Pedro y vicarios de Jesucristo, del mismo modo no deben acceder á sus intentos, si quieren llevar su poder mas allá de sus justos límites.

«Si los reyes están obligados á respetar la tiara de los soberanos pontífices, estos están asimismo obligados á conservar el poder de su corona. Esta verdad está reconocida por todos los teólogos; pero existen algunas dificultades para distinguir de la manera precisa la extension y la subordinacion de estos dos poderes.

«En esta materia, no es conveniente creer ni á las gentes de palacio, que miden ordinariamente el poder del rey por la forma de su corona, que siendo como es redonda, no tiene fin; ni á aquellos que, por exceso de un zelo indiscreto, se declaran

(1) En este pasaje se vende á sí mismo el autor de las instrucciones á Enriquetta.

abiertamente partidarios de Roma. La razon deja conocer que no sirven ni los unos ni los otros para resolver estas dificultades, por lo que es preciso acudir á personas doctas, que no puedan equivocarse por ignorancia, y que sean sinceras, tanto que ni los intereses del Estado, ni los de Roma, puedan separarles de la razon (1). »

(1) Esta idea es exacta del todo. Dícese que en 1642 se encontraban papas emprendedores, papas que habian escrito en defensa de sus propios derechos, en algunos puntos á la sazón controvertidos; y el cardenal Somaglia dice que hubo discusion *hinc et inde*. Los reyes se habian visto rodeados de obstáculos nacidos de otra clase de intereses, y los tales principes se daban por contentos con el argumento de la *corona redonda*, que no dejaba de ser un poco ridiculo; añadiendo á aquella, como hacen los emperadores de Bizancio, el globo rematado en cruz ó sin cruz. Pero en el conjunto reinaba una especie de union bastante, y este justo medio, que el gran cardenal, á pesar de que queria mejor los extremos que los medios, aconsejaba con tanta calma. Su justo medio era muy posible, tanto mas, en cuanto Roma, ocupada en otros peligros mas inminentes, severísima en lo concerniente al dogma, se ocupaba de lo demás con circunspeccion, abandonando los buenos argumentos que tiene para creerse una autoridad superior, que de cuando en cuando se deja ver, como hemos visto haber sucedido en la constitucion de 1641, que expresamente citamos, para establecer de una y de otra parte la fuerza de la argumentacion. Durante mucho tiempo se ha adelantado entre discusiones y acomodamientos que á su debido tiempo serán juzgados: se ha procedido de concierto ó sin él durante todo el resto del siglo xvii y una gran parte del xviii. Hasta entonces se habia dejado en paz á la *corona redonda*, pero la *corona redonda* en nada obstante las reglas de proporcion, finió por querer aplastar la tiara, que se compone de tres coronas. Esto era ya demasiado. La resistencia de Roma durante el pontificado de Clemente XIII, fué heróica. En tiempo de Clemente XIV, tuvo lugar una capitulacion y un acto de debilidad, siendo así que pudo haber tenido lugar la organizacion, un acto disciplinario, una explicacion amistosa, un acomodamiento, cosas todas en las cuales Roma, que posee la mas sábia cancellería del universo, sobresale y debe sobresalir. Aquel que no tiene defensa de otro en los peligros fáciles de conjurar, resiste mas fácilmente un ataque brusco: de aquí nacerá una revolucion que abatirá la *corona redonda*, de aquí aquella espada blandida contra la tiara; Pio VI cautivo y muriendo de miseria; luego su sucesor Pio VII, este santo habitante de la tierra, arrastrado como un criminal á traves de la Italia y de la Francia; de aquí una continuacion de malos pensamientos neutralizados por un milagro, á consecuencia del cual Chiaramonti ha sido repuesto en su trono, milagro que en Roma se practicaré siempre que sea necesario. Tal es la modificacion que debe hacerse al juego de palabras *balancin religioso* atribuido al gran cardenal de la Santa Sede. Esta *corona redonda*, tan redonda que nunca concluia, no es útil sea conservada sino cuando se ha hecho firme propó-

En la página 10 del tomo II, Richelieu habla del gobierno de las mujeres; mas lo hace en términos tan poco mesurados, que no creemos conveniente trasladarlos aquí, aunque tienen la ventaja de apoyar las consideraciones que tenemos hechas á propósito de la reina Isabel.

Hemos hablado de una segunda dedicatoria del *Testamento político*, mucho mas enérgica que la otra que acabamos de trasladar, y que nos ha trasmitido Foncemagne, en la cual es de notar un estilo á menudo blando, excepto en el pasaje donde dice: *Si mi sombra, que aparecerá en las memorias, despues de mi muerte, contribuye en algo á reglamentar este gran Estado*, etc. Hé aquí este nuevo documento, de un estilo digno de Tácito, y escrito en la lengua del ilustre analista (1).

sito de no abandonar las saludables doctrinas monárquicas, siempre moderadas, previsoras, pensando en el bien y no en el mal ajeno, que saben limitarse para no ser precipitadas en la sinrazon, en el absurdo, en su propia ruina, á la cual insensiblemente sigue la ruina de los demás. Esto de decirlo todos los dias: *Morirás*, es una estupidez muy miserable; porque el caso está en que no morirá, porque no hay una sola idea política, administrativa, financiera, filosófica á la manera moderna, que pueda y deba zapar la religion. El despotismo ha sido en todos tiempos mal consejero, y un mal consejo es el destructor de la autoridad establecida. Roma, que ha sabido gobernarse bien en todos los desastres que la han sobrevenido, se ha robustecido con ellos. Un genio orgulloso, para triunfar de la resistencia de veinte ancianos, ha atado las libertades galicanas, y espada en mano las ha conducido al pié del capitolio católico. Ese hombre hizo un gran bien sin pensarlo, porque de aquella conducta nació un nuevo orden de cosas, al cual fué preciso someterse. El padre José, este capuchino célebre llamado la *Eminencia gris*, y el gran Richelieu (cuyos dos nombres traslado por el orden mismo con que eran citados en la corte), estos dos ilustres hombres de Estado que presenciarian las escenas contemporáneas, no echarian enteramente á menos unas *servidumbres*, llamadas por antifrasis libertades, y mantendrian en Roma un embajador generoso y enérgico, hombre de talento y de costumbres puras, elegante en sus medales, ajeno al artificio y á la mentira. Estas son las verdaderas *libertades de la Iglesia galicana* que harian valer ante Roma; en cambio de las cuales encontrarian una moral pura, una rectitud acreditada, viendo entonces, para vergüenza de los innovadores, al verdadero Dios que prosigue su marcha, derramando torrentes de luz sobre los oscuros blasfemos.

(1) Lo hemos encontrado en la biblioteca del rey. Está copiado por Brequigny, de un manuscrito de la biblioteca Harleyenne de Londres. (Véase Biblioteca real, núm. 4579, tom. 165). Creemos que esta pieza, extraordinariamente notable no ha sido jamás impresa. Nosotros damos aquí la traduccion.

Se sabe con que avidez las cancillerías extranjeras tratan de procurarse las actas importantes que son atribuidas á los ministros influyentes de Europa. He sido testigo frecuentemente *de esos zelos*, de esos *empeños*, de esas tentativas *de adquisición á cualquier precio* de objetos que pertenecian á Talleyrand, mas como este diplomático habia escrito muy poco, se ha tenido que renunciar á estas pesquisas: existen sí algunas piezas importantes escritas de su mano, pero no es este lugar oportuno de hablar de ellas. Richelieu ha escrito mas. Por otra parte, el padre José, confidente del cardenal, escribia tambien: es muy posible que el pensamiento sea de esta *Eminencia gris*; y siendo así, hay fundamento para creer que Richelieu comprendió y grabó profundamente este pensamiento con su *pluma de bronce*. No podemos menos de decir al lector que le comunicamos este documento con una especie de espanto; sin embargo de que, lo que Roma perseguia entonces, mientras reposaba de las inquietudes que le habian causado los turcos, y de las heridas recibidas de Lutero y de Calvino, lo que Roma temia, era la realizacion de los sueños de la *monarquía universal*. Lo que se va á leer, es algo mas que los rudimentos de esta doctrina pestilente y orgullosa. Por lo demás, procuraremos contemplar con valor estos hachones apagados que estaban preparados para el incendio moral mas horrible que ha podido amenazar al universo.

«DEDICATORIA DEL TESTAMENTO POLÍTICO DE RICHELIEU
A LUIS XIII.

«*Testamento político del ilustrísimo cardenal de Richelieu, dirigido en el momento de su muerte al muy excelente rey de los franceses, Luis XIII.*

«Cercano ya el fin de mi vida, no digo mas que la verdad; este es un instante en que ninguna persona miente. Escucha, ¡oh Posteridad! estas palabras que pronunciadas fuera de la vida, tienen vida sin embargo. Lee este testamento escrito fuera de los tiempos, para que no sea engañoso; escrito en la eternidad, para que nunca perezca.

«Elegido primer ministro de mi rey, me propuse hacer de mi rey el primer rey; queria que el Cristianísimo fuese el mas

poderoso; queria que fuese el primogénito de la Iglesia y de la Europa (1); queria que fuese *justo*, para que concediera al universo sus derechos, y el universo fuera suyo.

« Mi primer pensamiento ha sido la majestad del rey; mi pensamiento segundo engrandecer el reino (2). Encontré la Francia mas pequeña que está ahora. Todo habia decaido, excepto el idioma, que se extendia mas allá de la Francia, y era verdaderamente el idioma francés. Pueblos en otro tiempo nuestros súbditos, negaban esta sujecion al idioma, y eran franceses convertidos en enemigos de los mismos franceses.

« El enemigo se servia de nosotros contra nosotros; los franceses eran á la vez vencidos y vencedores; fuertes á la vez para una gloria extranjera y pérdida suya.

« En el tiempo de mi ministerio he procurado restituir á la Francia los límites que la naturaleza habia prefijado á los franceses y al rey de los franceses; inmiscuir la Francia en Francia, y de restaurar la Francia nueva, donde quiera que veia á la Francia antigua.

« Tres obstáculos se oponian á mis miras: la Francia, su propia enemiga, se perjudicaba á sí misma; tenia en seguida la oposicion de la España, que pensaba hacer del universo una sola casa, si ella hubiera podido hacer de la Francia una parte de esta casa; despues encontraba obstáculos en los pueblos fronterizos, es decir, en los amigos de la España, que eran tales porque no podian ser en manera alguna sus enemigos.

« Para romper estas barreras, empecé por reconciliar la Francia con ella misma, á fin de que el enemigo fuese arrojado; ocupé á la España en sus asuntos domésticos, para que su atencion no se fijara en los agenos; prediqué á los aliados la libertad, y forcé á los no aliados, á pesar suyo, á ser libres.

« Dos males atormentaban á la Francia: la herejía y la libertad (3). Luis ha destruido estos dos males con sus armas y

(1) Expresion casi impía; pero no se podia librar de las bellas imágenes del espíritu de aquella época.

(2) Esto es digno de la elocuencia de los mas hábiles oradores.

(3) Richelieu daba la libertad lejos de él, y se la quitaba á la Francia: la daba donde no le podia traer peligros, y la destruia en donde podia crearle obstáculos.

mis consejos. El primer mal habia adquirido tales proporciones, que en un solo reino habia muchos reinos, admitidos al censo y tolerados por los reyes.

« La religion (1) toleraba apenas al rey legítimo ; doscientas ciudadelas elevadas para establecer la seguridad, eran otros tantos amparos de la rebelion. En cien ciudades se encontraban otras tantas repúblicas (2). La Rochela habia encerrado la religion dentro de sus propios muros, y detrás de ellos esta ciudad mandaba el mar, firmaba tratados con los enemigos de la Francia, en menoscabo de la autoridad real, y para no servir á un solo rey, servia á muchos reyezuelos.

« Ataqué este monstruo temido anteriormente por otros ministros. Sitié la Rochela, y Luis, en una sola ciudad venció á todos los elementos. Seguidamente recobró trescientas ciudadelas en un año, y triunfaba casi todos los dias. Dentro de la misma Francia, sometió otro reino, y se hizo así dos veces rey; y para que nadie dudase de la santidad de su causa, Luis combatió con sus armas (3), y Dios con sus milagros.

« El otro mal de la Francia estaba en la libertad. La dignidad real era bienquista, pero no su poder : los súbditos eran temidos, y cometian varios excesos para hacerse temer mas aun. Se compraba el respeto que de valde era de respetar. Se eludia con oro el castigo de las ofensas que merecian ser penadas de muerte, y hasta se daban pensiones por que no se encontrasen rebeldes. Existia á la vez la libertad de conciencia y la necesidad de crímenes. Se dulcificaba el mal por medio de presentes, y el mal crecia con esta blandura.

« Para remediar este mal, quise que Luis fuese amado y que su justicia fuese temida ; quise que el mando radicase en una sola mano, y la obediencia radicase en todos ; quise que se tuviere amor al rey, pero que este amor no fuese comprado ; quise que el oro fuese la recompensa de la virtud, y no del crimen. He querido que la fidelidad fuese necesaria, y pres-

(1) La palabra religion significa aquí: la pretendida religion reformada.

(2) Los calvinistas vencedores, se declaraban republicanos.

(3) Las armas de Luis, figuran antes que los milagros de Dios. Sea enhorabuena!

cribí la obediencia ciega; en esta parte, quise que los franceses *fuesen casi unos monjes.*»

«Después de haber elevado la Francia, faltaba deprimir la España, que había oprimido á la Francia con repetidos ataques. Dos cosas constituían la majestad de la España: la gravedad de su gabinete y el poder de su reino. El consejo de Madrid era sagrado, porque se le creía compuesto de todos los elementos virtuosos. La religion (1) presidía allí para hacer entrar en todos los negocios la piedad, ó falsas apariencias de ella, y también tomaba asiento en él la sabiduría, que hablaba de las cosas futuras antes que existiesen. La sabiduría se aunaba con la fidelidad, para que no se recelase nada de lo que se hacía hasta que ya estuviera consumado.

«Introduje la perturbacion en la sabiduría de Madrid. Cuando descubrí sus arcanos, disimulé los proyectos venideros para que no los vislumbrasen. Obré el primero, para que ellos no se me adelantasen. Puse objeciones á las cosas ya hechas, para que Madrid no comprendiera lo que restaba por hacer. Quité toda la fuerza á sus consejos, después que hice desaparecer su objeto. Impedí sus proyectos siendo el primero en obrar, y descorrí el velo de lo que era la sabiduría de Madrid en cuanto hice caer el afeite con que se engalanaba.

«La España se aturdió viendo que yo descorría el velo de tramas que ella no había urdido. Divulgué secretos en los cuales no había ella jamás pensado; é hice que hicieran otros lo que ella meditaba hacer. Entonces comprendió que otro poseía el arte científico de que antes era profesora; y se vió precisada á imitar lo que había inventado; entonces Madrid se admiró de que Madrid estuviera en París, y de que París no estuviera en Madrid.

«El otro fundamento de la fortuna española consistía en su poder: era una casa una y múltiple, única y diversa; una partícula del mundo, y un pequeño mundo en esta partícula. Veía siempre el sol en sus posesiones; había encontrado el mundo que Alejandro soñó, y había añadido una cuarta par-

(1) La religion aquí significa la católica, porque es la única que se ha profesado siempre en España.

te del mundo á las otras tres ya conocidas. La España (1), que no podia poblar su patria, deseaba ocupar la Europa. Para llegar á este fin, despojó el Nuevo mundo con objeto de enriquecer el antiguo, y arrojó sobre este tal profusion de oro, que este oro llegó á ser mas raro donde nace que donde se vende. Con este oro habia comprado y corrompido casi toda la Europa. Los pueblos aman este metal ó lo temen. Sirve para crearse amigos, aliados, y comprar esclavos; y no hubo ciudad que la España no socorriese con su metálico, para reclamárselo en seguida: este veneno en ninguna parte ha sido preparado y prodigado con mas complacencia que dentro de la Francia, pues la España creia que, comprada esta, la Europa seria tambien comprada al mismo tiempo. Con este oro se corrompió la fidelidad de los súbditos, se tentó el favor de los nobles, se solicitó la amistad de los herejes, y se compró la fidelidad de aquellos cuya lealtad no le era agradable.

«Con el objeto de extinguir este mal, introduje la division dentro de esta casa *una*, para que no pudiera ya aumentar su poderío. Interrumpí el comercio, porque no fuera dueña de todo el universo: entré dentro de su misma casa, y la encontré vacía, porque en calidad de huésped, vivia en las de los demás. Cien ciudades, siete provincias fueron conquistadas; la Francia aumentó su territorio en una tercera parte de lo que anteriormente tenia, y esta tercera parte la perdió la España. Cada una de estas dos potencias volvió á tener sus antiguas fronteras; pero una de ellas debió renunciar á las nuevas. No solamente he devuelto á la Francia sus fronteras, sino que he hecho anexos de ella á sus vecinos, cuya privacion constituia un tercer mal. Los aliados abandonaban la Francia, porque esta los habia abandonado; tratando de ser amigos de la España, por no ser siervos suyos; se les compraba con promesas, se les prodigaban títulos, y todo esto no era mas que una servidumbre honrosa. He mostrado á la Europa la libertad, cuando la mostré al rey. Presenté á Luis *fuerte*, porque defendia á

(1) La España ha perecido por su deseo de dominarlo todo, pues no teniendo bastantes habitantes para su poblacion, queria dominar mas pueblos.

los demás, *justo* é incapaz de tomar lo que fuera de otro, y *amigo* que dispensaba *gratis* sus beneficios. He hecho ver á Roma que el rey habia hecho para ella, en Francia, un asilo que el universo debia encontrar en Roma. Mostré á la Italia que la Francia queria defender lo que le habia dado, y no volverselo á tomar; á la Alemania, que podia ser libre, si consentia en ser neutral; á los electores hice ver, quien podia ser adjunto á su colegio y quién no (1); á los protestantes, que su libertad y no sus creencias podian causarme satisfaccion. A los catalanes hice ver lo que podian esperar siendo súbditos, visto lo que como amigos habian obtenido; mostré á la Lusitania (Portugal) que tenia un puesto en la Francia, y que para la Francia debia haber un puesto en la Lusitania. Así he corregido los temores del universo, poniendo desnudos á su vista los verdaderos elementos de aquel temor; le enseñé que lo que estaba vencido podia ser abatido; así hice ver al universo que la era de la España habia finido á tiempo que empezaba el siglo de la Francia.

«Continuad, Luis, como habeis empezado. Acabad las victorias que habeis emprendido. Mostrad hasta donde podeis llegar, y en donde os quereis detener. Haced ver cuantos reinos extranjeros están de vuestro lado. Recibid, pues, este libro, que está dictado por vos mismo. Encontrareis en la primera parte *el arte de la guerra*, que he tomado de vos, porque sois un *héroe*! En su segunda parte hallareis *el arte de la paz*, inspirado por vos, porque sois *pacífico*! En la tercera encontrareis *el arte de ser rey*, tomado de vos mismo, porque sois un gran rey! Vereis seguidamente *el arte del ministro político*, que vos mismo me habeis enseñado (2).»

No hemos podido imaginarnos, despues de haber descornado el velo de esta tenebrosa política, con ínfulas de que en ella pueda reconocerse el móvil que algunos suponen en Richelieu

(1) Es de presumir que estas palabras se refieran á alguna proposicion hecha á Richelieu para nombrarle elector, la cual fué rechazada por Su Eminencia.

(2) Estos cumplimientos á Luis, son una adulacion que no debian acudir al pensamiento de un moribundo; pero ¿cree un ministro que puede llegar su muerte?

de fundar por su propio interés un cristianismo nuevo, provisto de sus dignatarios en Francia, bajo la direccion de Armando, primer patriarca de este país, honrosamente reconocido por las *armas de Luis*, acompañadas de los *milagros de Dios*. Esta fantasmagoría del patriarcado, nacida en el reinado de Francisco I, fué, sin grande esfuerzo, bastante bien recibida por la corte romana.

En Francia habia una buena parte de calvinismo; dos contagios diferentes en el órden físico no se declaran jamás á la vez: las herejías esperaban antiguamente la caida de sus antecesores; los espíritus pusilánimes cambiaban una palabra á una doctrina, tomaban un nombre diferente, y apoyándose en cualquier príncipe imbécil, esparcian una pálida luz, que el valor heróico de Roma sabe apagar y extinguir.

Hemos tenido historiadores franceses que sostienen que el arzobispo de Bourges, despues de haber absuelto á Enrique IV, en San Dionísio, se vió embarazado para responder á unos intrigantes de humilde ralea, los cuales le decian: «Vuestra absolucion es buena, conservadla: habeis rendido demasiado homenaje á Roma, al añadir, *salvo su aprobacion*.» El arzobispo no se prestó á esta iniquidad que Enrique no hubiera permitido, y á la cual creemos que el tacto diplomático de Rosny se hubiera opuesto. Hé aquí al presente á Richelieu inculpado; pero este razonador de asuntos á quien acabamos de oír, era harto buen calculista en las meditaciones de la política humana para envolverse voluntariamente en un cúmulo de imposibles absolutos. Harto era oprimir al rey, y hacerle oír una voz de mando que no cedía jamás. Echar por tierra el crédito de un hermano de su soberano, intimidar á los servidores de un príncipe de la familia, arrancar á Luis sus cortesanos uno despues de otro, abatir una de las cabezas mas poderosas del Estado, á un Montmorency, miembro de este antiguo linage que habia siempre figurado en primer término, al lado de los monarcas franceses, con los cuales hasta habia contratado alianzas; excitar á los parlamentos á verter la sangre de los descontentos, aun la de aquellos que podian plausiblemente disculparse, cosa que nunca puede impedirse; todo esto cabe en lo posible, y se verificó realmente; pero atacar el poder de

Roma al mismo tiempo que atacaba el de la España, que desde su *Escorial* ponía en conmoción al Vaticano; llevar, con una audacia inaudita, la turbación y las disensiones á la parte de la Germania que permanecía fiel al Pontífice; inquietar á la Inglaterra que tenía que ocuparse de graves asuntos en su casa, pues los católicos pedían privilegios, y los puritanos querían matar su rey, antes que su religion! Qué resistencia no hubiera opuesto la América española, cuyo espíritu en aquella época puede juzgarse por el que conserva aun, pues que á pesar de tantos trabajos funestos, de tantos escritos y de tantas invitaciones pérfidas, ha manifestado su última resolución diciendo: «La religion católica será la única religion del país; ninguna otra será públicamente tolerada,» lo cual se ha dicho, se escribe, y se practica asimismo en 1847.

No; Richelieu puede ser que amara á Roma, mas que lo manifestó. Gran cosa era ya esta hacha, que cortaba la vida de sus rivales en el poder; Richelieu nunca pensó elevar los cadalsos de Isabel, y á pesar de estar siempre rodeado de guardias por todas partes, sin que le abandonasen un solo instante, rey como era de esa Francia que él había resucitado, atendía perfectamente á las inquietudes de sus amigos y á las empresas de sus enemigos; pero sus guardias, los parlamentos, su verdadero rey, él mismo, no hubieran osado resistir á una excomunion que se hubiese acarreado, á un *entredicho público* lanzado sobre su persona por la misma corte que había visto de rodillas á culpables de un crimen análogo, aunque presentado con distinta forma. Hay pues que convenir en que el calvinismo podia reducir los espíritus impacientes, hostiles á toda autoridad; pero no podia haber opuesto un catolicismo sin cabeza, descansando sobre la salud de un hombre que apenas podia recibir alimento, á quien consumía el trabajo, que apenas dormía, y que conservaba en fin, en su despejado entendimiento, el pensamiento del *scope* que aguardaba; y en cuyo triunfo veía las bendiciones de la historia, aunque precedidas, en verdad, de las maldiciones de sus contemporáneos. Richelieu tenía, en religion, el espíritu justo, casi temeroso; porque las reservas con que procuraba conseguir su *medio*, en el cual especifica lo que puede exigirse y lo que debe respe-

tarse; hacen creer y pensar que aquel hombre no abandonaba nada al azar. Teniendo Richelieu el espíritu justo, no hubiera deseado ser patriarca. Concebimos que una imbecilidad secundaria pudiera aceptar este papel por orden de un príncipe ambicioso; pero no concebimos, que delante de toda la grandeza de Roma, un amo nacido súbdito, que no habia podido superar todas las dificultades, que veía la muerte cerca de sí, abatido por largos insomnios, dejase entrar en su espíritu, para consolarse de mas grandes miserias, y socorrer su existencia atormentada, las angustias, los venenos, los hierros candentes que hubieran en poco tiempo, y por mil vias desconocidas, acabado con esta vida que amaba tanto, y que, desgarrada por otras llagas, se iba aniquilando. Los hombres de Estado de Roma, que hemos consultado sobre esta cuestion, opinan que Richelieu está exento de toda sospecha y de toda reprobacion indirecta, á pesar de tantos acusadores. A mas de todo, el cardenal vivió largo tiempo, y siempre seguro de ser complacido por su soberano, y solo el rencor de la derrota sufrida con motivo del mariscal de Estrées, le hizo proferir las palabras que oimos mas tarde de boca del duque de Crèquy. Persistimos tanto en este punto, porque siempre nos ha preocupado mucho esta cuestion á propósito del *patriarcado*, la cual fué propuesta por un ayudante de campo al cardenal Gregorio, durante la ocupacion de Roma. El cardenal respondió de pronto riéndose de ello, mas al siguiente dia lo hizo con santa indignacion. Despues, estudió los fragmentos de la historia que podian arrojar alguna luz sobre esta extraña alucinacion; y defendió á Richelieu con una energía lógica y espiritual, no viendo en ella, el buen cardenal Gregorio, mas que esta vivacidad que él mismo alababa, y que le hacia al mismo tiempo uno de los auxiliares mas generosos de la Santa Sede, y uno de los ornamentos mas brillantes de la grande Iglesia romana.

Felicitamos pues á la sublime Roma, que recientemente ha tenido ocasion de regocijarse con otro ejemplo de esta fidelidad universal; que es para nosotros, y será para nuestros hijos, el fundamento de un poder eterno.

Tranquilos como estamos, y como lo estuvo en su tiempo

Urbano VIII, respecto de estos peligros imaginarios, acabamos de describir el reinado de aquel pontífice. Su valor no se habia debilitado. El marqués de Fontenay, embajador de Francia, hombre de carácter moderado, y que desde el primer momento comprendió bien á Roma y su carácter conciliatorio, dió al Papa testimonios de amistad, á los cuales respondió Urbano con muestras de un afecto, tanto mas precioso para el Louvre, cuanto que despues de la muerte de Richelieu, ocurrida el 4 de diciembre de 1642, la salud de Luis se debilitó notablemente. Debía morir cuatro meses y diez dias despues de su ministro. Urbano dirigió á M. de Fontenay consejos tiernos y sensatos, sobre la prudencia con que se debía obrar en vísperas de una regencia que debía cuidar de la política y de los intereses de un rey de cuatro años y medio. Entre las luchas continuas que dividian la Francia y la España, parecia que esta última debía obtener la ventaja, pues que estaba gobernada por un rey de treinta y ocho años, que hacia veinte que habia sido elevado al trono; pero este rey de España no mostraba en su carácter mas energía que manifiesta ordinariamente un consejo de regencia. Urbano esperaba, pues, vivir todavía lo suficiente para conseguir mantener la paz entre los dos Estados. Estos pensamientos absorbían todos sus cuidados; la Alemania daba poco que hacer, y era ya indispensable renunciar á proteger en Inglaterra á Carlos I y Enriqueta María, abrumados de persecuciones, y de esos dolores que muchas veces hacen que el hombre desprecie su vida.

En 1643, el Papa tuvo en consideracion que se celebraban un gran número de fiestas, y que los pobres dirigian al gobierno pontificio sobre este particular algunas quejas, que de esta manera el pueblo no podia ganar facilmente su pan, y que los dias de reposo se entregaban al vicio, y sobre todo á la embriaguez: el Pontífice creyó á propósito suprimir muchas de estas fiestas, y firmó la constitucion *Universa*, fechada el 13 de setiembre de 1642, pero no publicada hasta 1643.

Este papa construyó entre Módena y Bolonia una fortaleza de su nombre, llamada *fuerte Urbano*. Fundó el colegio de *Propaganda fide*, que tomó tambien el nombre de Urbano, añadió nuevas líneas de fortificacion al castillo de San Angelo,

por el lado que linda con la ciudad Leonina; hizo construir la bella fuente de la plaza de España; y se le debe tambien la fuente que hay cerca del palacio Barberini á la parte que mira hácia la *Trinidad del Monte*.

Entonces se concluyó un tratado de paz, por mediacion de la Francia, entre el papa Urbano VIII, el duque de Parma, Eduardo Farnesio, y los príncipes *coaligados* de Italia.

El preámbulo de este tratado anuncia las intenciones ordinarias de los pontífices:

«La santidad de nuestro señor el Papa Urbano VIII, habiendo siempre, con cuidados paternales y zelo benigno, deseado y procurado, por muchas acciones y medios, la concordia y union entre los príncipes cristianos, y la tranquilidad y reposo entre los pueblos siempre ávidos de ella, ha visto con extremo disgusto los actos que les han precisado á tomar las armas, y á sus súbditos temporales envueltos en las penas y trabajos, de las cuales ha tratado y trata, con tanto afan como ardor, de librar á los de los demás príncipes cristianos.»

En aquella época se pagaban todavía rescates, pues el artículo IX trae:

«Todos los prisioneros hechos en esta guerra, ó por causa de ella, serán recíprocamente cangeados y devueltos por una y otra parte, sin que estén obligados á pagar ningun rescate por su libertad.»

A poco se firmó un tratado suplementario. El artículo VII trae: «Todos los zelos y desconfianzas que puedan causar sospechas y rencores, cesarán por una y otra parte.» A este objeto se debian demoler las fortalezas construidas por las necesidades de la guerra.

Estos tratados fueron firmados por el cardenal Donghi, plenipotenciario del Papa, y el cardenal Bichi, plenipotenciario de la reina regente de Francia; por Juan Nani, encargado con poderes de Venecia; por Juan Bautista de Gondi, ministro de Toscana; y por Hipólito Tassoni, ministro de Módena.

La paz estaba terminada, y Urbano que pensaba gozar de sus beneficios, cayó enfermo. Bien pronto conoció que el mal era incurable: demandó los socorros de la religion, y murió el 7 de julio de 1644, á la edad de setenta y siete años, des-

pues de haber gobernado la Iglesia veinte y un años menos siete dias. Fué enterrado en el Vaticano.

Urbano habia enriquecido á sus parientes. Novaes asegura haber leído una relacion manuscrita de la muerte de Urbano, en que este papa, antes de morir, manifestaba su pesar por esta prodigalidad, y en la que su sobrino, el cardenal, le ofrece generosamente devolverle estos bienes.

Leemos en Feller: «La moderacion y la prudencia de Urbano se hicieron particularmente notables en el negocio de Galileo, pues no se ocupó sino en reprimir el genio dogmático del físico, sin curarse para nada de su opinion como hipótesis astronómica. El mismo Galileo encomiaba el buen proceder de este papa, que siguió en este punto la misma conducta de Paulo V». Esto decimos en apoyo de la discusion que hemos sostenido antes relativa á este negocio.

Los versos latinos sagrados de Urbano han sido impresos en Paris, en el Louvre, en folio, bajo este título: *Maffei Barberini Poemata*. Hay además sus poesías italianas, Roma, 1640, en 12.º, compuestas de setenta sonetos, dos himnos y una oda, cuyas diferentes obras gozan de gran reputacion. Cualesquiera que sean las prevenciones que muchos autores han tenido contra Urbano, fué éste un gran papa, y se le debe contar entre los mas ilustres pontífices. Los actos de su pontificado son grandiosos; sus vastos proyectos traen á la memoria los planes de Sixto V, Paulo V y Gregorio XV, á los cuales parecia haber tomado por modelo, y á los que procuró parecerse, tanto como la índole de su carácter y la fuerza de su espíritu se lo permitian.

Su pontificado fué altamente fecundo en monumentos numismáticos.

Empezaré por dar la explicacion de mis tres medallas.

VRBANVS VIII PONT. MAX. La figura de Urbano VIII con la cabeza descubierta.

1.ª RESERAVIT ET CLAVSIT. AN. IVB. MDCCXXV. «Ha sido abierta y cerrada, el año del jubileo de 1625.» La puerta santa, cerrada en el año del jubileo. Varias veces hemos visto ya este tipo bajo los papas anteriores.

2.ª S. PETRVS PRINCEPS APOSTOLORVM. «S. Pedro, principe de

los Apóstoles.» AN XVII. La figura de san Pedro aureolada ; tiene las dos llaves.

3.^a TE MANE TE VESPERE. « *Te imploro mañana y noche.* » El Papa, arrodillado delante el arcángel Miguel, que trae el casco puesto y tiene en la mano derecha una balanza y en la izquierda una cruz ; á los piés del Papa la tiara. El Papa habia sido creado el 29 de setiembre, dia de san Miguel, y tenia una gran devocion á este Arcángel.

Vamos á describir las medallas que encuentro en Molinet, que ha conocido un gran número.

1.^a FACIT MIRABILIA MAGNA SOLVS. « *El solo hace cosas grandes y admirables.* » La escena de la transfiguracion : Jesucristo sube al cielo ; á derecha é izquierda dos Apóstoles ; al pié de una montaña , tres discípulos que consideran esta maravilla con admiracion.

2.^a FIAT PAX IN VIRTUTE IVA. « *Que tu valor haga la paz.* » 1624. La Justicia, sentada, tiene en la mano derecha una espada desnuda, y en la izquierda una balanza. Esta medalla simboliza la paz concluida entre la España, el ducado de Saboya, y la Francia.

3.^a PONAT FINES SVOS PACEM. MDCXXV. « *Que establezca la paz en las fronteras.* » Alusion á la paz que se esperaba el año del jubileo 1625. El Papa, de rodillas, rodeado de cardenales y obispos, cierra la puerta santa.

4.^a RESERAVIT ET CLAUSIT. AN IVB. « *La ha abierto y la ha cerrado el año del jubileo 1625.* » La puerta santa cerrada. Esta medalla ofrece algunas otras circunstancias que no tiene la del número primero.

5.^a ORA PRO ME BEATA MARTINA. « *Santa Martina, ruega por mí.* » Estas palabras están grabadas en el campo, sin ninguna figura.

Bajo el reinado de Urbano se encontró el cuerpo de santa Martina cerca del arco de Séptimo Severo. Entonces se acuñó esta medalla, que fué distribuida por el papa. Urbano mismo compuso el oficio en honor de esta mártir.

6.^a TRANQVILLITAS REDVX. « *La tranquilidad devuelta.* » Una mujer sentada tiene una rama de olivo. Medalla acuñada con motivo de la paz.

7.^a HOMINIBVS BONÆ VOLVNTATIS. «A los hombres de buena voluntad.» ROMA. Dos peregrinos de rodillas delante de la puerta santa.

8.^a CONSECRATA S. PETRI BASILICA. «La basílica de San Pedro consagrada.» Despues de terminados en esta basílica los embellecimientos que se habian mandado hacer, Urbano la consagró el 18 de noviembre de 1626 y colocó una inscripcion concebida en estos términos: *Urbano VIII, soberano pontífice, consagra con esta ceremonia solemne la basílica del Vaticano, fundada por Constantino el Grande, dedicada por el bienaventurado Silvestre, y elevada en la forma de un templo vastísimo por la magnificencia religiosa de muchos pontífices.*» En medio del campo, una cruz rodeada de rayos de luz.

9.^a S. PETRI BASILICA CONSECRATA. «La basílica de San Pedro consagrada.» El Papa, revestido de los hábitos pontificios, y rodeado de cardenales y prelados, consagra el templo. En el exergo, *Roma*. Algunos miembros del clero están de rodillas.

10. ECLESIE B. VIRGINIS CONCEPTÆ P. O. IACTO LAPIDE. «Colocacion de la primera piedra de la iglesia dedicada á la bienaventurada Virgen de la Concepcion. El Papa, rodeado de cardenales puestos de pié y de prelados de rodillas, coloca la primera piedra.

A peticion del duque de Nevers y de Mantua, el Papa creó una órden llamada de la *Concepcion de la bienaventurada Virgen Maria*. Despues el Pontífice, por complacer á su hermano el cardenal de San Onofre, que habia formado parte de la órden de capuchinos, colocó la primera piedra de una iglesia que habia de servir para estos, la cual, bajo la regla de San Agustin, fuera la principal ó primada de la órden de la Concepcion. La iglesia debia estar bajo la advocacion de san Miguel y san Basilio.

11. BEATO ANDREA INTER SANCTOS RELATO. «El bienaventurado Andrés colocado entre el número de los santos.» En el exergo, *ROMA*. El Santo Padre, sobre su trono, lee el acta de la canonizacion de san Andrés Corsini. Encima, el Espíritu Santo. Se divisa la confesion de san Pedro, delante de la cual está colocado el trono. Se reconocen distintamente dos de las columnas de bronce que sostienen el altar mayor, tal como se ven en el dia.

12. INSTRUCTA MVNITA PERFECTA. «*La fortaleza guarnecida, aprovisionada y perfeccionada.*» La tumba de Adriano convertida en castillo de San Angelo, con sus fortificaciones. En el exergo: M. DCXXIII. ROMA ; partido en dos cuarteles un escudo con las abejas de Barberini colocadas como las flores de lis francesas, dos arriba y una abajo.

13. ELISABETH REGINA LVSITANIÆ A DEO SANCTIFICATA. «*Isabel, reina de Lusitania (Portugal), santificada por Dios.*» La figura de Isabel, coronada con una aureola en la cual se leen las tres últimas palabras de la inscripcion. Leon X habia concedido los honores sagrados á esta santa princesa, y permitido que se la celebrase fiesta, pero solo en la diócesis de Coimbra. La medalla es de forma oval, y parece estar destinada á ser suspendida de un rosario. Esta reina distribuia panes á los pobres: encontrándose un dia con su esposo Dionisio, el cual quiso ver lo que ella llevaba, hallaron que el pan se habia convertido en rosas. Despues de la muerte de Dionisio, santa Isabel entró en la órden de las clarisas.

14. HINC RE PERFECTO. «*Perfeccionado por razon de utilidad.*» El puerto de Civita-Vecchia nuevamente fortificado. En medio del puerto algunas barcas, triremos. En frente del puerto, el antemuro, cuyos cimientos habian sido construidos por Trajano. A la derecha y á la izquierda, las abejas, armas de los Barberini. Esta medalla fué acuñada cuando terminaron los trabajos del puerto de Civita-Vecchia. La palabra *res* es empleada como masculino por su significado de provecho, ventaja, utilidad; Terencio nos ofrece ejemplos del uso de esta palabra en tal sentido.

15. ORNATO SS. PETRI ET PAVLI SEPVLCHRO. «*Ornamentos colocados en la tumba de san Pedro y san Pablo.*» El gran altar de san Pedro, con sus columnas de bronce.

16. MATER MISERICORD. SAVONÆ. «*La madre de misericordia en Savona.*» La Virgen, rodeada de una aureola y coronada, aparece á un hombre del campo que está de rodillas, y al cual indica la parte del suelo, cerca de Savona, que es conveniente cultivar. El campesino está vestido como lo están los religiosos, porque estos conservan el traje que generalmente se llevaba en la antigüedad.

17. MONAST. INCARNATIONIS IESV CHRISTI. «*El monasterio de la Encarnacion de Jesucristo.*» Encina, tres estrellas. En un cerco ornado de hojas, que tiene la forma de un corazon, y precisamente en medio del campo, se leen estas letras: V. C. F. E. que significan: *Verbum caro factum est.* «*El Verbo se hizo carne.*» Medalla acuñada con motivo de la dedicatoria de la iglesia de la Encarnacion, fundada sobre el Quirinal por Urbano, y servida por las religiosas carmelitas, que profesan la regla de Santa Teresa.

18. AVCTA AD METAVRVM DITIONE. En el exergo: ROMÆ. «*El poder aumentado hácia el Metauro.*» Urbano ensanchó las fronteras hasta el rio *Metauro*, que baña la Umbría, hoy dia ducado de Urbino. En una corona de flores, Palas ó Roma, con casco y sentada, tiene en la mano derecha la lanza, y en la izquierda un modelo de la iglesia catedral de Castro Durante, fundada por el Papa en este ducado. Esta iglesia tiene, como la de San Pedro, una gran cúpula y dos cúpulas laterales.

19. ÆDES BIBIANÆ RESTITVTE ET ORN. En el exergo: ROMÆ. «*La iglesia de Santa Bibiana restaurada y adornada.*» La fachada de la iglesia, que tiene tres puertas.

20. SECVRITAS PVBLICA. «*La seguridad pública.*» El fuerte Urbano, construido cerca de Bolonia. San Petronio, patron de Bolonia, sentado sobre un grupo de nubes, tiene en una mano el plano de esta ciudad, y en la otra el báculo.

21. ÆDE EXORNATA FACIE RESTITVTA. MDCXXXVI. «*Iglesia embellecida y restaurada en su fachada. 1636.*» Existia en Roma una antigua iglesia dedicada á san Anastasio, construida por el papa san Dámaso, y enriquecida por los papas Hilario y Leon III. Estaba medio arruinada, y Urbano la hizo reparar. En el arco de la tribuna se ven dos bellas columnas de mármol pentélico. Los italianos llaman hoy á este mármol: *Puerta santa.*

22. ORNATO CONST. LAVACRO ET INSTAVRATO. «*El baptisterio de Constantino restaurado y adornado.*» ROMÆ. En el campo, el baptisterio adornado poco mas ó menos como se ve hoy dia, con su forma octógona, cerca de la iglesia de San Juan de Letran.

23. DENVO EXÆDIFICATA. «*Nuevamente edificada.*» La iglesia del pontífice san Cayo restaurada, cerca de la puerta Nomen-

tana. En el reinado de este pontífice, la legion Tebana fué degollada.

24. INCOLVMITATI PACIS. « *A la conservacion de la paz.* » Urbano hizo construir un arsenal en el palacio del Vaticano. Dícese que es conveniente estar con las armas preparadas, si se ha de conservar la paz. Encima de la puerta en un escudo, las tres abejas de los Barberini.

25. SVBVRBANO RECESSV-CONSTRVCTO. ROMÆ. « *Construccion de una morada de retiro, cerca de la ciudad.* » El castillo de Castel-Gandolfo, construido cerca de Albano. Es todavía el sitio á donde los papas van á pasar una temporada de campo, pero hoy dia ha recibido una forma nueva.

26. En el centro se lee: MVNIFICENTIA ANT. BARBERINI S. R. E. CARD. CAM. SOC. IESV ANNO CENTESSIMO PIE CELEBRATO SALVTIS. MDCXXXIX V KAL. OCTOBRIS. « *Por la munificencia de Antonio Barberini, cardenal camarlengo de la santa Iglesia romana, la compañía de Jesus celebró piadosamente el año secular de su confirmacion, año de gracia 1639, el 5 de las kalendas de octubre (27 de setiembre).* Se habia puesto en alto el retrato de Urbano, debajo del cual se leía esta inscripcion: « A tí, gran rey de los siglos, la Compañía de Jesus, reconocida, simboliza y renueva su siglo, en el esplendor de tu rostro. »

El cardenal Antonio Barberini fué quien pagó todos los gastos de la fiesta.

27. VRBANO VIII PONT. MAX. SEDENTE. « *En el reinado de Urbano VIII, soberano pontífice.* » Jesucristo en la fuente; delante de él seis montes pequeñitos, como los que se ven en las armas de Sixto Quinto.

28 ANNO DOMINI MDCXXXIX. Las abejas forman los puntos de separacion. En el centro, MONS PIETATIS DE VRBE FVNDAVIT. « *El monte de piedad fundado por Urbano en la ciudad.* No hay figura alguna en esta medalla, que fué acuñada con motivo de la fundacion del monte de piedad. Bonanni cree que la idea de esta casa de socorro está tomada del pasaje de san Lucas, 6: « *Mutuum date.* » *Dad mutuamente.* »

La palabra *monte*, en este sentido, quiere decir *reunion*, *acumulacion* de las prendas sobre las cuales se presta. Despues que la palabra *monte* fué aplicada á este objeto de obligar bajo

el depósito de prendas, se añadió la de piedad para indicar que se practica un sentimiento religioso, y que se presta el dinero á los pobres para ayudarles, y hacerles aguardar pacientemente el instante en que, mediante un *pequeño interés*, puedan sacar las prendas.

29. AD ÆDIVM PONTIFICVM SECVKITATEM. «*Para la seguridad de los palacios de los pontífices.*»

Urbano hizo levantar casas y murallas en el palacio del Monte Caballo, que se ve en la medalla casi como está hoy día.

30. FERRI FODINYS APERTIS. «*Las venas de hierro abiertas.*» En el centro de una corona de laurel, dos obreros ocupados en fundir hierro. Se habían encontrado muchas minas antiguas de este metal, y Urbano las hizo explotar.

31. VBERIORI ANNONÆ COMMODO. «*Para conseguir que abunden los viveres.*» Alude á las reparaciones de los espaciosos graneros construidos anteriormente por Gregorio XIII y Paulo V en las termas de Diocleciano.

32. FORTITER EGIT PRVDENTER PATITVR. «*Obra con energía y sufre con prudencia.*» En esta medalla están simbolizadas las principales virtudes de Urbano: la Fortaleza, la Prudencia y la Paz: la Fortaleza tiene una espada, la Prudencia un espejo, la Paz un ramo de olivo en una mano y una palma en la otra.

33. ADDITIS VRBI PROPVGNACVLIS. «*Se han añadido algunas fortificaciones al rededor de la ciudad.*» Urbano hizo construir algunos bastiones desde el monte Janículo hasta el Tíber.

De Molinet no habla de otras medallas; pero sí Bonanni, y de las de éste vamos á hacer mencion:

1.^a IN VERBO TVO. «*Sobre tu palabra.*» San Pedro, rodeado de aureola, arroja sus redes. Este tipo, con otra efigie de papa, es muy conocida.

2.^a TRANQVILITAS REDVX. «*La tranquilidad adquirida.*» Una mujer sentada, tiene una paloma que lleva en el pico una rama de olivo.

3.^a DORICÆ VRBIS INCOLVMITATI. «*A la conservacion de la ciudad dórica.*» Medalla acuñada con motivo de la fundacion del lazareto de Ancona. Se lee en el tomo IV, á propósito de una medalla de Sixto V, que Ancona es llamada ciudad dórica, hé aquí la razon: Una colonia de dóricos pasó á establecerse en el Pelo-

poneso, según el testimonio de Strabon. Allí fundaron dos estados, el lacedemonio y el corintio. De aquí pasaron á Sicilia, y despues á Italia, donde entre otras poblaciones fundaron la de Ancona, á las órdenes de su jefe Exchilo, el año III de la séptima olimpiada.

4.^a TV DOMINVS ET MAGISTER. «Tú eres el señor y el maestro.» Esta medalla ha sido repetida muchas veces, bajo tipos diferentes. En dos de ellas se lee en el exergo, EXEMPLVM DEDI VOBIS. «Yo os he dado el ejemplo.»

5.^a SALVA NOS DOMINE. «Señor, sálvanos.» Ya se ha visto esta leyenda en el reinado de Clemente VIII.

6.^a DOMINE QVIS SIMILIS TIBI. «Señor, ¿qué hay semejante á ti?» La figura de nuestro Señor Jesucristo, grabada con una elegancia y una perfeccion admirables; es una de las medallas mas bellas de la coleccion.

7.^a XRS. REX. VEN. IN PACE ET DEVS HOMO FACT. EST. «El Cristo rey vino con la paz, y Dios se hizo hombre.» La misma figura anterior.

8.^a REGINA ANGELORVM. «La reina de los ángeles.» La Virgen, coronada y aureolada, tiene sobre sus rodillas á Jesucristo, que está echando la bendicion.

9.^a ECCE ANCILLA DOMINI. «Hé aqui la servidora del Señor.» En el exergo, FLOREN. El arcángel san] Gabriel de rodillas; la Virgen, coronada y aureolada, pronuncia estas santas palabras. FLOREN quiere decir Florencia, porque el cuadro de que se ha tomado la composicion para grabar esta medalla, se encuentra en Florencia, en la iglesia de las Anunciatas, y la tradicion dice que está pintado por los ángeles.

10. MONSTRA TE ESSE MATREM. «Muestra que tú eres madre.» La Virgen con su hijo en los brazos, apoya una de sus manos sobre el corazon del niño.

11. En el centro de una corona de laurel, se leen estas palabras: ANNA COL. PHIL. COL. DVICIS PAL. ET. C. FILIA VXOR. THAD. BARB. VR. PRÆF. VRB. VIII NEP. ET. C. ÆD. CÆLI REGINE IN SIGNV. SVÆ PIETATIS D. 1643. «Ana Colonna, hija de Felipe, duque de Paliano y gran condestable, esposa de Tadeo Barberini, sobrino paterno de Urbano VIII, PREFECTISA de la ciudad, dedicó, en señal de piedad, esta iglesia á la reina del cielo.»

Aquí haremos observar que Ana Colonna tomó el título de PREFECTISSA, porque el cargo de prefecto de Roma correspondía entonces á la familia de Colonna; llevando aquella á su marido, el duque de Paliano, el derecho de titularse *prefecto de Roma*. Esta iglesia de religiosas de Santa Teresa, era servida por carmelitas descalzas.

12. S. BAS. MAG. S. NILVS S. BART. «*San Basilio el Grande, san Nilo y san Bartolomé.*» Las figuras de estos tres santos. Encima, entre una nube, la columna, armas de la familia Colonna. Estos santos, de la órden de San Basilio, se reverencian en la iglesia de la *Gorta ferrata*, cerca de Frascati. San Basilio el Grande fué el fundador de la órden; san Nilo, huyendo de los sarracenos del país de los brutienos, vino á Tusculum; y san Bartolomé fundó el monasterio que existe hoy dia.

Venuti explica una variante de la medalla 32 de este pontificado.

1.^a PRVDENTER PASSVS FORTITER EGIT. «*Despues de haber sufrido con prudencia, obró con fortaleza.*» Hay despues en la obra de Venuti medallas que traen las leyendas que ya hemos descrito, con muchas variantes en el órden de las figuras.

La Santa Sede estuvo vacante un mes y quince dias.

210. Inocencio X. 1644.

Inocencio X, llamado anteriormente Juan Bautista Pamphili, nació en Roma, el 7 de marzo de 1572, de una noble familia, originaria de Gubbio.

Alumno del colegio romano, que daba la primera educacion á la nobleza, dedicóse á estudios que pudieran hacer aun mas brillantes, las ventajas de su nacimiento. A los 20 años se recibió de doctor, y á poco fué nombrado abogado consistorial y auditor de la Rota; al mismo tiempo que su tío Jerónimo Pamphili, que desempeñaba esta honrosa magistratura, fué creado cardenal.

Juan Bautista Pamphili desempeñó este empleo durante veinte y cinco años, redactó con admirable erudición mas de setecientas cincuenta *decisiones*, que los príncipes sus herederos conservan con sumo cuidado en su biblioteca.

Gregorio XV, que le conceptuó á propósito para los asuntos diplomáticos, le envió como nuncio á la corte de Nápoles. Urbano VIII le hizo llamar para colocar en su puesto á su sobrino Francisco Barberini, á quien acreditó asimismo al lado de las cortes de Francia y de España. En recompensa de sus trabajos, Juan Bautista fué elevado á la dignidad de patriarca de Antioquía, y nombrado nuncio apostólico, residente cerca de Felipe IV. El mismo papa nombró á Pamphili cardenal el 19 de noviembre de 1629.

Después de los funerales del difunto papa, cincuenta y seis cardenales entraron en el cónclave el 9 de agosto de 1644.

Como sucede muy frecuentemente, en medio de las personas que formaban el sacro colegio, se encontraban muchas que merecian ser elevadas al pontificado; la eleccion tenia que ser difícil, y se preveia que el cónclave seria largo. Primeramente se designó al cardenal Bentivoglio; mas los calores le incomodaron y se vió obligado á salir del cónclave, y á poco pudo desesperarse de su vida.

Reproduciremos aquí, porque es sitio conveniente, la arena dirigida á los cardenales reunidos en cónclave, por el marqués de San Chamond, caballero de las órdenes del rey, consejero, teniente general de sus armas y embajador de Francia.

Señores (1),

«Por mas que se encuentran espíritus bastante perversos para contrariar las órdenes divinas, nunca los ha habido bastante sutiles para poder imaginar cosa alguna mas grande que la divinidad; y si algunos por algun tiempo han podido conceder á su ignorancia y malicia lo que negaban á su razon, se han visto siempre obligados á humillarse, y confesar esta verdad, es decir, que hay un Dios todo poderoso, al cual

(1) Hoy dia se diria, *Eminentisimos señores*.

es preciso obedecer, reconociendo que hay en él la perfeccion de todas las cosas creadas, sin que tenga ninguna participacion en sus defectos, y al cual se debe adorar exclamando: *¡O omnia et nihil omnium* (1)!

«Es muy cierto que nosotros no podemos conocer esta grandeza mas que por sus efectos; pero existe una relacion tan necesaria entre la obra y el obrero, que no puede considerarse la excelencia de la una sin admirar el poder del otro, y sobre todo en la mas grande de las obras de Dios, que es la salvacion de las almas, y no la creacion del mundo, pues aquella salvacion le costó cien veces mas años que dias empleó en formar éste.

«Pero este beneficio de la redencion de los hombres, inmenso como es, no hubiera sido completo, si su bondad, con los méritos de su preciosa sangre, no hubiera formado una Iglesia con un objeto visible en ella, prometiendo al uno y á la otra la duracion hasta el fin del mundo, para hacer ver en todos los tiempos que no ha estado mas milagrosamente establecida que conservada contra los atentados y las persecuciones de los mas grandes tiranos.

«La Providencia eterna ha querido que, despues de muchos siglos, este jefe que ha de representar el lugar de Dios sobre la tierra, deba ser elegido entre los componentes de esta augusta asamblea; y el papa Alejandro III, por inspiracion divina (2), os dió derecho para elegirle reunidos, con lo cual el cielo ha querido dar á vuestras eminencias alguna parte en la infalibilidad de la Iglesia (3), como los papas la reciben toda entera por la providencia de un buen pastor, y la cristiandad por la de un padre comun. Por lo tanto, señores, vuestras eminencias deben conocer sus privilegios y su grandeza, que no consisten solamente en el honor de la púrpura, que os hace reconocer como príncipes de la Iglesia, sino principalmente

(1) ¡O todo, y nada de todo!

(2) El embajador está engañado en esto: ya los cardenales elegian al papa sin oposicion. Lo que prescribió Alejandro III, fué que el elegido debia obtener las dos terceras partes de los votos.

(3) Esta idea de M. San Chamond no sale de los límites de una adulacion, á la vez dulce, noble, graciosa y elegante.

en que venis, despues de la dignidad que se aproxima mas á la divina, y que forma en su conjunto cuanto hay mas elevado entre los hombres; en una palabra, señores, vuestras eminencias tienen el poder de coronar á aquel *que posee la suprema autoridad sobre todas las coronas*, y que además cuenta en medio de sus vasallos, á todos aquellos á quienes la naturaleza ó su fortuna ha hecho dueños del universo.

«Pero esta gran prerogativa no os ha sido concedida sin sus penalidades, señores, pues obliga á vuestras eminencias á despojarse de todas las pasiones de su cargo y de la sangre, consagrándose exclusivamente á la gloria de Dios y al bien universal de la religion, para dar un gran vicario al uno y á la otra un buen pastor, tan santo como el título que lleva, á lo cual le invita su elevada mitra.

«Vuestras eminencias no deben tener voluntad sino para someterla á la voz del Espíritu Santo, siguiendo las inspiraciones que él tenga por conveniente hacerles; debiendo elegir dentro esta venerable asamblea aquel á quien juzguen en conciencia mas capaz de sostener esta gran carga, y que por sus acciones pasadas, deje colegir cual será su conducta en el porvenir.

«No conviene posponer jamás los negocios de la eternidad á los del tiempo; pero es necesario abreviar este tanto como se pueda, para evitar las desgracias que las dilaciones (contemporizaciones) han traído siempre, cuando han sido demasiado largas. Las de Martin I, Nicolás IV, san Celestino V y Clemente V; Juan XXII, Urbano VI y Pío III, con una infinidad de otros, son testimonio de ello; y la historia nos enseña que de todos los cismas que han afligido á la Iglesia desde su cuna, la mayor parte han tenido su origen durante las sedes vacantes; porque es muy fácil dividir á los hijos que están sin padre, y para los cuales las madres no tienen mas que dulzura, sin emplear ningun rigor para hacerse obedecer.

«El perfecto conocimiento que vuestras eminencias tienen de estos desórdenes, señores, agregado á la probidad que acompaña ordinariamente á todas sus acciones, nos dá la esperanza de que no sucederán en nuestros dias esas escenas, que no podemos leer sino con horror, relativas á ciertos ponti-

ficados anteriores; y que no se añadirá á las miserias de este siglo la de la parcialidad de vuestros votos; antes bien creo los dareis unánimes á un sujeto que sea digno y zeloso por el honor de aquel que debe ser la sola regla de vuestros pensamientos y el término de vuestros deseos.

«Nuestros reyes, verdaderamente cristianísimos, son sin contradiccion, entre todos los otros monarcas, los que mas han acrecentado las rentas y la autoridad de la Iglesia. Un Carlos (1) fundó veinte y dos obispados ó abadías soberanas y muy respetadas en Alemania; otros muchos han aumentado con sus beneficios el patrimonio de san Pedro, y todos han tomado las armas y empleado su pujante poder para defender, siempre que ha sido necesario, los intereses y las injurias de la esposa de Jesucristo; siendo esto tan cierto, como que la Francia ha librado veinte y tres veces (2) á la Santa Sede de las guerras y opresiones que la habian conmovido.

1) Aquí se trata de Carlomagno; ¿y por qué le nombra así? ¿qué significa semejante reticencia, sobre todo cuando se le alaba? Carlomagno era francés, y siempre ha honrado á la Francia.

(2) Saint-Chamond aparecerá quizás como calculista un poco atrevido, pues en lugar de decir, como pudiera, diez veces, veinte veces, fija terminantemente el número de veinte y tres; y sin embargo, nadie mejor que nosotros puede responder de la exactitud de la cifra que marca el embajador. Y no para aquí: ha sido harto modesto para nuestra santa Francia, á la cual podía hacer justicia de una manera mas grandiosa. Examinaré rápidamente los hechos, apoyándome en mi propio relato, y se verá como el orador (como dicen los italianos), que habló en nombre del rey, pudo hacer resaltar aun mas nuestros merecimientos para con la Santa Sede.

Trasladaré los hechos y sus fechas, lo cual es fácil de hacer en un libro en donde hay tal cúmulo de ambas cosas.

1. En tiempo de Ormisdas, hácia el año 518, Clodoveo, rey de los francos, mandó al Papa una corona de oro; de lo cual resultó que los godos y su rey Teodorico cesaron de perseguir al Pontífice.

2. Pelagio II, en 580, solicitó el apoyo de la Francia, y sus palabras fueron acogidas con mucho interés por nuestro pueblo, eminentemente católico.

3. En el año 605, la Francia contribuyó á extender la autoridad de Gregorio el Magno, aceptando las reformas que para la disciplina propuso este gran Pontífice.

4. En el año 752, en el pontificado de Gregorio III, Carlos Martel ordenó á Luitprando, rey de los lombardos, dejara en libertad al nuevo estado romano. En el mismo año la batalla de Poitiers libertó enteramente á la Italia, y aumentó el poder del Pontífice.

«Señoras, el sacro colegio no debe dudar del favor y ayuda que en esta ocasión y en cualquiera otra puede esperar del rey mi soberano (el rey su soberano no contaba aun seis

5. En 752, Pepino socorrió á Roma.

6. En 757, Paulo I estableció las mas amistosas relaciones con Pepino, el cual defendió moralmente á la Santa Sede, dando al Papa en varias cartas el título de *compadre*, título de grande significacion en aquellos tiempos. Igual título dió el Pontífice al príncipe.

7. En 775, reinando Adriano I, tuvo lugar el viaje de Carlomagno á Roma, y en el mismo año el propio monarca puso término á la autoidad de los lombardos, tiranos de la Santa Sede.

8. En el año 781, Carlomagno hizo un segundo viaje dispensando nuevos favores al propio Adriano I.

9. En 787 y en el reinado del mismo Pontífice, Carlomagno pasó por tercera vez á Roma.

10. En 799, san Leon III, fué recibido en Francia y conducido á Roma por Carlomagno, el cual fué declarado emperador de Occidente en el año 800.

11. En 816, Estévan V fué á Francia para coronar á Luis, hijo de Caromagno.

12. En 817, San Pascual coronó emperador á Lotario, hijo de Luis el Pladoso.

13. En 828, reinando Gregorio IV, fué este Papa perfectamente recibido en Francia.

14. En 855, San Leon IV coronó emperador á Luis II.

15. En 872, Juan VIII coronó emperador á Carlos el Calvo, con el cual se trasladó en seguida á Paris. Cuando el imperio pasó á manos de los príncipes de Germania, se presentaron para la Francia menos ocasiones de proteger á Roma; pero no tardaron mucho en reaparecer aquellas.

16. En el año 1049, el papa San Leon IX se trasladó á Reims; regresando desde este punto á Roma, despues que solidó la alianza entre Francia y la Santa Sede.

17. En sus disensiones con Enrique IV, rey de Germania, siempre San Gregorio VII pudo contar con el apoyo de la Francia.

18. En 1090, Urbano II, de nacion francés, fué constantemente bien querido y apoyado por la Francia.

19. En tiempo de Pascual II, Papa que contribuyó eficazmente al movimiento de las Cruzadas, la toma de Jerusalem por los franceses en 1099, fué un motivo de gloria y de seguridad para Roma.

20. En 1120, Pelagio II pidió un asilo en Francia á Luis VI.

21. En 1120, Calixto II obtuvo iguales ventajas de parte de la Francia.

22. En 1150, Inocencio II pidió asilo á la Francia, siendo recibido con grandes honores por el mismo rey Luis VI, apellidado el Gordo.

23. Apesar de todo y de tan larga série de favores, no debemos ocultar que algunas veces fueron interrumpidos por severas medidas de los pontífices. Inocencio II, con motivo de un acto contrario á los legítimos intereses de Pedro de la Chatre, nombrado por el Papa arzobispo

años), ya que ha nacido entre milagros, victorias y triunfos, y es descendiente de la estirpe de san Luis y del padre mas devoto y de la mas piadosa madre que jamás hayan empuñado el cetro: es además educado por los cuidados incomparables de la reina regente, inimitable en toda clase de virtudes, y solamente parecida á ella misma; la cual comunmente no le da otra instruccion que la conducente á hacer que honre y conserve á la Iglesia, poniéndole á la vista los mas bellos ejemplos, tanto antiguos como modernos; que su misma casa real y mas de sesenta reyes sus predecesores le pueden suministrar, los cuales siempre se han conservado con la Santa Sede en grande y estrecha union. Y es asimismo, señores, esta union lo que ha hecho durar todas las cosas morales y naturales, del mismo modo que la division, que les es contraria, las pierde y las arruina enteramente; y por esto Dios, que es el principio esencial de toda ventura, es *uno*, y en la unidad de su esencia rije absolutamente á cielo y tierra, y ordená-nos estar unidos con él para su gloria, y entre nosotros para nuestro propio bien.

de Bourges, puso en entredicho las tierras dependientes de este arzobispado; pero en 1145, reinando Celestino II, la paz fué restablecida, y Luis VII, rey de Francia, mandó una embajada de obediencia, cuyo primer resultado fué la glorificacion de la Santa Sede y la paz impuesta á los enemigos del Papa. Entonces Su Santidad alzó la mano, haciendo la señal de la cruz con direccion á la Francia y levantó el entredicho.

Hé aquí los veinte y tres puntos á que aludió con exactitud M. de Saint-Chamond, pues en verdad los hechos precitados, son bajo diversos aspectos, actos de proteccion afectuosa. M. de Saint-Chamond se expresó así en 1644, y hago presente que pudo decir aun algo mas. Si Alejandro III hizo la paz con Venecia y con el emperador Federico, fué sin duda por la buena inteligencia que reinó entre el Papa y Luis VIII, desde el año 1164, cuando este rey recibió al Pontífice en Paris.

En 1215, Inocencio III vió aumentada su autoridad, por haber benedecido los ejércitos de Felipe Augusto, vencedor en Bouvines, de un emperador excomulgado.

En 1258, la poderosa intervencion de San Luis, neutralizó los ataques de Federico II á Gregorio IX.

En tiempo de Inocencio IV tuvo lugar el concilio de Lyon (décimo tercero de los generales) presidido por el Papa, á quien San Luis colmó de honores y dió las mas sinceras pruebas de veneracion.

Además de estos hechos culminantes, la Francia ha prestado muchos y buenos servicios á Roma desde los años 1254 á 1644, consignados en los tomos 2.º, 3.º y 4.º de nuestra obra.

«Yo estoy aquí para aseguraros que Sus Majestades quieren conservar esta union inviolable con la Santa Sede, y con esta muy santa y muy augusta asamblea, y que no tienen otros deseos que el ver la silla de san Pedro ocupada por una persona que sea digna de sentarse en ella, y para conseguirlo y mantener la libertad del cónclave, ofrezco á Vuestras Eminencias sus ejércitos (los ejércitos de Sus Majestades), cuyo poder es conocido en toda la Europa mas por la boca de sus cañones que por la de sus embajadores; ofrezco pues otra vez á Vuestras Eminencias el poder de la Francia, que todas las naciones deben amar y respetar, porque siempre ha hecho consistir su grandeza en abatir la ambicion de los soberbios, en sostener la debilidad de los oprimidos, y en hacer sobre todo á la justicia y á la razon dueñas de la violencia y de la tiranía, y además ha sido principalmente empleado en defensa de la Santa Sede, y en la ruina de los reinos y de los imperios que no la han querido reconocer; y como el rey mi soberano tiene la ventaja sobre los otros de ser el hijo primogénito de la Iglesia, que Vuestras Eminencias representan, protesto que Vuestras Eminencias recibirán de su bondad los testimonios mas patentes de su sincera afeccion, y antes les faltará la vida que á esta eminentísima asamblea su real ayuda.»

Este discurso conmovió vivamente al cónclave.

Los sobrinos Barberini quisieron favorecer al cardenal Sacchetti, eleccion que estuvo vivamente sostenida por el cardenal Panciroli, su antiguo amigo; mas el cardenal Albornoz, hablando en nombre de veinte y seis electores, se opuso á ella. El cardenal Francisco Cennini llegó á obtener veinte y seis ó veinte y ocho votos. Quedaban en el cónclave solamente cincuenta y cuatro cardenales, y por lo mismo era preciso obtener treinta y seis.

Saint-Chamond acababa de terminar su discurso, que generalmente fué bien recibido. El cardenal Antonio Barberini quiso aprovecharse de esta buena disposicion; y como el embajador de la reina regente merecia por mas de un título la confianza del sacro colegio, Su Eminencia indujo á Saint-Chamond á que pronunciara la exclusion contra Pamphili en el cual se fijaban todas las miradas. Bien pronto el embajador se

arrepintió de un paso tan fuerte y comprometido, y suspendió la exclusion, vistas las reclamaciones del cardenal Teodoli. Entonces se trabajó con Antonio Barberini, para que cambiase de pensamiento, y de enemigo que era de Pamphili se convirtió en su amigo y consintió de bastante buena gana en la eleccion proyectada. Estos diferentes manejos disgustaron en Paris; se retiró á Barberini, que habia provocado la exclusion, el título de protector de la Francia, y se separó á Saint-Chamond de su empleo, porque la habia consentido; pues la circunstancia meritoria de haberla suspendido, no le defendió bastante contra los envidiosos. En este estado de incertidumbre, los partidarios de Cennini se manifestaron insensiblemente frios, y Pamphili obtuvo cuarenta y nueve votos, es decir, trece mas que los necesarios para que la eleccion fuese canónica.

No será inútil manifestar la alegría que experimentó Roma al advenimiento al poder del cardenal Pamphili. A propósito de esta eleccion, se lee en una relacion francesa de aquel tiempo:

«Estando vacante la Santa Sede apostólica por muerte del papa Urbano VIII, de feliz memoria, la nave de la Iglesia católica se encontró agitada por tempestades impetuosas y amenazada de un terrible naufragio; pero le plugo á la divina Providencia, al cabo de cuarenta y nueve dias de cónclave, el consolar á su pueblo con la feliz ascension y eleccion de Inocencio X, papa y pontífice romano á la edad de 60 años; esta dignidad le fué como pronosticada cuando fué bautizado, poniéndole por nombre Juan Bautista, palabra que lleva consigo su significacion; que daré, segun san Ambrosio, pues se puede explicar por un anagrama: *Joanes Baptista Pamphilius altis in spinis papatum habeo*: que quiere decir: «Yo, Juan Bautista Pamphili, me siento en esta Sede apostólica en tiempos llenos de dificultades, disgustos y querellas.»

«Y en este tiempo y á tal punto, es cuando debia aparecer porque el mundo germinaba entre espesas breñas cubiertas de espinas, y tenia necesidad de un nuevo Moisés y de un buen pastor universal para nuestra santa madre la Iglesia.

«Su Santidad tuvo por padre al señor Camilo Pamphili,

romano, y por madre á doña María Bonfale, romana, familia antigua, noble, estimada y querida en todos tiempos por el pueblo romano; tenia un solo sobrino que se llamaba Camilo, de edad veinte y cuatro años, imitador de sus antecesores en todas sus nobles, sábias y virtuosas condiciones, hijo del ilustre señor Pamphili, hermano carnal de Su Santidad, y de la excelentísima Olimpia, de la casa de Maldachini y Gualtieri, las dos nobles y antiguas en la ciudad de Viterbo.

« Su Santidad, antes de su pontificado, habia desempeñado cargos de la Santa Iglesia, habiendo alcanzado estos destinos por medio de continuas veladas y estudios, pues, á los 23 años, habiéndose recibido de doctor en leyes, comenzó con gran admiracion á ejercer el cargo de abogado en la corte de Roma; y en 1600 fué nombrado abogado consistorial por Clemente VIII, papa muy docto, el cual, habiendo conocido el mérito de este nuevo papa en 1604, le confirió el cargo de auditor de la Rota, que quedó vacante por la ascension á cardenal de monseñor Jerónimo Pamphili, su tío; que fué vicario y gobernador de Roma.

« En el año 1621, Gregorio XV, de feliz memoria, le envió de nuncio á Nápoles, donde se comportó generosamente, y mereció grandes alabanzas; por el papa Urbano VIII, en 1626, fué enviado como datario del eminentísimo cardenal Barberini, legado en Francia; y el año siguiente ejerció el mismo cargo en su legacion de España, con el título de patriarca de Antioquía. Posteriormente quedó de nuncio ordinario, en cuya nunciatura se condujo con grande justicia, piedad y satisfaccion, no solamente del Papa, sino asimismo de Su Majestad católica y de todo el reino. Fué promovido á cardenal el año 1627, el 30 de agosto, habiendo sido reservado *in pecto, id est, in mente seu pectore* de Su Santidad, el cual despues le nombró cardenal del título de San Eusebio el 19 de noviembre de 1629; y el año 1630 estaba de vuelta en Roma con gran contento de toda la corte, habiendo sido siempre empleado en diversas asambleas que se ocupaban de las mas altas y difíciles materias de la santa Iglesia, y particularmente en las congregaciones de las sagradas ceremonias, del concilio, Santo Oficio, la ampliacion de la fe (*propaganda*), inmunidades ecle-

siásticas, controversias jurisdiccionales, de Estado y otras. Su elección tuvo lugar el 15 de setiembre de 1644, tomando por nombre Inocencio X, en memoria de haber sido educado por el cardenal Inocencio de Elbufale (del Búfalo), nunció en Francia y pariente suyo.

« Habiendo sido hecha la adoracion , los músicos de la capilla pontificia cantaron « *Ecce sacerdos magnus,* » y el cardenal Francisco Barberini , en lugar del príncipe cardenal de Toscana , primer diácono, que estaba indispuerto, por lo cual no pudo asistir á esta funcion , sostuvo la cruz en el balcon desde donde se daba la bendicion , para anunciar al pueblo con este signo que el Papa habia sido nombrado , lo cual ratificado por el estruendo de los cañones del castillo de San Angelo , é incontinenti por todas las campanas de Roma hicieron con su sonido estremecer de alegría á todos los pueblos que aguardaban esta buena nueva , gritando unánimemente: ¡ *Viva el papa Inocencia X!* los cuales corriendo en tropel para ver á su príncipe , crecieron tanto en número que fué necesario que el duque Sarilly (Sarelli) , mariscal de dicha iglesia , para seguridad del cónclave y reposo de la ciudad, cerrase las puertas para retener este torrente de pueblo que , impaciente en su alegría , corria impetuosamente al palacio del Vaticano.

« Despues de haberse vestido Su Santidad pontificalmente, teniendo la mitra en la cabeza , fué llevado en una silla desde su palacio á San Pedro ; y entonces los guardias suizos hicieron seña al castillo de San Angelo , el cual comenzó á descargar sus cañones con mas fuerza que anteriormente , lo cual causó nueva alegría en los corazones del pueblo. Habiéndose Su Santidad sentado sobre el gran sillón de los bienaventurados Apóstoles , fué adorado por cuarenta y ocho cardenales , besándole primero el pié , luego la mano y abrazándolo por último. Los restantes miembros del colegio de cardenales no pudieron asistir por encontrarse enfermos.

« La plaza de San Pedro estaba llena de soldados á pié y á caballo , colocados en bellissimo órden ; el pueblo , que pasaba de cuarenta mil almas , gritaba á voz en grito ¡ *Viva el papa Inocencio X!* y Su Santidad , con el rostro lleno de dulzura ,

con palabras paternales, y derramando sus ojos copiosas fuentes de lágrimas que provenian de la ternura de su corazón, dió la bendición universal, seguida de una aclamación que hizo retremblar el aire.

«En la misma noche, y las dos siguientes, el castillo de San Angelo disparó sus cañones; y todo la ciudad por sus iluminaciones, fuegos de diversion y de artificio, daba señales perfectas de su alegría. ¡Qué hermoso era ver las calles adyacentes y la plaza de Pasquin y de Navone, que rodean el palacio del señor Pamphili, en el cual Su Santidad había vivido siendo cardenal! Además en todos los palacios circunvecinos, y particularmente en los de Orsini, de doña María Pamphili y el señor marqués Tassi, se veian en las ventanas antorchas y luminarias de cera blanca, y en el palacio de los señores Orsini, por el lado de la bella plaza de Navone, se divisaba sobre un balcon una gran tiara pontificia en relieve, decorada del todo, y mas abajo las tres flores de lis (1) y la paloma con el ramo de olivo en el pico, que son las armas de Su Santidad, con un bellissimo orden de luces que parecian estrellas centellantes; habiéndose hecho otro tanto en los palacios de

(1) Vamos á reproducir el final de un manuscrito de la Biblioteca Real. (Roma, 1501, Saint-Germain, francés, núm. 875). La escritura es del siglo xvii, y dice lo siguiente:

«Aun cuando se atribuye al rey Carlos VI haber sido el primero que quitó del escudo francés las flores de lis sin número fijo, adaptando tres solas flores, como al presente se usa, sin embargo, encuentro en dos sellos mas antiguos, que algunos de los reyes sus predecesores, habian ya reducido las flores hasta este número. El señor Galland, ya difunto, extractó un diploma que se encuentra en San Martin de los Campos, fechado el año 1335, en el cual se encuentra un sello con las tres flores de lis en el escudo, sostenido por dos ángeles puestos de rodillas y coronado con una corona flordelisada y no acabada de cerrar. Al rededor del sello se leen estas palabras: *Philippus Dei gratia Francorum et Navarre rex*. En el contrasello hay tambien tres flores de lis.

«No siempre este rey ha usado las tres flores de lis, antes bien las usó sin número fijo: por este estilo puso un contra sello del año 1551, y otro de 1565, reinando Carlos V. Puso otro del mismo año, que tiene solamente tres flores de lis: se halla en una *patente*, por la cual el rey ordena pagar á los religiosos de la Saulsaye la cantidad de 8.000 libras para la composicion de los caballos de la reina; firmado por el rey en su residencia de Montaignu. Este sello se halla impreso en cera amarilla.

«Algunas veces se han limitado nuestros reyes á poner una sola flor

los duques de Parma y Florencia, y otros muchos palacios de Roma y alojamientos de los embajadores, de los reyes y príncipes, que compitieron con el esplendor de la luna en todo su brillo, durante tres noches.

«No debemos omitir algunas particularidades que presagiaron la futura elevacion de Su Santidad al pontificado, son á saber: en la distribucion de las celdas del cónclave, que se deja á la casualidad, tocó á Su Santidad la que estaba enfrente del balcon de la bendicion general, y durante el cónclave se vió muchas veces á una paloma tender el vuelo y posarse sobre la celda del cardenal Pamphili, observacion que muchos verificaron; como tambien que la mencionada paloma descendia sobre el pórtico, y bebia en la fuente; aludiendo quizá al escudo de armas de Su Santidad, que es una paloma como la del arca de Noé, que éste mandó para reconocer el estado de las aguas, y volvió llevando en su pico una rama de olivo, signo de paz; á la cual Su Santidad dedicó sus primeras atenciones, pues á este efecto mandó por legados de la Santa Sede á tres eminentes cardenales, á saber: Spada al rey cristianísimo, Saccheti al rey católico, y Antonio Barberini, cerca del emperador, confiando á uno de sus parientes el gobierno de Roma.

«Todo lo cual hacia esperar que Su Santidad, lleno de zelo, exaltaria el estado de la Iglesia católica, *pacificando* á los *monarcas* y á todos los príncipes, por medio de sus ruegos, con objeto de emplear sus armas y deberes en el servicio de Dios y extirpacion de los enemigos de la cruz, sobre la cual el rescate de su salvacion y la de todo el mundo fué con caridad y amargura plenamente satisfecho.

«El dístico que á continuacion insertamos, en pocas palabras aclara bastante las armas de Su Santidad.

*Stemma refert pacem, cunctorum nomen amorem
Spondet; præstabit pastor utrumque novus.*

de lis en los contrasellos. Poseo de este género un sello del rey Felipe II, perteneciente al año 1190.»

Quizás M. Galland, de quien al principio se habla, sea el Antonio Galland, nacido en 1646 y muerto en 1713, muy conocido por su bella obra, *las Mil y una Noches*.

«Las armas anuncian la paz, el nombre promete el amor de todos; una y otra (la paz y el amor) se deberán al nuevo pastor.

El Papa fué coronado el día 4 de octubre por el cardenal de Médicis, primer diácono; y el 23 de noviembre Su Santidad tomó posesión de San Juan de Letran. Con este motivo distribuyó á los cardenales y á los príncipes romanos medallas de oro y plata, con la imágen de la Concepcion, y estas palabras en el exergo: VNDE VENIT AVXILIVM MHI. «De aquí me viene el socorro.»

Las inquietudes inherentes á una autoridad recientemente adquirida exigieron bien pronto todos los cuidados de un pontífice amigo de la religion.

En el mes de diciembre de 1640, habia estallado una revolucion en Portugal. La débil influencia de Urbano VIII, se contentó con examinar solícitamente el estado de los negocios. Felipe IV habia sido despojado de lo que Felipe II llamaba *pequeño reino de Portugal*; pero las pérdidas experimentadas por una mala administracion, dejan de ser pequeñas á los ojos de la vanidad que se ofende mas por el hecho en sí, que por la importancia de la pérdida. La España se agitaba por todas partes para que no fuese reconocida la independencia de la casa de Braganza. De Roma se exigió con altanería sobre todo, que Juan IV, el nuevo rey, fuese abandonado á sí mismo, *que no se instituyeran los obispos que presentara*, y que á mas de esto se lanzara un entredicho contra Lisboa; pero Pamphili no estaba dispuesto á entregarse á tales violencias, y respondió con calma, como Richelieu expresó en su testamento á propósito de los obispos del reino de Francia: *Hay muchas cosas que considerar en esta cuestion.*

A medida que llegaremos á noticia de las activas diligencias hechas por el rey Juan IV y las amenazas del gabinete de Madrid, daremos cuenta de estos sucesos en todo lo concerniente al poder pontificio.

En virtud de su segunda constitucion, Inocencio confirmó el decreto de la congregacion de ceremonias, por la cual se ordena, que los cardenales, aunque sean por otro lado superiores en dignidad ó linaje, no podrán hacer uso mas que del nombre de cardenal, siu ninguna adición de dignidad se-

cular, ni usar mas título que el de eminentísimo, que sus escudos no puedan ser ornados con ninguna corona ducal ó real, pues únicamente deben colocar el sombrero de cardenal.

Hemos visto mas arriba que una inscripcion relativa al buen recibimiento hecho por los venecianos al papa Alejandro III, habia sido retirada por órden de Urbano VIII. Inocencio X, deseoso de afianzar la paz universal, hizo restablecer esta inscripcion, que recuerda honrosamente una victoria ganada por Venecia sobre el hijo de Federico. Esta victoria dió por resultado el tratado de concordia hecho con Federico, que tanto habia perseguido Alejandro III.

En 1646, estalló en Nápoles la sublevacion que tuvo por jefe á Mazaniello. Se aconsejó á Inocencio que se aprovechara de esta circunstancia para mandar tropas á Nápoles, y volviera á adquirir la antigua soberanía de este reino, perteneciente antes á la Santa Sede. Inocencio respondió con magnanimidad que no era conveniente que el padre comun de todos agravase los males y desgracias de ninguno, y en el momento envió al virey treinta mil monedas de oro, permitiéndole además hacer levas en los Estados eclesiásticos, asegurándole que la Santa Sede defenderia con fidelidad los intereses del rey católico.

Estas seguridades, juntas á la inexperiencia del jefe de la revolucion, con el poco valor de los extranjeros que tramaron la revuelta, ayudaron al virey á conjurar el mal y á recobrar en poco tiempo otra vez su autoridad.

En su tercera promocion, Inocencio nombró un solo cardenal.

Este fué Juan Casimiro de Polonia, hijo del rey Segismundo III. A los 32 años se hizo religioso de la compañía de Jesus; y cuatro años despues, sin que en ello hubiera pensado un solo instante, se vió nombrado cardenal-diácono, elevacion que se creyó un tiempo haber sido solicitada por la España. El hermano de Juan Casimiro, Uladislao, rey de Polonia, habia muerto sin hijos; Juan Casimiro renunció el capelo en 1648, como estaba en su derecho de poderlo hacer por no ser mas que cardenal-diácono; y se casó con María de Gonzaga, hija del duque de Mántua, y viuda de su hermano Ula-

dislao. Esta princesa murió despues de diez y ocho años de esterilidad, Juan renunció al trono que habia ocupado veinte años, y se retiró á Francia donde fué acogido benévolamente por Luis XIV, que le consigné las rentas de la abadía de San German de los Prados, donde murió en 1672, (otros dicen murió en Nevers), á la edad de 76 años. Habia ganado diferentes victorias contra los rusos y los suecos, y empleado su zelo religioso contra los socinianos.

Estando vacante en 1647 la suprema dignidad de senador en Roma, el Papa la concedió á Jacobo Inghirami, noble toscano, añadiéndole muchos privilegios, que elevan este rango á la categoría de príncipe. Al mismo tiempo, el Papa ordenó que los conservadores del pueblo romano tuviesen el derecho de sentarse en la tercera grada del trono del papa, á la derecha del pontífice.

El instituto de clérigos regulares de la *Doctrina cristiana*, fundado por el bienaventurado César de Bus, fué confirmado por Inocencio, que separó este instituto de la congregacion Somascuense, á la cual estaba unido. El derecho ordenaba que, á consecuencia de esta division, los clérigos regulares entrasen en el estado secular.

Confirmó asimismo la congregacion de *Viudas nobles de Dóte*, instituida para propagar el culto de la Inmaculada Concepcion de la madre de Dios.

En seguida destruyó dos antiguas órdenes, llamadas la una, *San Basilio de los armenios*, y la otra, *el buen Jesus de Ravena*, porque se habian separado de su regla primitiva.

Inocencio publicó, el 14 de mayo, un breve con motivo de una cuestion suscitada entre el obispo de Angelópolis, ó colonia de los ángeles, en la Nueva España (Indias occidentales), y los RR. PP. Jesuitas

Innocentius PP. X. ad futuram rei memoriam.

El breve empezaba así: « *Cum sicut accepimus aliquæ fuerint ortæ differentie inter venerabilem fratrem Joannem, episcopum Angelopolitanum, ex una, et dilectos filios clericos regulares societatis Jesu, ex altera.*

« El Papa ha sabido las cuestiones sobrevenidas entre el obispo y los padres de la compañía, en lo que toca á predicar

la palabra de Dios, tanto en las propias iglesias de los dichos clérigos regulares, con solo la bendicion del obispo, como en las otras iglesias que, etc., etc. Su Santidad ha sometido el exámen de este negocio á una congregacion de cardenales.

«Esta congregacion ha declarado que los dichos religiosos no pueden, en la ciudad y diócesis de Angelópolis, escuchar las confesiones de personas seculares, sin la aprobacion del obispo diocesano, ni predicar la palabra de Dios en las iglesias de su órden, sin haber pedido antes la bendicion del obispo, y en las otras iglesias sin primero haber obtenido su venia y licencia, ni tampoco en las iglesias de su órden contra el impedimento de dicho obispo; pues este, como delegado de la Sede apostólica, puede castigar las contravenciones con censuras eclesiásticas, en virtud de la bula del papa Gregorio XV: *Inscrustabili Dei providentia*.

«Por lo demás, la santa congregacion exhorta formalmente en el Señor, y advierte á dicho obispo que en adelante, sin salirse de la dulzura cristiana, obre con una afeccion paternal con la compañía de Jesus, que, segun su loable instituto, ha trabajado útilmente por la Iglesia, y trabaja sin descanso. Dicho obispo debe mirarla como un poderoso auxiliar para la marcha de su iglesia, tratarla favorablemente, y emplear con ella su mayor benevolencia. Lo hará así para que la sagrada congregacion conozca su zelo, su piedad, y su vigilancia».

El resto de la bula resolvió varios puntos y dudas que habian sido propuestos por ambas partes.

El 7 de octubre, el Papa hizo una promocion de cardenales, y dió la púrpura á Miguel Mazarino, hermano del célebre cardenal de este nombre, entonces ministro de Francia y religioso de la órden de los dominicos.

(1) Después de una guerra de 30 años, dos tratados de paz se firmaron en 1648, uno en Munster, otro en Osnabruck, tratados que se conocen generalmente por la paz de Westphalia. Los reyes de Francia y de Suecia fueron los principales promovedores de esta paz, que aseguró los derechos electorales y la tranquilidad de los electores, de los principes y de los estados del imperio, que de algunos años á aquella parte habian sufrido grandes menoscabos.

Sin embargo, el 24 de octubre 1648, se firmó la paz en Munster entre el imperio, la Francia y la Suecia (1). Por su constitucion diez y nueve (Bulario romano, tom. IV. 269), el Papa manifestó su descontento por algunos artículos de esta paz.

Un interés que nuestra fe monárquica no puede dejar olvidado, nos llama ahora á dar cuenta de escenas terribles que por entonces asombraron á la Europa y al mundo entero.

¿Qué se ha hecho la hija de Enrique IV, nuestra Enriqueta María, que casó con Carlos I, rey de Inglaterra? Y tú María Enriqueta, ¿qué has hecho de aquellas instrucciones, obra del gran Richelieu y de una madre que, aunque llena de dolores tal vez merecidos, hubiera querido al menos que su hija hubiera sido feliz? Todavía tenemos presentes y á nuestra vista estas instrucciones, modelo de sabiduría, de pureza, de moral, y de religion. ¿Han salido muchas veces de vuestro joyero, oh! misionera coronada, para ser alabadas, meditadas y puestas en práctica, con la mira de la felicidad de los ingleses y gloria de la corte Romana?

Bossuet nos va á responder. «La sabia y religiosa princesa que motiva este discurso, no ha sido solamente un ejemplo puesto por Dios á los hombres para estudiar las determinaciones de la divina Providencia y las fatales revoluciones de los reinos: esta princesa hubo de instruirse á sí misma, en tanto que Dios instruía á los demás príncipes con su ejemplo. Ya tengo dicho que este gran Dios les alecciona dándoles y quitándoles su poder. La reina de que estamos hablando ha recibido igualmente estas dos opuestas lecciones, es decir, que ha usado siempre con resignacion cristiana tanto de su buena como de su mala fortuna. Mientras duró la primera, fue benévola y caritativa; en la segunda se manifestó siempre invencible. En tanto que ha sido feliz, su accion se ha hecho sentir en el mundo por su bondad infinita. Cuando fué abandonada por la fortuna, se enriqueció asimismo de virtudes, en mas cantidad que habia poseido, de tal manera que fué para ella un bien el perder este poder real que tenia para el bien de los demás; de modo que si sus súbditos, sus aliados, la Iglesia universal han podido aprovecharse de su grandeza, ella

supo aprovecharse de sus desgracias mas que se aprovechó de su gloria.

«Sin embargo de que nadie ignora las grandes cualidades de una reina cuya historia es de todos conocida, me creo obligado á recordarlas en este momento.

«Será supérfluo que hablemos del nacimiento glorioso de esta princesa, porque nada hay debajo del sol que pudiera igualársele en grandeza.

«En los primeros siglos, el papa san Gregorio hizo un singular elogio de la corona de Francia, diciendo que estaba por encima de las demás coronas del mundo, y que la dignidad real superaba las fortunas particulares (1).

«Si este papa hablaba en tales términos en tiempo del rey Childeberto, si tan alto encumbraba la estirpe de Meroveo, juzgad qué hubiera dicho de la sangre de san Luis y de Carlomagno! Descendiente de este linaje, hija de Enrique el Grande y de tantos otros reyes, su gran corazon excedió á su nacimiento. Toda otra gloria que un trono hubiera sido indigna de ella.

«A la verdad, pudo muy bien satisfacer esta noble ambicion cuando vió que fue llamada á unir la casa de Francia con la familia real de los Estuardos, que estaban en posesion de la corona de Inglaterra por una hija de Enrique VII, que poseian además por su principal miembro, durante muchos siglos, el cetro de la Escocia, descendiendo de esos reyes antiguos, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos.

«Mas si sintió alegría por reinar sobre una gran nacion, es porque de esta manera podia satisfacer los deseos inmensos que sin cesar la impulsaban hácia el bien. Poseedora de una munificencia real, hubierase dicho que tenia por perdido cuanto en su largueza no regalaba; y si grande era en ella esta virtud, las demás que la adornaban no fueron menos admirables.

«Fiel depositaria de los dolores y de los secretos, decia que los príncipes debian guardar el mismo secreto que los confesores, y tener la misma discrecion. En los mas grandes furoros de la guerra civil, jamás se dudó de su palabra ni se des-

(1) *Lib. VI, ep. 6.*

esperó de su clemencia. ¿Quién mejor que ella ha tenido el arte de hacerse querer, haciendo que una persona se humillase, sin que por esto se degradara, aunando felizmente la libertad con el respeto? Dulce, familiar y agradable, tanto como firme y valerosa, sabia persuadir y convencer lo mismo que mandar, y hacia valer la razon no menos que la autoridad. Vereis con qué prudencia trató los negocios; y con su mano hábil hubiera salvado al Estado, si el Estado pudiera haber sido salvado. No hay bastantes palabras para alabar la magnanimidad de esta princesa. La fortuna no pudo nada sobre ella, ni las desgracias, previstas ó imprevistas, pudieron abatir su valor. ¿Qué diré de su adhesion inmutable á la religion de sus antecesores? Que habia conocido muy bien que este lazo con la religion habia hecho y hacia la gloria de su casa y asimismo la de toda la Francia, *única nacion del universo que, despues de casi doce siglos cumplidos*, en que sus reyes abrazaron el cristianismo, no ha visto jamás sobre el trono sino príncipes, hijos de la Iglesia. Por lo mismo esta princesa aseguró en todos tiempos que nada sería suficiente para separarla de la fe de san Luis. El rey su esposo la tributó hasta la muerte el bello elogio de decir, que no habia existido mas que el punto sobre religion en que sus corazones no hubiesen marchado unidos; y confirmando con su testimonio la piedad de la reina, este príncipe ilustrado hizo conocer al mismo tiempo á toda la tierra, la ternura y el amor conyugal, la santa é inviolable fidelidad de su incomparable esposa.

«Dios, que toma todas sus determinaciones con objeto de la conservacion de su santa Iglesia, y que, fecundo en medios, emplea todas las cosas para el cumplimiento de sus ocultos designios, se sirvió en otras ocasiones de los castos atractivos de dos santas heroínas para librar á los fieles de las manos de sus enemigos. Cuando quiso salvar la ciudad de Betulia, tendió, en la belleza de Judith, una asechanza imprevista é inevitable á la ciega brutalidad de Holofernes. Las gracias púdicas de la reina Esther hicieron un efecto tambien saludable, aunque menos violento; con ellas se captó el corazon de su marido, haciendo, de un príncipe infiel, un protector ilustre del pueblo de Dios.

Por una determinacion poco mas ó menos semejante , este gran Dios habia preparado un encanto inocente al rey de Inglaterra , en las gracias infinitas de la reina su esposa. Como ella poseia su afecto (pues las nubes que aparecieron al principio fueron bien pronto disipadas), y como con su dichosa fecundidad redoblaba todos los dias las sagradas ligaduras de su mútuo amor ; sin faltar á la autoridad del rey *su señor* , empleó su ascendiente en procurar un poco de reposo á los católicos oprimidos. A los quince años fué ya capaz de concebir estos cuidados, y diez y seis años de una prosperidad cumplida, que trascurrieron sin interrupcion , con admiracion de toda la tierra, fueron diez y seis años de dulzura para esta Iglesia afligida.

« El favor de la reina obtuvo para los católicos la dicha singular , y casi increíble , de ser gobernados sucesivamente por tres nuncios apostólicos, que les llevaron los consuelos que reciben los hijos de Dios con la comunicacion con la Santa Sede.

« El papa san Gregorio , escribiendo al piadoso emperador Mauricio, le representaba de esta manera los deberes de los reyes cristianos : Sabed, oh gran emperador, que la soberanía poderosa os ha sido acórdada de lo alto, á fin de que la virtud sea ayudada, de que las vias que conducen al cielo sean ensanchadas, y para que el imperio de la tierra sirva al imperio del cielo.»

« La verdad misma le dictó estas bellas palabras; pues ¿qué cosa hay que convenga mas al poder que socorrer á la virtud? ¿En qué debe emplearse la fuerza mas que en servir á la razon? ¿De qué sirve mandar sobre los hombres , sino se hace que estos sepan obedecer á Dios? Así mismo es conveniente recordar la obligacion gloriosa que este gran Papa impuso á los príncipes , de ensanchar las vias del cielo. Jesucristo dijo en su Evangelio. ¡Cuan estrecho es el camino que conduce á la vida! Y he aquí que es lo que le hace mas estrecho : él justo, severo consigo mismo ; y perseguidor irreconciliable de sus propias pasiones, se encuentra además perseguido por las injustas pasiones de los otros , sin poder obtener que el mundo le deje en reposo en ese sendero solitario y rudo , en el cual mas bien trepa que anda.

«Acudid, dice san Gregorio, potentados del siglo, ved porque sendero la virtud camina ; sendero doblemente estrecho, por »ella misma, y por el esfuerzo de aquellos que la persiguen.»

Bosuet pintó el estado de la Inglaterra despues de los diez y seis años de paz que habian hecho tan cara la presencia de Enriqueta.

Habia en el gobierno de Inocencio X alguna cosa *reservada* que velaba siempre por sus derechos. Los nuncios de que habla el obispo de Meaux llenaron sus deberes ; mas hubo circunstancias en que los delegados de la Santa Sede hicieron todo lo que pudieron por conjurar el mal, adquiriendo un renombre de vigilantes y hábiles, que el hombre excesivamente anciano que ocupaba entonces la Sede, no siempre supo sostener.

El poder de Olimpia, cuñada de un pontífice debilitado por los años, no era el mas á propósito para afirmar bien la voluntad animosa de Enriqueta María; pero visiblemente quiso Dios que no sucediera como era de temer. Fijemos nuestra atencion exclusivamente en la gran Bretaña, acerca de la cual el gran pensador se expresa en estos términos:

«En Londres el error y la novedad se hacian oír en todas las cátedras, y la antigua doctrina, que, segun el oráculo del Evangelio, debia ser predicada en público (1), apenas podia propagarse en voz baja. Los hijos de Dios se asustaban de no ver ya altares, santuarios, ni aquellos tribunales de misericordia que perdonan á los que se acusan. Oh dolor! era preciso ocultar la penitencia con mas cuidado que el crimen, y Jesucristo mismo veíase obligado, desgraciadamente para los ingratos, á buscar otros velos y otras tinieblas que aquellos con que mística y voluntariamente se cubre en la Eucaristía. A la llegada de la reina, el rigor se apaciguó, y los católicos respiraron.

«La capilla real que hizo edificar con tanta magnificencia en su palacio de Sommerset, volvia á la Iglesia su forma primitiva. Los sacerdotes y religiosos zelosos é infatigables que vivian en Inglaterra, pobres, errantes y disfrazados, de los cuales el mundo era indigno (2), volvieron con alegria á tomar

(1) *Quod in aure auditis, prædicate super tecta.* Matth, c. X, v. 27.

(2) *Quibus dignus non erat mundus.* Heb., c. XI, v. 38.

las insignias gloriosas de su profesion en la capilla de la reina; y la Iglesia, que en otro tiempo desconsolada, podia apenas gemir con libertad y llorar su gloria pasada, hacia resonar muy alto los cánticos de Sion en un país extranjero. De este modo aquella piadosa reina dulcificaba el cautiverio de los fieles, y les devolvía su esperanza.»

Nos es imposible interrumpir á Bossuet; su boca no profiere sino nobles máximas. Aquí va tal vez á predecir el porvenir; y si esta prediccion se confirma, quiere el sublime orador que el reconocimiento universal dirija alabanzas á la memoria de la hija de Enrique.

«Cuando Dios permite que de los pozos del abismo salga el humo que oscurece el sol, es decir, el error y la herejía; cuando, para castigar los escándalos, ó para despertar los pueblos y los pastores permite al espíritu seductor engañar á las almas altivas, y extender por do quiera un desconsuelo general, una indócil curiosidad y un espíritu de rebelion, fija y determina en su profunda sabiduría los límites que quiere dar á los desgraciados progresos del error, ó á los sufrimientos de la Iglesia. No acometeré, cristianos, la empresa de deciros el destino de las herejías de estos últimos siglos, ni de señalaros el término fatal que Dios ha dispuesto darles en su marcha; pero si mi juicio no me engaña, si remontándome á la memoria de los siglos pasados, hago un justo paralelo con el estado presente, me atrevo á creer (y veo á todos los sábios unánimes en esta opinion) que los días de ceguedad han ya pasado, y que en adelante es ya tiempo de que la luz reaparezca.»

Cuando el rey Enrique VIII, príncipe por otra parte muy digno, se extravió por las pasiones que perdieron á Salomon y á tantos otros reyes, y principió á hacer oscilar la autoridad de la Iglesia, los sábios le anunciaron que al tocar en este extremo, lo ponía todo en peligro, y que de ese modo daba, á pesar suyo, el ejemplo de una licencia desenfrenada á las edades futuras (1). Los sábios lo previeron; pero ¿son acaso es-

(1) Bossuet está siempre grande en su estilo: aquí su lenguaje adquiere la elevacion profética, y yo citaré sus desarrollos sublimes que deben regocijar, consolar y alentar á Roma de nuestros días. Me calló: sería imprudente hablar demasiado pronto.

cuchados los sábios en esas épocas de arrebató? ¿no se rien de sus profecias? Lo que una juiciosa prevision no ha podido hacer entrar en el espíritu de los hombres, una necesidad aun mas indispensable, es decir, la experiencia, les ha forzado á creerlo. Todo lo que la religion encierra de mas santo ha sido profanado: la Inglaterra ha cambiado ya de tal modo, que no se sabe á qué atenerse, y mas agitada en su propio país y en sus puertos que el Océano que la rodea se halla invadida por el horrible desbordamiento de mil sectas atrevidas (1). ¿Quién sabe, si huyendo de sus errores prodigiosos tocante á la monarquía, la realidad, no llevará mas léjos sus reflexiones, y si *fastidiada* de sus cambios, no mirará con complacencia el estado que los ha precedido? Sin embargo, admiremos aquí la piedad de la reina que ha sabido conservar tan bien los restos preciosos de tantas persecuciones.... No solamente conservaba, sino que tambien aumentaba el pueblo de Dios.... Si algun dia la Inglaterra vuelve en sí; si esta levadura preciosa viene un dia á santificar toda esta masa donde ha sido mezclada por sus reales manos, la posteridad mas remota no encontrará bastantes alabanzas para celebrar las virtudes de la religiosa Enriqueta, y creará deber á su piedad la obra tan memorable del restablecimiento de la Iglesia.»

Acabamos de probar que Enriqueta llenó, en cuanto á ella cabia, su noble mision. Fijemos ahora una rápida mirada sobre los infortunios de Carlos I. M. de Lally-Tolendal, á quien debemos una noticia referente á tan horrorosas desgracias, y que ha hecho expresamente un viaje á Inglaterra para adquirir informes seguros, nos ayudará á despejar los acontecimientos relativos á este largo martirio, que tuvo un fin terrible y desgraciadamente fácil de adivinar. Urbano VIII, por la correspondencia de M. Bagin, nuncio en Francia, tuvo noticia de las disidencias que existian entre Carlos y su par-

(1) Las representaciones de los nuncios, y lo que Bossuet, otro servidor de la Santa Sede, articula aquí con tanta energia, gozan la reputacion de documentos notables por la fuerza de los pensamientos y la esplendidez del colorido. Hay mas, es preciso confesar, que á medida que se descubre el velo del porvenir, vemos realizarse las terribles profecias, que entonces no eran mas que piadosos deseos y saludables esperanzas.

lamento. Al principio del reinado de Inocencio, el mismo nuncio habia hablado á la corte del redoblamiento de furor é hipocresía mezclados horriblemente, con los cuales se trataba de inquietar en Lóndres hasta á los nuncios de Su Santidad, residentes en Inglaterra, á estos nuncios que han tenido el honor de ser alabados por Bossuet.

El conde de Valenzay, embajador de Francia cerca de la Santa Sede, instruía á Roma de los medios de conjurar la tempestad.

El rey Carlos habia disuelto sucesivamente dos parlamentos, y convocó un tercero en 1628. Aun se conocía lo que valia el rey, de quien se decia: «Su carácter no está dañado por ningún vicio, y su corazón es el santuario de todas las virtudes.» Un solo punto discutido, á propósito de un derecho de tonelaje, llamó muy pronto la atención de Roma.

Los *puritanos*, que principiaban á levantar la cabeza, dijeron que antes de dar dinero, era preciso ocuparse de la religión del «*arminianismo* (1), que daba una mano al papismo y otra al rey de España; caballo de Troya, donde se ocultaban hombres dispuestos á abrir la puerta á la monarquía española y á la tiranía romana.»

Se hablaba sin saberse lo que se decia: cuando se creía temer una *tiranía romana*, era una injuria renovada de los tiempos de Bruno, que la llamaba «*tiranía tiberina*.» En cuanto á la *monarquía española*, ya no existía. Richelieu estaba allí para destruirla, y ni el rey Luis XIV sobrino de Enriqueta, ni el consejo de regencia pensaban en favorecer al gabinete de Madrid. Pero nunca consideran los partidos si una injuria es absurda; por el contrario, solo procuran hacer por medio de ella todo el daño posible á sus adversarios.

El tercer parlamento fué disuelto, y el rey se atribuyó un poder absoluto durante doce años. Por mas que se diga, la Inglaterra fué feliz; y lord Clarendon anuncia claramente este hecho: «Mientras que el resto de la Europa es presa de las guerras, sediciones y toda clase de calamidades, los ingleses dis-

(1) Doctrina de Arminio, natural de Onde-Water, al Sud Holanda. Su doctrina era propiamente luterana, pero los calvinistas suponían que tenia alguna afinidad con nuestros dogmas y ortología romana.

frutan de un régimen excelente, plenitud de paz, de abundancia y prosperidad como jamás pueblo alguno las disfrutó en ninguna época durante un período tan largo.»

Añadamos, nosotros, que Richelieu, que establecía tan sólidamente la gloria de Luis, reportaba necesariamente una parte de esta influencia sobre la hermana de su señor, y del feliz esposo al cual ella había unido su existencia.

Pero los ingleses querían su parlamento, aun á costa del peligro que pudiese haber en aquellos momentos, cambiando la dirección de los negocios.

El parlamento volvió á ser constituido, y al mismo tiempo que él, las recriminaciones, los tumultos y toda clase de sediciones, que pueden ser inventadas por espíritus revoltosos, los cuales no habrían perdido nada en sus derechos si hubiesen sabido sufrir algún tiempo el bien que el rey hacía á su país.

Buckingham, favorito de Carlos, raro mentor de un príncipe mas sábio que él, que había expulsado los criados franceses de Enriqueta; Buckingham, que se había atrevido á decirle: «Señora, ha habido en Inglaterra reinàs decapitadas;» este monstruo de audacia, de insolencia, derrochador orgulloso y frívolo, había muerto mucho tiempo antes á manos de un asesino desconocido. Pero sus amenazas habían sido oídas á propósito del cambio de gobierno. Carlos, siempre calvinista, vió nacer una revolucion en Escocia. El pueblo gritaba: ¡ *El presbiterianismo ó la muerte!* En todas las revoluciones, los pueblos siempre dicen lo mismo, poco mas ó menos: solamente se cambia una palabra; y si las consecuencias de este sueño no son concedidas, no hay otra alternativa que la muerte. Entonces se vió aparecer *una proclama sellada por el cielo mismo*, que no se puede leer sin indignacion y sin piedad, dijo M. de Lally-Tolendal. Despues de haber declarado que el espíritu de Dios se había revelado á la Escocia, y que fuera de la iglesia de Escocia no había salvacion, despues de una acumulacion increíble de invectivas contra Sixto V, Paulo V y Urbano VIII y contra la Iglesia de Roma en general, cada uno de los que la firmaban se comprometía á defender á Cristo (un Cristo especial suyo) hasta la muerte, y sin cuidarse de la imputacion de rebelion. Lord Wentworth, que desde el primer momento había figurado

entre los descontentos, habia vuelto al partido del rey. Este sábio inglés, dice M. de Lally, se habia detenido en el límite colocado entre el verdadero patriota y el súbdito desleal. Gobernó prudentemente la Irlanda, con el título de virey.

Consultado por Carlos acerca de los negocios embarazosos que amenazaban grandes catástrofes, el virey respondió: «Preparar la guerra sin perder un momento, y resolverse á hacer todo lo posible para evitarla.» Esta era una respuesta á la vez atrevida, política, humana y digna de ser dirigida á un rey. Por una y por otra parte se levantaron ejércitos. Carlos deseaba triunfar por el aparato militar y sin sacar la espada. Los escoceses, adivinando la intencion del príncipe, propusieron una negociacion, que el rey aceptó de todo corazón. Debíóse abrazar una parte de la respuesta de Wentworth, pero haciendo abstraccion de otras condiciones prescritas por la osadía, la astucia y la necesidad de tener siempre delante las sagradas exigencias de la dignidad real. Era preciso aceptar la negociacion con calma y no precipitarse en ella, segun la bellísima expresion de M. Lally.

La guerra deseada por parte de los escoceses debia principiar. Wentworth pidió humildemente á su amo el permiso de vencer: Carlos se lo negó. En fin, comenzó el *largo parlamento*. Wentworth hecho conde de Strafford y primer ministro, fué aun mas fiel. La sedicion se encarnizó contra él, y tuvo la audacia de detenerla. Los comunes habian recurrido á un *bill d' attainder* que les hacia jueces y delatores al mismo tiempo. Se encuentra la misma iniquidad en otra historia. Bandidos fueron á solicitar su sentencia de muerte (ya tendremos noticia de eso,) Strafford fué condenado; era necesario que el rey firmase. Dejemos hablar al elocuente M. de Lally (Biog. univ. tom. VIII, pag. 213).

Consejeros, jueces, prelados, por corrupcion, por ambicion, por miedo, todo el mundo se reunió para arrancar del infortunado rey su asentimiento al decreto de muerte. Aquellos obispos anglicanos que tanto reprochaban á la Iglesia sus distinciones y su *perversa moral* (1), establecieron doctamente

(1) Estas palabras se encuentran en cada página de los libelos de esa época.

que existian dos conciencias; que la conciencia pública del rey, no solamente le excusaba, sino que le obligaba á hacer aquello que estaba en contra de la conciencia privada del hombre; por consecuencia, la cuestion no era si el rey *debía ó no salvar al conde de Strafford*, sino si el rey *debía ó no librar de una ruina segura su mujer, sus hijos, su persona y su reino*. Los rectores habian pronunciado la sentencia del monarca mismo.

El rey autorizó á una comision para firmar.

Volvamos á Bossuet: á él es á quien debemos las siguientes líneas.

«Un hombre se ha encontrado de un talento profundo, tan hipócrita refinado, como habil político, capaz de emprenderlo todo sin dejar de entrever nada, igualmente activo é infatigable en la paz y en la guerra, no aventurando á la suerte lo que podia conseguir por consejo ó prevision, y finalmente tan vigilante y tan pronto siempre, que no ha dejado escapar ninguna ocasion, cuando se le ha presentado (1), en fin, uno de esos espíritus innovadores y audaces que parecen haber nacido para trasformar el mundo! Cuán aventurada es la suerte de tales hombres! y cuán funesta ha sido á la historia su audacia! Pero tambien cuánto no consiguen, cuando Dios quiere servirse de ellos! Fué pues dado á este el engañar á los pueblos y prevalecerse contra los reyes. Pero como él apercibiese que en toda aquella mezcla infinita de sectas que no tenian reglas fijas, el placer de dogmatizar sin represion ni contrariedad por ninguna autoridad eclesiástica ni seglar, era el encanto que dominaba á todos, supo conciliarlos de modo que hizo un cuerpo formidable de esa monstruosa asamblea.

«Cuando una vez se ha hallado el medio de atraerse que la multitud por medio del pretesto de la libertad, se la hace seguir á ciegas solamente pronunciando esta palabra. Aquella ocupada con el primer objeto que la ha trasportado, va siempre adelante sin echar de ver que camina hácia la esclavitud, y su sutil conductor, combatiendo, dogmatizando y representando mil papeles de distintos personajes, haciendo

(1) Oracion fúnebre, loc. c. p., 2016.

ya el doctor y el profeta, ya el soldado y el capitán, vió que habia admirado tanto al mundo, que era tenido en todo el ejército como un jefe enviado de Dios para la protección de la independencia, y entonces comprendió que aun podía ir mas lejos. No os hablaré del éxito afortunado de sus empresas, ni sus famosas victorias, por las cuales la virtud se indigna, ni de aquella larga tranquilidad, que ha asustado al universo. Era el designio de Dios instruir á los reyes para que no se apartasen de su Iglesia. Quería descubrir por un gran ejemplo todo lo que puede la herejía; cuan indócil es natural é independiente, cuan fatal á los reyes y á toda autoridad legítima. Por lo demás, cuando este gran Dios ha escogido alguno para instrumento de sus designios, nada detiene su curso; encadena, ciega, ó doma todo lo que le opone resistencia.»

Una vez introducido Cromwell en esta circunstancia, se ve que el crimen será concertado, que el proyecto se conservará en secreto, y que debe infaliblemente ser ejecutado.

Después de diversas vicisitudes, Carlos vencido se retiró á Escocia. Allí se declaró que un príncipe enemigo de la *liga* no podría ser admitido en el reino de los *Santos*. Los *santos* de Escocia vendieron á su rey á los *santos* de Inglaterra, por 800,000 libras esterlinas. Un cautiverio ultrajante fué la residencia del mas virtuoso de los príncipes. Roma reclamó, pero tenia poca fuerza. No se hablaba en Londres de otra cosa que de nuevas sectas; los *independientes*, los *agitadores* pedían la cabeza del rey. Este consiguió salvarse. Enriqueta habia hecho viajes á Francia para solicitar socorros. Un dia sorprendida por una tempestad, vió palidecer al capitán; la digna *hija del rey del penacho blanco* exclamó: «valor caballeros, no hay ejemplo de reinas que se hayan ahogado.» Carlos vuelto á caer en poder de tanto infame nada esperaba, ni aun de la Francia. En 1649, el 20 de enero, fué llevado ante un pretendido tribunal de justicia. El monarca se adelantó con paso firme, conservando sobre su frente la majestad de su rango y de sus virtudes. Sin dignarse descubrirse delante de aquella reunion de asesinos, fué tranquilamente á sentarse en un sillón, que se le habia preparado, extendió en silencio su mirada imponente sobre todos aquellos rostros sellados por el crimen, y esperó que la inicua obra empezase.

Cuando se hubo leído *el acta de acusacion á nombre del pueblo inglés*, una voz de la tribuna exclamó: «*Ni de la décima parte del pueblo!*» Esta voz era de una mujer. Oh nobles mujeres inglesas, no ha habido un crimen en vuestro país contra el cual la virtud de una de vosotras no haya protestado. Se dió orden de hacer fuego sobre la tribuna, pero esas palabras heróicas fueron oidas por los que se habian constituido en jueces de su rey.

Carlos no pudo ocultar una amarga sonrisa cuando se oyó calificar de *tirano*, de *traidor*, de *asesino*. Interpelado, el rey declaró que no reconocia el derecho de juzgarle. «En cuanto á mí, Dios me ha confiado un depósito: Dios por una antigua y larga sucesion me ha trasmitido un mandato; yo no le violaré, ni le haré traicion; seria infringirlos responder á esta nueva é ilejítima autoridad que me interroga, garantidme vosotros vuestro título, y entonces os diré mas.»

Hemos reproducido con una fidelidad religiosa el texto mismo de la respuesta de Carlos. No se puede hacer un resumen mas justo y mas elocuente de lo que sucedió despues, que el de Hume. Al fin de la primera sesion, el rey al pasar cerca de la mesa presidida por el llamado Bradshaw, vió allí el hacha fatal que amenazaba su vida (complemento de barbarie de que no se habia tenido idea al interrogar á María Stuardo y que otros regicidas no tienen á menos echarse en cara). «No me dá miedo,» dijo tocándola desdeñosamente con una varita que tenia en la mano.

Cuando bajaba las gradas de Westminster, oyó varias voces repetir: «*Dios salve al rey!*» y se vió que su corazon recibia algun consuelo: otros furiosos gritaron: «*Justicia, ejecucion,*» y sus ojos no expresaron sino compasion. Un soldado sobreco-gido de una emocion involuntaria dijo en alta voz: «*Dios bendiga la majestad caida!*» Su capitán lo desplomó á golpes. Un infame osó escupir al rostro del rey: Carlos sacó su pañuelo y se enjugó, sin que se dignara quejarse.

Tres veces fué conducido ante este tribunal de asesinos, siempre y con mas fuerza negó su jurisdicción; pero hizo la demanda de ser oido por las dos cámaras del parlamento, en la sala de conferencias. Se le negó con no menos perseverancia.

La alta corte, ya reducida á un pequeño número de pares por negativas á tomar asiento en ella, y disminuida aun de trece miembros, pronunció la sentencia de muerte contra el rey, y le fueron concedidos tres dias para prepararse á este último sacrificio. En este intervalo llegaron súplicas de la reina Enriqueta, refugiada en Francia, y del príncipe de Gales refugiado en Holanda; protestas é intercesiones del gobierno francés (1) y de los Estados generales, súplicas de todos los nuncios, en Europa y finalmente hasta una protesta amenazadora de la Escocia, vuelta á mejores opiniones. Cuatro lores que habian sido ministros de Carlos, Richmond, Hertforth, Lindsay, Southampton, nombres que han sido transmitidos honrosamente á la posteridad, se presentaron delante de lo que se llamaba entonces los comunes. Manifestaron que si habia en Inglaterra una ley fundamental era la que habia pronunciado irrevocablemente: *El rey no puede obrar mal*; que sus ministros y sus consejeros eran solo responsables; que ellos habian sido ministros del rey Carlos; que confesaban haberle aconsejado todo lo que él habia hecho, y que se presentaban á ofrecer sus cabezas para preservar aquella cabeza sagrada, que los comunes mismos estaban interesados en defender (2).

La voz de la religion, el grito de la naturaleza, intereses de la política, votos de arrepentimiento, abnegacion de la generosidad, todo fué rechazado. El solo favor concedido al ilustre condenado, fué el permiso de ver á los dos hijos que le quedaban en Inglaterra, la princesa Isabel, que era la mayor, y el duque de Gloucester, que tenia solo diez años. Les habló de Dios y de su madre, se complació en protestar que durante el

(1) ¡Pero en que situacion se encontraba este! El día de la fiesta de los Reyes, la reina regente y Mazarino habian huido de Paris, llevándose al joven Luis XIV. Acaso estaban seguros de volver á entrar en Paris! Esta noticia fué para Carlos su anuncio de muerte.

(2) Si en el momento del suplicio de Maria Stuardo la aristocracia inglesa mostró una deplorable complicidad, apresurémonos á llenar de aplausos y tributos de admiracion, la abnegacion de la de esta época, y repitamos aun aquellos cuatro nombres llenos de felicitacion, para que el mundo vea, que la estirpe de estos corazones es inextinguible, y cuando Dios permite los crímenes, sabe al mismo tiempo suscitar las grandes virtudes.

curso de su vida, no habia sido infiel á la reina ni aun de pensamiento, y que su ternura conyugal duraria aun tanto como su vida. Encargó á la princesa Isabel repitiese estas palabras á su madre. Isabel no comprendia tal vez la comision, por su tierna edad; pero consolaba su amante corazon, confidente del príncipe, que prescindia de las conveniencias que miden el valor de las palabras por la edad de aquellos á quienes se habla: pues sea cual fuere la via por la cual llegasen á Enriqueta, eran un bálsamo consolador. Despues tomó al duque de Gloucester, y poniéndoselo sobre sus rodillas: «Hijo mio, le dijo, van á cortar la cabeza á tu padre. «Entonces vió á su hijo embargado con esta terrible imágen, y prosiguió: «Escúchame bien, hijo mio, van á cortar la cabeza á tu padre. Tal vez querán hacerte rey, pero ten presente que no puedes serlo mientras vivan tus hermanos mayores, Carlos y Jacobo. Les cortarán tambien la cabeza si logran ponerles la mano encima, y puede que al fin quieran hacer contigo otro tanto. Te mando, pues, no permitas que te hagan rey.—Primero permitiré que me hagan pedazos,» respondió el generoso niño, con una emocion que hizo brillar algunas lágrimas en los ojos de su desgraciado padre.

Carlos bendijo á sus hijos; entregó á su hija dos diamantes en un estuche para su madre; y separado desde aquel momento de toda la naturaleza, no habló mas que con el prelado Juxon, zeloso realista; y no se ocupó mas que de esos grandes pensamientos de religion que le habian sostenido durante sus largas vicisitudes.

El rey pasó una noche tranquila, y al dia siguiente (1)....

(1) No quiero obligar al lector á contemplar un espectáculo de dolor; repito en esta nota, como lo he hecho con María Stuardo, los detalles del suplicio que espantó á toda la Europa bajo el reinado de Inocencio X. Carlos no se habia declarado católico; pero en lo que dijo de su esposa, se vé la ternura con que la queria, y con el celo que habia seguido sus buenos ejemplos, se nota que gracias á ella, estaba en el *atrio de la religion*. Acabemos para los valerosos corazones nuestra dolorosa mision.

En la mañana del fatal dia, 30 de enero de 1649, el rey se levantó temprano, y mandó al servidor que tenia cerca, se esmerase en su tocador mas que de costumbre, para esta grande y gozosa solemnidad. Habia pasado la última noche en su palacio de San James, y de-

Doce años trascurrieron y la memoria del mártir fué consagrada por una solemnidad religiosa, que el 30 de enero de todos los años se celebra en toda la Inglaterra: se cierran todos

bia volver al de White-Hall, donde su sueño no había sido interrumpido las noches anteriores por el ruido que hacían los obreros construyendo su cadalso bajo sus ventanas. A las diez se dirigió á White-Hall. Dos filas de soldados le escoltaban, las banderas caídas, los tambores tocando de un modo lúgubre. Delante é inmediatos á él marchaban con la cabeza desnuda los satélites de Cromwell. El rey vestido de luto y cubierto, llevaba sobre su pecho el collar de San Jorge y un penacho negro flotando sobre su frente; se adelantaba con paso firme llevando á su derecha al obispo, y á la izquierda al coronel Thomlison, jefe de todos sus carceleros. Tres filas de soldados cerraban el lúgubre cortejo, seguido de una multitud de súbditos fieles llorando. A la salida del parque de White-Hall, Carlos vió al lado de las paredes de su palacio, un cadalso colgado de negro, el tajo donde debía poner la cabeza y el hacha que debía cortarla. Su paso no vaciló. Entró en su palacio, tomó una ligera refeccion de pan y vino, pasó tres horas meditando ú orando en la cámara donde acostumbraba á dormir, y al toque de las dos y media, las fatales puertas se abrieron. Dos filas de soldados orillaban el paso en toda la longitud de los aposentos, y se vió á través de esta doble valla á la augusta víctima descender del escalon de su grandeza, al teatro de su martirio (Lally loc. cit.). Dos verdugos enmascarados le esperaban. El obispo Juxon se encontró á su lado. Thomlison con algunos de sus oficiales le siguieron, y como si todas las circunstancias de este sacrificio hubiesen debido recordar otro ya indicado por Clarendon, Thomlison que habiendo sido jefe de ladrones, había algunas veces blasfemado del rey y la monarquía, se sentía en este momento convertido á las virtudes, á la inocencia y á la causa del rey Carlos. A este fué á quien se dirigió el último discurso del augusto paciente. Viéndose separado por legiones rebeldes de la inmensa multitud que llenaba la plaza, Carlos levantó los ojos al cielo, y dirigiéndolos sobre los que estaban en torno suyo: «Mi voz, les dijo, no puede llegar hasta mi pueblo. «Me callaría si en este momento, el mas solemne de mi vida, no debiera á Dios (creemos que aludía á la fé romana) y á mi patria, protestar delante de vosotros, y al mundo entero, que he vivido honrado, buen rey «y verdadero cristiano.» Pronunció estas tres palabras con una serenidad, una fuerza y dulzura admirables. Despues de haber probado, que no habia hecho mas que una guerra defensiva contra un parlamento agresor y rebelde; despues de haber puesto á Dios por testigo de que lejos de haber jamás querido destruir la libertad pública, moría mártir de ella, añadió que su injusta muerte decretada por los hombres, no lo era por Dios. «He permitido, dijo, que un tribunal íntico quitase la vida al «virey de Irlanda (Strafford), y yo la pierdo hoy por una sentencia no «menos injusta que la suya.» Concluyó rogando por sus verdugos y pidiendo al cielo la salvacion de *su desgraciado reino y de su desgraciado pueblo*, indicándole los medios que él creía mas capaces para conseguirlo, un consejo nacional para los negocios religiosos (esto era dar á

los espectáculos, se cierran los tribunales, y se tributan en todos los templos homenajes á la virtud inmolada, é invocaciones á la clemencia divina.

Un sinnúmero de correos llevaron esta noticia á Roma; los amigos de la religion derramaron abundantes lágrimas, pen-

los católicos el derecho de hacer oír su voz), y para la política, la vuelta de todos los poderes á los justos límites. «Volved á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Volved á mis hijos y á mi pueblo lo que les debeis.» Concluido este discurso, tomó de las manos del obispo la venda bajo la cual levantó él mismo sus cabellos. «Señor, le dijo Juxon, no queda á V. M. mas que un paso que franquear, es doloroso, difícil, pero es corto; y este corto dolor os saca de la tierra, para trasportaros á un cielo, á la felicidad eterna.» «Paso, dijo el rey, de una corona caduca y corruptible á la que no puede manchar ninguna corrupción.» Mientras proferia estas palabras, se quitó su capa, y desabrochó su collar de San Jorge, que puso en las manos de Juxon, con esta sola palabra: «acordaos.» Encargó á Thomlison remitiese al duque de York una piedra preciosa grabada con las armas de Inglaterra. Hizo presente de su estuche de oro á este coronel, y de su reloj á otro, se despojó de su traje y volvió á poner su capa sobre sus espaldas; despues colocando la cabeza sobre el tajo, mandó que se le permitiese aun hacer una plegaria (¿sabremos nunca cual fué esta plegaria?) y que se esperase, para dar el golpe, que él diese la señal levantando los brazos al cielo. Su órden fué obedecida; sus brazos se levantaron, uno de los ejecutores enmascarados dividió su cabeza de un solo golpe, el otro la presentó al pueblo, chorreando sangre, y gritó: «Esta es la cabeza de un traidor.» Lo que produjo en Lóndres este espectáculo, y en las provincias la noticia de la muerte, ha sido apenas descrito en el sublime cuadro trazado por Hume. Todos los dolores, todos los remordimientos aparecieron con violencia. Los funerales no tuvieron lugar hasta veinte días despues de su muerte. Desde la mañana del fatal día, los cuatro lores que anteriormente se habian ofrecido á morir en lugar de su señor, Richmond, Herford, Lindesay et Southampton (y habré repetido tres veces estos nombres) habian pedido el permiso para cuidar de los últimos deberes: se les permitió que el día que el cuerpo de su soberano fuese allí trasportado pusieran cuatro servidores fieles para la guarda del féretro, donde la cara descubierta del rey embalsamado debía largo tiempo atestiguar que la muerte habia sido consumada. Finalmente, los lores se reunieron en Windsor el 20 de febrero, se encontraron allí con el obispo Juxon y todos los servidores del difunto rey.

El féretro real estuvo expuesto durante dos días en una capilla, y el tercero, en presencia del gobierno cromweliano, que prohibió al obispo recibirse las plegarias de la liturgia anglicana, el último que le consoló (Juxon) y los últimos amigos del infortunado Carlos (los cuatro lores), fueron en silencio á bajarle al panteon particular que encerraba á Enrique VIII. Un rey virtuoso, inmolado por el furor de las sectas, debía reposar al lado del monstruoso tirano que habia encendido este furor.

sando que con algun tiempo mas y la ayuda de la Francia, el reino de Inglaterra hubiérase pacificado. Cartas urgentes dirigidas al cardenal Mazarino, y á la regente de Francia, encendieron los ánimos de los partidos.

A pesar de las ventajas que prometia el tratado de Westphalia (1), Roma era atormentada por las sediciones estalladas en Fermo: fué necesario levantar tropas de repente, y pudiendo extenderse y tomar la capital, el Papa se vió obligado á mandar se reuniesen tropas, y la sedicion fué apaciguada.

A fines del año de 1649, como las mas terribles calamidades no pueden interrumpir las solemnidades del catolicismo, Inocencio abrió la puerta santa. Se habia visto llegar un inmenso número de peregrinos.

En el año de 1650, el Papa celebró el décimo tercero jubileo del año santo, que habia hecho publicar el 4 de mayo de 1649. A pesar de la guerra de la Francia con la España, el concurso de peregrinos fué muy numeroso. El 15 de marzo, llegaron los dos príncipes de Toscana, Matías y Leopoldo, hermanos del gran duque Fernando II. La princesa María de Saboya recibió hospitalidad de las señoras de Tour d' Specchi, y el duque de la Mirandola fué generosamente recibido en el noviciado de los jesuitas.

Don Olimpio, hermanastro del Pontífice, y prior del hospital de la Trinidad, tuvo el pensamiento de procurar socorros á este hospicio; escogió cuarenta y dos señoras que se encargaron de recojer, durante todo el año, limosnas para contribuir á los dispendios inmensos ocasionados por el jubileo. De este modo el hospital se encontró en estado de recibir, dar habitacion, y alimentar durante tres dias 226,711 hombres y

(1) El jesuita francés Guillermo-Jacinto Bougeant ha compuesto la historia del tratado de Westphalia, ó sea de las negociaciones que tuvieron lugar en Munster y en Osnabruck; se le habian comunicado las memorias del plenipotenciario de Francia: los hombres hábiles, los políticos, los generales de ejército, y otros príncipes hicieron el elogio de esta obra. El príncipe Eugenio no podia comprender como un religioso que no se habia ocupado nunca en ningún negocio público, y que no habia visto jamás la guerra, podia hablar tan acertadamente de la guerra y de la política. (Véase Novaes, tom. X, p. 24).

81,822 mujeres. El Santo Padre envió también considerables sumas de su propio tesoro.

Inocencio continuaba embelleciendo San Juan de Letran y sus contornos; consagraba también subsidios para perfeccionar el interior de San Pedro; cubría el suelo de las naves de mármoles preciosos, y adornaba las capillas de bajos relieves debidos á los más hábiles maestros.

Un día, con motivo de algunos abusos, prohibió tomar tabaco en la iglesia de San Juan de Letran, en el coro, en las capillas, en la sacristía y en el pórtico. Benedicto XIII, setenta y cinco años después, suavizó las fórmulas de esta prohibición, que Urbano VIII, en 1642, había extendido particularmente á todo el que tomase tabaco en la catedral de Sevilla.

Inocencio quiso obtener una parte de la gloria de Sixto V, haciendo levantar un obelisco en la plaza de Navona. Un monolito había sido traído de Egipto, por orden de Caracalla, que tenía setenta y cuatro palmos de altura. Este monumento antiguo fué colocado sobre un pedestal, de donde salían cuatro copiosas moles de *l'acqua Vergine*, figurando los ríos Danubio, Ganges, Nilo y la Plata que, como se sabe, pertenecen á la Europa, Asia, Africa y América. En la misma plaza se construyeron otras fuentes muy bellas, todas obras del célebre caballero Bernin.

Delante del Capitolio, por un lado se veía el palacio construido por Miguel-Angel: Inocencio mandó que en el otro lado se construyese una ala correspondiente con el mismo dibujo. Era preciso aplanar un montecillo inmediato á la iglesia *d' Araceli*: el Senado, en reconocimiento, hizo colocar en el Capitolio una estatua de bronce representando al Pontífice, con una elegante inscripción, compuesta por el jesuita Guillermo Dandini; esta inscripción enumera todas las buenas obras que los romanos han recibido de Inocencio, y recuerda los monumentos que le debe la ciudad Eterna.

Haremos rápidamente mención de los servicios prestados á la Iglesia por este pontífice. Las sumas de dinero enviadas á Irlanda para la defensa de los católicos; la isla de Malta y los caballeros de San Juan socorridos oportunamente contra los turcos; la Dalmacia, perteneciendo á los venecianos, salvada

de las armas musulmanas; la posesion de la Polonia asegurada en las manos del rey Ladislao; la conversion en Alemania, de Eduardo, conde palatino; de Odorico, duque de Wurtemberg; del duque de Alsacia, Luneburg; de Ernesto y Eleonora, landgraves de Hesse; de Wolfgang Federico de Hoffmann, baron de Moravia; de Herard conde de Truchsess.

Sin embargo, las turbulencias suscitadas por el libro de Jansenio continuaban aun en Francia, y se habia escrito mucho de una parte y otra, sobre esta materia. A fines de julio de 1649, el síndico de la facultad de Paris presentó á la asamblea seis proposiciones extraidas de este libro, y que, segun él, eran la causa de todas estas perturbaciones. Estas proposiciones fueron examinadas por nueve doctores diputados de la Sorbona, los cuales declararon que aquellas merecian la mas rigurosa censura.

Solo Luis Garin de San Amor se opuso á esta decision, atrajo á su partido sesenta doctores y con ellos apeló al parlamento; pero los comisarios, no juzgando á los jueces del parlamento competentes, recurrieron al tribunal de obispos de Francia.

Ochenta y cinco prelados de este reino, á los cuales se unieron otros tres, recibieron la causa de mano de los comisarios, y redujeron á cinco, las seis proposiciones que el síndico habia especificado; y por una carta con fecha de 12 de abril de 1651, las enviaron al pontífice, á fin de que el sucesor de San Pedro, decian ellos, manifestase á la Iglesia lo que debia deducirse de estas cinco proposiciones. Los discípulos de Arnoldo y los editores de Jansenio expidieron á Roma cuatro comisionados para impedir que las cinco proposiciones fuesen condenadas, y los obispos franceses enviaron tambien sus comisionados para que solicitasen su condenacion.

Hé aquí las cinco proposiciones que tantas inquietudes causaron á la Iglesia.

1.^a Algunos preceptos divinos son imposibles á los justos que desean y tratan de observarlos segun sus fuerzas, porque estos justos carecen de la gracia que hacen posibles estos preceptos.

2.^a En el estado de la naturaleza corrompida, no se resiste más á la gracia interior.

3.^a Para merecer ó desmerecer, en el estado de la naturaleza corrompida, no es necesario al hombre tener una libertad exenta de la necesidad de obrar, pero le basta tener una libertad exenta de toda violencia.

4.^a Los semi-pelajianos admitian la necesidad de una gracia interior, previniéndola para cada accion en particular, y aun para el principio de la fe; y eran herejes precisamente porque pretendian que esta gracia era de tal naturaleza, que la voluntad del hombre podia obedecer ó resistir.

5.^a Es un error de los semi-pelajianos, el decir que Jesucristo ha derramado su sangre, ó haya muerto por todos los hombres, sin excepcion (1).

El 20 de abril de 1651, Inocencio nombró una congregacion compuesta de los hombres mas sábios de Roma, y de todas las escuelas católicas, de órdenes diversas.

Estos oyeron las partes, y despues de un exámen de algunos meses, despues de varias reuniones ante los cardenales, despues de diez ó doce congregaciones ante el Papa, de tres ó cuatro horas cada una, esto es, desde el 10 de marzo al 7 de julio de 1652 (consintieron aun en oir algunos doctores venidos de Francia para la defensa de Jansenio), los cardenales y los consultores, excepto los dos dominicos, y Walding, menor observante y Visconti, procurador general de los agustinos, y otros que por otra parte antes que se hubiera acabado de discutir la materia fueron defensores de Jansenio en número de nueve, pronunciaron que las cinco proposiciones eran en un todo contrarias á la fe católica. Entonces Inocencio las condenó, 31 de mayo de 1653, por su constitucion 167, *Cum occasione*. El embajador de Francia no cesaba de hacer instancias, en nombre de su señor, para que recayera una decision absoluta en este asunto.

Mientras que los consultores de quien hemos hablado mas arriba se ocupaban en tales trabajos, once obispos de Francia, teniendo á su cabeza á monseñor de Gondrin, arzobispo de Sens, engañados todos ellos por los jansenistas, escribieron al Santo

(1) Véase la historia de las cinco proposiciones: Lieja 1.699, 2 tom. en 8.^o

Padre una carta que le fué presentada por San Amor; se pretendía en esta carta, que era necesario diferir esta causa para un tiempo mas oportuno, ó pasarla á los obispos de Francia para que la juzgasen en primera instancia; pero los ochenta y cinco prelados, sus cólegas, habian escrito al Papa que la costumbre era de someter al Santo Padre las causas de importancia; que, en fin, el mal ocasionado en Francia desde diez años antes era el motivo por el cual recurrían al juicio apostólico, que ellos confesaban ser infalible. Los jansenistas, viéndose condenados, se entregaron al miserable consuelo de injuriar á sus jueces, y de calumniar á cierto número de personas religiosas que les habian sido contrarias.

Para hacer recibir en su reino esta bula pontificia, el gobierno del rey cristianísimo quiso que se convocase en Paris una asamblea de los obispos que se encontrasen en la capital ó en sus inmediaciones, y para apresurar la aceptación, hizo expedir, el 4 de julio de 1653, cartas ó patentes dirigidas á todos los obispos de Francia.

El 11 de julio, treinta obispos se reunieron en el palacio del cardenal Mazarino; entre estos se encontraban los obispos de Chalons, de Valence y de Grasse, que hacían parte de los once que habian escrito al Santo Padre en favor de las cinco proposiciones. Todos, incluso los tres obispos últimamente expresados, aceptaron la bula del pontífice Inocencio, y el 15 de dicho mes de julio, escribieron al Santo Padre una carta digna de la erudición, de la piedad y del zelo de estos prelados, en la cual felicitaban á Su Santidad por haber dado una bula tan útil á la Iglesia, confesando que san Pedro habia hablado por boca del Pontífice.

Era la primera vez despues del concilio de Basilea, que los franceses, unidos en acto solemne, confesaban que el Papa, sin el concilio, podia imponer á los cristianos definiciones de fe. El mismo dia expidieron su declaración á los demás obispos, que se conformaron con la determinación tomada por sus cólegas.

Parecía que la decisión del jefe de la Iglesia, el apoyo del gobierno francés, y la autoridad de los pastores de la Iglesia galicana, debían haber vencido la resistencia de los jansenistas; pero no sucedió así.

El obispo de Rennes habia llevado la bula á la Sorbona el 1.^o de agosto, y habia sido allí registrada. Un mes despues, la misma facultad teológica declaró que, si uno de sus miembros defendia alguna de las proposiciones condenadas, seria excluido de la corporacion, y borrado de la lista de los doctores. A pesar de tantas opiniones uniformes, el arzobispo de Sens, el 23 de setiembre de 1653, el obispo de Comminges, el 10 de octubre, y el obispo de Beauvais, el 12 de noviembre, publicaron tres pastorales que atacaban la bula pontificia. El Santo Padre nombró inmediatamente obispos para instruir la causa de estos tres. El cardenal Mazarino dió el cometido de la misma causa á doce obispos; y el arzobispo de Sens prometió someterse á otra asamblea de obispos, que se reunió en la ocasion que vamos á describir.

Los jansenistas, queriendo evitar la censura apostólica, recurrieron á una nueva estratagema, cual fué la de confesar que, si bien por una parte las cinco proposiciones consideradas en sí mismas, eran justamente condenadas, negaban por otra se encontrasen en el libro de Jansenio, y por lo tanto no habian sido condenadas bajo el espíritu del mismo libro.

El 9 de marzo de 1654, treinta y ocho obispos se reunieron en asamblea en el Louvre, y nombraron ocho comisarios para examinar el testo de Jansenio, relativamente á las cinco proposiciones.

Despues de diez sesiones, la asamblea declaró, el 28 de marzo, que las cinco proposiciones existian en el libro del obispo de Ipres, y que habian sido condenadas en el espíritu del mismo libro.

El arzobispo de Sens, y el obispo de Comminges, hasta entonces contrarios, se sometieron á esta decision y la firmaron: fué enviada al papa Inocencio, quien, el 28 de abril, condenó de nuevo el libro de Jansenio, así como todas las obras publicadas hasta entonces para su defensa; y además, por un breve de 29 de setiembre, daba las gracias á los obispos franceses por la magnífica deliberacion de su asamblea, y protestó que habia condenado en las cinco proposiciones el libro de Jansenio, que estaba contenido en la obra intitulada *Augustinus*.

Antonio Arnauld no permaneció tranquilo ante tales decisiones: el 10 de julio publicó una carta dirigida á un duque y par, en la cual sostenia que Jansenio no habia inscrito las cinco proposiciones condenadas; pero para reprimir esta resistencia, ciento treinta doctores de la Sorbona condenaron esta carta, y decidieron que, si en el término de quince dias Arnauld no se habia retractado de su equivocada opinion y no habia firmado la censura hecha por ellos, seria despojado del doctorado y excluido de la Sorbona.

Así sucedió en 31 de enero, porque no quiso someterse á las decisiones de Roma, porque sostenia la perturbacion en la Sorbona, y porque imprimia proposiciones condenadas.

La misma pena fué aplicada á otros setenta doctores, que como Arnauld, no quisieron reconocer la censura de la Sorbona. Entonces para hacer eterno su decreto, decidió no se confiriere ningun grado al que no reconociese este decreto. ¿Qué hicieron entonces los jansenistas? Lo veremos bajo el reinado del pontífice siguiente:

En medio de las revoluciones promovidas por los jansenistas, el Santo Padre condenó tambien el libro titulado *La grandeza de la iglesia romana establecida bajo la autoridad de San Pedro y San Pablo, y justificada por la doctrina de los Papas y de los concilios, por la tradicion de todos los siglos*; 1645, en 4.º El autor, Martin de Bencos, establecia que San Pablo era igual al príncipe de los Apóstoles en la administracion de la Iglesia, y sin ninguna subordinacion á san Pedro por el soberano pontificado.

Al mismo tiempo, el Santo Padre, no contento con haber condenado esta doctrina insensata, mandó á los sábios religiosos la refutasen en sus escritos.

El 9 de febrero de 1652, Inocencio nombró cardenales á Juan Francisco Pablo de Gondí, conocido bajo el nombre de cardenal de Retz; á Domingo Pimentel, ministro de España en Roma, á Fabian Chigi, que despues fué papa bajo el nombre de Alejandro VII; á Juan Jerónimo Lamellini, genovés; á Luis Alejandro Omodei, milanés; á Pedro Ottoboni, que fué papa bajo el nombre de Alejandro VIII; á Marcelo Santacroce, romano; á Federico de Hesse, de la familia de los landgraves, que

había abjurado el luteranismo, y á Carlos Barberini, sobrino segundo de Urbano VIII.

En 1653, el Papa volvió á llamar al nuncio de Paris monseñor Bagni, que se había hecho querer y estimar por su sábio zelo, distinguida cortesanía, y sus frecuentes limosnas. Monseñor Corsini fué enviado para reemplazarle; pero no fué recibido en Francia, hasta despues de largas explicaciones, y entonces no tardó en hacerse admirar por su talento, profunda ciencia y pureza de su acento toscano y romano á la vez.

A fines de 1654, Inocencio cayó enfermo. Algun tiempo despues el pueblo romano esperaba que el Papa, que estaba convaleciente, retirase á su cuñada doña Olimpia el favor que había gozado. Por el abuso que esta mujer hizo del poder, Novaes dice: «Si la Iglesia no tuviese motivo de queja del pontífice Inocencio X, digno verdaderamente de la mas alta memoria por sus excelentes cualidades, hubiera tenido lugar para quejarse de doña Olimpia, que, en provecho suyo, trató de empañar las virtudes de aquél Papa (1).»

Se había temido la muerte del Pontífice; pero recobró una aparente salud. Su edad avanzada, sus antiguos achaques, los últimos casi insufribles, y las querellas que dividian á su familia, le determinaron á dejar los cuidados del gobierno á sus ministros, y el de su persona á su cuñada que había alejado de su lado, y que volvió á llamar á pesar de las instancias de algunos cardenales. Esta no tardó en recobrar su antiguo ascendiente, y logró consolidar la reconciliacion de su casa con la de los Barberini, casando una sobrina segunda del Papa con Maffei Barberini, entonces abad, y despues príncipe de Palestrina. Desde entonces Olimpia empleóse solamente en cuidar de la salud del Papa, que á la sazón tenía mas de 80 años. Sea que temiera fuese víctima de algun atentado, sea que juzgase necesario el sujetarle á un régimen rigoroso, presenciaba todas sus comidas y no permitía entrarse nadie en las despensas sin estar ella presente. A fines de diciembre de 1654, el Papa se sintió mas débil que de costumbre, y los médicos desesperaron de su vida. Olimpia no se

(1) Novaes, tom. X, p. 53.

atrevia á advertirle el peligro; los cardenales Chigi y Azzolini sobrepujando cuantos obstáculos se les opusieron, hicieronle administrar los santos sacramentos. Inocencio recibió la noticia con firmeza. «Ved, dijo al cardenal Sforza, dónde van á declinar las grandezas del soberano pontífice.» Hizo llamar á sus sobrinos y sobrinas, y les dió su bendición; devolviendo al mismo tiempo su buena gracia á los que habia tratado con severidad.

El 7 de enero de 1655, asistido por el padre Juan Pablo Oliva, general de la compañía de Jesus, su predicador y confesor, devolvió su alma á Dios á la edad de mas de 81 años, despues de haber gobernado la Iglesia cuatro años, tres meses y veinte y tres dias: habia creado cuarenta cardenales y dejó vacante un solo cardenalato.

Feller dice de este papa: «Tenia elevacion de espíritu, fuego y vivacidad, sabiduría y discernimiento; firme en los tropezos mas espinosos, é inalterable en sus resoluciones; no las tomaba sino despues de haberlas meditado detenidamente. Era sóbrio, económico y aborrecia el lujo: tan precavido fué en los gastos supérfluos como magnánimo en los necesarios; cuyas excelentes cualidades le facilitaron el dejar setecientos mil escudos que no estaban sujetos á las prescripciones de la bula de Sixto V; economía de la que no hay ejemplo. Amaba tiernamente á sus súbditos, y hacia cumplir exacta justicia; en fin, no seria posible censurarle ningun defecto, si hubiera sido mas indiferente á los intereses de su familia.»

Es necesario recordar aquí que no se puede acusar á Inocencio de nepotismo, por quanto este papa dejó á su sucesor mas de seiscientos mil escudos, para la destruccion de un impuesto oneroso al pueblo de Roma que encarecia la harina en los mercados de la ciudad.

Hemos dicho que entonces no habia mas que un cardenalato vacante. Existian, pues, en el momento de su muerte, sesenta y nueve cardenales.

Inocencio era de una complexion robusta, de una estatura elevada; sus facciones no eran bellas, pero eran imponentes; era sóbrio, económico en las cosas ordinarias, espléndido en la [representacion pontificia; llevaba muy dignamente sus

ochenta y un años , y marchaba majestuosamente en las ceremonias.

Jacinto Gigli , en su *Diario* , reproduce una particularidad extraordinaria. Hacia tres dias que el cuerpo de Inocencio estaba expuesto en San Pedro y nadie se cuidaba de hacerlo enterrar. Enviaron á casa de doña Olimpia su hermana para que le enviase un ataúd y el paño mortuorio, la cual respondió: *yo soy una pobre viuda*. Los demás parientes no dieron ningun paso en esta circunstancia. En fin su abandonado cuerpo fué llevado á un aposento donde los albañiles dejaban sus instrumentos. Uno de ellos , por compasion , le llevó una vela de sebo , que colocó á su cabecera , y como aquel aposento estuviese infestado de ratones , otro albañil pagó de su peculio un hombre que pasó la noche al lado del cadáver de Inocencio. Al dia siguiente , un mayordomo mayor , que habia sido echado de palacio , dispuso lo necesario para que el cuerpo de su antiguo señor fuese enterrado.

El padre Pallavicini , entonces presente , y despues cardenal , refiere los mismos hechos al principio de un manuscrito suyo que contiene la vida de Alejandro VII, y añade : « Grande leccion para los pontífices : enseña la correspondencia de afecto con que pueden contar en su familia , por la cual , sin embargo , han comprometido su conciencia y su honor. » Debemos deplorar que tales cuidados no estuviesen entonces confiados al gobierno , y que los cardenales jefes de la órden no tuviesen la debida intervencion en estas circunstancias.

Por lo demás , este acto de ingratitud puede ser hasta cierto punto excusado , si se atiende á que los parientes no podian parecer en público sin correr graves y tal vez inevitables peligros; pero en ese caso hubiera sido conveniente enviar hombres seguros , que tomasen las medidas necesarias para que fuesen llenados los últimos deberes con un soberano que la víspera aun tenia todo el poder en Roma. Puesto que los albañiles pudieron ser impunemente caritativos , los criados ó los amigos de la familia debieron al menos haberse unido á estos artesanos generosos para evitar el escándalo que se dió en la capital del mundo cristiano.

Inocencio X no merecia esta indigna suerte. El hecho de-

de ser verdad, puesto que Pallavicini, uno de los mas respetables cardenales de aquella época, lo asegura. Es preciso explicarlo. Cada uno habria pensado que lo haria el otro; el gobierno centaria con la familia, y esta con aquel. Sea como quiera, nosotros hemos debido reproducir el hecho; hecho en verdad bien deplorable. En fin no hubo ninguna sedicion que pruebe la necesidad de lo contrario. Esta falta fué reparada por Camilo Pamphili, sobrino de Inocencio, que hizo empezar una magnífica tumba para su tio, la cual fué acabada por su sobrino segundo, Juan Bautista Pamphili: es la que hoy dia está colocada en la iglesia de Santa Ana, en la plaza de Navone.

La coleccion numismática de Inocencio X es muy rica.

Empezaré por describir las medallas que posee.

1.^a INNOCEN. X. PONT. MAX. ANN. VII. «*Inocencio X, soberano pontifice, año VII*» Lleva puesta la tiara.

R. FIAT PAX IN VIRTUTE TVA «*Que la paz se haga por tu valor.*» Hemos visto ya esta inscripcion bajo el reinado de Urbano VIII.

El Padre Eterno (la cara muy envejecida) sobre una nube, coronado del triángulo equilátero, símbolo de la Trinidad, bendice con la mano derecha, y en la izquierda tiene el globo con una cruz encima.

2.^a TV DOMINVS ET MAGISTER. «*Tú eres mi señor y mi maestro.*» Conocemos esta inscripcion (véase el pontificado de Paulo V) San Pedro sentado, manifiesta la sorpresa y el reconocimiento. Su mano levantada indica estos movimientos. Nuestro Señor aureolado, lava los piés al Apóstol. Se lee en el exergo: «EXEMP. DEDI VOBIS.» «*Os he dado el ejemplo.*» En las medallas de Paulo V se distinguen cinco Apóstoles.

3.^a AGONALIVM CRVORE ABLVTO AQVA VIRGINE. «*La sangre derramada en el circo Agonal ha sido purificada por el agua Virgen.*» Este circo, llamado Agonal de la palabra griega ἀγών, que significa combate, mandólo construir Alejandro Severo, y ocupaba un vasto espacio, del cual se conserva aun la forma. Se le llamaba *Agonalis circus*, á causa de las fiestas *Agonales* que se celebraban allí en honor de Jano. Destinado al principio para las corridas de carros, se dieron despues los combates de los atletas, de corredores, de pugilatos y luchadores, y poste-

riormente se introdujeron los gladiadores que eran allí estrangulados en medio de los grandes aplausos del pueblo.

El fondo representa la plaza tal como está en la actualidad. En medio se vé el célebre obelisco levantado por Inocencio X. También fué este papa quien hizo construir la hermosa fuente del centro por el dibujo del caballero Bernin. Se compone esta de un grande estanque de forma circular. A una misma distancia de las orillas hay una gran roca agujereada por los cuatro costados, un caballo marino á un lado, y un león en el otro. En la cima de esta roca se eleva el obelisco de granito encarnado, de ciento y un piés de altura, adornado de geroglíficos, en donde se ve, entre abundantes aguas, que el emperador Caracalla habia hecho trasportar de Egipto á Romaco y colocar en sus térmias. En los ángulos de la roca se ven cuatro estátuas colosales, hechas bajo los dibujos de Bernin. Representan cuatro principales ríos del mundo. El Ganges, cuya estátua tiene una rama en la mano fué esculpido por Claudio, francés; el Nilo, por Antonio Fancelli; la Plata, por Francisco Baralta, y el Danubio, que es el mejor esculpido, por Andrés llamado el Lombardo. Hemos dado ya anteriormente una parte de estos detalles

Detrás, en la plaza, viniendo del Corso, se vé la iglesia de Santa Inés, donde el papa Inocencio X tiene su tumba como hemos dicho ya; está colocada bajo la puerta principal de la iglesia. Todo cuanto acabamos de describir se encuentra muy fácilmente reproducido en esta medalla, una de las mas bellas de las acuñadas en esta época. Se reconoce distintamente la cúpula de Santa Inés y el palacio Pamphili.

Pasemos á la descripción de las demás medallas que nos han sido transmitidas por de Molinet.

1.^a INNOCENTIVS X PONT. MAX. «*Inocencio X, soberano pontífice.*» La cabeza del Papa, cubierta con una gran capucha blanca.

En el fondo del reverso; REPLEVIT ORBEM TERRARVM. «*El ha llenado el universo.*» Dentro de una corona de olivo, el Espíritu Santo con las alas desplegadas. Dícese que esta medalla fué acuñada con motivo de la condenacion de las cinco proposiciones de Jansenio.

2.^a FRVCTVM SVVM DEDIT IN TEMPORE. «*Con el tiempo dió sus*

frutos.» La cruz plantada en medio del fondo, á derecha é izquierda ángeles orando sobre las nubes. El dia de la fiesta de la exaltacion de la Cruz, Inocencio habia sido elegido y daba los *frutos* de prudencia y de justicia que se esperaban de él.

3.^a VNDE VENIT AVXILIVM MIHI: «*De ella es de quien me viene el socorro.*» La Virgen santísima en pié sobre una nube : á derecha é izquierda dos ángeles orando. Inocencio decia á menudo que debia su elección á la Virgen santísima. Hemos hablado ya de esta medalla, que fué acuñada cuando la toma de posesion.

4.^a JVSITIA ET CLEMENTIA COMPLRXÆ SVNT SE. «*La justicia y la clemencia se han abrazado.*» Como era preciso distribuir las medallas en el momento del acontecimiento, se ahorra la mitad del trabajo, grabando la cara en el reverso de una medalla cuyo molde existia. La Justicia y la Clemencia abrazándose.

5.^a DECOR DOMVS DOMINI. En el exergo: MDCXLVII. «*Ornamentos añadidos á la casa del Señor, 1647.*» Medalla acuñada con motivo de las reparaciones y embellecimientos hechos en la basílica de San Juan de Letran, y en frente de las murallas, en la parte interior de la iglesia donde estan hechas estas reparaciones, que fueron acabadas en tres años.

6.^a AGNETI VIRGINI ET MARTYRI SACRVM. «*Consagrada á Inés vírgen y mártir.*» Estas palabras están escritas en una corona de flores en medio del fondo. La iglesia de Santa Inés, situada cerca del palacio Pamphili, estaba casi arruinada; Inocencio X la hizo reedificar de nuevo.

7.^a VT TESAVROS ANNI SANCTIORIS TECVM APERIAM. «*Para que yo abra contigo los tesoros del año mas santo.*»

San Pedro, sobre una nube, tiene en la mano derecha las llaves y en la izquierda un libro. Esta medalla fué acuñada cuando la apertura de la puerta santa, á fines de 1649.

8.^a Sin leyenda: en una corona de olivo la puerta santa abierta: en el fondo, á derecha é izquierda de la puerta, dos flores de lis, en el exergo, la tercera flor de lis de Francia. Estas armas habian sido concedidas á la familia Pamphili por los cardenales protectores de la Francia, que á menudo solicitan

este favor para las personas que saben les son afe ctos. Los Pamphili llevaban generalmente estas armas, en la parte superior del fondo, segun se vé algunas veces sobre el blason de Francia, colocadas dos y una; pero á veces tambien sobre azul lo están las tres flores de lis en línea. La ilustre familia Doria, que ha heredado los bienes y los títulos de la familia Pamphili, debe poseer en sus archivos los títulos que acreditan la época de esta concesión.

9.^a En el exergo: OSTIVM COELI APERTVM IN TERRIS. «*La puerta del cielo abierta sobre la tierra.*» El Papa abre la puerta santa, y está rodeado de un gran número de cardenales y obispos. La mitad de la puerta está demolida. Hoy la ceremonia dura mucho menos tiempo, como se sabe, pues rota la puerta con anticipacion, cae á los primeros golpes que da el pontífice.

10. LAVDENT IN PORTIS OPERA EIVS. «*Que ellos alaben sus obras en las puertas santas.*» El Papa cerrando, en 1650, la puerta del jubileo, que abrió á fines del año 1649.

11. En el exergo. ÆDIFICAT ET CVSTODIT. «*Edifica y guarda.*» Reparaciones [hechas en el palacio Pamphili, en la plaza de Navona. En la parte superior del fondo el blason de la familia, las tres flores de lis colocadas sucesivamente; en la parte inferior del escudo, la paloma llevando la rama de olivo.

12. La misma leyenda. Hay alguna diferencia en la forma del dibujo.

13. VATICANIS SACELLIS INSIGNITIS. «*Los santuarios del Vaticano adornados.*» Vista interior del Vaticano. El templo magníficamente adornado de nuevo, con mármoles y dorados que se extienden hasta las bóvedas.

Bonanni dá á conocer aun otras medallas ignoradas de Molinet.

1.^a S. PETRVS APCST. «*San Pedro apóstol.*» La cabeza del santo aureolada.

2.^a Otra medalla representando á san Pedro mirando á la izquierda. La cabeza es menos cálva que la otra.

3.^a INNOCENTIVS X. PONT. MAX. «*Inocencio X, soberano pontífice.*» La puerta de Civita-Vecchia, en la que se ven tres triremos.

4.^a JESVS ET MARIA SINT NOBIS IN VIA. «*Que Jesus y Maria se hallen en nuestro camino.*» Las cabezas de Jesus y Maria vistas

de perfil. La cabeza de Jesucristo descubierta, la de la Virgen adornada con un velo, sobre el cual se distingue una estrella.

Venuti expone las medallas siguientes, desconocidas de Molinet y de Bonanni.

1.^a OMNIA AD VNVM. OMNIA AB VNO. «*Todo va á uno solo, y todo viene de uno solo.*» En el fondo, el triángulo equilátero, símbolo de la Trinidad, cuya providencia lo dirige todo en el mundo.

2.^a S. PAVLVS APOST. La efigie de San Pablo.

Las explicaciones dadas generalmente por Molinet, Bonanni y Venuti, varían algunas veces, pero raramente en puntos importantes.

La Santa Sede estuvo vacante tres meses.

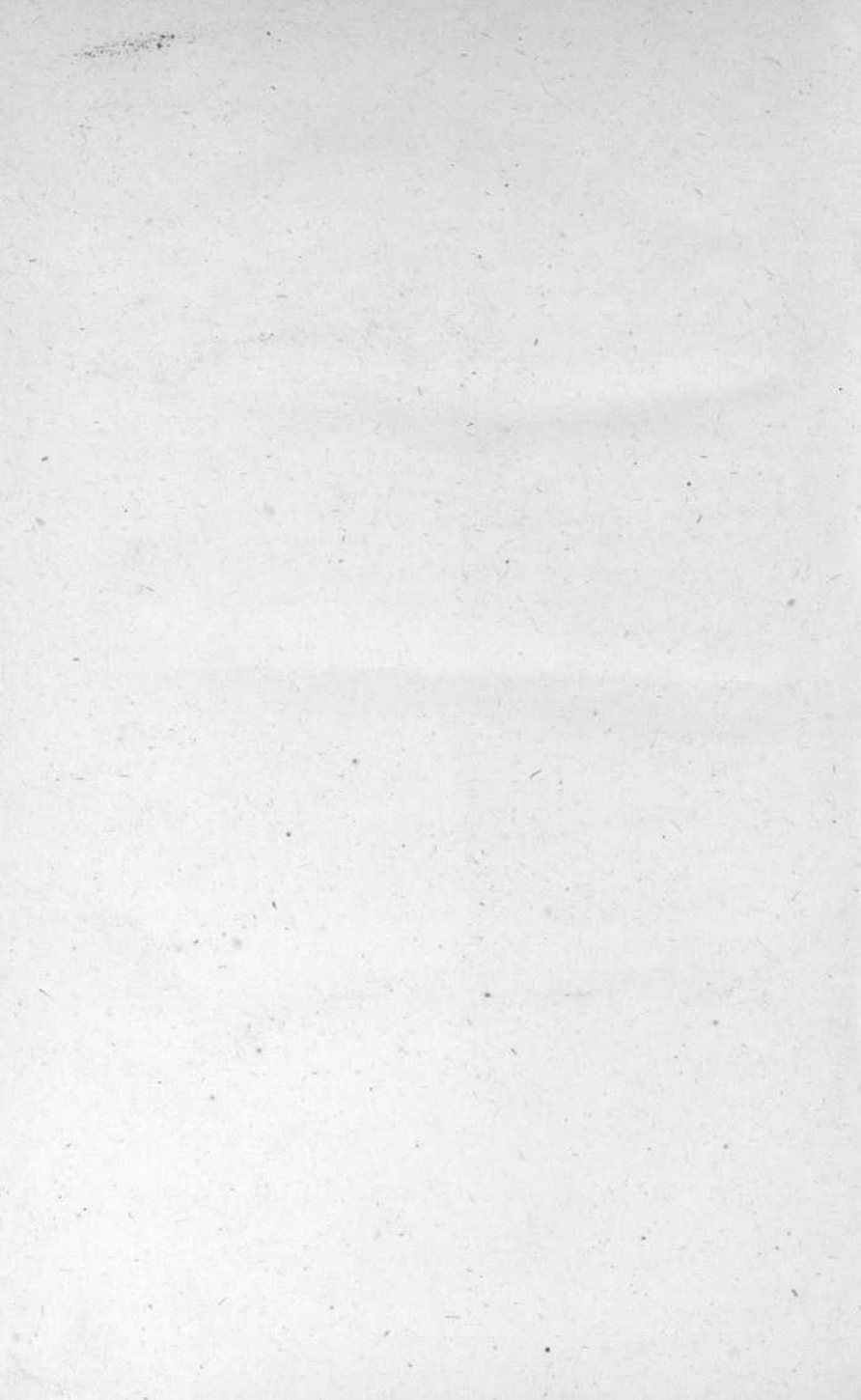


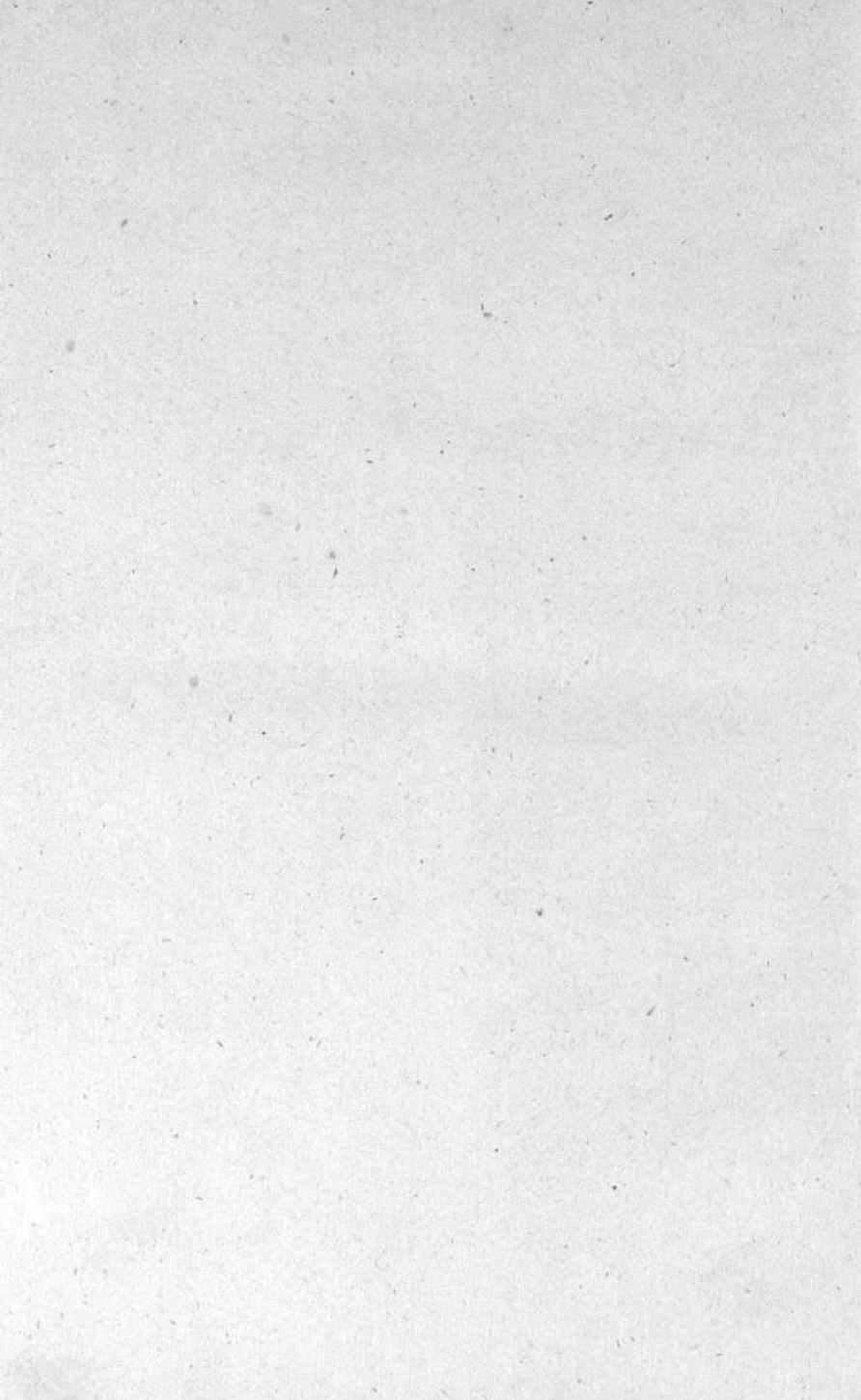
FIN DEL TOMO CUARTO.

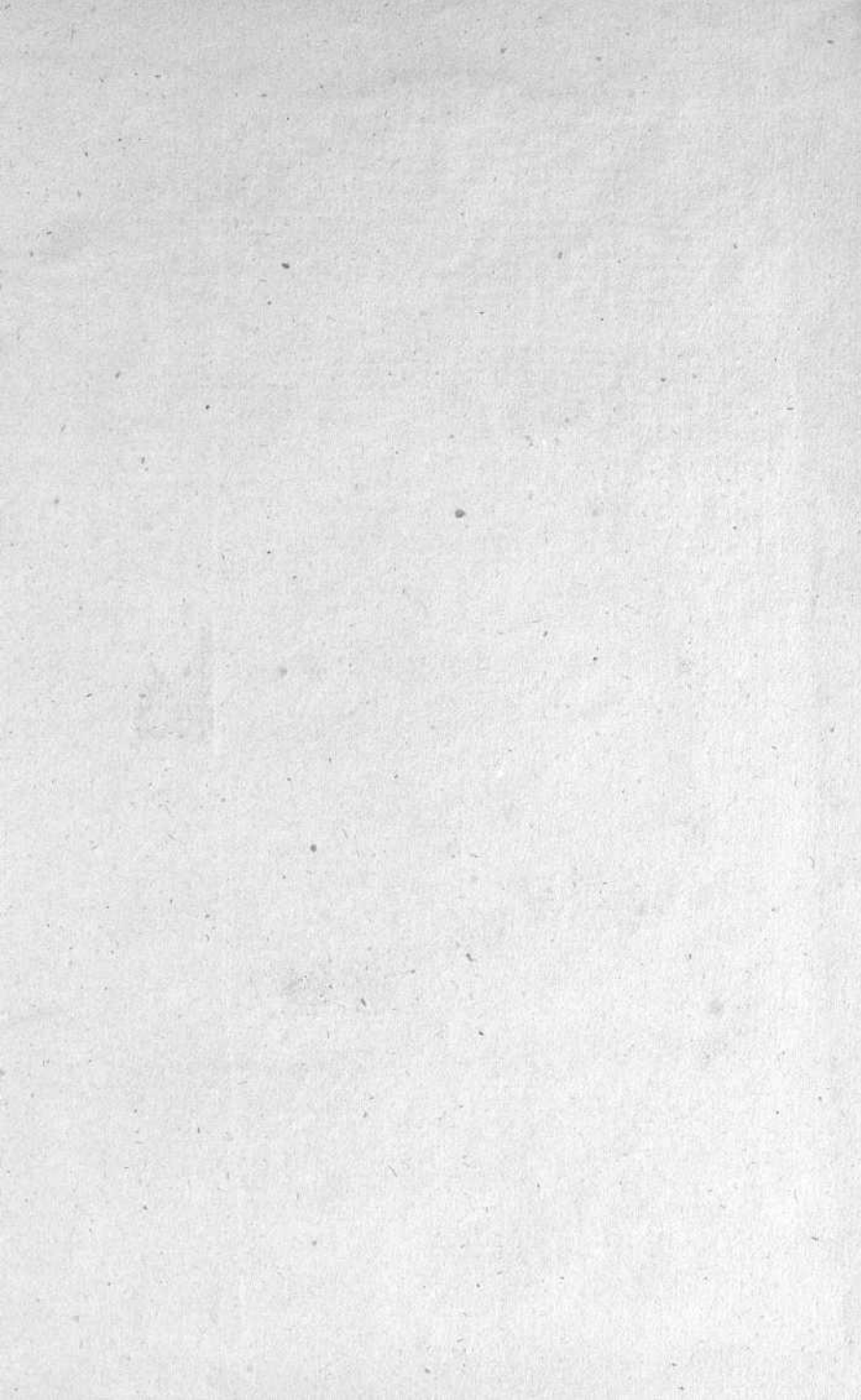
ÍNDICE.

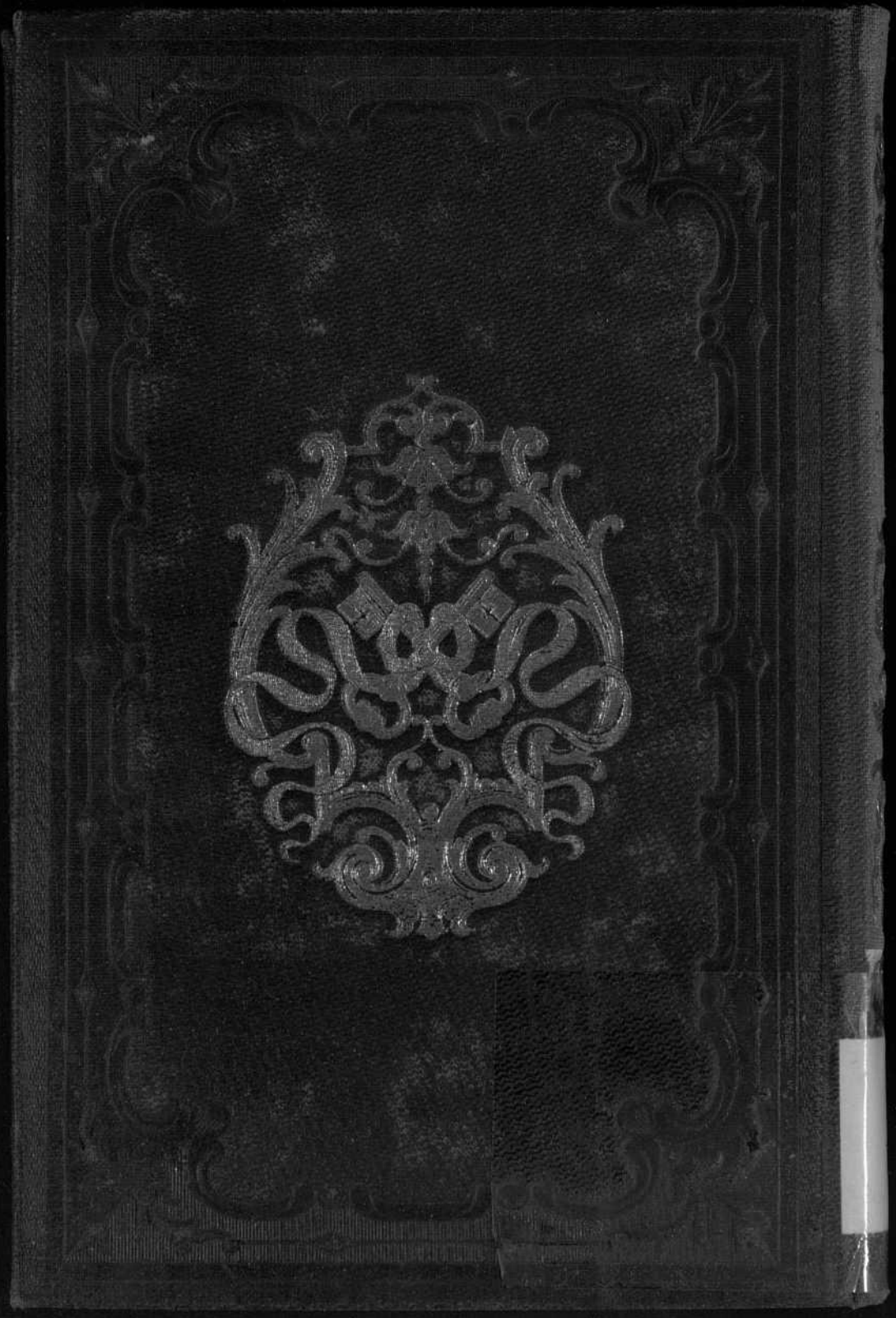
	<u>Pág.</u>
231. Sixto V.	7
232. Urbano VII.. . . .	56
233. Gregorio XIV.. . . .	68
234. Inocencio IX.	78
235. Clemente VIII.. . . .	80
236. Leon XI..	176
237. Paulo V.	182
238. Gregorio XV.	232
239. Urbano VIII.	255
240. Inocencio X.	332

FÍN DEL ÍNDICE.











HISTORIA
DE LOS
PAPAS



D-1
1582